VOLUMEN SÉPTIMO

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO REVELADO

7 partes

Nacimiento y vida oculta de María y Jesús
capítulos 1-43

Primer año de la Vida pública de Jesús
capítulos 44–140

Segundo año de la Vida pública de Jesús
capítulos 141–312

Tercer año de la Vida pública de Jesús
capítulos 313–540

Preparación a la Pasión de Jesús
capítulos 541–586

Pasión y Muerte de Jesús
capítulos 587–613

Glorificación de Jesús y María
capítulos 614–651

Para despedida de la Obra, capítulo 652

10 volúmenes

Volumen primero, capítulos 1-78
Volumen segundo, capítulos 79-159
Volumen tercero, capítulos 160-225
Volumen cuarto, capítulos 226-295
Volumen quinto, capítulos 296-363
Volumen sexto, capítulos 364-432
Volumen séptimo, capítulos 433-500
Volumen octavo, capítulos 501-555
Volumen noveno, capítulos 556-603
Volumen décimo, capítulos 604-652

Maria Valtorta

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

Traducido del italiano
por Alberto Giralda Cid

VOLUMEN SÉPTIMO
Capítulos 433–500

CENTRO EDITORIALE VALTORTIANO

Todos los derechos reservados

Título original:
L'Evangelo come mi è stato rivelato
Volume Settimo, Capitoli 433-500

Traducción del italiano de
Alberto Giralda Cid

© Centro Editoriale Valtortiano srl., 1999
Viale Piscicelli 89-91
03036 Isola del Liri - Italia

ISBN 88-7987-027-0
ISBN 88-7987-031-9
(Obra completa de 10 volúmenes)

Fotocomposición e impresión:
Centro Editoriale Valtortiano srl
Diseño de cubierta de Piero Luigi Albery,
con retrato de Mateo dibujado por Lorenzo Ferri
bajo la dirección de Maria Valtorta.

Reprinted in Italy, 2002

NOTA DEL EDITOR

La presente edición de la Obra mayor de María Valtorta es la traducción en lengua española, llevada a cabo por Alberto Giralda Cid, de la tercera edición italiana.

El título, *El Evangelio como me ha sido revelado*, traduce el de la edición francesa, *L'Evangile tel qu'il m'a été révélé*, y el de la tercera edición italiana, *L'Evangelo come mi è stato rivelato*, inspirados ambos en las indicaciones originarias de María Valtorta.

El precedente título, *El Hombre-Dios*, correspondiente a la edición traducida por Juan Escobar, era la traducción simplificada del título *Il poema dell'Uomo-Dio*, el cual, a pesar de no haber sido enunciado por María Valtorta, dio nombre a las dos primeras ediciones italianas.

Esta nueva edición española se compone de 10 volúmenes, como la tercera italiana, de la que toma, además del título, las principales características.

Cada uno de los volúmenes se abre con el texto unificado de los cuatro Evangelios correspondiente a los capítulos contenidos en el volumen.

Los capítulos están numerados en serie progresiva desde el primer volumen hasta el décimo. Cada capítulo ha sido dividido, a su vez, en fragmentos numerados, llamados parágrafos, que presentan una completitud textual. Los números del capítulo y del parágrafo, separados por un punto, aparecen en el margen externo de las páginas.

Las notas que no llevan la sigla *NdT* (nota del traductor) son traducción de notas de la tercera edición italiana; en ellas, la sigla *MV* significa *María Valtorta*, y *D* significa *Director de la edición italiana*.

TEXTO UNIFICADO
DE LOS CUATRO EVANGELIOS

Texto unificado de los cuatro Evangelios

en relación a los capítulos del séptimo volumen
de la Obra valtortiana (*)

433-463

Jn 6, 1-15. Después de esto pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea o de Tiberíades; y como le siguiese una gran muchedumbre de gente, porque veían los milagros que hacía con los enfermos, subióse a un monte, y sentóse allí con sus discípulos. Acercábase ya la Pascua, que es la fiesta de los judíos. 464

273 Habiendo, pues, Jesús levantado los ojos, y viendo venir hacia sí una gran muchedumbre, dijo a Felipe: «¿Dónde compraremos panes para que coman ésos?». Mas esto lo decía para probarle, pues bien sabía él mismo lo que había de hacer. Respondióle Felipe: «Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado». Dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: «Aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces: mas ¿qué es esto para tanta gente?». Pero Jesús dijo: «Haced sentar a esas gentes». El sitio estaba cubierto de hierba. Sentáronse, pues, al pie de cinco mil hombres. Jesús entonces tomó los panes, y, después de haber dado gracias, repartiólos entre los que estaban sentados, y lo mismo hizo con los peces, dando a todos cuanto querían. Después que quedaron saciados dijo a sus discípulos: «Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan». Hiciéronlo así, y llenaron doce cestos de los pedazos que habían sobrado de los cinco panes de cebada, después que todos hubieron comido.

Visto el milagro que Jesús había hecho, decían aquellos hombres: «Éste sin duda es el profeta que ha de venir al mundo». Por lo cual, conociendo Jesús que habían de venir para llevársele por fuerza, y levantarle por rey, huyó él solo otra vez al monte.

465-477

Jn 7, 1-9. Después de esto andaba Jesús por Galilea, porque no quería ir a Judea, visto que los judíos procuraban su muerte. Mas, estando próxima la fiesta de los judíos llamada de los tabernáculos, sus her- 478

(*) Los cuatro Evangelios están íntegramente transcritos en este texto, unificado por Emilio Pisani según el orden de la narración valtortiana. En presencia de pasos paralelos, el texto unificado reseña por entero el primero de ellos y lo completa con las partes nuevas de los otros, insertadas entre corchetes.

Los números grandes puestos a la derecha hacen referencia a los capítulos de la Obra valtortiana: su colocación, dentro de los pasos evangélicos o fuera de ellos, indica la presencia o la ausencia de la correlación entre la Obra valtortiana y el texto evangélico. Los números pequeños colocados en el margen izquierdo hacen referencia a pasajes valtortianos e indican su relación con pasajes evangélicos, prescindiendo del orden de la narración.

El texto de los cuatro Evangelios ha sido tomado de: *Nuevo Testamento*, Editorial Herder, Barcelona 1962, y corresponde a la versión italiana usada por María Valtorta.

manos le dijeron: «Sal de aquí y vete a Judea, para que también aquellos discípulos tuyos vean las obras que haces. Puesto que nadie hace las cosas en secreto, si quiere ser conocido; ya que haces tales cosas, date a conocer al mundo». Porque aún sus hermanos no creían en él. Jesús, pues, les dijo: «Mi tiempo no ha llegado todavía; el vuestro siempre está a punto. A vosotros no puede el mundo aborreceros; a mí sí que me aborrece, porque yo demuestro que sus obras son malas. Vosotros id a esa fiesta; yo no voy a ella, porque mi tiempo aún no se ha cumplido». Dicho esto, él se quedó en Galilea.

Jn 7, 10. Pero, después que hubieron marchado sus hermanos, él tam-
485.5 bién se puso en camino para ir a la fiesta, no con publicidad, sino como en secreto.

479-482

Lc 17, 11-19. Y sucedió que, caminando Jesús hacia Jerusalén, **483**
atravesó Samaria y Galilea. Y, estando para entrar en una población, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se pararon a lo lejos. Y levantaron la voz, diciendo: «Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros». Y luego que Jesús los vio, les dijo: «Id, mostraos a los sacerdotes». Y cuando iban quedaron curados.

Uno de ellos, apenas echó de ver que estaba limpio, volvió atrás, glorificando a Dios a grandes voces, y postróse a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias; y éste era un samaritano. Jesús dijo entonces: «¿Pues qué? ¿no son diez los curados? ¿y los nueve, dónde están? No ha habido quien volviese a dar a Dios la gloria, sino este extranjero». Después le dijo: «Levántate, vete. Tu fe te ha salvado».

484-485

485.5 ***Jn 7, 11-14.*** En efecto, los judíos en el día de la fiesta le busca- **486**
ban y decían: «Dónde está aquél?». Y era mucho lo que se susurra-
486.1 ba de él entre el pueblo. Porque unos decían: «Sin duda es hombre de bien». Otros, al contrario: «No, sino que trae embaucado al pueblo». Pero nadie osaba declararse públicamente a favor suyo, por temor a los judíos.

Como quiera, hacia la mitad de la fiesta subió Jesús al templo y púsose a enseñar.

Lc 17, 20-21. Preguntado por los fariseos: «¿Cuándo vendrá el reino de Dios?», les dio por respuesta: «El reino de Dios no ha de venir con muestras de aparato. Ni se dirá : "Vele aquí o vele allí". Antes tened por cierto que el reino de Dios está dentro de vosotros».

Jn 7, 15-24. Y maravillábanse los judíos, y decían: «¿Cómo sabe éste las letras sin haber estudiado?».

Respondióles Jesús: «Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado. Quien quisiere hacer la voluntad de éste: conocerá si mi doctrina es de Dios, o si yo hablo de mí mismo. Quien habla por su cuenta busca su propia gloria; mas el que busca la gloria del que le envió, ése es veraz, y no hay en él injusticia. ¿Por ventura no os dio Moisés la Ley, y con todo eso ninguno de vo-

sotros observa la Ley? Pues, ¿por qué intentáis matarme?».

Respondió la gente, y dijo: «Estás endemoniado: ¿quién es el que trata de matarte?».

Jesús prosiguió, diciéndoles: «Yo hice una sola obra, y todos lo habéis extrañado. Mientras que, habiéndoos dado Moisés la circuncisión (no que traiga de él su origen, sino de los patriarcas), no dejáis de circuncidar al hombre aun en día de sábado. Pues si un hombre es circuncidado en sábado, para no quebrantar la ley de Moisés, ¿os habéis de indignar contra mí porque he curado a un hombre en todo su cuerpo en día de sábado? No queráis juzgar por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto».

Lc 17, 22-25. Con esta ocasión dijo a sus discípulos: «Tiempo vendrá en que desearéis ver uno de los días del hijo del hombre, y no le veréis. Entonces os dirán: "Mírale aquí, mírale allí". No vayáis ni los sigáis. Porque, como el relámpago brilla y se deja ver de un cabo del cielo al otro, iluminando la atmósfera, así se dejará ver el hijo del hombre en el día suyo. Mas es menester que primero padezca muchos tormentos, y sea desechado de esta generación».

Jn 7, 25-30. Comenzaron entonces a decir algunos de Jerusalén: «¿No es éste a quien buscan para darle muerte? Y, con todo, 487
vedle que habla públicamente, y no le dicen nada. ¿Si será que en verdad nuestros príncipes han conocido que éste es el Cristo? Pero éste sabemos de dónde es; mas cuando venga el Cristo nadie sabrá su origen».

Enre tanto, prosiguiendo Jesús en instruirlos, decía en alta voz en el templo: «Vosotros me conocéis, y sabéis de dónde soy; pero yo no he venido de mí mismo, sino que hay quien realmente me ha enviado, al cual vosotros no conocéis. Yo si que le conozco, porque de él tengo el ser, y él me ha enviado».

Al oír esto buscaban cómo prenderle; mas nadie puso en él las manos, porque aún no había llegado su hora.

Jn 7, 31-36. Entre tanto muchos del pueblo creyeron en él, y 488
decían: «Cuando venga el Cristo, ¿hará, por ventura, más milagros que los que hace éste?». Oyeron los fariseos estas conversaciones que el pueblo tenía acerca de él: y así ellos como los príncipes de los sacerdotes despacharon guardianes para prenderle.

Pero Jesús les dijo: «Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo y me voy a aquel que me ha enviado. Vosotros me buscaréis y no me hallaréis; y a donde yo estoy, vosotros no podéis venir». Sobre lo cual dijeron los judíos entre sí: «¿Adónde irá éste, que no le hayamos de hallar? ¿Iráse quizás por entre las naciones esparcidas por el mundo a predicar a los gentiles? ¿Qué es lo que ha querido decir con estas palabras: "Me buscaréis, y no me hallaréis: y a donde yo estoy, vosotros no podéis venir"?».

489-490

Jn 7, 37-53. En el último día de fiesta, que es el más solemne, 491
Jesús se puso en pie, y en alta voz decía: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Aquel que cree en mí, según dijo la Escritura: Manarán de sus entrañas ríos de agua viva». Esto lo dijo por el Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no se había comunicado el Espíritu,

porque Jesús todavía no estaba en su gloria.

Muchas de aquellas gentes, habiendo oído estos discursos de Jesús, decían: «Éste ciertamente es un profeta». «Éste es el Cristo» decían otros. Mas algunos replicaban: «¿Por ventura el Cristo ha de venir de Galilea? ¿No está claro en la Escritura que del linaje de David y del lugar de Belén, donde David moraba, debe venir el Cristo?». Con esto se suscitaron disputas entre las gentes del pueblo sobre su persona. Había entre la muchedumbre algunos que querían prenderle; pero nadie se atrevió a echar la mano sobre él.

Y así los ministros volvieron a los pontífices y fariseos. Y éstos les dijeron: «¿Cómo no le habéis traído?». Respondieron los ministros: «Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre». Dijéronles los fariseos: «¿Qué? ¿también vosotros habéis sido embaucados? ¿Acaso algunos de los príncipes o de los fariseos han creído en él? Sólo ese populacho, que no entiende la ley, es el maldito». Entonces Nicodemo, aquel mismo que de noche vino a Jesús, y era uno de ellos, les dijo: «¿Por ventura nuestra ley condena a nadie, sin haberle oído primero, y examinado su proceder?». Respondiéronle: «¿Eres acaso tú, galileo como él? Investiga, y verás que de Galilea no ha salido profeta alguno».

En seguida se retiraron cada uno a su casa.

492-493

491.9 ***Jn 8, 1-11.*** Jesús se retiró al monte de los Olivos. Y al romper el día volvió al templo; y como todo el pueblo concurrió a él, sentándose se puso a enseñarlos. **494**

Y los escribas y fariseos traen a una mujer cogida en adulterio, y poniéndola en medio, dijeron a Jesús: «Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Moisés en la ley nos tiene mandado apedrear a las tales. Tú ¿qué dices a esto?». Lo cual preguntaban para tentarle y poder acusarle.

Pero Jesús inclinóse hacia el suelo, y con el dedo escribía en la tierra. Mas como porfiasen ellos en preguntarle, se enderezó, y les dijo: «El que de vosotros se halla sin pecado, tire contra ella el primero la piedra». Y, volviendo a inclinarse otra vez, continuaba escribiendo en el suelo. Mas, oída tal respuesta, se iban escabullendo uno tras otro, comenzando por los más vejos, hasta que dejaron solo a Jesús y a la mujer que estaba en medio.

Entonces Jesús, enderezándose, le dijo: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado?». Ella respondió: «Ninguno, Señor». Y Jesús le dijo: «Pues tampoco yo te condeno: anda y, desde ahora, no peques más».

495-500

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

433. Llegada a Nazaret. Alabanzas a la Virgen. Curación de Áurea.

9 de mayo de 1946.

433.1 [1]Viniendo de Seforí, se entra en Nazaret por el noroeste, o sea, por la parte más alta y pedregosa. El anfiteatro en que, a escalones, se extiende Nazaret se muestra todo en cuanto se alcanza la cresta del collado, que es el último si se viene de Seforí, y que desciende hacia la pequeña ciudad, por barrancos, con declive más o menos pronunciado. Si reconozco bien el lugar — ha pasado tiempo y muchos lugares de montaña se parecen —, este en que se encuentra Jesús es justamente el sitio en que sus conciudadanos intentaron lapidarle y * Él los detuvo con su poder y pasó en medio de ellos.

Jesús se para a mirar a su ciudad amada y hostil. Una sonrisa de contento le ilumina el rostro. ¡Qué bendición, ignorada e inmerecida por los nazarenos, esta sonrisa divina que se derrama y expande en gracias sobre esta tierra que le recibió de niño y le vio crecer, y donde su Madre nació y vino a ser Esposa de Dios y Madre de Dios!

También los dos primos miran a su ciudad con una visible alegría, aunque la de Judas Tadeo está impregnada de seriedad austera, grave, mientras que la de Santiago es más abierta y dulce, más semejante a la de Jesús.

Tomás, aunque no sea *su* ciudad, tiene la cara que es un luminar de alegría, y dice, señalando hacia la casita de María — del horno salen círculos de humo —: «La Madre está en casa y está haciendo el pan...» y dice estas sencillas palabras con tanto fuego de amor, que parece como si hablara de la propia madre con todo el afecto de un hijo.

El Zelote, más sosegado por la edad y por la educación recibida, sonríe diciendo: «Sí, y su paz ya llega a nuestros corazones».

«Vamos pronto» dice Santiago. «Vamos a pasar por este sendero para llegar sin que casi nos vean los nazarenos. Nos entretendrían...».

«Pero os alejáis de vuestra casa... También vuestra madre deseará veros».

«Puedes estar seguro, Simón, de que nuestra madre está en casa de María. Está allí casi siempre... Y estará, porque están haciendo el pan, y por la niña enferma...».

«Sí, vamos por aquí. Llegaremos al seto de nuestro huerto pasan-

---

* *justamente el sitio* es el del parágrafo 106.4. Al final del periodo, MV añade en el manuscrito original: (*Lucas, cap. IV*).

do por detrás del huerto de Alfeo» dice Jesús.

Bajan a buen paso por el sendero: muy inclinado al principio, más suave cuando está ya cerca de la ciudad. Pasan por olivares, luego por pequeñas parcelas ya sin mieses, y pasan muy cerca de los primeros huertos de la ciudad. Y los altos setos de tupidas frondas que rodean a aquéllos o hacia los cuales se pliegan las frondas de los árboles pesados de fruta, o los muretes de piedra seca cubiertos enteramente por las ramas que cuelgan hacia fuera desde dentro de los huertezuelos, hacen que su tránsito pase inadvertido por las amas de casa, que van y vienen por los huertos, o hacen la colada y tienden la ropa en los pequeños prados que hay cerca de las casas...

[2]El seto — toda una maraña de espinos durante el invierno, después del enrojecimiento de los pequeños frutos en otoño, o todo un adensarse de hojas durante el verano, después de la floración del espino albar en primavera —, que limita por un lado al huerto de María, ahora está embellecido con una exuberante planta de jazmín y con un ondear de cálices de una flor cuyo nombre desconozco; estas plantas, desde el interior del huerto, extienden sus ramas sobre el seto, de forma que hacen a éste más tupido y hermoso; un curruco canta en su espesura, y del interior del huerto llega el zureo de las palomas. 433.2

«También la barrera está resguardada y toda cubierta de ramas en flor» dice Santiago, que ha ido más deprisa y se ha adelantado a mirar la rústica cancilla de detrás del huerto, la que después de años
* de no servir para nada fue usada para que entrara y saliera el carrito de Pedro para Juan y Síntica.

«Vamos por el sendero y llamamos a la puerta. A mi Madre le dolería ver estropeada esta barrera» le responde Jesús.

* «¡Su huerto cerrado!» exclama Judas Tadeo.

«Sí. Y Ella es su rosa» dice Tomás.

«El lirio entre los espinos» dice Santiago.

«La fuente sellada» dice el Zelote.

«Mejor: el manantial de agua viva que, brotando con ímpetu del monte hermoso, da a la Tierra el Agua de Vida y surte con su perfumada pureza hacia el Cielo» dice Jesús.

«Dentro de poco estará dichosa viéndote» dice Santiago.

[3]«Hermano mío, dime una cosa que desde hace tiempo deseo saber. ¿Cómo ves Tú a María? ¿Como Madre o como súbdita? Es madre para ti, pero es mujer y Tú eres Dios...» dice Judas Tadeo. 433.3

---

* *fue usada para que entrara...*, como se narra en 313.6.

* *huerto cerrado* y las otras imágenes, que en el presente capítulo se aplican a María Stma., están sacadas de: *Cantar de los Cantares 2, 2; 4, 8-12; 4, 15; 5, 1; 8, 11-12.*

«Como hermana y esposa, como delicia y reposo del Dios y como conforte del Hombre. Yo veo y tengo todo en María, como Dios y como Hombre. Aquella que era la Delicia de la Segunda de la Tríada en el Cielo, Delicia del Verbo y del Padre y del Espíritu, es la Delicia del Dios Encarnado, y lo será del Hombre Dios glorificado».

«¡Qué misterio! ¿Entonces Dios se ha privado dos veces de sus complacencias? En ti y en María, y os ha dado a la Tierra...» medita el Zelote.

«¡Qué amor! Esto es lo que debes decir. El amor impulsó a la Tríada a dar a María y a Jesús a la Tierra» dice Santiago.

«Y, no por ti que eres Dios, sino por su Rosa, ¿no temió confiarla a los hombres, todos ellos indignos de tutelarla?» pregunta Tomás.

«Toma, el Cantar te responde: "El Pacífico tenía una viña y la confió a los viñadores, los cuales, profanadores azuzados por el Profanador, muchas sumas de dinero habrían dado por poseerla, o sea, todas las seducciones para seducirla, pero la Viña hermosa del Señor se custodió por sí sola, y no quiso dar sus frutos sino al Señor y a Él abrirse y generar el Tesoro sin precio: el Salvador"».

433.4 [4]Ya han llegado a la puerta de la casa. Judas de Alfeo comenta, mientras Jesús golpea en la puerta cerrada: «Habría que decir: "Ábreme, hermana mía esposa, amada, paloma, inmaculada"...».

Pero, cuando la puerta se entreabre y aparece el dulce rostro de la Virgen, Jesús dice sólo la más dulce de las palabras, abriendo los brazos para recibirla: «¡Mamá!».

«¡Oh, Hijo mío! ¡Bendito! Entra. ¡La paz y el amor estén contigo!».

«Y a mi Madre y a la casa y a quien en ella está» dice Jesús entrando, seguido por los otros.

«Allí está vuestra madre. Las dos discípulas están con el pan y la colada...» explica María después del saludo recíproco con los apóstoles y sobrinos. Y éstos, discretos, se retiran, para dejar solos a la Madre y al Hijo.

«Aquí me tienes, Madre mía. Estaremos juntos bastante... Qué dulce es el regreso... la casa y, sobre todo, tú, Madre, después de tanto camino en medio de los hombres...».

«Que cada vez te conocen más y, por este conocimiento, se dividen en dos ramas: los que te aman... y los que te odian... Y la rama más gruesa es la última...».

«El Mal siente que pronto va a ser vencido y está furioso... y hace
433.5 enfurecer... [5]¿Cómo está la niña?».

«Levemente mejor... Pero estuvo a punto de morir... Y sus palabras, ahora que no delira, corresponden, aunque más reservadas, a

las que le salían en el delirio. Sería mentir decir que no hemos reconstruido su historia... ¡Pobrecilla!...».

«Sí. Pero la Providencia veló por ella».

«¿Y ahora?...».

«Y ahora... No sé. Áurea no me pertenece como tal niña. Su alma es mía; su cuerpo, de Valeria. Por ahora estará aquí, para olvidar...».

«Mirta la querría».

«Lo sé... Pero no tengo el derecho a actuar sin el permiso de la romana. Tampoco sé si la adquirieron con dinero o si usaron sólo el arma de las promesas... Cuando la romana la solicite...».

«Iré yo por ti, Hijo mío. Es mejor que no vayas Tú... Déjalo en manos de tu Mamá. Nosotras mujeres... seres ínfimos para Israel, no somos tan observadas, si vamos a hablar con los gentiles. ¡Y tu Mamá es tan desconocida para el mundo! Ninguno advertirá la presencia de una hebrea lugareña que, envuelta en su manto, va por las calles de Tiberíades y llama a la casa de una dama romana...».

«Podrías ir a casa de Juana... y allí hablar con la dama...».

«Lo haré así, Hijo mío. ¡Que tu corazón halle alivio, Jesús mío!... Estás muy afligido... Lo comprendo... y quisiera hacer mucho por ti...».

«Y mucho haces, Mamá. Gracias por todo lo que haces...».

«¡Oh! ¡Bien pobre ayuda soy, Hijo mío! Porque no consigo que te amen, ni darte... dicha... mientras se te concede tener un poco de dicha... ¿Qué soy, entonces? Una bien pobre discípula...».

«¡Mamá! ¡Mamá! ¡No digas eso! Mi fuerza me viene de tus oraciones. Pensando en ti descansa mi mente, y ahora el corazón halla conforte estando así, con mi cabeza en tu corazón bendito... ¡Mamá mía!...».

Jesús, sentado en el arquibanco que está junto a la pared, ha arrimado hacia sí a su Madre, erguida al lado de Él, y apoya la frente sobre el pecho de María, la cual, levemente, acaricia sus cabellos... Una pausa toda amor.

[6]Luego Jesús alza la cabeza y se pone de pie. Dice: «Vamos donde los otros, y donde la niña» y sale con su Madre al huerto. 433.6

Las tres discípulas, en el umbral de la habitación donde está la joven enferma, hablan a ritmo rápido con los apóstoles. Pero cuando ven a Jesús se callan y se arrodillan.

«La paz a ti, María de Alfeo, y a vosotras, Mirta y Noemí. ¿La niña duerme?».

«Sí, persiste la fiebre, que la aturde y la consume. Si sigue así, morirá. Su tierno cuerpo no resiste la enfermedad, y la mente se turba por los recuerdos» dice María de Alfeo.

«Sí... y no reacciona porque dice que quiere morirse para no volver a ver romanos...» confirma Mirta.

«Un dolor para nosotras que ya la queremos...» dice Noemí.

«¡No temáis!» responde Jesús mientras se acerca a la entrada de la pequeña habitación y levanta la cortina...

En el lecho que está pegado a la pared, frente a la puerta, se ve la carita enflaquecida, sepultada bajo la masa de los largos cabellos dorados, una carita de nieve, excepto en los pómulos, que presentan un color rojo encendido. Duerme con fatiga, profiriendo entre dientes palabras balbucientes, incomprensibles, mientras, con la mano relajada encima de la cubrecama, hace, de vez en cuando, un gesto como para rechazar algo.

Jesús no entra. La mira con mirada de compasión. Luego llama fuerte: «¡Áurea! ¡Ven! ¡Está aquí tu Salvador!».

La niña se sienta bruscamente en el lecho, le ve y, emitiendo un grito, baja y corre, vestida con una larga y suelta túnica, descalza, hacia Jesús, y se arroja a sus pies diciendo: «¡Señor! ¡Ahora sí que me has liberado!».

«Está curada. ¿Veis? No podía morir, porque antes debe conocer la Verdad». Y a la niña, que le besa los pies, le dice: «¡Arriba! Y vive en paz» y le pone la mano encima de la cabeza ya no febricitante.

Áurea, con su larga túnica de lino, quizás una de la Virgen, tan larga que le forma cola, con los cabellos sueltos como un manto sobre su esbelto cuerpo, con los ojos grises-azules brillantes todavía por la fiebre que acaba de desaparecer y por la alegría que acaba de nacer, parece un ángel.

«Adiós. Nos retiramos al taller mientras vosotras os ocupáis de la niña y de la casa...» dice el Maestro; y, seguido por los cuatro, entra en el viejo taller de José, y se sienta con los suyos en los bancos de carpintero desusados...

434. Trabajos manuales en Nazaret y parábola de la madera barnizada.

10 de mayo de 1946.

434.1 [1]El tosco hogar del taller está encendido, despues de tanto tiempo de inactividad, y el olor de la cola hirviendo en un recipiente se mezcla con el típico olor del serrín y las virutas recién sacados, es más, que están saliendo, al pie de uno de los bancos de carpintero.

Jesús trabaja con ahínco unas tablas de madera, que, con la ayuda de la sierra y del cepillo, se transforman en patas de sillas, cajo-

nes, etc. Unos muebles, los modestos muebles de la casita de Nazaret, han sido llevados al taller: el hintero, para repararlo; uno de los telares de María; dos taburetes; una escalera de hortelano; un pequeño arquibanco; y la puerta del horno, creo, corroída en la parte de abajo, quizás por los ratones. Jesús trabaja en arreglar lo que el uso y el tiempo han consumido.

Tomás, por su parte, con todo un equipo de pequeños instrumentos de orfebre, sacados de su talego, que yace encima de su lecho (colocado, como el del Zelote, contra la pared), trabaja con mano ligera unas láminas de plata. Y el golpeteo de su martillito en el buril, que da sonido de plata, se funde con el vigoroso ruido de los instrumentos de trabajo usados por Jesús.

De vez en cuando intercambian algunas palabras, y Tomás está tan contento de estar allí con el Maestro y en su trabajo de orfebre — y, efectivamente, lo dice —, que durante las pausas del diálogo silba entre dientes muy bajo. De vez en cuando levanta los ojos y piensa, fijando su mirada, absorto, en la pared ahumada de la espaciosa habitación.

Jesús advierte esto y dice: «¿Sacas la inspiración de aquella pared negra, Toma? Verdad es que así la ha puesto el largo trabajo de un justo, pero no me parece que pueda dar motivos a un orfebre...».

«No, Maestro, un orfebre, efectivamente, no puede representar con el metal rico la poesía de la santa pobreza... Pero sí puede, con su metal, representar cosas bellas de la naturaleza, y ennoblecer así el oro y la plata imitando con ellos las flores, las hojas, que hay en la creación. Pienso en esas flores, en esas hojas, y, para recordar exactamente su aspecto, miro fijamente así con los ojos a la pared, pero en realidad veo los bosques y los prados de nuestra Patria, las hojas livianas, las flores que parecen copas o estrellas, la compostura de escapos y frondas...».

«Eres un poeta, entonces, un poeta que canta en el metal lo que otro canta en el pergamino con la tinta».

«Sí. Efectivamente, el orfebre es un poeta que escribe en el metal las bellezas de la naturaleza. Pero nuestra obra, de arte y bella, no vale cuanto la tuya, humilde y santa, porque la nuestra sirve para la vanidad de los ricos, mientras que la tuya sirve para la santidad de la casa y la utilidad del pobre».

«Es como dices, Tomás» dice el Zelote, que se ha asomado a la puerta que da al huerto, con la túnica ceñida, remangado, un viejo mandil delante y en la mano un recipiente con barniz.

Jesús y Tomás se vuelven a mirarle, sonriendo. Y Tomás responde: «Sí, es como digo. Pero quiero que al menos en alguna ocasión el

trabajo del orfebre sirva para adornar una... cosa buena, santa...».

«¿Qué?».

«Es un secreto mío. Hace mucho que pienso esto, y, desde que fuimos a Ramá, llevo conmigo un pequeño equipo de orfebre esperando
434.2 este momento. [2]¿Y tu trabajo, Simón?».

«¡Yo no soy un artífice perfecto como tú eres, Toma! Es la primera vez que tengo el pincel en la mano, y mis tinturas son desiguales, a pesar de que ponga toda mi buena voluntad. Por eso he empezado por las partes más... humildes... para coger algo de práctica... y te aseguro que mi impericia le ha hecho a la niña reírse con ganas. ¡Pero eso me hace feliz! Cada hora que pasa renace a una vida serena, y es lo que se requiere para borrar el pasado y hacerla completamente nueva, para ti, Maestro».

«Ya, pero quizás Valeria no cede...» dice Tomás.

«¿Y qué crees que le puede importar el tenerla o no tenerla? Si la tenía consigo, era sólo para no dejarla sola por el mundo. Y la verdad es que sería una buena cosa el que la niña estuviera a salvo para siempre y en todo, en el espíritu sobre todo. ¿No es verdad, Maestro?».

«Es verdad. Hay que orar mucho por esto. La criatura es sencilla y buena realmente, y educada en la Verdad podría dar mucho. Tiende instintivamente a la Luz».

«¡Claro! No tiene consuelos en la Tierra... y la pobrecita los busca en el Cielo. Yo creo que, cuando tu Buena Nueva pueda ser predicada por el mundo, los primeros que la acogerán, y los más numerosos, van a ser precisamente los esclavos, los que no tienen ningún consuelo humano y se refugiarán en tus promesas para tenerlos... Y yo digo que, si me toca precisamente este honor de predicarte, tendré un especial amor por estos desdichados...».

«Harás bien, Tomás» dice Jesús.

«Sí, pero ¿cómo vas a tomar contacto con ellos?».

«Seré orfebre para las damas y... maestro para sus esclavos. Un orfebre entra en las casas, o a su casa vienen los siervos de los ricos... y trabajaré... Dos metales: los de la Tierra para los ricos... los de los espíritus para los esclavos».

«Que Dios te bendiga por estos propósitos, Toma. Persevera en ellos...».

«Sí, Maestro».

434.3 [3]«Bueno, ahora que ya has respondido a Tomás, ven conmigo, Maestro... a ver mi trabajo y a decirme qué es lo que debo barnizar ahora. Cosas humildes todavía, porque soy un obrero con muy poca habilidad».

«Vamos, Simón...» y Jesús deja sus herramientas y sale con el Zelote...

Vuelven después de un poco de tiempo. Jesús señala la escalera de hortelano: «Pásale el barniz a ésa. El barniz hace impenetrable la madera y la conserva más, además de hacerla más bonita. Es como la defensa y embellecimiento de las virtudes en el corazón humano. Puede ser agreste, tosco... Pero, en cuanto las virtudes le visten, se hace hermoso, agradable. Mira, para obtener una tinta bonita y un servicio real de ella, es necesario tener en cuenta muchas cosas. La primera: tomar con atención lo que se necesita para hacerla. O sea, un recipiente que no tenga tierra o residuos de otras tintas anteriores, aceites buenos y buenos colores, y, con paciencia, mezclar, trabajar, hacer un líquido que no sea ni demasiado denso ni demasiado líquido. No cansarse de trabajar mientras no esté disuelto hasta el más pequeño grumo. Una vez hecho esto, hay que coger un pincel que no pierda las cerdas, que no las tenga ni excesivamente duras ni excesivamente blandas, que esté bien limpio de cualquier tinte precedente. Antes de aplicar el barniz, hay que quitar las asperezas de la madera y los viejos barnices descascarillados y el barro y todo. Luego, así, con orden, hay que tener mano segura en ir siempre en una dirección, extender con paciencia, mucha paciencia, el barniz. Porque en una misma tabla hay distintas resistencias. En los nudos, por ejemplo, el barniz queda más liso, es verdad, pero en ellos la tintura se fija mal, como si la materia leñosa la rechazara. Al contrario, en las partes blandas de la madera el barniz se fija enseguida, pero las partes blandas generalmente son poco lisas, y entonces pueden formarse pequeñas bolsas, o estrías... Estos casos se deben solucionar extendiendo el color con mano constante. Luego hay, en los muebles viejos, partes nuevas, como este peldaño, por ejemplo. Y, para que no se vea que la pobre escalera está apañada pero que es muy vieja, hay que arreglárselas para que tanto el peldaño nuevo como los viejos resulten iguales... ¡Mira, así!».

Jesús, agachado al pie de la escalera, mientras habla trabaja...

[4]Tomás, que ha dejado sus buriles para ir a ver, pregunta: «¿Por qué has empezado por la parte de abajo en vez de por la de arriba? ¿No era mejor hacer lo contrario?». 434.4

«Parecería mejor, pero no lo es. Porque la parte de abajo es la que está más deteriorada y la que está destinada a deteriorarse más, porque apoya en el suelo. Por ese motivo debe trabajarse varias veces abajo. Una primera mano, luego una segunda, y una tercera si es necesario... y, para no estar ociosos esperando a que la parte de abajo se seque para poder dar una nueva mano, barnizar mientras tanto

la parte alta, luego el centro de la escalera».

«Pero al hacerlo uno se puede manchar la túnica y puede estropear las partes barnizadas antes».

«Con cuidado, uno no se mancha y no se estropea nada. ¿Ves? Se hace así. Se recoge la túnica y se está separado. No por asco de la tintura, sino para no dañar la tintura que, por haber sido dada poco antes, es delicada».

Y Jesús, elevados los brazos, barniza ahora la parte alza de la escalera. Y sigue hablando.

«Así se hace con las almas. He dicho al principio que el barniz es como el embellecimiento de las virtudes en los corazones humanos. Embellecimiento y preservación de la madera contra la carcoma, las lluvias y el sol intenso. ¡Mal le irá al amo de casa que no tenga cuidado de las cosas barnizadas y las deje deteriorarse! Cuando se ve que la madera pierde su barniz, sin perder tiempo, hay que poner barniz nuevo. Refrescar la pintura... También las virtudes, puestas en un primer momento de impulso hacia la justicia, pueden deteriorarse o desaparecer del todo, si el amo de la casa no vigila; y la carne y el espíritu, desnudos, a merced de la intemperie y de los parásitos, o sea, de las pasiones y de las disipaciones, pueden sufrir el asalto de estos elementos, perder la túnica que los embellece, terminar siendo... válidos sólo para el fuego. Por tanto, bien sea en nosotros, bien sea en aquellos a quienes amamos como discípulos nuestros, cuando se notan agrietamientos, decoloraciones, en las virtudes colocadas como defensa en nuestro *yo*, es necesario, en seguida, poner remedio con un trabajo asiduo, paciente, hasta el final de la vida, para que uno pueda dormirse en la muerte con una carne y un espíritu dignos de la resurrección gloriosa. Y para que las virtudes sean verdaderas, buenas, hay que empezarlas con una intención pura, valiente, que elimina todo detrito, todo resto de tierra, y trabajar para no dejar imperfecciones en la formación virtuosa, y luego tomar una actitud ni demasiado dura ni demasiado indulgente, porque tanto la intransigencia como la excesiva indulgencia perjudican. Y el pincel, la voluntad, debe estar limpio de las preexistentes tendencias humanas, que podrían hacer vetas en la tintura espiritual con rayas materiales; y uno se debe preparar a sí mismo — o preparar a otros, con oportunas operaciones, trabajosas, es verdad, pero necesarias — para limpiar al viejo *yo* de toda vieja lepra, para tenerle limpio en orden a recibir la virtud. Porque no se puede mezclar lo viejo con lo nuevo.

Luego empezar el trabajo, con orden, con reflexión. No saltar acá o allá sin un serio motivo. No ir un poco en un sentido y un poco en

el otro. Uno se cansaría menos, es verdad. Pero el barniz quedaría irregular. Como sucede en las almas desordenadas. Presentan lugares perfectos, pero al lado de éstos se ven errores, color distinto... Insistir en los puntos resistentes a la tinta, en los nudos, maraña de la materia o de pasiones desordenadas, que están mortificados, sí, por la voluntad (la cual, como un cepillo, los ha alisado fatigosamente), pero que siguen oponiendo resistencia como un nudo tajado pero no destruido. Y a veces engañan, porque parecen ya bien revestidos de virtud, cuando en realidad tienen sólo un velo ligero que cae inmediatamente. Estar atentos a los nudos de las concupiscencias. Haced que encima de ellos, una y otra vez, sea puesta la virtud, para que no reemerjan y afeen el *yo* nuevo. Y en las partes blandas, en las partes tendentes a deformarse que reciben con demasiada facilidad el barniz, pero que lo reciben según su tendencia, con bolsas y rayas, insistir en lijar con la piel de pescado, lijar, lijar, para dar una o más manos de barniz, para que esas partes queden lisas como un esmalte compacto. Y atentos a no sobrecargar. Pretender excesivamente en las virtudes hace que la persona se rebele, se agite y salte al primer choque. No. Ni demasiado ni demasiado poco. Justicia en el trabajo con uno mismo y con las criaturas hechas de carne y alma.

[5]Y si, como en la mayor parte de los casos — porque las personas como Áurea son excepciones y no regla — hay partes nuevas mezcladas con las viejas — y las tienen los israelitas, que de Moisés pasan al Cristo, y los paganos con su mosaico de creencias, que no podrán ser anuladas de repente y emergerán con nostalgias y recuerdos, al menos en las cosas más puras —, entonces son necesarios todavía más ojo y tacto, e insistir hasta que lo viejo se homogeneíce con lo nuevo, haciendo uso de las cosas preexistentes para completar las nuevas virtudes. Por ejemplo, en los romanos hay mucho espíritu de Patria y valor viril. Estas dos cosas son casi mitos. Pues bien, no tratéis de destruirlas, sino inculcad un espíritu nuevo al espíritu patrio: el espíritu de hacer grande también espiritualmente a Roma como centro de cristiandad; y usad la virilidad romana para hacer fuertes en la fe a quienes son fuertes en la batalla. Otro ejemplo: Áurea. El asco de una revelación brutal la impulsa a amar lo puro y a odiar lo impuro. Pues bien, usad estas dos cosas para conducirla a una perfecta pureza, odiando la corrupción como si fuera el romano brutal. 434.5

¿Me entendéis? Y haced de las costumbres medios para entrar. No destruyáis brutalmente. No tendríais a mano inmediatamente con qué edificar; substituid, más bien, poco a poco, lo que *no debe* seguir existiendo en un convertido, con caridad, paciencia, tenacidad. Y, puesto que la materia, especialmente en los paganos, predomina,

y ellos, aunque estén convertidos, estarán siempre apoyados en el mundo pagano, pues en él viven, insistid mucho en que se preserven de la carnalidad. Detrás de la sensualidad entra todo lo demás. Vigilad en los paganos la exasperación de la sensualidad, la cual, confesémoslo, también está vivísima entre nosotros; y, cuando veáis que el contacto con el mundo abre el barniz que preserva, no sigáis dando pinceladas en lo alto, sino volved a la parte de abajo, manteniendo en equilibrio el espíritu y la carne, lo alto y lo bajo. Pero empezad siempre por la carne, por el vicio material, para preparar a recibir al Huésped que no inhabita en cuerpos impuros con espíritus malolientes por corrupciones carnales... ¿Me entendéis?

Y no temáis corromperos tocando con vuestra túnica lo bajo, lo material, de aquellos cuyo espíritu cuidáis. Con prudencia, para no ser causa de ruina en vez de causa de edificación. Vivid recogidos en vuestro *yo* nutrido de Dios, envuelto en virtud; moveos con delicadeza, especialmente cuando tengáis que ocuparos del sensibilísimo *yo* espiritual de los demás: ciertamente lograréis hacer seres dignos del Cielo incluso de los seres más despreciables».

434.6 [6]«¡Qué parábola más hermosa non has expuesto! Voy a escribirla para Margziam» dice el Zelote.

«Y para mí, que debo ser hecha toda hermosa para el Señor» dice lentamente, buscando las palabras, Áurea, que, descalza, está desde hace un poco de tiempo erguida en la puerta que da al huerto.

«¡Oh! ¡Áurea! ¿Nos estabas escuchando?» pregunta Jesús.

«*Te* estaba escuchando. ¡Es tan bonito! ¿He hecho mal?».

«No, niña. ¿Hace mucho que estás aquí?».

«No. Y lo siento, porque no sé lo que has dicho antes. Me ha mandado aquí tu Madre para decirte que dentro de poco es la hora de la comida. Se va a sacar de un momento a otro el pan del horno. He aprendido a hacerlo yo... ¡Qué bonito! Y he aprendido a blanquear la tela, y sobre el pan y la tela tu Madre me ha dicho otras dos parábolas».

«¡Ah, sí? ¿Qué ha dicho?».

«Que yo soy como una harina todavía con el salvado, pero tu bondad me depura, tu gracia trabaja en mí y tu apostolado me forma, tu amor me cuece y de harina fea mezclada con mucho salvado pasaré a ser, si dejo que trabajes en mí, harina de hostia, harina y pan de sacrificio, que sirve para el altar. Y en la tela, que era obscura, oleosa, áspera, y que después de mucha jabonera y muchos golpes se ha limpiado y se ha hecho suave, ahora el Sol va a meter sus rayos, y será blanca... Y me dijo que lo mismo hará de mí el Sol de Dios, si yo estoy siempre bajo el Sol y acepto lavaduras y mortificaciones para lle-

gar a ser digna del Rey de los reyes, de ti, mi Señor. [7]¡Qué cosas más 434.7
bonitas aprendo!... Me parece un sueño... ¡Bonito! ¡Bonito! ¡Bonito! Aquí todo es bonito... ¡No me mandes a otro sitio, Señor!».

«¿No irías con gusto con Mirta y Noemí?».

«Preferiría aquí... Pero... también con ellas. Pero con romanos no, no, Señor...».

«¡Ora, niña!» dice Jesús poniendo su mano en sus cabellos color rubio-miel. «¿Has aprendido la oración?».

«¡Oh! ¡Sí! ¡Es tan bonito decir: "¡Padre mío!" y pensar en el Cielo... Pero... la voluntad de Dios me da un poco de miedo... porque no sé si Dios quiere lo que yo quiero...».

«Dios quiere tu bien».

«¿Sí? ¿Dices eso Tú? Entonces ya no tengo miedo... Siento que me quedaré en Israel... a conocer cada vez más a este Padre mío... Y... a ser la primera discípula de Galia, ¡oh mi Señor!».

«Tu fe será escuchada porque es buena. Vamos...».

Y salen todos. Van a lavarse a la pila que está debajo del manantial, mientras Áurea corre ligera donde María. Y se oyen dos voces femeninas: de palabra ágil la de María; titubeante, como de quien busca las palabras, la otra; y risitas agudas por algún error lingüístico que María corrige dulcemente...

«Aprende pronto y bien la niña» observa Tomás.

«Sí. Es buena y voluntariosa».

«¡Y, además, tu Madre es maestra!... ¡Ni Satanás le opondría resistencia!...» dice el Zelote.

Jesús suspira pero no habla...

«¿Por qué suspiras así, Maestro? ¿No es como he dicho?».

«Lo has dicho muy bien. Pero hay hombres más resistentes que Satanás, que al menos huye de la presencia de María. Hay hombres que están a su lado y que, aun siendo adoctrinados por ella, no mejoran...».

«¿Pero no nosotros, no?» dice Tomás.

«No vosotros... Vamos...».

Entran en casa y todo termina.

435. Comienzo del tercer sábado en Nazaret y llegada de Pedro con otros apóstoles.

13 de mayo de 1946.

[1]El sábado es el descanso. Ya se sabe. Descansan los hombres y 435.1
las herramientas, cubiertas o colocadas con buen orden en sus sitios.

Ahora que el ocaso rojo de un viernes de verano está para cumplirse, María, sentada a la sombra del grande manzano ante su telar más pequeño, se levanta, tapa el telar y, con la ayuda de Tomás, le devuelve a la casa, a su sitio, e invita a Áurea — que, sentada en un pequeño taburete a sus pies, cosía todavía, con mano desmañada, los vestidos que le habían dado las romanas y que María ha adaptados a su talle —, le invita a doblar el trabajo con orden y a poner todo encima de la repisa de su habitación. Y, mientras Áurea lleva a cabo esto, la Madre entra con Tomás en el local laboratorio donde Jesús y el Zelote se dan prisa en poner de nuevo en sus sitios sierras, cepillos, destornilladores, martillos, botes de barniz y de cola, y a barrer el serrín y las virutas de los bancos y del suelo. Del trabajo realizado hasta ese momento sólo quedan dos tablas dispuestas en ángulo, apretadas en el torno para que se solidifique la cola en las junturas (quizás es un futuro cajón), y un taburete barnizado a la mitad; además de quedar el olor agudo de los barnices todavía frescos.

435.2 [2]Entra también Áurea. Va hacia el trabajo de buril de Tomás, se curva hacia él, lo admira y pregunta, curiosita, que para qué sirve, y también, instintivamente coqueta, pregunta que si a ella le quedaría bien.

«Te quedaría bien, pero te queda mejor el ser buena. Éstos son adornos que sólo hacen más hermoso el cuerpo, pero que no sirven para el espíritu; es más, cultivando la coquetería, perjudican al espíritu».

«¿Y entonces por qué lo haces?» pregunta, lógica, la niña. «¿Es que quieres perjudicar a un espíritu?».

Tomás, siempre afable, sonríe ante esta observación y dice: «Perjudica lo superfluo, a un espíritu débil. Pero, para un espíritu fuerte, el adorno se queda en lo que es, ni más ni menos: un alfiler necesario para tener sujeta la túnica».

«¿Para quién lo haces? ¿Para tu mujer?».

«Yo no tengo mujer ni la tendré nunca».

«Entonces para tu hermana».

«Tiene más de los que necesita».

«Entonces para tu madre».

«¡Pobre anciana! ¿Y qué hace con él?».

«Pero es para una mujer...».

«Sí. Pero que no eres tú».

«¡Ni siquiera lo pienso!... Y además, ahora que has dicho que estas cosas perjudican al espíritu débil, no lo querría. Voy a quitar también esas guarniciones a los vestidos. ¡No quiero perjudicar a lo que es de mi Salvador!».

«¡Eres una niña como se debe! Fíjate, tú, con esta voluntad tuya, has hecho un trabajo más bonito que el mío».

«Lo dices porque eres bueno...».

«Lo digo porque es verdad. [3]Mira: yo he cogido este bloque de plata, lo he reducido a hojas a medida que iba siendo necesario; luego, con el instrumento, o, mejor, con los instrumentos, lo he doblado así. Pero todavía tengo que hacer la parte mayor. Juntar las partes, y de forma natural. Por ahora completas sólo están estas dos hojitas con su florecita unida» y Tomás levanta entre sus gruesos dedos un liviano escapo de muguete, recogido en una hoja que imita a la perfección las naturales. Hace un cierto efecto ver esa cosita, que resplandece con el brillo blanco de la plata pura, entre los dedos fuertes y bronceados del orfebre. 435.3

«¡Oh! ¡bonito! Había muchos de éstos en la isla y nos dejaban cogerlos antes de que el Sol saliera. Porque las rubias no debíamos nunca tomar el sol para valer más; a las morenas, sin embargo, las hacían estar fuera, al sol, hasta sentirse incluso mal, para que fueran más morenas. Las... ¿Cómo se dice vender una cosa diciendo que es una cuando en realidad es otra?...».

«Pues... con engaño... con trampa... no lo sé».

«Las engañaban diciendo que eran árabes o del alto Nilo, de donde nace; a una la vendieron como descendiente de la reina Saba».

«¡Nada menos! Pero no las engañaban a ellas, sino a los compradores. Se dice entonces que timaban. ¡Qué gentuza! Una buena sorpresa para el comprador, cuando haya visto descolorirse la... falsa etíope! ¿Estás oyendo, Maestro? ¡Cuántas cosas que nosotros ignoramos!...».

«Estoy oyendo. Pero lo más triste no está en el timo al comprador... sino en el destino de esas muchachas...».

«Es verdad. Almas profanadas para siempre. Perdidas...».

«No. Dios puede siempre intervenir...».

«Respecto a mí lo ha hecho. ¡Tú me has salvado!...» dice Áurea, volviéndose hacia el Señor con su mirada clara, serena. Y termina: «¡Y yo soy muy feliz!» y, no pudiendo ir a abrazar a Jesús, va a ceñir a María con un brazo, apoyando su rubia cabeza en el hombro de la Virgen en un gesto de confiado amor. Las dos cabezas rubias resaltan, con sus distintas coloraciones, contra la pared obscura: un grupo dulcísimo.

Pero María se acuerda de la cena. Se sueltan y se van.

[4]¿Se puede entrar?» dice tras la puerta del taller que da a la calle la voz un poco ronca de Pedro. 435.4

«¡Simón! ¡Abrid!».

«¡Simón! ¡No ha sabido estar separado!» dice Tomás riendo, mientras se apresura a abrir.

«¡Simón! Era previsible...» dice sonriendo el Zelote.

Pero no es sólo el rostro de Pedro el que se enmarca en el cuadro de la puerta; son todos los apóstoles del lago, todos menos Bartolomé y menos Judas Iscariote. Y con ellos están ya Judas y Santiago de Alfeo.

«¡La paz a vosotros! ¿Pero, por qué habéis venido con este calor?».

«Porque... ya no podíamos estar separados. Han pasado dos semanas y media, ¿sabes! ¿Comprendes! ¡Dos semanas y media que no te vemos!» y Pedro parece decir: «¡Dos siglos! ¡Una enormidad!».

«Pero os había dicho que esperarais a Judas todos los sábados».

«Sí. Pero no ha venido dos sábados... y al tercero venimos nosotros. Allí se ha quedado Natanael, que no está demasiado bien. Si Judas va, le recibirá... Pero ciertamente no irá... Benjamín y Daniel nos dijeron que le habían visto en Tiberíades, pasando por Tiberíades para venir donde nosotros, antes de ir hacia el Hermón grande, y... bueno, ya te diré después...» dice Pedro, cuya palabra ha sido cortada por un tirón de la túnica por parte de su hermano.

«De acuerdo. Luego me dirás... ¡Pero, deseabais tanto descansar, y ahora que podéis reposar os pegáis estas carreras!... ¿Cuándo habéis salido?».

«Ayer al caer de la tarde. Con un lago que era un espejo. Hemos desembarcado en Tariquea para evitar Tiberíades para... para no encontrar a Judas...».

«¿Por qué?».

«Porque, Maestro, queríamos gozar de ti en paz».

«¡Sois egoístas!».

«No. Él ya tiene *sus* alegrías... ¡En fin! No sé quién le da tanto dinero para gozárselo con... Sí, comprendido, Andrés. Pero deja de tirarme tan fuerte de la túnica. Ya sabes que sólo tengo ésta. ¿Quieres que me vaya con la túnica rasgada?».

Andrés se pone colorado. Los otros se ríen. Jesús sonríe.

«Bien. Hemos bajado a Tariquea tambien porque... bueno no me regañes... Será el calor, será que lejos de ti me hago malo, será que pensar que él se ha separado de ti para unirse a... ¡Pero bueno, deja ya de arrancarme la manga! ¡Ya ves que sé pararme a tiempo!... En fin, Maestro, será por muchas cosas... Yo no quería pecar, y si veía a Judas lo hacía. Así que me he dirigido a Tariquea. Y al alba nos hemos puesto en camino».

«¿Habéis pasado por Caná?».

«No. No queríamos alargar el viaje... Pero ha sido muy largo de todas formas. Y el pescado se ponía malo... Se lo dimos a la gente de una casa, en cambio de alojamiento durante algunas horas, las más calurosas. Y hemos partido de allí a mitad de tiempo de después de la nona... ¡Un horno!...».

«Os lo podíais haber ahorrado. Yo habría ido pronto...».

«¿Cuándo?».

«Cuando el Sol hubiera salido del León».

«¿Y Tú crees que podíamos estar tanto sin ti? ¡Hombre, desafiamos a mil calores semejantes pero venimos a verte! ¡Nuestro Maestro! ¡Nuestro adorado Maestro!» y Pedro se abraza a su Tesoro de nuevo hallado.

«Y pensar que cuando estamos juntos no hacéis otra cosa sino quejaros del tiempo, de lo largo que es el camino...».

«Porque somos unos necios. Porque, mientras estamos juntos, no comprendemos bien lo que Tú eres para nosotros... Pero aquí nos tienes. Ya tenemos lugares. Quién en casa de María de Alfeo, quién con Simón de Alfeo, quién con Ismael, quién con Aser y quién con Alfeo, que está aquí cerca. Ahora descansamos y mañana, al caer de la tarde, otra vez en marcha, más contentos».

[5]«El sábado pasado hemos tenido aquí a Mirta y a Noemí, que habían venido para ver otra vez a la niña» dice Tomás. 435.5

«¿Ves como quien tiene la posibilidad de venir, en cuanto puede viene aquí?».

«Sí, Pedro. Y vosotros ¿qué habéis hecho en este tiempo?».

«Hemos pescado... hemos barnizado barcas... reparado redes... Ahora Margziam sale frecuentemente con los mozos, cosa que hace disminuir los improperios de mi suegra contra "el holgazán que hace morir de hambre a su mujer después de traerle un bastardo". ¡Y pensar que Porfiria no ha estado nunca tan bien como ahora que tiene a Margziam, por el corazón y por todo lo demás! Las ovejas, de tres, han pasado a cinco, y pronto serán más... ¡No es poco útil esto para una pequeña familia como la nuestra! Y Margziam con la pesca suple a lo que yo no hago sino muy raramente. Pero esa mujer tiene lengua viperina, a pesar de que su hija la tiene de paloma... Veo que tú también has trabajado...».

«Sí, Simón. *Hemos* trabajado. Todos. Mis hermanos en su casa, Yo con éstos en la mía; para procurar satisfacción y descanso a nuestras madres».

«¡Hombre, también nosotros!» dicen los hijos de Zebedeo.

«Y yo a mi mujer, trabajando en colmenas y viñas» dice Felipe.

«¿Y tú, Mateo?».

«Yo no tengo a quién hacer feliz... y ahora me he hecho feliz a mí mismo, escribiendo las cosas que más me gusta recordar...».

«Entonces te vamos a referir la parábola del barniz. La he provocado yo, muy inexperto pintor...» dice el Zelote.

«Pero has aprendido pronto el oficio. ¡Fijaos qué bien ha dejado esta silla!» dice Judas Tadeo.

El acuerdo entre ellos es perfecto. Y Jesús, cuya cara aparece más descansada desde que está en su casa, resplandece de alegría por tener en torno a sí a sus queridos apóstoles.

435.6 [6]Entra Áurea y se queda sorprendida en el umbral de la puerta.

«¡Ah, ahí está! ¡Fíjate qué bien está! Pasa por una pequeña hebrea, vestida así».

Áurea se pone roja como la púrpura y no sabe qué decir. Pero Pedro se muestra tan afable y paternal, que en seguida se recobra y dice: «Me esfuerzo en serlo y... con mi Maestra espero serlo pronto... Maestro, voy a decir a tu Madre que están ellos...» y se retira ágil.

«Es una buena muchacha» declara el Zelote.

«Sí. Quisiera que se quedara con nosotros israelitas. Bartolomé, rechazándola, ha perdido una buena ocasión y una alegría...» dice Tomás.

«Bartolomé está muy ligado a las... fórmulas» dice Felipe para disculparle.

«Es su único defecto» observa Jesús.

Entra María...

«La paz a ti, María» dicen los que han venido de Cafarnaúm.

«La paz a vosotros... No sabía que estabais aquí. En seguida me ocupo de vosotros... Entretanto venid...».

«De casa vendrá nuestra madre con bastante comida, y también Salomé. No te preocupes, María» dice Santiago de Alfeo.

«Vamos al huerto... Se está alzando el viento de la noche y se está bien...» dice Jesús.

Y entran en el huerto. Se sientan acá o allá. Hablan fraternalmente, mientras las palomas zurean disputándose la última comida, que Áurea esparce por el suelo... Luego es el riego de los cuadros florecidos, o simplemente de útiles y bonitas verduras necesarias para el hombre. Quieren hacerlo los apóstoles, alegremente, mientras María de Alfeo, que ha llegado en ese momento, con Áurea y María, preparan la cena para los llegados. Y el olor de los alimentos que chirrían se mezcla con el de la tierra regada, de la misma forma que el gorjeo de los pájaros, que se disputan, presuntuosos, un buen sitio entra las tupidas frondas del huerto, se mezclan con las voces profundas o agudas de los apóstoles...

436. En el huerto de Nazaret, revelado a apóstoles y discípulas el precio de la Redención.

14 de mayo de 1946.

[1]Y el sábado continúa, propiamente en el sábado. En la espléndida mañana, no pesado aún el aire por el calor, es agradable estar sentados, reunidos fraternal y pacíficamente debajo de la pérgola llena de sombra, o donde el manzano que está al lado de la higuera y del almendro proyecta, con éstos, manchas de sombra, prolongando la de la pérgola en que madura la uva. Es bonito ir y venir paseando por los senderos que hay entre los cuadros, yendo de la colmena hasta el palomar, desde éste hasta la pequeña gruta, y luego, pasando detrás las mujeres — María, María Cleofás, la nuera de ésta: Salomé de Simón, Áurea —, ir hacia los pocos olivos que desde el promontorio se alargan hacia el huerto quieto. Y esto es lo que hacen Jesús y los suyos, María y las otras mujeres. Y Jesús adoctrina incluso sin querer. Y María adoctrina incluso sin querer. Y los discípulos del primero y las discípulas de la segunda están atentos a las palabras de los dos Maestros. 436.1

Áurea, sentada en su taburetito habitual a los pies de María, casi acuclillada, está con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas, la cara levantada, con los ojos abiertos completamente y fijos en el rostro de María: parece una niña escuchando una fábula. Pero no es una fábula, es una hermosa verdad. María cuenta las antiguas historias de Israel a la pequeña paganita de ayer, y las otras, aunque conozcan las historias patrias, escuchan también con atención. Porque es muy dulce oír fluir de esos labios la historia de Raquel, la de la hija de Jefté, la de Ana de Elcaná.

[2]Judas de Alfeo se acerca lentamente y escucha sonriendo. Está detrás de María, que, por tanto, no le ve. Pero la mirada sonriente de María Cleofás a su Judas advierte a María de que alguno está detrás de Ella, y se vuelve: «¡Oh, Judas! ¿Has dejado a Jesús por escucharme a mí, una pobre mujer?». 436.2

«Sí. Te dejé a ti para ir con Jesús, porque la primera maestra mía fuiste tú, pero me es dulce alguna vez dejarle a Él para venir contigo, a hacerme niño como cuando era un escolar tuyo. Continúa, te lo ruego...». *

«Áurea quiere su premio todos los sábados. El premio es narrarle aquello que más impresión le haya causado de nuestra Historia (yo se la voy explicando un poco cada día mientras trabajamos)».

---

* *cuando era un escolar tuyo*, como en 38.8/9.

También los otros se han acercado... Judas Tadeo dice: «¿Y qué te gusta, niña?».

«Muchas cosas; todo, podría decir... Pero, mucho mucho, Raquel, y Ana de Elcaná, luego Rut... y luego... ¡ah!, es muy bonito Tobit y Tobías con el Ángel, y luego la esposa que ora para ser liberada...».

«¿Y Moisés no?».

«Me da miedo... Demasiado grande... Y en los profetas me gusta Daniel defendiendo a Susana». Mira a su alrededor y susurra: «...también a mí me ha defendido mi Daniel» y mira a Jesús.

«¡Pero también son bonitos los libros de Moisés!».

«Sí. Donde enseñan a no hacer las cosas que son feas. Y también donde hablan de aquella estrella que nacerá de Jacob. Yo ahora sé su nombre. Antes no sabía nada. Y mi fortuna es mayor que la de aquel profeta, porque yo la veo, y además de cerca. Ella me ha dicho todo, así que sé también yo» termina con un cierto aire triunfal.

«¿Y la Pascua no te gusta?».

«Sí... pero... también los hijos de los demás tienen mamá. ¿Por qué matarlos? Yo entre el Dios que salva y el que mata, prefiero al primero...».

436.3 «Tienes razón... [3]María, ¿no le has contado todavía nada de su Nacimiento?» dice Santiago, señalando al Señor, que escucha y calla.

«Todavía no. Quiero que conozca bien el pasado, antes del presente; para comprender este presente, que tiene su razón de ser en el pasado. Cuando lo conozca, verá que el Dios que le produce miedo, el Dios del Sinaí, es un Dios de amor severo, pero en todo caso amor».

«¡Oh, Madre, dímelo ahora, que me costará menos esfuerzo comprender el pasado cuando sepa el presente, que, por lo que yo sé de él, es muy bonito y hace amar a Dios sin miedo! ¡*Yo necesito no tener miedo*!».

«La niña tiene razón. Recordad siempre todos esta verdad cuando evangelicéis. Las almas necesitan no tener miedo para ir a Dios con toda confianza. Es lo que Yo me esfuerzo en hacer, y más aún cuando, o por ignorancia o por culpas, están sujetos a temer mucho a Dios. Pero Dios, incluso el Dios que castigó a los egipcios y que te produce miedo, Áurea, es siempre bueno. Mira: cuando quitó la vida a los hijos de los egipcios crueles, tuvo piedad con ellos, los cuales, no creciendo, no se hicieron pecadores como sus padres, y dio tiempo de arrepentirse a sus padres del mal cometido. Así pues, fue una severa

436.4 bondad. [4]Hay que saber distinguir la verdadera bondad de lo que es sólo debilidad de educación. Cuando Yo era un pequeño infante, fueron asesinados muchos pequeñuelos en el pecho mismo de sus ma-

dres. Y el mundo gritó de horror. Pero, cuando el Tiempo ya no exista ni para los individuos ni para la Humanidad entera, comprenderéis, una y mil veces, que fueron afortunados, benditos en Israel, en la Israel de los tiempos de Cristo, aquellos que, por haber sido exterminados en la infancia, fueron preservados del mayor de los pecados, el de ser cómplices de la muerte del Salvador».

«¡Jesús!» grita María de Alfeo poniéndose en pie, asustada, mirando a su alrededor como si temiera ver salir a los deicidas de detrás de los setos y de los troncos del huerto. «¡Jesús!» repite mirándole con pena.

«¿Es que ya no conoces las Escrituras, que tanto te asombras de esto que digo?» le pregunta Jesús.

«Pero... Pero... No es posible... No debes permitirlo... Tu Madre...».

«Es Salvadora conmigo, y sabe. Mírala e imítala».

María, en efecto, está austera, regia con su palidez, que es intensa; e inmóvil. Tiene las manos apoyadas en su regazo, apretadas, como en oración; alta la cabeza, la mirada fija en el vacío...

[5]María de Alfeo la mira. Luego se dirige de nuevo a Jesús: «¡Pero, 436.5
de todas formas, no debes hablar de este horrendo futuro! Le clavas una espada en el corazón».

«Hace treinta y dos años que está esta espada en su corazón».

«¡Nooo! ¡No es posible! María... siempre tan serena... María...».

«Pregúntaselo a Ella, si no crees en lo que digo».

«¡Sí que se lo pregunto! ¿Es verdad, María? ¿Sabes esto?...».

Y María, con voz blanca pero firme, dice: «Es verdad. Tenía Él cuarenta días cuando me lo dijo un santo... Pero incluso antes... ¡oh!, cuando el Ángel me dijo que, sin dejar de ser la Virgen, concebiría un Hijo, que por su concepción divina sería llamado Hijo de Dios, lo que realmente es; cuando se me dijo esto, y que en el seno de Isabel estéril estaba formado un fruto por milagro del Eterno, no me fue difícil recordar las palabras de Isaías: "La Virgen dará a luz un hijo que será llamado Emmanuel"... ¡Todo, todo Isaías! Y donde habla del Precursor... Y donde habla del Varón de dolores, rojo, rojo de sangre, irreconocible... un leproso... por nuestros pecados... La espada está en el corazón desde entonces, y todo ha servido para hincarla más: el cantar de los ángeles y las palabras de Simeón y la venida de los Reyes de Oriente, y todo, todo...».

«¿Pero, todo, qué otras cosas, María mía? Jesús triunfa, Jesús hace prodigios, le siguen turbas cada vez más numerosas... ¿No es, acaso, verdad?» dice María de Alfeo.

Y María, siguiendo en la misma postura, dice a cada pregunta:

«Sí, sí, sí» sin congoja, sin alegría, solamente asiente con serenidad, porque así es...

«¿Y entonces? ¿Qué otro *todo* te clava la espada en el corazón?».

«¡Oh!... Todo...».

436.6 [6]«¿Y estás tan serena? ¿Tan serena? Siempre igual que cuando llegaste aquí, casada, hace treinta y tres años. Y me parece ayer todo este cúmulo de recuerdos... ¿Pero cómo tienes esta fuerza?... Yo... yo estaría como loca... yo haría... no sé lo que haría... Yo... ¡Bueno, que no, que no es posible que una madre sepa esto y esté serena!».

«Antes de ser Madre, soy hija y sierva de Dios... Mi serenidad ¿dónde la encuentro? En hacer la voluntad de Dios. Mi serenidad ¿de qué me viene? De hacer esta voluntad. Si hiciera la voluntad de un hombre, podría sentirme turbada, porque un hombre, aun el más sabio, siempre puede imponer una voluntad errada. ¡Pero la de Dios!... Si Él ha querido que sea Madre de su Cristo, ¿deberé acaso pensar que es un hecho cruel, y perder en este pensamiento mi serenidad? ¿Saber lo que será la Redención para Él, y para mí, también para mí, deberá turbarme con el pensamiento de cómo voy a superar ese momento? ¡Oh! será tremenda...» y María sufre un involuntario sobresalto, como un escalofrío improviso, y cierra las manos como para impedirles temblar, como para orar más ardientemente, mientras que su cara se pone aún más blanca, y los párpados sutiles, con un parpadeo de angustia, se cierran sobre sus dulces ojos garzos. Pero, después de un profundo suspiro de congoja, reafirma su voz y termina: «Pero Él, Aquel que me ha impuesto su voluntad y a quien sirvo con amor confiado, me dará la ayuda para ese momento. A mí, a Él... Porque no puede el Padre dictar designios demasiado fuertes para las fuerzas del hombre... y socorre... siempre... Y nos socorrerá, Hijo mío... nos socorrerá... Él nos socorrerá... y sólo podrá ser Él, que tiene medios infinitos, el que nos socorra...».

«Sí, Madre. El Amor nos socorrerá, y en el amor nos socorreremos recíprocamente. Y en el amor redimiremos...».

Jesús se ha puesto al lado de su Madre y ahora le pone una mano en el hombro. Ella levanta la cara para mirar a su hermoso y sano Jesús, destinado a quedar desfigurado por las torturas, muerto con mil heridas, y dice: «En el amor y en el dolor... Sí. Y juntos...».

436.7 [7]Ya ninguno dice nada... En círculo — alrededor de los dos Protagonistas principales de la futura tragedia del Gólgota —, apóstoles y discípulas parecen estatuas pensativas...

Áurea se ha quedado petrificada en su taburete... Pero es la primera que se recobra, y, sin ponerse en pie, se arrodilla, de forma que se encuentra justo contra María; le abraza las rodillas y agacha su

cabeza y la apoya en su regazo; dice: «¡También por mí todo esto!... ¡Cuánto cuesto y cuánto os amo por lo que os cuesto! ¡Oh, Madre de mi Dios, bendíceme para que no os cueste sin fruto...».

«Sí, hija mía. No temas. Dios también te ayudará a ti, si aceptas siempre su voluntad». Le acaricia los cabellos y las mejillas, y siente éstas empapadas de llanto. «¡No llores! Del Cristo lo primero que has conocido ha sido el destino de dolor, el final de su misión de Hombre. No es justo que, habiendo conocido esto, ignores los momentos primeros de su vida en el mundo. Escucha... A todos les gustará salir de la contemplación amarga, tenebrosa, evocando el dulce momento, todo luz, todo canto, todo hosanna, de su Nacimiento... Escucha...» y María, explicando la razón del viaje a Belén de Judá, ciudad anunciada como ciudad natal del Salvador, dulcemente narra la noche del Nacimiento de Cristo.

437. Coloquio de Jesús con su Madre.

15 de mayo de 1946.

[1]No sé si es la noche del mismo sábado. Sé que veo a Jesús y a 437.1
María sentados en el asiento de piedra que hay contra la casa, cerca de la puerta del comedor, del que sale el tenue claror de una lámpara de aceite colocada cerca del umbral, una lámpara que late en el aire con aumentos y disminuciones de luz, como si su luminosidad estuviera regulada por un movimiento respiratorio; es la única luz de esta noche todavía sin Luna. Un mínimo de claror que sale al huerto, alumbrando una estrecha franja de terreno delante de la puerta, para morir en el primer rosal del parterre. Pero ese mínimo es suficiente para iluminar los dos perfiles de los Dos, reunidos en íntimo coloquio en la noche serena llena de perfumes de jazmines y otras flores de verano.

Hablan de los parientes... de José de Alfeo, siempre testarudo, de Simón, no muy valiente en su profesión de fe por estar dominado por el primero de los hermanos, que es autoritario y obstinado en sus ideas como lo era el padre. El gran dolor de María, que quisiera ver a todos sus sobrinos discípulos de su Jesús...

Jesús la consuela; habla de la fuerte fe israelita de su primo, para disculparle: «Es un obstáculo, ¿sabes? Un verdadero obstáculo. Porque todas las fórmulas y preceptos hacen de barrera para la aceptación de la idea mesiánica en su verdad. [2]Es más fácil convertir 437.2
a un pagano, si no es un espíritu totalmente pervertido. El pagano reflexiona y ve la diferencia buena entre *su* Olimpo y *mi* Reino. Pero

a Israel... a Israel en su parte más culta... le cuesta trabajo seguir el concepto nuevo...».

«¡Y a pesar de todo es el mismo concepto!».

«Sí. Es el mismo Decálogo, son las mismas profecías. Pero han sido profundamente alterados por el hombre, que los ha tomado de las esferas sobrenaturales donde estaban y los ha bajado al nivel de la Tierra, al ambiente del mundo, los ha manipulado con su humanidad, y los ha alterado... El Mesías, Rey espiritual del gran Reino —que se llama de Israel porque el Mesías *nace* del tronco de Israel, pero que es más justo llamarle de Cristo, porque Cristo centra en sí lo mejor de Israel, actual y pasado, y lo sublima con su perfección de Dios-Hombre —, el Mesías, para ellos, no puede ser el hombre manso, pobre, sin aspiraciones al poder y a la riqueza, obediente para con los que nos dominan por castigo divino; porque en la obediencia hay santidad cuando esta obediencia no debilita la gran Ley. Y por
437.3 esto se puede decir que su fe trabaja contra la Fe verdadera. [3]¿Personas así, tercas y convencidas de ser justas?... Hay muchas... en todas las clases... y también entre mis parientes y apóstoles. Sí, Madre, su cerrazón respecto a creer en mi Pasión está en esto. Sus errores de valoración tienen su origen en esto... Y también su actitud reacia, que se obstina en considerar idólatras a los gentiles, mirando al hombre y no al espíritu del hombre, ese espíritu que tiene *un* solo Origen y al cual Dios querría dar *un* solo Destino: el Cielo. Fíjate Bartolomé... Es un ejemplo. Es óptimo, sabio, está dispuesto a todo para darme honor y consuelo... Pero ante — no digo ya una Áglae o una Síntica, que es una flor respecto a la pobre Áglae, a la que solamente la penitencia le hace cambiar de fango a flor —, ni siquiera ante una muchacha, una pobre muchacha cuyo sino suscita todas las compasiones y cuyo instintivo pudor induce admiración, ni siquiera ante ella cae su repugnancia hacia los gentiles; y ni siquiera mi ejemplo le vence, ni mis palabras sobre que he venido para todos».

«Tienes razón. Es más, precisamente los dos más resistentes son Bartolomé y Judas de Keriot, los dos más doctos, o, por lo menos, el docto Bartolmái, y Judas de Keriot, que no sé exactamente en qué clase se puede colocar, pero que está embebido, saturado del ambiente del Templo. Pero... Bartolmái es bueno y su resistencia todavía se puede disculpar. Judas... no. Ya has oído lo que ha dicho Mateo, que fue a propósito a Tiberíades... Y Mateo es experto de la vida, sobre todo de *esa* vida... Y es apropiada la observación de Santiago de Zebedeo: "¿Pero quién es el que da tanto dinero a Judas?". Porque esa vida cuesta... ¡Pobre María de Simón!».

Jesús hace su típico gesto con las manos, para decir: «Así es...» y

suspira. [4]Luego dice: «¿Has oído? Las romanas están en Tiberíades... Valeria no me ha comunicado nada. Pero Yo, antes de reanudar mi camino, tengo que saber. Quiero que estés conmigo en Cafarnaúm durante un tiempo, Mamá... Luego regresas aquí. Yo iré hacia los confines siro-fenicios y luego volveré para saludarte antes de bajar hacia Judea, la oveja terca de Israel...». 437.4

«Hijo, iré mañana por la noche... Llevaré conmigo a María de Alfeo. Áurea irá a casa de Simón de Alfeo, porque no pasaría sin crítica el que se quedara aquí con vosotros varios días... Así es el mundo... Y yo iré... La primera etapa, Caná; luego, al alba, partiré para la casa de la madre de Salomé de Simón; después, al caer de la tarde, reanudo la marcha: llegaremos, todavía con luz, a Tiberíades. Iré a la casa del discípulo José, porque quiero ir yo, personalmente, a ver a Valeria, y, si fuera donde Juana, querría ir ella... No. Yo, Madre del Salvador, para Valeria, seré distinta de la discípula del Salvador... y no me dirá no. ¡No temas, Hijo mío!».

«No temo. Pero me aflige tu fatiga».

«¡Oh... para salvar a un alma! ¿Qué es esta nada de unas veinte millas recorridas en un buen período?».

«La fatiga será también moral. Pedir... ser, quizás, humillada...».

«Poca cosa que pasa. ¡Pero un alma permanece!».

«Serás como una golondrina extraviada en la pervertida Tiberíades... Lleva contigo a Simón».

«No, Hijo mío. Nosotras dos solas, dos pobres mujeres... Pero dos madres y dos discípulas, o sea, dos grandes fuerzas morales... No me demoraré. Déjame ir... Únicamente bendíceme».

«Sí, Mamá. Con todo mi corazón de Hijo y con todo mi poder de Dios. Ve y que los ángeles te escolten por el camino».

«Gracias, Jesús. Ahora vamos a entrar. Me tendré que levantar con el alba para preparar todo, para quien parte y para quien se queda. Di la oración, Hijo...».

Jesús se levanta, y también María, y juntos dicen el Pater... Luego entran de nuevo en la casa, cierran la puerta... la luz desaparece y cesa toda voz humana. Queda sólo el viento ligero entre las frondas y el gorgoteo ligero del hilo de agua en la pila...

438. María Stma. con María de Alfeo en Tiberíades, donde Valeria. Encuentro con Judas Iscariote.

16 de mayo de 1946.

[1]Tiberíades está ya a la vista y las dos peregrinas, cansadas, pro- 438.1

siguen mientras desciende el crepúsculo.

«Dentro de poco será de noche... Y estamos todavía en medio de los campos... Dos mujeres solas... Y cerca de una ciudad grande llena de... ¡huy, qué gente! ¡Diablos, la mayor parte diablos!...» dice María de Alfeo mirando asustada a su alrededor.

«No temas, María. Belcebú no nos hará ningún mal. Sólo daña a quien le acoge en su corazón...».

«¡Pero estos paganos le tienen!...».

«En Tiberíades no hay sólo paganos, y entre los paganos también hay justos».

«¡Que no! ¡Que no tienen a nuestro Dios!...».

María no rebate porque comprende que es inútil. La buena cuñada no es sino una de las muchas israelitas que se creen las únicas depositarias de la virtud... por ser israelitas.

Un momento de silencio en que se oye sólo el roce de las sandalias que calzan los pies cansados y polvorientos.

«Hubiera sido mejor recorrer el camino habitual... Ése le conocíamos... Le recorre más gente... Éste... entre huertas, solitario... desconocido... ¡Bueno, que tengo miedo!».

«¡No, María! Mira. La ciudad está allí, a dos pasos. Y aquí hay huertos tranquilos de los cultivadores de Tiberíades, y allí, a dos pasos, está la orilla. ¿Quieres que vayamos por la orilla? Encontraremos pescadores... Hay que atravesar sólo estas huertas».

«¡No, no! ¡Nos alejamos otra vez de la ciudad! Y además... los barqueros son casi todos griegos, cretenses, árabes, egipcios, romanos...» y parece como si nombrara clases infernales con cada una de estas palabras. María Stma. no puede evitar sonreír tras la sombra de su velo.

Prosiguen. El camino se transforma en una alameda; por tanto, la máxima sombra... y el ápice del miedo para María de Alfeo, que invoca a Yeohveh a cada paso que da, cada vez más lento.

«¡Venga, sé fuerte! ¡Rauda, si tienes miedo!» la anima María, que a cada invocación ha respondido: «¡Maran Athá!».

438.2 [2]Pero María de Alfeo se para del todo y pregunta: «¿Pero por qué has querido venir aquí? ¿Quizás para hablar con Judas Iscariote?».

«No, María. O, por lo menos, no exactamente para eso. He venido para hablar con la romana Valeria...».

«¡Misericordia! ¿Vamos a su casa? ¡Ah! ¡no! ¡María! ¡No hagas eso! ¡Yo... yo ya no te acompaño! ¿Pero qué vas a hacer allí? ¡Donde ésas... donde ésas... donde esos reprobados!...».

María Stma. cambia su dulce sonrisa por una expresión seria, y pregunta: «¿Y no recuerdas que Áurea ha de ser salvada? Mi Hijo ha

comenzado su liberación. Yo la cumpliré. ¿Así practicas tú el amor hacia las almas?».

«Pero no es de Israel...».

«¡Verdaderamente no has entendido todavía ni una palabra de la Buena Nueva! Eres una discípula muy imperfecta... No trabajas para tu Maestro y me causas mucho dolor».

María de Alfeo agacha la cabeza... Y su corazón, lleno de los prejuicios de Israel, sí, pero congénitamente bueno, prevalece. Rompe a llorar, abraza a María y dice: «¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡No me digas que te causo dolor y que no sirvo a mi Jesús! ¡Sí, sí! Soy muy imperfecta, merezco reprensión... Pero no lo volveré a hacer... ¡Voy, voy! Hasta al Infierno, si vas tú a él a arrancar un alma para dársela a Jesús... Dame un beso, María, para decir que me perdonas...».

María la besa y vuelven al camino, ágiles, alentadas de nuevo por el amor...

438.3 [3]Ya están en Tiberíades, hacia el pequeño puerto de los pescadores. Buscan la casita de José, el barquero discípulo... La encuentran. Llaman...

«¡La Madre de mi Maestro! ¡Entra, Mujer! Y Dios esté contigo y conmigo que te recibo en mi casa. Entra también tú y que la paz sea contigo, madre de apóstoles».

Entran, mientras la mujer y la jovencita hija del barquero acuden para saludarlas, seguidas por un grupo de hijuelos más pequeños...

Pronto toman la parca comida, y María de Cleofás, cansada, se retira con los niños de la casa. En la terraza alta, desde la cual se ve el lago — se *oye*, más que verse, porque no hay luna todavía — chocando en la playa con sus olas, se quedan María Stma., el barquero y la mujer de éste, que se esfuerza en hacer buena compañía, pero que en realidad duerme cabeceando contra el pecho.

«¡Está cansada!...» la disculpa José.

438.4 «¡Pobrecilla! [4]Las mujeres de casa están siempre cansadas por la noche».

«Sí, trabajan ellas. No son como aquéllas de allí, entregadas a la diversión» dice con desprecio el barquero, señalando a unas barcas iluminadas que se separan de la orilla entre cantos y sonidos. «Ellas salen ahora. Para ellas empieza ahora la fatiga. Cuando las buenas personas duermen. Y perjudican a los que trabajan, porque van a fingir que pescan a los lugares mejores y nos echan a nosotros, que del lago sacamos el pan para la familia...».

«¿Quiénes son?».

«Romanas y sus semejantes. Y en las semejantes mete a Herodías, a su lujuriosa hija y también otras hebreas... Porque tenemos

muchas Marías Magdalenas... Quiero decir Marías antes del arrepentimiento...».

«Son infelices...».

«¿Infelices? Infelices nosotros, que no las apedreamos para limpiar a Israel de esas que se han pervertido y nos acarrean las maldiciones de Dios».

Entretanto otras barcas se separan de la orilla y las luces de las barcas de los vividores rojean en el lago.

«¿Sientes qué hedor de resinas! Lo primero se embriagan con el humo, luego hacen el resto en los banquetes. Son capaces de ir a los manantiales calientes de la otra orilla... En las Termas de allí... suceden cosas de Infierno. Regresarán al alba, a la aurora, quizás más tarde... borrachos, tumbados como sacos los unos encima de los otros, hombres y mujeres; los esclavos los llevarán a sus casas, a que se les pase la orgía... ¡Esta noche es que van todas las barcas elegantes, eh! ¡Mira! ¡Mira!... Pero mi ira es más contra los judíos que se mezclan allí, que no contra ellos. ¡Ellos... ya se sabe! Animales sin recato. ¡Pe-
438.5 ro nosotros!... [5]Mujer, ¿sabes que está aquí Judas el apóstol?».

«Lo sé».

«No da buen ejemplo, ¿sabes?».

«¿Por qué? ¿Va con aquéllos?...».

«No... pero... malos compañeros... y una mujer. Yo no le he visto... Ninguno de nosotros le ve así. Pero unos fariseos se han mofado de nosotros diciéndonos: "Vuestro apóstol ha cambiado de maestro. Ahora tiene una mujer y está en buena compañía de publicanos"».

«No juzgues, José, sobre lo que solamente has oído referir. Tú sabes que los fariseos no os aman y que tampoco alaban al Maestro».

«Eso es verdad... Pero la voz circula... y daña...».

«De la misma forma que ha empezado terminará. Tú no peques contra tu hermano. ¿Sabes en qué casa está?».

«Sí. En casa de un amigo, creo. Uno que tiene un almacén de vinos y especias. El tercer almacén del lado de oriente del mercado, después de la fuente...».

438.6 [6]«¿Todas las romanas son iguales?».

«¡Más o menos!... Aunque eviten ser vistas, hacen el mal».

«¿Quiénes son las que evitan ser vistas?».

«Las que fueron a casa de Lázaro en Pascua. Están más retiradas... Quiero decir que no siempre van a los banquetes. Pero en todo caso van lo suficiente como para poder decir que son impuras».

«¿Pero hablas así porque estás seguro de ello, o porque tu prejuicio hebreo te hace hablar así? Examínate de verdad...».

«Bueno... en realidad... no sé... No las he vuelto a ver en las bar-

cas de los inmundos... Pero van en barca de noche por el lago».

«Tú también vas».

«¡Claro! ¡Si quiero pescar!».

«El calor es muy fuerte. Sólo hay alivio en el lago de noche. Son tus palabras mientras cenábamos».

«Es verdad».

«¿Y entonces, por qué no pensar que ellas también van por este motivo por el lago?».

El hombre calla... Luego dice: «Es tarde. Las estrellas dicen que es la segunda vigilia. Me voy a retirar, Mujer. ¿No vienes?».

«No. Me quedo aquí en oración. Saldré pronto. No te asombres si no me ves al alba».

«Eres dueña de hacer lo que quieras. ¡Ana! ¡Venga! ¡Vamos a la cama!» y menea a su mujer, que duerme profundamente. Se marchan.

[7]María se queda sola... Se arrodilla y ora, ora, ora... pero no pier- 438.7
de nunca de vista las barcas que surcan el lago, las barcas de los señores, las que navegan llenas de luz, entre flores, cantos e inciensos... Muchas van, van, van hacia oriente, se hacen pequeñas en la lejanía... y el sonido de los cantos ya no llega. Queda, solitaria, una barca, ante Tiberíades, resplandeciente en medio del lago luminoso por la luna menguante. Navega lentamente hacia arriba y hacia abajo... María la observa hasta que la ve volver la proa hacia la orilla.

Entonces se pone de pie y dice: «¡Señor, ayúdame! Haz que sea...» y desciende ágil la pequeña escalera, y entra despacio en una habitación que tiene la puerta entornada... Al blanco claror de la luna es posible distinguir un lecho. María se inclina hacia él y llama: «¡María! ¡María! ¡Despiértate! ¡Vamos!».

María de Alfeo se despierta y, atónita por el sueño, pregunta mientras se restriega los ojos: «¿Ya es hora de marcharnos? ¡Qué pronto se ha hecho de día!». Está tan adormilada, que ni siquiera comprende que no es luz de alba sino de luna la tenue fosforescencia que entra por la puerta abierta. Pero se da cuenta de esto cuando está fuera, en el pequeño pedazo de tierra cultivada que hay delante de la casa del barquero. «¡Pero si es de noche!» exclama.

«Sí. Pero vamos a acortar el tiempo y a salir antes de esta ciudad... al menos eso espero. ¡Ven! Por aquí, siguiendo la orilla. ¡Apresúrate! Antes de que la barca toque tierra...».

«¿La barca? ¿Qué barca?» pregunta María. Pero corre detrás de la Virgen, que va muy deprisa por la orilla desierta en dirección al pequeño espigón hacia el que se dirige la barca.

Llegan, jadeantes, unos instantes antes que ésta... María agudiza la mirada. Exclama: «¡Alabado sea Dios! Son ellas. Ahora ven de-

trás de mí... porque hay que ir a donde vayan ellas... No sé dónde viven...».

«¡Pero María... por piedad!... ¡Nos van a tomar por meretrices!...».

438.8 [8]La Purísima menea la cabeza y susurra: «Basta con no serlo. ¡Ven!» y la lleva a la penumbra de una casa.

La barca arriba, y, mientras hace las maniobras para abordar, una litera que estaba esperando cerca y que ahora estaban acercando, se detiene. Suben a ella dos mujeres, mientras que otras dos se quedan abajo y van andando al lado de la litera. La litera se pone en movimiento al paso cadencioso de cuatro númidas vestidos con una cortísima túnica sin mangas que apenas si les cubre el torso...

Y María detrás, a pesar de las protestas medio veladas de María de Alfeo: «¡Dos mujeres solas!... ¡Detrás de ésos! Están medio desnudos... ¡Válgame Dios!...».

Pocos metros de camino y luego la litera se detiene. Baja una mujer, mientras el guía llama a un portal.

«¡Adiós, Lidia!».

«¡Adiós, Valeria! Acaricia a Faustina por mí. Mañana por la noche volveremos a leer en tranquilidad, mientras los otros juergue-an...».

El portal se abre, y Valeria, con su esclava o liberta, está ya para entrar.

438.9 [9]María va hacia ella y dice: «¡Señora! ¡Una palabra!».

Valeria mira a las dos mujeres envueltas en un manto hebreo, muy sencillo y que cubre mucho el rostro, y cree que son unas mendigas. Ordena: «¡Bárbara, da el óbolo!».

«No, señora. No pido dinero. Soy la Madre de Jesús de Nazaret y ésta es mi pariente. Vengo en su Nombre para solicitarte una cosa».

«¡Dómina! Quizás... es que persiguen a tu Hijo...».

«No más de lo habitual. Pero Él querría...».

«Entra, Dómina. No es digno que te quedes en la calle como una mendiga».

«No. Lo digo pronto, si me escuchas en secreto...».

«¡Fuera todos vosotros!» ordena Valeria a la esclava, o quizás liberta, y a los porteros. «Estamos solas. ¿Qué quiere el Maestro? Yo no he ido por no ser causa de mal para Él en su ciudad. ¿Y Él? ¿No ha venido por no causarme daño ante mi esposo?».

«No. Por consejo mío. A mi Hijo le odian, señora».

«Lo sé».

«Encuentra consuelo sólo en su misión».

«Lo sé».

«No pide honores ni soldados, no aspira a reinos ni a riquezas. Pero hace valer su derecho sobre los espíritus».

«Lo sé».

«Señora... Él debería traerte a aquella niña... Pero, y no te enojes si te lo digo, aquí ella no podría hacer que su espíritu fuera de Jesús. Tú eres mejor que las otras... Pero alrededor de ti... demasiado vivo está el fango del mundo».

«Es verdad. ¿Y entonces?».

«Tú eres madre... Mi Hijo tiene sentimientos de padre para con todos los espíritus. ¿Soportarías tú que tu hija creciera en medio de quienes podrían causar su ruina?...».

«No. Y he comprendido... Bueno, pues... di a tu Hijo estas palabras: "En recuerdo de Faustina, salvada en la carne, Valeria te deja a Áurea para que salves su espíritu...". ¡Es cierto! Estamos demasiado pervertidos como para inspirar confianza a un santo... ¡Señora, ora por mí!» y se retira antes de que María pueda darle las gracias. Se retira, yo diría, llorando...

María de Alfeo se ha quedado de piedra.

«Vamos, María... Mañana al anochecer partimos y al caer de la tarde estaremos en Nazaret...».

«Vamos... La ha cedido como... como una cosa...».

«Para ellos es una cosa. Para nosotras es un alma. Ven. Mira... Ya blanquea el cielo allá en el fondo. Se puede decir que no hay noche en este mes...».

[10]Van, en vez de por el camino de la orilla, por el que se abre ante 438.10
ellas no ya en penumbra. Un camino que va por detrás de una fila de casitas modestas... Cuando están a la mitad del recorrido, de detrás de una esquina sale Judas, visiblemente embriagado; un Judas que viene de quién sabe qué festín, despeinado, arrugadas las vestiduras, el rostro ajado.

«¡Judas! ¿Tú? ¿En este estado?».

A Judas no le da tiempo a fingir que no la conoce, tampoco puede huir... La sorpresa le aclara la mente y le clava donde está, sin reacción.

María se le acerca, venciendo la repugnancia que despierta en ella el aspecto del apóstol, y le dice: «Judas, desgraciado hijo, ¿qué haces? ¿No piensas en Dios? ¿En tu alma? ¿En tu madre? ¿Qué haces, Judas? ¿Por qué quieres ser pecador? ¡Mírame, Judas! No tienes derecho a matar tu alma...» y le toca, tratando de tomarle una mano.

«Déjame tranquilo. Al fin y al cabo soy un hombre. Y... y soy libre de hacer lo que todos hacen. Dile a Él, que te manda para espiarme, que no soy todavía todo espíritu, y que soy joven».

«No eres libre de destruirte. ¡Judas, ten piedad de ti mismo!... Actuando así no serás nunca un espíritu beato... Judas... Él no me ha mandado para espiarte. Él ora por ti, sólo eso, y yo con Él. En nombre de tu madre...».

«Déjame tranquilo» dice Judas con descortesía. Y luego, quizás sintiéndose ruin, corrige: «No merezco tu piedad... Adiós...» y huye...

«¡Qué demonio!... Se lo voy a decir a Jesús» exclama María de Alfeo. «¡Tiene razón mi Judas!».

«Tú no dirás nada a nadie. Orarás por él, eso sí...».

«¿Lloras? ¿Lloras por él? ¡Oh!...».

«Lloro... Me sentía feliz de haber salvado a Áurea... Ahora lloro porque Judas es pecador. Pero a Jesús, que está muy afligido, le llevaremos sólo la noticia hermosa. Y le arrebataremos, con penitencias y oraciones, el pecador a Satanás... ¡Como si fuera hijo nuestro, María! ¡Como si fuera hijo nuestro!... Tú también eres madre, y sabes... Por esa madre infeliz, por esta alma pecadora, por nuestro Jesús...».

«Sí, oraré... Pero no creo que él lo merezca...».

«¡María! No digas eso...».

«No lo digo. Pero... es así. ¿No vamos a casa de Juana?».

«No. Iremos pronto a su casa con Jesús...».

439. María Stma. enseña a Áurea a hacer la voluntad de Dios.

20 de mayo de 1946.

439.1 [1]Está muy cansada la Virgen cuando vuelve a poner pie en su casa. Pero viene muy feliz. Pregunta en seguida por su Jesús, el cual está todavía trabajando, con las últimas luces del día que ya muere, en la puerta del horno (ya va a colocarla de nuevo en su sitio). Le ha abierto Simón, quien, después del saludo, se retira prudentemente a la sala-taller. A Tomás no le veo. Quizás está fuera.

Jesús deja sus herramientas en cuanto ve a su Madre, y va hacia Ella limpiándose las manos manchadas de grasa (está suavizando con aceite los goznes y los cerrojos) en su mandil de trabajo. Su recíproca sonrisa parece hacer luminoso el huerto en que va mermando la luz.

«La paz a ti, Mamá».

«La paz a ti, Hijo».

«¡Qué cansada estás! No has descansado...».

«Desde un alba a un ocaso en casa de José. Pero sin estos grandes calores me habría puesto en camino en seguida para venir a decirte que Áurea es tuya».

«¡¿Sí?!». El rostro de Jesús hasta se hace más joven por esta gozosa sorpresa. Parece un rostro de poco más de veinte años, y, con la alegría, perdiendo esa gravedad que generalmente tienen su rostro y sus gestos, adquiere aún mayor semejanza con el de su Madre, siempre tan serenamente niña en los ademanes y en el aspecto.

«Sí, Jesús. Y he obtenido esto sin ningún esfuerzo. La dama ha aceptado inmediatamente. Se ha conmovido al reconocer que ella, y con ella sus amigas, están demasiado contaminadas para educar a una criatura en orden a Dios. Un reconocimiento muy humilde, muy sincero, verdadero. No es fácil encontrar a alguien que, sin ser forzado a ello, reconozca que es defectuoso».

«Sí, no es fácil. Muchos en Israel no lo saben hacer. Son almas hermosas sepultadas bajo una costra de suciedad. Pero cuando caiga la suciedad...».

«¿Sucederá, Hijo?».

«Estoy seguro. Tienden instintivamente al Bien. Acabarán adhiriéndose. ¿Qué te ha dicho?».

«Pocas palabras... Nos hemos entendido en seguida. [2]Pero bueno 439.2
será tener aquí en seguida a Áurea. Quiero decirle yo esto; bueno, si Tú quieres, Hijo mío».

«Sí, Mamá. Mandamos a Simón» y llama con fuerte voz al Zelote, que viene en seguida.

«Simón, ve a casa de Simón de Alfeo y di que mi Madre ha vuelto; luego ven con la muchacha y con Toma, que está allí para terminar ese trabajito que le ha rogado hacer Salomé».

Simón se inclina y sale acto seguido.

«Cuenta, Mamá... Tu viaje... tu coloquio... ¡Pobre Mamá, qué cansada estás por causa mía!».

«¡Oh, no, Jesús! Ningún cansancio cuando Tú te sientes feliz...», y María cuenta su viaje y los miedos de María de Alfeo, el alto en el camino en casa del barquero, el encuentro con Valeria; y termina: «Dado que el Cielo lo permitía, he preferido verla a esa hora. Más libre ella, más libre yo, y María Cleofás consolada antes, porque de estar dos mujeres solas por Tiberíades sentía un terror que sólo el amor por ti, el pensamiento de servirte, podía superar...», y María sonríe, recordando las angustias de su cuñada...

Jesús también sonríe. Dice: «¡Pobrecilla! Es la verdadera mujer de Israel, la antigua mujer, reservada, toda ella casa, la mujer *fuerte* según los Proverbios. Pero en la nueva Religión la mujer no será sólo

fuerte en la casa... Serán muchas las que superarán a Judit y a Yael, siendo heroicas en sí, con un heroísmo propio de la madre de los Macabeos... Y también lo será nuestra María. Pero por ahora... es toda-
439.3 vía así... [3]¿Has visto a Juana?».

María ya no sonríe. Quizás teme otra pregunta, sobre Judas. Y responde rápidamente: «No he querido imponer más angustias a María. Hemos estado dentro de casa hasta la mitad entre la nona y la caída de la tarde, descansando, y luego hemos partido... Pensé que pronto la veríamos, en el lago...».

«Has hecho bien. Me has dado la prueba del sentimiento de las romanas hacia mí. Si Juana hubiera intervenido, se hubiera podido pensar que cedían ante la amiga. Ahora vamos a esperar hasta el sábado y, si Mirta no viene, iremos nosotros con Áurea».

«Hijo, yo quisiera quedarme...».

«Estás muy cansada. Lo veo».

«No, no por ese motivo... Pienso que Judas podría venir aquí... Si conviene que en Cafarnaúm haya siempre alguien que le espere para acogerle como amigo, también conviene aquí que haya alguien que le acoja con amor».

«Gracias, Mamá. Tú eres la única que comprende lo que le puede salvar todavía...».

Suspiran los dos por el discípulo causante de dolor...

439.4 [4]Regresan Simón y Tomás con Áurea, que corre hacia María. Jesús la deja con su Madre y se dirige a casa con los apóstoles.

«Has orado mucho, hija, y el buen Dios te ha escuchado...» empieza a hablar María.

Pero la niña la interrumpe con un grito de alegría: «¡Me quedo contigo!» le echa los brazos al cuello y la besa.

María devuelve el beso y, teniéndola aún entre sus brazos, dice: «Cuando uno hace un gran favor hay que corresponder, ¿no es verdad?».

«¡Oh, sí! Y yo corresponderé contigo con mucho amor».

«Sí, hija. Pero por encima de mí está Dios. Es Él el que te ha hecho este gran favor, el que te ha concedido esta gracia sin medida, de acogerte entre los miembros de su pueblo, de hacerte discípula del Maestro Salvador. Yo no he sido sino el instrumento de la gracia, pero la gracia ha sido Él, el Altísimo, el que te la ha concedido. ¿Qué vas a dar, pues, al Altísimo para decirle que se lo agradeces?».

«Pues... no sé... Dímelo tú, Madre...».

«Amor, esto sin duda. Pero el amor, para ser tal verdaderamente, debe estar unido al sacrificio, porque si una cosa cuesta tiene más valor, ¿no es verdad?».

«Sí, Madre».

«Bien, pues entonces diría que tú, con la misma alegría con que has gritado: "¡Me quedo contigo!", deberías gritar: "¡Sí, oh Señor!" cuando yo, pobre sierva suya, te diga la voluntad del Señor para ti».

«Dímela, Madre» dice Áurea, aunque poniéndose serio su rostro.

«La voluntad de Dios te confía a dos buenas madres, a Noemí y a Mirta...».

En los ojos claros de la muchacha brillan gruesos lagrimones, y ruedan luego abajo por su carita rosada.

«Son buenas. Jesús y yo las queremos. A una le ha salvado Jesús al hijo, a la otra yo se lo he alactado. Y tú misma has visto que son buenas...».

«Sí... pero esperaba estar contigo...».

«Hija, no todo se puede tener. [5]Ya ves que yo tampoco estoy con 439.5
mi Jesús. Os le doy, y estoy lejos, muy lejos de Él, mientras va recorriendo Palestina, predicando, curando, salvando a las jovencitas...».

«Es verdad...».

«Si le quisiera para mí sola, no habrías sido salvada; si le quisiera para mí sola, vuestras almas no serían salvadas. Considera cuán grande es mi sacrificio. Os doy a un Hijo para que sea inmolado por vuestras almas. Por lo demás, yo y tú estaremos siempre unidas, porque las discípulas están y estarán siempre unidas en torno a Cristo, formando una gran familia unida por el amor a Él».

«Es verdad. Y luego... voy a volver aquí, ¿no es verdad? ¿Nos seguiremos viendo?».

«Ciertamente. Mientras Dios lo quiera».

«Y orarás siempre por mí...».

«Oraré siempre por ti».

«Y, cuando estemos juntas, ¿me vas a seguir instruyendo?».

«Sí, hija...».

«¡Ah, yo quería llegar a ser como tú! ¿Podré? Saber, para ser buena...».

«Noemí es madre de un arquisinagogo y discípulo del Señor; Mirta, de un hijo que ha merecido la gracia del milagro y es discípulo bueno. Y las dos mujeres son buenas y sabias, además de personas muy llenas de amor».

«¿Me lo aseguras?».

«Sí, hija».

«Entonces... bendíceme y hágase la voluntad del Señor... como dice la oración de Jesús. La he dicho muchas veces... Es justo que ahora haga lo que he dicho, para obtener el no volver jamás con los romanos...».

«Eres una buena muchacha. Y Dios te ayudará cada vez más. Ven, vamos a decirle a Jesús que la más joven discípula sabe hacer la voluntad de Dios...» y, llevándola de la mano, María vuelve a entrar en casa, con la niña.

440. Otro sábado en Nazaret. Obstinación de José de Alfeo.

21 de mayo de 1946.

440.1 [1]Un nuevo sábado en Nazaret, o sea, un nuevo comienzo de sábado, porque apenas está empezando la puesta del Sol del viernes, cuando, sudorosas pero contentas, llegan Mirta y Noemí junto con el joven Abel. Se apean de sus burritos — Abel los lleva a otro lugar, ciertamente a algún establo amigo, quizás al de los dos asnerizos de Nazaret, ahora discípulos — y entran por la puerta del taller, abierta para dar ventilación a la amplia habitación, donde hasta poco antes el calor de la rústica chimenea se ha hecho cómplice del gran calor estival.

Tomás está dejando en su sitio los instrumentos y Simón barre el serrín, mientras Jesús limpia cazuelas y cazoletas, de colas y barnices.

«La paz a ti, Maestro, y a vosotros, discípulos» saludan las mujeres, inclinándose mucho ya desde el primer momento en que entran, para, atravesado el taller, terminar postrándose a los pies de Jesús.

«La paz a vosotras. ¡Sois muy fieles! ¡Venir con este calor!».

«¡Oh, nada! Se está tan bien aquí, que se olvida todo. ¿Tu Madre dónde está?».

«Está por allí, terminando una túnica de Áurea. Id si queréis».

Las dos se marchan deprisa con sus alforjas y se oyen sus voces armónicas, más bien bajas, que se funden con la vocecita aún no pulida de Áurea y con la voz argentina de María.

«¡Ahora se sentirán felices!» dice Tomás.

«Sí. Son buenas mujeres» responde Jesús.

«Maestro, Mirta, además de conservar el hijo que tenía, ha adquirido una nueva hija. Y en poco más de un año...» dice el Zelote.

«Sí. En poco más de un año. Hace ya más de un año que María de Lázaro se ha convertido. ¡Cómo pasa el tiempo! Me parece ayer... ¡Cuántas cosas también el año pasado! ¡Aquel hermoso retiro antes de la elección! ¡Luego Juan de Endor! ¡Luego Margziam! Luego Daniel de Naím y luego María de Lázaro y luego Síntica... Pero, ¿dónde estará Síntica? Pienso en ello frecuentemente, y no sé comprender

por qué...». Tomás termina monologando consigo mismo, porque Jesús y Simón no le responden; es más, salen al huerto a lavarse para después llegarse donde las discípulas.

[2]Y se nos reanuda la visión... Regresa Abel de Belén y encuentra todavía a Tomás, que está pensando, delante del lugar donde generalmente trabaja, mentras remueve distraídamente sus finas obras maestras de orfebre. 440.2

«¿Has encontrado en qué trabajar?» pregunta el discípulo inclinándose hacia esos objetos finos.

«¡Oh! He hecho felices a todas las mujeres de Nazaret. No habría imaginado nunca que hubiera que arreglar tantas hebillas y brazaletes y collares y lises. Hasta he tenido que rogar a Mateo que me trajera metal de Tiberíades. Me he hecho una clientela... ¡ja! ¡ja! (ríe alegre) como no la tiene ni siquiera mi padre. Verdad es que no pido dinero...».

«¿Pones tú todo?».

«No. Cobro sólo el valor del metal. El trabajo lo regalo».

«Eres generoso».

«No. Sabio. No estoy ocioso. Doy ejemplo de laboriosidad y de desapego del dinero y... predico... ¡Calla! Creo que actuando así he predicado más, sin decir una palabra, sin haber dicho una palabra en la sinagoga, que si hubiera estado hablando sin parar. Y además... hago práctica. Me he prometido a mí mismo que con el trabajo haré propaganda, cuando tenga que ir a predicar a Jesús en medio de los infieles; me estoy adestrando a ello».

«Eres sabio como orfebre y como apóstol».

[3]«Me esfuerzo en serlo por amor a Jesús... ¿Así que tú has ganado una hermana? Trátala bien, ¿eh? Es como una palomita de nido; te lo digo yo, que estoy acostumbrado por mi oficio a tratar con las mujeres. Es una ingenua palomita que ha tenido gran miedo del gavilán, y que busca alas maternas y fraternas como defensa. Si tu madre no la hubiera deseado, la habría pedido yo para mi hermana gemela. ¡Un hijo más, un hijo menos! Es muy buena mi hermana, ¿sabes?». 440.3

«También mi madre. Se le murió una niña cuando se quedó viuda. Quizás con el dolor de la muerte de su marido la leche se había hecho mala... Yo apenas me acuerdo de esa hermanita... y quizás ni siquiera la recordaría, si me madre no la llorase frecuentemente, y si todas las niñitas pobres de Belén no hubieran tenido derecho a comida y vestidos de nuestra casa en recuerdo de la pequeñuela muerta... Y, como he crecido yo solo con mi madre, he acabado teniendo yo también un gran amor por las niñas pequeñas... Me doy cuenta de que ésta ya no es una niña pequeña... pero la veré como si lo fuera,

por su corazón, si es como decís mi madre, Noemí y tú...».

«Puedes estar seguro de ello. Vamos allá...».

440.4 [4]Allá, o sea, en el comedor, están las mujeres, Jesús y el Zelote. Y Mirta, que ha venido ya con una gran esperanza, está conquistando a Áurea, probándole una túnica de lino que ha cosido para la muchacha.

«Te cae muy bien» dice mientras se la quita y la acaricia, y mientras le coloca bien la túnica que, al meter la nueva, se ha descolocado. «Te cae muy bien. Bueno, todo irá bien. Ya verás, hija mía... ¡Oh, ahí está mi Abel! Acércate, hijo. Ésta es Áurea. ¿Sabes que ahora va a ser nuestra?».

«Lo sé, madre, y estoy contento junto contigo». Mira a la muchacha... la estudia... sus ojos obscuros se quedan fijos y se pierden en los grandes iris de pálido cielo de ella. El examen le satisface. Le sonríe. Le dice: «Nos amaremos en el Señor, que nos ha salvado, y le amaremos a Él y haremos que le amen. Y seré para ti hermano en el espíritu y en el afecto. Lo prometo delante del Maestro y de mi madre» y, con una hermosa sonrisa límpida de joven puro, ya encaminado hacia la alta espiritualidad, le tiende la mano fuerte y morena.

Áurea titubea, pero luego, ruborizándose, pone su mano izquierda en la derecha que le ofrecen, y dice: «Así lo haremos. En el Señor».

Los adultos se sonríen entre sí...

440.5 [5]«Aquí se puede entrar sin llamar a las puertas...».

«¡Ahí está Simón de Jonás! Esta vez no ha resistido la tentación...» ríe Tomás mientras se apresura a ir afuera.

«Sí, no he resistido... ¡La paz a ti, Maestro!». Besa a Jesús y Jesús le besa. «¿Quién puede resistir?». Ve a María y se inclina para saludar, luego prosigue: «Pero, por escrúpulo, hemos pasado por Tiberíades y hemos buscado a Judas. Porque... ¡estamos todos, eh! Los otros están llegando. También Margziam... Bueno, estaba diciendo que hemos pasado por Tiberíades. ¡Mmm!... en fin, buscando a Judas, por si... hubiera pensado, al menos para el cuarto sábado, venir a Cafarnaúm... Habría sido feo que no hubiéramos estado ninguno... Y le hemos encontrado... En fin, bueno, le ha encontrado Isaac, que iba a saludar a Jonatán... Porque Isaac ha terminado por venir a Cafarnaúm a esperarte con no sé cuántos, que se han quedado allí para hacerse más sabios bajo la guía de Hermas y Esteban, de tu hijo, Noemí, y del sacerdote Juan... Pero Isaac debe haber destruido las impaciencias, los resentimientos, las furias, en su larga enfermedad... ¡No reacciona nunca! Aunque le estén dando bofetadas, sonríe... ¡Qué hombre más pacífico! Bien. Nos dijo: "He visto a Judas. No va. No insistáis". Comprendí. Y dije: "¿Te ha respondido mal? Di-

lo. Soy el jefe y debo saberlo...". "¡Oh, no!" respondió. "No ha respondido mal él, sino *su* mal. Hay que compadecerse de él"... Pues nada, compadezcámosle... Bueno, en definitiva, que estamos aquí. Y bien contentos de... [6]Ahí están los otros...». 440.6

Y con los otros están también Judas y Santiago de Alfeo, con su madre y los discípulos de Nazaret: Aser, Ismael y Simón de Alfeo, y, cosa rara, también José de Alfeo.

Descargan sus bolsas. Natanael ha traído miel. Felipe una cesta pequeña de uva blonda como los cabellos de Áurea. Pedro, pescado marinado, y lo mismo los hijos de Zebedeo. Mateo, que no tiene una casa gobernada por mujeres, y, por tanto, no tiene ninguna cosa buena, ha traído una ánfora llena de tierra y dentro de ella un tronco sutil, que, por las hojas, diría que es un limonero o un naranjo u otra planta de agrios, y explica: «Una primicia... Sólo quien haya estado en Cirene puede tenerlo, y conozco a uno que ha ido a Cirene, uno del fisco, como era yo antes. Ahora ya no trabaja y está en Ippo. He ido para que me diera esta plantita, porque se debe plantar con la Luna nueva. Son frutos buenos, hermosos, y la flor tiene un suave aroma y parece una estrella de cera, una estrella como tu nombre... Aquí tienes» y ofrece la planta a María.

«¡Pero cuánto has trabajado con este peso, Mateo! Te lo agradezco. Mi huerto cada vez es más bonito por vosotros: el alcanfor de Porfiria, las rosas de Juana, tu planta rara, Mateo, las otras, de flores, que trajo Judas de Keriot... ¡Cuántas cosas bonitas! ¡Qué buenos sois todos con la Madre de Jesús!».

Todos los apóstoles están conmovidos; lo único, se miran con el rabillo del ojo unos a otros cuando María nombra a Judas.

[7]«Sí. Te quieren. Pero también nosotros» dice serio y todo erguido 440.7
José de Alfeo.

«¡Ciertamente! Vosotros sois los queridos hijos de Alfeo, pariente mío y de María, que es muy buena. Y me queréis. Pero esto es natural. Somos parientes... Éstos, sin embargo, no son de la sangre, y, no obstante, son como hijos para mí, como hermanos para Jesús, por lo mucho que le aman y por cómo le siguen...».

José comprende la alusión; se aclara la voz buscando las palabras... Las encuentra... Dice: «Ya, claro. Pero si yo no estoy todavía con ellos es porque pienso también en las consecuencias para Él, para ti... y... y... En definitiva, también es amor el mío, especialmente hacia ti, pobre mujer que te quedas sola demasiado tiempo... Y he venido a decir a Jesús que me alegro de que se haya recordado también de las necesidades de su Madre y haya hecho lo que era útil hacer aquí...» y, contento de ser la "*cabeza*" de la parentela y de poder

alabar y reconvenir, se digna encomiar a Jesús por todos los trabajos de carpintería, barnizado y otros, hechos en ese mes: «¡Así hay que hacer! ¡Ahora se ve que esta mujer tiene un hijo! Y me alegro de poder decir que reconozco a mi sabio Jesús de Nazaret. ¡Sí, señor, muy bien!».

Y el sabio Jesús de José, el sapientísimo Verbo Divino humillado en una carne, manso y humilde, acoge estas alabanzas mezcladas con los... autorizados consejos de su primo José con una sonrisa tan dulce, que sirve para frenar cualquier intempestiva reacción apostólica en favor de Jesús.

Y José, que ya ha tomado carrerilla, viéndose escuchado de esa manera, no se refrena, sino que prosigue: «Mi esperanza es que de ahora en adelante Nazaret no tenga ya la imagen de una pobre madre abandonada y de un hijo suyo que, imprudente, se sale del sendero común para recorrer caminos poco seguros respecto a las metas y a las consecuencias. Hablaré con mis amigos, con el arquisinagogo... Te perdonaremos... ¡Nazaret se alegrará mucho de volverte a abrir sus brazos como a un hijo que vuelve, y que vuelve como ejemplo de virtud para todos los habitantes; mañana mismo, yo mismo, iré de nuevo contigo a la sinagoga y...».

440.8 [8]Jesús alza la mano, imponiendo silencio, y, sereno pero *bien* decidido, dice: «A la sinagoga, como fiel, ciertamente iré, como he ido los otros sábados. Pero no hace falta que intercedas en favor mío. Porque una hora después de la puesta del Sol me marcharé para evangelizar de nuevo, como es mi deber de obediencia al Altísimo».

¡Oh, una humillación grande para José!...¡Muy grande!... Toda su mansedumbre se quebranta y vuelve a emerger su hostil intransigencia: «De acuerdo. Pero no me busques cuando necesites algo. Yo he cumplido con mi deber. Tus seguras desventuras no caen sobre mí. Adiós. Aquí sobro, porque no puedo comprenderos a vosotros y vosotros no podéis comprenderme a mí. Me retiro, sin rencor, pero muy afligido... Que el Señor te proteja como protege a todos los... simples de mente, incompletos... ¡Adiós, María! ¡Sé fuerte, pobre madre!».

«Adiós, José. Pero no es por Él por quien debo ser fuerte, sino por ti. Porque tú eres el que está fuera del camino de Dios, y me causas dolor» dice serena pero segura María.

«¡Lo que pasa es que eres un necio! Y, si no fuera porque ahora eres el jefe de casa, te pegaría, fruto de mi sangre pero no de mi espíritu...» grita María de Alfeo. Y diría más cosas, pero María le suplica: «¡Calla! Por amor a mí».

«Callo. Sí. Pero... fijaos... ¡que tenga que ver entre mis hijos a un bastardo como ése!...».

Entretanto, el bastardo se ha marchado, mientras la buena María de Alfeo descarga todo su peso por este hijo obstinado. Y termina su desahogo en un fuerte llanto, y, en medio de sollozos, manifiesta lo que, dentro de su pena, es su mayor pena: «¡Y a ése no le voy a tener conmigo en el Cielo, no le voy a tener! ¡Le veré en medio de tormentos! ¡Oh, Jesús, haz Tú el milagro!».

«¡Sí, mujer¡ ¡Sí, María! ¡No llores! También tendrá su hora él. La undécima, quizás. Pero la tendrá. Te lo aseguro. No llores...» la consuela Jesús... Y, una vez terminado el llanto, dice a los apóstoles y discípulos: «Venid al olivar mientras las mujeres preparan sus cosas. Vamos a hablar entre nosotros».

441. Partida de Nazaret. Un incendio de brezos durante el viaje viene a ser el tema de una parábola.

22 de mayo de 1946.

[1]Declina la tarde del *verdadero* sábado y la vida comienza de nue- 441.1
vo, después del descanso sabático; aquí, en la casita de Nazaret, comienza, después del descanso, con los preparativos para la partida: se colocan provisiones; se dispone la ropa aprovechando bien el espacio dentro de las alforjas — alforjas atadas fuertemente con prietos nudos —; se observan las sandalias (si están bien seguras sus correas de cuero y sus hebillas); se da de beber y comer a los burritos, cerca del seto del huerto... Y saludos, y alguna lágrima entre sonrisas y bendiciones. Promesas de volver a verse pronto... Y el don, inesperado, de Tomás a María: una fíbula — nosotros diríamos un broche —, para tener recogida la túnica en el escote, hecha de tres delgados, livianos, perfectos tallitos de muguete, recogidos en dos hojas, cuya exactitud respecto a las verdaderas resulta del metal tratado por mano maestra.

«Sé, Madre, que no la llevarás. Pero, de todas forma, acéptala. Deseaba hacer esto para ti desde que un día mi Señor habló de ti comparándote a los lirios de los valles... No he hecho nada para tu casa... pero he hecho esto para ti, para que la alabanza de tu Hijo quedara traducida en símbolo, para ti que la mereces más que ninguna otra mujer. Y si no he podido dar al metal la suavidad del tallo vivo y la fragancia de la flor, que mi sincero amor por ti, lleno de veneración, le haga suave como una caricia y le perfume con mi devoción hacia ti, Madre de mi Señor».

«¡Oh, Toma! Es verdad, yo no llevo joyas, porque me parecen cosas vanas; pero esto no es vano: esto es amor de mi Jesús y de su

apóstol, y lo recibo con amor. Lo miraré todos los días y pensaré en el buen Toma, que ama tanto a su Maestro, que retiene no sólo la Doctrina suya, sino también sus más humildes palabras sobre las cosas más humildes y sobre las más humildes insignificantes personas. Gracia, Toma. ¡No por el valor, sino por tu amor! Gracias».

441.2 Todos observan con admiración la obra perfecta, [2]y Toma, todo feliz, saca una cosita aún más pequeña que ha hecho: tres estrellitas de jazmín con minúsculas hojas y unidas en un círculo sutil. Se lo da a Áurea. «Porque no lo has querido con coquetería, porque has estado aquí mientras el jazmín florece, y para que las estrellitas te recuerden a nuestra Estrella. Pero, pon atención: tú, con tus virtudes, debes perfumar a las flores y ser tú misma una flor, cándida, hermosa, pura, que perfume hacia el Cielo. Si no lo haces así, pido la restitución del broche. Ánimo, no llores... que todo pasa... y... y pronto volveremos a casa de María o Ella vendrá donde nosotros... y...».

Pero Tomás, ante el aumento de las lágrimas de Áurea, siente que es mejor no proseguir. Y sale afligido. Dice a Pedro: «Si hubiera imaginado que... se ponía a llorar más, no le hubiera dado nada... Ese broche le he hecho precisamente para consolarla en este momento... No he acertado...».

441.3 [3]Y Pedro, con la confusión del momento, pierde el control y dice: «Siempre es así en las despedidas... Si hubieras visto a Síntica enton...». Se da cuenta de que ha hablado, quiere recobrarse, se pone lívido... pero ya no tiene solución...

Tomás comprende y, con bondad, le echa un brazo alrededor del cuello y dice: «No te aflijas, Simón. Sé callar. Y comprendo por qué habéis callado... Por Judas de Simón. Yo, por el Dios de nuestros padres, te juro que lo que involuntariamente he sabido está *olvidado*. ¡No sufras, Simón!...».

«Es que el Maestro no quería...».

«Sin duda tenía todas las razones para hacerlo. No lo tomo a mal».

«Ya lo sé. Pero ¿qué dirá?...».

«Nada, porque no sabrá nada. Fíate de mí».

«¡Ah, no! Yo al Maestro no le ando con ningún subterfugio. He errado, merezco reprensión, y además inmediatamente. No voy a tener paz si no le confieso mi error. Toma, sé bueno, ve a llamarle... Voy al taller. Ve y vuelve con Él. Yo estoy demasiado turbado para hacerlo y los otros lo notarían».

Tomás le mira con admirada compasión y vuelve a la casa para llamar a Jesús: «Maestro, ven un momento. Tengo que decirte una cosa».

Jesús, que estaba saludando a María de Alfeo, le sigue sin dilación: «¿Qué quieres?» pregunta mientras camina a su lado.

«Yo nada. Es Simón el que tiene que decirte algo. Ahí está...».

«¡Simón! ¿Qué te pasa que estás tan turbado?».

Pedro se arroja a los pies de Jesús gimiendo: «¡He pecado! ¡Absuélveme!».

«¿Pecado? ¿En qué? Estabas con nosotros, contento, tranquilo...».

«¡Maestro, te he desobedecido! He hecho mención de Síntica a Toma... Estaba turbado por las lágrimas; él lo estaba más que yo y creía que las había aumentado él... Para consolarle, he dicho: "Siempre sucede esto en las despedidas... Si hubieras visto a Síntica..."; ¡y él ha comprendido!...».

Pedro levanta su desencajada cara; su mirada está llena de humillación, de desolación.

«...¡Alabado sea Dios, mi Simón! creía que hubieras hecho cosas mucho más graves que ésta. Y tu sinceridad anula incluso esta cosa. Has hablado sin malicia, has hablado a un compañero tuyo. Toma es bueno y no divulgará...».

«Sí, me lo ha jurado... Pero, ¿ves?, ahora tengo miedo de ser demasiado necio y de no saber custodiar un secreto».

«Hasta ahora lo has hecho».

«Sí, pero fíjate, jamás ni una palabra a Felipe y Natanael, y ahora...».

«¡Vamos, levántate! El hombre es siempre imperfecto. Pero cuando lo es sin malicia no comete pecado. Vigílate. Pero no te aflijas más. Tu Jesús tiene para ti un beso, y ninguna otra cosa. Tomás, ven aquí». Tomás se acerca inmediatamente. «Sin duda has comprendido las razones del silencio, ¿no?».

«Sí, Maestro. Y he jurado respetarlo por mi parte y según mi capacidad. Ya se lo he dicho a Simón...».

«Al necio Simón» suspira Pedro.

«No, amigo. Me has edificado por tu humildad y sinceridad perfectas. Me has dado una *gran* lección y la recordaré. No puedo darla a conocer, por prudencia, y ello me duele, porque pocos de entre nosotros tienen y tendrían la justicia que tú has tenido... Pero, nos están llamando. Vamos».

441.4 [4]En efecto, muchos están ya en la calle. Las tres mujeres — Noemí, Mirta y Áurea — están ya subidas a los burros. María está con su cuñada al lado de Áurea, y la besan de nuevo, y, cuando ven venir a Jesús, besan a las dos condiscípulas; como última cosa, saludan a Jesús, que las bendice antes de ponerse en camino...

María y María Cleofás vuelven a la casa... A la casa, en que que-

dan, como recuerdo de lo que poco antes había, sillas movidas, vajilla sin recoger... el desorden que sigue a una partida.

María, distraídamente, acaricia el pequeño telar en que enseñaba a Áurea a trabajar... Tiene los ojos brillantes de llanto contenido.

«¡Estás sufriendo, María!» le dice María Cleofás, que llora sin poner esfuerzo por no hacerlo. «¡Le habías tomado cariño!... Vienen aquí... luego se van... y nosotras sufrimos...».

«Es nuestra vida de discípulas. Ya has oído lo que decía hoy Jesús: "Así haréis en el futuro; viendo en todas las criaturas almas fraternas, seréis hospitalarias, sobrenaturalmente hospitalarias, sintiéndoos peregrinas vosotras mismas que a los que acogéis los acogéis como peregrinos. Ayudaréis, ofreceréis descanso, consejo, y luego dejaréis que los hermanos vayan hacia sus destinos sin retenerlos con amor celoso, seguras de que más allá de la muerte os volveréis a encontrar con ellos. Vendrán las persecuciones y muchos os dejarán para ir al martirio. Ni seáis cobardes ni aconsejéis la cobardía. Quedaos en oración en las casas vacías para sostener el coraje de los mártires, serenas para fortalecer a los más débiles, fuertes para estar preparadas a imitar a los héroes. Habituaos a las separaciones, a los heroísmos, al apostolado de la caridad fraterna, ya desde ahora...". Y nosotras lo hacemos. Sufriendo,... ¡es verdad! Somos criaturas de carne... Pero el espíritu goza con una alegría espiritual suya, que es hacer la voluntad del Señor y cooperar a su gloria. Y además... yo soy la Madre de todos... y no debo serlo de uno solo. No lo soy exclusivamente ni siquiera de Jesús... Ya ves que le dejo marcharse sin retenerle... Quisiera estar con Él, eso sí. Pero Él juzga que debo quedarme aquí hasta que me diga: "Ven". Y me quedo aquí. ¿Sus estancias aquí?: mis alegrías de Madre. ¿Mis peregrinaciones con Él?: mis alegrías de discípula. ¿Mis soledades aquí?: mis alegrías de fiel que hace la voluntad de su Señor».

«El Señor es tu Hijo, María...».

441.5 «Sí. Pero no deja de ser mi Señor... [5]¿Vas a estar aquí conmigo, María?».

«Sí, si me dejas... ¡Está tan triste mi casa las primeras horas en que está vacía de mis hijos!... Mañana ya es otra cosa... Y esta vez... bueno, esta vez lloraría más...».

«¿Por qué, María?».

«Porque ya desde ayer estoy llena de llanto... Soy un aljibe, un aljibe en tiempo de lluvias».

«¿Pero por qué, María?».

«Por José... ayer... ¡Oh! No sé si ir y reprenderle severamente, porque, al fin y al cabo... porque este seno le ha llevado y estos pe-

chos le han amamantado, y no hay primogenitura que sea superior a una madre,... o si no volver a hablarle, jamás, a este bastardo que me nació y que ofende a mi Jesús y a ti y...».

«No harás nada de eso. Serás para él siempre "la mamá". La mamá que se compadece del hijo obstinado, enfermo, descarriado, y le amansa con la bondad y le lleva a Dios con la oración y la paciencia... ¡Venga, ánimo, no llores!... Más bien, ven conmigo. Vamos a orar por él en mi habitación, por los que se marchan, por la joven, para que sufra poco y se forme santamente... Ven, ven, María mía» y la lleva consigo...

[6]Mientras tanto los peregrinos van siguiendo su camino hacia el sudoeste. Adelante van las mujeres, montadas en sus burritos, los cuales, bien alimentados y descansados, van con un trote alegre, obligando a Margziam y a Abel — que por prudencia están a los lados de Áurea, que monta en silla por primera vez — a ir casi corriendo. Y, si bien la cosa es fatigosa, ello sirve para distraer a la joven del dolor por haberse separado de María. De vez en cuando, para dejar un momento de respiro a los dos jovencitos, Mirta para a su burrito ordenando el alto, y no se vuelve a poner en movimiento sino cuando las alcanza el grupo apostólico. Y, en las paradas, Áurea, al dejar de estar distraída por las peripecias de la equitación, vuelve a ponerse triste... 441.6

Margziam, experto en sus dolorosas, dilatadas vicisitudes de huerfanito, recogido por caridad por una madre adoptiva después de haber conocido a María, la consuela diciéndole cómo después uno le coge cariño a la madre adoptiva «exactamente igual que si fuera nuestra mamá», y cuenta sus impresiones, y cuenta cómo María y Matías son felices con Juana, y Anastática con Elisa.

Áurea escucha estas narraciones, y, cuando Margziam termina con estas palabras: «Créeme que *todas* las discípulas son buenas y Jesús sabe a quién confiar a los pobrecillos como nosotros», y Abel remacha: «No debes desconfiar de mi madre, que está muy contenta de tenerte y ha orado mucho en estos días para conseguirte de las manos de Dios», Áurea dice: «Lo creo. Y la quiero... Pero María es María... y debéis comprender...».

«Sí. Pero es que nos duele el verte triste...».

«¡Pero ya no estoy triste como en casa del romano y como en las primeras horas de la liberación!... Me siento sólo... desorientada. Yo hacía años que no recibía caricias... Nadie, hasta María, me había vuelto a hacer caricias, después de tantos años de amos...».

«¡Alma mía! ¡Pero si yo estoy aquí para hacerte caricias! Seré

una segunda María para ti. Ven aquí, cerca... Si fueras más pequeña, te llevaría en mi silla, como hacía con mi Abel cuando era niño... Pero ya eres una mujer...» dice Mirta acercándose y tomándole una mano. «Una mujercita, para mí, a la que voy a enseñar muchas cosas; y, cuando Abel se marche lejos, a evangelizar, yo y tú acogeremos a los peregrinos, como dice el Señor, haremos mucho bien en su Nombre. Eres joven, me ayudarás...».

441.7 [7]«¡Fijaos qué luz hay allí, detrás de aquella loma!» exclama Santiago de Zebedeo, que les ha dado alcance.

«¿Se está quemando un bosque?».

«¿O un pueblo?».

«Vamos corriendo a ver...».

Ya ninguno está cansado, porque la curiosidad anula cualquier otra sensación. Jesús los sigue benévolo, dejando el camino para tomar una vereda que sube por una loma. Pronto llegan a la cima...

No es ni un bosque ni un pueblo lo que arde, sino una vasta depresión entre dos elevaciones, poblada de brezos, que resecos por el verano, han prendido fuego quizás por alguna chispa proveniente de los leñadores que han estado trabajando más arriba, talando árboles, y ahora arde: una alfombra de llamas bajas, pero vivas, que se desplaza, después de haber devastado los lugares en que ha prendido primero, en busca de nuevos brezos que quemar. Los leñadores intentan la acción contra el fuego. Pero es inútil. Son pocos y, si trabajan en un lado, el fuego se extiende por otro.

«Si llega al bosque es un desastre. Hay árboles de resinas» sentencia Felipe.

441.8 [8]Jesús, con los brazos cruzados, erguido en el límite de la loma, mira y sonríe mientras piensa...

El contraste entre la luz blanca de la Luna, a Oriente, y la roja de las llamas, a Occidente, es vivo, y mientras que las espaldas de los que miran se presentan llenas de blancura por los rayos lunares, sus rostros se ven intensamente rojos por el reflejo de las llamas, las cuales corren, corren, como agua que crece, se desborda y se extiende por todas partes... Está a pocos metros del bosque el incendio, ya ilumina las pilas de leña colocadas en su límite, y el claror, que cada vez es más vivo, muestra las casitas de un pueblecito que está situado en la cima de la loma por la que sube el fuego.

«¡Pobre gente! ¡Van a perderlo todo!» dicen muchos de los presentes. Y miran a Jesús, que no habla y sonríe...

Pero luego... Jesús abre los brazos y grita: «¡Deténte! ¡Muere! Lo quiero».

Y, como si un moyo de grandes dimensiones bajase a sofocar las

llamas, prodigiosamente el fuego deja de llamear y la viva y ágil danza de las lenguas se transforma en carbones rojos, encendidos pero sin llamas, luego el rojo se hace violáceo, gris rojo... algún zigzagueo todavía entre la ceniza... y luego no queda más que la Luna con su plata para dar luz a la floresta.

Al nítido claror, se ve a los leñadores reunirse gesticulando, mirando a su alrededor, hacia arriba... buscando al ángel del milagro...

«Vamos a bajar. Voy a labrar esas almas con este inesperado motivo que me han proporcionado. Nos detendremos en el pueblecillo en vez de en la ciudad. Partiremos al alba. Tendrán un sitio para las mujeres. Para nosotros es suficiente el bosque» dice Jesús, y baja veloz, seguido por los demás.

«¿Pero por qué sonreías así? ¡Parecías dichoso!» pregunta Pedro.

«Lo sabrás por mis palabras».

[9]Ya están donde el baldío se ha transformado en cenizas, todavía 441.9
calientes y crujientes bajo las sandalias. La atraviesan. Cuando llegan al centro, al lugar en que la Luna incide de lleno, los leñadores los ven.

«¡Como decía yo! ¡El único que podía haber hecho esto era Él! Vamos a correr a venerarle» grita un leñador, y lo hace arrojándose entre las cenizas a los pies de Jesús.

«¿Por qué crees que he podido hacerlo?».

«Porque sólo el Mesías puede esto».

«¿Y cómo sabes que Yo soy el Mesías? ¿Es que me conoces?».

«No. Pero sólo el Bueno que ama a los pobres puede haber tenido piedad, y sólo el Santo de Dios puede haber mandado al fuego y ser obedecido. ¡Bendito sea el Altísimo, que nos ha enviado a su Mesías! ¡Y el Mesías, que ha llegado a tiempo de salvarnos las casas!».

«Deberíais tener más apremio por salvaros el alma».

«El alma se salva creyendo en ti y tratando de hacer lo que enseñas. Pero como puedes comprender, Señor, la desolación de ser despojados de todo puede hacer débiles a nuestras débiles almas... y llevarlas a dudar de la Providencia».

«¿Quién os ha instruido acerca de mí?».

«Algunos discípulos tuyos... Ahí están nuestras familias... Temiendo que todo el collado prendiese fuego, habíamos dicho que los despertaran... Acercaos... Y luego enviamos a otro hombre para que dijera que había un milagro y que vinieran a ver. Aquí están, Señor. La mía. La de Jacob. Ésta es la de Jonatán; ésta, la de Marco; ésta, la de mi hermano Tobías; y ésta, la de Eleazar; y luego las otras, de los que son pastores y ahora están en los altos montes, en los pastos...».

Es un grupo de unas doscientas cincuenta personas como mucho,

comprendidos los numerosos niños, todavía lactantes o poco ha separados del pecho, que lloriquean despertados a la mitad o que duermen, desconocedores del peligro que han corrido.

«La paz a vosotros todos. El ángel de Dios os ha salvado. Alabemos juntos al Señor».

«¡Nos has salvado Tú! ¡Tú, que siempre estás presente donde hay fieles que creen en ti!» dicen muchas mujeres... Y los hombres asienten con gravedad.

441.10 «Sí. [10]Donde hay fe en mí, está presente la Providencia. De todas formas, tanto en las cosas del espíritu como en las de la materia, es necesario actuar con continua prudencia. ¿Qué es lo que ha encendido los brezos? Probablemente una chispa que se ha escapado de vuestros fuegos, o una ramita que haya querido encender en el fuego uno de los niños, para divertirse en agitarla y lanzarla hacia abajo, con la despreocupación de su edad. En efecto, es bonito ver una flecha de fuego surcar el aire que obscurece. Pero, ¡ya veis lo que puede causar una imprudencia! Puede causar graves desastres. Una chispa, o una ramita caída entre los brezos secos, ha sido suficiente para hacer arder un valle, y, si el Eterno no me hubiera enviado, todo el bosque se habría transformado en un brasero que habría consumido en medio de una mordaza de fuego vuestros bienes y vuestras vidas.

Lo mismo con las cosas del espíritu. Hay que estar continua y prudentemente atentos, para que una flecha de fuego, una chispa, no prendan en vuestra fe y la destruyan, después de un proceso inadvertido de incubación en el corazón, con un fuego deseado por los que me odian y provocado para hacerme pobre en fieles. Aquí, el fuego, detenido a tiempo, se ha transformado de maléfico en benéfico, destruyendo el baldío inútil, que habíais dejado prosperar en el valle, y preparándoos, con su destrucción y con el abono que suponen las cenizas, un terreno que, si sois trabajadores, podréis explotar con útiles cultivos. ¡Pero en los corazones lo que sucede es muy distinto!: cuando se os destruye todo el Bien, ya nada más puede brotar ahí, a excepción de zarzas para cama de demonios.

Recordad esto y vigilad contra las insinuaciones de mis enemigos, que, como chispas infernales, serán lanzadas a vuestros corazones. Cuando llegue, estad preparados para el contrafuego. ¿Y cuál es este contrafuego? Es una fe cada vez más fuerte, una voluntad inquebrantable de ser de Dios. Es un pertenecer al Fuego santo. Porque el fuego no se come al fuego. Ahora bien, si sois fuego de amor al Dios verdadero, el fuego del odio a Dios no podrá perjudicaros. El Fuego del amor vence a cualquier otro fuego. Mi Doctrina es amor, y quien la recoge entra en el Fuego de la Caridad, y ya no puede ser tortura-

do por el fuego del Demonio.

[11]Desde lo alto de aquella loma, mientras veía arder los brezos y 441.11
oía las palabras que vuestros espíritus dirigían al Señor Dios suyo — más aún que ver vuestras acciones orientadas a apagar las llamas —, Yo sonreía. Y un apóstol mío me ha dicho: "¿Por qué sonríes?". Le he prometido: "Te lo diré hablando a los salvados". Lo hago. Sonreía pensando en que, de la misma forma que las llamas se extendían entre los brezos del valle, en vano agredidos por vuestras maniobras, así se va a extender mi Doctrina por el mundo, en vano perseguida por quien no quiere la Luz. Y habrá luz y purificación y bonificación. ¡Cuántas pequeñas serpientes han perecido entre estas cenizas, y con ellas otros seres dañinos! Vosotros teníais miedo a este valle porque en él había demasiados áspides. Pues podéis ver que ni uno sólo se ha salvado. Igualmente el mundo será liberado de muchas herejías, de muchos pecados, de muchos dolores, cuando me haya conocido y haya sido purificado por el fuego de mi Doctrina. Limpiado y liberado de las plantas inútiles, capacitado para recibir la semilla, enriquecido en frutos santos.

Por esto sonreía... Veía en el fuego que avanzaba un símbolo de la extensión de mi Doctrina por el mundo... Luego la caridad hacia el prójimo, que no ha de separarse nunca de la caridad hacia el Señor, ha devuelto mi pensamiento a vuestras necesidades. Y he bajado la mirada mental desde la contemplación de los intereses de Dios hasta la de los intereses de los hermanos, y he parado el fuego para que en medio de vuestro júbilo alabaseis al Señor. Veis, pues, que mi pensamiento ha subido a Dios, de Él ha bajado, más poderoso aún porque el ensimismamiento con Dios aumenta siempre nuestras facultades, y ha vuelto a subir después, junto con el vuestro, a Dios. De esta forma, por la caridad, he realizado conjuntamente los intereses del Padre y de mis hermanos. Actuad también vosotros de modo semejante en el futuro de vuestra vida.

[12]Y ahora, para estas mujeres, os pido un lugar para pasar la no- 441.12
che. La Luna se está poniendo y el incendio ha retardado nuestro camino. Así que no podemos proseguir hasta la ciudad cercana».

«¡Venid! ¡Venid! Hay sitio para todos. ¡Podíamos estar nosotros sin techo! Nuestras casas son vuestras. Son casas de pobres, pero están limpias. ¡Venid! Venid y quedarán bendecidas» gritan todos.

Y lentamente suben la ladera, más bien empinada, hasta llegar al pueblecillo que milagrosamente se ha salvado de la destrucción, para desaparecer después cada uno con quien le da alojamiento...

442. Judas Iscariote en Nazaret en casa de María.

23 de mayo de 1946.

442.1 [1]Leve, levísimamente rojea oriente con el primer atisbo de aurora, cuando Judas de Keriot llama a la puerta de la pequeña casa de Nazaret.

En la calle sólo hay campesinos, mejor dicho: pequeños propietarios de Nazaret, en dirección a sus viñas u olivares, con sus herramientas de trabajo; y miran con asombro a ese hombre que llama a una hora tan mañanera a la casa de María. Cuchichean.

«Es un discípulo» dice uno, respondiendo al comentario de otro. «Está claro que busca a Jesús de José».

«Es inútil. Ayer noche se ha marchado. Lo he visto yo. Voy a decírselo...» dice otro.

«¡Déjalo! Es Judas de Keriot. No me gusta ese hombre. Nosotros quizás cometemos muchos errores con Jesús y hacemos mal. Pero él, ése, el año pasado ha hecho mucho daño aquí entre nosotros... Quizás nos hubiéramos convertido. Pero él...».

«¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo lo sabes?».

«Yo estaba presente una noche en casa del arquisinagogo y, necio de mí, creí inmediatamente en todo... ¡Ahora... basta! Creo que he pecado».

«Quizás él también se ha dado cuenta de que ha pecado y...».

Se alejan y ya no oigo nada de lo que dicen.

442.2 [2]Judas vuelve a golpear en la puerta. Ha estado pegado a ella, la cara contra la madera, como para evitar ser visto y reconocido. Pero la pequeña puerta no se abre. Judas hace un gesto de contrariedad y se aleja por la callecilla que bordea el huerto. Da la vuelta hacia la parte de atrás de la casa. Da una ojeada por encima del seto al huerto quieto, animado sólo por las palomas.

Judas piensa qué hacer. Habla consigo mismo: «A lo mejor se ha marchado Ella también. No obstante... la habría visto. Bueno y... No. Ayer, al atardecer, oía su voz... Quizás ha ido a dormir donde su cuñada... ¡Uf! Eso es tan latoso como tener una abeja delante de la cara, porque volverán juntas, y yo quiero hablarle estando sola, sin esa vieja como testimonio. Es una lenguaraz y me haría una serie de observaciones. No quiero observaciones yo. Y es astuta, como todas las viejas lugareñas. No aceptaría como buenas mis disculpas, y se lo comentaría a esa ignorante paloma de su cuñada... A ésa estoy seguro de engañarla en todos los sentidos. Es tarda como una oveja... Y debo poner remedio a lo que sucedió en Tiberíades. Porque si habla... ¿Habrá hablado, o habrá guardado silencio? Si ha hablado... es

más difícil arreglar las cosas... Pero no habrá hablado... Confunde la virtud con la necedad. Como es la Madre, así es el Hijo... Y los otros actúan mientras ellos duermen. Y la verdad es que tienen razón. ¿Por qué dejarlos aparte si parece que quieren?... Pero, por otra parte, ¿qué es lo que quieren?... Tengo la cabeza tan embarullada... Tengo que dejar de beber y... ¡Ya!, pero es que el dinero tienta, y soy como un potro al que hubieran tenido demasiado tiempo encerrado. ¡Dos años, eh! ¡Más de dos años! Dos años de todas las abstinencias... Pero... entretanto... ¿Qué decía anteayer Elquías? ¡No son malas sus enseñanzas! ¡Ciertamente! Todo es lícito con tal de lograr establecer a Jesús en el trono. ¿Pero si Él no quiere? De todas formas, debo pensar, ciertamente, que, si no triunfamos, todos nosotros * vamos a acabar como los seguidores de Teodás o de Judas el Galileo... Quizás haría bien en separarme porque... bueno porque no sé si lo que ellos quieren es bueno. Me fío poco de ellos... Demasiado cambiados de un tiempo a esta parte... Y si... ¡Qué horror! ¿Ser yo el medio para perjudicar a Jesús? No. Me separo. De todas formas, es amargo haber soñado el reino y volver a ser, ¿qué?... Nada... Pero mejor nada que... Él dice siempre: "aquel que cometa el gran pecado". ¿¡Oye!? ¡No iré a ser yo, eh! ¿Yo? ¿Yo? Antes me ahogo en el lago... Me marcho. Es mejor que me marche. Iré donde mi madre. Le pediré dinero, porque está claro que no puedo pedirles a los miembros del Sanedrín el dinero para marcharme. Me... me ayudan porque esperan que yo los ayude a salir de la incertidumbre. Una vez que Jesús sea rey, estamos seguros. La muchedumbre con nosotros... Herodes... ¿quién se va a preocupar de él? Los romanos no, el pueblo tampoco. ¡Todos le odian! Y... y... Pero Jesús es capaz de renunciar nada más ser proclamado rey. ¡Oh! ¡bien! ¡Si Eleazar de Anás me asegura que su padre está preparado para ceñirle rey!... Después ya no puede quitarse el carácter sagrado. En el fondo... yo hago como aquel administrador infiel de su parábola... Recurro a los amigos por mí, sí, es verdad, pero también por Él. Hago, por tanto, servir los medios injustos para... ¡Y, a pesar de todo, no! *Debo* tratar de persuadirle. No estoy convencido de actuar bien haciendo este subterfugio... y... ¡Oh, si pudiera convencerle! ¡Porque sería tan hermoso! Mucho... ¡Sí! Ésta es la mejor idea. Decir todo al Maestro con franqueza. Suplicarle... Si es que María no le ha hablado de Tiberíades... ¿Cómo he dicho que hay que decir a María? ¡Ah! ¡sí! La negativa de las romanas. ¡Maldita mujer aquélla! ¡Si no hubiera ido a donde ella aquella noche, no me habría encontrado con María! ¿Pero

---

* el final de *los seguidores de Teodás o de Judas el Galileo* está recordado en *Hechos 5, 36-37.*

quién iba a imaginarse que María estuviera en Tiberíades! Y pensar que todos los días anteriores al sábado y durante el sábado y el día siguiente del sábado yo no salía nunca para no ver a ningún apóstol... ¡Necio! ¡Necio! ¿No podía haber ido yo a Ippo, a Guerguesa, a buscar mujeres? ¡No! ¡Precisamente allí! A Tiberíades, por donde los de Cafarnaúm tienen que pasar para venir aquí... Pero todo por causa de las romanas... Tenía la esperanza... No, esto es lo que debo decir para disculparme, pero no es cierto. Es inútil que me lo diga a mí mismo, a mí que sé por qué fui allí: para reunirme con los poderosos de Israel y para gozar, porque estoy bien de dinero. De todas formas... qué pronto se consume el dinero... Dentro de poco ya no voy a tener más... ¡Ja! ¡ja!, contaré algún cuento a Elquías y a los compinches y me darán más...».

442.3 [3]«¡Judas! ¿Estás loco? Te estoy mirando desde hace un rato, desde encima de un olivo. Gesticulas... hablas solo... ¿Te ha hecho daño el sol de Tammuz?» grita Alfeo de Sara, asomándose por una bifurcación de ramas de un gigantesco olivo que está a unos treinta metros del lugar donde está Judas.

Judas se estremece, vuelve la mirada, le ve y barbota: «¡Que te lleve la muerte! ¡Maldito pueblo de espías!». Pero con una sonrisa afable grita: «No. Estoy preocupado porque María no abre... ¿No se encontrará mal? ¡He llamado mucho!...».

«¿María? ¡Ya podías llamar! Está con una pobre anciana que se está muriendo. Cuando la han llamado era la tercera vigilia...».

«Pues tengo que hablar con ella».

«Espera. Bajo y voy a avisarla. ¿Pero tienes verdadera necesidad?».

«¡Hombre, digo yo! Estoy aquí desde los primeros rayos del Sol».

Alfeo, solícito, baja del árbol y se aleja a buen paso.

«¡También me ha visto ése ahora! ¡Y está claro que va a volver con la otra! ¡Es que no me sale una a derechas!» y echa una letanía de improperios contra Nazaret, los nazarenos, María de Alfeo, e incluso contra la caridad de María Stma. hacia la moribunda, y contra la propia moribunda...

442.4 [4]No ha terminado todavía y ya la puerta —que desde el comedor introduce en el huerto— se abre. En el umbral aparece una María muy pálida y triste.

«¡Judas!», «¡María!» dicen contemporáneamente.

«Ahora te abro la puerta. Alfeo sólo me ha dicho: "Ve a casa. Hay uno que pregunta por ti", y he venido rápidamente, y mucho más porque la pobre anciana ya no me necesita. Ha terminado de sufrir por un hijo malo...».

Judas, mientras habla María, corre por la callejuela y vuelve a la parte de delante de la casa... María abre.

«La paz a ti, Judas de Keriot. Entra».

«La paz a ti, María».

Judas está un poco titubeante. María está tranquila, pero seria.

«He llamado mucho, esta mañana al amanecer».

«Ayer noche un hijo ha quebrantado el corazón de una madre... Y han venido a buscar a Jesús. Pero Jesús no está. También te lo digo a ti: Jesús no está. Has venido tarde».

«Ya sé que no está».

«¿Cómo lo sabes? Has llegado de reciente...».

«Madre, quiero ser franco contigo, que eres buena: estoy aquí desde ayer...».

«¿Y por qué no has venido? Tus compañeros, en estos sábados, sólo no han venido una vez...».

«¡Ya lo sé! He ido a Cafarnaúm y no los he encontrado».

«No mientas, Judas. *En Cafarnaúm no has estado en todo este tiempo*. Bartolomé ha estado siempre allí y no te ha visto. Y Bartolomé no ha venido hasta ayer. Pero tú ayer estabas aquí. Por tanto... ¿Por qué mientes, Judas? ¿No sabes que la mentira es el primer paso hacia el hurto y el homicidio?... La pobre Ester ha muerto incluso, matada por el dolor causado por la conducta de su hijo. Y Samuel, su hijo, empezó a ser la vergüenza de Nazaret con pequeñas mentiras, que cada vez se iban haciendo más grandes... De ellas a todo lo demás. ¿Quieres imitarle tú, apóstol del Señor? ¿Quieres hacer morir de dolor a tu madre?».

El reproche se verifica con voz baja, y lentamente. ¡Pero cómo incide! Judas no sabe qué replicar. Se sienta de golpe, con la cabeza entre las manos.

[5]María le observa. Luego dice: «¿Entonces? ¿Para qué querías 442.5
verme? Mientras asistía a la pobre Ester oraba por tu madre... y por ti... Porque me producís compasión, el uno y la otra, por dos motivos diferentes».

«Entonces, si sientes compasión, perdóname».

«Nunca he tenido rencor».

«¿Cómo?... ¿Ni siquiera por... aquella mañana de Tiberíades?... Mira, estaba así porque la noche anterior las romanas me habían tratado mal, como a un loco y como... traidor del Maestro. Sí, lo confieso. Hice mal en hablar con Claudia. Me he equivocado respecto a ella. Pero lo hago buscando el bien. He causado dolor al Maestro. No me lo ha dicho, pero sé que sabe que he hablado. Seguro que ha sido Juana la que ha avisado. Juana no me ha podido ver nunca, y las ro-

manas me causaron dolor... Para olvidar bebí...».

María reacciona con una expresión de compasión involuntariamente irónica, y dice: «Pues Jesús, por todo el dolor que gusta todos los días, debería estar borracho todas las noches...».

«¿Se lo has dicho?».

«Yo no aumento la amargura del cáliz a mi Hijo con noticias de nuevas defecciones, caídas, pecados, asechanzas... He callado y callaré».

Judas cae de hinojos, tratando de besar la mano de María, pero ella se retira, sin descortesía, pero sí muy decidida a no dejarse besar ni tocar.

«¡Gracias, Madre! Tú me salvas. Había venido aquí para esto... y para que me facilitaras el camino de acercarme al Maestro sin reprensiones y vergüenza».

«Yendo a Cafarnaúm para venir con los otros, lo habrías evitado. Era muy sencillo».

«Es verdad... Pero los otros no son buenos, y me han puesto espías para luego amonestarme y acusarme».

«Judas, no ofendas a tus hermanos. ¡Basta de pecar! Tú has espiado, aquí, en Nazaret, patria del Cristo, tú...».

Judas la interrumpe: «¿Cuándo? ¿El año pasado? ¿Ves? Han tergiversado mis palabras. Pero créeme que yo...».

«No sé lo que has dicho ni hecho el año pasado. Hablo de ayer. Tú estás aquí desde ayer. Sabes que Jesús se ha marchado. Así que has indagado. Y no en las casas amigas: de Aser, Ismael, Alfeo, ni donde los pocos que aquí aman a Jesús. Porque, si lo hubieras hecho, habrían venido a decírmelo. La casa de Ester se ha llenado de mujeres, al alba, cuando ella ha muerto. Pero ninguna tenía noticia de ti. Eran las mejores de entre las mujeres de Nazaret, las que me quieren y quieren a Jesús, y se esfuerzan en practicar su Doctrina a pesar de la hostilidad de sus maridos, padres e hijos. Por tanto, tú has indagado entre los enemigos de mi Jesús. ¿Cómo llamas tú a esto? Yo no lo digo. Lo debes decir tú. A ti mismo. ¿Por qué lo has hecho? No
442.6 quiero saberlo. [6]Te digo sólo esto. En mi corazón serán clavadas muchas espadas, clavadas y vueltas a clavar, sin piedad, por los hombres que causan dolor a mi Jesús y le odian. Y una será la tuya, y no será desclavada. Porque el recuerdo de ti, Judas, que no te quieres salvar, de ti que te destruyes, de ti que me produces miedo —no miedo por mí misma, sino por tu alma— no saldrá ya de mi corazón. Una la clavó en mi corazón el justo Simeón, mientras llevaba yo en mi pecho a mi Niño, al Corderito mío santo... La otra... la otra eres tú...La punta de tu espada ya me tortura el corazón. Pero, no sin-

tiéndote satisfecho todavía de producir esta pena en una pobre mujer, esperas a clavar del todo tu espada de verdugo en el corazón de quien no te ha dado sino amor... ¡Pero, estúpida soy pretendiendo de ti piedad, que no la has tenido con tu madre!... Es más, mira: con un solo golpe me atravesarás a mí y a ella, ¡oh hijo desgraciado, al que no salvan las oraciones de dos madres!...».

María habla llorando, y las lágrimas no caen en la cabeza morena de Judas, porque él se ha quedado en el lugar donde ha caído de rodillas, separado de María... Esas lágrimas santas las bebe el enlosado... Y la escena me trae el recuerdo de Áglae, sobre la que, por el contrario, puesto que ella se ceñía a María en un sincero deseo de redención, caían las lágrimas. *

[7]«¿No encuentras una palabra, Judas? No consigues encontrar en 442.7
ti la fuerza de un propósito bueno? ¡Oh! ¡Judas! ¡Judas! Pero, dime: ¿Estás contento de tu vida? Examínate, Judas. Sé humilde, sincero contigo mismo lo primero. Y luego con Dios, para ir a Él con tu saco de piedras quitadas de tu corazón y decirle: "Mira, me he quitado estos pedruscos por amor a ti"».

«No tengo... el valor de confesarme a Jesús».

«No tienes la humildad para hacerlo».

«Es verdad. Ayúdame tú...».

«Ve a Cafarnaúm y espérale, con humildad».

«Pero tú podrías...».

«Lo único que podré será decir que se haga lo que mi Hijo hace siempre: tener misericordia. No soy yo la que adoctrina a Jesús, sino que es Jesús quien adoctrina a su discípula».

«Tú eres su Madre».

«Eso es para mi corazón. Pero, por derecho suyo, Él es mi Maestro. Ni más ni menos que para todas las otras discípulas».

«Tú eres perfecta».

«Él es el Perfectísimo».

Judas calla y guarda silencio. Luego pregunta: «¿A dónde ha ido el Maestro?».

«A Belén de Galilea».

«¿Y después?».

«No lo sé».

«¿Pero vuelve aquí?».

«Sí».

«¿Cuándo?».

«No lo sé».

---

* *Áglae, sobre la que... caían las lágrimas*, como fue narrado en 168.8.

«¡No me lo quieres decir!».

«No puedo decir lo que no sé. Tú le sigues desde hace dos años. ¿Puedes decir que haya tenido siempre un itinerario seguro? ¿Cuántas veces la voluntad de los hombres le ha obligado a cambios?».

442.8 «Es verdad. [8]Me marcharé... Iré a Cafarnaúm».

«El sol está demasiado caliente para ir. Quédate. Eres un peregrino como todos los demás. Y Él ha dicho que las discípulas deben atenderlos».

«Mi vista te es molesta...».

«¡Tu no querer sanar me es doloroso! Sólo eso... Quítate el manto... ¿Dónde has dormido?».

«No he dormido. He esperado al alba para verte sola».

«Entonces estarás cansado. En la habitación grande hay lechos. Los han usado Simón y Tomás. Todavía hay sosiego y frescor allí. Ve y duerme mientras te preparo de comer».

Judas se marcha sin replicar. Y María, sin descansar después de la noche pasada en vela, va a la cocina a preparar el fuego, y al huerto a coger las verduras. Y lágrimas, lágrimas, lágrimas caen silenciosas mientras se agacha hacia el hogar para colocar la leña, o hacia la tierra a coger las verduras, y mientras las limpia con agua en la palangana y las prepara... Y lágrimas caen junto con los granos de trigo mientras da la comida a las palomas, o en la ropa que saca del pilón y tiende al sol... Las lágrimas de la Madre de Dios... de Aquella que, Sin Culpa, no estuvo exenta del dolor y sufrió más que ninguna otra mujer, por ser la Corredentora...

443. La muerte del abuelo de Margziam.

25 de mayo de 1946.

443.1 [1]Jesús debe haber dejado ya a las mujeres, porque está con los apóstoles, con Isaac y con Margziam. Están bajando las últimas pendientes hacia la llanura de Esdrelón mientras la tarde cae lentamente.

Margziam está muy contento de que el Señor le lleve a donde su querido abuelo. Menos contentos están los apóstoles, que recuerdan el reciente incidente con Ismael. Pero guardan silencio, serios, para * no apenar al jovencito, que se alegra de no haber tocado la miel que Porfiria le ha dado, «porque tenía la esperanza de que el Señor concediera a mi corazón la alegría de ver a mi padre. No sé por qué... pero desde hace un tiempo le tengo siempre presente en el espíritu,

* *Ismael* podría haber sido escrito por MV por error en vez de *Joacana*, protagonista del incidente narrado en el capítulo 430.

como si me llamara. Se lo he dicho a Porfiria y me ha dicho: "Me sucede también a mí lo mismo cuando Simón está lejos". Pero no debe de ser como dice, porque antes nunca me había sucedido».

«Porque antes eras un niño. Ahora eres un hombre y tu pensamiento piensa más» le dice Pedro.

«Tengo también dos quesitos y unas pocas aceitunas. Lo que he podido traer, mío mío, a mi querido padre. Y luego tengo una túnica y un manto de cáñamo. Porfiria los quería hacer para mí. Pero le he dicho: "Si me quieres, hazlos para el anciano". ¡Lleva siempre vestidos tan rotos, y está siempre tan sudoroso con sus vestidos de mala lana!... Sentirá alivio».

«Pero ya, para empezar, tú te has quedado sin vestidos frescos, y sudas como una esponja, con esos de lana» le dice Pedro.

«¡No importa! Se ha quedado tantas veces sin comer mi padre para dármelo a mí cuando yo estaba en el bosque... Por fin puedo darle yo también algo. ¡Ojalá pudiera ahorrar y darle lo suficiente para que pudiera rescatarse!».

«¿Cuánto tienes hasta este momento?» pregunta Andrés.

«Poco. Con el pescado he sacado ciento diez didracmas. Pero voy a vender pronto los corderos, y entonces... ¡Si pudiera hacerlo antes del frío fuerte!...».

«¿Le recibís vosotros?» pregunta Natanael a Pedro.

«Sí. No nos vamos a quedar en la miseria si ese pobre anciano toma un bocado de nuestro plato...».

«Y además... Puede hacer algún pequeño trabajo... Venir a Betsaida donde nosotros, ¿verdad Felipe?».

«Claro... Te ayudaremos, Simón, dando esta alegría a nuestro buen Margziam y al anciano...».

[2]«Esperemos que no esté Jocanán...» dice Judas Tadeo. 443.2

«Iré yo delante para avisar» dice Isaac.

Caminan ligeros bajo la luz de la Luna... Llegados a un determinado punto, Isaac se separa, acelerando más aún el paso, mientras el grupo le sigue más lentamente. Un gran silencio hay en la llanura. Hasta los ruiseñores callan.

Caminan, caminan, hasta que ven dos sombras que corren hacia ellos. «Uno es Isaac, seguro... El otro... puede ser tanto Miqueas como el administrador; son igual de altos...» dice Juan.

Ya están cerca... cerquísima. Y es exactamente el administrador, seguido de Isaac, que está consternado.

«Maestro... Margziam... ¡pobre hijo!... Venid pronto... Tu padre, Margziam, está enfermo... mucho...».

«¡Ay! ¡Señor!...» grita el jovencito, con dolor.

«Vamos, vamos... Sé fuerte, Margziam», y Jesús le toma la mano, echándose casi a correr mientras dice a los apóstoles: «Seguidme vosotros...».

«Sí... Pero con cuidado... Está Jocanán» grita el administrador, ya desde lejos.

443.3 [3]El pobre anciano está en casa de Miqueas. Hasta un estúpido puede comprender que está a las puertas de la muerte. Su estado es de completa postración, tiene los ojos cerrados, sus facciones ya aparecen relajadas, como de uno que muere. Está céreo, excepto en los pómulos, donde resiste aún un rojo cianótico.

Margziam se agacha hacia la yacija y llama: «¡Padre! ¡Padre mío! ¡Soy Margziam! ¿Entiendes? ¡Margziam! ¡Yabés! ¡Tu Yabés!... ¡Oh, Señor! Ya no me oye... Ven aquí, Señor... Ven aquí. Inténtalo Tú... Cúrale... Haz que me vea, que me hable... ¿Voy a tener que ver morir así a todos los míos, sin que me den un adiós?...».

Jesús se acerca, se inclina hacia el moribundo, le pone una mano en la cabeza y dice: «Hijo del Padre mío, escúchame».

Como uno que sale de un sueño profundo, el anciano respira hondo y, abriendo los ojos ya vítreos, mira vacilante a las dos caras que están inclinadas hacia la suya. Hace ademán de hablar, pero la lengua está muy entorpecida. Mas debe haber reconocido ahora, porque sonríe y trata de coger las manos de los dos para llevárselas a los labios.

«Padre... había venido... ¡He rezado mucho para venir!... Te quería decir... que pronto tendré lo suficiente... para darte con qué rescatarte... y venir conmigo, a casa de Simón y Porfiria, ¡que son tan buenos, tan buenos con tu Yabés!... y con todos...».

El anciano logra mover la lengua, y a duras penas dice: «Que Dios los recompense, y te recompense a ti... Pero es tarde... Voy con Abraham... a no sufrir más...». Se vuelve hacia Jesús y, con ansia, pregunta: « Así, ¿no es verdad?».

«Así. ¡Estáte en paz!» y Jesús se yergue, majestuoso, y dice: «Yo, con mi poder de Juez y Salvador, te absuelvo de todo lo que en tu vida hayas podido cometer en culpas u omisiones, y de los movimientos del corazón contra la caridad y hacia quien te ha odiado. De todo de perdono, hijo. ¡Ve en paz!». Jesús ha extendido las manos, altas, encima de la yacija, como si fuera un altar y Él, Sacerdote, estuviera para consagrar la víctima.

443.4 [4]Margziam llora, mientras el viejo sonríe dulcemente susurrando: «Se duerme uno en paz con tu ayuda... Gracias, Señor...», y se abate...

«¡Padre! ¡Padre! ¡Oh! ¡Se muere! ¡Se muere! Hay que darle un poco de miel... tiene la boca seca... Está frío... La miel da calor...» grita Margziam, y trata de rebuscar en el talego con una mano, mien-

tras sujeta con la otra a su abuelo la cabeza, que se hace más pesada.

En el umbral de la puerta han aparecido los apóstoles... y observan mudos...

«Bien, Margziam. Sujeto yo al padre» dice Jesús... y luego, a Pedro: «Simón, ven aquí...».

Y Simón, emocionado, se acerca...

Margziam trata de dar un poco de miel al viejo. Hunde un dedo en el tarro y lo saca cubierto de miel filamentosa, que pone en los labios de su abuelo; y éste vuelve a abrir sus ojos, le mira, le sonríe, dice: «Está buena».

«La he hecho para ti... y también la túnica fresca de cáñamo...».

El anciano levanta la mano temblorosa y trata de ponerla en la morena cabeza. Dice: «Eres bueno... más que la miel... Y es esto... el hecho de que seas bueno, lo que me hace bien... Pero tu miel... ya no hace falta... Y tampoco la túnica fresca... Ten tú esas cosas... Tenlas tú con mi bendición...».

Margziam cae de rodillas y llora, apoyada la cabeza en la orilla del lecho, gimiendo: «¡Solo! ¡Me quedo solo!».

Simón da la vuelta en torno al lecho y, con voz más áspera que nunca, por la emoción, dice, mientras acaricia los cabellos de Margziam: «No... Solo no... Yo te quiero. Porfiria te quiere... Los discípulos... muchos hermanos... Y luego... Jesús... Jesús te quiere... ¡No llores, hijo mío!».

«Tuyo... hijo... sí... dichoso yo... ¡Señor!... Señor...», el anciano gorgotea, hace movimientos bruscos... siente el fin.

[5]Jesús le rodea con el brazo, le levanta algo, entona lentamente: 443.5
«Alzo los ojos hacia los montes, ¿de dónde vendrá mi auxilio?» y pro-
* sigue con todo el salmo 120. Luego se para y observa al hombre que se le muere entre los brazos calmado por esas palabras... Entona el salmo 121. Pero dice poco de él, porque en cuanto empieza el cuarto versículo se interrumpe y dice: «¡Ve en paz, alma justa!» y le vuelve a recostar, lentamente, y le baja los párpados con la mano. Una muerte tan serena, que ninguno, excepto Jesús, se ha dado cuenta del tránsito; pero lo comprenden por este acto del Maestro. Inmediatamente se oye un murmullo.

Jesús hace un gesto de silencio. Va donde Margziam, el cual, llorando como está con la cabeza agachada y apoyada en el lecho, no se ha dado cuenta de nada. Jesús se agacha hacia él, le abraza tratando de alzarle y dice: «Él está en paz, Margziam. Ya no sufre. La *ma-*

---

* el *salmo 120* y el *salmo 121* están citados según la numeración de la vulgata. Aumentados en una unidad en la neovulgata, corresponden al *Salmo 121* y al *Salmo 122*. En el manuscrito original, MV escribe 121 y *cuarto* sobre puntos suspensivos.

yor gracia de Dios para con él es ésta: la muerte, ¡y en los brazos del Señor! No llores, hijo amado. Mira cómo está en paz... En paz... Pocos en Israel han recibido el premio de este justo: morir apoyado en el pecho del Salvador. Ven aquí, a mis brazos... No estás solo. Y además, está Dios, y es todo, que te ama por todo el mundo».

443.6 [6]El pobre Margziam da verdaderamente pena, pero encuentra todavía la fuerza de decir: «Gracias, Señor, por haber venido... Y a ti, Simón, por haberme traído... Y a todos, a todos, gracias... por lo que me habéis dado para él... Pero ya no hace falta... Pero... la túnica sí... Somos pobres... No podemos hacer el embalsamamiento... ¡oh! ¡padre mío! ¡Ni siquiera un sepulcro te puedo dar!... Pero, si os fiáis, si podéis... haced los gastos y os daré en octubre el precio de los corderos y del pescado...».

«¡Oye! ¡Digo yo que todavía tienes un padre! ¡Lo arreglo yo! A costa de vender una barca. Daremos al anciano todos los honores. Lo más difícil es conseguir quién anticipe... y quién dé un sepulcro...».

El administrador dice: «En Yizreel, entre la gente del pueblo, hay discípulos. No negarán nada. Me voy a poner en camino en seguida. Volveré antes de que acabe la hora tercia...».

«Sí, pero... ¿y el Fariseo?».

«No temáis. Haré que sepa que hay un muerto y, por no contaminarse, no saldrá de casa. Me voy...».

Y Miqueas y los otros van y vienen, preparando lo necesario para los últimos honores del compañero muerto, mientras Margziam, inclinado hacia su abuelo, llora y le acaricia, y Jesús habla en voz baja con los apóstoles e Isaac.

443.7 [7]Y aquí hago una observación mía. Me ha sucedido a veces que me he visto en semejantes vicisitudes, y frecuentemente he notado que los presentes, con finalidad buena o con actitudes intransigentes no buenas, recriminan a los que se sienten desolados por haber perdido a un pariente. Comparo esto con la dulzura de Jesús, que se compadece del sufrimiento del huérfano y no pretende de él un heroísmo innatural... ¡Cuánto hay que aprender de la más mínima acción de Jesús!....

444. Las dotes de Margziam. Lección sobre la caridad, sobre la salvación, sobre los méritos del Salvador.

30 de mayo de 1946 (Ascensión).

444.1 [1]«¿Dónde has dejado las barcas, Simón, cuando has venido a Nazaret?» pregunta Jesús mientras camina en dirección nordeste, dan-

do la espalda a la llanura de Esdrelón y en dirección al Tabor.

«Las he mandado de nuevo a pescar, Maestro. Pero he dicho que cada tres días estén en Tariquea... No sabía cuánto tiempo me quedaría contigo».

«Muy bien. ¿Quién de vosotros quiere ir a advertir a mi Madre y a María de Alfeo que se agreguen a nosotros en Tiberíades? En casa de José es la cita».

«Maestro... quisiéramos todos. Di Tú quién debe ir y será mejor».

«Entonces Mateo, Felipe, Andrés y Santiago de Zebedeo. Los otros que vengan conmigo a Tariquea. Explicaréis a las mujeres el motivo del retraso. Y decidles que cierren la casa y que vengan. Estaremos juntos durante una luna entera. Marchaos, que aquí está la bifurcación. Y que la paz esté con vosotros». Besa a los cuatro que se separan y reanuda la marcha con los otros.

Pero después de pocos pasos se detiene y observa a Margziam, que camina un poco retrasado, con la cabeza baja. Cuando el jovencito llega a donde Él, Jesús le pasa la mano por debajo del mentón y le fuerza a levantar la cara: dos líneas de llanto hay en el rostro morenito.

«¿Irías con gusto también tú a Nazaret?».

«Sí, Maestro... Pero haz lo que Tú quieras».

«Quiero que te sientas confortado, hijo mío... Ve... corre detrás de aquéllos. La Madre te consolará». Le besa y le deja partir. Margziam se echa a correr y pronto alcanza a los cuatro.

[2]«Es todavía un niño...» observa Pedro. 444.2

«Y sufre mucho... Ayer por la noche, que le encontré llorando en un rincón de la casa, me dijo: "Es como si se me hubieran muerto ayer mi padre y mi madre... La muerte del anciano padre me ha abierto de nuevo todo el corazón..."» dice Juan.

«¡Pobre hijo!... Pero ha sido buena cosa el que haya estado presente en esa muerte...» dice el Zelote.

«¡Se había hecho tantas ilusiones de poder hacer algo por el anciano!... Me decía Porfiria que hacía todo tipo de sacrificios para poder reunir el dinero. Ha trabajado en los campos, ha hecho haces de leña para los hornos, ha pescado, no ha comido los quesitos, para venderlos, ni la miel, para venderla... Tenía esa preocupación en su corazón y quería tener consigo al anciano... ¡En fin!» dice Pedro.

«Es un hombre de propósitos serios. No le pesa ni el sacrificio ni el trabajo. Buenas cualidades» dice Bartolomé.

«Sí, es un buen hijo y se contará entre los mejores discípulos. Ya veis con qué disciplina se guía incluso en los momentos más desazonados... Su corazón afligido añoraba a María, pero no ha pedido ir con ella. Ha entendido tan bien lo que es fuerza en la oración, que

supera a muchos adultos» dice Jesús.

«¿Tú crees que hace los sacrificios con una finalidad determinada?» pregunta Tomás.

«Estoy seguro de ello».

«Es verdad. Ayer dio la fruta a un viejo diciéndole: "Reza por el padre de mi padre, que se me ha muerto hace poco", y yo le hice esta observación: "Él está en paz, Margziam. ¿No crees válida la absolución de Jesús?". Me respondió: "La creo válida. Pero al ofrecer sufragios * pienso en las almas por las que ninguno reza, y digo: si a mi padre ya no le hace falta, pues que vayan estos sacrificios para aquellos en quien nadie piensa". Y me he sentido edificado» dice Santiago de Alfeo.

«Sí. Ayer se acercó a mí y, echándome los brazos al cuello, porque en el fondo es todavía un niño, me dijo: "Ahora sí que eres mi padre del todo... y te devuelvo lo que tu bondad me había posibilitado ahorrar. Ya no le sirve ese dinero a mi anciano padre,... y tú y Porfiria hacéis mucho por mí...". Yo, conteniendo a duras penas las lágrimas, le respondí: "No, hijo mío. Vamos a usar ese dinero en limosnas para los ancianos pobres o para huerfanitos pobres, y Dios usará tus limosnas para aumentar la paz al pobre anciano". Y Margziam me dio dos besos tan fuertes, que... bueno... que ya no pude contener las lágrimas. Y, Bartolomé, como te está agradecido por haber corrido con los gastos, me decía: "Para mí, el honor dado al anciano no tiene precio. Le voy a decir a Bartolomé que me tenga como criado"».

«¡Pobre hijo! ¡Ni durante una hora! Él sirve al Señor y nos edifica a todos. He honrado a un justo. Podía hacerlo, porque mi nombre es conocido y me es fácil encontrar a alguien que me anticipe. Desde Betsaida me encargaré de saldar la pequeña deuda, en el fondo una menudencia...».

«Sí. Como dinero es poco, porque los de Yizreel han sido generosos. Pero tu amor hacia el condiscípulo no es una menudencia. Porque todo acto de amor tiene un valor grande.

444.3 [3]Vosotros estáis formándoos en este amor al prójimo, que es la segunda parte del precepto básico de la Ley de Dios, y que en realidad en Israel ha caído mucho en abandono. Los muchos preceptos y ese andarse con tiquismiquis —cosas que han subseguido a la clara, coherente, completa Ley del Sinaí, dentro de su brevedad— han tergiversado la primera parte de ese precepto básico, reduciéndolo a un cú-

---

* *ofrecer sufragios* es un concepto que se puede extraer de *2 Macabeos 12, 45*. La consideración que sigue revela en Margziam, el más joven de los discípulos, pero también uno de los que "se contará entre los mejores", la intuición de los frutos de la llamada "comunión de los santos".

mulo de ritos exteriores a los que les falta lo que les da el nervio, el valor, la verdad; o sea, falta la *adhesión activa del interior* —con las obras que cumple, con las tentaciones que supera— *a las formas de culto externo*. ¿Qué valor puede tener a los ojos de Dios la ostentación de un culto, cuando luego en el interior el corazón no ama a Dios, no se anonada en un respetuosísimo amor a Dios, cuando no le alaba y admira teniendo amor por las cosas hechas por Él, y en primer lugar por el hombre, que es la obra maestra de la Creación terrestre?

¿Veis dónde se ha producido el error en Israel?: en haber hecho, en un primer momento, de un único precepto dos preceptos, para separar luego netamente, con la decadencia de los espíritus, el segundo del primero, como si fuera una rama inútil. No era una rama inútil, no eran ni siquiera dos ramas: era un único tronco, que ya desde la base se había adornado con las distintas virtudes de los dos amores.

Mirad esa gruesa higuera que ha nacido allá arriba, encima de aquel collado. Nacida espontáneamente, casi en la raíz, o sea, apenas salida de la tierra, se ha formado en dos ramas tan unidas, que las dos cortezas se han fundido; pero cada una de las dos ramas han dado las propias frondas a los lados, en forma tan caprichosa, que ha dado el nombre de "Casa de la higuera gemela" a este pueblecillo que está en este pequeño collado. Ahora bien, si uno quisiera ahora separar los dos troncos, que en el fondo son *un* solo tronco, debería usar la segur o la sierra. Pero, ¿qué haría? Haría morir a la planta, o, si fuera tan hábil que guiara la segur o la sierra de forma que lesionara a uno de los dos troncos solamente, salvaría uno de los dos, pero el otro moriría inexorablemente, y el que quedara, aunque siguiera vivo, estaría semimuerto, y probablemente perdería vigor y no daría ya fruto o lo daría muy escaso.

Lo mismo ha sucedido en Israel. Han querido cortar, separar las dos partes (tan unidas que son verdaderamente una cosa sola); han querido retocar lo que era perfecto. Porque todas las obras de Dios son perfectas, todos los pensamientos, todas las palabras. Por tanto, si Dios en el Sinaí mandó amar a Dios santísimo y al prójimo con un único precepto, está claro que no son dos preceptos que puedan ser practicados con independencia el uno del otro, sino que son un solo precepto. Y, no bastándome nunca la formación de que os hago objeto en esta sublime virtud (la mayor de todas, la que sube con el espíritu al Cielo, porque es la única que subsiste en el Cielo), insisto en ella, que es alma de toda la vida del espíritu, el cual pierde la vida si pierde la Caridad, porque pierde a Dios.

[4]Oídme. Imaginad que a vuestra puerta vengan un día a llamar 444.4
dos riquísimos esposos, pidiendo hospitalidad para toda la vida. ¿Po-

dríais decir: "Aceptamos al esposo, pero no queremos a la esposa", sin oír esta respuesta del esposo: "Eso no puede ser, porque no me puedo separar de la carne de mi carne. Si no queréis acogerla, yo tampoco me puedo alojar en vuestra casa, y me voy con todos mis tesoros, de los cuales os habría hecho copartícipes"?

Dios está aunado con la Caridad. Ésta es verdaderamente, y más íntima y verdaderamente que dos esposos que se aman intensamente, espíritu de su Espíritu. Es Dios mismo la Caridad. La Caridad no es sino el aspecto más manifiesto, más ilustrativo de Dios. Entre todos sus atributos, es el atributo rey y el atributo origen, porque todos los demás atributos de Dios nacen de la caridad. ¿Qué es la Potencia sino caridad que obra? ¿Qué es la Sabiduría sino caridad que enseña? ¿Qué es la Misericordia sino caridad que perdona? ¿Qué es la Justicia sino caridad que administra? Y podría continuar así para todos los innumerables atributos de Dios.

¿Y bien?, ¿teniendo en cuenta esto que digo, podéis pensar que quien no tiene la Caridad puede tener a Dios? No le tiene. ¿Podéis pensar que pueda acoger a Dios y no la Caridad, esa Caridad que es única y abraza Creador y criaturas y no se puede tener de ella sólo una mitad, la tributada al Creador, sin tener también la otra mitad, la tributada al prójimo?

Dios está en las criaturas. Está en ellas con su señal imborrable, con sus derechos de Padre, de Esposo, de Rey. El alma es su trono; el cuerpo, su templo. Ahora bien, el que no ama a un hermano suyo y le hace objeto de desprecio, hace desprecio, produce dolor, niega su reconocimiento al Amo de la casa de su hermano, al Rey, al Padre, al Esposo de su hermano; y es natural que este gran Ser que es *Todo*, y que está presente en un hermano, en todos los hermanos, haga suya la ofensa infligida al ser menor, a la *parte* del Todo, o sea, a éste o a aquel hombre. Por este motivo os he enseñado las obras de misericordia corporales y espirituales; por esto, os he enseñado a no escandalizar a los hermanos; por esto, os he enseñado a no juzgar, a no despreciar, a no rechazar a los hermanos, ya sean buenos, ya sean no buenos, fieles o gentiles, amigos o enemigos, ricos o pobres.

444.5 [5]Cuando en un tálamo se verifica una concepción, ésta se forma con el mismo acto, ya se produzca en un tálamo de oro, ya se produzca en el mullido de paja de un establo. Y la criatura que se forma en el seno regio no es distinta de la que se forma en el seno de una mendiga. La concepción, el hecho de formar un nuevo ser es igual en todos los puntos de la Tierra, cualquiera que fuere su religión. Todas las criaturas nacen como nacieron Abel y Caín del seno de Eva. Y a la igualdad de la concepción, formación y modo de nacer, de los hijos

de un hombre y una mujer en la Tierra, corresponde otra igualdad en el Cielo: la creación de un alma para ser infundida en el embrión, para que el embrión *sea de hombre y no de animal* y lo acompañe desde el momento en que es creada hasta la muerte, y sobreviva a él en espera de la resurrección universal para volver a unirse, entonces, al cuerpo resucitado y recibir con él el premio o el castigo. El premio o el castigo, según las acciones realizadas en la vida terrena.

Porque no os penséis que la Caridad es injusta y que, sólo porque muchos no vayan a ser de Israel o de Cristo, aun siendo virtuosos en la religión que siguen, convencidos de estar en la *verdadera*, vayan a permanecer para toda la eternidad sin premio. Después del fin del mundo, ninguna virtud sobrevivirá, sino la Caridad, o sea, la unión del Creador y de todas las criaturas que vivieron con justicia. No habrá muchos Cielos (uno para Israel, uno para los cristianos, uno para los católicos, uno para los gentiles, uno para los paganos); no los habrá, sino que habrá *un solo Cielo*. Igualmente, habrá un solo premio: Dios, el Creador que se une de nuevo con aquellas criaturas suyas que han vivido en justicia, en las cuales, por la belleza de los espíritus y de los cuerpos de los santos, admirará su propio Ser con alegría de Padre y de Dios. Habrá un solo Señor. No un Señor para Israel, uno para el catolicismo, uno para cada una de las otras religiones.

[6]Ahora os voy a revelar una gran verdad. Recordadla. Transmitidla a vuestros sucesores. No esperéis siempre a que el Espíritu Santo proyecte luz sobre las verdades, después de años o siglos de obscuridad. Oíd. 444.6

Vosotros quizás decís: "Pero entonces, ¿qué justicia hay en el hecho de ser de la religión verdadera, si al final del mundo vamos a ser tratados de la misma manera que los gentiles?". Os respondo: la misma justicia que hay —y es justicia verdadera— para aquellos que aun siendo de la religión santa no serán bienaventurados por no haber vivido como santos. Un pagano virtuoso, por el solo hecho de haber vivido con virtud escogida, convencido de que su religión era buena, tendrá al final el Cielo. ¿Pero cuándo? Cuando llegue el fin del mundo, cuando de las cuatro moradas de los que han muerto queden sólo dos: el Paraíso y el Infierno. Porque la Justicia en ese momento deberá conservar y dar estos dos reinos eternos, respectivamente a quien del árbol del libre albedrío escogió los frutos buenos y a quien quiso los malos.

¡Pero, cuánta espera antes de que un pagano virtuoso llegue a ese premio!... ¿No consideráis esto? Y esa espera, especialmente desde el momento en que la Redención, con todos los consiguientes prodigios, se verifique, y el Evangelio sea predicado en el mundo, será la pur-

gación de las almas que vivieron con justicia en otras religiones y que no pudieron entrar en la Fe verdadera después de conocerla como existente y efectivamente real. Para ellos el Limbo durante siglos y siglos, hasta el fin del mundo. Para los creyentes que creen en el Dios verdadero y que no supieron ser heroicamente santos, el largo Purgatorio (y para algunos podrá terminar en el fin del mundo). Pero, después de la expiación y la espera, todos los buenos, cualquiera que fuere su procedencia, estarán a la derecha de Dios; los malos, cualquiera que fuere su procedencia, a la izquierda, y luego en el Infierno horrendo; mientras que el Salvador entrará con los buenos en el Reino eterno».

444.7 [7]«Señor, perdona si no te entiendo. Lo que dices es muy difícil... al menos para mí... Dices siempre que eres el Salvador y que redimirás a los que creen en ti. ¿Y entonces los que no creen, o porque no te han conocido por haber vivido antes, o porque —¡es tan grande el mundo!— no han tenido noticia de ti, cómo pueden ser salvados?» * pregunta Bartolomé.

«Ya te lo he dicho: por su vida de justos, por sus obras buenas, por esa fe suya que consideran *verdadera*».

«Pero no han recurrido al Salvador...».

«Pero el Salvador por ellos, también por ellos, sufrirá. ¿No consideras, Bartolmái, qué gran valor tendrán mis méritos de Hombre Dios?».

«Mi Señor, en todo caso inferiores a los de Dios, a los que, por consiguiente, posees desde siempre».

«Respuesta correcta y no correcta. Los méritos de Dios son infinitos, dices. Todo es infinito en Dios. Pero Dios no tiene méritos, en el sentido de que no ha merecido. Tiene atributos, virtudes propias suyas. Él es el que es: la Perfección, el Infinito, el Omnipotente. Pero para merecer hay que llevar a cabo, con esfuerzo, algo que sea superior a nuestra naturaleza. No es un mérito comer, por ejemplo. Pero puede ser un mérito el saber comer parcamente, haciendo verdaderos sacrificios para dar a los pobres lo que ahorramos. No es un mérito el estar callados, pero lo es cuando lo estamos no replicando contra una ofensa. Y así sucesivamente. Ahora bien, como tú puedes comprender, Dios, que es perfecto, infinito, no tiene necesidad de someterse a esfuerzo. Pero el Hombre Dios puede someterse a esfuerzo, humillando la infinita Naturaleza divina a la limitación humana, venciendo a la naturaleza humana, que no está ausente de Él ni en Él es metafórica, sino que es real, con todos sus sentidos y sentimientos, con sus posi-

* *¿cómo pueden ser salvados?* es una pregunta que substancialmente repite aquella de Síntica que, con la respectiva respuesta de Jesús, hemos hallado en 289.5/6.

bilidades de sufrimiento y muerte, con su voluntad libre.

A nadie le gusta la muerte, especialmente si es dolorosa, precoz e inmerecida. A ninguno le gusta. Y, no obstante, todo hombre debe morir. Por tanto, el hombre debería mirar a la muerte con la misma calma con que ve que termina todo lo que tiene vida. Pues bien, Yo fuerzo a mi Humanidad a amar la muerte. No sólo esto. He elegido la vida para poder tener la muerte. Por la Humanidad. Por eso, Yo, en mi condición de Hombre-Dios, adquiero esos méritos que en mi condición de Dios no podía adquirir. Y, con ellos, que son infinitos por la forma como los adquiero, por la Naturaleza divina unida a la humana, por las virtudes de caridad y obediencia con las cuales me he puesto en condiciones de merecerlos, por la fortaleza, la justicia, la templanza, la prudencia, por todas las virtudes que he puesto en mi corazón para hacerlo grato a Dios, mi Padre, Yo tendré un poder infinito no sólo como Dios, sino como Hombre que se inmola por todos, o sea, que alcanza el límite máximo de la caridad. Lo que da el mérito es el sacrificio. Cuanto mayor es el sacrificio, mayor es el mérito. Si es completo el sacrificio, completo es el mérito; si perfecto el sacrificio, perfecto el mérito, y utilizable según la santa voluntad de la víctima, a la que el Padre dice: "¡Sea como tú quieres!", porque la víctima le ha amado sin medida y ha amado al prójimo sin medida.

Y os digo que el más pobre de los hombres puede ser el más rico y beneficiar a un número sin medida de hermanos, si sabe amar hasta el sacrificio. Os digo que, aunque no tuvierais ni una miga de pan ni un vaso de agua ni un vestido roto, podríais hacer un bien siempre. ¿Cómo? Orando y sufriendo por los hermanos. ¿Hacer un bien a quién? A *todos*. ¿De qué forma? De mil maneras, todas santas, porque si supierais amar sabríais obrar como Dios, y enseñar, perdonar, administrar, y, como el Hombre-Dios, redimir».

[8]«¡Oh, Señor, danos esta caridad!» suspira Juan. 444.8

«Os la da Dios, porque se da a vosotros. Pero vosotros debéis acogerla y practicarla cada vez más perfectamente. Ningún hecho debe estar para vosotros separado de la caridad. Desde los hechos materiales a los del espíritu. Todo se haga con caridad y por la Caridad. Santificad vuestras acciones, vuestras jornadas; poned la sal en vuestras oraciones, la luz en vuestras acciones. La luz, el sabor, la santificación, es la caridad. Sin ella, nulos son los ritos y vanas las oraciones, falsas las ofrendas. En verdad os digo que la sonrisa con que un pobre os saluda como a hermanos tiene más valor que el saco de monedas que uno puede arrojaros a los pies sólo para ser notado. Sabed amar y Dios estará con vosotros, siempre».

«Enséñanos a amar así, Señor».

«Hace dos años que lo estoy haciendo. Haced lo que me veis hacer y estaréis en la Caridad, y la Caridad estará en vosotros, y tendréis el sello, el crisma, la corona que harán que seáis verdaderamente reconocidos como ministros de Dios-Caridad. Ahora vamos a detenernos en este lugar umbrío. Aquí hay hierba tupida y alta, y los árboles mitigan el calor. Proseguiremos cuando atardezca...».

445. Dos parábolas durante una tormenta en Tiberíades. Llegada de Maria Stma. e impenitencia de Judas Iscariote.

3 de junio de 1946

445.1 [1]Jesús llega con los suyos a Tiberíades en una mañana borrascosa. Y llega, cabeceando fuertemente las barcas en el lago, que está muy agitado y gris, como el cielo en que corretean nubarrones poco prometedores, por el breve trayecto que une Tariquea a Tiberíades.

Pedro escudriña el cielo y el lago, y ordena a los mozos que pongan las barcas en seguro: «¡Dentro de poco vais a oír qué música! Dejo de ser Simón el pescador, si dentro de poco las avalanchas de agua del cielo y del lago no causan daños. ¿Hay alguien en el lago?» se pregunta a sí mismo, mientras escudriña el agitado mar de Galilea. Y lo ve desierto, recorrido sólo por fuertes olas, cada vez más altas bajo la cada vez más amenazadora bóveda del cielo. Se consuela al verlo vacío, pensando que no causará víctimas humanas. Y sigue más contento al Maestro, que ya camina en medio de las embestidas del viento, tan fuertes que con dificultad avanzan los hombres entre nubes de polvo y en medio de un gran golpeteo de túnicas.

En Tiberíades, en esta parte de Tiberíades, la popular, constituida por familias de pescadores o de obreros menores dedicados a trabajos inherentes a la pesca, hay un intenso ajetreo para guardar en las casas aquellas cosas que podría dañar el temporal: quién corre cargado con las redes, con los remos de las barcas ya puestas en seguro, quién arrastra hasta las casas los instrumentos de trabajo: todo entre silbidos de viento y nubes de polvo y portazos. La otra Tiberíades, la que está más al Norte, la de las construcciones dispuestas a lo largo del lago, la de los hermosos parques que se ven en el arco de la orilla, duerme ociosa. Únicamente algunos criados o esclavos —según sean de israelitas o romanos las casas— se afanan en quitar toldos en lo alto de las terrazas, en retirar las barcas ligeras de recreo, los asientos que están desperdigados por los jardines...

445.2 [2]Jesús, que ha dirigido sus pasos hacia esta parte, dice a su primo Judas y a Simón Zelote: «Id donde el portero de Juana de Cusa, a

ver si alguno de los nuestros ha preguntado por nosotros. Yo espero aquí».

«De acuerdo. ¿Y Juana?».

«La veremos después. Id y haced esto que digo».

Los dos van sin demora, y, mientras los otros esperan su regreso, Jesús manda a éstos, a uno acá a otro allá, a conseguir comida «para ellos y para las mujeres, porque no es justo cargarlo sobre la familia del discípulo» dice Jesús. Y se queda solo, apoyado en la tapia de un jardín del que viene —tan grande es la lucha que sus altos árboles sostienen contra el viento— un ruido de huracán.

Jesús está recogido dentro de sí mismo y en los indumentos (los ha ajustado bien bajo su manto, y el manto se lo ha echado sobre la cabeza, ciñéndolo bien a ella como una capucha, para defenderse del viento, que mete el pelo en los ojos). Y así, lleno de polvo, el rostro semioculto con los extremos del manto, apoyado en una tapia que está casi en la esquina de la calle que se cruza con una bella arteria que va del lago al centro de la ciudad, parece un mendigo en espera de limosnas. Alguno pasa y le mira. Pero, dado que Él no dice nada ni pide nada y está así con la cabeza agachada, ninguno se para a dar nada ni a decir nada. Y, mientras tanto, la borrasca aumenta de intensidad y el rumor del lago crece en violencia llenando ya toda la ciudad con su mugido.

[3]Un hombre alto, caminando encorvado para defenderse del viento, también todo arropado en su manto, que mantiene ceñido bajo la garganta con la mano, viene desde el camino interior hacia este camino litoral. Cuando levanta la mirada del suelo para esquivar una fila de burritos de hortelanos que, dejadas las verduras en los mercados, vuelven a sus huertos, ve a Jesús (y yo veo que el joven es Judas de Keriot). 445.3

«¡Oh, Maestro!» dice desde el otro lado, separado por la fila asnal. «Venía precisamente a casa de Juana a buscarte a ti. He estado en Cafarnaúm buscándote, pero...». El último asno ha pasado y Judas se apresura a acercarse al Maestro, y termina lo que estaba diciendo: «...pero en Cafarnaúm no estaba ninguno. He esperado algunos días y luego he vuelto aquí, y todos los días iba donde José y donde Juana a buscarte...».

Jesús le mira con sus ojos penetrantes, y detiene esta avalancha de palabras diciendo solamente: «La paz sea contigo».

«¡Es verdad! ¡Ni siquiera te he saludado! La paz sea contigo, Maestro. ¡Bueno, pero Tú siempre tienes esta paz!».

«¿Y tú no?».

«Yo soy un hombre, Maestro».

«El hombre justo tiene la paz. Sólo el hombre culpable está turbado. ¿Tal eres tú?».

«¿Yo?... No, no, Maestro. Al menos... Bueno, si he de decir la verdad, estar lejos de ti no me ponía feliz... pero eso no era todavía estar sin paz. Era nostalgia de ti, por el afecto que te tengo... Pero la paz es otra cosa, ¿no es verdad?...».

«Sí. Es otra cosa. Las separaciones no lesionan la paz del corazón, *si el corazón del ausente no hace cosas que su conciencia le dice que entristecerían al amado si las supiera*».

«Pero los ausentes no saben... A menos que haya alguien que los informe».

Jesús le mira y calla.

445.4 [4]«¿Estás solo, Maestro?» pregunta Judas, tratando de desviar la conversación hacia argumentos más banales.

«Estoy esperando a los que he enviado a casa de Juana para preguntar si mi Madre ha venido de Nazaret».

«¿Tu Madre? ¿Traes aquí a tu Madre?».

«Sí. Voy a estar con ella en Cafarnaún durante toda esta luna. Iré con las barcas por los pueblos de la ribera, pero volviendo todos los días a Cafarnaúm. Debe haber muchos discípulos en esta zona...».

«Sí... Muchos...». Judas ha perdido la parlería. Está pensativo...

«¿No tienes nada que decirme, Judas? Estamos los dos solos... ¿No te ha sucedido nada en este tiempo de separación, ningún hecho respecto al cual sientas necesario oír la palabra de tu Jesús?» dice Jesús dulcemente, como para ayudar al discípulo a confesar haciéndole sentir todo su misericordioso amor.

«¿Y Tú conoces algo en mí que necesite tus palabras? Si lo conoces —yo la verdad es que no sé de nada que pueda merecer esas palabras—, habla. Es duro para un hombre el tener que indagar sobre las culpas y los defectos y confesarlos a otro...».

«El que te habla no es *otro* hombre, sino...».

«No. Eres Dios. Lo sé. Por eso mismo, no es ni siquiera necesario que sea yo el que hable. Tú ya conoces...».

«Yo no soy *otro* hombre, te estaba diciendo, sino tu amigo más amoroso; no te digo el Maestro, el superior, sino que te digo: el amigo...».

«Sigue siendo lo mismo. Y sigue siendo fastidiosa la indagación sobre lo que se ha hecho en el pasado y cuya confesión podría acarrearle a uno una serie de reproches. Aunque la verdad es que más que los reproches duele el hecho de venir a menos en la estima del amigo...».

445.5 [5]«En Nazaret, el último sábado que estuve allí, Simón Pedro dijo

a un compañero, sin darse cuenta, una cosa que debía callar. No era una desobediencia voluntaria, no era maledicencia, no era algo que pudiera causar daño al prójimo. Simón Pedro se la había dicho a un corazón honesto y a un hombre serio, el cual, viendo que tenía conocimiento, sin voluntad suya ni de Pedro, de una cosa secreta, juró que no repetiría a otros el secreto. Simón podía tranquilizarse... Pero no se tranquilizó hasta que no me confesó la culpa. Enseguida... ¡Pobre Simón! ¡La llamaba culpa! Pero si en el corazón de los discípulos hubiera sólo culpas como ésa, y mucha, mucha humildad, mucha confidencia, mucho amor, como tiene Pedro, ¡debería proclamarme Maestro de una muchedumbre de santos!...».

«Lo que me quieres decir con esto es que Pedro es santo y yo no. Es verdad. No soy un santo. Arrójame de tu presencia entonces...».

«Lo que no eres es humilde, Judas. La soberbia te destruye. Y no me conoces todavía...» termina Jesús tristísimamente.

Judas siente esta pena y susurra: «¡Perdóname, Maestro!...».

«Siempre. Pero sé bueno, hijo. ¡Sé bueno! ¿Por qué quieres causarte el mal a ti mismo?».

Judas —si son verdaderas o falsas no lo sé— tiene lágrimas en las pestañas y se refugia entre los brazos de Jesús, llorando encima de su hombro.

Y Jesús le acaricia en el pelo susurrando: «¡Pobre Judas! ¡Pobre, pobre Judas, que va buscando su paz, y a quien pueda comprenderle, en lugares donde no puede encontrarlos!...».

«Sí. Es verdad. Tienes razón, Maestro. La paz está aquí... entre tus brazos... Soy un desdichado... Sólo Tú me comprendes y me amas... Sólo Tú... El necio soy yo... Perdóname, Maestro».

«Sí, sé bueno, sé humilde. Si caes, ven a mí y te levantaré. Si te sientes tentado, corre a mí; te defenderé, de ti mismo, de quien te odie, de todo... [6]Pero, estáte erguido. Vienen los demás...». 445.6

«Un beso, Maestro... Un beso...».

Jesús le besa... y Judas recupera su compostura... Sí, pero —pienso yo— la realidad es que no ha confesado en absoluto sus culpas...

«Hemos tardado mucho porque Juana estaba ya levantada y el portero ha querido avisarla. Vendrá hoy, a venerarte, a casa de José» dice Judas Tadeo.

«¿A casa de José? Si cae toda el agua que el cielo promete, esos caminos serán pantanos. No, está claro que Juana no va a venir ni a esa choza ni por esos caminos. Sería mejor que fuéramos nosotros a su casa...» dice Judas, que ya ha recuperado la seguridad.

Jesús no le responde, pero contesta a su primo preguntando: «¿No nos ha buscado ninguno de los nuestros en casa de Juana?».

«Todavía ninguno».

«De acuerdo. Vamos a casa de José. Los otros nos alcanzarán allí...».

«Para estar seguros de que nuestras madres están en camino, yo iría a su encuentro...» dice Judas de Alfeo.

«Estaría bien. Pero más de un camino trae a Tiberíades. Y quizás no han tomado el principal...».

«Es verdad, Jesús... Vamos...».

445.7 [7]Andan a buen paso, entre los primeros truenos, con su fuerte fragor en las hoces de los collados que rodean casi por completo al lago, y entre los primeros relámpagos que surcan el cielo lívido. Entran en la casa pobre de José, que parece aún más pobre y obscura con el aire borrascoso. Lo único luminoso que hay es el rostro del discípulo y de sus familiares, dichosos de tener en su casa al Maestro.

«Pero llegas en mal momento, Señor» dice el barquero disculpándose. «Con este lago no he podido pescar y... tengo sólo verduras...».

«Y tu buen corazón. Pero ya he pensado en ello: ahora van a venir los compañeros con lo que necesitamos. No estés trajinando, mujer... Podemos sentarnos también en el suelo. Hay mucha limpieza. Eres una mujer excelente, lo sé. Y el orden que aquí veo lo confirma».

«¡Oh, mi esposa! ¡Una verdadera mujer fuerte! Mi alegría, nuestra alegría» proclama el barquero, embelesado por el elogio del Señor, que se ha sentado tranquilamente en el borde bajo del hogar apagado, casi en el suelo, y ha puesto entre sus rodillas a un niñito que le observa asombrado.

Los que habían ido a las compras entran bajo el primer chaparrón. En el umbral de la puerta sacuden los mantos y las sandalias para no meter agua y barro en la casa. Es un maremágnum de truenos, relámpagos, lluvia, viento. El fragor del lago hace de acompañamiento a los solos de las centellas y a los aullidos del viento.

«¡Salud! El verano se moja las plumas y remoja el hogar... Después estaremos mejor... Con tal de que no haga daños a las vides...

445.8 [8]¿Puedo ir arriba a mirar el lago? Quiero ver que humor tiene...».

«Ve, ve. La casa es vuestra» responde el discípulo a Pedro.

Y Pedro, sólo con la túnica, sale feliz para fruir con la tempestad. Sube la escalera exterior y se queda en la terraza, refrescándose y dando sus responsos a los de dentro, como si estuviera en el puente de su barca y dirigiera las maniobras.

Los demás están sentados, acá o allá, en la cocina, donde apenas se ve, porque tienen que tener la puerta entornada, por el chaparrón; y por el resquicio entra un hilo de luz verdosa, excepto cuando relumbran breves y cegadores los relámpagos...

Vuelve Pedro, mojado como si se hubiera caído en el lago, y sentencia: «Ahora la tenemos encima de la cabeza. Se aleja hacia Samaria. Va a mojar allí...».

«¡A ti te ha mojado ya! Estás chorreando como una fuente» observa Tomás.

«Sí. Pero estoy muy bien después de tanto calor».

«Pasa, que te va a caer mal estar en la puerta mojado de esa forma» aconseja Bartolomé.

«¡No, hombre, no! Yo soy madera añejada... Ya estaba en el agua y todavía no sabía decir bien "padre". ¡Ah, con qué facilidad se respira!... Pero... el camino... es un río... ¡Si vierais el lago! Está de todos los colores y hierve como una cazuela. Ya no sabe uno siquiera hacia dónde van las olas. Hierven donde están... Pero hacía falta...».

«Sí, hacía falta. Las paredes ya no se enfriaban, de tanto como las calentaba el Sol. [9]Mi vid tenía las hojas abarquilladas, polvorientas... Le echaba agua en la base... Pero, ¡ya, ya!... ¿Qué hace un poco de agua cuando todo el resto es fuego?» dice José. 445.9

«Más mal que bien, amigo» sentencia Bartolomé. «Las plantas necesitan el agua del cielo, porque beben también con las hojas, ¿eh! Parece que no, pero es así. ¡Las raíces, las raíces! Está bien. Pero también las hojas están para algo y tienen sus derechos...».

«¿No te parece, Maestro, que Bartolomé está proponiendo el tema de una hermosa parábola?» dice el Zelote, incitando a Jesús a hablar.

Pero Jesús, que está arrullando al niñito, que tiene miedo a los rayos, no dice la parábola, sino que asiente diciendo: «¿Y tú cómo la plantearías?».

«Sin duda, mal, Maestro. Yo no soy Tú...».

«Dila como la sepas. Predicar con parábolas os servirá mucho. Acostumbraos. Te escucho, Simón...».

«¡Oh... Tú, Maestro, yo... necio... Pero obedezco. Yo diría esto: "Un hombre tenía una hermosa planta de vid. Pero, no poseyendo aquel hombre una viña, había plantado su vid en el pequeño huerto de su casa, para que trepara hasta la terraza a dar sombra y a dar racimos; y cuidaba mucho a su vid. Pero ésta crecía entre casas, junto al camino: por tanto, el humo de las cocinas y hornos y el polvo que venía del camino subían a molestar a la vid. Y, mientras descendían del cielo las lluvias de Nisán, las hojas de la vid se limpiaban de las impurezas y, no teniendo en la superficie una fea costra de suciedad que lo impidiera, gozaban del sol y del aire. Pero, cuando llegó el verano y el agua dejó de caer del cielo, humo, polvo, excrementos de aves se depositaron en espesos estratos sobre las hojas, mientras el

sol, demasiado ardiente, las secaba. El dueño de la vid echaba agua a las raíces que se hundían en el terreno, y por eso la planta no moría; pero vegetaba enfermiza, porque el agua que absorbían las raíces subía sólo internamente, sin que gozaran de ella las míseras hojas. Es más, del suelo tórrido, humedecido con poca agua, subían efervescencias y emanaciones que estropeaban las hojas, manchándolas como por pústulas dañinas. Pero al final vino una gran lluvia del cielo que cayó sobre las hojas, corrió por las ramas, por los racimos, por el tronco, sofocó el ardor de las paredes y del terreno. Pasada la tormenta, el dueño de la vid vio su planta limpia, fresca, gozando y produciendo gozo bajo el cielo sereno". Ésta es la parábola».

445.10 «Está bien: [10]Pero ¿el parangón con el hombre?...».

«Maestro, hazle Tú».

«No. Tú. Estamos entre hermanos, no debes temer quedar mal».

«Si es por quedar mal, no lo temo como cosa desdichada. Es más, lo amo, porque sirve para mantenerme humilde. Es que no quisiera decir cosas equivocadas...».

«Te las corrijo Yo».

«¡Oh, entonces! Mira, yo diría: "Así le sucede al hombre que no vive aislado en los huertos de Dios, sino que vive en medio del polvo y del humo de las cosas del mundo, que lo recubren lentamente de una costra, casi desapercibidamente, y su espíritu se hace infecundo, debajo de una costra de humanidad tan espesa, que la brisa de Dios y el sol de la Sabiduría no pueden ya beneficiarle. Y trata inútilmente de poner remedio con un poco de agua, sacada de las prácticas y dada con mucha humanidad a la parte inferior, siendo así que la parte superior no se beneficia... ¡Ay del hombre que no se limpia con el agua del Cielo que limpia las impurezas, que sofoca los ardores de las pasiones, que verdaderamente nutre el *yo* todo". He dicho».

«Bien has dicho. Yo diría también que, a diferencia de la planta, criatura carente de libre albedrío y clavada en la tierra —no libre, por tanto, de ir en busca de lo que la beneficia ni de evitar lo que la perjudica— el hombre puede ir a buscar el agua del Cielo y evitar el polvo, el humo y el ardor de la carne y del mundo y del demonio. Sería una enseñanza más completa».

«Gracias, Maestro. Lo recordaré» responde el Zelote.

445.11 [11]«No somos unos solitarios... Vivimos en el mundo... Por tanto...» dice Judas de Keriot.

«¿Por tanto, qué? ¿Quieres decir que Simón ha hablado como un necio?» le pregunta Judas de Alfeo.

«No digo eso. Digo que, no pudiéndonos aislar..., tenemos que estar, por fuerza, cubiertos de lo que hay en el mundo».

«El Maestro y Simón dicen precisamente que se debe buscar el agua del Cielo para conservarse uno limpio, a pesar del mundo que nos rodea» dice Santiago de Alfeo.

«¡Ya, claro! Pero ¿está siempre preparada el agua del Cielo para limpiarnos?».

«Sí» dice seguro Juan.

«¿Sí? ¿Y dónde la encuentras?».

«En el amor».

«El amor es fuego. Te quema más».

«Es fuego, sí. Pero también es agua que lava. Porque se lleva todo lo que es de la Tierra y da todo lo que es del Cielo».

«...No entiendo esas operaciones. Quita, pone...».

«Sí. No estoy loco. Digo que te quita lo que es humanidad y te da lo que de Dios viene y por tanto es divino. Y una cosa divina no puede sino nutrir y santificar. Día tras día, el amor te purifica de lo que el mundo te ha dado».

[12]Judas está para rebatir, pero el pequeñuelo que está sobre las 445.12
piernas de Jesús dice: «Otra parábola, bonita, bonita... para mí...» y esto hace desviar la controversia.

«¿Sobre qué, niño?» pregunta, condescendiente, Jesús.

El niñito mira a su alrededor y halla. Dirige un dedito hacia su madre y dice: «Sobre mamá».

«Una mamá es para el alma y para el cuerpo lo que para estos mismos es Dios. ¿Qué te hace tu mamá? Vela por ti, te cuida, te enseña, te quiere, está atenta a que no te hagas daño, te tiene, como hace la paloma con sus crías, debajo de las alas de su amor. Y se ha de obedecer y querer a la propia mamá, porque todo lo que hace lo hace por nuestro bien. También el buen Dios, y mucho más perfectamente que la más perfecta de las mamás, tiene a sus hijos bajo las alas de su amor, los protege, los instruye, los ayuda, piensa en ellos de día y de noche. Pero también al buen Dios, como y mucho más que a la propia mamá —porque la mamá es el más grande amor de la Tierra, pero Dios es el más grande y eterno amor de la Tierra y del Cielo— ha de obedecérsele y amarle, porque todo lo que hace lo hace por nuestro bien...».

«¿También los rayos?» interrumpe el pequeño, que tiene mucho miedo de ellos.

«También».

«¿Por qué?».

«Porque limpian el cielo, el aire y...».

«¡Y después viene el arco iris!...» exclama Pedro, que, medio fuera y medio dentro, ha escuchado y ha callado. Y añade: «Ven, tortoli-

to que te lo muestro. ¡Mira qué bonito!...».

Y, efectivamente, la luz se aclara porque la tempestad ha pasado, y un amplio arco iris, que empieza en las orillas de Ippo, proyecta su cinta en forma de arco sobre el lago, para desvanecerse tras los montes a espaldas de Magdala.

Van todos a la puerta, pero para ver el lago tienen que descalzarse, porque el patio es un pequeño estanque de agua amarillenta que lentamente mengua. De la tempestad, queda como recuerdo el color amarillento del lago y todavía una agitación de sus aguas que tiende a calmarse. Pero el cielo está sereno y el aire descargado, y las frondas han tomado de nuevo color.

445.13 [13]Tiberíades recobra vida... Pronto se ve venir a Juana —viene con Jonatán— por el camino aún lleno de agua y barro. Alza su rostro para saludar al Maestro, que está en la terraza, y sube rauda para postrarse, feliz... Los apóstoles hablan entre sí; sólo Judas, a mitad de distancia entre Jesús y Juana por un lado y los apóstoles por el otro, se abstrae como pensativo. Apostaría por que está todo atento a escuchar las palabras de Juana, cuyo pensamiento respecto a Judas no se ha hecho descifrable, porque ha saludado a todos los apóstoles con un único: «La paz a vosotros». Pero Juana habla únicamente de los niños y del permiso que Cusa le ha dado para ir con la barca a Cafarnaúm mientras está el Maestro en la ciudad. Y la sospecha de Judas se calma. Se reúne entonces con los otros compañeros...

Embarradas en los bajos de los vestidos, pero secas en el resto del cuerpo, vese venir a María Stma. y a María de Alfeo, junto con los cinco que han ido a recogerlas. La sonrisa de María, mientras sube por la corta escalera, es más hermosa que el arco iris persistente aún en el cielo.

«¡Tu Madre, Maestro!» avisa Tomás.

Jesús va a su encuentro, y todos los demás con Él. Y se felicitan de que las mujeres no presenten signos de dificultades aparte de un poco de barro en el borde de los vestidos.

«Nos hemos parado en casa de un hortelano cuando han empezado las primeras gotas» explica Mateo. Y pregunta: «¿Hace mucho que nos esperáis?».

«No. Hemos llegado al amanecer».

«Hemos tardado por causa de un necesitado...» dice Andrés.

445.14 [14]«Bien. Ahora que estáis todos y que el tiempo se pone bueno, propondría salir al atardecer para Cafarnaúm» dice Pedro.

María, siempre condescendiente, esta vez dice: «No, Simón. No podemos partir si antes... Hijo mío, una madre me suplicó que Tú, que eres el único que puede hacerlo, conviertieras el alma de su úni-

co hijo varón. Yo te lo ruego, escúchame, porque le prometí... Perdónale... Tu perdón...».

«Ya está concedido, María. Ya he hablado yo con el Maestro...» interrumpe Judas Iscariote, creyendo que María habla de él.

«No hablo de ti, Judas de Simón. Hablo de Ester de Leví, nazarena, madre que ha muerto a causa de los comportamientos de su hijo. Jesús, ella murió en la noche que te marchaste. Sus invocaciones dirigidas a ti no eran por ella, pobre madre mártir de un hijo infame, sino por su hijo... porque nosotras las madres es de vosotros, los hijos, y no de nosotras, de quienes nos preocupamos... Ella quiere ver salvo a su Samuel... Pero ahora, ahora que ha muerto, Samuel, víctima del remordimiento, parece enloquecido, y no escucha ningún tipo de razones... Pero Tú puedes, Hijo, sanarle la mente y el espíritu...».

«¿Está arrepentido?».

«¿Cómo quieres que lo esté, si está desesperado?».

«Efectivamente, matar a la propia madre dándole un dolor continuo debe hacerle a uno un desesperado. No se viola impunemente el primero de los mandamientos de amor hacia el prójimo. Madre, ¿cómo quieres que Yo perdone y Dios dé paz al matricida impenitente?».

«Hijo mío, esa madre te pide paz desde la otra vida... Era buena... ha sufrido mucho...».

«La paz será suya...».

«No, Jesús. No puede tener paz un espíritu de madre, si ve a su hijo privado de Dios...».

«Justo es que esté privado».

«Sí, Hijo. Sí. Pero por la pobre Ester... La última palabra fue oración por su hijo... Y me dijo que te lo dijera. Jesús, Ester durante su vida no tuvo nunca una alegría, Tú lo sabes. Dale ésta, ahora que ha muerto; dásela a su espíritu, que sufre por su hijo».

«Madre, he tratado de convertir a Samuel en mis permanencias en Nazaret. Pero mis palabras han sido inútiles, porque en él estaba apagado el amor...».

«Lo sé. Pero Ester ofreció su perdón, sus sufrimientos, porque renaciera el amor en Samuel. Y, ¿quién sabe?, ¿este tormento suyo actual no podría ser amor que está resucitando? Un amor doloroso, y, alguno podría decir, un amor inútil, porque la madre ya no puede gozarlo. Pero Tú, pero yo, sabemos, yo por fe, Tú por conocimiento, que la caridad de los difuntos está atenta y cercana. Ni ignoran lo que sucede en los amados que han dejado aquí ni se desinteresan de ello... Y Ester puede aún gozar de este tardío amor por ella de su hijo ingrato, ahora perturbado por el remordimiento. ¡Oh, mi Jesús, ya sé que este hombre te causa horror por la enormidad de su culpa!

¡Un hijo que odia a su madre! Un monstruo para ti que eres todo amor hacia la tuya. Pero, precisamente porque eres todo amor hacia mí, escúchame. Volvamos juntos a Nazaret, en seguida. No siento el peso del camino, nada me pesa si sirve para salvar un alma...».

445.15 «Bien. Has vencido, Madre... [15]Judas de Simón, toma contigo a José y parte para Nazaret. Me llevarás a Samuel a Cafarnaúm».

«¿Yo? ¿Por qué yo?».

«Porque tú no estás cansado. Los otros sí. Durante mucho tiempo han andado, mientras tú descansabas...».

«También he andado yo. He estado en Nazaret, buscándote. Tu Madre lo puede decir».

«Tus compañeros han estado en Nazaret todos los sábados y ahora regresan de un largo recorrido. Ve y no discutas...».

«Es que... en Nazaret no me estiman... ¿Por qué me mandas precisamente a mí?».

«Tampoco me estiman a mí, y no obstante voy a Nazaret. No es necesario que le estimen a uno en un lugar para ir a él. Ve y no discutas, te repito».

«Maestro... yo tengo miedo de los dementes...».

«Ese hombre está perturbado por el remordimiento, pero no está loco».

«Tu Madre lo ha dicho...».

«Y Yo te digo por tercera vez: ve y no discutas. Meditar sobre las consecuencias que puede acarrear el hacer sufrir a una madre sólo podrá hacerte un bien...».

«¿Me estás comparando con Samuel? Mi madre es reina en su casa. Ni siquiera estoy con ella controlándola, ni siéndole gravoso con mi mantenimiento...».

«A las madres no les son gravosas estas cosas: Pero la falta de amor de los hijos, el que sean imperfectos a los ojos de Dios y de los hombres es una roca que las aplasta. Ve, te digo».

«Voy. ¿Y qué le voy a decir a ese hombre?».

«Que venga a verme a Cafarnaúm».

«Si no ha obedecido nunca ni siquiera a su madre, ¿cómo quieres que me obedezca a mí ahora, estando además tan desesperado?».

«¿Y no has comprendido todavía que si te envío es señal de que ya he actuado en el espíritu de Samuel, sacándole del delirio del remordimiento desesperado?».

«Voy. Adiós, Maestro. Adiós, Madre. Adiós, amigos». Y se marcha, sin ningún entusiasmo, seguido por José, que por el contrario está todo contento de ser elegido para esa misión.

445.16 [16]Pedro, entre dientes, canturrea algunas palabras...

Jesús le pregunta: «¿Qué dices, Simón de Jonás».

«Cantaba una vieja canción del lago...».

«¿Y cuál es?».

«Es: "¡Siempre así! ¡Le gusta la pesca al agricultor, no le gusta pescar al pescador!". Y en verdad aquí se ha visto que ha tenido más ganas de pescar el discípulo que el apóstol...».

Muchos se echan a reír. Jesús no se ríe, suspira.

«¿Te he apenado, Maestro?» pregunta Pedro.

«No. Pero no critiques siempre».

«Es por Judas por quien está apenado mi hermano» dice Judas de Alfeo.

«Guarda silencio también tú; sobre todo, en lo hondo de tu corazón».

«Pero ¿verdaderamente se ha efectuado ya en Samuel el milagro?» pregunta, curioso y un poco incrédulo, Tomás.

«Sí».

«Entonces es inútil que vaya a Cafarnaúm».

«Es necesario. No he curado del todo su corazón. Samuel tiene que buscar por sí mismo la curación, o sea, el perdón con un arrepentimiento santo. Pero he hecho que de nuevo sea capaz de razonar. Ahora le toca a él obtener el resto con su libre voluntad. Vamos a bajar. Vamos a estar con los humildes...».

«¿No a mi casa, Maestro?».

«No, Juana. Tú podrás venir a verme cuando quieras. Ellos están atados por sus trabajos, así que voy yo a ellos...».

Y Jesús baja de la terraza y sale a la calle seguido por los demás, también por Juana, que está bien decidida a no separarse de Jesús, dado que Jesús no está dispuesto a ir a su casa.

Van por entre las casitas pobres, en dirección a lugares cada vez más pobres y periféricos... Y la visión termina así.

446. Llegada a Cafarnaúm en medio de un cálido recibimiento.

4 de junio de 1946.

[1]No sé si espontáneamente o si es porque alguien la ha avisado, lo 446.1
cierto es que Porfiria está ya en la pequeña playa de Cafarnaúm cuando llegan las barcas, que son tres en vez de dos, lo cual me hace pensar que alguno se ha adelantado a Cafarnaúm para avisar de que el Maestro llega y para tomar una barca para las mujeres y Margziam. Y con Porfiria están las hijas de Felipe, y Miriam de Jai-

ro, además de la madre de Santiago y Juan.

Pero observo con claridad que Porfiria, sin hacer caso de las pequeñas olas del lago —todavía un poco agitado— que recorren el guijarral con su fluir riente y descocado, entra en el agua hasta la mitad de la pierna y se asoma hacia dentro de la barca, a la altura de Margziam, y le besa; le dice: «¡Te querré también por él, por todos te querré, hijo amado!» y lo dice muy conmovida; y en cuanto se detiene la barca y bajan los que estaban en ella, Porfiria abraza a Margziam, no cediendo a nadie la tarea de hacer sentir al jovencito que es *muy* amado.

Va así a reunirse con el grupo de la otra barca, para venerar al Maestro, y poder hacerlo antes de que los de Cafarnaúm y los muchos discípulos que esperan desde hace bastante la llegada de Jesús se apoderen del Maestro, substrayendo a las discípulas la alegría de tenerle para ellas. Las mujeres están apiñadas en torno al Maestro, y sólo los niños de Cafarnaúm pueden romper este círculo de las discípulas, introduciendo sus cuerpecitos con su propia fuerza entre una y otra mujer para poder llegar a Jesús, que va lentamente hacia la casa.

446.2 [2]Dado que es una hora temprana, hay poca gente por los caminos, la mayor parte mujeres que van al manantial o al mercado rodeadas de la nidada de hijitos; o algún pescador que vuelve, a dejar remos y redes en las barcas para prepararlas para la pesca de la noche. Pero no se ve a ninguna persona importante del lugar, aparte de Jairo, que acude lleno de deferencia a venerar a Jesús y a congratularse, pues ha oído que tiene intención de quedarse algunas semanas, yendo de noche a las ciudades del lago para hablar en ellas por la mañana y volver luego a descansar durante el día a Cafarnaúm. Y es Jairo, por el respeto que infunde a sus paisanos, el que logra primero ponerse al lado de Jesús. Y lo consigue porque aparta a su hija con autoridad de padre. Después de él logran juntarse a Jesús los discípulos más influyentes, aquellos a quienes, por un instintivo impulso de justicia, los otros ceden el primer puesto después de los apóstoles, o sea: el anciano sacerdote Juan (el ex leproso), Esteban, Hermas, Timoneo, Juan el hijo de Noemí, Nicolái y los discípulos ex pastores (todos presentes excepto los dos que han ido hacia el Líbano).

Jesús se interesa por los otros, por los ausentes, y pregunta por ellos a sus compañeros. ¿Son todavía fervorosos? ¡Oh, mucho! ¿Descansan en sus casas? No. Trabajan en hacer nuevos discípulos en sus ciudades y en los pueblos cercanos. ¿Y Hermasteo? Hermasteo ha ido por el litoral, bajando hacia su ciudad; va con José, el de Emaús, y quieren hablar del Salvador por toda la costa, y a ellos se han unido

los dos amigos Samuel y Abel (para mostrar lo que puede el Señor, pues ellos estaban uno cojo y el otro leproso).

Preguntas y respuestas. Y no basta el camino para agotarlas, como tampoco la casa de Tomás de Cafarnaúm para acoger a tanta gente, que ya se apretuja en torno al Maestro, que ha regresado después de tanta ausencia. Y Jesús decide ir a los campos para estar en medio de todos sin hacer preferencias.

447. En Cafarnaúm unas palabras de Jesús sobre la misericordia y el perdón no encuentran eco.

22 de junio de 1946.

[1]Es sábado. Eso creo yo, porque veo a la gente reunida en la sinagoga. Pero también podría ser que se hubieran reunido allí huyendo del sol, o para estar más seguros en la casa de Jairo. La gente se apiña, y está atenta a pesar del calor que no logran atenuar ni siquiera las puertas y ventanas, abiertas para crear corrientes de aire. Los que no han podido entrar en la sinagoga se han refugiado, para que no los cueza el sol en la calle, en el umbrío jardín que hay detrás de la sinagoga, el jardín de Jairo, de tupidas enramadas y de frondosos árboles frutales. 447.1

Jesús está hablando junto a la puerta que da al jardín, para que le oiga tanto este auditorio como el de la sinagoga. Jairo está a su lado, atento; los apóstoles, en grupo, cerca de la puerta que da al jardín; las discípulas, con María en el centro, están sentadas bajo una enramada que casi toca la casa; Miriam de Jairo y las dos hijas de Felipe están sentadas a los pies de María.

Por las palabras que llegan a mis oídos —porque Jesús exhorta a la paz y al perdón, diciendo que en corazones turbados no puede penetrar con fruto la palabra de Dios—, intuyo que ha habido algún incidente entre los fariseos de marras y Jesús, y que la gente está inquieta por este motivo.

«No podemos tolerar que se te insulte» grita alguno de entre la multitud.

«Dejad al Padre mío y vuestro que resuelva. Vosotros imitadme a mí. Tolerad, perdonad. No se persuade a los enemigos respondiendo al insulto con el insulto».

«Pero tampoco con la mansedumbre continua. Te dejas pisotear» grita Judas Iscariote.

«Tú, apóstol mío, no sirvas de escándalo dando un ejemplo de ira y crítica».

«De todas formas, tu apóstol tiene razón. Sus palabras son justas».

«No es justo el corazón que las formula ni el que las escucha. Quien quiere ser discípulo mío debe imitarme. Yo tolero y perdono. Soy manso, humilde y pacífico. Los hijos de la ira no pueden estar conmigo, porque son hijos del siglo y de sus propias pasiones.

¿No recordáis el libro cuarto de los Reyes? En un punto se dice * que Isaías habló contra Senaquerib, que creía que podía atreverse a todo, y le profetizó que nada le salvaría del castigo de Dios. Le compara a un animal al que se pone un anillo en las narices y un freno en los labios para domar su inicuo furor. Y ya sabéis que Senaquerib murió de manos de sus propios hijos. Porque, en verdad, el cruel perece por su propia crueldad; perece en la carne y en el espíritu. Yo no * amo a los crueles, no amo a los soberbios, no amo a los iracundos, a los ambiciosos, a los lujuriosos. No os he dado ni palabra ni ejemplo de estas cosas; antes bien, siempre os he enseñado las virtudes opuestas a estas malas pasiones.

447.2 [2]¡Qué bonita es la oración de David, rey nuestro, cuando, santificado de nuevo por el sincero arrepentimiento de las culpas pasadas y por años de sabia conducta, alabó al Señor, manso y resignado ante el decreto de no poder ser él el que erigiera el nuevo Templo! Vamos a decirla juntos dando gloria al Señor Altísimo...».

Y Jesús entona —mientras los que están sentados se levantan y los que están apoyados en las paredes dejan el apoyo para tomar una postura de respeto— la oración de David. Luego Jesús sigue, con su * tono habitual:

«Hay que recordar siempre que todas las cosas están en las manos de Dios, todas las empresas, todas las victorias. Magnificencia, potencia, gloria y victoria son del Señor. Él concede una u otra cosa al hombre, si juzga que es la hora de concederla para un bien cierto. Pero el hombre no puede reivindicarla. Dios no le concede a David — ya perdonado pero aún necesitado de victoria sobre sí mismo después de los pasados errores — no le concede erigir el Templo: "Has derramado mucha sangre y has hecho demasiadas guerras; no podrás, por

---

* *En un punto se dice*, es decir, en *2 R 19, 20-37*, como anota MV en una copia mecanografiada.

* *Yo no amo* debe interpretarse no con referencia a las personas de los pecadores, sino, como se lee en los renglones siguientes, a *estas cosas* y más exactamente a las *malas pasiones*. En este mismo sentido deberían interpretarse ciertas expresiones presentes en la Biblia sobre el *odio de Dios* hacia los pecadores (como en *Sabiduría 14, 9*; *Eclesiástico 12, 6*; *Malaquía 1, 3*), y presentes en la Obra valtortiana (como en 523.9).

* *la oración de David* está en *1 Crónicas 29, 10-19*, y la cita de unos renglones adelante está en *1 Crónicas 22, 8-10*. MV reseñó ambas referencias: la primera, entre paréntesis, en el texto autógrafo; la segunda, en una copia mecanografiada.

tanto, erigir una casa a mi Nombre, habiendo derramado tanta sangre delante de mí. Te nacerá un hijo que será hombre de paz... por eso será llamado el Pacífico... Él edificará la casa a mi Nombre". Esto dice el Altísimo a su siervo David. Esto os digo Yo. ¿Queréis, por ser iracundos, no merecer erigir en vuestros corazones la casa al Señor Dios vuestro? Lejos, pues, de vosotros todo sentimiento que no sea de amor. Tened un corazón perfecto, como el que invocaba David para su hijo, constructor del Templo, para que, custodiando mis mandamientos y realizando todas las cosas según lo que os he enseñado, lleguéis a edificar en vosotros la morada de vuestro Dios, en espera de ir vosotros a la suya, eterna y jubilosa. [3]Pásame un rollo, Jairo. Voy a explicarles lo que Dios quiera». 447.3

Jairo va adonde están apilados los rollos y toma al azar uno que está en el centro del montón, y, quitándole previamente el polvo, se lo entrega a Jesús, que lo desenrolla y lee: «Jeremías, capítulo 5. "Caminad por las calles de Jerusalén, mirad, observad, buscad por sus plazas a ver si encontráis un hombre que practique la justicia y quiera ser fiel, y Yo tendré misericordia de ella"». (Me dice el Señor: «No continúes. Digo todo el capítulo».)

Jesús, después de leer todo el capítulo, devuelve el volumen a Jairo y se pone a hablar.

«Hijos míos. Habéis oído qué tremendos castigos están reservados a Jerusalén, al Israel que no es justo. Mas no os alegréis de ello. Es nuestra Patria. No os alegréis pensando: "Quizás ya no estaremos". En todo caso está llena de hermanos vuestros. No digáis: "Le está bien empleado, porque es cruel con el Señor" Las desventuras de la Patria, los dolores de los convecinos deben afligir siempre a los justos. No midáis como miden los demás, sino como Dios mide, o sea, con misericordia.

¿Qué debéis hacer, entonces, para con esta Patria, para con estos compatriotas, bien sea que por Patria y compatriotas se entiendan la gran Patria y sus habitantes, toda la Palestina, bien sea que se entienda esta pequeña que es Cafarnaúm, ciudad vuestra, bien sea que se entiendan todos los hebreos o estos pocos, enemigos míos, en esta pequeña ciudad de Galilea? Debéis hacer obras de amor. Hacer lo posible por salvar Patria y compatriotas. ¿Cómo? ¿Quizás con la violencia? ¿Con el desprecio? No. Con el amor, con el paciente amor para convertirlos a Dios.

Habéis oído: "Si encuentro un hombre que practique la justicia, usaré con aquélla misericordia". Trabajad, pues, para que los corazones se acerquen a la justicia y se hagan justos. Verdaderamente, en su injusticia, dicen de mí: "No es Él", y por eso creen que por perse-

guirme no les vendrá ningún mal. Verdaderamente dicen: "Estas cosas no sucederán nunca. Los profetas han hablado al azar". Y tratarán de llevaros también a vosotros a que digáis lo mismo que ellos.

Los que estáis aquí presentes sois fieles. Pero ¿dónde está Cafarnaúm? ¿Es ésta toda Cafarnaúm? ¿Dónde están los que otras veces veía agolparse alrededor de mí? ¿Entonces la levadura, fermentada la última vez que estuve aquí, ha obrado la destrucción en muchos corazones? ¿Dónde está Alfeo? ¿Dónde, José con sus tres hijos? ¿Dónde, Ageo de Malaquías? ¿Dónde, José y Noemí? ¿Dónde, Leví, Abel, Saúl y Zacarías? ¿Olvidado a causa de palabras engañosas el claro beneficio recibido? ¿Pero pueden las palabras destruir los hechos?

¡Ya veis! Es sólo un pequeño lugar. En este lugar, donde los agraciados son los más numerosos, el odio ha podido devastar la fe en mí. Sólo veo reunidos aquí a los perfectos en la fe. ¿Podéis pretender que una serie de hechos lejanos y lejanas palabras puedan mantener a todo Israel fiel a Dios? Así debería ser, porque la fe debe ser fe aún sin el soporte de los hechos. Pero no es así. Y cuanto más grande es la ciencia, más baja es la fe, porque los doctos se creen dispensados de la fe simple y franca, que cree por la fuerza del amor y no por el auxilio de la ciencia.

Lo que hay que trasmitir y encender es el amor. Y, para hacer esto, es necesario arder. Estar convencidos, heroicamente convencidos para convencer. En vez de los desaires, como respuesta a los insultos, humildad y amor. E ir con humildad y amor, recordando las palabras del Señor a quien ya no las recuerda: "Temamos al Señor, que nos da la lluvia de la primera y la última estación"».

«¡No nos comprenderían! Es más, nos ofenderían, diciendo que somos unos sacrílegos por enseñar sin tener derecho a hacerlo. ¡No ignoras quiénes son los escribas y los fariseos!...».

«No, no lo ignoro. Aunque lo hubiera ignorado, ahora lo sabría. Pero no importa lo que ellos sean; importa *lo que nosotros somos*. Si ellos y los sacerdotes aplauden a los falsos profetas que profetizan lo que les proporciona una ganancia, olvidando que sólo ha de aplaudirse a las obras buenas que el Decálogo ordena, no por ello mis fieles deben imitarlos, y tampoco deben intranquilizarse y ponerse a
447.4 mirar como gente vencida. [4]Vosotros debéis trabajar tanto cuanto el Mal trabaja...».

«Nosotros no somos el Mal» grita desde el límite con la calle la voz cascada de Elí el fariseo, que trata de entrar mientras va gritando: «¡Nosotros no somos el Mal, alborotador!».

«¡Tú sí que alborotas! ¡Fuera!» dice en seguida el centurión, que debía estar atento allí, junto a la sinagoga, a juzgar por lo rápido de

su intervención.

«¿Tú?, ¿tú, pagano, te atreves a imponerme?...».

«Yo, romano, sí. ¡Fuera! El Rabí no te molesta a ti. Tú sí le molestas a Él. No puedes hacerlo».

«Nosotros somos los rabíes, no el carpintero galileo» grita el viejo, más parecido a una hortelana que a un maestro.

«Uno más, uno menos... Los tenéis a cientos, y todos de mala doctrina. El único virtuoso es Éste. Te ordeno que salgas».

«¡¿Virtuoso, eh?! ¡¿Virtuoso uno que trafica con Roma la propia incolumidad?! ¡Sacrílego! ¡Impuro!».

El centurión lanza un grito, y el paso pesado de algunos soldados se mezcla con los estridentes insultos de Elí. «¡Prended a ese hombre y arrojadle afuera!» ordena el centurión.

«¿Yo? ¿Paganos me ponen la mano encima? ¡Pies paganos en una sinagoga nuestra! ¡Anatema! ¡Auxilio! ¡Me están profanando! ¡Me...!».

«Soldados, os ruego que le dejéis marcharse. No entréis. Respetad este lugar y la canicie de este hombre» dice Jesús desde donde está.

«Como quieras, Rabí».

«¡Ja! ¡ja! ¡Embrollón! Pero lo sabrá el Sanedrín. ¡Tengo la prueba! ¡Tengo la prueba! Ahora creo en las palabras que nos han sido referidas. Tengo la prueba. ¡Y sobre ti pesa el anatema!».

«Y la espada va a pesar sobre ti, si dices una palabra más. Roma defiende el derecho. No embrolla, vieja hiena, a nadie. El Sanedrín sabrá tus mentiras y el Procónsul mi informe. Voy a redactarlo. Ve a casa y estáte en ella a disposición de Roma» y el centurión, hecha antes una media vuelta perfecta, se marcha, seguido de los cuatro soldados, dejando plantado al palidecido y tembloroso, vilmente tembloroso Elí...

[5]Jesús reanuda su discurso, como si nada le hubiera interrumpido: «Debéis trabajar tanto cuanto el Mal trabaja, para edificar en vosotros y en torno a vosotros la casa del Señor, como os decía al principio. Hacer, con una gran santidad, que Dios pueda seguir descendiendo a los corazones y a nuestra amada Patria natal, que tan castigada está ya y que no sabe qué nimbo de desventura se está hinchando para ella en el septentrión, en la nación fuerte que ya nos domina y que nos dominará cada vez más, porque las acciones de los ciudadanos son tales, que suscitan la repugnancia del Bonísimo e instigan al fuerte. Y, enojados Dios y el dominador, ¿cómo pretendéis gozar de paz y bien? Sed, sed buenos, hijos de Dios. Haced que en Israel no uno sino una multitud sean buenos, para alejar los tremendos castigos del Cielo. Os he dicho al principio que, donde no hay paz, la palabra de Dios no puede, pacíficamente escuchada, dar fru- 447.5

tos en los corazones. Y ya veis que esta reunión no ha sido tranquila y no será fructífera. Demasiada agitación en los corazones... Podéis marcharos. Tendremos todavía unas horas para estar juntos. Y orad, como Yo oro, para que quien nos turba se convierta... Vamos, Madre» y, abriéndose paso entre la multitud, sale a la calle.

447.6 [6]Elí está todavía allí, y, térreo como un muerto, se arroja a los pies de Jesús. «¡Piedad! Me salvaste una vez al nieto. Sálvame a mí, para tener tiempo de convertirme. ¡He pecado! Lo confieso. Pero Tú eres bueno... Roma... ¡Oh, qué me va a hacer Roma?».

«Te va a desempolvar bien el polvo del verano con unos buenos zurriagazos» grita uno, y la gente se ríe mientras Elí emite un grito de agudo dolor, como si ya sintiera los azotes, y gime: «Soy viejo... Enfermo de dolores... ¡Ay de mí!».

«¡La cura hará que se te pasen, viejo chacal!».

«Te vas a rejuvenecer y vas a bailar...».

«¡Silencio!» dice Jesús en tono impositivo a los protagonistas de esta burla. Y al fariseo: «Levántate, ten decoro. Tú sabes que no desciendo a complots con Roma. ¿Qué quieres, pues, que te haga?».

«Es verdad. Sí. Es verdad. Tú no conspiras. Es más, desprecias a los romanos, los odias, los mal...».

«Nada de eso. No mientas ensalzándome como antes acusándome. Y ten presente que no sería alabanza el decir de mí que odio a éste o a aquél, o maldigo a éste o a aquél: Yo soy el Salvador de todos los espíritus, y ante mis ojos no hay razas ni rostros, sino espíritus».

«¡Es verdad! ¡Es verdad! Pero Tú eres justo y Roma lo sabe, y te defiende por ello. Mantienes tranquilas a las turbas, enseñas el respeto a las leyes y...».

«¿Es acaso un pecado ante tus ojos?».

«¡No! ¡No! ¡Es justicia! Sabes hacer lo que todos deberíamos hacer, porque eres justo, porque...».

La gente hace risitas y cuchichea. No pocos epítetos se oyen, aunque se digan en voz baja: «¡Embustero! ¡Bellaco! ¡Esta misma mañana hablaba de otra manera!» etc.

«Bien, ¿y qué tengo que hacer Yo?».

«¡Ir allí, donde el centurión! ¡Rápido! Antes de que se marche la estafeta. ¿Ves? ¡Ya están preparando los caballos! ¡Piedad!».

447.7 [7]Jesús le mira: pequeño, tembloroso, lívido de miedo, miserable... Le mira atentamente, y con compasión. Sólo cuatro pupilas le miran con compasión: las del Hijo y las de la Madre. Todas las demás son o irónicas o severas o inquietas... Incluso Juan, incluso Andrés tienen mirada dura de severidad desdeñosa.

«Tengo piedad. Pero Yo donde el centurión no voy...».

«Está en buena amistad contigo...».

«Que no».

* «Quería decir que te está agradecido por... por motivo del siervo que le curaste».

«También a ti te curé al nieto, y no me estás agradecido, a pesar de ser israelita como Yo. La merced no crea obligación».

«Sí que la crea. ¡Ay de aquel que no sea agradecido para con...!». Elí comprende que se está condenando a sí mismo y, trabándose, se calla. La gente se burla.

«¡Pronto, Rabí! ¡Gran Rabí! ¡Santo Rabí! ¿No ves que está dando órdenes? ¡Ya se van a marchar! ¿Deseas verme escarnecido?, ¿muerto?».

«No. Yo no voy a recordar una merced. Ve tú y dile: "El Maestro te dice que seas compasivo". ¡Ve!».

Elías se echa a trotar, mientras Jesús se dirige hacia su casa, en sentido opuesto.

El centurión debe haber aceptado, porque se ve que desmontan los soldados que ya estaban a caballo, y que le devuelven al centurión una tablilla encerada y se llevan los caballos.

[8]«¡Qué pena! ¡Venía de maravilla!» exclama Pedro, y Mateo le responde: «Sí. El Maestro debía haber dejado que le castigaran. Tantos golpes como insultos nos propina. ¡Viejo odioso!». 447.8

«¡Y así otra vez dispuesto a empezar!» exclama Tomás.

Jesús se vuelve severo: «¿Tengo seguidores o demonios? ¡Marchaos, vosotros que tenéis un corazón sin misericordia! Me resulta penosa vuestra presencia».

Los tres se quedan donde están, petrificados por el reproche.

«¡Hijo mío! ¡Ya tienes mucho dolor! ¡Y yo tengo ya mucha pena! No añadas ésta... ¡Míralos!...» implora María.

Y Jesús se vuelve a mirar a los tres... Tres rostros desolados, con toda la esperanza y el dolor en los ojos.

«¡Venid!» ordena Jesús.

¡Oh, las golondrinas son menos rápidas!

«Que sea la última vez que os oigo decir palabras como ésas. Tú, Mateo, no tienes derecho a decirlas; tú, Tomás, no has muerto todavía para juzgar quién es perfecto creyéndote salvado; y tú, Simón de Jonás, lo que has hecho es como subir fatigosamente a una cima una piedra voluminosa y dejarla rodar hacia abajo. Entiéndeme rectamente lo que quiero decir... Y ahora escuchad. Aquí, en la sinagoga y en la ciudad es inútil hablar. Voy a hablar desde las barcas, en el

* *por motivo del siervo que le curaste*, capítulo 177. *También a ti te curé al nieto*, capítulo 161.

lago, ahora en un lugar, luego en otro. Prepararéis las barcas, las que hagan falta, e iremos o en las tardes serenas o en las auroras frescas...».

448. Encuentro de barcas en el lago y parábola sugerida por Simón Pedro.

24 de junio de 1946.

448.1 [1]«¿A dónde, Maestro?» pregunta Pedro, que ha ultimado las maniobras y los preparativos de la navegación y está, con su barca, a la cabeza de la pequeña flotilla que, cargada de gente, está dispuesta a seguir al Maestro.

«A Magdala. Se lo prometí a María de Lázaro».

«Bien» responde Pedro, y mueve el timón en el modo adecuado para tomar la dirección requerida, dando bordadas.

Juana —que está en la barca con el Maestro, María Stma., María Cleofás, Margziam, Mateo, Santiago de Alfeo y uno que no conozco—, señalando a las muchas barcas que hay en el lago en el sosegado atardecer estival que aplaca los fuegos del ocaso transformándolos en cascadas de velos violáceos, casi como si del cielo llovieran cascadas de amatistas o de racimos de glicina en flor, dice: «Quizás entre aquéllas están también las barcas de las romanas. Fingir una pesca en estos atardeceres serenos es uno de sus entretenimientos preferidos».

«Pero estarán más hacia el Sur» observa el hombre que no conozco.

«¡No, hombre, Benjamín! Tienen barcas rápidas y expertos barqueros. Suben hasta aquí».

«Para lo que tienen que hacer...» refunfuña Pedro, y prosigue, hablando entre dientes, con la intransigencia del pescador que ve la navegación y la pesca como una profesión, no como un entretenimiento, casi como una religión, enteramente reglada por leyes severas y útiles, y que este hecho de usarla torpemente le parece una profanación: «Con sus inciensos, flores, perfumes y otras cosas demoníacas corrompen las aguas; con sus sonidos, gritos y lenguajes molestan a los peces; con sus lámparas humeantes los espantan; con sus malditas redes, que echan sin miramientos, dañan los fondos y a las crías... Debería estar prohibido. El Mar de Galilea es de los galileos, y que además sean pescadores, no de las prostitutas y de sus compinches... ¡Si fuera yo el amo! Veríais vosotras, fétidas barcas paganas, sentinas flotantes de vicio, alcobas navegantes para traer también a estas aguas de Dios, de nuestro Dios para *sus* hijos, a los vuestros...

¡Oh! ¡Pero mirad! ¡Si se dirigen hacia aquí, precisamente hacia nosotros! ¡Pero habráse visto!... ¡Pero se puede consentir?... ¡Pero...!».

[2]Jesús interrumpe este discurso acusatorio, en que Pedro da rienda suelta a todo su espíritu de israelita y de pescador, poniéndose rojo, sofocado por la indignación, jadeante como si luchara contra fuerzas infernales, y dice, con una tranquila sonrisa: «Pero es mejor que no seas tú el amo. ¡Por fortuna no lo eres! Por ellos y por ti. Porque a ellos les impedirías seguir un buen impulso, y, por tanto, un impulso imprimido en su espíritu —pagano, estoy de acuerdo, pero por naturaleza bueno— imprimido en su espíritu por la Misericordia eterna que mira a estas criaturas —que no tienen culpa de haber nacido en la nación romana en vez de en la hebrea— con mirada piadosa, precisamente porque las ve tender a lo bueno. Y te perjudicarías a ti mismo, porque cometerías un acto contra la caridad y otro contra la humildad...». 448.2

«¿Humildad? No veo... Siendo el amo del lago, me sería lícito disponer de él según mi gusto».

«No. Simón de Jonás. No. Te equivocas. Hasta las cosas que nos pertenecen nos pertenecen porque Dios nos las concede. Por tanto, aunque durante un tiempo limitado se posean, hay que pensar siempre que Uno sólo es el que posee todo y sin limitación alguna en el tiempo ni en la medida. Uno sólo es el Amo. Los hombres... ¡Oh, los hombres son sólo los administradores de pequeñas parcelas de la gran Creación. Pero el Amo es Él, el Padre mío y tuyo y de todos los vivientes. Además, Él es Dios, y, por tanto, son perfectísimos todos sus pensamientos y acciones. Ahora bien, si Dios mira benigno el impulso de estos corazones paganos hacia la Verdad, y no sólo mira sino que favorece este impulso imprimiéndole un movimiento cada vez más fuerte hacia el Bien, ¿no te parece que tú, oh hombre, pretendiendo impedírselo, en el fondo pretendes impedirle a Dios una acción? Y ¿cuándo se impide una cosa? Cuando se la juzga no buena. Tú, por tanto, pensarías esto de tu Dios: que realiza una acción no buena. Ahora bien, si juzgar a los hermanos no es cosa buena (porque todos los hombres tienen sus defectos y una facultad de conocer y juzgar tan limitada, que siete veces de diez yerra su juicio), absolutamente malvado será el juzgar las acciones de Dios. ¡Simón! ¡Simón! Lucifer quiso juzgar un pensamiento de Dios, y lo definió como errado, y quiso ocupar el lugar de Dios, creyéndose más justo que Él. Y ya sabes, Simón, lo que consiguió Lucifer; y ya sabes que todo el dolor que padecemos ha venido por aquella soberbia...».

[3]«¡Tienes razón, Maestro! ¡Soy un gran desdichado! ¡Perdóname, Maestro!». 448.3

Y Pedro, siempre impulsivo, deja la barra del timón para arrojarse a los pies de Jesús. Y en esto la barca, improvisamente abandonada a sí misma, y precisamente en el curso de una corriente, se desvía y ladea tremendamente, en medio de los chillidos de María Cleofás y Juana y los gritos de los de la ligera barca gemela, que ven que se les echa encima la pesada barca de Pedro. Afortunadamente, Mateo puede tomar prontamente el timón, y la barca se estabiliza, después de unos tremendos cabeceos (incluso por el hecho de que, para mantenerla a distancia, los otros han usado los remos, imprimiendo bruscos zarandeos y agitando las aguas).

«¡Hombre, Simón! Una vez lanzaste invectivas contra los romanos, como navegantes de tres al cuarto porque se nos echaban encima. Pero ahora eres tú el que te pones en evidencia... Y además delante de ellos. Mira: están todos de pie en las barcas, observando...» dice Judas Iscariote, provocador, señalando a las barcas romanas, que ya están —en la porción de lago de frente a Magdala— tan cercanas, que se puede ver (a pesar de que los velos violáceos del atardecer se hayan ido entenebreciendo cada vez más, reduciendo la luz).

«Has perdido también una nasa y un cubo, Simón. ¿Quieres que tratemos de pescarlos con los garfios?» dice Santiago de Zebedeo desde otra barca ya cercana, porque, después del incidente, todos se han agrupado en torno a a la barca de Pedro.

«¿Pero qué has hecho? ¡No te sucede nunca!» dice y exclama Andrés desde otra barca distinta.

Pedro responde a todos, a uno después de otro, mientras que los otros han hablado casi juntos. «¿Me han visto? ¡No importa! Aunque hubieran visto también mi corazón y... Bien, esto no lo digas, Pedro... Pero has de saber que no me dañas. Lo que me puede mortificar no es una mala maniobra, y además sucedida por una buena causa... ¡No te preocupes, Santiago! Cosas viejas que se han ido al fondo... ¡Ojalá pudiera arrojar también tras ellas al hombre viejo que resiste en mí! Quisiera perder todo, incluso la barca, pero ser exactamente como el Maestro quiere... ¿Que qué he hecho? Hombre, pues me he mostrado a mí mismo, a mi soberbia —que quiere enseñar incluso a Dios en las cosas del espíritu— que soy un animal incluso para las cosas de la barca... Me viene bien. Me he hecho una parábola yo a mí mismo... Maestro, ¿no es verdad?».

Jesús sonríe asintiendo... Sentado en la popa, sereno, en su sitio habitual, blanco en contraste con el ambiente, que se viste de noche, sus cabellos ondeando levemente con el viento vespertino, destaca en el crepúsculo como un ángel de paz luminosa.

448.4 [4]Las barcas romanas los han alcanzado.

«Tienen naves excelentes y velas perfectas... ¡bueno y unos marineros...! ¡Van veloces como gaviotas! Aprovechan hasta el más mínimo hilo de viento, la más mínima vena de corriente...».

«Los remadores son casi todos esclavos cretenses o nilotas» explica Juana.

«Los marineros del delta son expertísimos, y lo mismo los de Creta. Pero son muy buenos también los de Italia... Superan a Escila y Caribdis... y es suficiente para decir que son excelentes» confirma el desconocido llamado Benjamín.

«¿A dónde vamos, Señor? ¿A Magdala propiamente, o...? ¡Mira! Los de Magdala vienen hacia nosotros...».

En efecto, todas las barcas de este lugar se apresuran a dejar el guijarral y el pequeño puerto, cargadas, terriblemente sobrecargadas, de gente; tanto, que casi tienen el borde al ras del agua. Y se dirigen fatigosamente hacia las barcas de Cafarnaúm.

«No. Vamos a detenernos aquí, aguas adentro en el lago, frente a la ciudad. Hablaré desde la barca...».

«Es que... Esos imprudentes se quieren ahogar. ¡Pero mira, Maestro! Verdad es que el lago está calmo como una lámina de plata... pero el agua es siempre agua... y el peso es peso... y allí... parece como si creyeran que están en tierra, no en agua... Da la orden de que vayan para atrás... Se van a ahogar...».

«¡Hombre de poca fe! ¿Y no recuerdas que, mientras creíste en mi invitación, caminaste sobre el agua como en terreno sólido? Ellos tienen fe. Por tanto, contra las leyes de equilibrio entre peso y densidad, las aguas sujetarán a esas barcas superrepletas».

«Si sucede eso... es verdaderamente una noche de gran milagro...» susurra Pedro encogiéndose de hombros mientras echa la pequeña ancla para detener la barca, la cual, así, se queda en el centro de un nimbo radiado de barcas, parte de Cafarnaúm, parte de Magdala y parte de Tiberíades (y éstas son las de las romanas, que, prudentemente, se ponen detrás de las de Cafarnaúm, hacia el centro del lago).

Jesús vuelve las espaldas a éstas: mira hacia los de Magdala, hacia el vasto y umbrío jardín de María de Lázaro, hacia las casitas que albean en la noche dispuestas a lo largo en la orilla.

448.5 [5]Ya las proas y los remos no rompen el lago; de forma que éste se recompone en paz: una vasta lámina de cristal veteada de plata por la primera claridad de la Luna y sembrada de topacios o rubíes en los lugares en que los fuegos de los faroles o las llamas de las antorchas, colocados en todas las proas, se espejan en el lago.

Las caras parecen extrañas en el contraste de luces rojo-amari-

llas o de rayos de luna: en parte aparecen nitidísimas, en parte apenas se ve cuáles son; otras parecen partidas en dos, o a lo largo o a lo ancho, sólo con la frente o el mentón iluminados, o con un solo carrillo (una media cara que resalta con anguloso perfil, como si en la otra parte no hubiera cara); los ojos de algunos rostros brillan, otros parecen cuencas vacías, y lo mismo las bocas (en alguna de las cuales se aprecia una abierta sonrisa en los dientes fuertes, mientras que otras parecen anuladas en las caras en sombra).

Pero, para ver todos a Jesús, la gente pasa muchos faroles de las barcas de Cafarnaúm y Magdala, faroles que se ponen a los pies de Él, en los bancos, colgados de los remos inactivos, o colocados en la madera de la popa y la proa, e incluso dispuestos en racimos en el mástil del que se ha arriado la vela. Así, la barca donde está Jesús resplandece en medio de un círculo de barcas que se han quedado sin lámparas, y Jesús ahora aparece bien visible, iluminado desde todas las partes. Sólo las barcas romanas rojean aún por sus antorchas rojas, que apenas pliegan su llama bajo la brisa ligerísima.

448.6 [6]«¡La paz sea con vosotros!» empieza Jesús, poniéndose en pie, seguro a pesar del leve cabeceo de la barca, y abriendo los brazos para bendecir. Luego prosigue, hablando lentamente, para que le oigan bien todos; y la voz se esparce por el lago silencioso, potente y armoniosa.

«Hace un rato, un apóstol mío me ha propuesto una parábola. Ahora os la propongo Yo a vosotros, porque puede ser útil para todos, dado que todos podéis entenderla. Oídla.

Un hombre, navegando por el lago en una noche serena como ésta y sintiéndose seguro de sí mismo, se figuró que no tenía defectos. Era un hombre expertísimo en las maniobras y, por tanto, se sentía superior a los otros con que se cruzaba en las aguas, de los cuales muchos venían al lago por placer, y por tanto sin esa experiencia que da el trabajo asiduo y realizado para ganarse la vida. Además, era un buen israelita, y, por tanto, se creía posesor de todas las virtudes. Y, en fin, era realmente un buen hombre.

Así pues, en un atardecer en que navegaba seguro, se permitió expresar juicios sobre su prójimo. Según él, un prójimo tan lejano, que ni tenía condición de prójimo: ningún vínculo de nacionalidad ni de oficio ni de fe le unía a aquel prójimo, y, por tanto, él, sin ningún freno de solidaridad nacional, religiosa o profesional, tranquilamente le despreciaba; es más: con dureza. Y se quejaba de no ser el amo del lugar, porque, de haberlo sido, habría arrojado de aquel lugar a ese prójimo suyo; y, en su fe intransigente, casi reprochaba al Altísimo el hecho de conceder a éstos, distintos de él, que hicieran lo que

él hacía y que vivieran donde él vivía.

En su barca iba un amigo suyo, un buen amigo suyo, que le quería con justicia, y por eso quería que fuera sabio, un amigo que, cuando era necesario hacerlo, le corregía las ideas no rectas. Aquel atardecer, pues, este amigo dijo al barquero: "¿Por qué estos pensamientos? ¿No es uno el Padre de los hombres? ¿No es Él el Señor del universo? ¿Su sol no desciende, acaso, a todos los hombres para darles calor, y sus nubes no riegan, acaso, los campos de los gentiles igual que los de los hebreos? Y, si hace esto por las necesidades materiales del hombre, ¿no tendrá los mismos cuidados para sus necesidades espirituales? ¿Pretendes sugerir a Dios lo que debe hacer? ¿Quién como Dios?".

El hombre era bueno. En su intransigencia había mucha ignorancia, muchas ideas erradas; pero no había mala voluntad, no había intención de ofender a Dios; antes al contrario, había intención de defender los intereses de Dios. Al oír esas palabras, se arrojó a los pies del sabio y le pidió perdón por haberse expresado como un necio. Tan impetuosamente lo pidió, que por poco no causó una catástrofe haciendo hundirse la barca y perecer a quien en ella iba: porque con el afán de pedir perdón, descuidó el timón, la vela y las corrientes. Por tanto, después del primer error de juicio, cometió un segundo error de mala maniobra, demostrándose a sí mismo que no sólo era un defectuoso juez, sino también un ineficiente marinero.

Ésta es la parábola. Ahora escuchad. Según vosotros, ¿habrá perdonado Dios a ese hombre o no? Recordad que había pecado contra Dios y contra el prójimo, juzgando las acciones de ambos; y por poco no había sido homicida de sus compañeros. Meditad y responded...».

Y Jesús cruza los brazos y pasa su mirada por todas las barcas, hasta las más lejanas, hasta las romanas (en que se ve, sobresaliendo de los bordes de las barcas, una fila de rostros atentos de patricias y remadores)...

[7]La gente habla en tono bajo, se consultan unos a otros... un susurro apenas sensible de voces, que se funde con el chapoteo, apenas perceptible, del agua contra el cuerpo de las barcas. El juicio es difícil. De todas formas, la mayor parte opina que el hombre no habrá sido perdonado porque había pecado. No, no habrá sido perdonado, al menos por lo que se refiere al primer pecado... 448.7

Jesús oye cómo va aumentando el murmullo de los que opinan esto, y sonríe con la mirada de sus bellísimos ojos, luminosos incluso en la noche como dos zafiros heridos por el rayo de la Luna, cada vez más hermosa y resplandeciente, tanto que muchos deciden apagar antorchas y faroles para quedarse, por toda luz, con la fosforescente

luz lunar.

«Apaga también éstas, Simón. Son míseras como chispas, respecto a las estrellas, bajo este cielo lleno de astros y planetas» dice Jesús a Pedro, que está pendiente de oír el juicio de la gente. Y, mientras Pedro alarga los brazos para descolgar los faroles, Jesús, acariciando a su apóstol, le pregunta en voz baja: «¿Por qué esos ojos turbados?».

«Porque esta vez me expones al juicio del pueblo...».

«¿Y por qué lo temes!».

«Porque... es como yo... injusto...».

«¡El que juzga es Dios, Simón!».

«Sí. Pero Tú no me has perdonado todavía y estás esperando su juicio para hacerlo... Tienes razón, Maestro... Soy incorregible... Pero... ¿por qué a tu pobre Simón este juicio de Dios?...».

Jesús le pone la mano en el hombro, y lo hace cómodamente porque Pedro está en el suelo de la barca y Él está erguido encima de la madera de la popa, por tanto altísimo respecto a Pedro. Y sonríe... pero no le responde. Lo que hace es dirigirse a la gente: «¿Entonces? Responded fuerte. Barca por barca».

¡Ay, pobre Pedro! Si Dios le hubiera juzgado según el parecer de los presentes, le habría condenado. Menos tres barcas, todas las demás, incluidas las apostólicas, le condenan. Las romanas no se pronuncian —tampoco les preguntan—, pero es visible que ellas también juzgan digno de condena al hombre, porque desde una a otra barca —son tres— se hacen el gesto del pulgar vuelto hacia abajo.

Pedro levanta sus ojos overos, turbados, hacia el rostro de Jesús, y encuentra una mirada aún más dulce, que fluye de los ojos de zafiro, que fluye como una paz; y ve inclinarse hacia él un rostro resplandeciente de amor, y se siente atraído hacia un lado de Jesús, siendo así que su cabeza entrecana está contra el costado de éste, mientras el brazo del Maestro le estrecha hacia sí abrazándole por los hombros.

448.8 [8]«Así juzga el hombre. Pero Dios no juzga así, ¡oh, hijos míos! Vosotros decís: "No habrá sido perdonado". Yo digo: "El Señor no vio siquiera en él materia de perdón". Porque perdón presupone culpa. Pero aquí no había culpa.

No, no murmuréis meneando la cabeza. Repito: aquí no había culpa. ¿Cuándo se forma la culpa? Cuando hay voluntad de pecar, conocimiento de que se peca y persistencia en querer pecar aun después de haber entendido que una acción es pecado. Todo depende de la voluntad con que uno cumple un acto, sea virtuoso, sea pecaminoso. Incluso cuando uno cumple un acto aparentemente bueno, pero

no sabe que está haciendo un acto bueno, sino que, al contrario, cree que está realizando un acto malo, comete pecado como si llevara a cabo un acto malo, y viceversa.

Pensad en un ejemplo. Uno tiene un enemigo y sabe que está enfermo. Sabe que por orden médica no debe beber agua fría; es más, ningún líquido. Va a verle, fingiendo afecto. Le oye quejarse: "¡Tengo sed! ¡Tengo sed!", y, fingiendo piedad, se preocupa solícito de darle agua helada de pozo diciendo: "Bebe, amigo. Te quiero y no puedo verte sufrir de esta manera por el ardor. Mira. He pensado en traerte esta agua tan fresca. Bebe, bebe, que gran recompensa recibe el que asiste a los enfermos y da de beber a los sedientos". Y, dándole de beber, le acarrea la muerte. ¿Creéis que ese acto, bueno en sí por estar constituido de dos obras de misericordia, es bueno ahora, que se verifica con finalidad mala? No lo es.

Otro ejemplo: un hijo que tenga un padre borracho y que, para salvarle de la muerte por la continua bebida, cierre la bodega, quite el dinero a su padre y se imponga, incluso severamente, para que no salga por el pueblo a beber y a destruirse, ¿os parece que falte al cuarto mandamiento sólo por el hecho de regañar a su padre y hacer él de cabeza de familia para con su propio padre? Aparentemente hace sufrir a su padre, y parece culpable. En realidad es un buen hijo, porque su voluntad es buena, tiene voluntad de salvar a su padre de la muerte. Siempre es la voluntad la que da valor a la acción.

Y otro ejemplo: ¿el soldado que mata en guerra es homicida? No, si su espíritu no acepta la masacre y combate porque se ve obligado a ello, pero combate con ese mínimo de humanidad que la dura ley de la guerra y de la subordinación impone.

Por tanto, ese hombre de la barca, que por una buena voluntad de creyente, patriota y pescador, no soportaba a aquellos que, según él, eran unos profanadores, no cometía pecado contra el amor al prójimo, sino que solamente tenía un errado concepto del amor al prójimo. Y no cometía pecado contra el respeto a Dios, porque su resentimiento hacia Dios venía de su espíritu bueno —aunque no equilibrado y luminoso— de creyente. Y no cometía homicidio, porque era por una buena voluntad de pedir perdón por lo que provocaba el que la barca se ladeara. Sabed discernir siempre.

[9]Dios es Misericordia más que intransigencia. Dios es bueno. Dios 448.9
es Padre. Dios es Amor. El verdadero Dios es esto. Y el verdadero Dios abre su corazón a todos, a todos, diciendo: "Venid", indicando a todos su Reino. Y es libre de hacerlo, porque es Él el Señor único, universal, creador, eterno.

Os ruego, a vosotros israelitas, que seáis justos. Recordad estas co-

sas. Que no os suceda que las comprendan los que veis como cosa impura y para vosotros permanezcan incomprensibles. También es pecado el excesivo y desordenado amor a la religión y a la patria, porque se hace egoísmo. Y el egoísmo es siempre razón y motivo de pecado.

Sí. El egoísmo es pecado porque siembra en el corazón una mala voluntad que hace al hombre rebelde a Dios y a sus mandamientos. La mente del egoísta ya no ve a Dios nítidamente, ni tampoco las verdades de Dios. La soberbia exhala sus vapores en el egoísta y empaña las verdades. En la calígine, la mente, que ya no ve la luz clara de la verdad como la veía antes de hacerse soberbia, empieza el proceso de los porqués, y de los porqués pasa a la duda, de la duda a la indiferencia, no sólo respecto al amor y a la confianza en Dios y en su justicia, sino también respecto al temor de Dios y al temor a su castigo. De ahí la predisposición a pecar, y de ésta se pasa a la soledad del alma que se aleja de Dios, la cual, no teniendo ya la voluntad de Dios como guía, cae en la ley de *su* voluntad de pecador.

¡Muy mala cadena es la voluntad del pecador, uno de cuyos extremos lo tiene en su mano Satanás, mientras que el otro ata a los pies del hombre una bola pesada, para tenerle sujeto, esclavo en el fango, abatido, en tinieblas! ¿Puede entonces el hombre no incurrir en culpas mortales? ¿Puede no incurrir en ellas, teniendo en sí sólo mala voluntad? Entonces, sólo entonces, Dios no perdona. Pero, cuando el hombre tiene algo de buena voluntad y lleva a cabo incluso actos espontáneos de virtud, ciertamente acaba poseyendo la Verdad, porque la buena voluntad conduce a Dios, y Dios, el Padre Stmo. se inclina amoroso, compasivo, indulgente a ayudar, a bendecir, a perdonar a sus hijos que tienen buena voluntad.

Por eso el amor hacia el hombre de aquella barca fue amplio, porque, no queriendo cometer el pecado, no había pecado.

Marchaos en paz, ahora, a vuestras casas. Las estrellas han ocupado todo el cielo y la Luna viste de pureza el mundo. Marchaos obedientes como las estrellas y haceos puros como la Luna. Porque Dios ama a los obedientes y a los puros de espíritu, y bendice a los que ponen en todas sus acciones la buena voluntad de amar a Dios y a los hermanos y trabajar para su gloria y para su utilidad. ¡La paz sea con vosotros!».

Y Jesús, abriendo de nuevo sus brazos, bendice, mientras el círculo de las barcas se aleja, se disgrega, tomando cada uno la propia dirección.

448.10 [10]Pedro se siente tan feliz, que no piensa en moverse.

Le hace reaccionar Mateo: «¿No te mueves, Simón? Yo no soy muy ducho...».

«Es verdad... ¡Oh, Maestro mío! ¡¿Entonces no me habías condenado?! Y yo tenía mucho miedo...».

«No tengas miedo, Simón de Jonás. Te he tomado conmigo para salvarte, no para perderte. Te he tomado conmigo por tu buena voluntad... ¡Ánimo! Toma el timón y mira a la Polar y ve seguro, Simón de Jonás. Siempre seguro... En todas las travesías... Dios, tu Jesús, estará siempre en pie a tu lado en la proa de tu barca espiritual. Y te comprenderá siempre, Simón de Jonás. ¿Comprendes? Siempre. Y no tendrá que perdonarte, porque podrás incluso caer, como un débil niño, pero no tendrás jamás la mala voluntad de caer... Alégrate, Simón de Jonás».

Y Pedro asiente, asiente, demasiado emocionado como para hablar, sofocado por el amor; y la mano le tiembla un poco en el timón, pero su rostro resplandece de paz, de seguridad, de amor, mientras mira a su Maestro, que está erguido a su lado, allí, en el extremo de la barca, como un cándido arcángel.

449. El pequeño Alfeo desamado de su madre.

25 de junio de 1946.

[1]«Tomad provisiones y ropa para varios días. Vamos a Ippo y de allí a Gamala y Afeq, para bajar a Guerguesa y volver aquí antes del sábado» ordena Jesús, enhiesto en el umbral de la puerta de la casa y acariciando mecánicamente a unos niños de Cafarnaúm que han venido a saludar a su gran Amigo, en cuanto el Sol poniente ha dejado de abrasar tan fuertemente y ha permitido dejar las casas. Y uno de los primeros en hacerlo ha sido Jesús, uno de los primeros de esta ciudad que sale del torpor asfixiante de las horas llenas de sol. 449.1

Los apóstoles no parecen muy entusiastas de la orden recibida. Se miran unos a otros y miran al Sol —aún tan despiadado— y tocan los muros de las casas, todavía abrasadores, y tantean con el pie desnudo el suelo y dicen: «Está caliente como un ladrillo sacado del fuego...», dando a entender con toda esta pantomima que es de locos ir por los caminos...

Jesús se separa de las jambas en que apoyaba un poco su cuerpo y dice: «El que no se sienta con fuerzas para venir puede quedarse. No obligo a nadie. Pero no quiero dejar a esta región sin la palabra».

«Maestro... ¡¿cómo se te ocurre eso?! Vamos todos... Lo único... es que nos parecía todavía pronto para estar por ahí...».

«Antes de los Tabernáculos, quiero ir hacia el Norte, es decir, mucho más lejos; y sin barca, por caminos. Por eso *ahora* se debe reco-

rrer esta zona, donde el lago ahorra mucho camino».

«Tienes razón. Voy a preparar las barcas...» y Simón de Jonás va con su hermano y con los dos hijos de Zebedeo y algún discípulo a preparar la partida.

Jesús se queda con el Zelote, sus primos, Mateo, Judas Iscariote, Tomás y los inseparables Felipe y Bartolomé, que preparan sus morrales y llenan las cantimploras, meten panes, fruta... todo lo necesario.

449.2 [2]Un mocosuelo gimotea entre las rodillas de Jesús.

«¿Por qué lloras, Alfeo?» pregunta Jesús inclinándose a besarle...

Nada... Un lloriqueo más fuerte.

«Ha visto la fruta y la quiere» dice, con tedio, Judas Iscariote.

«¡Pobrecito! ¡Tiene razón! No se debe pasar ciertas cosas delante de los ojos de los niños sin darles un poco. Ten, hijo. ¡No llores!» dice María de Alfeo, arrancando un racimo de un sarmiento, que ha sido puesto en un cesto con todas las hojas y los racimos todavía prendidos.

«No quiero las uvas...» y llora más fuerte.

«Lo que quiere es el agua con miel» dice Tomás, y ofrece su zaque, diciendo: «A los niños les gusta, y es saludable. También a mis sobrinitos...».

«No quiero tu agua...» y el llanto aumenta más en tono y en intensidad.

«Pero qué quiere entonces?» pregunta entre severo y molesto Judas de Alfeo.

«¡Dos bofetones, eso es lo que quiere!» dice Judas Iscariote.

«¿Por qué? ¡Pobre niño!» pregunta Mateo.

«Porque es un pesado».

«¡Si tuviéramos que liarnos a tortazos con todos los pesados... deberíamos ocupar toda nuestra vida en dárselos!» dice con toda calma Tomás.

«Quizás no se siente bien. Fruta y agua, agua y fruta... hace que duela el cuerpo» sentencia María Salomé, que está entre las discípulas.

«Y ese niño, si come pan, agua y fruta, ya es mucho... ¡Son tan pobres!» dice Mateo, que conoce por la experiencia de recaudador todas las economías de Cafarnaúm.

«¿Qué te sucede, hijito? ¿Te duele aquí?... Pues no está más caliente de la cuenta...» dice María de Cleofás de rodillas al lado del niño.

«¡Pero mamá, que es un capricho!... ¿No lo ves? Tú mimarías a todos».

«Yo no te he mimado, Judas mío; te he querido. Y no dabas crédito a tus ojos al ver que te quería hasta el punto de protegerte contra la severidad de Alfeo...».

«Es verdad, mamá... Te he regañado injustamente».

«Ningún mal, hijo. Pero, si quieres ser apóstol, debes saber tener entrañas de madre hacia los fieles. Ten en cuenta que son como niños... y se necesita paciencia de amor hacia ellos...».

«¡Bien dicho, María!» aprueba Jesús.

[3]«Acabaremos siendo instruidos por las mujeres» murmura Judas Iscariote. «Y quizás hasta por mujeres paganas...». 449.3

«Sin duda. Os superarán con mucho, si seguís siendo lo que sois, y tú más que los demás, Judas; ciertamente te superarán todos: los niños, los mendigos, los ignorantes, las mujeres, los gentiles...».

«Acabarías antes si dijeras que seré el aborto del mundo» responde Judas, y se ríe con una risa biliosa.

«Están volviendo los otros... ¿convendrá partir, no?» dice Bartolomé para cortar esta escena que hace sufrir a muchos, a todos de distinto modo.

El llanto del niño toca el punto máximo.

«¡¡Pero bueno!! ¿Qué quieres? ¿Qué te pasa?» le dice, agresivo, Judas Iscariote, dándole un rudo meneo, para separarle de las rodillas de Jesús, a las que el niñito se ha aferrado, y, sobre todo, para descargar su enojo sobre el inocente.

«¡Contigo, Jesús! ¡Contigo!... Te vas... y palos, palos, palos...».

[4]«¡Ah!... ¡Oh, pobre nino! ¡Es verdad! Desde que se ha vuelto a casar, los del primer marido... son como pordioseros,... como si no hubieran nacido de ella... Los manda a la calle como mendigos y... ¡oh! para ellos no hay pan...» dice la mujer del dueño de la casa, que parece conocer bien los hechos y a sus protagonistas. Y termina: «Haría falta alguien que adoptara a estos tres abandonados...». 449.4

«No le digas eso a Simón de Jonás, mujer. Te atraerías un odio mortal de su suegra, que está más irritada que nunca contra él y contra todos nosotros. Esta mañana, una vez más, ha cubierto de insolencias a Simón y a Margziam, y a mí que estaba con ellos...» dice Mateo.

«No se lo diré a Simón... Pero es así...».

«¿Y tú no los tomarías contigo? No tienes hijos...» dice Jesús mirándola fijamente.

«Yo... ¡oh! me gustaría... Pero somos pobres... y además... Tomás... en ese caso, tiene sobrinos... y yo también... y... y...».

«Y te falta, sobre todo, la voluntad de hacer el bien a tus semejantes... Mujer, ayer criticabas como duros de corazón a los fariseos

de aquí, criticabas como insensibles a mi palabra a los habitantes de la ciudad... Pero, tú, que hace más de dos años que me conoces, ¿en qué te diferencias?...».

La mujer agacha la cabeza mientras arrebuja la túnica con sus manos... Pero no dice ni una palabra en favor del pequeñuelo, que sigue llorando.

449.5 [5]«Estamos preparados, Maestro» grita Pedro, que está llegando.

«¡Oh, ser pobre!... ¡Y perseguido!...» dice Jesús suspirando y levantando los brazos y moviéndolos con gesto de desconsuelo...

«¡Hijo mío!...» le conforta María, que hasta ese momento había guardado silencio. Y basta esa palabra para consolar a Jesús.

«Id adelante con las provisiones, vosotros. Yo voy con mi Madre hasta la casa del niño» ordena a los que han llegado y a los que ya estaban con Él, y se pone en camino con su Madre, que ha tomado en brazos al niño...

Van hacia el campo.

«¿Qué le vas a decir, Hijo mío?».

«Mamá, ¿qué quieres que diga a una que no tiene amor en sus entrañas de madre ni siquiera para los que han nacido de su seno?».

«Tienes razón... ¿Y entonces?».

«Y entonces... Vamos a orar, Madre mía».

Van caminando y orando.

449.6 [6]Una anciana les pregunta: «¿Lleváis a Alfeo a Meroba? Decidle que ya es hora de que se preocupe de él. A la fuerza tienen que acabar siendo ladrones... y donde caen son como la langosta... Pero mi enfado es contra ella, no contra estos tres pobrecillos... ¡Qué injusta es la muerte! ¿No podía seguir viviendo Jacob y morirse ella? Deberías hacer que muriera; así...».

«Mujer, ¿eres anciana y aún no eres sabia? ¿Y dices esas palabras pudiendo morir en cualquier minuto? Verdaderamente eres tan injusta como Meroba. Arrepiéntete de esto y no peques más».

«Perdón, Maestro... Es que su pecado me hace disparatar...».

«Sí. Te perdono. Pero no vuelvas a decir, ni siquiera dentro de ti misma, esas palabras. Los errores no se reparan con la maldición, sino con el amor. Si muriera Meroba, ¿cambiaría el sino de éstos? Quizás el viudo tomaría otra mujer y tendría hijos de terceras nupcias, y éstos una madrastra... Y, entonces, más grave su suerte».

«Es verdad. Soy vieja y necia. Ahí está Meroba, imprecando ya... Te dejo, Maestro. No quiero que piense que te he hablado de ella. Es una víbora...».

Pero la curiosidad es más fuerte que el miedo a la "víbora", y la viejecita, a pesar de que se distancie de Jesús y María, lo hace muy

relativamente, y se agacha a arrancar la hierba del lindazo, que está húmeda por su cercanía a una fuente, para escuchar sin llamar la atención.

[7]«¿Estás aquí? ¿Qué has hecho? ¡A casa! Siempre en la calle, como animales vagabundos, como perros sin amo, como...». 449.7

«Como hijos sin madre. Mujer, ¿sabes que dan mal testimonio de una madre los hijos que no están pegados a sus faldas?».

«Es porque son malos...».

«¡No. Yo estoy viniendo aquí desde hace treinta meses. Antes, cuando vivía Jacob y durante los primeros meses de viudez, no era así. Luego has tomado otro marido... y con la memoria de las primeras nupcias has perdido también la de tus hijos. Pero ¿qué tienen de distinto respecto al que ahora crece en tu seno? ¿No los llevaste así también a éstos? ¿Acaso no los amamantaste? Mira aquella paloma de allí... Los cuidados que prodiga a aquel pichoncito... a pesar de estar incubando ya otros huevos... Mira aquella oveja de allí. Ya no amamanta al cordero del parto precedente, porque está preñada de nueva prole. Y, no obstante, ¿ves cómo le lame el morrito y deja que ese vivaracho corderito choque contra su costado? ¿No me respondes? Mujer, ¿tú oras al Señor?».

«Claro. No soy pagana...».

«¿Y cómo puedes hablarle al justo Señor si eres injusta? ¿Y cómo puedes ir a la sinagoga y oír leer los volúmenes, cuando hablan del amor de Dios hacia sus hijos, sin sentir el remordimiento en el corazón? ¿Por qué callas, con ese gesto arrogante?».

«Porque no he solicitado tus palabras... ni sé por qué vienes a molestarme... Mi estado merece respeto...».

«¿Y el de tu alma, no? ¿Por qué no respetas los derechos de tu alma? Sé lo que quieres decirme: que encolerizarte puede poner en peligro la vida del niño que ha de nacer... ¿Y no sientes solicitud por la vida de tu alma? Es más preciosa que la vida de un niño que ha de nacer... Tú sabes... que tu estado puede acabar en la muerte. ¿Y quieres afrontar esa hora con el alma turbada, enferma, injusta?».

«Mi marido dice que Tú eres una persona a la que no hay que escuchar. No te escucho. [8]Ven, Alfeo...» y hace ademán de volverse, entre los gritos del niño, que ya sabe que le esperan palos y no quiere separarse de los brazos de María, la cual, suspirando, trata de persuadirla, y se dirige a la mujer diciendo: 449.8

«Yo también soy madre y sé comprender *muchas* cosas. Y soy mujer... Sé, por tanto, sentir compasión de las mujeres. Atraviesas una temporada no buena, ¿no es verdad? Sufres y no sabes sufrir... y así te irritas... Hermana mía, escucha. Si yo te diera ahora al pequeño

Alfeo, serías injusta con él y contigo. Déjamele unos pocos días, ¡pocos! Verás como, cuando no le veas a tu lado, suspirarás por él... porque un hijo es una cosa tan dulce que, cuando se aleja de nosotras, nos sentimos pobres, heladas, sin luz...».

«¡Pues tómale! ¡Tómale! ¡Ojalá tomases contigo también a los otros dos! Pero no sé dónde están...».

«Me le llevo, sí. Adiós, mujer. Ven, Jesús». Y María se vuelve rápidamente y se aleja, con un sollozo...

«No llores, Mamá».

«No la juzgues, Hijo...».

Las dos frases —compasivas las dos— se entrecruzan. Luego, por un mismo pensamiento, las dos bocas se despegan para proferir las mismas palabras: «Si no comprenden los amores naturales, ¿podrán, acaso, comprender el amor que hay en la Buena Nueva?» y se miran, este Hijo y esta Madre, por encima de la cabecita del inocente, que se abandona ahora confiado y feliz a los brazos de María...

«Tendremos un discípulo más de lo previsto, Mamá».

«Y gozará de días de paz...».

449.9 [9]«¿Habéis visto, eh? Sorda, sorda como un pandero desfondado... ¡Ya os lo había dicho! ¿Y ahora? ¿Y después?».

«Y ahora hay paz. Y después, Dios quiera que haya piedad en algún corazón... ¿Por qué no en el tuyo, mujer? Un vaso de agua dado por amor queda registrado en el Cielo. Y a quien ama a un inocente por amor mío... ¡oh! ¡qué bienaventuranza para los que aman a los pequeñuelos y los salvan del mal!...».

La viejecita se queda pensativa... y Jesús continúa por un atajo que conduce al lago. Y llega al lago. Coge al niñito de los brazos de María, para que Ella pueda subir más cómodamente a la barca. Alza al niño lo más que puede para mostrarle; sonríe luminosamente y dice a los que están ya en las barcas: «¡Mirad! Esta vez sí que vamos a tener una predicación fructífera, porque llevamos con nosotros a un inocente» y sube con firmeza al tablón, que oscila, y entra en la barca. Se sienta al lado de su Madre, mientras la barca se separa de la orilla para poner en seguida rumbo al sudeste, hacia Ippo.

450. Milagros en el arrabal cercano a Ippo y curación del leproso Juan.

26 de junio de 1946.

450.1 [1]Ippo no está en la orilla del lago, como yo creía al ver las casas que hay en el margen (casi en el extremo sudeste del lago). Me hacen

percatarme de ello las palabras de los discípulos. Este núcleo de casas es —yo lo llamaría así— la vanguardia de Ippo, que está más hacia el interior. Como Ostia para Roma o el Lido para Venecia, representa para la ciudad del interior la salida al lago; y la ciudad se sirve de esta salida como vía lacustre de importación y exportación, y también para abreviar los viajes desde esta zona a la orilla opuesta galilea, y, en fin, también como lugar de recreo para los ociosos de la ciudad, y de aprovisionamiento del pescado que le procuran los muchos pescadores del arrabal.

Aquí, donde abordan en un sosegado atardecer en el pequeño puerto natural formado por el lecho de un torrente que ahora está seco; aquí, donde, en el tramo de unos metros, ondea la ola cerúlea del lago —no repelida por el agua del torrente—, hay casas, de mayor o menor tamaño, de hortelanos y pescadores. Éstos explotan las aguas ricas en pesca; aquéllos, la faja de tierra que va desde el litoral hacia el interior, pingüe y húmeda por las aguas cercanas, que se extiende más hacia el Norte y menos hacia el Sur (para terminar pronto en donde empieza la barrancada que entra casi a pico en el lago y desde la cual se arrojaron a éste los puercos del milagro hecho a los gerasenos).

[2]Dada la hora que es, los habitantes están en las terrazas o en los 450.2
huertos, y están cenando. Pero, como los huertos tienen setos bajos y también las terrazas tienen pretiles bajos, pronto los habitantes ven la pequeña flota de barcas que toma tierra en el pequeño puerto, y, unos por curiosidad, otros porque conocen a los que llegan, se levantan y salen a su encuentro.

«Es la barca de Simón de Jonás, y la de Zebedeo. Entonces no puede ser sino el Rabí, que viene aquí con sus discípulos» afirma tajantemente un pescador.

«Mujer, coge inmediatamente al niño y sígueme. Quizás es Él. Él le curará. Nos lo trae el ángel de Dios» dice en tono impositivo un hortelano a su mujer, la cual tiene el rostro quemado por las lágrimas.

«Yo, por mí, creo. Recuerdo aquel milagro. ¡Vaya que si lo recuerdo! ¡Todos esos cerdos! Los cerdos que apagan en las aguas el calor de los demonios entrados en ellos... Gran tormento debía ser, si los cerdos, siempre tan desdeñosos de limpieza, se arrojaron al agua...» dice un hombre mientras camina y hace propaganda al Maestro.

«¡Tú lo dices! Sin duda tenía que ser un tormento. Estaba también yo y me acuerdo. Los cuerpos echaban humo, y también el agua. El lago se puso más caliente que cuando las aguas de Hamatha. Y por donde pasaron corriendo quedó abrasado bosque y hierba».

«Yo he ido, pero no he visto nada de particular...» le responde un tercero.

«¿Nada? ¡Entonces es que tienes escamas en los ojos! ¡Mira! Se ve desde aquí. ¿Ves allí? ¿Allí donde está ese río seco? Ve con la vista un poco más adelante y mira si...».

«¡Que no, hombre! Que eso lo han destruido los soldados de Roma, cuando buscaban a aquel granuja en las frías noches de Tébet. Acamparon allí e hicieron fuego».

«¿Y quemaron todo un bosque para hacer fuego? ¡Mira cuántos árboles faltan allí!».

«¡Un bosque! ¡Dos o tres encinas!».

«¿Y te parece poco?».

«No. Pero ya se sabe. Para ellos lo nuestro es pajuz. Ellos son los dominadores y nosotros los oprimidos. ¡Ah! ¿Hasta cuándo...?». La discusión pasa del terreno sobrenatural al político.

450.3 [3]«¿Quién me lleva donde el Rabí? ¡Piedad de un ciego! ¿Dónde está? Decídmelo. Le he buscado en Jerusalén, en Nazaret, en Cafarnaúm. Siempre había salido antes de llegar yo... ¿Dónde está? ¡Oh! ¡Piedad de mí!» dice quejumbrosamente un hombre de unos cuarenta años, tanteando en torno a sí con un bastón.

Recoge improperios de los que se llevan el golpe en las piernas o en la espalda, pero ninguno se mueve a piedad, y todos chocan contra él al pasar, sin que una mano se tienda para guiarle. El pobre ciego se para amedrentado y desconsolado...

«¡El Rabí! ¡El Rabí! ¡Ajch-Ajch, il il leee!» (me esfuerzo en transcribir... Es una palabra el grito agudo modulado por las mujeres. ¡Pero es un grito, no una palabra! Tiene más de chillido de ciertas aves que de palabra humana.)

«¡Bendecirá a nuestros hijos!».

«Su palabra hará saltar al fruto que llevo en mi seno. ¡Goza, criatura mía! El Salvador te habla» dice una lozana esposa mientras se acaricia el vientre abultado bajo la suelta túnica.

«¡Quizás a mí me lo hace fecundo! Significaría la alegría y la paz entre yo y Eliseo. He ido a todos los lugares donde se dice que la mujer consigue la fecundidad. He bebido el agua del pozo que hay cerca de la tumba de Raquel y la del regatillo de la gruta donde su Madre le dio a luz... He ido a Hebrón a aplicarme durante tres días la tierra del lugar en donde nació Juan el Bautista... He comido los frutos de la encina de Abraham y he llorado invocando a Abel en el lugar en que fue dado a luz y asesinado... He ensayado todas las cosas santas, todas las cosas milagrosas del suelo y del Cielo, y médicos y medicinas y votos y oraciones y dádivas... pero mi seno no se ha abierto

a la semilla, y Eliseo apenas si me soporta. ¡¡Le cuesta no odiarme!! ¡Pobre de mí!» gime una mujer ya ajada.

«¡Ya eres vieja, Sela! ¡Resígnate!» le dicen con una piedad que está mezclada con un leve desprecio y un notorio sentido de triunfo las que pasan con su seno henchido de maternidad o con los lactantes prendidos de sus pingües senos.

«¡No! ¡No digáis eso! ¡Ha hecho resucitar a los muertos! ¿No va a poder dar vida a mis entrañas?».

«¡Paso! ¡Paso! Dejad paso a mi madre enferma» grita un joven que viene sujetando las varas de una improvisada parihuela, sujeta por el otro lado por una niña muy afligida. En la camilla hay una mujer, todavía joven, aunque reducida a un esqueleto amarillento.

«Habrá que hablarle del pobre Juan. Enseñarle el lugar donde está. Es el más infeliz de todos, porque estando leproso no puede ir en busca del Maestro...» dice un hombre añoso que parece influyente.

«¡Antes nosotros! ¡Antes nosotros! Si se adentra hacia Ippo, se acabó. Los de la ciudad se lo cogen y nosotros nos quedamos, como siempre, atrás».

[4]«¿Pero qué pasa allí! ¿Por qué gritan así las mujeres, allí, en la 450.4
orilla?».

«¡Porque son estúpidas!».

«No. Son gritos festivos. Corramos...».

La calle es un río humano que se encanala hacia el guijarral del lago y del torrente, hacia el lugar donde están Jesús y los que le acompañan, bloqueados por los primeros que han llegado.

«¡Milagro! ¡Milagro! ¡Mirad, el hijo de Elisa, desahuciado por los médicos, está curado! El Rabí le ha curado metiéndole saliva en la garganta».

Los «Ajch-Ajch-il-il-leee» de las mujeres se hacen aún más vibrantes y agudos, mezclados con los fuertes «hosanna» masculinos.

Jesús, a pesar de su estatura, ha sido literalmente excedido. Los apóstoles hacen todo lo que pueden para abrirle paso. ¡Ya, ya! Las discípulas, con María en el centro, se ven separadas del grupo apostólico; el niño, en los brazos de María de Alfeo, llora aterrorizado, y su llanto hace converger en el grupo de las discípulas la atención de muchos; y se oye decir al enteradillo de siempre: «¡Ah, pues si está también la Madre del Rabí y las madres de los discípulos!...».

«¿Cuáles? ¿Quiénes son?».

«La Madre es aquella pálida y rubia vestida de lino; y las otras, aquellas ancianas que llevan una al niño y la otra aquel cesto encima de la cabeza».

«¿Y el niño quién es?».

«¡Hombre, el hijo! ¿No oís que dice "mamá"?».

«¿Hijo de quién? ¿De la anciana? ¡No puede ser!».

«De la joven. ¿No ves que quiere ir con ella?».

«No. El Rabí no tiene hermanos. Lo sé seguro».

450.5 [5]Algunas mujeres oyen esto y, mientras Jesús, moviéndose con dificultad, logra llegar hasta la camilla donde está la enferma a la que han llevado allí sus hijos, y la cura, ellas se dirigen con curiosidad hacia María.

Pero una no es curiosa, una se postra a sus pies y dice: «Por tu maternidad, ten piedad de mí». Es la estéril.

María se inclina hacia ella y le dice: «¿Qué quieres hermana?».

«Ser madre... ¡Un niño!... ¡Uno sólo!... Soy odiada por ser estéril. Yo creo que tu Hijo todo lo puede. Pero tengo una fe tan grande en Él que pienso que, por haber nacido de ti, te ha hecho santa y poderosa como Él. Ahora yo te ruego... por tus delicias de madre te lo ruego: hazme fecunda. Tócame con tu mano y seré feliz...».

«Tu fe es grande, mujer. Pero la fe es para quien tiene derecho a ella: para Dios. Ven, pues, donde mi Jesús...» y la toma de la mano y, con gracia apremiante, pide paso para poder llegar donde Jesús.

Las otras discípulas la siguen por el canal que se abre entre la gente, y lo mismo las mujeres que se habían acercado a María (y aprovechan para preguntar a María de Alfeo quién es el pequeño al que lleva alzado por encima de la multitud).

«Un niño al que su madre ya no le quiere. Ha venido al Rabí a buscar amor...».

«¡¿¡Un niño al que la madre ya no le quiere!?!».

«¿Has oído, Susana?».

«¿Quién es esa hiena?».

«¡Ay! ¡Y a mí que me consume el no tenerlo! ¡Déjame, déjame! ¡Que me bese al menos una vez un hijo!...» y Sela, la estéril, casi arranca de los brazos de María de Alfeo al pequeñuelo, y le estrecha contra su corazón, mientras trata de seguir a María (que ya se había distanciado de ella en el instante en que Sela dejó la mano de María para coger al pequeño).

450.6 [6]«Jesús, escucha. Hay una mujer que pide una gracia. Es estéril...».

«No incomodes al Maestro por ella, mujer. Sus entrañas están muertas» dice uno que no sabe que está hablando a la Madre de Dios. Y luego, habiendo sido advertido de su error, desconcertado, quiere achicarse y desaparecer, mientras Jesús responde de una vez a él y a la mujer suplicante, diciendo:

«Yo soy la Vida. Mujer, hágase lo que pides» y pone un instante

la mano en la cabeza de Sela.

«¡Jesús! ¡Hijo de David, ten piedad de mí!» grita el ciego de antes, que lentamente ha llegado a la aglomeración de gente y desde el fondo lanza su grito de invocación.

Jesús, que tenía agachada la cabeza para escuchar las palabras de súplica de Sela, la alza de nuevo y mira hacia el punto de donde viene, sincopada como el grito de un náufrago, la voz del ciego.

«¿Qué quieres de mí?» grita.

«Ver. Estoy en las tinieblas».

«Yo soy la Luz. ¡Quiero!».

«¡Ah! ¡Veo! ¡Veo! ¡De nuevo veo! ¡Dejadme pasar! ¡Para besar los pies de mi Señor!».

[7]«Maestro, has curado a todos aquí. Pero hay un leproso en una 450.7
cabaña del bosque. Siempre nos ruega que te llevemos a él...».

«¡Vamos! ¡Hala! Dejadme que vaya. ¡No os hagáis daño! Yo estoy aquí para todos... Ánimo, dejad paso. Hacéis daño a las mujeres y a los niños. No me marcho inmediatamente. Estoy aquí mañana, y luego estaré por esta región durante cinco días. Me podréis seguir, si queréis...».

Jesús trata de disciplinar a la multitud, de evitar que por obtener beneficio de su venida se haga daño la gente. Pero la multitud es como una substancia blanduzca que se aparta pero luego vuelve a apretarse en torno a Él; es como una avalancha que, por ley natural, no puede evitar comprimirse a medida que avanza; es como partículas de hierro atraídas por el imán... Y es lento el andar, trabado, fatigoso... Todos sudan, los apóstoles gritan, se sirven de codazos en los pechos y de golpes con los pies en las espinillas para abrir paso... ¡Todo esfuerzo es inútil! Se requiere un cuarto de hora para avanzar diez metros.

Una mujer de unos cuarenta años logra, a fuerza de constancia abrirse camino hasta Jesús y le toca en un codo.

«¿Qué quieres, mujer?».

«Ese niño... he sabido que... Yo soy viuda y sin hijos... Acuérdate de mí. Soy Sara de Afeq, la viuda del vendedor de esteras. Acuérdate. Tengo casa en la plaza de la fuente roja. Pero tengo también algunas parcelas de viña y de bosque. Tengo algo que ofrecer a quien se encuentre solo... y me sentiría feliz...».

«Me acordaré, mujer. Que tu piedad sea bendecida».

[8]Pronto atraviesan el pueblo, más paralelo que vertical al lago, y 450.8
la campiña, dulce, silenciosa en el crepúsculo que desciende sin hacer sombra nocturna (porque, entre la luz diurna y la nocturna de la Luna, hay sólo un paso imperceptible) los acoge. Van hacia los pri-

meros desniveles del alto cantil que, más hacia el Sur, bordea al lago. En el escalón natural hay grutas, no sé si naturales o intencionadamente excavadas en la roca, muchas tapiadas y blanquedas por fuera (sin duda, sepulcros).

«Hemos llegado. Vamos a detenernos, para no contaminarnos. Estamos cerca de la tumba del vivo, y a esta hora va a aquella peña a recoger las dádivas. Era rico, ¿eh? Nosotros le recordamos. Era también bueno. Pero ahora es un santo. Cuanto más le ha castigado el dolor, más justo se ha hecho. Sabemos cómo sucedió. Se dice que por unos peregrinos a los que dio posada. Iban a Jerusalén, eso decían. Parecían sanos, pero estaban ciertamente leprosos. El hecho es que, después de su paso, primero su mujer y sus criados, luego sus hijos, por último él, se cogieron la lepra. Todos. Los primeros y empezando por las manos los que habían lavado los pies y los indumentos a los peregrinos, por eso decimos que debieron ser ellos causa de todo. Los niños, tres, pronto muertos, pronto. Luego su mujer, más de dolor que de enfermedad... Él... cuando el sacerdote declaró a todos leprosos, se compró este trozo de monte con sus bienes, que ya resultaban inútiles, y mandó que almacenasen provisiones para él y los suyos... criados incluidos, y azadas y picos... y empezó a excavar los sepulcros... y, uno por uno, distribuyó en ellos a todos: a sus hijitos, luego a su mujer, a los criados... Ha quedado él, solo y pobre, porque todo termina con el tiempo... y ya lleva quince años... Y, a pesar de todo, jamás una queja. Era culto: de memoria repite la Escritura. Se la dice a las estrellas, a las hierbas, a los árboles, a los pájaros; a nosotros, que tanto tenemos que aprender de él; y consuela nuestros dolores... él, ¿comprendes?, consuela nuestros dolores. Vienen de Ippo y Gamala, y hasta de Guerguesa y Afeq a escucharle... ¡oh, se ha puesto a predicar la fe en ti! Señor, si los hombres te han saludado con tu nombre de Mesías, si las mujeres te han saludado como al vencedor y rey, si nuestros niños saben tu Nombre y que eres el Santo de Israel, es por el pobre leproso» refiere por todos el hombre añoso que primero ha hablado de Juan.

«¿Le vas a curar?» preguntan muchos.

«¿Y lo preguntáis? Tengo piedad de los pecadores, ¿qué tendré
450.9 por un justo?... [9]¿Es ese que está viniendo? Allí, entre aquellos matorrales...».

«Sin duda es él. ¡Pero, qué vista tienes, Señor! Oímos rumor, pero no vemos nada...».

Cesa también el rumor. Todo es silencio y espera...

Jesús está bien iluminado. Está solo, un poco adelantado, porque ha dado unos pasos hacia la peña en que están colocadas las provi-

siones; los demás, en la penumbra de algunos árboles, desaparecen, confundiéndose con los troncos y los matorrales de la gándara. También los niños callan, o por estar dormidos en brazos de sus madres, o por miedo del silencio, de los sepulcros, de las caprichosas sombras que forma la Luna de las plantas y las rocas.

Pero el leproso debe ver, desde su escondite, y ver bien. Debe ver la alta y solemne persona del Señor, todo blanco bajo el blanco de la luna, hermosísimo. Las miradas cansadas del leproso, sin duda, se cruzan con la mirada esplendorosa de Jesús. ¿Qué lenguaje saldrá de aquellas pupilas divinas, grandes, fúlgidas como estrellas?; ¿qué, de la boca entreabierta sonriente de amor?; ¿qué, del corazón, sobre todo del corazón de Cristo? Misterio. Uno de tantos misterios en las relaciones espirituales de Dios y las almas.

Una cosa es clara: el leproso comprende, porque grita: «¡El Cordero de Dios! ¡El que ha venido a sanar todo el dolor del mundo! ¡Jesús, Mesías bendito, Rey y Salvador nuestro, piedad de mí!».

«¿Qué quieres? ¿Cómo puedes creer en el Desconocido y ver en Él al Esperado? ¿Qué soy Yo para ti? ¿El Desconocido...?».

«No. Tú eres el Hijo de Dios vivo. ¿Que cómo lo sé y lo veo? No lo sé. Aquí, dentro de mí una voz ha gritado: "¡Es el Esperado! Ha venido a premiar tu fe". ¿Desconocido? Sí. Nadie conoce el rostro de Dios. Por tanto, eres "el Desconocido" en tu apariencia. Pero eres el Conocido por tu Naturaleza, por tu Realidad: Jesús, Hijo del Padre, Verbo Encarnado y Dios como el Padre. Éste eres, y yo te saludo y te suplico, creyendo en ti».

«¿Y si no pudiera nada y tu fe quedara defraudada?».

«Diría que es la voluntad del Altísimo y seguiría creyendo y amando, esperando siempre en el Señor».

[10]Jesús se vuelve hacia la muchedumbre, que escucha el diálogo 450.10
con el ánimo suspendido, y dice: «En verdad, en verdad os digo que este hombre tiene esa fe que mueve las montañas. En verdad, en verdad os digo que la verdadera caridad, fe y esperanza se prueban en el dolor más que en la alegría; aunque el exceso de alegría supone, a veces, la ruina de un espíritu aún no formado. Es fácil creer y ser buenos cuando la vida no es sino un plácido, si no gozoso, transcurrir de días iguales. Pero el que sabe persistir en la fe, esperanza y caridad, aún cuando enfermedades, miserias, muertes, desventuras, hacen de él un hombre solo, abandonado, evitado por todos, y en sus labios no se oye sino: "Hágase lo que el Altísimo considera útil para mí", en verdad es un hombre que no sólo merece ayuda de Dios, sino que, Yo os lo digo, en el Reino de los Cielos está preparado su lugar y no conocerá espera en la purgación, porque su justicia ha anulado to-

da deuda de la vida pasada. Hombre, Yo te lo digo: "¡Ve en paz, que Dios está contigo!"».

Se vuelve al decir esto, y extiende los brazos hacia el leproso, le atrae hacia sí casi con su gesto, y, cuando está bien cerca, bien visible, ordena: «¡Quiero! ¡Queda limpio!...», y parece como si la Luna limpiara y arrastrara, con su rayo de plata, las pústulas, las llagas, los nódulos y las costras de la horrenda enfermedad. El cuerpo se reforma y modela en salud.

Es un hombre viejo, de noble aspecto, de delgadez ascética, el que, informado del milagro por los gritos de hosanna de la muchedumbre y no pudiendo tocar a Jesús ni a hombre alguno antes del tiempo prescrito por la Ley, se postra para besar el suelo.

«Levántate. Te traerán una túnica limpia, para que puedas presentarte al sacerdote. Y que sepas caminar siempre limpio de espíritu en la presencia de tu Dios. Adiós, hombre. ¡La paz sea contigo!».

Y Jesús se reúne con la gente y, lentamente, regresa al pueblo para descansar.

451. Discurso en el arrabal cercano a Ippo sobre los deberes de los cónyuges y de los hijos.

27 de junio de 1946.

451.1 [r]Y es, sin embargo, ya de mañana, una fresca mañana, cuando se espera a que Jesús salga de una casa del arrabal del lago para empezar su predicación.

Yo creo que durante esa noche han dormido poco los vecinos de esta localidad, emocionados como estaban por los milagros ocurridos, por la alegría de tener entre ellos al Mesías, por el deseo de no perder ni un minuto de su presencia. Lento en llegar el sueño, por haber sido precedido por muchas conversaciones, dentro de las casas, para recapitular los acontecimientos, para examinar si el espíritu de cada uno en particular estaba dotado de aquella fe, esperanza y caridad, resistentes contra todo hecho penoso, que el Maestro alabó y calificó de seguro medio para obtener gracia de parte de Dios en esta vida y en la otra; solícito en marcharse el sueño, alejado por el temor de que el Maestro pudiera salir a los caminos y marcharse temprano sin estar presentes cuando partiera: así que las casas pronto se han abierto para restituir a la calle sus moradores, los cuales, asombrados de verse numerosos, de ver que están ahí muchos, que están *todos*, movidos por los mismos pensamientos, se han dicho: «Verdaderamente es la primera vez que un único pensamiento mueve nues-

tros corazones y los une» y con una amistad nueva, buena, fraterna, se han dirigido concordes a la casa en que se hospeda Jesús, y la han asediado, sin hacer ruido, sin impaciencias pero sin desistir, bien decididos a seguir al Maestro en cuanto salga a la calle.

Y muchos, hortelanos, han cogido los aljofarados frutos de sus huertos y los tienen resguardados del Sol que surge, y del polvo y las moscas, bajo una cubierta de frescas pámpanas o de anchas hojas de higuera, por cuyo borde recortado se dejan entrever manzanas rosillas como pintadas por un miniaturista, y cárabes u ónices de granos de uvas, o blandas formas abultadas de higos de todos los tipos, cuáles bien cerrados dentro de la piel apenas sunsida que cubre la pulpa almibarada, cuáles túrgidos y lisos como si fueran seda bien alisada y adornados en el fondo con una gota de brillante, cuáles abiertos a una sonrisa de fibras blondas, róseas, rojas obscuras, según el tipo. Y unos pescadores han traído en pequeñas nasas unos peces, sin duda pescados durante la noche, sacrificando el sueño, porque algunos están todavía vivos y dan las bocanadas de las últimas, penosas aspiraciones y convulsiones de la agonía, aumentando así con el leve golpeteo de la respiración y los débiles cuarteos los tornasoles argentinos o azulinos de los vientres o de los dorsos, extendidos sobre un lecho de grises-verdes hojas de sauce o de chopo.

[2]El lago —tan puro, yo diría: tan angélico, casi absorto, por el 451.2
cumplido reposo de las ondas lentas en el guijarral, que hacen apenas un delicado frufrú al asomarse entre los cantos—, el lago, entretanto, ha pasado del delicado color lácteo, que el alba transfunde a las aguas que dejan atrás la noche, al risueño, más humano, yo diría: de carne, de la aurora, que ilumina el agua con las primeras tonalidades rosas de las nubes róseas reflejadas en el lago, para volver a ser cerúleo con la luz segura de la aurora, y que recobra vida y palpita de nuevo con el vaivén de sus olitas corriendo a reír a la playa orladas de espuma, retrocediendo luego para danzar con otras ondas, decorando así todo el espejo lacustre con un encaje liviano, cándido, extendido sobre la seda celeste del agua que la brisa de la mañana recorre. Y luego es el primer rayo de sol el que surca veloz el agua, allí, hacia Tariquea, allí, donde era tan verdeazul por el reflejo en ella de los bosques, y que ahora se tiñe de color dorado y resplandece como un espejo roto herido por el sol, y este espejo se va extendiendo cada vez más, vistiendo de oro y topacios nuevas aguas aún cerúleas, cancelando los tonos rosados de las nubes reflejadas en las olas, fajando las quillas de las últimas barcas que regresan al puerto después de la pesca, y las de las primeras que salen, mientras las velas, bajo la luz triunfal del Sol ya alzado, albean como alas de ángel

sobre el fondo azul y el verde del cielo y las colinas: ¡bellísimo lago de Galilea que, por la fecundidad de sus riberas, me recuerda al nuestro de Garda y, por la paz mística, al Trasimeno; gema de Palestina, digno marco para la mayor parte de la vida pública de Jesús!

451.3 [3]Y Jesús se asoma a la puerta de la casa que le hospeda, y sonríe, alzando los brazos para bendecir a los pacientes habitantes del lugar que le están esperando...

«La paz sea con todos vosotros.

¿Me esperabais? ¿Temíais que me fuera a escapar sin saludaros? Nunca falto a mis promesas. Hoy me quedo aquí para evangelizaros y estar con vosotros, como he prometido, para bendecir vuestras casas, vuestros huertos y barcas; para santificación de todas las familias y del trabajo. Pero recordad que mi bendición, para que sea fructífera, debe estar ayudada por vuestra buena voluntad. Y ya sabéis cuál es la buena voluntad que debe animar a una familia para que sea santa la casa en que reside. El hombre, en la casa, debe ser cabeza, pero no déspota, ni respecto a la esposa ni respecto a los hijos ni respecto a los criados; y, al mismo tiempo, debe ser el rey, el auténtico rey en el sentido bíblico de la palabra. ¿Recordáis el capítulo octavo del primer libro de los Reyes? Los ancianos de Israel se reunieron * y fueron a Ramá, donde residía Samuel, y dijeron a éste: "Mira, te has hecho viejo y tus hijos no siguen tu camino. Constituye sobre nosotros, para que nos juzgue, a un rey, como tienen todas las naciones".

"Rey", pues, quiere decir "juez". Y debería ser juez justo, para no hacer de los súbditos personas infelices, en este tiempo, con guerras, atropellos, tributos injustos; ni en la eternidad, con un reino que sea sólo molicie y vicio. ¡Ay de aquellos reyes que faltan a su ministerio, que cierran los oídos a las voces de los súbditos, que cierran los ojos ante las llagas de la nación, que se hacen cómplices del dolor del pueblo, llevando a cabo alianzas injustas con tal de reforzar su poder con la ayuda de sus aliados!

Mas también, ¡ay de aquellos padres que faltan a su oficio, que son ciegos y sordos ante las necesidades y los defectos de los miembros de las familias, que son causa de escándalo o dolor para ésta, que descienden a pactos de indignas nupcias con tal de aliarse con familias ricas y fuertes, sin pensar que el matrimonio es una unión destinada a la elevación y consuelo del hombre y la mujer, además de a la procreación; es deber, es ministerio, no es comercio, no es dolor, no es humillación de uno u otro cónyuge. Es amor y no odio. Justo ha de ser, pues, el que es cabeza, sin excesiva dureza o exigencias,

* *del primer libro de los Reyes* según la vulgata. La cita exacta y completa según la vigente neovulgata es: *1 Samuel 8, 4-5.*

sin excesivas condescendencias ni debilidades. Pero, si os vierais en el dilema de elegir entre uno u otro exceso, elegid más bien el segundo. Porque por éste, al menos, sí, Dios podrá deciros: "¿Por qué fuiste tan bueno?", pero sin condenaros, dado que el exceso de bondad ya castiga al hombre con los abusos que los demás se permiten respecto al bueno; mientras que siempre os reprocharía la dureza, porque es falta contra el amor al prójimo más próximo.

[4]Y justa ha de ser la mujer en casa respecto a su esposo, a los hijos y a los criados. Al esposo le dé obediencia y respeto, consuelo y ayuda. Obediencia no hasta el punto de que ésta asuma la substancia de un consentimiento al pecado. Sumisión de la esposa, no degradación. Mirad, esposas, que el primero que os juzga, después de Dios, por ciertas culpables condescendencias, es el propio marido vuestro que a ellas os induce. No siempre son deseos de amor, son también pruebas respecto a vuestra virtud. Aunque en ese momento no lo piense, puede llegar un día en que el esposo se diga: "Mi mujer es fuertemente sensual" y de ahí empezar a nutrir sospechas sobre vuestra fidelidad marital. 451.4

Sed castas en el vínculo matrimonial. Haced que vuestra castidad imponga a vuestro esposo esa moderación que se tiene ante las cosas puras, y os trate con consideración, como a personas iguales que él, no como a esclavas o concubinas mantenidas para ser sólo *"placer"*, y rehusadas después, cuando ya no gustan. La esposa virtuosa —Yo diría: la esposa que incluso consumado el matrimonio conserva ese "algo", que es virginal, en las acciones, en las palabras, en los abandonos de amor— puede llevar a su marido a una elevación desde la carnalidad al sentimiento; siendo así que el marido se despoja de la lujuria y se hace verdaderamente una única cosa con su esposa, a la que trata con el respeto con que uno trata a una parte de sí mismo; y es justo que así sea, porque la mujer es "hueso de sus huesos y carne de su carne", y nadie maltrata a sus huesos ni a su carne, sino que, al contrario, los ama; de forma que el esposo y la esposa, como los dos primeros esposos, se miren y no se vean en su desnudez sexual, sino que se amen por el espíritu, sin humillantes vergüenzas.

Que la esposa sea paciente, materna con su marido. Considérele como al primero de sus hijos, porque la mujer es siempre madre y el hombre tiene siempre necesidad de una madre que sea paciente, prudente, afectuosa, consoladora. ¡Dichosa la mujer que sabe ser compañera del propio cónyuge, y al mismo tiempo madre para sostenerle, e hija para ser guiada! Que la mujer sea hacendosa. El trabajo, impidiendo el fantasear, beneficia a la honestidad, además de beneficiar a la bolsa. Que no atormente al marido con infundados celos

que a nada son útiles. ¿El marido es honesto? Los celos vanos, moviéndole a apartarse de casa, le ponen en peligro de caer en las redes de una meretriz. ¿No es honesto y fiel? No serán las iras de la celosa las que le corrijan, sino, más bien, el porte serio, sin caras de malhumor ni desaires, el porte digno y amoroso, y más amoroso, el que le hagan reflexionar y volver a sus cabales. Sabed reconquistar a vuestro marido con vuestra virtud, cuando una pasión le haya alejado de vosotras, como en la juventud le conquistasteis con vuestra belleza. Y, para sacar fuerzas ante este deber, y resistir el dolor que os podría hacer injustas, amad y considerad a vuestros hijos y su bien.

451.5 [5]Una mujer tiene todo en sus hijos: la alegría, la corona regia para las horas joviales, en que realmente es reina de la casa y del consorte, y el bálsamo para las horas dolorosas en que una traición, u otras penosas experiencias de la vida conyugal, flagelan su frente y, sobre todo, su corazón, con las espinas de su triste regalidad de esposa mártir. ¿Tan pisoteadas como para desear volver a casa, divorciándoos, o buscar compensación en un falso amigo que, fingiendo piedad hacia el corazón de la traicionada, en realidad su apetito está puesto en la hembra? ¡No, mujeres, no! Esos hijos, esos hijos inocentes, ya turbados, precozmente tristes a causa de un ambiente doméstico que ya no es ni sereno ni justo, tienen derecho a una madre, a un padre, al consuelo de una casa en que, aun habiendo fenecido un amor, el otro permanezca atento velando por ellos. Esos ojos suyos inocentes os miran, os escudriñan y comprenden más de lo que pensáis, y plasman sus espíritus según lo que ven y comprenden. No seáis nunca motivo de escándalo para vuestros inocentes; antes bien, refugiaos en ellos como en un baluarte de adamantinas azucenas contra las debilidades de la carne y las insidias de las serpientes.

Y que la mujer sea madre, esa madre justa que es al mismo tiempo hermana, que es amiga al mismo tiempo que hermana de sus hijos e hijas, y que es ejemplo, sobre todo, y en todo. Velar por los hijos y por las hijas, corregir amorosamente, sostener, hacer meditar, y todo sin preferencias; porque todos los hijos han nacido de una semilla y de un seno materno, y, si es natural el cariño, por la alegría que dan, hacia los hijos buenos, también es un deber amar —aunque con amor doloroso— a los hijos no buenos, recordando que el hombre no debe ser más severo que Dios, que ama no sólo a los buenos sino también a los no buenos, y los ama para tratar de hacerlos buenos, para tratar de darles manera y tiempo de hacerse buenos, y soporta hasta que muere el hombre, reservándose el ser justo Juez cuando el hombre ya no puede rectificar.

451.6 [6]Y permitidme, llegado a este punto, que diga una cosa que no es

propiamente inherente a esta materia, pero que es útil que tengáis presente. Muchas veces, demasiadas, se oye que los malos tienen más alegría que los buenos, y que ello no es justo. Antes de nada, os digo: "No juzguéis las apariencias y lo que no conocéis". Las apariencias son a menudo falaces y el juicio de Dios está oculto en esta Tierra. Conoceréis en la otra parte, y veréis que el transitorio bienestar del malo fue concedido como medio para conducirle al Bien y como merma de ese poco bien que hasta el más malvado puede hacer. Mas, cuando veáis las cosas con la luz adecuada de la otra vida, veréis que más breve que la vida del tallito de hierba nacido en primavera en el guijarral de un torrente que el verano seca es el tiempo de dicha del pecador, mientras que un solo instante de gloria en el Cielo es, por la dicha que comunica al espíritu que de ello goza, más vasto que la vida humana más triunfal que jamás haya habido. No envidiéis, por tanto, la prosperidad del malo; antes bien, tratad, con buena voluntad, de alcanzar el tesoro eterno del justo.

451.7 [7]Y volviendo a cómo deben ser los miembros de una familia y los moradores de una casa para que en ella se mantenga con fruto mi bendición, os digo, oh hijos, que vosotros estéis sometidos a vuestros padres, que seáis respetuosos, obedientes, para poder serlo también para con el Señor Dios vuestro. Porque, si no aprendéis a obedecer las pequeñas indicaciones del padre o de la madre, a los que veis, ¿cómo podréis obedecer las indicaciones de Dios, que en su nombre se os dicen pero que ni veis ni oís? Y si no aprendéis a creer que quien ama, como un padre y una madre aman, no pueden mandar más que cosas buenas, ¿cómo vais a poder creer que sea bueno lo que se os dice como indicaciones de Dios? ¡Dios ama, y es Padre, eh! Pero, queridos jovencitos, precisamente porque os ama y quiere teneros con Él, quiere que seáis buenos. Y la primera escuela donde aprendéis a haceros buenos es la familia. En ella aprendéis a amar y a obedecer, y en ella empieza para vosotros el camino que conduce al Cielo.

Sed, pues, buenos, respetuosos, dóciles. Amad a vuestro padre, aunque os corrija, porque lo hace por vuestro bien; y a vuestra madre, si os impide acciones que su experiencia juzga no buenas. Honradlos, no haciendo que se avergüencen de vuestras malas acciones. El orgullo no es cosa buena, pero existe un santo orgullo, el de decir: "No he causado dolor ni a mi padre ni a mi madre". Esto, que os hace gozar de su presencia mientras viven, os pone paz ante la herida de su muerte; mientras que, por el contrario, las lágrimas que un hijo hace derramar a su padre o a su madre hienden, como plomo fundido, el corazón del hijo malvado, y, por mucho que se industrie para adormecer esa herida, la herida duele, y duele, y duele más aún

cuando la muerte del padre o de la madre le impiden al hijo reparar... ¡Oh, hijos, sed buenos, siempre, si queréis que Dios os ame!

451.8 [8]En fin, santa es la casa en que, por la justicia de sus dueños, se hacen justos también los criados y peones. Recuerden los señores que un mal comportamiento irrita y estraga al criado; y, el criado, que un mal comportamiento suyo disgusta al señor: que esté cada uno en su lugar, pero con un vínculo de amor al prójimo que colme la separación que hay entre siervos y señores.

Y entonces la casa bendecida por mí conservará su bendición y Dios permanecerá en ella. Igualmente, conservarán mi bendición —por tanto, protección— las barcas, los huertos, los aperos de trabajo y de pesca, cuando, santamente activos en los días lícitos y santamente dedicados al culto de Dios en los sagrados sábados, viváis vuestra vida de pescadores u hortelanos, sin robar en las ventas ni en las medidas, sin maldecir el trabajo, y sin hacerle tan rey de vuestra vida, que lo antepongáis a Dios; porque, si el trabajo os da un beneficio, Dios os da el Cielo.

451.9 [9]Y ahora podemos ir a bendecir casas y barcas y remos y huertos y azadas, y luego iremos a hablar al lugar de Juan, antes de que vaya a ver al sacerdote. Porque Yo aquí ya no volveré, y justo es que me escuche al menos una vez. Tomad el pan, el pescado y la fruta; lo llevaremos allí, al bosque, y comeremos en presencia del leproso curado, dándole a él la parte mejor, para que también su carne exulte y se sienta ya hermano entre los creyentes del Señor».

Y Jesús se pone en marcha, seguido por la gente del arrabal y por más que han venido de las ciudades cercanas, a donde, quizás durante la noche, han ido algunos de este arrabal a llevar la noticia de que el Salvador está en esta ribera.

452. El ex leproso Juan se hace discípulo. Parábola de los diez monumentos.

29 de junio de 1946.

452.1 [1]«¡Mi Señor!» grita el ex leproso, postrándose de rodillas, en cuanto ve aparecer a Jesús en la gándara que precede al lugar rocoso donde ha vivido durante muchos años. Y luego, levantándose, grita otra vez: «¿Cómo es que vienes de nuevo a verme?».

«Para darte el viático de la palabra, después del de la salud».

«El viático se da a uno que se pone en camino, y yo realmente me marcho hoy al atardecer para las purificaciones. Pero me marcho para volver y unirme a los discípulos, si me quieres acoger. Ya no tengo

ni casa ni parientes, Señor. Soy viejo para volver a nueva actividad y vida. Me restituirán la posesión de los bienes. ¿Pero, cómo estará la casa, después de quince años sin ser de nadie? ¿Qué encontraré en ella? Quizás paredes derrumbadas... Soy un pájaro sin nido. Deja que me una a las filas de los que te siguen. Además... no me pertenezco ya a mí mismo, porque por lo que me has dado soy tuyo; ya no pertenezco al mundo, que durante tanto tiempo me apartó de sí (justamente, porque era impuro). Ahora, después de conocerte, soy yo quien encuentro impuro al mundo, y me aparto del mundo para ir a ti».

«Y Yo no te rechazo. De todas formas, te digo que querría de ti que estuvieras un tiempo en esta región. Aera y Arbela tienen a un hijo suyo evangelizando. Tú sélo de Ippo, de Gamala, de Afeq y de los pueblos cercanos. Dentro de poco voy a bajar a Judea, y no regresaré a estos lugares. Quiero que tengan evangelizadores».

«Tu voluntad me hace amable cualquier renuncia. Haré lo que deseas. Lo haré en cuanto cumpla las purificaciones. Había pensado no preocuparme ya más de mi casa. Pero ahora digo que la voy a arreglar para poder vivir en ella y recibir durante el invierno a almas deseosas de saber de ti, y pediré a alguno de los discípulos que te sigue desde hace años que venga conmigo, porque, si quieres que sea un pequeño maestro, necesito ser instruido por alguien que sea más maestro que yo. Y en primavera iré, como los otros, predicando tu Nombre».

[2]«Es un pensamiento correcto. Dios te ayudará a cumplirlo». 452.2

«Ya he empezado, destruyendo con el fuego todo lo que me pertenecía: o sea, la mísera yacija y los enseres que usaba, la túnica que he llevado hasta ayer, todo lo que había tocado con mi cuerpo enfermo. La gruta donde vivía está negra por el fuego que he encendido dentro para destruir y purificar. Nadie se contagiará si entra en ella para refugiarse en una noche de tormenta. Y... (la voz del hombre pierde fuerza, casi se empaña, y habla más lentamente...) y... tenía una vieja arca ya desvencijada... carcomida... parecía que la lepra la hubiera corroído también a ella... Pero para mí... era más preciosa que las riquezas del mundo... Dentro estaban las cosas amadas... recuerdos de mi madre... el velo de boda de mi Ana... ¡Ah, cuando se lo quité, lleno de felicidad, el día de nuestra boda al caer de la tarde, y contemplé aquel rostro de azucenas tan hermoso y puro, ¿quién me iba a decir que pocos años después le iba a ver convertido todo en una llaga?! Y... los vestidos de mis hijos... y sus juguetes... que sujetaron entre sus pequeñas manos mientras pudieron apretar... algo... y... ¡oh, es mucho el dolor!... perdona mi llanto... La llaga duele mucho ahora que los he quemado por justicia... sin poder besarlos...

porque eran de leprosos... Soy injusto, Señor... Te muestro lágrimas... Pero ten conmiseración... He destruido el último recuerdo de ellos... y ahora me siento como uno extraviado en un desierto...».

El hombre se agacha, llorando, junto al montón de ceniza, recuerdo de su pasado...

«No estás extraviado, Juan; ni solo. Yo estoy contigo. Y los tuyos pronto estarán conmigo, en el Cielo, esperándote. Esos recuerdos te los evocaban desfigurados por la enfermedad, o con la hermosura de la salud antes de la desgracia: recuerdos todos dolorosos. Déjalos entre las cenizas de la hoguera. Anúlalos en la certidumbre que te doy Yo de que volverás a encontrarlos, felices, con la hermosura de la alegría del Cielo. El pasado ha muerto, Juan; no lo llores más. La luz ya no se demora en mirar a las tinieblas de la noche, sino que exulta por separarse de ellas y resplandecer, subiendo en el cielo tras el Sol todas las mañanas. Y el Sol no se demora en el oriente, sino que aparece, se muestra todo, hasta emitir sus rayos desde lo alto de la bóveda celeste que surca. Tu noche ha terminado. No la recuerdes ya. Sube con el espíritu a donde Yo, Luz, te llevo. Allí, por la dulce esperanza y la hermosa fe, encontrarás la alegría, porque tu caridad podrá derramarse en Dios y en los amados que esperan. Es sólo una rápida ascensión... y pronto estarás arriba, con ellos. La vida es un soplo... La eternidad es el eterno presente».

«Tienes razón, Señor. Me confortas y me enseñas cómo superar
452.3 esta hora con justicia... [3]Pero Tú estás al sol por estar lo más cerca de mí que te es concedido. Retírate, Maestro. Ya me has dado bastante. Podría hacerte daño el sol, que ya es fuerte».

«He venido para estar contigo. Todos hemos venido para esto. Lo que puedes hacer es acercarte tú a los árboles, y estaremos cerca sin peligro».

El hombre obedece y deja la peña a cuyos pies está el montón de ceniza, el pasado, y va hacia el lugar a que se dirige Jesús, donde están, emocionados, los apóstoles y las mujeres y los habitantes del arrabal y los que han venido de las ciudades a escuchar al Maestro.

«Encended las hogueras para asar el pescado. Repartiremos la comida en banquete de amor» ordena Jesús.

Y, mientras los apóstoles llevan a cabo las indicaciones, Él se mueve por entre los árboles y matas crecidos en desorden en este lugar que todos evitan por la cercanía del leproso. Una tupida maraña, agreste, de plantas que no conocen podaderas ni hachas desde que nacieron. Personas enfermas o afligidas por algo están bajo la sombra propicia de esta espesura y narran a Jesús sus angustias, y Jesús cura, aconseja o consuela, con paciencia y potencia. Más allá, en

un pequeño prado, el niño de Cafarnaúm juega feliz con los niños del pueblo, y los gritos alegres de los niños compiten con el canto de muchos pájaros que hay en las tupidas frondas; mientras sus vestidos variopintos, agitados, al correr, contra el fondo verde de la hierba, hacen que parezcan grandes mariposas yendo de una flor a otra.

[4]La comida está preparada. Llaman a Jesús, que pide prestado 452.4
un cesto a un campesino que había traído higos y uva y lo llena de pan, del pescado más hermoso, de fruta muy sabrosa; añade a ello su cantimplora de agua endulzada con miel, y se dirige hacia el leproso.

«Te quedas sin cantimplora» le observa Bartolomé. «No te la puede devolver».

Y Jesús, sonriendo: «¡Hay mucha agua todavía para la sed del Hijo del hombre! Está el agua que el Padre ha puesto en los pozos profundos. Y el Hijo del hombre tiene todavía las manos libres para usar sus cuencos... Día llegará en que no tendré ni éstas ni aquélla... ni tendré ya tampoco el agua del amor, que aplaque la sed del Sediento... Ahora tengo mucho amor en torno a mí...» y prosigue, llevando con las dos manos la canasta ancha, redonda y baja, que deposita en la hierba a unos metros de Juan; y dice a éste: «¡Toma y come! Es el banquete de Dios».

Luego vuelve a su lugar. Ofrece y bendice el alimento y lo manda distribuir entre los presentes, que han añadido a ello todo lo que tenían. Todos comen con gusto y pacífica alegría, y María se ocupa del pequeño Alfeo con maternal dulzura. Luego, acabada la refacción, Jesús se pone entre la gente y el ex leproso y empieza a hablar, mientras las madres colocan en sus regazos a los niños, saciados de alimento y juegos, y los mecen para dormirlos y que no molesten.

* [5]«Escuchad todos. En un salmo de David el salmista se pregunta: 452.5
"¿Quién habitará en el Tabernáculo de Dios? ¿Quién descansará en el monte de Dios?". Y pasa a enumerar a los que estarán en el número de los afortunados, y los motivos de su bienaventuranza. Dice: "El que vive sin mancha y practica la justicia. El que dice la verdad de corazón y no urde engaños con su lengua. El que no perjudica a su prójimo. El que no se hace eco de palabras infamantes contra sus semejantes". Y en pocos renglones, después de decir quién habitará en los dominios de Dios, refiere el bien que hacen estos bienaventurados después de no haber hecho el mal. Así dice: "A sus ojos el malvado es nada. Honra a los que temen a Dios. No jura para engaño de su prójimo. No presta a usura su dinero, no recibe regalos en perjuicio del inocente". Y termina: "Quien estas cosas hace no vacilará jamás".

* *En un salmo de David*, que es el *Salmo 15*, como anota MV (aunque poniendo el número 14, según la vulgata) en una copia mecanografiada.

En verdad, en verdad os digo que el salmista dijo la verdad, y confirmo con mi sabiduría que quien así obra no vacilará jamás.

452.6 [6]Primera condición para entrar en el Reino de los Cielos: "Vivir sin mancha".

¿Pero puede el hombre, criatura débil, vivir sin mancha? La carne, el mundo y Satanás, en una continua agitación de pasiones, tendencias y odio, lanzan sus chorretadas para manchar a los espíritus, y, si el Cielo estuviera abierto sólo para los que hubieran vivido sin mancha desde que tuvieron uso de razón en adelante, poquísimos de toda la Humanidad entrarían en el Cielo, de la misma forma que poquísimos son los hombres que llegan a la muerte sin haber conocido enfermedades más o menos graves durante la existencia. ¿Y entonces? ¿Está así cerrado el Cielo para los hijos de Dios? ¿Tendrán que decirse éstos a sí mismos: "Lo he perdido" cuando un asalto de Satanás o un torbellino de la carne los hacen caer y ven manchada su alma? ¿No habrá ya perdón para el que haya pecado? ¿Nada borrará la mancha que desfigura al espíritu? No temáis a vuestro Dios con injusto temor. Él es Padre. Y un padre tiende siempre una mano a los hijos que vacilan, les ofrece ayuda para que se pongan en pie de nuevo, conforta con medios delicados para que su abatimiento no degenere en desesperación, sino que florezca en forma de humildad deseosa de ofrecer reparación para volver al amor del Padre.

Así es: el arrepentimiento del pecador, la buena voluntad de ofrecer reparación —nacidas ambas cosas de un verdadero amor al Señor—, lavan la mancha de la culpa y hacen al hombre digno del perdón divino. Y cuando el que os habla haya cumplido su misión en la Tierra, a las absoluciones del amor, del arrepentimiento y de la buena voluntad, se unirá, poderosísima, la absolución que el Cristo os habrá obtenido a precio de su sacrificio. Más cándidos en el alma que niños recién nacidos —mucho más cándidos porque a quien crea en mí le brotarán desde dentro de su seno ríos de agua viva que lavarán incluso el pecado original, causa primera de todas las debilidades del hombre—, podréis aspirar al Cielo, al Reino de Dios, a morar en sus Tabernáculos. Porque la Gracia que voy a devolveros os ayudará a practicar la justicia, que aumenta —más cuanto más es practicada— el derecho que os da un espíritu sin mancha a entrar en la alegría del Reino de los Cielos. Entrarán en él los niños pequeños y gozarán, por la bienaventuranza gratuitamente ofrecida; gozarán, porque el Cielo es alegría. Mas entrarán también los adultos, los viejos, los que hayan vivido, luchado, vencido, y que a la cándida corona de la Gracia unan la corona multicolor de sus obras santas, de sus victorias contra Satanás, el mundo y la carne, y grande, grandísima será

su bienaventuranza de vencedores, grande, como el hombre no puede imaginar.

[7]¿Cómo se practica la justicia? ¿Cómo se conquista la victoria? 452.7
Con honestidad de palabras y de acciones, con caridad hacia el prójimo. Reconociendo que Dios es Dios y no poniendo en el lugar del Dios Stmo. los ídolos de las criaturas, el dinero, el poder. Ofreciendo a cada uno el lugar que le corresponde, sin tratar de dar más ni de dar menos de aquello que debe darse. No es justo el hombre que, porque uno sea amigo o pariente suyo influyente, le honre y sirva incluso en las obras no buenas. Y quien —caso contrario— perjudique a su prójimo porque de él no pueda esperar ningún beneficio, y jure contra él, o se deje comprar con regalos para testificar contra el inocente o juzgar con favoritismo, no según la justicia sino según el cálculo de lo que el injusto juicio le puede producir del más poderoso de los contendientes, no es justo, y vanas son sus oraciones, sus dádivas, porque a los ojos de Dios están manchadas de injusticia.

Como veis, lo que digo sigue siendo Decálogo. Siempre es Decálogo la palabra del Rabí. Porque el bien, la justicia, la gloria están en cumplir lo que el Decálogo enseña y ordena hacer. No hay otra doctrina. En el pasado fue dada entre los rayos del Sinaí, ahora es dada entre los resplandores de la Misericordia, pero es esa Doctrina. Y no cambia. Y no puede cambiar. Muchos, como propia disculpa, dirán en Israel, para justificar el no haber sido santos incluso después del paso del Salvador por la Tierra: "No he tenido posibilidad de seguirle y escucharle". Mas su disculpa no tiene ningún valor, porque el Salvador no ha venido a instaurar una nueva Ley, sino a confirmar la *primera*, la *única* Ley; es más, a confirmarla precisamente en su santa desnudez, en su sencillez perfecta. A confirmar con amor, y con promesas de seguro amor de Dios, lo que en el pasado había sido dicho con rigor, por una parte, y había sido escuchado con temor, por la otra parte.

[8]Para que comprendáis bien lo que son los diez mandamientos, y 452.8
la importancia que tiene el seguirlos, os digo esta parábola.

Un padre de familia tenía dos hijos. Igualmente amados. De ambos quería ser, en igual medida, benefactor. Este padre tenía, además de la casa donde vivían los hijos, otras propiedades donde había grandes tesoros escondidos. Los hijos tenían noticia de estos tesoros, pero no sabían el camino que a ellos conducía, porque su padre, por motivos personales, no les había revelado a sus hijos el camino para llegar, y ello durante muchos, muchos años.

Un día llamó a sus dos hijos y dijo: "Ya conviene que sepáis dónde están los tesoros que vuestro padre ha tenido reservados para voso-

tros, para que podáis ir por ellos cuando os lo diga. Entretanto, sabed cuál es el camino y las señales que he puesto en él para que no os extraviéis. Oídme. Los tesoros no están en la llanura, donde las aguas se depositan, arde el sol tórrido, el polvo deteriora, los espinos y los tríbulos ahogan, y adonde fácilmente los ladrones pueden llegar y robar. Los tesoros están en la cima de aquel alto monte, alto y abrupto. Los puse allá en la cima. Allí os esperan. El monte tiene más de un sendero; es más, tiene muchos senderos. Pero sólo uno de ellos es bueno. Los otros terminan o en precipicio o en cavernas sin salida o en fosas de agua legamosa o en cubiles de víboras o en cráteres de azufre encendido o contra muros infranqueables. El bueno, sin embargo, aunque es fatigoso, llega a la cima sin interrupción de precipicios u otros obstáculos. Para que lo podáis reconocer, he puesto a lo largo del sendero, a distancias uniformes diez monumentos de piedra en que están grabadas estas palabras de reconocimiento: *amor, obediencia, victoria.* Id, siguiendo este sendero, y llegad al lugar del tesoro. Yo, luego, por otro camino que sólo yo conozco, iré y os abriré las puertas para dicha vuestra".

452.9 [9]Los dos hijos se despidieron de su padre, quien, hasta que podían oírle, repitió: "Seguid el camino que os he dicho. Es por vuestro bien. No os dejéis tentar por los otros, aunque os parezcan mejores. Perderíais el tesoro, y a mí con él...".

Ya han llegado al pie del monte. El primer monumento estaba en la base, justo al principio del sendero que estaba en el centro de una estrella de sendas que subían a la conquista del monte en todas las direcciones. Los dos hermanos empezaron la subida por el sendero bueno. En los primeros momentos era muy ligero, aunque sin una pizca de sombra. Desde lo alto del cielo, el Sol descendía a pico inundándolo de luz y calor. La blanca roca en que el sendero se abría, el terso cielo sobre sus cabezas, el sol caliente que abrazaba sus cuerpos: esto veían y sentían los hermanos. Pero, animados aún por una buena voluntad, por el recuerdo de su padre y de sus recomendaciones, subían alegres hacia la cima. Llegan al segundo monumento... y luego al tercero. El sendero se hacía cada vez más fatigoso, solitario y ardiente. Ya no se veían siquiera los otros senderos, los cuales tenían hierba y árboles o aguas claras, y, sobre todo, una subida más suave, porque era menos empinada y estaba trazada en la tierra, no en la roca.

"Nuestro padre quiere que lleguemos muertos" dijo uno de los dos hijos al llegar al cuarto monumento. Y empezó a aminorar el paso. El otro le animó a continuar, diciendo: "Si ha salvado para nosotros tan maravillosamente el tesoro, es que nos quiere como si fuéramos él mismo, y más todavía. Este sendero de la roca, que sube sin pérdi-

da desde el pie hasta la cima, lo ha excavado él. Y ha hecho estos monumentos para que nos sirvan de guía. ¡Piensa, hermano mío, que él solo ha hecho todo esto, por amor! ¡Para dárnoslo a nosotros! Para hacer que lleguemos sin error posible y sin peligro".

Siguieron andando. Pero los senderos que quedaban abajo, de vez en cuando, se acercaban al sendero de la roca, y esto sucedía cada vez más, en la medida en que el monte, acercándose a la cima, se iba haciendo más estrecho en su cono. ¡Y qué hermosos eran, umbríos, tentadores!...

"Estoy por tomar uno de ésos" dijo el descontento al llegar al sexto monumento. "En realidad, también aquél va a la cima".

"Hablas sin saber... No ves si sube o baja..."

"¡Ahí arriba está!".

"No sabes si es ése. Y además nuestro padre dijo que no dejásemos el recto camino...".

De mala gana continuó el insatisfecho. Ya llegó el séptimo monumento: "¡Bueno yo me voy, ¿eh?!".

"¡No lo hagas, hermano!".

Sendero arriba, un tramo verdaderamente dificilísimo; pero la cima ya estaba cercana...

Han llegado al octavo monumento, que está cerca del sendero florido, rayano con él. "¿Ves como, aunque no sea en línea recta, lleva arriba también éste?".

"No sabes si es ése."

"Sí, que le reconozco".

"Te engañas".

"No. Voy al otro".

"No lo hagas. Piensa en nuestro padre, en los peligros, en el tesoro."

"¡Pues prescindo de todo y de todos! ¿Para qué me sirve el tesoro, si llego a la cima agonizando? ¿Qué peligro es mayor que este camino? ¿Y qué odio, mayor que este de nuestro padre que se ha burlado de nosotros con este sendero para que muriésemos? Adiós. Llegaré antes que tú, y vivo..." y se lanzó al sendero contiguo, y desapareció con una exclamación de gozo tras los troncos que daban sombra al sendero.

[10]El otro prosiguió, con gran dificultad... ¡Oh, el último trecho del camino era verdaderamente tremendo! El viandante ya no podía más. Estaba como ebrio de fatiga, de sol. Al llegar al noveno monumento, se detuvo jadeando. Se apoyó en la piedra esculpida y leyó instintivamente las palabras en ella grabadas. A poca distancia había un sendero de sombra, de aguas, de flores... "Casi, casi... ¡No! 452.10

No. Ahí está escrito, y lo ha escrito mi padre: *amor, obediencia, victoria*. Debo creer. En su amor, en su verdad, y *debo* obedecer para mostrar mi amor... Vamos... Que el amor me sostenga...". Llegó el décimo monumento... El viandante exhausto, abrasado por el sol, caminaba encorvado como bajo un yugo... Era el amoroso y santo yugo de la fidelidad que es amor, obediencia, fortaleza, esperanza, justicia, prudencia, todo... En vez de apoyarse, se dejó caer, sentado, en la sombra insignificante que el monumento proyectaba en el suelo. Se sentía morir... Desde el sendero de al lado llegaba un rumor de arroyos y olor de bosque... "¡Padre, padre, ayúdame con tu espíritu, en la tentación... ayúdame a ser fiel hasta el final!".

Desde lejos, la voz jubilosa de su hermano: "Ven, te espero. Esto es un edén... Ven...".

"¿Y si fuera?..." y gritando fuerte: "¿Estás seguro de que se sube a la cima?".

"Sí, ven. Hay una galería fresca que lleva arriba. ¡Ven! Ya veo la cima, detrás de la galería que atraviesa la roca...".

"¿Voy? ¿No voy?... ¿Quién me socorre?... Voy...". Calcó las manos para levantarse, pero, mientras lo hacía, observó que las palabras incididas ya no eran seguras, como las del primer monumento: "En cada monumento que pasaba las palabras eran más ligeras... como si a mi padre, derrengado, le hubiera costado incidirlas. Y... ¡fíjate!... Aquí también esas marcas rojas obscuras que ya se veían desde el quinto monumento... Pero aquí llenan las hendiduras de todas las palabras e incluso ha escurrido hacia afuera, formando rayas como de lágrimas obscuras en la piedra, como... de sangre...". Rascó con el dedo en el lugar en que había una mancha de la extensión de dos manos. Y la mancha se redujo a polvo, dejando al descubierto, frescas, estas palabras: "Así os he amado. Hasta derramar la sangre por llevaros al Tesoro".

"¡Oh! ¡oh! ¡Padre mío! ¡¿Y me venía la idea de no cumplir tu orden?! ¡Perdón, padre mío! Perdón". El hijo lloró contra la piedra, y la sangre que llenaba las palabras recobró su frescura, resplandeciendo como el rubí, y las lágrimas fueron comida y bebida del hijo bueno, y le dieron fuerza... Se levantó... Por amor llamó a su hermano, le llamó fuerte, fuerte... Quería que supiera lo que había descubierto... el amor de su padre, decirle: "Vuelve". Nadie respondió...

El joven reanudó la marcha, casi de rodillas sobre la piedra ardiente, porque su cuerpo estaba totalmente agotado por el esfuerzo; pero su espíritu estaba sereno.

Ya se ve la cima... En ella, su padre. "¡Padre mío!", "¡Hijo amado!". El joven se dejó caer sobre el pecho paterno, el padre le acogió

cubriéndole de besos.

"¿Estás solo?".

"Sí... Pero mi hermano llegará pronto...".

"No. No llegará jamás. Ha abandonado el camino de los diez monumentos. No ha vuelto a él después de los primeros desengaños admonitorios. ¿Quieres verle? Allí está. En el abismo de fuego... Ha sido pertinazmente culpable. Si, después de conocer el error, hubiera vuelto sobre sus pasos y, aunque hubiera sido con retraso, hubiera pasado por donde el amor pasó primero, sufriendo hasta derramar su mejor sangre, la parte más preciada de sí mismo por vosotros, yo le habría perdonado todavía, y le habría esperado".

"Él no sabía...".

"Si hubiera mirado con amor las palabras incididas en los diez monumentos, habría leído su verdadero significado. Tú lo has leído desde el quinto monumento y se lo has observado al otro, diciéndole: 'Nuestro padre aquí debe haberse herido'. Y lo has leído en el sexto, séptimo, octavo, noveno... cada vez con más claridad, hasta que has tenido el instinto de destapar lo que se ocultaba bajo mi sangre. ¿Sabes cómo se llama ese instinto?: 'Tu verdadera unión conmigo'. Las fibras de tu corazón, fundidas con mis fibras, se han sobresaltado, y te han dicho: 'Aquí hallarás la medida del amor de tu padre'. Ahora toma posesión del Tesoro, y de mí con él, tú, amoroso, obediente, victorioso para siempre".

Ésta es la parábola.

[11]Los diez monumentos son los diez mandamientos. Vuestro Dios 452.11
los ha grabado y colocado en el sendero que lleva al Tesoro eterno, y ha sufrido para conduciros a ese sendero. ¿Vosotros sufrís? También Dios. ¿Vosotros tenéis que forzaros a vosotros mismos? También Dios. ¿Y sabéis hasta qué punto? Sufriendo el separarse de sí mismo y forzarse a conocer el hecho de ser hombre con todas las miserias que la humanidad lleva consigo: nacer, padecer frío, hambre, cansancio, burlas, afrentas, odios, insidias y finalmente la muerte, dando toda su Sangre para daros el Tesoro. Esto es lo que sufre Dios que ha bajado a salvaros. Esto es lo que sufre Dios en lo alto del Cielo, permitiéndose a sí mismo sufrirlo.

En verdad os digo que ningún hombre, por fatigoso que sea su senda para llegar al Cielo, recorrerá jamás un sendero más fatigoso y doloroso que el que el Hijo del hombre recorre para venir del Cielo a la Tierra y de la Tierra ir al Sacrificio para abriros las puertas del Tesoro.

En las tablas de la Ley ya está mi Sangre. En el Camino que os trazo está mi Sangre. La puerta del Tesoro se abre con el empuje de

la ola de mi Sangre. Vuestra alma se hace cándida por el lavacro de mi Sangre, y fuerte por la nutrición de mi Sangre. Pero, para que no sea derramada en vano, vosotros debéis recorrer el camino inmutable de los diez mandamientos.

Ahora vamos a descansar. Cuando se ponga el Sol iré hacia Ippo; Juan, a la purificación; vosotros, a vuestras casas. La paz del Señor esté con vosotros».

453. Llegada a Ippo y discurso en pro de los pobres. Curación de un esclavo paralítico.

2 de julio de 1946.

453.1 [1]Jesús entra en Ippo una clara mañana. Debe haber pernoctado en la casa campestre de algún habitante de la ciudad que ha venido a escucharle, para entrar luego en la ciudad en las primeras horas de la mañana de un rumoroso día de mercado. Muchos de Ippo están con Él. Muchos de Ippo, habiendo sido avisados por otros de que ha llegado el Rabí, acuden solícitos a su encuentro. Mas no son sólo los habitantes de esta ciudad los que están alrededor de Jesús; están presentes también los del arrabal del lago. Falta sólo alguna mujer que, por sus condiciones físicas o por tener niños demasiado pequeños, no ha podido alejarse demasiado de casa.

La ciudad, ligeramente elevada sobre el nivel del lago, extendida sobre las primeras ondulaciones de la llanura elevada que está allende el lago y que va subiendo hacia oriente para alcanzar al sudeste los montes de la Auranítida y al nordeste el grupo montañoso presidido por el gran Hermón, tiene buena presencia: ciudad rica en comercio y en bienes; importante también como nudo de caminos, y eslabón de enlace entre muchas regiones de allende el lago, como se deduce de los mojones de los caminos (están colocados en sus cercanías y llevan los nombres de Gamala, Gadara, Pel.la, Arbela, Bosra, Gerguesa, y otros más).

Muy poblada y muy visitada por forasteros que vienen de los pueblos vecinos para compras o ventas o por otros motivos de negocios. Veo a muchos romanos, civiles o militares, entre la multitud, la cual —no sé si es propiedad de esta ciudad o si lo es de la región— no me parece tan agresiva contra los romanos, no me parece que los rechace tanto. Quizás los negocios, más que en las zonas de la otra orilla, han estrechado vínculos recíprocos, que, si no son de amistad, por lo menos son de conveniencia.

453.2 [2]La muchedumbre aumenta a medida que Jesús avanza hacia el

centro de la ciudad, hasta que se detiene en una vasta plaza arbolada, donde, a la sombra de los árboles, se desarrolla el mercado, o sea, se conciertan los negocios más importantes. Porque la compraventa de poca envergadura de alimentos y enseres se realiza detrás de esta plaza, en un terreno sin pavimentar donde ya pega el sol. De éste se defienden los compradores y vendedores con toldos montados sobre estacas y que proyectan un pequeño espacio de sombra sobre las mercancías expuestas en el suelo. El lugar, estando así cubierto con toldos poco elevados y de todos los colores, entre los cuales hormiguea la gente, vestida con indumentos variopintos, parece un prado engalanado con flores gigantescas: unas fijas, otras móviles por los senderillos que hay entre uno y otro toldo. Ello comunica al lugar un aspecto de belleza, que pierde, sin duda, cuando, desmontadas las... barracas prehistóricas, la explanada debe aparecer con su amarillenta desolación de lugar estéril y desierto.

Ahora está lleno de vocerío. ¡Pero cuánto gritan estos pueblos, y cuántas palabras dicen gritando para llegar a un acuerdo... pues... simplemente sobre una escudilla de madera, un cernedor, o un puñado de semillas! Y al vocerío de los que compran y venden se une todo un coro de mendigos que fuerzan la voz para que se los oiga por encima del vocerío.

«¡Pero aquí no puedes hablar, Maestro!» exclama Bartolomé. «¡Tu voz es potente, pero no puede superar este ruido!».

«Esperaremos. ¿Veis? El mercado está terminando. Ya hay quien empieza a quitar las mercancías. Entretanto, id a ofrecer a los mendigos la limosna, con lo que han dado los ricos de aquí. Será para el discurso prólogo y bendición, porque la limosna dada con amor pasa del grado de ayuda material al de amor al prójimo, y atrae gracias» responde Jesús.

Los apóstoles van a cumplir la orden.

[3]Jesús sigue hablando entre la atenta gente: «La ciudad es rica y próspera. Al menos en esta parte. Veo que estáis vestidos con túnicas limpias y bonitas. Vuestras caras denotan buena alimentación. Todo me dice que no sufrís la miseria. Lo que os pregunto ahora es si aquellos que allí se lamentan son de Ippo o son mendigos ocasionales que han venido aquí de otros lugares en busca de una ayuda. Sed sinceros...». 453.3

«Mira. Te vamos a responder, aunque ya la reprensión se entrevé en tus palabras. Algunos han venido de fuera. La mayor parte son de Ippo».

«¿Y no hay trabajo para ellos? He visto que aquí se construye mucho y debería haber trabajo para todos...».

«Los que alistan para el trabajo casi siempre son los romanos...».

«Casi siempre. Tú lo has dicho. Porque también he visto a habitantes de aquí superentendiendo trabajos; y entre ellos he visto a muchos que tienen a gente que no es de aquí. ¿Por qué no ayudar primero a los del lugar?».

«Porque... es difícil trabajar aquí, porque, sobre todo, hace años, antes de que los romanos construyeran buenas calzadas, era laborioso traer aquí los bloques de piedra y abrir los caminos... Y muchos enfermaron o quedaron maltrechos... y ahora son mendigos porque ya no pueden trabajar».

«Pero ¿vosotros disfrutáis del trabajo que hicieron?».

«¡Por supuesto, Maestro! Fíjate qué bonita ciudad, qué cómoda, con agua abundante en cisternas profundas, y hermosos caminos que comunican con otras ciudades ricas. Fíjate qué construcciones más sólidas. Fíjate cuántos trabajadores. Fíjate...».

«Veo todo. ¿Y a construir estas cosas os han ayudado los que ahora os piden quejumbrosamente un pan? ¿Respondéis que sí? ¿Y entonces por qué, si disfrutáis de lo que ellos os han ayudado a tener, no les dais ni una pequeña porción de disfrute? El pan, sin que lo pidan; una yacija, para que no se vean obligados a compartir las madrigueras de los animales agrestes; una ayuda para sus enfermedades (que si se curasen de ellas tendrían la manera de hacer todavía algo, en vez de sentirse rebajados a un ocio forzado y humillante). ¿Cómo podéis sentaros contentos a la mesa y participar con alegría de la abundante comida, rodeados de vuestros hijos festivos, sabiendo que, a poca distancia, hermanos vuestros tienen hambre? ¿Cómo ir a descansar en una cama bien cobijada, cuando sabéis que afuera, de noche, hay hombres que no disponen de camastro ni refugio? ¿No os queman la conciencia esas monedas que guardáis en las arcas, sabiendo que muchos no tienen ni una moneda con que comprarse un pan?

453.4 [4]Me habéis dicho que creéis en el Señor Altísimo y que observáis la Ley, que conocéis a los Profetas y los libros de la Sabiduría. Me habéis dicho que creéis en mí y que deseáis con avidez mi doctrina. Bueno, pues entonces tenéis que hacer bueno vuestro corazón, porque Dios es Amor y preceptúa amor, porque la Ley es amor, porque los Profetas y los libros de la Sabiduría aconsejan el amor, y mi doctrina es doctrina de amor. Los sacrificios y oraciones son vanos si el amor al prójimo no es su base y altar, y especialmente al pobre indigente, al cual es posible ofrecer todas las formas de amor con el pan, la cama, los vestidos, con el consuelo y la enseñanza, y conduciéndole a Dios. La miseria, degradando, lleva al espíritu a perder esa fe en la Providencia que es saludable para resistir en las pruebas de la vi-

da. ¿Cómo podéis pretender que el mísero sea siempre bueno, paciente, pío, cuando ve que los favorecidos por la vida —y, por tanto, según el concepto común, favorecidos por la Providencia— son duros de corazón, carecen de verdadera religión —porque a su religión le falta la parte primera y esencial: el amor—, carecen de paciencia y, teniéndolo todo, no saben soportar ni siquiera la súplica del hambriento? ¿Que a veces imprecan contra Dios y contra vosotros? ¿Y quién los conduce a este pecado? ¿No meditáis nunca, vosotros, ricos ciudadanos de una rica ciudad, que tenéis un gran deber: el de instruir en la Sabiduría a los abandonados con vuestro modo de actuar?

Alguien me ha dicho: "Todos querríamos ser tus discípulos para predicarte". Y Yo digo a todos: podéis hacerlo. Estos que vienen amedrentados, avergonzados con sus vestidos andrajosos y sus caras demacradas, son los que esperan la Buena Nueva, la que es dada, sobre todo, para los pobres, para que tengan una confortación sobrenatural en la esperanza de una vida gloriosa después de la realidad de su triste vida presente. Vosotros podéis practicar esta doctrina mía con menor esfuerzo material, aunque con mayor esfuerzo espiritual, porque las riquezas son peligrosas para la santidad y la justicia. Ellos pueden practicarla no sin toda suerte de fatigas. El pan que les falta, el vestido insuficiente, el techo inexistente los mueven a preguntarse: "¿Cómo puedo creer que Dios es mi Padre, si no tengo lo que tienen las aves del aire?". ¿Cómo podrá la dureza del prójimo hacerles creer que hay que amarse como hermanos? Tenéis la obligación de darles la certeza de que Dios es Padre, y de que vosotros sois hermanos, con vuestro amor operativo. La Providencia existe, y vosotros sois sus ministros, vosotros, los ricos del mundo. Considerad este hecho de ser medios como el mayor honor que Dios os da y como la única vía para hacer santas las riquezas peligrosas.

[5]Y actuad como si en cada uno de éstos me vierais a mí mismo. Yo 453.5
estoy en ellos. He querido ser pobre y padecer persecución para ser como ellos y para que el recuerdo del Cristo pobre y perseguido perdurase a través de los siglos, proyectando una luz sobrenatural sobre los pobres y perseguidos como Cristo, una luz que os hiciera amarlos como a otros Cristos. Y Yo, efectivamente, estoy en el mendigo al que se da comida, bebida, o vestido o posada; estoy en el huérfano recogido por amor, en el anciano socorrido, en la viuda ayudada, en el peregrino hospedado, en el enfermo asistido; estoy en el afligido consolado, en el vacilante confirmado, en el ignorante instruido; estoy donde se recibe amor. Y todo lo que se hace —o en medios materiales o en medios espirituales— a un hermano pobre se me hace a mí. Porque Yo soy el Pobre, el Afligido, el Varón de Dolo-

res; y lo s
hombres,
aparente
realidad
verdader
ella los p

Vosotr
no hay al
nacer rey
ni la coro
ne para g
Maestro d
parte may
los podero
es Piedad.
que anun
nen el cor
clavos, la
para pone
tanto en l
justicia, y
en campeo

453.6 [6]Yo soy
los Cielos,
la justicia.
del amor.
queza, sin
que me sig
y a su prój
que sus fie
su semejar
modo; no l
otros, ante
siempre tr
mejor y ete
Tierra, a lo
ga estas co
o grado de
os abro Yo.

Venid a
lo que sois
talece para

«Los que alistan para el trabajo casi siempre son los ron

«Casi siempre. Tú lo has dicho. Porque también he vis
tantes de aquí superentendiendo trabajos; y entre ellos h
muchos que tienen a gente que no es de aquí. ¿Por qué r
primero a los del lugar?».

«Porque... es difícil trabajar aquí, porque, sobre todo, h
antes de que los romanos construyeran buenas calzadas, er
so traer aquí los bloques de piedra y abrir los caminos...
enfermaron o quedaron maltrechos... y ahora son mendig
ya no pueden trabajar».

«Pero ¿vosotros disfrutáis del trabajo que hicieron?».

«¡Por supuesto, Maestro! Fíjate qué bonita ciudad, qu
con agua abundante en cisternas profundas, y hermosos
que comunican con otras ciudades ricas. Fíjate qué const
más sólidas. Fíjate cuántos trabajadores. Fíjate...».

«Veo todo. ¿Y a construir estas cosas os han ayudado los
ra os piden quejumbrosamente un pan? ¿Respondéis que
tonces por qué, si disfrutáis de lo que ellos os han ayudado a
les dais ni una pequeña porción de disfrute? El pan, sin que
una yacija, para que no se vean obligados a compartir las
ras de los animales agrestes; una ayuda para sus enfermed
si se curasen de ellas tendrían la manera de hacer todaví
vez de sentirse rebajados a un ocio forzado y humillante).
déis sentaros contentos a la mesa y participar con alegría d
dante comida, rodeados de vuestros hijos festivos, sabiendo
ca distancia, hermanos vuestros tienen hambre? ¿Cómo ir
sar en una cama bien cobijada, cuando sabéis que afuera,
hay hombres que no disponen de camastro ni refugio? ¿No
la conciencia esas monedas que guardáis en las arcas, sal
muchos no tienen ni una moneda con que comprarse un pa

453.4 [4]Me habéis dicho que creéis en el Señor Altísimo y que
la Ley, que conocéis a los Profetas y los libros de la Sab
habéis dicho que creéis en mí y que deseáis con avidez m
Bueno, pues entonces tenéis que hacer bueno vuestro co
que Dios es Amor y preceptúa amor, porque la Ley es am
los Profetas y los libros de la Sabiduría aconsejan el amo
trina es doctrina de amor. Los sacrificios y oraciones son
amor al prójimo no es su base y altar, y especialmente al
gente, al cual es posible ofrecer todas las formas de amor
la cama, los vestidos, con el consuelo y la enseñanza, y co
le a Dios. La miseria, degradando, lleva al espíritu a perd
la Providencia que es saludable para resistir en las prueb

ría. En mi palabra hay sabiduría. Venid a mí, haceos una vida nueva sobre la base de otros conceptos. No temáis no saber ni no poder hacer. Mi doctrina es fácil, mi yugo es ligero. Yo soy el Rabí que da sin pedir nada en cambio, nada sino vuestro amor. Si me amáis, amaréis mi doctrina, y, por tanto, también a vuestro prójimo, y tendréis la Vida y el Reino. Ricos, despojaos del apego a las riquezas y comprad con ellas el Reino con todas las obras de misericordioso amor al prójimo; pobres, despojaos de vuestro sentimiento de humillación y caminad por el camino de vuestro Rey. Con Isaías digo: "Sedientos, venid a las aguas; y también vosotros, los que no tenéis dinero, venid a comprar". Con el amor compraréis lo que es amor, lo que es alimento que no se estropea, alimento que verdaderamente sacia y fortalece.

*Yo me marcho, hombres y mujeres, ricos y pobres de Ippo. Me 453.7
voy para obedecer a la voluntad de Dios. Pero quiero marcharme de vuestra presencia menos afligido que como he llegado. Vuestra promesa será lo que consuele mi aflicción. Por el bien vuestro, ricos, por el bien de esta ciudad vuestra, sed, prometed ser, misericordiosos en el futuro respecto a los más pequeños de entre vosotros. Todo es hermoso aquí; pero, como una nube negra de tormenta pone aspecto temible a la más bella de las ciudades, así aquí domina, cual sombra que hace desaparecer toda belleza, vuestra dureza de corazón. Eliminadla y gozaréis de bendición. Recordad que Dios prometió no destruir Sodoma, si en ella hubiera habido diez justos. Vosotros no conocéis el futuro. Yo sí. Y en verdad os digo que está cargado de castigos más que una nube estival de granizo. Salvad vuestra ciudad con vuestra justicia, con vuestra misericordia. ¿Lo vais a hacer?».

«Lo haremos, Señor, en tu nombre. ¡Háblanos, sigue hablándonos! Hemos sido duros y pecadores. Pero Tú nos salvas. Eres el Salvador. Háblanos...».

«Estaré con vosotros hasta el anochecer. Pero hablaré con mis obras. Ahora, mientras el Sol domina, id cada uno a su casa y meditad en mis palabras».

«¿Y Tú a dónde vas, Señor? ¡A mi casa! ¡A mi casa!». Todos los ricos de Ippo quieren que vaya con ellos, y casi discuten por defender cada uno el motivo por el que Jesús debe ir a casa de éste o de aquél.

Él levanta la mano imponiendo silencio. A duras penas lo obtiene. Dice: «Voy a estar con éstos». Y señala a los pobres, los cuales, apiñados en un grupo al margen de la multitud, le miran con los ojos de quienes, siempre vilipendiados, se sienten queridos. Y repite:

---

* *Con Isaías digo* es cita de *Isaías 55, 1.*
* *Dios prometió* en *Génesis 18, 32,* como anota MV en una copia mecanografiada.

«Voy a estar con éstos, para consolarlos y compartir el pan con ellos. Para darles un adelanto de la alegría del Reino, donde el Rey estará sentado entre los súbditos en el mismo banquete de amor. Entretanto, puesto que su fe está escrita en sus caras y en sus corazones, les digo a ellos: "Hágase lo que en vuestro corazón pedís, y alma y cuerpo exulten con la primera salvación que os dona el Salvador"».

Habrá al menos un centenar de pobres. De éstos, al menos los dos tercios, tienen taras físicas, o están ciegos, o visiblemente enfermos; el otro tercio es de niños que mendigan para sus madres viudas o para sus abuelos... Bien, pues es prodigioso ver que los brazos tullecidos, las caderas baldadas, las espaldas contractas, los ojos apagados, las personas extenuadas que literalmente se arrastran, toda la flora dolorosa de las enfermedades y desdichas, debidas a accidentes de trabajo o contraídas por exceso de fatigas y de privaciones, se restauran, dejan de existir, y estos infelices vuelven a la vida, vuelven a sentirse capaces de bastarse a sí mismos. Los gritos llenan la vasta plaza y en ella retumban.

453.8 [8]Un romano se abre paso a duras penas por entre la multitud delirante y se llega a Jesús mientras Él, también con dificultad, se dirige hacia los pobres que han sido curados y que desde su sitio le bendicen, pues no pueden hender la muchedumbre compacta.

«¡Salve, Rabí de Israel! ¿Lo que has hecho es sólo para los de tu nación?».

«No, hombre. Ni lo que he hecho ni lo que he dicho. Mi poder es universal, porque universal es mi amor. Y mi doctrina es universal, porque para ella no hay castas, ni religiones, ni naciones, que limiten. El Reino de los Cielos es para la Humanidad que sabe creer en el Dios verdadero. Y Yo soy para aquellos que saben creer en el poder del Dios verdadero».

«Yo soy pagano. Pero creo que eres un dios. Tengo un esclavo al que quiero, un anciano esclavo, que me sigue desde que yo era niño. Ahora la parálisis le está matando lentamente y con muchos dolores. Pero es un esclavo y quizás Tú...».

«En verdad te digo que no conozco sino una verdadera esclavitud que me produzca repulsión: la del pecado, la del pecado obstinado. Porque quien peca y se arrepiente halla mi piedad. Tu esclavo será curado. Ve y cúrate de tu error, entrando en la verdadera fe».

«¿No vienes a mi casa?».

«No, hombre».

«Verdaderamente... he pedido demasiado. Un dios no va a casas de mortales. Eso se lee sólo en las fábulas... Pero nadie hospedó jamás a Júpiter o a Apolo».

«Porque no existen. Pero Dios, el verdadero Dios entra en las casas del hombre que cree en Él, y lleva a ellas curación y paz».

«¿Quién es el verdadero Dios?».

«El que es».

«¿No Tú? ¡No mientas! Te siento dios...».

«No miento. Tú lo has dicho. Yo lo soy. Yo soy el Hijo de Dios venido para salvar *a tu alma también*, como he salvado a tu amado esclavo. ¿No es ése que viene llamando a voces?».

[9]El romano se vuelve, ve a un anciano, seguido por otras perso- 453.9
nas, que envuelto en una manta corre gritando: «¡Mario! ¡Mario! ¡Amo mío!».

«¿Por Júpiter! ¡Mi esclavo! ¡Y corre!... Yo... he dicho: Júpiter... No. Digo: por el Rabí de Israel. Yo... yo...», el hombre ya no sabe qué decir...

La gente se abre de buena gana para dejar pasar al viejo curado.

«Estoy curado, amo. He sentido un fuego en mis miembros y una orden: "¡Levántate!". Me parecía tu voz. Me he levantado... Me tenía en pie... He intentado andar... podía... Me he tocado las llagas de la cama... no había llagas. He gritado. Nereo y Quinto han venido inmediatamente. Me han dicho dónde estabas. No he esperado a tener vestidos. Ahora te puedo servir todavía...», el anciano, de rodillas, llora mientras besa las vestiduras del romano.

«No a mí. Él, este Rabí, te ha curado. Habrá que creer, Aquila. Él es el verdadero Dios. Ha curado a aquéllos con la voz, y a ti... con no sé qué... Debemos creer... Señor... soy pagano, pero... toma... No. Es demasiado poco. Dime a dónde vas y te retribuiré». Había ofrecido una bolsa, pero la vuelve a guardar.

«Voy debajo de aquel pórtico obscuro, con ellos».

«Te mandaré para ellos. ¡Salve, Rabí! Lo contaré a los que no creen...».

«Adiós. Te espero en los caminos de Dios».

El romano se marcha con sus esclavos. Jesús se marcha con sus pobres y con los apóstoles y discípulas.

El pórtico —más calle cubierta que pórtico— es umbrío y fresco, y la alegría es tanta, que el lugar, de por sí muy común, también parece hermoso. De vez en cuando, uno de la ciudad viene y da dádivas. Vuelve el esclavo del romano con una pesada bolsa. Y Jesús otorga palabras de luz y consuelos de dinero, y, cuando regresan los apóstoles con una serie de provisiones, Jesús parte el pan y bendice el alimento y ofrece a los pobres, a sus pobres...

454. María Stma. y su amor perfecto. Conflicto de Judas Iscariote con el pequeño Alfeo.

3 de julio de 1946.

454.1 [1]Se viene la noche, trayendo brisas que refrescan después de tanto calor, y penumbras de alivio después de tanto sol.

Jesús se despide de los de Ippo, bien firme en su propósito de no prorrogar la partida, pues quiere estar en Cafarnaúm para el sábado. La gente se aleja sin ganas. Alguno, obstinado, le sigue incluso fuera de la ciudad.

Entre éstos está la mujer de Afeq, viuda, que en el arrabal del lago rogó al Señor que la eligiera como tutora del pequeño Alfeo, a quien su madre no quería. Se ha incorporado al grupo de las discípulas y ya está muy familiarizada con ellas (tanto, que la tratan como a una de la familia). Ahora está con Salomé, hablando muy animadamente con ella, en tono bajo.

454.2 [2]Más atrás va María con su cuñada, y ajustan su paso al del pequeñuelo, que camina en medio de ellas, dando la mano a las dos. Se divierte en saltar en el borde de todas las piedras de la calzada, construida por las romanos ciertamente por estar hecha así, de piedras regulares. Y ríe, diciendo cada vez: «¿Ves qué bien lo hago? ¡Mira, mira otra vez!». Un juego que creo que habrán hecho todos los niños del mundo, cuando van de la mano de los que sienten para sí afectuosos. Y las dos santas criaturas, que le sujetan de la mano, muestran gran interés en su juego y le alaban por la habilidad con que se ve que salta.

El pobre pequeñuelo ha recobrado lozanía en pocos días de vida pacífica y amorosa; la expresión de sus ojos es festiva, como la de los niños felices, y la sonrisa argentina de su boca le hace incluso más guapo, y, sobre todo, más niño, no teniendo ya esa expresión que tenía en el anochecer de la partida de Cafarnaúm, de hombrecito prematuramente triste.

María de Alfeo, observando esto y oyendo algunas palabras de Sara, la viuda, dice a su cuñada: «¡Así sería perfecto! Si yo fuera Jesús, se le entregaría».

«Tiene una madre, María...».

«¡Madre? ¡No lo digas! Es más madre una loba que esa desalmada».

«Es verdad. Pero aunque no sienta el deber hacia su hijo, sigue teniendo el derecho respecto al hijo».

«¡Mmm! ¡Para hacerle sufrir! ¡Fíjate, está mucho mejor!».

«Ya lo veo. Pero... Jesús no tiene el derecho de arrebatar los hijos

a las madres, ni siquiera para dárselos a quien los amaría».

«Tampoco los hombres tendrían derecho a... Basta. Yo sé a qué me refiero».

«Te comprendo... Quieres decir: tampoco los hombres tendrían derecho a quitarte el Hijo a ti, y, no obstante, lo harán... Pero, haciendo esto, un acto humanamente cruel, provocarán un bien infinito. Esto, sin embargo, no sé si sería un bien para aquella mujer...».

«Para el niño sí. [3]Pero ¿por qué Jesús nos dijo aquella cosa horrenda? No tengo paz desde que la sé...». 454.3

«¿Y no sabías ya antes que el Redentor debía padecer y morir?».

«¡Sí que lo sabía! Pero no sabía que era Jesús. ¡Que le he querido, ¿eh?! Más que a mis propios hijos. Tan guapo, tan bueno... ¡Oh! Te le envidiaba, María mía, cuando era niño, y también siempre... siempre... Me dolía un simple soplo de viento que sufriera Él... No puedo pensar que será torturado...». María Cleofás llora en su velo.

Y María, la Madre, la consuela: «María mía, no mires la cosa desde el lado humano. Piensa en sus frutos... Yo, ya te puedes imaginar cómo veo irse la luz cada día... Cuando muere la luz, digo: un día menos de tener a Jesús... ¡Oh! ¡María! Por una cosa, sobre todo, doy gracias al Altísimo, por haberme concedido alcanzar el amor perfecto —perfecto hasta lo que puede poseer una criatura—, que me concede poder medicar y fortificar mi corazón diciendo: "Su dolor y el mío son útiles para mis hermanos: bendito sea el Dolor". Si no amara así al prójimo... no podría, no, pensar que van a matar a Jesús...».

«¿De qué magnitud es, entonces, tu amor? ¿Qué amor hay que tener para poder decir esas palabras?, ¿para... para... no huir con el propio hijo, defenderle y decir al prójimo: "Mi primer prójimo es mi hijo y a él le amo sobre todas las cosas"?».

«Es a Dios a quien hay que amar sobre todas las cosas».

«Y Él es Dios».

«Él hace la voluntad del Padre y yo con Él. ¿Que de qué magnitud es mi amor? ¿Que qué amor hay que tener para poder decir esas palabras? El amor de fusión con Dios, la unión total, el abandono total, vivir perdidas en Él, no ser ya sino una parte de Él, de la misma forma que la mano es una parte de ti misma y hace lo que tu cabeza ordena. Éste es mi amor y es el amor que se debe tener para hacer siempre con buena voluntad la voluntad de Dios».

«Pero tú eres tú. Eres la Bendita entre todas las criaturas. Seguro que lo eras ya antes de tener a Jesús, porque Dios te eligió para tenerle, y te es fácil...».

«No, María. Yo soy la Mujer y la Madre como toda mujer y madre. El don de Dios no suprime a la criatura, que tiene su humani-

dad como todas las demás, aunque el don le dé una espiritualidad muy fuerte. Tú sabes ya que *yo* he debido aceptar el don con voluntad espontánea y con todas las consecuencias que el don comportaba. Porque todo don divino es una gran bienaventuranza, pero también un fuerte compromiso. Y Dios no violenta a ningún hombre para que acepte sus dones, sino que pregunta a la criatura, y, si la criatura, a
454.4 la voz espiritual que le habla, contesta: "No", Dios no la fuerza. [4]Todas las almas, al menos una vez en la vida, reciben la propuesta de Dios acerca de...».

«¡Yo no! ¡A mí no me ha pedido nunca nada!» exclama segura María de Alfeo.

María Virgen sonríe mansamente y responde: «No te has percatado y tu alma ha respondido sin que te dieras cuenta; y eso es porque amas ya mucho al Señor».

«¡Te digo que no me ha hablado nunca!...».

«¿Y por qué, entonces, estás aquí, como discípula, siguiendo a Jesús? ¿Y por qué, entonces, esa aflicción tuya porque tus hijos, *todos*, sean seguidores de Jesús? Sabes lo que significa seguirle, y no obstante quieres que tus hijos le sigan».

«¡Así es! Quisiera darle todos mis hijos. Entonces verdaderamente diría que he dado a luz, a la Luz, a mis hijos. Y oro, oro porque pueda darlos a Luz, a Jesús, con una verdadera, eterna maternidad».

«¡Pues ya lo ves! ¿Y por qué eso? Porque Dios te preguntó un día y te dijo: "María, ¿me concederías a tus hijos para ser mis ministros en la nueva Jerusalén?". Y tú respondiste: "Sí, Señor". Y también ahora, que sabes que el discípulo no es más que el Maestro, respondes a Dios —que te pregunta aún para probar tu amor—, respondes: "Sí, mi Señor. ¡Lo que quiero es que sean tuyos!". ¿No es así?».

«Sí, María. Es así. Es verdad. Soy tan ignorante que no sé comprender lo que sucede en el alma. Pero cuando Jesús o tú me hacéis pensar, digo que es verdad. Es realmente verdad. Digo que... querría verlos muertos por los hombres antes que enemigos de Dios... Claro que... si los viera morir... si... ¡oh! Bueno, pero el Señor... el Señor me ayudaría, ¿eh!, en esa hora... ¿O te ayudará sólo a ti?».

«Ayudará a todas sus hijas fieles y mártires en el espíritu, o en el espíritu y en la carne para gloria suya».

«¿Pero a quién van a matar?» pregunta el niño, que, oyendo esto que dicen, ha dejado de dar brincos y ha estado atentísimo. Y también pregunta, entre un poco curioso y un poco atemorizado, mirando acá y allá, hacia los campos solitarios que se van poniendo obscuros: «¿Hay bandoleros? ¿Dónde están?».

«No hay bandoleros, niño. Y, por ahora, a nadie van a matar. Sal-

ta, sigue saltando...» responde María Stma.

[5]Jesús, que estaba muy adelante, se ha parado a esperar a las 454.5
mujeres. De los que le han seguido desde Ippo, están todavía tres hombres y la viuda; los otros se han decidido, uno después de otro, a dejarle y a volver a su ciudad.

Los dos grupos se reúnen. Jesús dice: «Vamos a estar aquí a la espera de la Luna. Luego seguiremos, para entrar al amanecer en la ciudad de Gamala».

«¡Pero Señor! ¿No te acuerdas de cómo te echaron de allí? Te suplicaron que te marcharas...».

«¿Y eso qué significa? Me marché y ahora vuelvo. Dios es paciente y prudente. En aquel momento, estando nerviosos, no eran capaces de acoger la Palabra, que para ser fructífera debe ser recibida
* con el ánimo en paz. Acordaos de Elías y de su encuentro con el Señor en el Horeb, y considerad que Elías era ya un ánimo amado del Señor y acostumbrado a entenderle. Sólo en la paz de una brisa ligera, cuando el ánimo descansaba, después de las zozobras, en la paz de la Creación y del *yo* honesto, habló el Señor; sólo entonces. Y el Señor ha esperado a que la zozobra que dejara la legión de demonios como recuerdo de su paso por aquella región —porque si el paso de Dios es paz, el paso de Satanás es turbación— cesara, y se hicieran cristalinos corazón e intelecto, para volver a estos de Gamala, que todavía son sus hijos. No temáis. No nos causarán ningún daño».

[6]La viuda de Afeq se acerca y se arrodilla: «¿Y a mi casa no vas a 454.6
venir, Señor? También Afeq está llena de hijos de Dios...».

«Áspero es el camino y breve el tiempo. Tenemos con nosotros a las mujeres y tenemos que regresar para el sábado a Cafarnaúm. No insistas, mujer» dice Judas Iscariote casi apartándola.

«Es que... Quería que se persuadiera de que podría tener bien conmigo al niño».

«Pero tiene a su madre, ¿comprendes?» replica Judas Iscariote, y lo dice con descortesía.

«¿Sabes algún camino corto entre Gamala y Afeq?» pregunta Jesús a la mujer, que se ha quedado compungida.

«¡Sí! Un camino de montaña, pero bueno, y fresco porque atraviesa bosques. Y para las mujeres, pago yo; se pueden alquilar asnos...».

«Iré a tu casa para consolarte, aunque no puedo darte al niño porque tiene a su madre. Pero te prometo que pensaré en ti si Dios determina que el inocente aborrecido halle amor de nuevo».

«Gracias, Maestro. Eres bueno» dice la viuda, y mira a Judas de

* *Acordaos de Elías*, en el pasaje de *1R 19, 13-18*, como anota MV en una copia mecanografiada.

una forma que quiere decir: "Y tú eres malo".

El niño, que ha oído y comprendido, al menos en parte, y que le ha cogido cariño también a la viuda (la cual le conquista con caricias y dándole algunas cosas buenas de comer), un poco por un movimiento natural de reflexión y un poco por ese espíritu de imitación propio de los niños, repite exactamente lo que ha hecho la viuda, lo único que no hace es postrarse a los pies de Jesús, pero sí se agarra a sus rodillas y levanta la carita, blanca de luna, y dice: «Gracias, Maestro. Eres bueno». Y no se limita a eso; quiere dejar bien claro lo que piensa, así que termina: «y tú, malo» y, para que no haya posibles errores de persona, da una patadita con su pie en el pie de Judas Iscariote.

454.7 [7]La carcajada de Tomás es fragorosa, y arrastra a los demás a reírse, mientras dice: «¡Pobre Judas! ¡Está escrito, ¿eh?, que los niños no te quieran! Cada cierto tiempo un niño te juzga, y siempre tan * mal...».

Judas tiene tan poco buen temple, que muestra su ira, una ira injusta, desproporcionada a la causa y al objeto que la provoca, y que se desahoga arrancando con malos modales al pequeñuelo de las rodillas de Jesús y empujándole hacia atrás gritando: «Esto pasa cuando en las cosas serias se representan pantomimas. No es ni decoroso ni útil llevar con nosotros a un apéndice de mujeres y bastardos...».

«¡Eso sí que no! Tú has conocido a su padre. Era esposo legítimo y hombre justo» dice severo Bartolomé.

«¿Y? ¿Ahora éste no es un callejero, un futuro ladrón? ¿No es causa de que se hagan a nuestras espaldas comentarios poco buenos? Han pensado que era hijo de tu Madre... ¿Y dónde está el esposo de tu Madre para justificar un hijo de esta edad? O creen que es de uno de nosotros, y...».

«Basta. Hablas el lenguaje del mundo. Pero es que el mundo habla en el fango, a las ranas, a las culebras, a los lagartos, a todos los
454.8 animales inmundos... [8]Ven, Alfeo. No llores. Ven conmigo. Te llevo en brazos Yo».

La pena del niño es grande. Todo su dolor de huérfano y de niño aborrecido por su madre, dolor adormecido en esos días de paz, emerge de nuevo, vuelve a bullir, se desborda. Más que por las abrasiones que se ha hecho en la frente y en las manos al caer en el terreno pedregoso —abrasiones que las mujeres limpian y besan para consolarle— él llora por su dolor de hijo sin amor. Un llanto largo, desgarrador, con invocaciones a su padre muerto, a su madre... ¡Oh, pobre niño!

---

* *Cada cierto tiempo un niño te juzga*, como en 184.7 y en 196.6.

Lloro con él yo, la siempre desestimada de los hombres; y como él me refugio en los brazos de Dios, hoy, aniversario de los funerales de mi padre; hoy, día en que una injusta decisión me priva de la Comunión frecuente...

Jesús le toma, le besa, le acuna y consuela, y camina delante de todos, llevando en sus brazos al inocente, bajo el claro de luna... Y, mientras los sollozos menguan lentamente y enralecen, se puede oír en el silencio nocturno la voz de Jesús que dice: «Estoy Yo, Alfeo. Yo por todos. Yo, para hacerte de padre y madre. No llores. Tu padre está a mi lado y te besa conmigo. Los ángeles te cuidan como si fueran madres: todo el amor, todo el amor si eres bueno e inocente está contigo...»; [9]y la voz ronca de uno de los tres de Ippo que están allí que 454.9
dice: «El Maestro es bueno, y atrae; pero sus discípulos no. Yo me voy...»; y la voz severa del Zelote, que dice a Judas Iscariote: «¿Ves lo que haces?».

Y luego, cuando la única que queda entre las discípulas, suspirando con ellas, es la viuda de Afeq, se oye únicamente el rumor disminuido de los pasos, porque los tres de Ippo se han marchado. Y dura hasta que se detienen en una amplia gruta, quizás refugio de pastores (porque hay en ella un estrato de escobilla y helecho, poco antes cortados y extendidos en el suelo para que se sequen).

«Vamos a pararnos aquí. Vamos a agrupar este lecho de la Providencia para las mujeres. Nosotros podemos echarnos aquí fuera, en la hierba del suelo» dice Jesús. Y así lo hacen, mientras la Luna navega llena en el firmamento.

455. La Iglesia es confiada a la maternidad de María. Discurso, al pie de Gamala, en pro de unos forzados.

8 de julio de 1946.

[1]Cuando rompe el alba Jesús se despierta y se incorpora en su 455.1
tosco lecho hecho de tierra y yerba. Luego se pone en pie, coge sus sandalias y el manto que se había echado encima para defenderse del aguazo y del fresco nocturno, y, cautelosamente, pasa por entre la maraña de piernas, brazos, torsos y cabezas de los apóstoles, que dormían alrededor de Él. Se aleja algunos metros, aguzando la vista para ver —con la cintilación insegura del alba, que bajo los árboles frondosos apenas si es un atisbo de luz— en dónde pone los pies, y llega a un prado descubierto, el cual por un trozo entre árboles y rocas muestra un pequeño recorte del lago, que se despierta, y un amplio recorte del cielo, que se hace claro, pasando del pardo cerúleo,

propio del firmamento al salir de la noche, al celeste, mientras que a oriente ya se difumina con una pincelada amarillosa, cada vez más afianzada y cargada, hasta pasar del amarillo pálido al amarillo rosado y luego a un pálido coral hermosísimo.

El alba promete un hermoso día, a pesar de una levísima niebla que se resiste a ceder a la luz el campo del cielo, allá abajo, a oriente, y se disgrega en velos de nubes: tan ligeras, que el azul del cielo no se resiente, es más, se adorna como con muselina blanquísima orillada de oro y corales, una muselina que va cambiando sin cesar, que se hace cada vez más bella, como esforzándose en alcanzar la perfección de su efímera belleza antes de que el día la destruya con el triunfo del Sol. A occidente, por el contrario, resiste algún astro aún a la luz creciente, aunque carente ya del resplandor nocturno. La Luna, próxima ya a desaparecer por detrás de las crestas de los montes, navega pálida, sin brillo, como un planeta moribundo.

455.2 [2]Jesús, erguido, desnudos los pies sobre la hierba cargada de rocío, cruzado de brazos, la cabeza alta mirando al día que surge, piensa... o habla con el Padre en un coloquio de espíritus. El silencio es absoluto; tal, que se oyen caer al suelo las gotazas del abundantísimo aguazo.

Jesús, todavía de pie y con los brazos cruzados, baja la cara, y se abisma aún más en una meditación intensa. Está concentrado totalmente en sí mismo. Sus magníficos ojos bien abiertos miran fijamente al suelo, como para arrancar a las hierbas una respuesta. Pero estoy segura de que no ven ni siquiera el lento movimiento de los tallitos, los cuales es como si se estremecieran con el viento fresco del alba (un estremezón semejante al de uno que sale de un sueño y se despereza y se da la vuelta y se despeja para volver a estar bien despierto, ágil en todos sus nervios y músculos). Mira, pero no ve este despertar de las hierbas y flores silvestres, en las ramitas, en las hojas, en las corolas que forman umbelas o racimos o espigas o ramilletes... Unas flores aisladas en los cálices; otras, que forman nimbos radiados, bocas de dragón, cornucopias, penachos, bayas; algunas, enhiestas sobre sus tallos; otras, sin tersura y colgadas de un tallo no suyo al que se han enroscado; otras, en el suelo, fláccidas, reptantes; unas, reunidas en familias de muchas plantitas bajas y humildes; otras, solitarias, anchas, de color y aspecto violentos... Todas, tratando de sacudirse de los pétalos las gotas de rocío, deseosas ahora ya no de aguazo sino de sol... caprichosas tanto en los deseos como en sus composturas... Muy semejantes en esto a los hombres, que nunca están satisfechos de lo que tienen.

Jesús parece estar escuchando. Pero ciertamente no oye ni el fru-

frú del viento que va aumentando y se divierte en sacudir las gotas de rocío y hacerlas caer, ni el bisbiseo cada vez mayor de los pajarillos que se despiertan y se cuentan los sueños de la noche, o intercambian sus consideraciones sobre la cuna tibia y cóncava donde, en medio de pelusa y blando heno, los que ayer implumes hoy ya echan las primeras plumas, y abren desmesuradamente los desmedidos picos mostrando, ávidos, las gargantas rojas y chillando con su primera, exigente petición de alimento. Parece estar escuchando. Ciertamente no oye el primer reclamo burlón del mirlo, el primer canto dulce del currUco, ni de la alondra la nota de oro trinada alzándose festiva al encuentro de los primeros rayos del Sol, ni de las numerosas golondrinas —que dejan las peñas donde han hecho el nido y empiezan a tejer su tela de vuelos incansables de la tierra al cielo— el chillar que rasga el aire quieto. Y tampoco oye el grito roto de una urraca que se columpia en la rama del roble junto al que está Jesús y que parece preguntarle: «¿Quién eres? ¿En qué estás pensando?» y burlarse de Él. Tampoco esto interrumpe su meditación.

Pero ¿quién no sabe que las urracas hacen desaires? Ésta, cansada de ver a un intruso en su pradito, que quizás es su lugar de placer, arranca del roble dos hermosas bellotas unidas en un solo pecíolo y, con precisión de campeón de tiro, las deja caer sobre la cabeza de Jesús. No es un proyectil pesado, que pueda herir, pero, por la altura desde la que viene, adquiere en todo caso la consistencia suficiente como para hacer reaccionar al Meditabundo, que mira hacia arriba y ve al ave que con las alas abiertas y jocosas inclinaciones de cabeza se complace del tiro llevado a cabo. Jesús sonríe levemente, menea la cabeza, suspira como para coronar sus meditaciones y empieza a andar arriba y abajo. La urraca, con sonora risa y un guégué de mofa, baja a aletear, buscar, escarbar en la hierba liberada del Intruso.

[3]Jesús busca agua. Pero no la encuentra. Se resigna a volver donde los apóstoles. Pero los pájaros le enseñan dónde hallarla. A manadas bajan hacia unas flores anchísimas en forma de cáliz, cada una de ellas una pequeña copa con agua; o se posan en unas hojas anchas, peludas, que en cada uno de esos pelos tienen retenida una gota de rocío, y ahí beben o hacen sus abluciones. Jesús los imita. Recoge en el cuenco de las manos el agua de los cálices y se refresca la cara, toma las anchas hojas peludas y con ellas se quita el polvo de los pies descalzos... se limpia las sandalias, se las ata... con otras se lava las manos, hasta que las ve limpias; y sonríe mientras susurra: «¡Las divinas perfecciones del Creador!». 455.3

Ahora está refrescado, aseado —con la mano húmeda se ha orde-

nado también los cabellos y la barba—, y, mientras el primer rayo de sol hace del prado una alfombra sembrada de diamantes, va a despertar a los apóstoles y a las mujeres.

455.4 [4]Las unas y los otros se muestran tardos en despertarse porque están cansados. Pero María está despierta, inmovilizada por el niño, que duerme abrazado a su pecho, con la cabecita debajo de su mentón. Y la Madre, viendo aparecer a su Jesús por la entrada de la gruta, le sonríe con sus dulces ojos celestes, colorándose de rosa por la alegría de verle. Y se libera del niño, el cual gimotea un poco al sentir que le mueven; y se pone de pie y va donde Jesús con su silencioso paso levemente ondeante, de paloma pudorosa.

«Dios te bendiga, Hijo mío, en este día».

«Dios sea contigo, Mamá. ¿Has pasado una noche incómoda?».

«No, no. Es más, bien feliz. Me parecía tenerte a Ti, cuando eras pequeñito, entre mis brazos... Y he soñado que de tu boca manaba un río de oro, emitiendo un sonido de inefable dulzura, y como si una voz dijera, ...¡oh, qué voz!: "Ésta es la Palabra que enriquece al mundo y da beatitud a quien la escucha y obedece. Salvará sin límites de poder ni de tiempo ni de espacio". ¡Oh, Hijo mío! ¡Y esta Palabra eres Tú, mi Hijo! ¿Cómo podría vivir tanto y hacer tanto como para poder agradecer al Eterno el haberme hecho Madre tuya?».

«Que no te preocupe eso, Mamá. Cada uno de los latidos de tu corazón contenta a Dios. Tú eres la viviente alabanza a Dios, y lo serás siempre, Mamá. Tú le das gracias desde que existes...».

«No creo hacerlo suficientemente, Jesús. ¡Es tan grande, tan grande lo que Dios me ha hecho! Y, a fin de cuentas, ¿qué hago yo de más respecto a lo que hacen todas las mujeres buenas que son, como yo, tus discípulas? Hijo mío, dile a nuestro Padre, díselo Tú, que me dé la forma de darle gracias como el don merece».

«Madre mía, ¿tú crees que el Padre necesita que pida esto para ti? Ya te ha preparado el sacrificio que habrás de consumar para esta alabanza perfecta. Y perfecta serás cuando lo hayas cumplido...».

«¡Jesús mío!... Comprendo lo que quieres decir... ¿Pero seré capaz de pensar en esa hora?... Tu pobre Mamá...».

«¡La beata Esposa del Amor eterno! Esto eres, Mamá. Y el Amor pensará en ti».

«Lo dices Tú, Hijo, y yo descanso en tu Palabra. Pero Tú... ora por mí, en aquella hora incomprendida por todos éstos... y que es ya inminente... ¿No es verdad? ¿No es, acaso, verdad?».

Describir la expresión del rostro de María mientras mantiene este diálogo es imposible. No existe escritor que pueda traducirla en palabra sin deteriorarla con melosidades o colores inciertos. Sólo

quien tiene corazón, y corazón bueno, aun siendo corazón viril, puede dar mentalmente al rostro de María la expresión real que tiene en este momento.

Jesús la mira... Otra expresión intraducible en pobre palabra. Y le responde: «Y tú ora por mí en la hora de la muerte... [5]Sí. Ninguno 455.5
de éstos comprende... No es por su culpa. Es Satanás quien crea los vapores para que no vean, y estén como ebrios y no comprendan, y no estén preparados por consiguiente... y sean más fáciles de doblegar... Pero Yo y tú los salvaremos, a pesar de la asechanza de Satanás. Desde ahora te los confío, Madre mía. Recuerda estas palabras mías: te los confío. Te doy mi herencia. No tengo nada en la Tierra sino una Madre, que ofrezco a Dios: Hostia con la Hostia; y mi Iglesia, que te confío a ti. Sé Nutriz para ella. Hace poco pensaba en todos aquellos en quienes, a lo largo de los siglos, revivirá el hombre de Keriot con todas sus taras. Y pensaba que uno que no fuera Jesús rechazaría a este ser tarado. Pero Yo no le rechazaré. Soy Jesús. Tú,
* en el tiempo que permanezcas en la Tierra, segunda respecto a Pedro como jerarquía eclesiástica (él cabeza, tú fiel), primera respecto a todos como Madre de la Iglesia, habiéndome dado a luz a mí, Cabeza de este Cuerpo místico, tú no rechaces a los muchos Judas, sino socorre y enseña a Pedro, a los hermanos, a Juan, Santiago, Simón, Felipe, Bartolomé, Andrés, Tomás y Mateo, a no rechazar, sino a socorrer. Defiéndeme en mis seguidores, y defiéndeme contra aquellos que quieran dispersar y desmembrar a la naciente Iglesia. Y a lo largo de los siglos, oh Madre, siempre tú sé la Mujer que intercede y protege, defiende, ayuda a mi Iglesia, a mis Sacerdotes, a mis fieles, contra el Mal y el Castigo, contra sí mismos... ¡Cuántos Judas, oh Madre, a lo largo de los siglos! Y cuántos semejantes a limitados mentales que no saben entender, o a ciegos y sordos que no saben ver y oír, o a tullidos y paralíticos que no son capaces de venir... ¡Madre, todos bajo tu manto! Eres la única que puede y podrá cambiar los decretos de castigo del Eterno para uno o para muchos, porque nada podrá negar nunca la Tríada a su Flor».

«Así lo haré, Hijo. Por lo que depende de mí, ve en paz a tu meta. Tu Mamá está aquí para defenderte en tu Iglesia, siempre».

«Dios te bendiga, Mamá... [6]¡Ven! Voy a recoger para ti unos cálices 455.6
de flor llenos de rocío perfumado, así te refrescas la cara como he hecho Yo. Nos los ha preparado el Padre nuestro Stmo. y los pájaros me los han señalado. ¡Mira como todo sirve en la ordenada Creación de

---

* *segunda respecto a Pedro como jerarquía eclesiástica* debe entenderse: *subordinada a Pedro en lo que se refiere a la jerarquía eclesiástica* (de la cual María queda automáticamente excluida: *él cabeza, tú fiel.*

Dios! Este rellano elevado y cercano al lago, muy fértil por las nieblas que suben del mar galileo y por los árboles altos que atraen el rocío, permitiendo esta exuberancia de hierbas y flores incluso en medio de la quemazón estiva; esta abundante lluvia de gotas de rocío para llenar estos cálices y que sus amados hijos puedan lavarse el rostro... Ve lo que el Padre ha preparado para quien le ama. Ten. Agua de Dios, en cálices de Dios, para refrescar a la Eva del nuevo Paraíso».

Y Jesús coge estas anchísimas flores —no sé cómo se llaman— y vierte en las manos de María el agua recogida en el fondo...

455.7 [7]Los otros, entretanto, se han arreglado y vienen buscando a Jesús, que se ha alejado algunos metros del lugar de descanso.

«Estamos ya listos, Maestro».

«Bien. Vamos por esta parte».

«¿Pero es buen camino? Aquí terminan los bosques; y la otra vez estábamos en los bosques...» objeta Santiago de Zebedeo.

«Porque subíamos del lago, pero ahora podemos tomar el camino bueno. ¿Veis? Gamala está allí, entre oriente y mediodía, y el único camino es éste. Porque los otros tres lados son impracticables para quien no es una cabra agreste».

«Tienes razón. Evitaremos la hoz árida de la que vimos venir a los endemoniados» dice Felipe.

Caminan a buen paso y pronto dejan atrás el bosque en el que han dormido. Van por un camino pedregoso allende una pequeña hoz que se va acentuando a medida que se acerca al caprichoso monte al que está aferrada Gamala, escarpado por tres partes, o sea, al Este, Norte y Oeste, y unido al resto de la comarca por este único camino que sigue la dirección Sur-Norte; camino alto, entre dos pedregosos y agrestes valles que lo separan de las campiñas de oriente y de los bosques de encinas de occidente.

455.8 [8]Muchos cuidadores de cerdos pasan en medio de su hozadora manada, en dirección a los encinares. Carros cargados de piedras labradas pasan chirriando, tirados por lentos bueyes enyugados. Algún que otro caballero pasa al trote levantando nubes de polvo. Equipos de cavadores —creo que la mayor parte son esclavos o condenados a trabajos por algún motivo— pasan andrajosos y consumidos, hacia los trabajos, bajo la vigilancia dura de los sobrestantes.

A medida que el monte se acerca y ya el camino sube, se ven cárcavas fortificadas que cortan el monte como anillos que ciñen sus laderas. Cavar esas cárcavas allí no debe ser fácil, especialmente en ciertos lugares casi cortados a pico. Y, a pesar de todo, muchos hombres trabajan arreglando fortificaciones ya existentes, preparando otras, llevando sobre sus desnudas espaldas cubos de piedra (que ha-

cen plegarse a estos infelices y dejan surcos sangrantes en sus desnudas espaldas).

«¿Pero qué hacen los de esta ciudad? ¿Estamos, acaso, en tiempo de guerra para trabajar de ese modo? ¡Están locos!» comentan entre sí los apóstoles, mientras las mujeres muestran su compasión por los infelices semidesnudos, mal nutridos, obligados a fatigas superiores a sus fuerzas.

«¿Pero quién los hace trabajar? ¿El Tetrarca o los romanos?» preguntan los apóstoles y arguyen entre sí, porque parece que Gamala es —así diría yo— independiente de la Tetrarquía de Filipo y de la Tetrarquía de Herodes, y porque les parece imposible a muchos de los apóstoles que los romanos se preocupen de construir en casa ajena fortificaciones que mañana podrían ser usadas contra ellos. Y la eterna idea, fija como una idea maniática, del reino temporal del Mesías, se esgrime como enseña de una victoria ya segura y de gloria e independencia nacionales.

[9]Gritan tanto, que algunos sobrestantes se acercan y escuchan. 455.9
Son hombres rudos, de raza visiblemente no hebrea, bastantes ya camino de la vejez. Bastantes de ellos tienen cicatrices en el cuerpo. Pero lo que son lo dice la salida despreciativa de uno de ellos: «¡"Nuestro reino"! ¿Has oído, Tito? ¡Narigudos! Vuestro reino está ya aplastado debajo de estas piedras. Quien se sirve del enemigo para construir contra el enemigo sirve al enemigo. Palabras de Publio Corfinio. Y, si no comprendéis, pues vivid, que las piedras os explicarán el enigma» y se ríe mientras alza el azote, porque ve que uno de los trabajadores, agotado, vacila y se sienta, y le golpearía si Jesús no le detuviera, adelantándose y diciendo: «No te es lícito. Es hombre como tú».

«¿Quién eres, que te entrometes y defiendes a un esclavo?».

«Yo soy la Misericordia. Mi nombre de hombre no te diría nada. Pero este atributo mío te recuerda que seas misericordioso. Has dicho: "Quien se sirve del enemigo para construir contra el enemigo sirve al enemigo". Has dicho una dolorosa verdad. Pero Yo te digo otra, luminosa: "Quien no emplea misericordia no hallará misericordia"».

«¿Eres un orador?».

«Soy la Misericordia, ya te lo he dicho».

Algunos, de Gamala o que se dirigen a esta ciudad, dicen: «Es el Rabí de Galilea. El que manda a las enfermedades, a los vientos, a las aguas y a los demonios, y convierte las piedras en pan y nada se le resiste. Vamos corriendo a la ciudad a decirlo. ¡Que vengan los enfermos! Que escuchemos su palabra. ¡También nosotros somos de Israel!», y una parte de ellos se marchan rápidamente, mientras otra parte se queda en torno al Maestro.

El sobrestante de antes dice: «¿Es verdad lo que éstos dicen de ti?».

«Es verdad».

«Haz un milagro y creeré».

«No se piden milagros para creer. Se pide fe para creer, y obtener así el milagro. Fe y piedad hacia el prójimo».

«Soy pagano yo...».

«No es razón válida. Vives en Israel, que te da dinero...».

«Porque trabajo».

«No. Porque haces trabajar».

«Yo sé hacer trabajar».

«Sí, sin piedad. ¿No has pensado nunca que si en vez de ser romano hubieras sido de Israel habrías podido estar en el lugar de uno de éstos?».

«¡Hombre, claro!... Pero no lo soy, por protección de los dioses».

«No podrían defenderte tus ídolos vanos, si el verdadero Dios quisiera castigarte. Todavía no has muerto. Sé, pues, misericordioso para obtener misericordia...».

El hombre quisiera rebatir, discutir, pero luego se encoge de hombros despreciativamente y, volviendo las espaldas, se marcha a pegar a uno que ha parado de trabajar con el pico en una veta tenaz de roca.

Jesús mira al infeliz que recibe los golpes y mira al que golpea: dos miradas de igual, y al mismo tiempo distinta, piedad; y de una tristeza tan profunda, que me recuerda ciertas miradas de Cristo durante la Pasión. ¿Pero qué puede hacer? Impotente para intervenir, reanuda su camino, con el peso de las desventuras que ha visto y que le cargan el corazón.

455.10 [10]Mas bajan apresuradamente algunos habitantes de Gamala, personas importantes ciertamente, y llegan donde Jesús, a quien saludan con gran veneración, invitándole a que entre en la ciudad para hablar a los habitantes, los cuales, por su cuenta, están viniendo en nutridos grupos.

«Vosotros podéis ir a donde queráis. Ellos —y señala a los trabajadores— no pueden. La hora es aún fresca y la posición nos resguarda del sol. Vamos cerca de aquellos desdichados, para que también tengan ellos la palabra de Vida» responde Jesús. Y es el primero en encaminarse, volviendo sobre sus pasos y tomando luego un sendero accidentado que lleva monte abajo al lugar en que el trabajo es más penoso. Se vuelve entonces hacia las personalidades de la ciudad y dice: «Si tenéis facultad para hacerlo, ordenad que sea suspendido el trabajo».

«¡Claro que podemos hacerlo! Pagamos nosotros. Si pagamos ho-

ras vacías, nadie podrá quejarse» dicen los de Gamala, y van a hablar con los sobrestantes. Pasados unos momentos, veo que éstos se encogen de hombros como diciendo: «Si estáis contentos vosotros, ¿a nosotros qué nos importa?». Y luego silban a los equipos una señal ciertamente de descanso.

Jesús, entretanto, ha hablado con otros de Gamala. Veo que éstos hacen gestos de asentimiento y que se marchan a paso rápido, de nuevo hacia la ciudad.

Los laborantes, temerosos, acuden donde los sobrestantes y se ponen en torno a ellos. «Cesad el trabajo. El estrépito molesta al filósofo» ordena uno de éstos, quizás el jefe de todos. Los laborantes miran con ojos cansados a aquel que ha sido indicado como "filósofo" y que les concede el don de un alto en el trabajo.

Y este "filósofo", mirándolos con piedad, responde a su mirada y a las palabras del sobrestante diciendo: «No me molesta el estrépito, sino que me da pena su miseria». Y añade: «Venid, hijos. Dad descanso a vuestros miembros, y más al corazón, junto al Cristo de Dios».

Pueblo, esclavos, condenados, apóstoles, discípulos se apiñan en el espacio libre que hay entre el monte y las trincheras, y quien allí no halla sitio trepa al anillo de trincheras más altas, o se coloca en los bloques que han sido volcados al suelo, y los menos afortunados se resignan a ir al camino, adonde ya llegan los rayos del sol. Y va viniendo continuamente gente nueva, de Gamala; o se detienen los que, procedentes de otros lugares, se dirigían a ella.

Mucha gente. Y entre ella se abren paso los que poco antes se habían marchado. Traen cestos y recipientes pesados. Se abren paso hasta Jesús, que ha ordenado a los apóstoles que lleven a la primera fila a los laborantes. Ponen cestos y ánforas a los pies de Jesús.

«Dad a éstos las ofrendas de la caridad» ordena Jesús.

«Ya han recibido su comida y allí hay todavía posca y pan. Si comen demasiado, están pesados en el trabajo» grita un sobrestante.

Jesús le mira y repite la orden: «Dad a éstos comida de hombres, y traedme a mí su comida».

Los apóstoles, ayudados de gente solícita, lo llevan a cabo.

¡Su comida! Una especie de costra obscura, dura, indigna de ser dada a los animales, poca agua mezclada con vinagre: ¡éste es el alimento de estos forzados! Jesús mira y manda que apoyen en el monte esta miserable comida. Y mira a los que debían consumirlo, cuerpos desnutridos en los que sólo resisten los músculos, excesivamente desarrollados debido a los esfuerzos superiores a lo común, y haces de fibras que sobresalen bajo la piel fláccida; ojos febriles y atemorizados, bocas ávidas, animalescas incluso, en el acto de morder el ali-

mento bueno, abundante, inesperado, y de beber el vino, el verdadero vino fortalecedor, fresco...

Jesús espera, paciente, a que terminen la comida. Y no tiene que esperar mucho, porque la avidez es tal, que pronto todo está terminado.

455.11 [11]Jesús abre los brazos con el gesto habitual de cuando está para hablar, para atraer la atención e imponer silencio. Dice:

«En este lugar, ¿qué observan los ojos del hombre? Valles excavados más profundamente de cuanto lo fueran por la naturaleza que los creó, colinas formadas con masas de rocas y taludes fabricados por el hombre, caminos sinuosos que penetran en el monte como guaridas de animales. ¿Y todo esto para qué? Para detener un peligro que no se sabe de dónde viene, pero que se presiente amenazador como granizada de un cielo borrascoso.

En verdad, aquí se ha actuado humanamente, con fuerzas humanas y medios humanos, y también inhumanos, para defenderse y preparar medios de ofensiva, olvidando las palabras del Profeta, que * enseña a su pueblo cómo se puede defender de las desventuras humanas con medios sobrehumanos, los más válidos: "Consolaos... confortad a Jerusalén, porque su esclavitud ha terminado, su iniquidad está expiada, pues ha recibido de la mano del Señor el doble de sus pecados". Y después de la promesa explica la forma que debe seguirse para traducirla en realidad: "Preparad los caminos del Señor, enderezad en la soledumbre los senderos de Dios. Todo valle será colmado; toda montaña, rebajada; los caminos tortuosos se harán derechos, los escabrosos se harán lisos. Entonces aparecerá la gloria del Señor y todos los hombres, sin excepción, la verán, porque la boca del Señor ha hablado". Palabras pronunciadas de nuevo por el hombre de Dios, Juan el Bautista, y apagadas en sus labios sólo con la muerte.

Ésta es, oh hombres, la verdadera defensa contra las desventuras del hombre. No armas contra armas, defensa contra ofensa, no orgullos, no la crueldad; sino armas sobrenaturales, virtudes conquistadas en la soledumbre, o sea, en el interior del individuo, solo consigo mismo, que trabaja en santificarse elevando montes de caridad, rebajando cimas de soberbia, enderezando caminos tortuosos de concupiscencia, apartando de su camino obstáculos de sensualidad. Entonces aparecerá la gloria del Señor, y el hombre gozará de la defensa de Dios contra las asechanzas de los enemigos espirituales y ma-

---

* *palabras del Profeta*, en *Isaías, parte II, cap. 40°*, como dice la reseña de MV del manuscrito original. Las citas del discurso de Jesús son de: *Isaías 40, 1-8; 56, 4-7; 61, 1.*

teriales. ¿Pero qué creéis que son unas pocas trincheras, unas pocas escarpas, unos pocos fortines contra el castigo de Dios provocado por las iniquidades o incluso sólo por las tibiezas del hombre? Contra estos castigos, que tendrán un nombre (romanos, como en otros tiempos tuvieron el de babilonios o filisteos o egipcios), pero que en realidad son castigo divino, nada más que castigo, y un castigo provocado por los demasiados orgullos, sensualidades, codicias, mentiras, egoísmos, desobediencias a la Ley santa del Decálogo. El hombre, aun el más fuerte, puede morir por una mosca, y la ciudad mejor pertrechada puede ser expugnada: cuando el uno o la otra no gozan ya de la protección de Dios, protección desvanecida, rechazada, por causa de los pecados del hombre o de la ciudad.

[12]Sigue diciendo el Profeta: "Todo hombre es como la hierba, y toda su gloria como la flor del campo: se seca la hierba, cae la flor en cuanto las toca el soplo del Señor". 455.12

Vosotros, por deseo mío, miráis hoy con piedad a estos a los que hasta ayer habíais mirado como a máquinas obligadas a trabajar para vosotros. Hoy, porque os los he puesto como a hermanos entre hermanos, pobres hermanos en medio de vosotros, ricos y felices, hoy los veis como lo que son: hombres. El desprecio o la indiferencia han caído de muchos corazones para dejar lugar a la piedad. Pero consideradlos más íntimamente, más allá de la carne avasallada. Dentro de ésta, dentro de ellos, hay un alma, un pensamiento, sentimientos como en vosotros. Un día eran como vosotros: estaban sanos, eran libres, vivían felices. Luego dejaron de serlo. Porque, si la vida del hombre es como hierba que se seca, aún más frágil es su bienestar. Los que hoy están sanos mañana pueden estar enfermos, los que hoy son libres mañana pueden ser esclavos, los que hoy viven felices mañana pueden vivir infelices. Entre éstos hay quienes ciertamente son culpables. Mas no juzguéis su culpa ni gocéis de su expiación. Mañana, por muchos motivos, podríais ser culpables también vosotros y veros obligados a duras expiaciones. Sed, pues, misericordiosos, porque no conocéis vuestro mañana, que podría verse necesitado de toda la misericordia divina y humana: efectivamente, muy distinto del hoy podría ser. Sed propensos al amor y al perdón. No hay hombre sobre la Tierra que no necesite de perdón por parte de Dios y por parte de alguno de sus semejantes. Perdonad, pues, para ser perdonados.

[13]Sigue diciendo el Profeta: "La hierba se seca, la flor cae; mas la palabra del Señor permanece eterna". 455.13

Ésta es el arma y la defensa: la Palabra eterna, hecha ley de todas vuestras acciones. Levantad este verdadero baluarte contra el

peligro que amenaza, y seréis salvos. Acoged, pues, a la Palabra, Aquel que os habla, mas no la acojáis materialmente, durante una hora en el recinto de la ciudad; antes bien, en vuestro corazón y para siempre. Porque Yo soy Aquel que sabe y que obra y gobierna con poder. Y soy el Pastor bueno que apacienta el rebaño que a Él se confía; y no desatiendo a ninguno: ni al pequeño ni al cansado ni al herido o maltratado por la suerte ni al que llora por sus errores ni al que, rico y dichoso, margina todo en aras de la verdadera riqueza y dicha: la de servir a Dios hasta la muerte.

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los mansos, a vendar los corazones de aquellos que lo tienen roto, a predicar la libertad a los esclavos, la liberación a los prisioneros. Y no se me puede llamar agitador, porque no incito a la insurrección, ni aconsejo la evasión a los esclavos y prisioneros; sino que, al hombre encadenado, al hombre que padece esclavitud enseño la verdadera libertad, la verdadera liberación, la que no puede ser arrebatada y tampoco limitada, la que, en la medida en que más se abandona a ella el hombre, más crece: la libertad espiritual, la liberación del pecado, la mansedumbre en el dolor, el saber ver a Dios más allá de los hombres que encadenan, el saber creer que Dios ama a quien le ama, y perdona donde el hombre no perdona, saber tener esperanza en un lugar eterno, de premio, para quien sabe ser bueno en la desventura, para quien sabe arrepentirse de sus pecados, ser fiel al Señor.

No lloréis, vosotros para quienes hablo especialmente. He venido a consolar, a recoger a los desechados, a poner luz en sus tinieblas, paz en sus almas, a prometer una morada de gozo, tanto a quien se arrepiente como al no culpable. Y no hay pasado que impida este Presente que espera en el Cielo a los que saben servir al Señor en la condición en que se encuentran.

455.14 [14]No es difícil, pobres hijos, servir al Señor. Él os ha dado un modo fácil de servirle, porque os quiere felices en el Cielo. Servir al Señor es amar. Amar la voluntad de Dios porque amáis a Dios. La voluntad de Dios se cela incluso en las cosas más aparentemente humanas. Porque —os hablo a vosotros, que quizás habéis derramado sangre de hermanos—, porque, si es cierto que no era voluntad de Dios que fuerais violentos, ahora es voluntad suya que en la expiación canceléis vuestras deudas para con el Amor. Porque, si no era voluntad de Dios que os rebelarais contra vuestros enemigos, es ahora voluntad el que os hagáis humildes, como entonces fuisteis soberbios para perjuicio vuestro. Porque, si no era voluntad de Dios que con robo, grande o pequeño, os apropiarais de lo que no era vuestro, ahora es

voluntad de Dios que recibáis la pena para no llegar a Dios con vuestro pecado en el corazón.

Y esto no deben olvidarlo los que ahora viven dichosos, los que se creen seguros, los que, por esta torpe seguridad, no preparan en sí el Reino de Dios, y serán en la hora de la prueba como hijos lejanos de la casa del Padre, a merced de la tempestad, bajo el flagelo del dolor.

[15]Obrad todos con justicia, y alzad los ojos a la Casa paterna, al 455.15
Reino de los Cielos que, cuando tenga abiertas de par en par sus puertas por mano de Aquel que ha venido a abrirlas, no se negará a recibir a ninguno que haya alcanzado la justicia. Mutilados en las carnes, tullecidos, eunucos; o mutilados en el espíritu, tullecidos, eunucos en las potencias del espíritu, excluidos en Israel, no temáis no tener sitio en el Reino de los Cielos. Las mutilaciones, tullimientos, minoraciones de la carne cesan con la carne. Las morales, como la prisión y la esclavitud, cesan también un día; las del espíritu, o sea, los frutos de las culpas pasadas, se reparan con la buena voluntad. Y las mutilaciones materiales no cuentan a los ojos de Dios, y las espirituales se anulan ante sus ojos cuando el arrepentimiento amoroso las cubre.

Y el ser extranjeros del Pueblo santo ya no es impedimento para servir al Señor. Porque ha llegado el tiempo en que las fronteras de la Tierra cesan ante el único Rey, el Rey de todos los reyes y pueblos, que congrega a todos los pueblos en uno solo para hacer de ellos su pueblo nuevo. Ese pueblo del que serán excluidos sólo los que traten de engañar al Señor con una falaz obediencia a su Decálogo, a ese Decálogo que *todos* los hombres de buena voluntad pueden seguir, sean hebreos o gentiles o idólatras. Porque donde hay buena voluntad hay tendencia natural a la justicia, y quien tiende a la justicia no halla dificultad en adorar al Dios verdadero, cuando llega a conocerle, a respetar su Nombre, a santificar sus fiestas, a honrar a los padres, a no matar, robar, testificar con falsedad, a no ser adultero y fornicador, a no codiciar lo que no es suyo. Y si hasta ahora no lo ha hecho, hágalo de ahora en adelante, para que se salve su alma y para conquistar su puesto en el Cielo. Está escrito: "Les daré un lugar en mi Casa, si mantienen mi pacto, y los alegraré". Y esto se dice para *todos* los hombres de santa voluntad, siendo el Santo de los santos el Padre común de todos los hombres.

[16]He dicho. No tengo dinero para éstos. Y tampoco les sería útil. 455.16
Pero os digo a vosotros de Gamala, que tanto habéis progresado en el camino del Señor desde la primera vez que nos encontramos, que levantéis la mejor defensa para vuestra ciudad, la del amor entre vosotros y hacia éstos, socorriéndolos en mi Nombre mientras trabajan

para vosotros. ¿Lo haréis?».

«Sí, Señor» grita la multitud.

«Entonces vamos. No habría entrado en vuestro recinto, si la dureza de los corazones hubiera respondido "no" a mi petición. Y bendición para vosotros que os quedáis... Vamos...».

Regresa al camino, ya todo lleno de sol. Sube a la ciudad, construida casi en roca como una ciudad troglodita, pero dotada de casas bien cuidadas y de un panorama bellísimo y variado (según desde el punto desde el que se mire, da a los montes de la Auranítida o al Mar galileo, o al lejano Gran Hermón o al verde valle del Jordán). La ciudad es fresca por cómo está construida: en alto y con calles protectoras del sol intenso. Parece más un enorme castillo que una ciudad. Las casas, mitad muro mitad montaña excavada, tienen tal aspecto de fortines, que Gamala parece una sucesión de fortalezas.

En la plaza mayor, la más alta de todas, el punto más alto de la ciudad —de modo que los ojos se deleitan en el vasto horizonte de los montes, bosques, lagos, ríos que tienen bajo su mirada— están los enfermos de Gamala. Y Jesús pasa curando...

456. Despedida de Gamala y llegada a Afeq. Advertencia a la viuda Sara y milagro en su casa.

13 de julio de 1946.

456.1 [1]Deben haber pernoctado en Gamala, porque ya se ha levantado la mañana (una ventilada mañana). Quizás por su posición y construcción escalonada, formando gradas que descienden desde el punto más alto de la ciudad hasta el linde con las murallas —muy sólidas y provistas de puertas también sólidas, herradas: puertas que propiamente puede decirse que lo son de una fortaleza—, Gamala goza de este viento tan benigno en tierras de Oriente. Si ayer me pareció bella a una hora ya llena de sol, ahora se me presenta bellísima. Las casas, en la forma en que están dispuestas, no obstaculizan la visión del vasto panorama, porque la terraza de una está al nivel del bajo de la de la calle superior, de forma que cada calle parece una larga terraza desde la cual puede verse el horizonte. Y es un horizonte que, en lo más alto del monte, se ve circular; más abajo, semicircular, pero en todo caso vasto y hermosísimo.

Al pie del monte, el verdor de los encinares o de las campiñas, pone un engaste de esmeralda más allá de la árida hoz que circunda la montañuela de Gamala. Luego, a oriente, hasta donde alcanza la vista, los cultivos de la altiplanicie, de la meseta. (Me parece que se

llaman así estas vastas y bajas elevaciones de la costra terrestre; pero, si me equivoco, ruego corregir mi palabra, no teniendo un diccionario al alcance de la mano y estando sola en mi habitación, imposibilitada, por tanto, para disponer del diccionario que está encima del escritorio a menos de tres metros de mí. Lo digo también para recordar que quien escribe es una mujer crucificada en la cama.)

Más allá de la vasta meseta, los montes de la Auranítida y, más lejos, las más altas cimas del Basán; al Sur, la faja opima entre el azul Jordán y la elevación compacta y continua que hay a oriente del río y que es como el contrafuerte de la vasta meseta; al Norte, los montes lejanos de la cadena libanesa, sobre los cuales domina el imponente Hermón, de mil colores esfumados en esta hora matutina.

Y abajo, en el inmediato occidente, la gema del Mar de Galilea: verdaderamente una gema unida a un collar azul, de un azul distinto del suyo, del Jordán, afluente y emisario del lago, más estrecho en el lugar en que confluye, más nutrido en donde reanuda su carrera hacia el mediodía, brillante bajo el sol, sereno entre sus orillas verdes, verdaderamente bíblico. El pequeño lago de Merón, sin embargo, no se ve, pues está escondido detrás de los montes que hay al norte de Betsaida, pero se intuye por la densa verdura de los campos aledaños, que luego se extienden hacia el noroeste entre el Mar de Galilea y el de Merón, en la llanura donde está enclavada Corazín: me parece haber oído decir otras veces a los apóstoles que es la llanura de Genesaret.

[2]Jesús se despide de los habitantes de la ciudad, los cuales, con 456.2
orgullo ciudadano, se esfuerzan en mostrarle las bellezas del horizonte y las de la ciudad, dotada de acueductos, termas, bellos edificios: «Todo esto es esfuerzo y dinero nuestros. Porque hemos aprendido de los romanos y hemos querido tomar de ellos lo ventajoso. ¡Pero nosotros no somos como los otros de la Decápolis! Nosotros pagamos, y ellos, los romanos, nos sirven. ¡Pero luego! Basta. Somos fieles. También es fidelidad este aislarnos...».

«Haced que la fidelidad no sea formal, sino real, íntima, justa. Si no, para nada servirán las obras de defensa. Os lo repito. ¿Veis? Habéis construido este acueducto. Sólido, útil. Pero si no estuviera alimentado por un manantial lejano, ¿acaso os daría agua para las fuentes y termas?».

«No. No daría nada. Sería una construcción inútil».

«Vosotros lo habéis dicho: inútil. De la misma manera, las defensas naturales o materiales son inútiles si quien las manda construir no las hace poderosas con la ayuda de Dios, y Dios no ayuda si uno no es amigo suyo».

«Maestro, hablas como sabiendo que tenemos mucha necesidad de Dios...».

«Todos los hombres tienen necesidad de Dios, para todas las cosas».

«Sí, Maestro. Pero... parece que nosotros debiéramos tener más necesidad que todas las otras ciudades de Palestina y...».

«¡Oh!...», ¡un "oh" tan doloroso...!

Los de Gamala le miran desorientados. El más osado pregunta: «¿Qué piensas? ¿Que conoceremos aún los antiguos horrores?».

«Sí, si no acoge al Señor. Y más graves todavía, y más largos... largos... ¡oh! ¡Patria mía! Muy largos...».

«Nosotros te hemos acogido. ¡Entonces estamos salvos! La otra vez fuimos unos necios, pero Tú nos has perdonado...».

«Haced por conservaros en la justicia de hoy respecto a mí, y por crecer en justicia según la Ley».

«Lo haremos, Señor».

456.3 [3]Desearían seguirle más y retenerle más tiempo, pero Jesús quiere alcanzar a las mujeres, que han salido antes montadas en borriquillos, y se libra de sus insistencias y baja rápido por el camino recorrido ayer para venir. Sólo aminora la marcha cuando pasa por el lugar de los trabajos, para alzar la mano y bendecir a los desdichados, que le miran como se mira a Dios.

El camino, en llegando al pie del monte, se bifurca en dos ramales: uno hacia el lago, el otro hacia el interior. Por este último van los cuatro borriquillos, con leve trote, levantando polvo del camino quemado por el verano y meneando las largas orejas. De vez en cuando, una de los mujeres se vuelve, a mirar si Jesús las alcanza. Quisieran pararse para estar con Él, pero Jesús les hace con la mano una señal de que continúen, para alejarse del tramo de camino descubierto, ya invadido por el sol, y llegar pronto a los bosques que suben hacia Afeq, refrescantes bosques que tejen una bóveda verde por encima del camino de caravanas. Se introducen alegres, con una exclamación de alivio. Afeq está mucho más hacia el interior que Gamala. Entre los montes. Por eso, ya no se ve el lago de Galilea; es más, ya no se ve nada, porque el camino sube entre dos prominencias montanas que hacen de mampara.

456.4 [4]La viuda va delante, indicando el camino más corto, o sea, deja el camino de caravanas por una vereda que trepa por el monte, aún más fresca y umbría. Pero entiendo el motivo de la desviación cuando, volviéndose sobre la silla, Sara dice: «Estos bosques son míos. De árboles preciosos. Vienen a comprar madera hasta de Jerusalén, para las arcas de los ricos. Y éstos son los árboles viejos. Pero tengo

también viveros que se renuevan siempre. Venid. Ved...» e incita al borrico cuesta abajo y cuesta arriba, y otra vez abajo, siguiendo la vereda entre sus bosques, donde, efectivamente, hay zonas de árboles adultos, ya en condiciones de ser talados, y zonas donde los árboles son todavía tiernos, a veces de pocos centímetros de altura, entre hierbas verdes que huelen a todos los aromas montanos.

«Son bellos estos lugares. Y están bien cuidados. Eres sabia» encomia Jesús.

«¡Oh!... Pero para mí sola... Con más gusto los cuidaría para un hijo...».

Jesús no responde. Prosiguen el camino. Ya se ve Afeq, en medio de un círculo de manzanos y otros árboles frutales.

«También es mío aquel huerto. ¡Demasiado tengo para mí sola!... Era ya demasiado cuando tenía todavía a mi marido y al caer la tarde nos mirábamos en la casa demasiado vacía, demasiado grande, y ante las monedas, demasiadas, y ante las cuentas de los productos, también demasiados, y nos decíamos: "¿Y para quién?". Y ahora lo digo más todavía...». Toda la tristeza de un matrimonio estéril brota de las palabras de la mujer.

«Siempre hay pobres...» dice Jesús.

«¡Oh! ¡sí! Y mi casa se abre a ellos todos los días. Pero luego...».

«¿Quieres decir cuando mueras?».

«Sí, Señor. Será un dolor dejar... ¿a quién?... las cosas tan cuidadas...».

[5]En Jesús se dibuja una sombra de sonrisa llena de compasión. 456.5
Pero, con bondad, responde: «Eres más sabia para las cosas de la Tierra que para las del Cielo, mujer. Te preocupas porque tus plantas crezcan bien y no se formen calveros en tus bosques. Te afliges pensando que después ya no las cuidarán como ahora. Pero estos pensamientos son poco sabios; es más, son totalmente insipientes. ¿Crees que en la otra vida tendrán valor las pobres cosas que llevan por nombre "árbol", "fruta", "dinero", "casas"? ¿Y que será motivo de aflicción el verlas desatendidas? Endereza tu pensamiento, mujer. Allí no se dan los pensamientos de aquí, en ninguno de los tres reinos. En el Infierno, el odio y el castigo ciegan ferozmente. En el Purgatorio, la sed de expiación anula cualquier otro pensamiento. En el Limbo, la beata espera de los justos no es profanada por nada de carácter terreno. La Tierra queda lejos, con sus miserias; cerca está sólo por sus necesidades sobrenaturales, necesidades de almas, no necesidades de objetos. Los difuntos no réprobos, sólo por amor sobrenatural, orientan a la Tierra su espíritu, y a Dios sus oraciones en favor de los que están en la Tierra; no por otro motivo. Y una vez que

los justos entren en el Reino de Dios, ¿qué crees tú que puede ser, para uno que contempla a Dios, esta mísera cárcel, este destierro que se llama "Tierra"?, ¿qué, las cosas dejadas en ella? ¿Podrá el día echar de menos una lámpara humeante, cuando le ilumina el Sol?».

«¡Oh! ¡no!».

«¿Y entonces? ¿Por qué suspiras por lo que vas a dejar?».

«Quisiera que un heredero siguiera...».

«¿Gozando de las riquezas terrenas para tener en ellas un obstáculo para alcanzar la perfección, mientras que el desapego de las riquezas es escalera para poseer las riquezas eternas? ¿Ves, mujer? El mayor obstáculo para obtener a este inocente no es su madre, con sus derechos sobre el hijo, sino tu corazón. Él es un inocente, un inocente triste, pero en todo caso un inocente que, por su mismo sufrimiento, es amado por Dios. Pero si tú le hicieras un avaro, codicioso, quizás vicioso, por los medios de que dispones, ¿no le privarías de la predilección de Dios? ¿Y podría Yo, que cuido de estos inocentes, ser un maestro desatento que, sin reflexionar, permitiera que un discípulo inocente suyo se descarriara? Cuida primero de ti misma, despójate de la humanidad aún demasiado viva, libera tu justicia de esta costra de humanidad que la encoge, y entonces merecerás ser madre. Porque no es madre sólo quien engendra o quien ama a un hijo adoptivo y le cuida y atiende en sus necesidades de criatura animal. También a éste le ha engendrado su madre. Pero ella no es madre, porque no tiene cuidado ni de su carne ni de su espíritu. Madre es la que se preocupa, sobre todo, de lo que no muere nunca, o sea, del espíritu, no sólo de lo que muere, o sea, de la materia. Y créeme, mujer, que quien ame el espíritu, amará también el cuerpo, porque poseerá un amor justo y, por tanto, será justo».

«He perdido el hijo, lo comprendo...».

«No es seguro. Que tu deseo te mueva a santidad, que Dios te exaudirá. Siempre habrá huérfanos en el mundo».

456.6 [6]Ya han llegado a las primeras casas. Afeq no es una ciudad que pueda competir con Gamala o Ippo. Es, más que nada, rural, pero, quizás por estar situada en un nudo de caminos importante, no es pobre. Lugar de paso de caravanas dirigidas desde el interior al lago, o del Norte hacia el Sur, está obligada a disponer de los medios para proveer a los peregrinos alojamiento y vestidos, sandalias y alimentos; así que hay almacenes numerosos y numerosas posadas.

La casa de la viuda está cerca de una de éstas, en una plaza, y está ocupada, en el bajo, por un almacén grande donde hay un poco de todo, que lo lleva un anciano narigudo y barbudo que ahora grita como un condenado ante unos compradores roñosos.

«¡Samuel!» llama la mujer.

«¡Ama!» responde el anciano, inclinándose tanto cuanto lo permiten los bultos de mercancía apilados delante de él.

«Manda aquí a Elías o a Felipe y luego ven a casa» manda la viuda; y luego, volviéndose al Maestro: «Ven. Entra en mi casa y sé su huésped bienvenido».

Entran todos, pasando por el fondac, mientras un mocetón que ha venido lleva los borriquillos no sé a dónde. Después del fondac, que da a la casa un aspecto no demasiado artístico, hay un bello patio con dos lados de arcadas. En medio, la fuente (o, por lo menos, un pilón, porque no hay chorro de agua). A los lados, robustos plátanos, que dan sombra a las tapias blancas de cal. Una escalera sube a la terraza. En los lados sin arcadas, los más lejanos del fondac, se abren habitaciones.

«Antes, en tiempos de mi esposo, esto estaba lleno, y se hospedaba también a mercaderes a quienes la noche había sorprendido aquí. Arcadas para las mercancías, establos para los animales, y ahí el pilón para abrevar. Ven a las habitaciones» y cruza en diagonal el patio, yendo hacia la parte más bonita de la casa. Llama: «¡María! ¡Juana!».

Acuden dos mujeres de la servidumbre, una con las manos untadas de masa de pan, la otra con una escoba en la mano.

«¡Ama! La paz sea contigo y con nosotras, ahora que has vuelto».

«Y con vosotras. ¿Nada desagradable en estos días?».

«José, ese atolondrado, ha roto el rosal que tanto querías. Le he pegado fuerte. Tú pégame a mí, que he sido una estúpida dejándole ir a esa planta».

«No tiene valor...» pero se asoman lágrimas a los ojos de Sara, que las explica diciendo: «Me lo había traído mi marido la última primavera que estuvo sano...».

«Y Elías se ha roto una pierna, cosa que tiene furioso a Samuel, porque se ve sin ayuda en estos tiempos de mucha actividad de comercio... Se cayó de la escalera de la otra parte, exponiéndose mucho para que encontraras blanqueadas las paredes cuando volvieras» dice la otra mujer, y termina: «Sufre mucho y se quedará renco. Y tú, ama, ¿has sido feliz en tu viaje?».

«Como no me hubiera esperado nunca. Regreso con el Rabí de Galilea. ¡Pronto! Preparad para los que vienen conmigo. ¡Entra, Maestro!».

Entran en la casa, pasando por delante de las dos criadas estupefactas.

Una amplia, fresca habitación, en penumbra, con asientos y arquibancos, los acoge. La viuda sale para dar indicaciones. Jesús lla-

ma a los apóstoles para mandarlos por la ciudad para preparar los corazones a su llegada. Entra Samuel, transformado de vendedor en jefe de casa, seguido por criadas con ánforas y jofainas para las abluciones de antes de la comida. Y la comida la traen en grandes bandejas: pan, fruta, leche.

456.7 [7]Vuelve la ama: «He dicho a mi criado que estás aquí. Te ruega que seas misericordioso con él. Yo también te digo que lo seas conmigo. Para los Tabernáculos mucha gente pasa por aquí. Y el paso empieza apenas pasada la neomenia de Tisrí. ¡No sé cómo nos las vamos a arreglar, estando él malo!...».

«Dile que venga aquí».

«No puede. No se tiene».

«Dile que el Rabí no va donde él, pero que quiere verle».

«Mandaré que le traigan Samuel y José».

«¡Sólo faltaba eso! Yo soy viejo y estoy cansado» refunfuña Samuel.

«Di a Elías que venga con sus piernas. Lo quiero Yo».

«¡Un pobre rabí! Ni siquiera Gamaliel podría tanto» refunfuña todavía el viejo sirviente.

«¡Calla, Samuel!... ¡Perdónale, Maestro! Es un sirviente fiel. Nacido aquí, de sirvientes de la casa de mi marido; diligente, honesto... pero testarudo en sus ideas de israelita anciano...» le disculpa en voz baja la viuda.

«Comprendo su espíritu. Pero el milagro le cambiará. Ve tú a decir a Elías que venga, y vendrá».

La viuda va. Y regresa: «Se lo he dicho. Y me he marchado inmediatamente para no verle poner en el suelo esa pierna todo negra e hinchada».

«¿No crees en el milagro?».

«Yo sí. Pero esa pierna da horror... Temo que se pudra toda por la gangrena. Está brillante, brillante... horrenda y... ¡Oh!».

La interrupción, la exclamación viene del hecho de ver al criado Elías correr mejor que un sano hacia ellos y arrojarse a los pies de Jesús diciendo: «Sea loado el Rey de Israel».

«Loor sólo a Dios. ¿Cómo has venido? ¿Cómo has tenido este coraje?».

«He obedecido. He pensado: "El Santo no puede mentir ni mandar cosas estúpidas. Tengo fe. Creo", y he movido la pierna. Ya no dolía. Se movía. La he apoyado en el suelo. La pierna me sujetaba. He movido el paso. Podía hacerlo. Me he echado a correr. Dios no defrauda a quien cree en Él».

«Álzate, hombre. En verdad os digo que pocos tienen la fe de éste. ¿De qué te ha venido?».

«De tus discípulos que pasaron por aquí a predicarte».

«¿Los has escuchado sólo tú?».

«No. Todos, porque fueron hospedados aquí después de Pentecostés».

«Y sólo tú has creído... Tu espíritu está muy adelante en los caminos del Señor. Continúa».

El viejo Samuel está en fuerte conflicto entre sentimientos opuestos... Pero, como muchos en Israel, no se sabe despegar de lo viejo por lo nuevo y se cierra; dice: «¡Magia! ¡Magia! Está escrito: "No se * contamine mi pueblo con los magos y los adivinos. Si uno lo hace, volveré contra él mi rostro y le exterminaré". ¡Teme, ama, ser infiel a las leyes!» y se marcha, severo, escandalizado, como si hubiera visto al demonio asentado en la casa.

«¡No le castigues, Maestro! ¡Es viejo! Siempre ha creído de esta manera...».

«No temas. Si fuera a castigar a todos los que me llaman demonio, muchos sepulcros se abrirían para tragarse su presa. Sé esperar... Hablaré al caer de la tarde. Luego dejaré Afeq. Ahora acepto quedarme bajo tu techo».

457. Discurso en Afeq, tras una disputa entre creyentes y no creyentes. Sara se hace discípula.

15 de julio de 1946.

[1]Jesús está hablando a la gente de Afeq desde la puerta del fon- 457.1
dac de Sara. Habla a una muchedumbre muy variada, más curiosa que atenta, en la que los menos numerosos son los hebreos, mientras que la mayor parte son gente que está de paso, mercaderes, peregrinos, unos dirigidos hacia el lago, otros dispuestos a bajar al vado de Jericó, otros procedentes de ciudades orientales y dirigidos hacia las ciudades marítimas.

Por ahora no es un verdadero discurso, sino respuestas de Jesús a éste o a aquél; eso sí, es un diálogo que todos escuchan, aunque con sentimientos distintos, muy visibles por las expresiones de los rostros y por las frases de los presentes, por las cuales comprendo también quiénes son y a dónde van. El diálogo, en algún momento, cambia de tono y de personajes, porque, desatendiendo a Jesús, se transforma en una disputa entre los presentes por motivos de raza y divergencias de pensamiento.

---

* *Está escrito*, en *Levítico 20, 6.*

Así, un viejo de Joppe se enzarza con un mercader de Sidón que defiende al Maestro contra la incredulidad del judío, que no quiere admitir que Jesús es el Esperado por las gentes. Y, en medio de un barullo de citas escriturarias, aplicadas con acierto o desacierto, impugnadas por la sencilla afirmación del siro-fenicio: «Yo no me ocupo de estas palabras, pero digo que es Él, porque he visto sus milagros y he oído sus palabras», la disputa se extiende, porque otros se enzarzan también, gritando los contrarios a Cristo: «Belcebú le ayuda. No es así el Santo de Dios. Es rey. No es un falso rabí, y mendigo», y los que son de la opinión del sidonio: «Los sabios son pobres porque son honestos. Los filósofos no están revestidos de oro y arrogancia como vuestros falsos rabíes y sacerdotes». Y se comprende que hablan así porque no son hebreos, sino gentiles de distintas naciones, que están de paso por Palestina o que se han naturalizado palestinos, conservando, empero, el espíritu pagano.

«¡Sacrílegos!».

«Vosotros sacrílegos, que no sentís siquiera la divinidad de su pensamiento» responden algunos.

«No merecéis tenerla. ¡Pero, por Zeus! Nosotros cometimos un atropello con Sócrates y ello no nos produjo ningún bien. Digo que tengáis cuidado de vosotros mismos. Atentos a vosotros, no sea que los dioses os castiguen, como nos ha sucedido a nosotros en muchas ocasiones» grita uno, ciertamente griego.

«¡Uh! ¡los defensores del rey de Israel! ¡Son gentiles!».

«¡Y samaritanos! Y a mucha honra, porque sabríamos custodiar mejor que vosotros al Rabí, si viniera a Samaria. Pero vosotros... Habéis construido el Templo. Bonito. Pero es un sepulcro lleno de podredumbre, aunque lo hayáis cubierto de oro y mármoles preciosos» grita desde los márgenes de la muchedumbre un alto personaje vestido de lino, con orlas y recamos, bandas en la cintura, cintas, brazaletes...

«¡Uh! ¡un samaritano!». Y parecen decir "el diablo", a juzgar por cómo gritan de horror los hebreos intransigentes, separándose como de un leproso. Y, apartándose de él, gritan a Jesús: «¡Échale! Es un impuro...».

Pero Jesús no echa a nadie. Trata de imponer orden y silencio, y
457.2 los apóstoles con Él, sin conseguirlo mucho que digamos. [2]Entonces, para poner término a las disputas, empieza su predicación.

«Cuando el pueblo de Dios, después de la muerte de María en * Cadés, se amotinó en el desierto por la falta de agua y gritó contra Moisés, su salvador y caudillo —de la tierra del pecado a la tierra de

* *Cuando el pueblo de Dios...* es el comenzo del episodio tomado de *Números 20, 1-24*, como anota MV en una copia mecanografiada; episodio reseñado también en *Éxodo 17, 1-7*.

promisión—, como si fuera su desquiciado destructor, y arremetió contra Aarón cual si fuera un inútil sacerdote, Moisés entró con su hermano en el Tabernáculo y hablaron al Señor, exigiendo un milagro para hacer cesar la murmuración. Y el Señor, aun no estando obligado a ceder a todas las peticiones, especialmente si es petición violenta y de espíritus que hayan perdido la santa confianza en la Providencia paterna, habló a Moisés y a Aarón. Habría podido también hablar únicamente a Moisés, porque Aarón, a pesar de que fuera Sumo Sacerdote, un día había desmerecido la bondad de Dios con la adoración al ídolo. Pero Dios quiso probarle una vez más y darle una manera de crecer en gracia ante los ojos de Dios. Ordenó, pues, que tomaran la vara de Aarón, depositada en el Tabernáculo después de echar flores que abrieron sus pétalos y produjeron almendras, y que fueran con ella a hablar a la piedra, porque la piedra daría agua para hombres y animales. Y Moisés, con Aarón, hizo lo que el Señor ordenaba; pero no supieron los dos creer completamente en el Señor. Y quien menos creyó fue el Sacerdote Supremo de Israel: Aarón. La peña, golpeada con la vara, se abrió y arrojó tanta agua como para dar de beber al pueblo y al ganado. Y aquella agua fue llamada de Contradicción, porque allí los israelitas contendieron con el Señor y sometieron a revisión sus acciones y órdenes, y no todos con único modo permanecieron en la fidelidad, sino que precisamente con el Sumo Sacerdote tuvo lugar y principio la duda acerca de la verdad de las divinas palabras. Y Aarón fue llamado de esta vida sin haber podido pisar la Tierra Prometida.

También ahora el pueblo se agita contra el Señor diciendo. "Nos has guiado a morir, como pueblo y como individuos, bajo el dominio de los opresores". Y a mí me grita: "Hazte rey y libéranos". ¿Pero de qué liberación habláis? ¿De qué castigo? ¿De los materiales? ¡Oh, en las cosas materiales no hay ni salvación ni castigo! Un castigo mucho mayor y una liberación mucho mayor caen dentro de vuestra libre voluntad. Y podéis elegir. Dios os lo concede. Esto lo digo para los israelitas presentes, para aquellos que deberían saber leer las figuras de la Escritura y comprenderlas. Pero, puesto que tengo piedad de mi pueblo, del que soy Rey en el espíritu, quiero ayudaros a comprender una figura al menos, para que os ayude a comprender quién soy Yo.

[3]El Altísimo dijo a Moisés y a Aarón: "Tomad la vara y hablad a la 457.3
peña y brotarán ríos para la sed del pueblo, y así deje de quejarse". Al Eterno Sacerdote, el Altísimo le ha dicho una vez más, para poner fin a las quejas de su pueblo: "Toma la vara, la germinada de la estirpe de Jesé, y una flor brotará de ella, no tocada por fango humano, y se transformará en fruto de almendra dulce y lleno de unción. Y

con esa almendra de la raíz de Jesé, con ese brote admirable en que morará el Espíritu del Señor con sus siete dones, golpea la piedra de Israel, para que eche agua abundante para salvación suya".

El Sacerdote de Dios es el mismo Amor. Y el Amor formó una Carne haciendo germinar de la raíz de Jesé su brote, de la raíz que no había sido nutrida con fango; y la Carne era la del Verbo Encarnado, del esperado Mesías, enviado a hablar a la roca para que se hendiera. Para que hendiera su dura costra de soberbia y codicia y acogiera las aguas enviadas por Dios, las aguas que brotan de su Cristo, el óleo suave de su amor, para hacerse maleable, buena, para santificarse acogiendo en su corazón el don del Altísimo a su pueblo.

Pero Israel no quiere en su seno el Agua viva. Permanece cerrado, duro, y especialmente en las personas de sus grandes, contra los cuales la vara florecida y fructificada exclusivamente por poder divino inútilmente golpea y habla. Y en verdad os digo que muchos de este pueblo no entrarán en el Reino, mientras que muchos que no son de este pueblo entrarán, porque habrán sabido creer lo que los sacerdotes de Israel no quisieron creer. Por esto estoy en medio de vosotros como signo de contradicción, y seréis juzgados por el modo como me sepáis comprender. A los otros, a los que no son de Israel, digo: la casa de Dios, despreciada por los hijos de su pueblo, está abierta para los que buscan la Luz. Venid. Seguidme. Si Yo estoy puesto como signo de contradicción, también lo estoy como signo para todas las naciones; y quien me ame se salvará».

457.4 [4]«Amas más a los extranjeros que a nosotros. ¡Si nos evangelizaras, acabaríamos amándote! Pero estás en todas partes excepto en Judea» dice un judío en quien han hecho mella las palabras de Jesús.

«Bajaré también a Judea y moraré allí durante un largo período. Pero no cambiará la piedra que hay en el corazón de muchos. No cambiará siquiera cuando la Sangre caiga sobre la piedra. ¿Eres arquisinagogo, verdad?».

«Sí, ¿cómo lo sabes?».

«Lo sé. Pues bien, entonces puedes entender lo que digo».

«La sangre no debe caer sobre la piedra. Es pecado».

«Derramaréis con gozo la Sangre sobre la piedra *para que permanezca*. Y os parecerá un trofeo de victoria esa piedra sobre la que haya sido derramada la Sangre del verdadero Cordero. Mas llegará un día en que comprenderéis... Comprenderéis el verdadero castigo, y cuál era la salvación verdadera que se os ofrecía. Vamos...».

Un hombre se abre paso a empujones: «Soy siro-fenicio. Muchos de nosotros creen en ti aun sin tenerte... y tenemos enfermos, muchos... ¿No vas a venir donde nosotros?».

«Donde vosotros no. No tengo tiempo. Pero ahora, acabado el sábado, desde estos lugares me dirigiré hacia vuestros confines. Quien necesite gracias que se ponga a esperar en los sitios de frontera».

«Se lo diré a mis connacionales. Dios esté contigo, Maestro».

«La paz a ti, hombre».

[5]Jesús se despide de la viuda... Bueno, quisiera despedirse, pero ella 457.5
se arrodilla y le confiesa sus decisiones: «He decidido dejar aquí a Samuel, mejor como criado que como creyente, e ir a Cafarnaúm contigo».

«Yo dejaré Cafarnaúm pronto, y para siempre».

«Pues allí tienes discípulos buenos».

«Es verdad».

«He decidido esto... Así te daré prueba de que sé separarme de las riquezas y amar con justicia. Usaré para tus pobres el dinero que aquí se acumula, y consideraré como primer pobre al niño, si la madre quiere tenerle a toda costa, aun sin amarle. Entretanto, toma esto» y ofrece una bolsa pesada.

«Que Dios te bendiga con sus bendiciones y la de los beneficiarios. Mucho has progresado en pocas horas».

La mujer se pone colorada. Da una ojeada a su alrededor. Luego confiesa: «Tanta mejoría no viene de mí. Tu apóstol me ha enseñado. Ése, ése de allí que se esconde detrás del joven moreno».

«Simón Pedro. El jefe de los apóstoles. ¿Y qué es lo que te ha dicho?».

«¡Oh! ¡me ha hablado con tanta sencillez y tan bien...! Se ha humillado, él que es apóstol, confesándome que también él era como yo, injusto en sus deseos. ¡No puedo creerlo! Pero que se ha esforzado en hacerse bueno para merecer lo que deseaba, y que se esfuerza cada vez más en serlo, para no hacer un mal del bien recibido. Ya sabes, las cosas que nos decimos entre nosotros, pobre gente, se comprenden más... ¿Te ofendo, Señor?».

«No. Das gloria a Dios con tu sinceridad y con la alabanza que haces de mi apóstol. Haz lo que te ha aconsejado y que Dios esté siempre contigo, que tiendes a la justicia».

La bendice y abre la marcha, dirigiéndose hacia el noroeste, bajo verdes huertos que susurran por un improviso viento.

458. Una curación espiritual en Guerguesa y lección sobre los dones de Dios.

16 de julio de 1946.

[1]Llegan a los bordes del lago, en los aledaños de Geurguesa, 458.1
cuando el ocaso rojo se transforma en crepúsculo violáceo y sereno.

La ribera está llena de gente que prepara las barcas para la pesca nocturna o que se baña con gusto en las aguas del lago, un poco picado por el viento que lo surca.

Pronto es visto Jesús, y reconocido; de forma que antes de que pueda entrar en la ciudad la ciudad sabe que ha venido, y se produce la consabida afluencia de gente que acude a escucharle.

Entre la gente se abre paso un hombre, diciendo que por la mañana habían venido a buscarle a Jesús de Cafarnaúm, y que vaya lo antes que pueda.

«Esta misma noche. No me quedo en Guerguesa. Como nuestras barcas no están aquí, os pido que me prestéis las vuestras».

«Como quieras, Señor. Pero ¿nos vas a hablar antes de partir?».

«Sí, incluso para despedirme de vosotros. Pronto dejaré Galilea...».

458.2 [2]Una mujer, llorando, le llama de entre la multitud, mientras suplica que la dejen pasar para ir donde el Maestro.

«Es Arria, la gentil que se ha hecho hebrea por amor. Una vez curaste a su marido. Pero...». *

«Me acuerdo. ¡Dejadla pasar!».

La mujer se acerca. Se arroja a los pies de Jesús. Llora.

«¿Qué te pasa, mujer?».

«¡Rabí! ¡Rabí! ¡Piedad de mí! Simeón...».

Uno de Guerguesa la ayuda a hablar: «Maestro, usa mal la salud que le diste. Se ha hecho duro de corazón, rapiñador; y ya ni siquiera parece israelita. La verdad es que la mujer es mucho mejor que él, a pesar de haber nacido en tierras paganas. Y su dureza y rapacidad le acarrean peleas y odios. Y por una pelea ahora está muy malherido en la cabeza, y el médico dice que casi es seguro que se quede ciego».

«¿Y Yo qué puedo en ese caso?».

«Tú... curas... Ella, ya lo ves, se desespera... Tiene muchos hijos, y pequeños todavía. La ceguera de su marido significaría miseria para la casa... Es verdad que es dinero mal ganado... Pero la muerte sería una desventura, porque un marido es siempre un marido, y un padre es siempre un padre, aunque en vez de amor y pan dé traiciones y palos...».

«Le curé una vez y le dije: "No peques más". Él ha pecado más. ¿No había prometido, acaso, que no iba a pecar más? ¿No había hecho voto de no volver a ser usurero y ladrón, si Yo le curaba; es más, de devolver a quien pudiera lo mal adquirido, y de usar lo mal adquirido —para el caso de no poder devolverlo— en favor de los pobres?».

---

* *Una vèz curaste a su marido.* Podría tratarse del milagro a que alude Jesús en 159.1.

«Maestro, es verdad. Yo estaba presente. Pero... el hombre no es firme en sus propósitos».

* «Es como dices. Y no sólo Simeón. Muchos son los que, como dice Salomón, tienen dos pesos y balanza falsa, y no sólo en el sentido material, sino también cuando juzgan y actúan y en su comportamiento para con Dios. Y es también Salomón el que dice: "Desastroso para el hombre el fervor ligero por lo santo y, tras hacer un voto, volverse atrás". Y, sin embargo, son demasiados los que esto hacen... [3]Mujer, no llores. Pero escucha y sé justa, pues que has elegido religión de justicia. ¿Qué elegirías, si te propusiera dos cosas, éstas: curar a tu marido y dejarle vivir para que siga burlándose de Dios y acumulando pecados sobre su alma, o convertirle, perdonarle y luego dejarle morir? Elige. Haré lo que elijas». 458.3

La pobre mujer se encuentra en una lucha muy acerba. El amor natural, la necesidad de un hombre que bien o mal gane para los hijos la moverían a pedir "vida"; su amor sobrenatural hacia su marido la mueve a pedir "perdón y muerte". La gente calla, atenta, conmovida, en espera de la decisión.

Al fin, la pobre mujer, arrojándose de nuevo al suelo, abrazándose a la túnica de Jesús como buscando fuerzas, gime: «La vida eterna... Pero ayúdame, Señor...» y tanto languidece, rostro en tierra, que parece que muere.

«Has elegido la parte mejor. Bendita seas. Pocos en Israel te igualarían en temor de Dios y justicia. Levántate. Vamos donde él».

«¿Pero realmente le vas a hacer morir, Señor? ¿Y yo qué voy a hacer?». La criatura humana renace del fuego del espíritu como el fénix mitológico; y sufre y zozobra humanamente...

«No temas, mujer. Yo, tú, todos confiamos al Padre de los Cielos todas las cosas, y Él obrará con su amor. ¿Eres capaz de creer esto?».

«Sí, mi Señor...».

«Entonces vamos, diciendo la oración de todas las peticiones y de todos los consuelos».

Y, mientras anda, circundado de un enjambre de personas y seguido de un séquito de gente, dice lentamente el Pater. El grupo apostólico hace lo mismo, y, con un coro bien ordenado, las frases de la oración se elevan por encima del murmullo de la muchedumbre, la cual sintiendo el deseo de oír orar al Maestro, poco a poco va guardando silencio, de forma que las últimas peticiones se oyen maravillosamente en medio de un silencio solemne.

«El Padre te dará el pan cotidiano. Lo aseguro en su Nombre» di-

---

* *como dice Salomón*, en *Proverbios 11, 1; 20, 10 y 23 y 25.*

ce Jesús a la mujer, y añade, dirigiéndose no a ella sola sino a todos: «Y os serán perdonadas las culpas si perdonáis al que os haya ofendido o perjudicado. Esa persona necesita vuestro perdón para obtener el de Dios. Y todos tienen necesidad de la protección de Dios para no caer en pecado como Simeón. Recordad esto».

458.4 [4]Ya han llegado a la casa, y Jesús entra en ella con la mujer, con Pedro, Bartolomé y el Zelote.

El hombre, echado en la yacija, en la cara bendas y paños mojados, gesticula desasosegado y delira. Pero la voz, o la voluntad, de Jesús le hacen volver en sí y grita: «¡Perdón! ¡Perdón! No volveré a caer en el pecado. ¡Tu perdón como la otra vez! Pero también la salud, como la otra vez. ¡Arria! ¡Arria! Te juro que seré bueno. No volveré a ser ni violento ni ladrón, no...» el hombre está dispuesto a todas las promesas por miedo a morir...

«¿Por qué quieres todo esto?» pregunta Jesús. «¿Por expiar o porque temes el juicio de Dios?».

«¡Eso, eso! ¡Morir ahora, no! ¡El infierno!... ¡He robado, he robado el dinero del pobre! He usado la mentira. He sido violento con mi prójimo y he hecho sufrir a los familiares. ¡Oh!...».

«No miedo; se requiere arrepentimiento, verdadero, firme».

«¡La muerte o la ceguera! ¡Qué castigo! ¡No volver a ver! ¡Tinieblas! ¡Tinieblas! ¡No!...».

«Si es adversa la tiniebla en los ojos, ¿no te es horrenda la del corazón? ¿Y no temes la del infierno, eterna, horrenda?, ¿la privación continua de Dios?, ¿los remordimientos continuos?, ¿la congoja de haberte matado a ti mismo, para siempre, en tu espíritu? ¿No amas a ésta? ¿Y no quieres a tus hijos? ¿Y no quieres a tu padre, a tu madre, a tus hermanos? ¿Y no piensas que no los vas a tener nunca más contigo si mueres condenado?».

«¡No! ¡No! ¡Perdón! ¡Perdón! Expiar, aquí, sí, aquí... Incluso la ceguera, Señor... Pero el infierno no... ¡Que no me maldiga Dios! ¡Señor! ¡Señor! Tú arrojas los demonios y perdonas las culpas. No alces tu mano para curarme, pero sí para perdonarme y liberarme del demonio que me tiene sujeto... Ponme una mano en el corazón, en la cabeza... Libérame, Señor...».

«No puedo hacer dos milagros. Reflexiona. Si te libero del demonio te dejaré la enfermedad...».

«¡No importa! Sé Salvador».

«Sea como tú quieres. Te digo que sepas aprovechar mi milagro, que es el último que te hago. Adiós».

«¡No me has tocado! ¡Tu mano! ¡Tu mano!».

Jesús le complace y pone la mano sobre la cabeza y sobre el pecho

del hombre, el cual, estando vendado, cegado por las vendas y la herida, palpa convulsivamente para agarrar la mano de Jesús, y una vez que la encuentra, llora sobre ella, y no quiere separarse de ella; hasta que, como un niño cansado, se adormece, teniendo todavía la mano de Jesús apretada contra su carrillo febril.

Jesús saca cautelosamente la mano y sale de la habitación sin hacer ruido, seguido por la mujer y los tres apóstoles.

«Que Dios te lo pague, Señor. Ora por tu sierva».

«Sigue creciendo en la justicia, mujer, y Dios estará siempre contigo». Alza la mano para bendecir la casa y a la mujer, y sale a la calle.

[5]El murmullo aumenta por mil preguntas curiosas. Pero Jesús 458.5
hace señal de que se callen y le sigan. Vuelve a la orilla del lago. La noche se cierra lentamente. Jesús sube a una barca, que se mece junto a la orilla, y habla desde ahí.

«No. No está muerto y no está curado, en cuanto a la carne. Su espíritu ha reflexionado sobre sus culpas, ha dado recta dirección a su pensamiento; ha sido perdonado porque ha pedido expiación para obtener perdón. Vosotros, todos, apoyadle en su camino hacia Dios.

Pensad que todos tenemos una responsabilidad hacia el alma de nuestro prójimo. ¡Ay de aquel que escandalice! Pero ¡ay también de aquel que, con su trato intransigente, amedrente a uno que acabe de nacer al Bien, de modo que le rechace con su intransigencia del camino en que se ha puesto! Todos pueden ser un poco maestros, maestros buenos de su prójimo, y pueden serlo más en la medida en que éste es más débil e ignorante de la sabiduría del Bien.

Os exhorto a ser pacientes, dulces, longánimes con Simeón. No mostréis odio, rencor, desprecio, ironía. No hagáis memoria del pasado, ni en vosotros ni a él. El hombre que se alza después de un perdón, después de un arrepentimiento, después de un propósito sincero, tiene la voluntad, pero también el peso, el legado de sus pasiones y hábitos del pasado. Hay que saber ayudarle a liberarse de ello. Y con mucha discreción. Sin hacer alusiones al pasado. Las alusiones son imprudentes contra la caridad y contra la criatura humana. Recordar al culpable arrepentido la culpa es abatirle. Basta su despertada conciencia para ello. Recordar a la criatura humana su pasado es promover el despertar de las pasiones, y algunas veces el volver a pasiones superadas, y consentimientos. En el mejor de los casos, siempre es provocar tentaciones.

No tentéis a vuestro prójimo. Sed prudentes y caritativos. ¿Que Dios os ha ahorrado ciertos pecados? Alabadle. Pero no hagáis ostentación de vuestra justicia para humillar a quien no es justo. Sabed

comprender la mirada implorante de quien está arrepentido y que querría que vosotros olvidarais, y que —puesto que sabe que no olvidáis— al menos os suplica que no le humilléis recordando el pasado. No digáis: "Fue leproso de espíritu" para justificar vuestros abandonos. El leproso por enfermedad, después de las purificaciones, obtenida la curación, es admitido de nuevo en el pueblo. Que suceda lo mismo para quien esté curado del pecado. No seáis como aquellos que se creen los perfectos, y no lo son, porque no tienen caridad para con los hermanos. Al contrario, circundad de vuestro amor a los hermanos renacidos a la gracia, para que la buena compañía impida nuevas caídas.

No queráis ser más que Dios, que no rechaza al pecador que se arrepiente, y le perdona y admite de nuevo junto a Él. Y aunque ese pecador os haya hecho un mal irreparable, no os venguéis ahora que ya no es un arrogante temido; antes bien, perdonad y tened una gran piedad, porque él fue pobre respecto a ese tesoro que todo hombre puede tener con sólo quererlo: la bondad. Amadle, porque, con el dolor que os ha causado, os ha dado un medio de merecer un premio más grande en el Cielo. Y no despreciéis a nadie, ni siquiera si es de otra raza. Veis que cuando Dios atrae hacia sí a un espíritu, aunque sea de un pagano, lo transforma de tal modo que supera en justicia a muchos del pueblo elegido.

Me marcho. Recordad ahora y siempre éstas y mis otras palabras».

458.6 [6]Pedro, que estaba preparado, hinca el remo, y la barca se separa de la orilla, empezando así la navegación, seguida por otras dos. El lago, un poco agitado, imprime oscilación a las barcas, pero ninguno se asusta por ello, porque el trayecto es breve. Los faroles rojos ponen manchas de rubí en las obscuras aguas, o tiñen de color sangre las espumas blancas.

Pregunta Pedro, sin dejar el timón, después de un rato: «Maestro, ¿pero aquel hombre se va a curar o no? No he comprendido nada».

Jesús no contesta. Pedro hace una seña a Juan, que está sentado en el fondo de la barca a los pies del Maestro, con la cabeza relajada encima de las rodillas de Jesús. Y Juan repite en voz baja la pregunta.

«No se va a curar».

«¿Por qué, Señor? Yo creía, por lo que he oído, que tuviera que curarse para expiar».

«No, Juan. Pecaría nuevamente, porque es un espíritu débil».

Juan vuelve a apoyar la cabeza en las rodillas y dice: «Pero Tú le podías hacer fuerte...» y parece manifestar un dulce reproche.

Jesús sonríe, mientras introduce los dedos entre los cabellos de

su Juan, y, alzando la voz de forma que todos oigan, da la última lección del día: «En verdad os digo que en la concesión de gracia hay que saber también tener en cuenta su oportunidad. No siempre la vida es un don, no siempre la prosperidad es un don, no siempre un hijo es un don, no siempre —sí, también esto— no siempre una elección es un don. Vienen a ser dones y permanecen como tales cuando el que los recibe sabe hacer un buen uso de ellos, y para fines sobrenaturales de santificación. Pero cuando de la salud, prosperidad, afectos, misión, se hace la ruina del propio espíritu, mejor sería no tenerlos nunca. Y a veces Dios ofrece el mayor don que podría dar no dando lo que los hombres querrían o lo que considerarían justo tener como cosa buena. El padre de familia o el médico sabio saben qué es lo que hay que dar a los hijos o a los enfermos para no ponerlos más enfermos o para evitar que enfermen. Lo mismo Dios, sabe lo que conviene dar para el bien de un espíritu».

«¿Entonces aquel hombre morirá? ¡Qué casa más infeliz!».

«¿Sería, acaso, más feliz viviendo en ella un réprobo? ¿Y él sería más feliz si, viviendo, siguiera pecando? En verdad os digo que la muerte es un don cuando sirve para impedir nuevos pecados y coge al hombre mientras está reconciliado con su Señor».

[7]La quilla roza ya en el fondo del lago, en Cafarnaúm. 458.7

«A tiempo. Esta noche, borrasca. El lago hierve, el cielo sin estrellas, negro como la pez. ¿Oís detrás de los montes? ¿Veis esas luces? Truenos y relámpagos. Dentro de poco, agua. ¡Rápido! ¡Poner en salvo las barcas no nuestras! Abajo las mujeres y el niño, antes de que llueva. ¡Echad una mano!» grita Pedro a otros pescadores, que retiran redes y cestas.

A fuerza de brazos empujan la barca bien arriba, a la playa, mientras ya las primeras olas fuertes vienen a azotar los miembros semidesnudos y los guijarros de la orilla. Y luego... alejarse rápidamente, a casa, mientras las primeras gotazas alzan el polvo de la tierra ardiente haciendo emanar fuerte olor. Y los relámpagos ya están encima del lago, mientras los truenos llenan de fragor la copa formada por las colinas de las orillas.

459. El perdón a Samuel de Nazaret y lección sobre las malas amistades.

17 de julio de 1946.

[1]«En la habitación de arriba hay hombres de Nazaret. Ayer han venido tus hermanos a buscarte. Luego, unos fariseos. Y enfermos, 459.1

muchos. Y uno desde Antioquía» comunica Judas Iscariote en cuanto los ve entrar en casa.

«¿Y se han marchado!».

«No. El de Antioquía ha ido a Tiberíades. Pero vuelve después del sábado. Los enfermos están distribuidos por las casas. Pero los fariseos, con muchos honores, han querido que estuvieran con ellos tus hermanos. Todos son huéspedes de Simón el fariseo».

«¡Mmm!...» refunfuña Pedro.

«¿Qué te pasa? No estás contento de que honren al Maestro en sus parientes?» pregunta Judas Iscariote.

«¡Si va a ser verdadero honor y encuentro útil... felicísimo!».

«Desconfiar es juzgar. El Maestro no quiere que se juzgue».

«¡Que sí, que sí! Bueno, para estar seguro esperaré a juzgar. Así no seré necio y pecador».

«Vamos arriba donde los nazarenos. Mañana iremos a ver a los enfermos» dice Jesús.

Judas Iscariote dice a Jesús: «No puedes. Es sábado. ¿Quieres el reproche de los fariseos? Si Tú no piensas en tu honor, yo sí» dice muy teatralmente Judas. Y termina: «Más bien, como me doy cuenta de tu deseo de sanar enseguida a estos que te buscan, vamos nosotros y les imponemos las manos en tu Nombre y...».

«*No*». Un "*no*" muy tajante, que no admite discusión.

«¿No quieres que hagamos milagros? ¿Quieres hacerlos Tú? Bueno... pues vamos, les decimos que estás aquí y que prometes que los vas a curar. Con esto estarán ya contentos...».

«No hace falta. Nos han visto los pescadores. Por tanto, el que Yo esté aquí ya se sabe, y el que Yo cure a quien tiene fe en mí lo saben ellos; tanto es así, que han venido a buscarme».

Judas se calla con desagrado, con la cara sombría de los momentos malos.

459.2 [2]Jesús sale, sin preocuparse del temporal, que vierte cántaros de agua sobre la tierra. Sube a la habitación de arriba. Empuja la puerta y entra. Le siguen los apóstoles. Las mujeres están ya arriba hablando con los nazarenos. En un rincón, un hombre que no conozco.

«La paz a vosotros».

«¡Maestro!». Los nazarenos hacen una reverencia. Luego dicen: «Aquí está el hombre» y señalan al desconocido.

«Ven aquí» ordena Jesús.

«¡No me maldigas!».

«Para hacerlo no era necesario llamarte para que vinieras. ¿No tienes nada más que estas palabras que decir al Salvador?». Jesús se muestra grave, pero al mismo tiempo alentador.

El hombre le mira... Luego rompe a llorar y, arrojándose al suelo, grita: «Si no me perdonas, no tendré paz...».

«Cuando quería hacerte bueno, ¿por qué no me quisiste contigo? Ahora es tarde para desagraviar. Tu madre ha muerto».

«¡No me digas eso! ¡Eres cruel!».

«No. Soy la Verdad. Era Verdad cuando te decía que matarías a tu madre. Lo soy ahora. Y tú, entonces, me despreciabas. ¿Por qué me buscas ahora? Tu madre ha muerto. Has pecado, has seguido pecando sabiendo que pecabas. Te lo había dicho. Ésta es la culpa grande: has querido pecar rechazando a la Palabra y al Amor. ¿Por qué te quejas, si ahora no tienes paz?».

«¡Señor! ¡Señor! ¡Piedad! Estaba loco y me curaste. He esperado en ti. Antes desesperaba de todos. No defraudes mi esperanza...».

«¿Y por qué desesperabas?».

«Porque... he hecho morir a mi madre de dolor... incluso la última noche... estaba agotada... y no tuve piedad... ¡¡¡La pegué, Señor!!!». El grito, que llena la habitación, es un verdadero grito de desesperado. «¡La pegué!... ¡Murió durante la noche!... Y no me había dicho otra cosa sino que fuera bueno... ¡La madre mía!... La he matado...».

«¡Hace años que la has matado, Samuel! Desde que dejaste de ser un justo. ¡Pobre Ester! ¡Cuántas veces la he visto llorar! Y cuántas me pedía una caricia de hijo en vez de las tuyas... Y tú sabes que no por amistad hacia ti, mi paisano y coetáneo, sino por piedad hacia ella, iba Yo a tu casa... No debería perdonarte. Pero dos madres han suplicado por ti, y tu arrepentimiento es sincero. Por eso te perdono. Con una vida sin tacha, cancela del corazón de los de tu ciudad el recuerdo de un Samuel pecador, y reconquístate a tu madre. Lo harás si con una vida de justo conquistas el Cielo y con él a tu madre. Pero recuerda, recuérdalo bien: tu pecado fue muy grande; por tanto, en proporción, grande debe ser tu justicia para anular la deuda».

[3]«¡Oh! ¡Eres bueno! No como ese de los tuyos que ha salido nada 459.3
más entrar, y que vino a Nazaret sólo para aterrorizarme. Éstos pueden decirlo...».

Jesús se vuelve... De los apóstoles falta sólo Judas Iscariote. Por tanto, es él el que zahirió a Samuel. ¿Qué debe hacer Jesús? Para que no se critique al apóstol, si no como hombre al menos como apóstol, dice: «Ninguno puede no ser severo con tu pecado. Cuando se hace el mal, se debería pensar que los hombres juzgan, pensar que los ponemos en las condiciones de juzgarnos... Pero no tengas rencor. Pon en las balanzas de Dios, como expiación, la humillación que has recibido. Vamos. Aquí, entre los justos, hay júbilo por tu redención. Estás entre hermanos que no te desprecian. Porque todos los hombres pueden pe-

car, pero sólo son despreciables cuando persisten en pecar».

«Yo te bendigo, Señor. Te pido perdón también por todas las veces que te desprecié... No sé cómo agradecértelo... ¡Es que es la paz! Es la paz, que vuelve a mí» llora, ahora con un llanto sereno...

«Agradéceselo a mi Madre. Si estás perdonado, si te he curado del delirio para darte facultad de arrepentimiento, ha sido por Ella.

459.4 [4]Vamos abajo. La cena está preparada. Vamos a compartir el alimento». Y sale, sujetando de la mano al hombre.

La cena, efectivamente, está preparada. Pero Judas tampoco está abajo; en ningún lugar de la casa. La dueña explica: «Ha salido. Ha dicho: "Vuelvo enseguida"».

«Bien. Vamos a sentarnos y a comer».

Jesús ofrece, bendice y distribuye el alimento. Pero en la habitación, iluminada por dos lamparillas y la lumbre, hielo se cierne sobre los ánimos suspendidos. Afuera continúa el temporal...

Vuelve Judas, jadeante, mojado como si se hubiera caído al lago. Los pelos, a pesar de que se haya puesto el manto sobre la cabeza, cuando arroja al suelo el manto empapado, aparecen aplastados y empapados de agua, pegados a los carrillos, al cuello. Todos le miran, pero ninguno habla. Él quiere presentar disculpas, a pesar de que nadie le pregunte nada: «He ido corriendo donde tus hermanos para decirles que estás aquí. De todas formas, te he obedecido. No he ido donde los enfermos. Ya no se podía. ¡Un agua! ¡Un agua!... Pero he querido dar honor, sin dilación, a tus parientes... ¿No estás contento, Maestro? ¡No hablas!...».

459.5 «Te escucho. Toma y come. [5]Hasta que nos vayamos a descansar, vamos a hablar entre nosotros.

Escuchad: Está escrito que no confiemos el corazón al extranjero, * porque no conocemos sus hábitos. Pero ¿podemos decir que conocemos el corazón incluso de nuestros conciudadanos?, ¿el corazón del amigo?, ¿el del pariente? Sólo Dios conoce perfectamente el corazón del hombre, y el hombre dispone de un solo medio para conocer el corazón de su semejante, y comprender si se trata de un verdadero compatriota, de un amigo verdadero, de un verdadero pariente. ¿Cuál es este medio? ¿Dónde se encuentra? En el prójimo mismo y en nosotros. En las acciones y palabras de él y en el recto juicio nuestro.

Cuando en las palabras del prójimo, en sus acciones, o en las acciones que querría que nosotros hiciéramos, sentimos, con nuestro recto juicio, que no hay bien, podemos entonces decir: "Éste no tiene

---

* *Está escrito*, en *Eclesiástico 8, 18-19.*

corazón bueno y debo desconfiar de él". Tratarle con caridad, porque es un desdichado —su desdicha es la más grave: la del espíritu enfermo—, pero no seguirle en sus acciones, no aceptar sus palabras como verdaderas y sabias, y, mucho menos, seguir sus consejos. Que no os destruya este pensamiento orgulloso: "Soy fuerte y el mal de los otros no entra en mí. Soy justo y, aunque escuche a los injustos, justo me conservo".

El hombre es un abismo profundo, en que se dan todos los elementos del bien y del mal: ayudan los primeros, las ayudas de Dios, a crecer y a hacerse reyes; ayudan a crecer y reinar en modo nocivo las pasiones y las malas amistades. Todas las aspiraciones al bien y todos los gérmenes del mal están latentes en el hombre: por amorosa voluntad de Dios o por malvada voluntad de Satanás, el cual sugestiona, tienta, incita, mientras que Dios atrae, conforta, ama. Satanás trata de seducir, Dios trabaja en conquistar. Y no siempre vence Dios, porque la criatura es pesada hasta que escoge el amor como ley suya, y, siendo pesada, desciende y tiende más fácilmente a aquello que supone satisfacción inmediata y de las partes más bajas del hombre.

Vosotros, por lo que digo acerca de la debilidad humana, podéis comprender cuán necesario es desconfiar de sí mismo y poner mucha atención a nuestro prójimo, para no unir el veneno de una conciencia impura al que ya fermenta en nosotros. Cuando se comprende que un amigo es la ruina del corazón, cuando sus palabras turban la conciencia, cuando sus consejos escandalizan, hay que saber dejar esa amistad dañosa. Persistiendo se acabaría pereciendo en el espíritu porque se pasaría a acciones que alejan a Dios, que impiden a la conciencia endurecida comprender las inspiraciones de Dios. Si todo hombre culpable de graves pecados pudiera, quisiera hablar, diciendo cómo llegó a esos pecados, se vería que en origen hubo siempre una mala amistad...».

«¡Es verdad!» confiesa en voz baja Samuel de Nazaret.

[6]«Desconfiad de aquellos que, después de haber combatido contra 459.6
vosotros sin motivo, de golpe os colman de honores y regalos. Desconfiad de los que alaban todas vuestras acciones y son hombres que alaban todo: o sea, alaban al holgazán como buen trabajador, al adúltero como marido fiel, al ladrón como honesto, al violento como manso, al mentiroso como sincero, al mal fiel y al pésimo discípulo como modelos. Lo hacen para destruiros y servirse de vuestra destrucción para sus astutas miras. Huid de aquellos que quieren embriagaros de alabanzas y promesas para hacer que llevéis a cabo acciones que, de no estar embriagados, no aceptaríais hacer. Y cuando

hayáis jurado fidelidad a uno no tratéis con sus enemigos. Sólo se acercan para perjudicar al que odian, y perjudicar con vuestra misma ayuda.

Abrid los ojos. He dicho: sed astutos como las serpientes, además * de sencillos como las palomas. Porque, para tratar de las cosas de espíritu, es santa la sencillez, pero, para vivir en el mundo sin perjudicarse uno a sí mismo y perjudicar a los amigos, es necesaria la astucia que sabe descubrir las astucias de quien odia a los santos. El mundo es un cubil de sierpes. Sabed conocer el mundo y sus sistemas. Y luego, estando como palomas no entre el fango donde están las sierpes, sino en el alto abrigo sobre la roca, tened el corazón sencillo de los hijos de Dios. Y orad, orad porque en verdad os digo que la gran Serpiente silba alrededor de vosotros, y que estáis en grave
459.7 peligro; y quien no vigile perecerá. [7]Sí. Entre los discípulos habrá quien perezca, con gran júbilo de Satanás e infinito dolor de Cristo».

«¿Quién será, Señor? Quizás uno que no es de los nuestros, un prosélito, uno... no de Palestina, uno...».

«No indaguéis. ¿No está, acaso, escrito que la abominación entra- * rá, como ya ha entrado, en el lugar santo? Ahora bien, si se puede pecar incluso junto al Santo, ¿no podrá pecar alguno de entre mis seguidores galileo o judío? Velad, velad, amigos míos. Velad por vosotros mismos y por los demás, vigilad lo que os dicen los otros y lo que os dice vuestra conciencia. Y si por vosotros no tenéis luz para ver venid a mí. Yo soy la Luz».

Pedro gesticula y susurra detrás de Juan, que hace señal de que no, que no. Jesús vuelve la mirada, ve... Pedro se pone en actitud seria y hace ademán de alejarse. Jesús se alza, sonríe levemente... Luego entona la oración, bendice, despide a las personas. Y se queda solo, a orar más.

460. Fariseos en Cafarnaúm con José y Simón de Alfeo. Jesús y su Madre preparados para el Sacrificio.

18 de julio de 1946.

460.1 [1]«¿No llevas al niño de nuevo a su madre?» pregunta Bartolomé a Jesús, al encontrarle en la terraza absorto en profunda oración.

«No. Voy a esperar a que ella regrese de la sinagoga...».

«¿Esperas que allí dentro el Señor le hable... y que... comprenda su deber? Piensas sabiamente. Pero ella no es sabia. Otra madre ha-

* *He dicho*, en 265.7 (*Mateo 10, 16*, como anota MV en una copia mecanografiada).
* *está... escrito*, en *Daniel 9, 27; 11, 31; 12, 11.*

bría venido inmediatamente ayer por la noche para llevarse a su criatura. En fin... habíamos navegado en un mar tempestuoso... ella no sabía de dónde veníamos... ¿Se ha preocupado, acaso, de ver si su niño había sufrido algún daño? ¿Viene, acaso, esta mañana? Mira cuántas madres están ya levantadas, a pesar de que haya amanecido hace poco, diligentes en tender los vestidos de fiesta para que terminen de secarse y los niños se los pongan limpios para el día del Señor. Un fariseo diría que hacen una obra servil, porque tienden esos vestiditos. Yo digo que hacen una obra de amor, hacia Dios y hacia sus hijos. Son en general mujeres pobres. Mira allí: María de Benjamín y Rebeca de Miqueas. Y, en aquella modesta terraza, Yoana desenredando pacientemente las orlas de la pobre túnica de su hijo, para que parezca menos pobre en la función sagrada. Y allá, en la orilla que dentro de poco estará llena de sol, Sélida tiende la tela todavía basta, para que parezca fina lo que es tela sin desbastar, bonita sólo por el sacrificio que le cuesta: muchos pedazos de pan, negados al hambre del vientre para transformarlos en copos de cáñamo. ¿Y allí no está Adiná frotando con hierbas la tuniquita descolorida de su niña para que parezca más verde? Pero no se ve a la otra...».

«¡Que el Señor le cambie el corazón! No hay otra cosa que decir...».

[2]Permanecen apoyados en la paredilla de la terraza, mirando la naturaleza refrescada por el temporal, que ha puesto terso el aire y ha limpiado la vegetación. El lago, aún un poco agitado y menos azul que de costumbre —y es que le varetean las aguas que han descendido de los torrentes llenos por pocas horas y que arrastran el polvo del reseco lecho—, está hermoso, a pesar de estos desagües de ocre. Parece un gran lapislázuli con perláceas vetas, y ríe bajo un límpido sol que se asoma ahora tras los montes orientales y enciende todas las gotas aún retenidas entre los ramajes. Golondrinas y palomas surcan, festivas, el aire purificado, y entre las frondas pájaros de todas las especies trinan y gorjean. 460.2

«El calor se marcha. Bonita estación del año ésta. Fecunda y bonita. Como una edad madura. ¿No es verdad, Maestro?».

«Bonita... sí...». Pero se ve que Jesús está lejos con su pensamiento.

Bartolomé le mira... Luego pregunta: «¿En qué piensas? ¿En lo que vas a decir hoy en la sinagoga?».

«No. Pienso que los enfermos esperan. Vamos nosotros dos a curarlos».

«¿Nosotros solos?».

«Simón, Andrés, Santiago y Juan han ido a sacar las nasas que

había metido Tomás en previsión de nuestro regreso. Los otros duermen. Vamos nosotros dos».

460.3 [3]Bajan y se dirigen hacia la campiña, a las casas diseminadas por entre las huertas o ya en el campo, a la búsqueda de enfermos amparados en casas de pobres, siempre hospitalarias.

Pero hay quien se adelanta al Maestro, intuyendo a dónde va; hay quien le dice: «Espérame aquí, en mi huerto. Te los traemos aquí...». Y pronto, de distintas partes, como aguas de exiguos regatillos que se unen en un único estanque, los enfermos vienen, o los traen, a Aquel que cura. Y los milagros se efectúan.

Jesús los despide diciendo: «No digáis, si alguien os preguntara, que os he curado. Volved a vuestras casas, donde estabais. Este discípulo mío, antes del ocaso, llevará ayudas a los más pobres».

«Sí. No lo digáis. Le perjudicaríais. Recordad que es sábado y que muchos le odian» añade Bartolomé.

«No perjudicaremos a quien nos ha beneficiado. Lo diremos en nuestros pueblos sin precisar qué día nos curamos» (el que habla es uno que antes era paralítico).

«Es más, yo diría que nos diseminaríamos por los campos en espera del ocaso. Los fariseos saben dónde estábamos alojados y podrían venir a ver...» (el que habla es uno que antes estaba enfermo de los ojos).

«Buena idea, Isaac. Ayer preguntaban demasiado, y demasiadas cosas... Pensarán que, cansados de esperar, nos hemos marchado antes de la puesta de Sol».

«¿Pero ayer por la noche nos vio el apóstol?» pregunta uno que era ciego. «¿No era él el que hablaba?».

«No. Era un hermano del Señor. No nos traicionará».

«Decid sólo a dónde vais, para poderos encontrar cuando venga» dice Bartolomé.

Los enfermos se consultan entre sí. Quién querría ir hacia Corazín, quién hacia Magdala. Lo dejan al dictamen de Jesús.

Y Jesús dice: «A los campos del camino que va a Magdala. Seguid el segundo torrente. Pronto encontraréis una casa. Id allí y decid: "Nos manda Jesús". Os acogerán como a hermanos. Id, y que Dios esté con vosotros, y vosotros con Dios no pecando en el futuro».

460.4 [4]Jesús se echa a caminar de nuevo, no volviendo inmediatamente al pueblo por el camino recorrido antes, sino describiendo por entre los huertos un semicírculo que le lleva al lado del manantial que está cerca del lago, manantial que toman al asalto las mujeres, queriendo aprovisionarse cuando todavía el Sol no está alto y el agua está fresca.

«¡El Rabí! ¡El Rabí!». Y mujeres que se apresuran hacia Él, y niños y también hombres del pueblo, la mayoría viejos, inactivos a causa del sábado.

«Una palabra, Maestro, para hacer alegre este día» dice un hombre ya muy anciano que lleva de la mano a un niño, quizás un biznieto, porque si el viejo es casi ciertamente centenario el niño no tiene más de unos seis años.

«Sí. Para alegrar al viejo Leví, y a nosotros con él».

«Hoy tenéis la explicación de Jairo. Yo estoy aquí para oírle. Tenéis un arquisinagogo sabio...».

«¿Por qué dices esto, Maestro? Tú eres el arquisinagogo de los arquisinagogos, el Maestro de Israel. Nosotros te reconocemos sólo a ti».

«No debéis hacerlo. Los arquisinagogos están puestos para que sean vuestros maestros, para llevar a cabo el culto entre vosotros, dándoos ejemplo para haceros fieles israelitas. Los arquisinagogos seguirán estando cuando Yo ya no esté. Tendrán otro nombre, otras ceremonias, pero siempre serán los ministros del culto. Debéis amarlos, y debéis orar por ellos; porque donde hay un buen arquisinagogo hay buenos fieles, y, por tanto, ahí está Dios».

«Lo haremos. Pero háblanos ahora. Nos han dicho que estás para dejarnos...».

«Tengo muchas ovejas esparcidas por Palestina. Todas esperan a su Pastor. Pero tenéis a los discípulos, que cada vez son más y más sabios...».

«Sí. Pero lo que Tú dices es siempre bueno y fácil para nuestras mentes ignorantes».

«¿Qué os diré?...».

«¡Jesús, te hemos buscado por todas partes!» grita José de Alfeo, que, junto con su hermano Simón y un grupo de fariseos, ha llegado improvisamente.

«¿Y dónde puede estar el Hijo del hombre, sino entre los pequeños y los simples de corazón? ¿Queríais verme? Aquí me tenéis. Pero antes dejad que diga a éstos unas palabras...

460.5 [5]Escuchad. Os han dicho que estoy para dejaros. Es verdad. No lo he negado. Pero, antes de dejaros, os mando esto: que os vigiléis mucho a vosotros mismos para conoceros mucho, que os acerquéis cada vez más a la Luz para que podáis ver. Mi palabra es Luz. Custodiadla en vosotros, y, cuando a su luz descubráis manchas o sombras, perseguidlas para arrojarlas fuera de vuestro corazón. Lo que erais antes de que Yo os conociera ya no debéis serlo; debéis ser mucho mejores, porque ahora sabéis mucho más. Antes estabais como en un crepúsculo, ahora tenéis la Luz en vosotros. Debéis, por tanto,

ser hijos de la Luz.

Mirad al cielo por la mañana, cuando el alba lo esclarece: puede parecer sereno por el solo hecho de no estar todo cubierto de nubes de tormenta, pero, en cuanto aumenta la luz y el vivo claror del Sol se asoma por oriente, los ojos, asombrados, ven formarse manchas rosadas en el azul del cielo. ¿Qué son? Ligeras nubecitas, tan leves que parecían no estar mientras la luz era tenue, pero que ahora, dándoles el Sol, aparecen como espumas ligeras en el campo del cielo. Y ahí están hasta que el Sol las funde, las anula en su gran fulgor. Vosotros haced lo mismo con vuestra alma. Llevadla cada vez más cabe la luz, para descubrir en vosotros cualquier niebla, aunque sea levísima, y luego tenedla bajo el gran sol de la Caridad. La Caridad consumará vuestras imperfecciones como el Sol hace evaporar la humedad ligera que se condensa en aquellas nubecillas tan tenues que disipa en la aurora. Si estáis mucho en la Caridad, la Caridad obrará en vosotros continuos prodigios.

Marchaos ahora y sed buenos...».

460.6 [6]Se despide de ellos y va hacia sus dos primos, a los cuales besa después de haber hecho respetuosas reverencias a los fariseos presentes, entre los cuales está Simón, el fariseo de Cafarnaúm. Los otros son caras nuevas.

«Te hemos buscado más por éstos que por nosotros. Hemos venido a Nazaret a buscarte, y entonces...», explica Simón de Alfeo señalando a los fariseos.

«La paz a vosotros. ¿De qué teníais necesidad?».

«¡De nada! Verte, sólo verte. Escucharte. Oír la sabiduría de tus palabras...».

«¿Sólo para esto?».

«Verdaderamente, también para aconsejarte... Tú eres demasiado bueno, y la gente abusa de ello. No es bueno este pueblo. Y Tú lo sabes. ¿Por qué no maldices a los pecadores?».

«Porque el Padre me ordena que salve, no que pierda».

«Te buscarás adversidades...».

«No importa. No puedo transgredir la orden del Altísimo por ningún beneficio humano».

«Y si... Ya sabes... se dice por lo bajines que halagas al pueblo para servirte de él en una rebelión. Hemos venido a preguntarte si es verdad».

«¿Habéis venido u os han mandado?».

«Es lo mismo».

«No. De todas formas, os respondo a vosotros y también a quien os han mandado que el agua que rebosa de mi recipiente es agua de

paz, que la semilla que siembro es semilla de renuncia. Yo podo las ramas soberbias, estoy pronto para arrancar las plantas malas, para que no perjudiquen a las buenas, si no se someten al injerto. Pero lo que Yo llamo bueno no es lo que vosotros llamáis bueno. Porque Yo llamo buena a la obediencia, a la pobreza, a la renuncia, a la humildad, a la caridad que condesciende a todas las humildades y misericordias. No temáis a nadie. El Hijo del hombre no tiende asechanzas a los poderes humanos, sino que viene a inculcar poder a los espíritus. Id y referid que el Cordero no será nunca lobo».

«¿Qué quieres decir? Tú nos entiendes mal y nosotros te entendemos mal».

«No. Yo y vosotros nos entendemos *muy* bien...».

«¿Entonces sabes para qué hemos venido?».

«Sí. Para decirme que no debo hablar a las multitudes. Y no pensáis que no podéis prohibirme entrar, como cualquier israelita, donde se leen y explican las Escrituras, y donde todo circuncidado tiene el derecho de hablar».

«¿Quién te lo ha dicho? Jairo, ¿no es verdad? Referiremos».

«No he visto todavía a Jairo».

«Mientes».

«Yo soy la Verdad».

Un hombre de la multitud, de la multitud que se ha vuelto a formar, dice: «Él no miente. Jairo se ha marchado ayer, antes de la puesta del Sol, con su mujer y su hija. Las ha acompañado. Ha dejado aquí a su ayudante. Las ha acompañado donde su madre, que se está muriendo. No volverá hasta después de las purificaciones».

Los fariseos no tienen la satisfacción de poder mostrar que Jesús miente, pero sí la de saber que no tiene consigo a su más poderoso amigo de Cafarnaúm. Se miran unos a otros: toda una mímica de miradas.

[7]José de Alfeo, el mayor de la familia, siente el deber de defender 460.7
a Jesús y se vuelve hacia Simón el fariseo: «Me has honrado queriendo compartir el pan y la sal conmigo, y el Altísimo tendrá en cuenta este honor que has dado a los descendientes de David. Te has mostrado justo ante mí. Estos fariseos acusan a este hermano mío. Ayer me dijeron a mí, cabeza de la casa, que el único dolor era el que Jesús desatendiese a Judea, porque, siendo el Mesías de Israel, tenía el deber de amar y evangelizar por igual a todo Israel. Me pareció justo el razonamiento y se lo habría dicho a mi hermano. Pero entonces, ¿por qué hablan así hoy? Al menos, que digan por qué no debe hablar. Que yo sepa, no dice cosas contrarias a la Ley y a los Libros. Dad las razones y yo convenceré a Jesús de que hable de otra forma».

«Es razonable lo que dices. Responded a este hombre...» dice Simón el fariseo. «¿Ha dicho Él cosas... sacrílegas?».

«No. Pero el Sanedrín le acusa de separar, de tratar de separar a la nación. El Rey debe ser de Israel, no sólo de Galilea».

«Se quiere a toda la patria, se quiere muchísimo dentro de la patria a la región natal. Este amor suyo por Galilea no es una causa tan grave que merezca castigo. Y además, nosotros somos de David, así que...».

«Que venga entonces a Judea. Que no nos desprecie».

«¿Los oyes? ¡Es un honor para ti y para la familia!» dice, entre severo y jactancioso, José.

«Estoy oyendo».

«Te aconsejo que condesciendas con su deseo. Es bueno. Es puro honor. Tú dices que quieres paz. Pues entonces pon fin, dado que te quieren de uno a otro confín, a esta desavenencia que hay entre las dos regiones. Lo harás, ciertamente. ¡Ciertamente lo hará! Lo aseguro por Él, que es obediente a los mayores».

«Está escrito: "No hay nadie mayor que Yo. No hay ningún otro dios delante de mí". Yo obedeceré siempre a lo que Dios quiere».

«¿Oís? Id, pues, en paz».

«Oímos. Pero, José, antes de marcharnos queremos saber lo que para Él es lo que Dios quiere».

«Lo que Dios quiere es que Yo haga su voluntad».

«¿Y cuál sería esa voluntad? Dila».

«Que recoja las ovejas de Israel y las reúna en un solo rebaño. Y lo haré».

«Tendremos en cuenta estas palabras tuyas».

«Será buena cosa. Que Dios esté con vosotros» y Jesús vuelve las espaldas al grupo farisaico y camina hacia casa.

460.8 [8]José, su primo, se pone a su lado, medio contento medio descontento, y, con aire protector, le hace observar que si se les sabe tratar (como ha hecho él), que si se tiene el apoyo de los familiares (como afortunadamente ha sucedido hoy), que si se recuerda que se tiene derecho al trono (como descendientes de David), etc., también los fariseos se hacen buenos amigos.

Jesús le interrumpe diciendo: «¿Y tú lo crees? ¿Crees en sus palabras? Verdaderamente el orgullo y la alabanza engañosa bastan para cubrir de escamas las vistas más agudas».

«Yo, de todas formas... los complacería. No puedes pretender que te paseen victorioso entre gritos de hosanna, así de repente... Los debes conquistar. Un poco de humildad, Jesús. Un poco de paciencia. El honor merece cualquier sacrificio...».

«¡Basta! Hablas palabras humanas, y peor todavía. Que Dios te perdone. Y te dé luz, hermano. Pero apártate, porque me produces amargura. Y no expreses a tu madre, a tus hermanos, a mi Madre estos consejos necios».

«¡Quieres tu perdición! ¡Eres causa de nuestro hundimiento y del tuyo!».

«¿Por qué has venido, si sigues siempre igual? Todavía no he padecido por ti, pero lo haré; y entonces...».

José se ha marchado, inquieto.

«Tú le enojas... Es como nuestro padre, ya sabes... Es el viejo israelita...» le susurra Simón.

«Cuando comprenda, verá que mi acción, que ahora le enoja, era santa...».

[9]Ya están en la puerta de casa. Entran. Jesús ordena a Pedro: 460.9
«Ocúpate de que la barca esté preparada para la puesta del Sol. Vamos a acompañar a Tiberíades a las dos Marías, y Simón las acompañará a casa. Irá contigo Mateo, además de tus compañeros pescadores. Los demás nos esperarán aquí».

Pedro toma aparte a Jesús: «¿Y si viene el de Antioquía? Lo digo por Judas de Keriot...».

«Tu Maestro te dice que le encontraremos en el muelle de Tiberíades».

«¡Ah, entonces!» y con voz fuerte: «La barca estará preparada».

[10]«Madre, sube conmigo. Estaremos juntos estas horas». 460.10

María le sigue sin hablar. Entran en la habitación de arriba, fresca y umbría por la parra que la cubre y las cortinas puestas para dar sombra.

«¡¿Te vas, Jesús mío?!». María está muy pálida.

«Sí. Llega el momento de marcharme».

«¿Y yo no debo ir para los Tabernáculos? ¡Hijo mío!...». María tiene un amago de llanto.

«¡Mamá! ¿Por qué? ¡No es la primera vez que nos dejamos!».

«No. Es verdad. Pero... ¡oh!, recuerdo cuanto me dijiste en el bosque cercano a Gamala... ¡Hijo mío! Perdona a una pobre mujer. Te obedeceré... Con la ayuda de Dios, seré fuerte... Pero quiero una promesa tuya...».

«¿Cuál, Madre mía?».

«Que no me ocultarás la hora tremenda. Ni por piedad ni por aprensión respecto a mí... Sería demasiado dolor... y demasiada tortura... Dolor porque... sabría todo al improviso y por boca de quien no me ama como Tú amas a esta pobre Mamá... Y sería tortura si pensara que, quizás mientras hilo o tejo o cuido las palomas, a ti, Hi-

jo mío, te están matando...».

«No temas, Madre. Lo sabrás... Pero éste no es el último adiós. Nos veremos todavía...».

«¿Verdaderamente?».

«Sí. Nos veremos todavía».

«¿Y me dirás: "Voy a cumplir el Sacrificio"? ¡Oh...!».

«No diré eso. Pero tú comprenderás... Y luego, la paz; mucha paz... Fíjate: haber hecho todo lo que Dios quiere de nosotros, sus hijos, para el bien de todos los otros hijos. Mucha paz... La paz del perfecto amor...».

La ha recogido en su corazón, y la tiene ahí, estrechada en el abrazo filial: Él mucho más alto y fuerte; Ella, más menuda, joven, con esa incorrupta juventud suya, de carne y de expresión, puesta sobre la eterna juventud de su espíritu inmaculado.

Y Ella repite, heroica (¡cuán heroica!): «Sí, sí. Lo que Dios quiera...».

No hay más palabras. Los dos Perfectos ya consuman el sacrificio de su más dura obediencia. No hay tampoco lágrimas. Y tampoco besos. Hay sólo Dos que aman perfectamente y depositan a los pies de Dios su amor.

461. Confabulación en casa de Cusa para elegir a Jesús rey. El griego Zenón y la carta de Síntica con la noticia de la muerte de Juan de Endor.

23 de julio de 1946.

461.1 [1]Tiberíades ha vertido todos sus habitantes en las orillas del lago, o en el propio lago, buscando refrigerio en la brisa que recorre las aguas y cimbra los árboles de los jardines de la orilla. Mientras los ricos de esta ciudad —donde se entreveran muchas razas allí reunidas por muchos motivos— se procuran alivio en cómodas barcas de recreo, o desde las sombras verdes de los jardines observan los movimientos de las barcas en las aguas de turquesa, ya depuradas del amarillor que había puesto en ellas el aguacero de la noche anterior, los pobres, especialmente los niños, retozan en la playa, en el linde donde las olas mueren, y sus gritos, por el frío del agua que les da más arriba de lo que quisieran, parecen gritos de golondrinas.

Las barcas de Pedro y Santiago se acercan a la orilla dirigiéndose hacia el embarcadero.

«No. Al jardín de Juana» ordena Jesús.

Pedro obedece sin decir nada, y la barca, seguida por su gemela,

con una virada perfecta que dibuja una estela de espuma en forma de interrogación, tuerce hacia el desembarcadero del jardín de Cusa, se arrima a él y se para. Jesús es el primero en bajar. Luego da la mano a las dos Marías para ayudarlas a bajar al pequeño andén.

«Ahora vosotros id al muelle grande y poneos a predicar al Señor. Veréis a un hombre que se acercará a preguntaros dónde estoy. Es el hombre de Antioquía. Traedle a mí después de que hayáis despedido a la gente».

«Sí... pero... ¿Qué debemos decir a la gente? ¿Predicar que has venido o predicar tu doctrina?».

«Que he venido. Decir que para la aurora hablaré en Tariquea y curaré a los enfermos. Uno de vosotros que vigile las barcas, o poned a algún discípulo que lo haga, para que estén preparadas para partir. Id y que la paz sea con vosotros». Y se encamina hacia la cancilla que se cierra ante el embarcadero. Las dos Marías le siguen silenciosas.

[2]En el vasto jardín, donde pertinaces rosas florecen todavía, si 461.2
bien muy escasas, no se ve a nadie. Pero se oyen los gritos felices de los dos pequeños, que están jugando.

Jesús, pasando la mano por entre los arabescos de la cancilla, trata de correr el pasador. Pero no lo consigue. Busca si hay algo que pueda hacer ruido y llamar la atención. Pero no hay nada. Entonces, al oír más cercanas las vocecitas de los dos niños, llama fuerte: «¡María!». Las dos voces enmudecen de golpe... Jesús repite: «¡María!»...

Y allá, en el medio del prado, mantenido al rape —como una alfombra de la que sobresalieran los pies bien cuidados de los rosales—, allá aparece la niñita, dando pasitos cortos, cautos, con un dedito entre los labios, indagadores los ojos que escrutan en todas las direcciones; y luego, unos pasos más atrás, seguido de un corderito blanco como la espuma, vese a Matías.

«¡María! ¡Matías!» grita fuerte Jesús.

La voz guía las miradas inocentes. Los dos niños dirigen sus ojos hacia la cancilla, y ven a Jesús con la cara contra las barras, sonriéndoles.

«¡El Señor! Ve corriendo, Matías, donde mamá... Llama a Elías o a Miqueas... Que vengan a abrir...».

«Vete tú. Yo voy donde el Señor...» y, tendidos los brazos, se echan a correr los dos: dos mariposas, una blanca, una rosada de cabecita morena.

Pero, afortunadamente, mientras corren llaman a los criados, y éstos, llevando en sus manos regaderas y rastrillos, acuden; de forma que, al fin, la cancilla se abre y los dos niños se refugian en los brazos de Jesús, quien los besa y pasa el umbral llevándolos de la mano.

461.3 [3]«Nuestra mamá está en casa con sus amigas. Entonces a nosotros nos dicen que nos vayamos, porque no quieren que estemos allí» explica expeditivo Matías.

«No hables de esa forma tan mala. Nuestra mamá nos dice que nos vayamos porque esas damas son romanas y hablan todavía de sus dioses, y nosotros, los salvados de Jesús, debemos conocerle sólo a Él. Es por esto, Señor. Matías es demasiado pequeño y no comprende» dice, con la gracia de su sensatez de criatura que ha sufrido, y que por eso es más madura, más adulta de lo que comportaría su edad.

«Nos dice que nos vayamos también nuestro padre cuando vienen los de la Corte. Y me gustaría, porque son casi todos soldados... guerreros... ¡La guerra! ¡La guerra es bonita! ¡Hace vencer! Echa a los romanos. ¡Abajo Roma! Viva el Reino de Israel» grita fieramente el pequeño.

«La guerra no es bonita, Matías; y muchas veces no se gana la guerra, y entonces de sometidos se pasa a ser esclavos».

«Pero tu Reino debe venir. Y para hacer que venga se hará la guerra. Y se echará a todos, incluido Herodes, y Tú serás rey».

«Calla, tonto. Ya sabes que no debes repetir lo que oyes. Hacen bien en decirte que te vayas. ¿No sabes que hablando así puedes perjudicar a nuestro padre, a nuestra madre y también a Jesús?» dice María. Y luego explica: «Un día vino ese que es como un príncipe y pariente de Herodes y que es tu discípulo, a hablar con nuestro padre. Y gritaban mucho. No estaban solos, estaban con muchos otros...».

«Guapísimos, con espadas bonitas, y hablaban de guerra...» interrumpe Matías.

«¡Calla, te digo! Y gritaban tanto que se oyó, y este tonto, desde entonces, no hace más que hablar de ello. Dile que no debe hacerlo... Nuestra mamá lo ha dicho, y nuestro padre le ha amenazado con llevarle a la cima del gran Hermón, a una gruta, con un esclavo sordo y mudo, hasta que no aprenda a callar. Y allí tendría que callar, porque, si habla con el esclavo, el esclavo no oye y no responde, y, si grita, vienen las águilas y los lobos a comérsele...».

«Un castigo verdaderamente terrible» dice Jesús sonriendo, y acaricia al niño, que ha perdido el ardimiento y se abraza a Jesús, como si ya viera a las águilas y lobos en disposición de devorarle todo entero, incluida la lengüecita imprudente. «¡Un castigo verdaderamente terrible!» repite.

«¡Pues sí! Y yo tengo miedo de que le caiga, y de quedarme sin Matías, y lloro... Pero él no tiene piedad ni de mí ni de nuestra mamá, y nos va a hacer morir de dolor...».

«No lo hago adrede. He oído... y digo... Es tan bonito... pensar

que se derrota a los romanos y se echa a Herodes y a Filipo, y que Jesús sea Rey de Israel» termina en un susurro, escondiendo la cara entre la túnica de Jesús para apagar aún más el sonido de la voz.

461.4 [4]«Matías no volverá a decir nunca estas cosas. Me lo promete a mí y lo mantendrá. ¿No es verdad? Así no le devorarán, y Juana y María no morirán de dolor, Cusa no estará inquieto y a mí no me odiarán. Porque, mira, Matías: diciendo estas cosas haces que me odien. ¿Te gusta que Jesús sea perseguido? Imagínate qué remordimiento, si un día tuvieras que decirte a ti mismo: "He provocado que persiguieran a Jesús, que me ha salvado; y todo por haber repetido lo que oí casualmente". Aquéllos eran hombres. Y los hombres pierden a menudo la vista de Dios porque son pecadores. No viendo a Dios, no ven la Sabiduría, y cometen errores, incluso con miras buenas, o que las creen buenas. Pero los niños son buenos. Sus espíritus ven a Dios y Dios descansa en su corazón. Por eso deben comprender las cosas con sabiduría y decir que mi Reino no se llevará a cabo con violencia, en la Tierra, sino con amor, en los corazones. Y deben rezar para que los hombres comprendan este Reino mío como lo comprenden los niños. Las oraciones de los niños van, de manos de sus ángeles, al Cielo, y el Altísimo las convierte en gracias. Y Jesús necesita estas gracias para hacer, de los hombres que piensan en la guerra y en el reino temporal, apóstoles que comprenden que Jesús es paz y que su Reino es espiritual y celeste. ¿Ves este corderito? ¿Acaso podría descuartizar a alguien?».

«¡No! Si pudiera, nuestro padre no nos lo habría regalado, para que no nos despedazara».

«Es como has dicho. Lo mismo el Padre que está en los Cielos no me habría enviado jamás, si Yo hubiera tenido poder y voluntad de despedazar. Yo soy el Cordero y el Pastor. Y soy apacible y manso como el cordero. Y soy Aquel que reúne con amor, con cayado de Pastor bueno, no con lanza y espada de guerrero. ¿Has comprendido? ¿Me prometes a mí, personalmente, que no vas a volver a hablar nunca de estas cosas?».

«Sí, Jesús. Pero... ayúdame Tú... porque yo solo...».

«Te ayudo. Mira, te acaricio los labios y así sabrán estar cerrados».

461.5 [5]«Maestro mío. ¡Santo atardecer este que me concede verte!» dice Jonatán, que ha venido de la casa y se ha postrado a los pies de Jesús.

«Paz a ti, Jonatán. ¿Puedo ver a Juana?».

«Está viniendo. Ha despedido a las romanas para venir aquí contigo».

Jesús le mira interrogativamente, pero no pregunta nada. Cami-

na hacia la casa mientras escucha a Jonatán, que habla de Cusa «muy molesto con Herodes» y que dice: «Por amor a mi ama, te ruego que le frenes, porque quiere hacer cosas que... no te harían bien a ti, ni tampoco a él; pero, sobre todo, a ti».

461.6 [6]Con un espléndido vestido blanco, sobre el que desciende desde la cabeza un velo tan pespuntado de plata, que parece una filigrana argéntea —y no sé cómo la ligereza del tejido puede resistir ese recamo de brocado de plata—; ceñida con una delgada diadema que por delante termina ligeramente en punta, como una mitra cuajada de perlas; y con pesados pendientes de perlas en las orejas, y perlas en la base del cuello, perlas en las muñecas y en los dedos: una aparición de belleza, pureza y gracia... Juana viene rauda hacia su Señor y, sin preocuparse de su bonito vestido, se postra en la tierra del paseo y besa los pies de Jesús.

«La paz a ti, Juana».

«Cuando estás conmigo, siempre hay paz en mí y en mi casa... ¡Madre!...», y hace ademán de querer besar los pies de María, pero Ella la recibe entre sus brazos y la besa. También se intercambia el beso con María de Alfeo.

Jesús, después de los saludos, dice: «Tengo que hablar contigo, Juana».

«Aquí me tienes, Maestro. María, mi casa es tuya. Indica todo aquello de que tengáis necesidad. Yo voy con el Maestro...».

Jesús ya se ha separado y ha ido al prado, bien a la vista de todos, pero aislado suficientemente como para que ninguno le pueda escuchar. Juana le alcanza.

«Juana, debo acoger a un enviado de Antioquía; de Síntica, claro. He pensado hacerlo en tu casa. Aquí, en tu jardín...».

«Tú eres el amo de todo lo que es de Juana».

«¿También de tu corazón?». Jesús la mira fija y penetrantemente.

«¡Tú ya sabes, Maestro! Estaba casi segura, ahora lo estoy del todo. Cusa... ¡La incoherencia de los hombres es tan grande! ¡Su espíritu de interés es tan fuerte! ¡Y su piedad hacia sus esposas tan poca! Nosotras somos... ¿Qué somos, incluso las esposas de los mejores? Una joya que se ostenta o se esconde, según pueda o no convenir... Un mimo, que debe reír o llorar, atraer o repeler, hablar o callar, mostrarse o estar oculto, según lo que el hombre quiera... siempre en vistas a su interés... ¡Es triste nuestra suerte, Señor! ¡Y también degradante!».

«En compensación, os es dado saber subir más alto en el espíritu».

«Eso es verdad. ¿Te han referido o lo has sabido por ti? ¿Has visto a Manahén? Te buscaba...».

«No. No he visto a nadie. ¿Está aquí?».

«Sí. Estamos todos aquí... Quiero decir: todos los cortesanos de Herodes... y muchos por odio. Entre éstos también Cusa, desde que, por voluntad de Herodías, Herodes se complace en humillar a su intendente... Señor, ¿te acuerdas de que en Béter te dije que él me quería separar de ti porque temía el disfavor de Herodes? Bueno, pues han pasado sólo unos meses... Y ya quiere que ahora yo... que yo... Sí, Señor. Querría que te persuadiera a aceptar su ayuda para que ocupes el puesto del Tetrarca... Debo decirlo porque soy mujer, sujeta por tanto al hombre, y además hebrea, por tanto mucho más sujeta a la voluntad del marido. Y lo digo... Y no te aconsejo... porque creo saber ya que Tú... que Tú no te vas a hacer rey con la ayuda de las lanzas pagadas. ¡Oh!... ¿Qué he dicho? No debía hablar así... Debía dejarte escuchar primero a Cusa y a Manahén y a otros... ¿Y si callaba, no hacia mal?... Señor ayúdame a ver lo justo...».

461.7 [7]«Lo justo está en tu corazón, Juana. Ni con las cohortes romanas ni con las lanzas israelitas me haré rey Yo, aunque Roma e Israel quisieran pacificar este territorio por medio de mí. He comprendido ya lo suficiente como para reconstruir las cosas. Matías ha dicho palabras imprudentes. Jonatán ha aludido a desazones. Tú dices el resto. Yo completo así: una idea insensata de mi reino impele a los buenos, todavía no justos, como Manahén, a crear movimientos capaces de instaurar el reino de Israel según la idea fija de la mayoría. Un punzante, ardiente deseo de vengarse de una afrenta impele a otros, entre los cuales tu esposo, a lo mismo. En estos dos motivos hace palanca la astucia de los fariseos, saduceos, escribas, y la astucia herodiana, para lograr deshacerse de mí, haciéndome aparecer como no soy ante los ojos de quien nos domina. Tú has despedido a las romanas para decirme esto, para no traicionar a Cusa ni a Manahán ni a otros. Pero, en verdad te digo que quienes me han comprendido más que nadie son los gentiles. Me llaman el filósofo, quizás me consideran un soñador, un irrealista, un infeliz, según ellos, para quienes todo radica en la violencia. Pero han comprendido —al menos ellos lo han comprendido— que no soy de esta Tierra y que mi Reino no es de esta Tierra. No tienen miedo de mí, sino de mis seguidores. Tienen razón. Ellos, quién por amor, quién por orgullo, serían capaces de cualquier acción, con tal de lograr su idea: hacer de mí —el Rey de reyes, el Rey universal— un pobre rey de un pequeño estado... Y, en verdad, de esta insidia debo guardarme más, de esta insidia que trabaja en la sombra instigada por mis verdaderos enemigos, que no están en el palacio proconsular de Cesarea, ni en el del Legado de Antioquía, ni tampoco en la Antonia, sino que están bajo

las filacterias, las fimbrias y los "zizit" de los indumentos hebreos, y * especialmente bajo los "zizit" *floqueados* y las *amplias* filacterias, puestos en los amplios indumentos de los fariseos y escribas para demostrar una adhesión aún más amplia a la Ley. Pero la Ley está en el corazón, no en los indumentos... Si estuviera en el corazón, estos que se odian, pero que ahora, olvidando el odio, se unen para hacer daño —ese odio que excavaba profundos barrancos entre una y otra casta de Israel, del Israel que ahora ya no está separado sino nivelado, porque los barrancos están rellenados con el odio a mí—, si estuviera la Ley en el corazón de éstos, y no colgada y anudada en los indumentos, en la frente, en la mano —como un salvaje se coloca amuletos, conchas, huesos, rostros de buitres, por superstición y adorno—, si estuviera en el corazón esta Ley, si la Sabiduría no estuviera escrita dentro de las filacterias sino en las fibras del corazón, comprenderían que Yo soy y que contra mí, para destruirme como Verbo y como Hombre, no pueden ir. Yo debo, por tanto, defenderme de los amigos y de los enemigos, igualmente no justos en sus amores y en sus odios: debo tratar de guiar los amores y aquietar los odios. Yo esto lo hago para cumplir mi deber; y lo haré hasta que haya edificado el Reino, bañando las piedras con mi Sangre para que se unan sólidamente. Cuando os rocíe con mi Sangre, vuestros corazones dejarán de vacilar; me refiero a los corazones fieles a mí, al tuyo, Juana, que tanto lucha entre las dos fuerzas que actúan sobre ti y los dos amores que hay en ti: Yo-Cusa».

«Pero vencerás Tú, Señor».

«Venceré Yo. Sí».

«Pero trata también de salvar a Cusa... Ama a quien amo».

«Amo a quien te ama».

«Ama a Cusa, que te ama...».

«La doblez no es para esa frente, pura como las perlas que la ciñen y que ahora enrojece con el esfuerzo de quererse y quererme persuadir de un amor de Cusa».

«Y, sin embargo, te ama».

«Sí. Por su interés. Como por su interés no me amaba en Ziv y en
461.8 Siván... [8]Pero, ahí está Simón de Jonás con el extranjero. Vamos donde ellos...».

Van hasta el amplio vestíbulo que hay en la parte de atrás de la casa. Más que un vestíbulo, un pórtico semicircular ⌒ abierto al

---

* *las filacterias, las fimbrias y los "zizit"* (veremos estos últimos también en 501.4) podrían ser varios nombres de los paramentos (orlas y cintas, vistas también en 40.7 y en 201.5) que la ley prescribía a los israelitas para que se acordaran de los preceptos del Señor, como en *Éxodo 13, 9 y 16; Números 15, 37-41; Deuteronomio 6, 8; 11, 18; 22, 12.*

parque. El parque se prolonga en la casa con este vestíbulo en forma de semicírculo, que da al jardín y está adornado de columnas con ramas de rosales ahora sin flores y ramaje delicado de jazmines, columnas tachonadas de flores y de otras plantas trepadoras purpúreas cuyo nombre ignoro.

«La paz sea contigo, extranjero. ¿Querías verme?».

«Salud y gloria, Señor. Quería verte. Tengo una carta para ti. Me la dio una mujer griega en Antioquía. Soy... No, ya no soy griego, porque he tomado la ciudadanía romana para continuar con mi contrato de arrendamiento: soy proveedor de los soldados romanos. Los odio. Pero aprovisionarlos es fructífero. Por lo que nos han hecho, debería mezclar cicuta en la harina. Pero habría que envenenar a todos, a pocos no es eficiente. Reaccionarían peor... Creen que todo les es lícito por ser fuertes. Son bárbaros respecto a los griegos. Nos han robado todo para adornarse con las cosas nuestras y fingir civilidad. Pero rasca la costra, que está teñida de *nuestra* civilización, y descubrirás siempre a un Amulio, a un Rómulo, a un Tarquinio... Descubres siempre a un Bruto, asesino de quien le beneficia. ¡Ahora tienen a Tiberio! ¡Y es todavía poco para ellos! Tienen a Sejano. Tienen lo que se merecen. Las cadenas, los delitos que han cometido, la espada, se vuelven contra ellos y muerden las carnes de los brutales romanos. Poco, aún demasiado poco. Pero lo que es ley sucederá. Cuando el monstruo sea enorme, caerá por su propio peso y se pudrirá. Y los vencidos reirán ante el enorme cadáver y pasarán de nuevo a ser vencedores. Que así sea. Todos los pies de los conquistadores pisando a aquella que ha aplastado todo con su expansión brutal... Pero perdona, Señor. El perpetuo dolor me ha arrollado una vez más...

[9]Decía que una griega me dio una carta para ti y me dijo que Tú 461.9
eras el Virtuoso perfecto. Virtuoso... Eres joven para serlo... Los grandes espíritus de la Hélade gastaron la vida para serlo un poco... Y, sin embargo, la mujer me ha hablado de tu Idea. Si verdaderamente crees en lo que enseñas, eres grande... ¿Es verdad que vives para prepararte a la muerte para dar al mundo la sabiduría de vivir como dioses y no como animales, como hacen ahora los hombres? ¿Es verdad que afirmas que hay sólo una riqueza digna de ser alcanzada: la de las virtudes? ¿Es verdad que has venido para redimir, pero que la redención empieza en nosotros mismos, siguiendo tus enseñanzas? ¿Es verdad que poseemos el alma y que debemos cuidarla porque es cosa divina, imperecedera, incorruptible por su naturaleza, pero que nosotros, sólo nosotros, viviendo como animales, podemos desdivinizar, a pesar de no poder destruirla? ¡Responde, Grande!».

«Es verdad. Todo es verdad».

«¡Por Zeus! Esto lo decía también el sumo Nuestro. Pero parecía una música a la que le faltara una nota, una lira a la que le faltara una cuerda. De vez en cuando se sentía un vacío, que el filósofo no había sorteado. Tú has colmado ese vacío, si realmente has venido no sólo para enseñar sino también para morir, no obligado a ello por nadie, sino por voluntad propia de obediencia al Dios, lo cual hace de tu muerte no un suicidio sino un sacrificio... ¡Por la divina Palas! Ninguno de nuestros dioses hizo esto jamás. Así que deduzco que Tú eres más que ellos. La griega dice que no existen, y Tú sólo eres... ¿Entonces estoy hablando con un Dios? ¿Y puede un Dios escuchar a un aprovisionador ladrón y rencoroso con su enemigo, a un miserable hombre? ¿Por qué me escuchas?».

«Porque veo tu alma».

«¡¡¡¿La ves?!!! ¿Cómo es?».

«Retorcida, sucia, con serpientes por cabellos, desabrida, ignorante, a pesar de que tu intelecto sea muy distinto del de un bárbaro. Pero dentro del templo feo tienes un altar que espera, como el que está en el Areópago, y espera la misma cosa: al Dios verdadero».

«A ti, entonces. Porque la griega dice que Tú eres el Dios verdadero. Pero, ¡por Zeus!, es verdad lo que dices de mi alma. Eres más claro y seguro que el oráculo délfico. Pero Tú predicas paz, amor, perdón. Difíciles virtudes. Y predicas continencia, y honestidad de todo tipo... Ser eso es ser dioses más grandes que los dioses, porque ellos... ¡ellos no son pacíficos, honestos, magnánimos!... Son la perfección de las pasiones malas del hombre, excepto Minerva, que es al menos sabia... ¡La misma Diana!... Pura, pero cruel... Sí, ser lo que Tú predicas es ser más que los dioses. Si yo lo alcanzara... ¡Por el bellísimo Ganimedes! Él, de jovencito, a águila olímpica y divino copero. Pero Zenón, de
461.10 proveedor de cereales a los amos bárbaros, a dios... [10]Pero deja que me interne en este pensamiento, y lee la carta de la mujer entretanto...» y el hombre se pone a pasear como un peripatético.

Pedro, cansado, al ver que el discurso era largo, se había sentado cómodamente en un asiento del atrio, y, en el frescor del ambiente y en mullidos almohadones echados encima del asiento, se ha puesto tranquilamente a dar una cabezada... Pero debe haber tenido un oído en vela, porque le despierta el ruido de romper el sigilo y de desenrollar el pergamino, y se pone en pie mientras se frota los ojos soñolientos. Se acerca al Maestro, que lee de pie, erguido, debajo de una lámpara de lastras de mica delicadamente violácea. Siendo tenue la luz, adecuada para iluminar el lugar sin quitarle el encanto de la luna en las noches serenas, Jesús mantiene alto el folio para leer las palabras; y Pedro, mucho más bajo que el Maestro y estando a

su lado, trata de alargar el cuello, de ponerse de puntillas para ver, pero no puede.

«¿Es Síntica, eh? ¿Qué dice?» pregunta dos veces, y suplica: «¡Lee fuerte, Maestro!».

Pero Jesús responde: «Sí. Es ella... Después...» y lee, lee, y, acabado el primer folio, lo enrolla y se lo mete en los pliegues de la cintura y continúa la lectura del segundo folio.

«¡¿Cuánto ha escrito, eh?! ¿Cómo está Juan? ¿Y quién es aquel hombre?». Pedro se muestra insistente como un niño.

Jesús está tan absorto que ya no le escucha. Terminado queda el segundo folio, que recibe el mismo destino que el primero.

«Ahí se estropean. Deja que los tenga yo...» y, sin duda, piensa: "y les dé una ojeada." Pero, alzando los ojos para seguir las manos del Maestro, que desenrollan el tercero y último folio, ve brillar una lágrima que cuelga de las pestañas rubias de Jesús. «¡¿Maestro?! ¡¿Lloras?! ¿Por qué, Maestro mío?» dice, y se pega a Él, y le abraza la cintura con su brazo musculoso y corto.

«Ha muerto Juan...».

«¡Oh! ¡Pobrecillo! ¿Cuándo?».

«Con los primeros calores fuertes... Echándonos mucho de menos...».

«¡Pobre Juan!... Pero, claro... ¡estaba consumido!... Y el dolor de separarse... ¡Todo por esas serpientes! ¡Si supiera su nombre!... Lee fuerte, Señor. ¡Yo le quería a Juan!».

«Después. Después leeré. Calla ahora».

Jesús lee atento... Pedro se alarga aún más para ver... La lectura termina. Jesús enrolla de nuevo el folio y dice: «Llama a mi Madre».

«¿No lees?».

«Voy a esperar a los otros... Entretanto me despediré de ese hombre».

[11]Y, mientras Pedro entra en casa, donde están las discípulas con 461.11
Juana, Jesús va donde el griego: «¿Cuándo partes?».

«Debo ir a Cesarea, donde el Procónsul, y, después de comprar una serie de artículos, voy a Joppe. Partiré dentro de un mes, a tiempo de evitar las tempestades de noviembre. Me marcho por mar. ¿Me necesitas para algo?».

«Sí, para responder. La griega dice que me puedo fiar de ti».

«Dicen que somos falsos. Pero también tenemos la capacidad de no serlo. Fíate de mí. Puedes preparar el escrito y buscarme para los Tabernáculos en casa de Cleante, el que me provee de quesos de Judea para las mesas de los romanos: tercera casa después de la fuente del pueblo de Betfagé; no te puedes confundir».

«Tú tampoco te puedes confundir, si sigues por el camino en que has puesto pie. Adiós, hombre. Que la civilización griega te conduzca a la cristiana».

«¿No me reprochas el que odie?».

«¿Sientes que debería hacerlo?».

«Sí. Porque condenas el odio como pasión indigna y aborreces la venganza».

«¿Y tú qué piensas de ello?».

«Que quien no odia y perdona es más grande que Júpiter».

«Alcanza, entonces, esa grandeza... Adiós, hombre. Que tu familia quiera a Síntica, y en el exilio en que os halláis tomad los caminos de la Patria inmortal: el Cielo. Quien cree en mí y practica mis palabras tendrá esa Patria. Que la Luz te ilumine. Ve en paz».

El hombre saluda y se pone en camino. Luego se para, vuelve atrás, pregunta: «¿No te voy a oír hablar?».

«Al amanecer hablaré en Tariquea. Pero luego voy hacia la Siro-Fenicia, y luego, no sé por qué camino, a Jerusalén».

«Te buscaré. Y mañana estaré en Tariquea, para juzgar si eres tan elocuente como sabio». Se marcha definitivamente.

461.12 [12]Las mujeres están en el atrio, y comentan con Pedro la muerte de Juan. Y ya han vuelto los otros, los que se habían quedado por la ciudad para avisar que mañana por la mañana el Rabí estaría en Tariquea. Todos hablan del pobre Juan de Endor, y están ansiosos de saber.

«¡Ha muerto, Hijo!».

«Sí. Está en la paz».

«Verdaderamente ha terminado de sufrir».

«Ha salido de la cárcel definitivamente».

«Hubiera sido justo que no hubiera sufrido el último dolor, el del exilio».

«Una purificación más».

«¡Oh, no quisiera para mí esta purificación! Cualquier otra, ¡pero no morir lejos del Maestro!».

«Y, sin embargo... moriremos todos así... ¡Maestro llévanos contigo!» dice Andrés después de los otros. *

«No sabes lo que pides, Andrés. Éste es vuestro puesto hasta mi
461.13 llamada. [13]Pero escuchad lo que escribe Síntica.

"Síntica de Cristo al Cristo Jesús, salud.

El hombre que te llevará estos folios es un connacional mío. Me

---

* *los otros* que han dialogado con Jesús son, en el orden que se cita, los siguientes: *María Stma., Pedro, Judas de Alfeo* y *Santiago de Zebedeo*, como precisa MV en una copia mecanografiada.

ha prometido buscarte hasta encontrarte, y reservar como último lugar Betania, donde dejará la carta, en casa de Lázaro, si no hubiera podido encontrarte en ningún sitio. Es una persona que se resarce como puede de todo el mal que de Roma ha recibido, él y sus antepasados. Tres veces Roma descargó su mano sobre ellos, de muchas maneras, y siempre con sus métodos. Él, con sutileza griega, dice que ahora ordeña las vacas tiberinas para hacerles escupir las cabras helénicas. Es proveedor de la casa del Legado y de muchas casas de esta pequeña Roma y gran ciudad reina de Oriente. Y además, después de con los refinamientos para los ricos, ha logrado hacerse con los aprovisionamientos para las cohortes de Oriente, con astuto modo, hecho de agasajos serviles que cubren un odio incurable. No apruebo su método. Pero cada uno tiene sus maneras. Yo habría preferido el pan mendigado por el camino, antes que las arcas de oro recibidas del opresor. Y así habría hecho siempre, si ahora otro motivo —que no es la ganancia para mí— no me hubiera empujado a imitar al griego para mi objetivo.

Pero en el fondo es un buen hombre, y su mujer también es buena, y sus tres hijas y el hijo. Los he conocido en la pequeña escuela de Antigonio, y, habiendo enfermado al principio de la primavera la madre, la curé con el bálsamo, y así entré en la casa de ellos. Muchas casas me habrían recibido con gusto como maestra y bordadora. Casas nobles y casas de comerciantes. Pero he preferido ésta por un motivo que no es el que sea casa de griegos. Ahora te explicaré.

Te suplico conmiseración para Zenón, si bien no puedes aprobar su pensamiento. Es como ciertos terrenos áridos, cuarzosos en la superficie, pero magníficos bajo la costra dura. Espero lograr hacer desaparecer esta costra creada por tanto dolor y poner al descubierto el buen terreno. Sería una gran ayuda para tu Iglesia, siendo Zenón, como es, conocido, y estando, como está, relacionado con tantos de Asia menor y Grecia, de Chipre y Malta, e incluso de Iberia, donde, en todas partes, tiene parientes y amigos, griegos como él y perseguidos, o también romanos, soldados o de las magistraturas, utilísimos un día para tu causa.

[14]Señor, mientras escribo, desde una de las terrazas de la casa, 461.14
veo Antioquía, con sus embarcaderos en el río, el palacio del Legado en la isla, y sus vías regias, sus murallas con sus cuantiosas torres potentes. Y, si me vuelvo, veo la cresta del Sulpio, que se cierne sobre mí, con sus cuarteles; y veo el otro palacio del Legado. Así, estoy entre las dos manifestaciones del poder romano, yo, pobre mujer sujeta, sola. Pero no me dan miedo. Es más, pienso que lo que no pueden la ira de los elementos y la fuerza de todo un pueblo amotinado,

lo hará la debilidad que no da sombra, la aparente debilidad —despreciable para los poderosos— de quien es una fuerza porque posee a Dios: a ti.

Pienso, y te lo digo, que esta fuerza romana será la fuerza cristiana cuando te haya conocido, y que se deberá empezar el trabajo por las ciudadelas de la romanidad pagana, porque ellas serán siempre las dueñas del mundo y una romanidad cristiana querrá decir una cristiandad universal. ¿Esto cuándo? No lo sé. Pero siento que será. Y de aquí que mire con una sonrisa a estos testimonios de potencia romana, pensando en aquel día en que pondrán las enseñas y su fuerza al servicio del Rey de los reyes. Las miro como se mira a amigos útiles que aún no saben que lo son, que harán sufrir antes de ser conquistados, pero que, una vez conquistados, te llevarán a ti, llevarán el conocimiento de ti, hasta los confines del mundo.

Yo, pobre mujer, oso decir a mis hermanos en ti, a mis hermanos mayores, que cuando llegue la hora de la conquista del mundo para tu Reino, no por Israel —demasiado cerrado en su rigorismo mosaico exacerbado por el farisaico y por las otras castas, como para ser conquistado—, sino por aquí, por el mundo romano, por sus extremidades —los tentáculos con que Roma estrangula toda fe, todo amor, toda libertad que no sean las que ella quiera, las que le son útiles—, por aquí deberá empezarse la conquista de los espíritus para la Verdad.

Tú lo sabes, Señor. Pero yo hablo para los hermanos que no pueden creer que también nosotros, los gentiles, tengamos aspiración al Bien. A los hermanos digo que bajo la coraza pagana hay corazones desilusionados del vacío pagano, asqueados de la vida que llevan porque así es costumbre, cansados de odio, de vicio, de insensibilidad. Hay espíritus honestos, pero que no saben dónde apoyarse para hallar satisfacción a su aspiración al Bien. Dadles una Fe que apague su sed. Morirán por ella, llevándola cada vez más adelante cual antorcha en las tinieblas, como los atletas de los juegos helénicos"».

461.15 [15]Jesús enrolla el primer folio y, mientras los que están escuchando comentan el estilo, la fuerza, las ideas de Síntica, y se preguntan por qué ya no está en Antigonio, Jesús abre el segundo folio.

Pedro, que hasta ahora ha estado sentado, vuelve a acercarse, como para oír mejor, y otra vez, arrimándose a Jesús, se alza sobre la punta de sus pies.

«Simón, hace mucho calor; tú me ahogas» dice sonriendo Jesús. «Vuelve a tu sitio. ¿No has oído hasta ahora?».

«¿Oído? Sí. Pero no he visto. Y ahora quiero ver, porque Tú cambiaste y lloraste desde ese folio... Y no es sólo por Juan... Se sabía que estaba a las puertas de la muerte...».

Jesús sonríe, pero, para impedir a Pedro ojear el escrito por detras de los hombros, se pega a la columna más cercana, sin preocuparse de que se aleja de la luz de la lámpara, que si no ilumina el folio, ilumina, eso sí, la cara de Jesús.

Pedro, bien decidido a ver, a entender, arrastra una banqueta, frente a Jesús, y se sienta, y tiene los ojos fijos en el rostro del Maestro.

«"Tanto estoy convencida de esto, que, habiéndome quedado sola, he dejado Antigonio por Antioquía, segura de poder trabajar más en este terreno —donde, como en Roma, todas las razas se funden y mezclan— que donde impera Israel... No puedo yo, mujer, partir a la conquista de Roma. Pero, si la Urbe me es inalcanzable, yo en la hija más bella de la Urbe, la más semejante a la madre en todo el Orbe, siembro... ¿En cuántos corazones caerá la semilla? ¿En cuántos germinará? ¿En cuántos será transportada a otros lugares y esperará a los apóstoles para germinar? No lo sé. No pido saberlo. Yo hago. Ofrezco al Dios que he conocido, y que sacia mi espíritu y mi intelecto, el trabajo. En este Dios creo, como en el Dios único y omnipotente. Sé que no defrauda al que es de buena voluntad. Esto me basta y me sostiene en el obrar.

[16]Maestro, Juan murió el sexto día antes de las nonas de junio según los romanos, casi en la neomenia de Tammuz según los hebreos. Señor... ¿Para qué te digo lo que ya sabes? Y, sin embargo, lo digo, para los hermanos. Juan murió como justo, y, en honor a la verdad sobre sus sufrimientos, debería decir como mártir. Yo le asistí con toda la piedad que una mujer puede tener, con todo el respeto que se tiene hacia un héroe, con todo el amor que se tiene a un hermano. Pero ello no evitó un sufrimiento tal, que yo, no por fastidio o cansancio, sino por compasión, rogaba al Eterno que le llamara a la paz. Él decía: 'a la libertad'. 461.16

¡Qué palabras salían de su boca! ¿Es que puede subir a tanta luz de sabiduría un hombre que, como él decía, ha descendido hasta el fondo? ¡Oh, la muerte es verdaderamente el misterio que revela nuestro origen, y la vida es el escenario que esconde el misterio! Un escenario que se nos da sin motivos ornamentales, donde nosotros podemos realizar lo que queramos. Él había grabado muchas cosas, no todas hermosas; pero las últimas fueron sublimes. Del sombrío cielo de abajo, en que había diseños de dolor humano y de humana violencia, cual sabio artífice, había pasado a signos cada vez más luminosos, y había decorado de virtudes el retazo de su vida cristiana, para terminar en una fúlgida luminosidad de alma perdida en Dios. Yo te lo digo: no habló, sino que cantó su último poema. No murió, sino que ascendió. Y no pude distinguir con exactitud cuándo hablaba

todavía el hombre o cuándo hablaba ya el espíritu hijo de Dios.

Señor, he leído, Tú lo sabes, todas las obras de los filósofos, buscando un alimento al alma atada por las dobles cadenas de la esclavitud y del paganismo. Pero eran obras de hombre. En este caso, no eran ya palabras de hombre, sino de superhombre, de espíritu regio, más: de espíritu semidivino. Yo he tutelado el misterio, que además no habría sido comprendido por nuestros huéspedes, buenos con el hombre, pero israelitas en el más amplio y completo sentido de la palabra... Y cuando en los últimos toques del amor Juan fue sólo un amor hablante, alejé a todos y recogí yo sola lo que Tú ciertamente sabes...

Señor... este hombre murió, ha 'salido por fin de la carne, ha ido a la libertad', como él decía con el hilo de voz de los últimos días, y con la mirada encendida en éxtasis, apretándome la mano y descubriéndome con sus palabras el Paraíso. Este hombre ha muerto enseñándome a vivir, a perdonar, a creer, a amar. Ha muerto preparándome al último período de tu vida. Señor, lo sé todo. Él me había instruido acerca de los profetas en las noches de invierno. Conozco el Libro como una verdadera israelita. Pero sé también lo que el Libro no especifica... ¡Maestro mío y Señor mío... yo le imitaré! Y quisiera el mismo favor, pero creo que es más heroico no pedirlo, y hacer tu voluntad...”».

461.17 [17]Jesús enrolla el folio y hace ademán de tomar el tercero.

«¡No, no, Maestro! No puede ser... Hay más. ¡No puede haber terminado tan pronto el folio!» exclama Pedro. «¡No estás leyendo todo! ¿Por qué, Señor? ¡Vosotros! ¡Protestad! Síntica ha escrito más para nosotros que para Él, y Él no nos lee».

«¡No insistas, Pedro!».

«¡Sí que insisto! ¡Claro que insisto! Mira que he visto que tu ojo iba más abajo de golpe, y que —hay transparencia— no has leído los últimos renglones. No estaré tranquilo hasta que hayas leído de nuevo el final de ese folio. ¡Antes llorabas!... ¿Hay acaso motivo de llorar en eso que has leído? Duele, sí, saber que ha muerto... ¡pero una muerte así no hace llorar! Yo creía que hubiera muerto mal, perdiendo su espíritu... Sin embargo... ¡Lee, anda! ¡Madre! ¡Juan! Vosotros que obtenéis todo...».

«Escúchale, Hijo mío, y aunque sea algo doloroso de saberse beberemos todos el cáliz...».

«Sea como queréis...

“Conozco el Libro como una verdadera israelita. Pero sé también lo que el Libro no especifica, o sea, que tu Pasión ya no tardará en cumplirse, porque Juan ha muerto y Tú le prometiste breve tiempo en el Limbo. Él me lo dijo. Me dijo que habías prometido que le saca-

rías de aquí antes de que conociera cómo puede ser y a dónde puede llegar el odio de Israel hacia ti, y ello para impedir que por amor a ti odiase a tus torturadores. Ahora él ha muerto... Tú estás, por tanto, próximo a morir... No. A vivir. Verdaderamente a vivir con tu Doctrina, contigo mismo dentro de nosotros, con la Divinidad en nosotros, una vez que tu Sacrificio nos haya devuelto la vida del alma, la Gracia, la unión con el Padre, con el Hijo, con el Espíritu Santo.

Maestro, mi Salvador, mi Rey, mi Dios... fuerte es mi tentación, mejor dicho: ha sido fuerte, de ir donde ti ahora que Juan duerme con el cuerpo en el sepulcro y reposa con el espíritu en la espera. Ir donde ti para estar con las otras al pie de tu ara. Pero las aras se adornan no sólo con la víctima, sino también con guirnaldas en honor del Dios en cuyo honor se celebra el sacrificio. Yo pongo mi violácea guirnalda de discípula lejana a los pies de tu ara. Y en la guirnalda pongo la obediencia, el trabajo, el sacrificio de no verte y escucharte... ¡Será muy duro! ¡*Es* muy duro ahora, cuando tus coloquios sobrenaturales con Juan han concluido, y yo ya no gozo de ellos!... Señor, alza tu mano sobre tu sierva para que sepa hacer sólo tu voluntad y te sepa servir"».

[18]Jesús enrolla el folio y observa la cara de los que le escuchan. 461.18
Están pálidos. Pero Pedro susurra: «No comprendo por qué llorabas... Pensaba que había otras cosas...».

«Lloraba porque confrontaba al que fue uxoricida y forzado, y a la esclava pagana, con demasiados de Israel».

«¡Comprendo! Te angustia el que los hebreos sean inferiores a los gentiles, y los sacerdotes y príncipes a los forzados. Tienes razón... ¡He sido un estúpido! ¡Qué mujer esta mujer! ¡La pena es que haya tenido que marcharse!...».

Jesús abre el tercer folio.

«"Y sepa imitar en todo al discípulo y hermano que ya está en la paz, a donde ha ido después de haber cumplido todas las purificaciones... en tu honor y para aliviar tus sufrimientos"».

«¡Ah! ¡No, no!». Pedro ha saltado con agilidad encima del asiento antes de que Jesús haya podido separarse, y ve que no es posible haber llegado ya a donde Jesús mira. Hay que tener en cuenta que el pergamino se enrolla en sí mismo a medida que por arriba se le va soltando; por lo cual, muchos renglones están ya ocultos en lo alto del folio.

Jesús alza la cabeza y, con el rostro más afligido que triste, dulce pero firme, repele a su apóstol y dice: «¡Pedro, tu Maestro *sabe* lo que te conviene! Deja que Yo te dé lo que para ti es bueno...».

Pedro queda tocado por esas palabras, y más por la mirada —tan

implorante, luciente por una lágrima que está para caer— de Jesús. Baja del asiento y dice: «Obedezco... ¡¿Pero, qué podrá ser lo que hay ahí?!».

461.19 [19]Jesús reanuda la lectura:

«"Y ahora que he hablado de otros, hablo de mí. He dejado Antigonio después de la sepultura de Juan. No porque me tratasen mal, sino porque sentía que ése no era mi lugar. ¿Por qué lo sentía? No lo sé. Lo sentía. Como te he dicho, había conocido a muchas familias, porque muchos habían venido a nosotros. He preferido quedarme en la de Zenón, precisamente porque está en el ambiente en que espero trabajar.

Una mujer romana quería que viviera en su espléndida casa, junto a la Columnata de Herodes. Una siria riquísima me invitaba como maestra al taller de tejidos que su marido, que es de Tiro, ha abierto en Seleucia. Una viuda prosélito, madre de siete niñas, que vive cerca del puente Seleucio, quería que viviera con ella, por respeto a Juan, maestro de los niños. Una familia greco-asiria, con almacenes en una calle cerca del Circo, solicitaba que fuera a ella, porque en el tiempo de los juegos podía ser útil. En fin, un romano, que había sido centurión, creo, sin duda militar, y que se había quedado aquí no sé exactamente con qué obligación, curado también con el bálsamo, insistía para tenerme en su casa. No. No quería los ricos, ni los mercaderes. Quería almas, y almas griegas y romanas, porque siento que por ellas debe empezar la expansión de tu Doctrina en el mundo.

Y aquí estoy, en casa de Zenón, en las laderas del Sulpio, cerca de los cuarteles. La ciudadela se cierne amenazadora desde la cima. Y, sin embargo, a pesar de ser tan adusta, es mejor que los ricos palacios del Onfolo y del Ninfeo, y tengo amigos en ella. Un soldado que te conoce, de nombre Alejandro: un sencillo corazón de niño dentro de un cuerpo grande de soldado. Y el mismo tribuno, llegado hace poco de Cesarea, bajo su clámide tiene un corazón recto. Dentro de su tosca sencillez, se acerca más a la Verdad Alejandro. Pero tampoco el tribuno, que te admira como a un orador perfecto, un filósofo "divino", como él dice, es hostil a la Sabiduría, aunque todavía no pueda acoger la Verdad. Conquistar a éstos y a sus familias con un mínimo de tu conocimiento significa esparcir la semilla de este conocimiento a septentrión y a mediodía, a oriente y a occidente, porque los soldados son como granos agitados por el aventador, o mejor: tamo que el molino del viento, en este caso la voluntad de los Césares y las necesidades de dominio, esparce por todas partes.

Cuando llegue un día en que tus apóstoles, como pájaros lanzados a volar, se esparzan por la Tierra, gran ayuda será para ellos el

encontrar en los lugares de apostolado uno, uno sólo, aunque sea uno sólo que no ignore tu venida. Por esta idea cuido también, de los gladiadores, los cuerpos dolientes de los viejos y los heridos de los jóvenes; por esto mismo, ya no evito a las mujeres romanas; por esto soporto a quienes eran causa de dolor para mí... Todo. Por ti. Si yerro, aconséjame con tu sabiduría. Sólo que sepas, pero ya lo sabes, que mis errores provienen de deficiencias, no de malicia.

Señor, tu sierva te ha dicho muchas cosas... Nada, respecto a lo mucho que tengo en el corazón. Pero Tú ves mi espíritu. Señor... ¿cuándo veré tu rostro? ¿Cuándo veré de nuevo a tu Madre?, ¿y a los hermanos?... La vida es un sueño que pasa. Pasará la separación. Estaré en ti, y con ellos, y será la alegría y la libertad para mí, también para mí, como para Juan.

Me postro a tus pies, mi Salvador. Bendíceme con tu paz. A María de Nazaret, a las discípulas, paz y bendición. A los apóstoles y a los discípulos, paz y bendición. A ti, Señor, gloria y amor".

[20]He leído. Madre, ven conmigo. Vosotros esperadme. O descansad. No regreso. Estaré en oración con mi Madre. Juana, si alguno me busca, estoy en el cenador de cerca del lago». 461.20

Pedro ha apartado un poco a María y le dice algo, intranquilo pero en voz baja. María le sonríe y susurra algo. Luego alcanza a su Hijo, que sigue el sendero apenas visible en la noche.

«¿Qué quería Simón de Jonás?».

«Saber, Hijo mío. Es como un niño... un niño grande... Pero es muy bueno».

«Sí, es muy bueno. Y te ha rogado a ti, que eres buenísima, para saber... Ha descubierto el punto débil: tú y Juan. Lo sé. Hago como que no lo sé, pero lo sé. Pero no puedo ceder siempre para complacerle... No hacía falta, Jonatán. Podíamos estar también sin luz» dice, al ver que Jonatán viene con una lámpara de plata y con unos almohadones que ahora dispone en la mesa y en los asientos del cenador.

«Lo ha ordenado Juana. La paz a ti, Maestro».

«Y a ti».

Se quedan solos.

«Decía que no siempre puedo complacerle. Esta noche no podía. Sólo tú puedes conocer los puntos que he callado. Te he llamado para esto, y también para estar contigo, Mamá... Para mí, estar contigo en las últimas horas antes de una separación es acumular tanta dulce fuerza, que me siento rico de ella para muchas horas de soledad en medio del mundo, que no me comprende o que me comprende mal. Y estar contigo en las primeras horas de un regreso es tomar nuevas fuerzas, después de todos los cálices que debo beber en el

mundo... tan desagradables y amargos».

María le acaricia sin hablar. Erguida junto a Él, que está sentado, es la Madre que conforta a su Hijo. Pero Él hace que se siente y dice: «Escucha...», y entonces María, en posición atenta, sentada frente a Él, pasa a ser la discípula pendiente de los labios de Jesús Maestro.

461.21 [21]«Síntica escribe, hablando de Antioquía: "Aquí la voluntad —no sé distinguir dónde cesa la de los hombres y empieza la de Dios, porque no soy sabia— aquí la voluntad, más fuerte que mi deseo, me ha traído, y quién sabe si no habrá sido todo voluntad de Dios. Lo cierto es que, casi seguro por una gracia del Cielo, ahora le tengo amor a esta ciudad que, con las cimas del Casio y del Amano custiodiándola desde dos lados, y las crestas verdes de las Montañas negras más lejos, mucho me recuerda a la patria perdida. Y tengo la impresión de que sea el primer paso de regreso hacia mi tierra, y no paso de peregrina cansada que vuelve para morir, sino de mensajera de vida que viene a dar vida a quien fue para ella madre. Tengo la impresión de que desde aquí, golondrina descansada para el vuelo y nutrida de Sabiduría, tuviera que volar a la ciudad en que vi la luz y de la cual quiero, *quisiera* subir a la Luz después de dar la Luz que me fue dada.

Mis hermanos en ti, yo lo sé, no aprobarían este pensamiento.. Quieren sólo para ellos tu sabiduría. Pero se equivocan. Un día comprenderán que el mundo espera, y que el mundo despreciado será el mejor. Yo les preparo el camino a ellos. No sólo aquí, sino con cuantos convergen aquí y luego regresan a sus tierras; y no distingo mucho si son gentiles o prosélitos, griegos o romanos, o de otras colonias del imperio y de la Diáspora. Hablo, suscito deseos de conocerte... El mar no está hecho de una nube vaciada; está hecho de nubes y nubes y nubes que vacían su agua en la tierra y vierten al mar. Yo seré una nube. El mar será el cristianismo. Quiero multiplicar el conocimiento de ti para contribuir a formar el mar del cristianismo. Yo, griega, sé hablar a los griegos, no tanto con el idioma cuanto con la comprensión... Yo, que fui esclava de los romanos, sé trabajar con los romanos, cuyos puntos sensibles conozco. Y, por el tiempo que he vivido entre los hebreos, sé también cómo tratar a éstos, especialmente aquí, donde los prosélitos son numerosos. Juan ha muerto para tu gloria. Yo viviré para tu gloria. Bendice nuestros espíritus".

461.22 [22]Y más adelante, donde habla de la muerte de Juan, donde no he dejado que Simón leyera, está escrito: 'Juan ha muerto tras haber pasado todas las purificaciones, incluso la extrema, la del perdón a aquellos que con sus maneras de actuar te han obligado a alejarle y le han matado. Sé el nombre de éstos, al menos del principal. Juan me lo reveló, diciendo: 'Desconfía siempre de él. Es un traidor. Me ha trai-

cionado a mí, le traicionará a Él y traicionará a nuestros compañeros. Pero le perdono, a Judas Iscariote, como le perdonará Él. Es tan grande ya el abismo en que yace, que no quiero excavarlo más no perdonándole el haberme matado separándome de Jesús. Mi perdón no le salvará. Nada le salvará, porque es un demonio. No debería decirlo, yo que fui asesino, pero en mí había al menos una ofensa que me hacía perder el juicio. Él arremete contra quien no le ha hecho ningún mal y acabará traicionando a su Salvador. Pero le perdono, porque la bondad de Dios ha hecho de su odio contra mí mi bien. ¿Ves? He expiado todo. Él, el Maestro, me lo dijo ayer noche. He expiado todo. Ahora salgo de la cárcel. Ahora entro verdaderamente en la libertad, libre incluso del peso del recuerdo del pecado de Judas de Keriot hacia un desdichado que había encontrado la paz junto a su Señor'.

Yo también, siguiendo su ejemplo, le perdono el haberme arrancado de ti, de la Madre bendita, de las hermanas discípulas, de oírte, de seguirte hasta la muerte, para estar presente en tu triunfo de Redentor. Y lo hago por ti, en honor tuyo y para aliviar tus sufrimientos. Estáte tranquilo, mi Señor. El nombre del oprobio que hay entre las filas de tus seguidores no saldrá de mis labios, y, conjuntamente, no saldrá nada de lo que he oído a Juan cuando su *yo* hablaba con tu invisible, letificante Presencia. He estado dudando si ir a verte antes de establecerme en mi nueva morada. Pero he sentido que habría transparentado mi repulsa hacia Judas Iscariote, y que te habría perjudicado ante tus enemigos. He sacrificado así este consuelo también... con la seguridad de que el sacrificio no quedará sin fruto y sin premio".

[23]Esto es, Madre. ¿Podía leerle esto a Simón?». 461.23

«No. Ni a él ni a los otros. Dentro de mi dolor tengo la alegría de esta muerte santa de Juan... Hijo, vamos a orar para que él sienta nuestro amor y... y para que Judas no sea el oprobio... ¡Oh, es horrendo!... Y no obstante... nosotros perdonaremos...».

«Vamos a orar...». Se ponen en pie y oran, iluminados por la trémula luz de la lámpara, entre cortinas de ramas colgantes, mientras la resaca respira rítmicamente chocando contra la orilla...

462. Discurso y curaciones en las fuentes termales de Emaús de Tiberíades.

26 de julio de 1946.

[1]El lago es todo y sólo una enorme sardónica engastada entre los montes, apenas visible al claror de las estrellas, habiéndose ocultado ya la Luna. Jesús está solo en el verde cenador, con la cabeza recli- 462.1

nada encima de los antebrazos, apoyados a su vez en la mesa, junto a la lámpara, que emite sus últimos brillos. Pero no duerme. De vez en cuando levanta la cabeza, mira otra vez a los folios extendidos encima de la mesa, mantenidos abiertos por la lámpara, puesta en la parte de arriba del folio, y por los antebrazos, puestos en la parte baja, y luego reclina nuevamente la cabeza.

El silencio es absoluto. Parece dormir también el lago con su calmaría pesada. Mas luego, contemporáneos, un frufrú de viento entre las frondas, un solitario choque de ola contra la orilla, una mutación en la naturaleza, yo diría: un crepitar de elementos que se despiertan. La no-luz del alba inicial es ya una luz, aun cuando el ojo no se dé cuenta todavía al extender la mirada por el jardín desierto. Es el espejo del lago el que da el indicio de este renacer de la luz, porque su sardónica negra, plúmbea, se hace más clara, y lentamente, reflejando el cielo que va blanqueciendo, de plúmbeo pasa a gris-pizarra y luego a gris-hierro; luego, a ópalo; en fin, vésele reflejar el cielo con un paradisíaco, azulado titilar de aguas.

462.2 [2]Jesús se pone en pie, recoge los folios, toma la lámpara, que con el primer soplo de la brisa se ha apagado, y se dirige hacia la casa. Encuentra en el camino a una doméstica, que hace una reverencia; luego, a un jardinero, que va a los parterres, y con él intercambia un saludo. Entra en el atrio, donde otros criados realizan las tareas primeras.

«La paz a vosotros. ¿Podríais llamar a los míos?».

«Ya se han levantado, Señor. Y el carro para las mujeres está ya preparado. También Juana está levantada. Está en el atrio interior».

Jesús va, por dentro de la casa, al atrio que mira a la calle. Allí, en efecto, están todos reunidos.

«Vamos. Madre, el Señor esté contigo. María, contigo también, y que mi paz os acompañe. Adiós, Simón. Lleva mi paz a Salomé y a los niños».

Jonatán abre la pesada puerta. En la calle espera el carro cubierto. La calle, entre casas, completamente desierta, no tiene todavía mucha luz. Las mujeres suben, con su pariente, y el carro se pone en marcha.

«Vamos en seguida también nosotros. Andrés, adelántate corriendo, ve donde están las barcas y di a los mozos que nos alcancen en Tariquea».

«¿Cómo? ¿Vamos a pie? Nos retrasaremos...».

«No importa. Precededme mientras me despido de Juana».

Los apóstoles se ponen en camino...

«Yo te sigo, Señor. O, mejor, te precedo, porque iré con la barca».

«Tendrás que esperar mucho...».

«No importa. Déjame ir».

«Sea como quieres. ¿Cusa no está?».

«No ha regresado a casa, Señor».

«Le dirás que le saludo y le exhorto a ser justo. Acaricia por mí a los niños. Y... tú, que has comprendido a tu Maestro, persuade a Cusa de que está en un error, y con él todos aquellos que quieren hacer del Cristo un rey temporal».

También Jesús sale a la calle y, raudo, alcanza a los apóstoles.

«Vamos por el camino de Emaús. Muchos necesitados van a las fuentes, quién en busca de curación, quién en busca de limosna».

«Pero nosotros no tenemos una perra...» objeta Santiago de Zebedeo. Jesús no responde.

462.3 [3]Los caminos se van poblando de minuto en minuto, y de dos clases muy distintas de personas: hortelanos, vendedores, criados, esclavos, lugareños, que se apresuran a ir a las distintas actividades; y gente de mundo, rica, que van también, en literas o en cabalgaduras, hacia las fuentes, que, si han de curar, supongo que son termales.

Tiberíades debe ser verdaderamente un poco cosmopolita, porque entre la gente se ven personas de naciones distintas. Hay romanos signados por el peso de una vida ociosa y viciosa; griegos atildados, ciertamente no menos licenciosos que los romanos, pero con una máscara —huella del vicio— de distinta expresión de la de los latinos. Hay gente de la costa fenicia; y hebreos, en su mayoría ancianos. Acentos, lenguas, vestidos... son distintos. Algún rostro quebrado, de enfermo o de enferma; o rostros cansados de patricias... y rostros de gente de mundo de ambos sexos, que van en grupos, unos a caballo al lado de las literas, otros en las literas, gastando bromas, conversando sobre fútiles temas, haciendo apuestas...

El camino es hermoso: un paseo umbrío, que entre los intercolumnios de los troncos deja ver, a un lado, el lago, a otro, la campiña. El Sol, ortivo, reaviva los colores del agua y las plantas.

Muchos se vuelven a mirar a Jesús y un susurro le sigue. Palabras femeninas de admiración, sátiras de hombres, algunas burlas, también palabras enojadas. De enfermos, alguna súplica que Jesús recoge: las únicas, de entre todas las voces, que recoge y acoge.

Cuando devuelve la agilidad a los miembros de uno de Tiro, anquilosados por la atritis, la irónica indiferencia de muchos gentiles reacciona.

«¡Caramba!» exclama un viejo romano con cara abolsada de crapuloso. «¡Caramba! ¡Qué bien curarse uno así! Yo le llamo».

«Nada que ver contigo, viejo Sileno. ¿Qué harías, una vez curado?».

«¡Volver a los placeres!».

«Entonces es inútil ir al triste Nazareno».

«Yo voy, y me apuesto lo que tengo a que...».

«No apuestes. Pierdes».

«Déjale que apueste. Está todavía borracho. Nos gozamos su dinero».

462.4 [4]El viejo, tambaleándose, baja de la litera y llega a donde Jesús, que está escuchando a una madre hebrea que le habla de su hija, una palidecida muchacha a la que lleva de la mano.

«No temas, mujer. Tu hija no morirá. Vuelve a casa. No la lleves a las fuentes. No recuperaría la salud del cuerpo y perdería la pureza del alma. Son lugares de licencia degradante» y lo dice bien fuerte, de forma que todos oigan.

«Tengo fe, Rabí. Vuelvo a mi casa. Bendice a tus siervas, Maestro».

Jesús las bendice y hace ademán de empezar a andar.

El romano le tira de la túnica: «Cúrame» ordena.

Jesús le mira y pregunta: «¿Dónde?».

Los romanos, y con ellos algunos griegos y fenicios, se han agrupado y se ríen irónicamente y hacen apuestas. Algunos israelitas, que se han apartado, y susurran: «¡Profanación! ¡Anatema!» y otras palabras por el estilo, se detienen con curiosidad a pesar de todo...

«¿Dónde?» pregunta Jesús.

«Por todas partes. Estoy enfermo... ¡ji! ¡ji! ¡ji!». Tan extraño es el sonido que le sale de la boca, que no sé si se está riendo o si llora. Parece como si la grasa fláccida que años de vicio le han dejado oprimiera hasta las cuerdas vocales. El hombre enumera sus quebrantos y expresa su miedo de morir.

Jesús le mira severamente y responde: «Efectivamente, debes temer la muerte, porque te has matado a ti mismo» y le vuelve la espalda. El otro trata de sujetarle por el vestido, mientras los presentes se ríen sarcásticamente. Pero Jesús se libera de la presa y se marcha.

«¡Pulgar hacia abajo, Apio Fabio! ¡Pulgar hacia abajo! El llamado rey de los judíos no te ha concedido la gracia. Danos la bolsa. Apuesta perdida».

Se forma un alboroto de griegos y romanos que rodean al defraudado, el cual, con un empujón, los aparta y se echa a correr lo que puede, pues está muy obeso, tirándose hacia arriba el vestido, bamboleándose con toda su masa sebosa. Pero tropieza y se cae en el polvo en medio de las carcajadas de sus amigos, que lo arrastran hasta un árbol, contra cuyo tronco el ebrio se estrecha, y llora con ese llan-

to desabrido de los borrachos.

[5]Los manantiales están, sin duda, cercanos, porque la densidad 462.5
de gente es cada vez mayor, afluyendo de muchos caminos hacia un solo lugar. Olor de aguas sulfurosas se detiene en el aire.

«¿Bajamos hacia la orilla para evitar el contacto con estos impuros?» pregunta Pedro.

«No son todos impuros, Simón. Entre ellos hay también muchos de Israel» dice Jesús.

Llegan a las termas: una serie de edificios blancos de mármol, con paseos entre ellos, de cara al lago, separadas de éste por una especie de vasta plaza con árboles, bajo los cuales los que aquí han venido pasean en espera del baño o reaccionan después de éste. Unas cabezas de medusa de bronce, que sobresalen por la pared de un edificio arrojan aguas humeantes a un estanque de mármol que, blanco por fuera, está enrojecido por dentro, como recubierto de hierro oriniento. Muchos hebreos van a las fuentes y beben en copas el agua mineral. Sólo veo hacer esto a los hebreos y en este pabellón. Creo adivinar que los israelitas observantes quieren tener su propio lugar para evitar contactos con los gentiles.

Hay muchos enfermos en camillas, en espera de la cura, y al ver a Jesús muchos de ellos gritan: «Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí».

Jesús se dirige hacia éstos. Paralíticos, artríticos, anquilosados, o con huesos fracturados que no se sueldan, enfermos de anemias, de glándulas, mujeres ajadas antes de tiempo, niños anticipadamente adultos. Y luego, bajo los árboles, mendigos que piden limosna lastimeramente.

Jesús se detiene donde están los enfermos. Se extiende la voz de que el Rabí va a hablar y curar. La gente, incluso la de otras razas, se acerca a ver.

Jesús mira a su alrededor. Sonríe al ver salir, todavía con el pelo húmedo de la ducha que ha tomado, al griego enviado por Síntica. Alza en seguida la voz para ser oído: «La misericordia abre las puertas a la gracia. Sed misericordiosos para obtener misericordia. Todos los hombres son pobres en algo: unos en monedas, otros en afectos, otros en la libertad, otros en la salud. Y todos los hombres tienen necesidad de ayuda del Dios que ha creado el universo y que puede, único Padre, socorrer a sus hijos».

Hace una pausa, como para dar tiempo a la gente de elegir si venir a escuchar o irse a los baños. Pero los baños están olvidados por la mayor parte. Israelitas o gentiles se agolpan para oír, y no faltan romanos escépticos que esconden su curiosidad con el comentario

chistoso: «Hoy no falta el orador para hacer de este lugar termas romanas».

El griego Zenón hiende la multitud gritando: «¡Por Zeus! ¡Estaba para salir para Tariquea y te encuentro aquí!».

462.6 [6]Jesús prosigue: «Ayer alguien me dijo: "Es difícil poner en práctica lo que Tú haces". No, no es difícil. Mi doctrina se funda en el amor, y el amor no es nunca difícil de llevarse a cabo. ¿Qué predica mi doctrina? El culto a un verdadero Dios, el amor a nuestro prójimo. El hombre, eterno niño, tiene miedo de las sombras, y sigue las quimeras porque no conoce el amor. El amor es sabiduría y luz. Es sabiduría porque desciende a instruir; es luz porque viene a iluminar. Donde hay luz desaparecen las sombras, donde hay sabiduría mueren las quimeras. Entre los que me están escuchando hay gentiles. Éstos dicen: "¿Dónde está Dios?". Dicen: "¿Quién nos asegura que tu Dios sea el verdadero?". Dicen: "¿Con qué nos aseguras que eres veraz en lo que dices?". No son sólo los gentiles los que dicen esto. También otros me preguntan: "¿Con qué poder haces estas cosas?". Con el poder que me viene del Padre, de aquel Padre que ha puesto todas las cosas al servicio del hombre, su criatura predilecta, y que me manda a instruir a los hombres, mis hermanos. ¿Podrá el Padre, que ha dado poder a las entrañas de la tierra de hacer medicamentosas a las aguas de las fuentes, haber limitado el poder a su Cristo? ¿Y quién, qué Dios, sino el Dios verdadero, podrá conceder al Hijo del hombre hacer prodigios que dan nueva vida a los miembros destruidos? ¿En qué templo de ídolos se ve que los ciegos recuperen la vista y los paralíticos el movimiento; en cuál los moribundos, ante un "quiero" de un hombre, se alzan más sanos que los sanos? Pues bien, Yo, para dar gloria al Dios verdadero y para hacer que vosotros le conozcáis y alabéis, digo a estos que están reunidos aquí, cualquiera que fuere su raza y religión, que obtendrán la salud que piden a unas aguas, y que la obtendrán por mí, Agua viva, que doy la vida del cuerpo y del espíritu a quien cree en mí y practica la misericordia con recto corazón. Yo no pido cosas difíciles. Pido un movimiento de fe y uno de amor. Abrid el corazón a la fe. Abrid el corazón al amor. Dad para recibir. Dad las pobres monedas para recibir de Dios ayuda. Empezad a amar a los hermanos. Sabed tener misericordia. Los dos tercios de vosotros están enfermos por su egoísmo y concupiscencia. Demoled el egoísmo, frenad las concupiscencias. Ganaréis en salud física y en sabiduría. Demoled la soberbia. Y obtendréis el favor del verdadero Dios. Os pido la limosna para los pobres y luego os daré la gracia de la salud».

[7]Y Jesús levanta un extremo del manto y lo extiende para recibir 462.7
las monedas, las muchas monedas que paganos e israelitas se apresuran a echar. Y no se da únicamente monedas, sino también anillos u otras joyas, echados con desprendimiento por las mujeres romanas, las cuales, al llegar donde Jesús, le miran, y alguna susurra alguna palabra, a la que Jesús asiente o responde brevemente.

Las ofrendas han terminado. Jesús llama a los apóstoles para que lleven a su presencia a los mendigos, y, con la misma rapidez con que el montón se había formado, desaparece hasta la última moneda. Quedan joyas que Jesús, al no haber en ese lugar nadie que las compre, y así transformarlas en monedas, devuelve a sus donadoras. Y para consolar a éstas les dice: «El deseo equivale al acto. La ofrenda que habéis dado es igualmente preciosa que si hubiera sido distribuida, porque Dios ve el pensamiento del hombre».

Luego se yergue y grita: «¿De quién me viene el poder? Del verdadero Dios. Padre, muestra tu esplendor en tu Hijo. En tu nombre ordeno a las enfermedades: ¡alejaos!».

Y se produce eso ya visto muchas veces: enfermos que toman nueva vida, tullecidos que se enderezan, paralíticos que se mueven. Y se produce que los rostros toman color, los ojos lucen, se elevan gritos de hosanna, los romanos se felicitan recíprocamente, y entre éstos hay dos mujeres y un hombre que han recobrado la salud y quieren imitar a los sanados de Israel, y, no llegando todavía a humillarse como los hebreos con el beso a los pies del Cristo, hacen una reverencia, toman un extremo del manto y lo besan.

Y luego Jesús, eludiendo a la multitud, reanuda el camino. Pero no la elude, porque, excepto algún obstinado gentil o algún hebreo aún más culpablemente obstinado, todos le siguen por el camino que va a Tariquea.

463. En Tariquea. Cusa, a pesar del discurso sobre la naturaleza del reino mesiánico, invita a Jesús a su casa. Conversión de una pecadora.

27 de julio de 1946.

[1]La pequeña península de Tariquea se adentra en el lago formando una profunda ensenada al suroeste, de modo que no se yerra diciendo que, más que una península, es un istmo rodeado por las aguas a lo largo de casi todo su perímetro, y que queda unido a la tierra sólo por una pequeña parte. Al menos así era en tiempos de Jesús, que es cuando yo la veo. No sé si luego, durante veinte siglos, 463.1

las arenas y los guijarros, arrastrados por un torrentillo que desemboca justamente en la ensenada del suroeste, habrá modificado el aspecto del lugar, enarenando la pequeña bahía y, por tanto, ensanchando la lengua de tierra del istmo. La bahía aparece serena, azulina con estrías de jade donde refleja el verde de los árboles que desde la costa se asoman al lago. Muchas barcas ondean levemente en las aguas apenas móviles.

Lo que llama mi atención es un dique arcado —de arcos que se apoyan en los guijarrales de la orilla— que forma como un paseo, un embarcadero, qué sé yo, orientado hacia el Oeste. No comprendo si lo han construido para embellecimiento o con alguna finalidad útil que no capto. Este paseo, dique o embarcadero, está recubierto de un espeso estrato de tierra, en que han sido plantados árboles tan juntos —aunque no grandes—, que forman una galería de follaje por encima del camino. Mucha gente ocia paseando bajo esa galería susurradora que de la brisa, las aguas y las frondas saca un grato coeficiente de frescor.

Se ve netamente la entrada del Jordán y el desagüe de las aguas del lago en el lecho del río, formando algún remolino, o alguna acumulación de agua en los pilones de un puente —yo diría que romano por su arquitectura de robustos pilones, puestos como tajamares. (no sé si me expreso bien; quiero decir que están construidos así Ô) —. Contra las aristas de los pilones se rompe la corriente de las aguas, formando todo un juego nacarado de luces bajo el Sol que las hiere así, rotas y rebosantes, rebosantes para desaguar en la garganta del río, que, después de tanta anchura en el lago, se encajona ahora. Casi al final del puente, en la otra orilla, una pequeña, blanca ciudad, extendida sobre el verde de la campiña opima. Y, más arriba, hacia el Norte, pero en la costa oriental del lago, el arrabal que precede a Ippo; y los bosques, altos sobre la vista del arrecife, tras los que está Gamala, bien visible en la cima de su monte.

Jesús, seguido por una cola de gente que viene con Él desde Emaús y que ha aumentado con los que ya le esperaban en Tariquea —entre éstos está Juana, que ha venido en su barca—, se dirige precisamente hacia el dique arbolado, y se para en el centro de éste, de forma que tiene el agua a la derecha y la playa a la izquierda. Los que pueden se ponen en el camino arbolado; los que no pueden encontrar sitio en el camino se ponen abajo, en la playa, aún humedecida de la alta marea nocturna —o por alguna otra razón— y parcialmente en sombra debido a las frondas de los árboles del dique; otros abordan con las barcas y toman asiento a la sombra de las velas.

463.2 [2]Jesús hace ademán de querer hablar. Se hace silencio general.

* «Está escrito: "Te moviste a salvar a tu pueblo, para salvarle con tu Cristo". Está escrito: "Y yo me alegraré en el Señor y exultaré en Dios mi Jesús".

El pueblo de Israel ha tomado para sí estas palabras y les ha dado un significado nacional, personal, egoísta, que no corresponde a la verdad sobre la persona del Mesías. Ha dado un significado limitado, que reduce la grandeza de la idea mesiánica a una mediocre manifestación de fuerza humana y de victoriosa superación de los dominadores encontrados por el Cristo en Israel.

Mas la verdad es otra. Es grande, ilimitada. Viene del Dios verdadero, del Creador y Señor del Cielo y de la Tierra, del Creador de la Humanidad, de Aquel que —de la misma manera que multiplicó los astros en el firmamento y cubrió de plantas de todas las especies la Tierra y la pobló de animales y puso peces en las aguas y aves en el aire— ha multiplicado los hijos del Hombre que creó para que fuera rey de la Creación y criatura predilecta suya. Ahora bien, ¿cómo podría el Señor, Padre de *todo* el género humano, ser injusto con los hijos, de los hijos, de los hijos de los que nacieron del Hombre y de la Mujer, formados por Él con la materia, la tierra, y con el alma, su aliento divino? ¿Cómo tratar a éstos diversamente que a aquéllos, como si no provinieran de una única raíz, como si otro ser sobrenatural y antagonista, y no Él, hubiera creado otras ramas, de manera que fueran extranjeros, bastardos, despreciables?

El verdadero Dios no es un pobre dios de éste o aquel pueblo, un ídolo, una figura irreal. Es la sublime Realidad, es la Realidad universal, es el Ser Único, Supremo, Creador de todas las cosas y de todos los hombres. *Es, por tanto, el Dios de todos los hombres.* Y los conoce aunque ellos no le conozcan. Los ama aunque ellos, no conociéndole, no le amen; o aunque le conozcan mal y, por tanto, le amen mal; o aunque, aun conociéndole, no sepan amarle. La paternidad no cesa cuando un hijo es ignorante, torpe o malo. El padre se industria para instruir al hijo, porque instruirle es amor; se afana en hacer menos torpe al hijo retrasado; con lágrimas, con indulgencias, con castigos saludables, con perdones misericordiosos trata de corregir al hijo malo y hacerle bueno. Éste es el padre-hombre. ¿Será, acaso, menos el Padre-Dios que un padre-hombre? Veis, pues, que el Padre-Dios ama a todos los hombres y quiere su salvación. Él, Rey de un Reino infinito, Rey eterno, mira a su pueblo, compuesto por todos los pueblos que pueblan la Tierra, y dice: "Éste es el pueblo de mis cria-

---

* *Está escrito*, en *Habacuc 3, 13 y 18*. Las palabras *tu Cristo* (del versículo 13) y *mi Jesús* (del versículo 18), presentes en la vulgata, pasaron a ser *tu consagrado* (o *tu mesías*) y *mi salvador* en la neovulgata.

turas, el pueblo que debe ser salvado con mi Cristo; éste es el pueblo para el que ha sido creado el Reino de los Cielos. Y ésta es la hora de salvarle con el Salvador".

463.3 [3]¿Quién es el Cristo? ¿Quién, el Salvador? ¿Quién, el Mesías? Muchos son los griegos aquí presentes, y muchos, aunque no sean griegos, saben lo que quiere decir la palabra Cristo. Cristo es, pues, el consagrado, el ungido con óleo regio para cumplir su misión. ¿Consagrado para qué? ¿Será para la pequeña gloria de un trono? ¿Será para la gloria, más grande, de un sacerdocio? No. Consagrado para reunir bajo un único cetro, en un único pueblo, bajo una única doctrina, a todos los hombres, para que entre sí sean hermanos, e hijos de un único Padre, hijos que conocen al Padre y que siguen su Ley para tomar parte en su Reino.

Rey, en nombre del Padre que le ha enviado, el Cristo reina como conviene a su Naturaleza, o sea, *divinamente*, al ser de Dios. Dios ha puesto todo como escabel de los pies del Cristo suyo, pero, ciertamente, no para que oprima, sino para que salve. Efectivamente, su nombre es Jesús, que en lengua hebrea quiere decir Salvador. Cuando el Salvador salve de la insidia y herida más violentas, a sus pies habrá un monte cubierto por una multitud de toda raza, para simbolizar que Él reina sobre toda la Tierra y se yergue por encima de todos los pueblos. Pero el Rey estará desnudo, sin más riqueza que su Sacrificio, para simbolizar que no tiende sino a las cosas del espíritu, y que las cosas del espíritu se conquistan con los valores del espíritu y se redimen con la heroicidad del sacrificio; no con la violencia y el oro. Estará desnudo para responder —tanto a los que le temen como a aquellos que, por un falso amor, contemporáneamente, le exaltan y le rebajan queriendo que sea rey según el mundo, como a aquellos que le odian sin más razón que el temor a ser despojados de lo que ellos aprecian—, para responder que es Rey espiritual, sólo esto, enviado para enseñar a los espíritus a conquistar el Reino, el único Reino que Yo he venido a fundar.

No os doy leyes nuevas. A los israelitas les confirmo la Ley del Sinaí; a los gentiles les digo: la ley para poseer el Reino no es otra sino la ley de virtud que toda criatura de moral elevada por sí misma se impone, y que, por la fe en el Dios verdadero, se transforma, de ley de moral o de virtud humana, en ley de moral sobrehumana.

463.4 [4]¡Oh, gentiles! Acostumbráis a proclamar dioses a los hombres grandes de vuestras naciones, y los metéis en las filas de los numerosos e irreales dioses de que pobláis el Olimpo que os habéis creado para tener algo en que creer, porque la religión, una religión, es necesaria para el hombre, así como, siendo la fe el estado permanente

del hombre y la incredulidad la anormalidad accidental, es necesaria una fe. Y no siempre estos hombres elevados a deidades valen siquiera como hombres, pues unas veces son grandes por la fuerza bruta, otras por una gran astucia, otras por un poder de una u otra forma adquirido. De manera que llevan consigo, como dotes de superhombres, una serie de miserias que el hombre sabio ve como lo que son: podredumbre de pasiones desencadenadas.

Y que estoy afirmando la verdad lo demuestra el hecho de que en vuestro Olimpo quimérico no habéis sabido introducir siquiera *uno* de esos grandes espíritus que han sabido intuir el Ente supremo y han sido agentes intermedios entre el hombre animal y la Divinidad, instintivamente sentida por ellos con su espíritu meditador y virtuoso. Del espíritu que razona del filósofo, del verdadero gran filósofo, al espíritu del verdadero creyente que adora al verdadero Dios, el paso es breve; mientras que del espíritu del creyente al *yo* del astuto, del hombre avasallador, o del que es héroe materialmente, hay un abismo. Y, aún siendo así, no habéis puesto en vuestro Olimpo a aquellos que, por la virtud de la vida, mucho se elevaron por encima de la masa humana, hasta acercarse a los reinos del espíritu; no, a éstos los habéis temido como a crueles amos, o los habéis adulado por un servilismo de esclavos, o los habéis admirado como ejemplares vivos de esas libertades de animales instintos que ante vuestros apetitos anormales se presentan como finalidad y meta en la vida. Habéis envidiado a los que han sido adscritos al grupo de los dioses, y habéis dejado de lado a los que más se acercaron a la divinidad con la práctica y la doctrina enseñada y vivida de una vida virtuosa.

Ahora, en verdad, Yo os doy la manera de que seáis dioses. El que haga lo que digo y crea en lo que enseño, ése, subirá al verdadero
* Olimpo, y será dios, dios hijo de Dios en un Cielo donde no hay ningún tipo de corrupción y donde el Amor es la única ley. En un Cielo donde unos a otros se aman espiritualmente, sin ofuscación ni asechanzas de los sentidos que enemisten a unos contra otros a sus habitantes, como sucede en vuestras religiones. No vengo a pedir actos bulliciosamente heroicos. Vengo a deciros: vivid como la criatura dotada de alma y razón, y no como el bruto. Vivid de forma que merezcáis vivir, realmente vivir, con la parte inmortal vuestra en el Reino de Aquel que os ha creado.

---

* *será dios* se refiere al hombre en cuanto *dios hijo de Dios*. Todo el contexto (especialmente donde se dice "en el Reino de Aquel que *os ha creado*") y el uso de la minúscula en la palabra "dios" expresan que no se le atribuye al hombre la misma naturaleza de Dios, como, por otra parte, había explicado ya MV en la nota de 365.16. De Adán se dirá, en 470.4, que era "inferior en poco a Dios su creador".

463.5 [5]Yo soy la Vida. Vengo a enseñaros el Camino para ir a la Vida. Vengo a daros la Vida a todos vosotros, y a dárosla para daros la resurrección de vuestra muerte, de vuestro sepulcro de pecado e idolatría. Yo soy la Misericordia. Vengo a llamaros, a reuniros a todos. Yo soy el Cristo Salvador. Mi Reino no es de este mundo; y, no obstante, a quien cree en mí y en mi palabra le nace un reino en el corazón ya desde los días de este mundo, y es el Reino de Dios, el Reino de Dios en vosotros.

De mí está escrito que soy Aquel que llevará la justicia a las naciones. * Es verdad. Porque si los miembros de todas las naciones llevaran a cabo lo que Yo enseño, terminarían los odios, las guerras, los abusos. Está escrito de mí que no levantaré la voz para maldecir a los pecadores, ni la mano para destruir a aquellos que, por su indecorosa manera de vivir, son como cañas rajadas y pabilos humeantes. Es verdad. Yo soy el Salvador y vengo a fortalecer a los lesionados, a dar líquido a aquellos cuya luz es fumosa por falta de la necesaria substancia. Está escrito de mí que soy Aquel que abre los ojos a los ciegos y saca de la cárcel a los prisioneros y lleva a la luz a los que estaban en las tinieblas de la mazmorra. Es verdad. Los ciegos más ciegos son los que ni siquiera con la vista del alma ven la Luz, o sea, al verdadero Dios. Yo vengo, Luz del mundo, para que vean. Los prisioneros más prisioneros son los que tienen por cadenas sus pasiones malas. Cualquier otra cadena queda anulada con la muerte del prisionero, pero las cadenas de los vicios duran y encadenan incluso más allá de la muerte de la carne. Yo vengo a romperlas. Vengo a sacar de las tinieblas de la mazmorra subterránea de la ignorancia de Dios a todos aquellos a quienes el paganismo sofoca con el cúmulo de sus idolatrías.

463.6 [6]Venid a la Luz y a la Salvación. Venid a mí, porque mi Reino es el verdadero y mi Ley es buena: os pide solamente que améis al único Dios y a vuestro prójimo, y, por tanto, que rechacéis a los ídolos y a las pasiones, cosas éstas que os hacen duros de corazón, áridos, sensuales, ladrones, homicidas. El mundo dice: "Avasallemos al pobre, al débil, al solo. Sea la fuerza nuestro derecho, la dureza nuestro modo, nuestras armas la intransigencia, el odio, la crueldad. El justo, puesto que no reacciona, sea pisoteado; y avasallados la viuda y el huérfano, que tienen débil voz". * Yo digo: sed dulces y mansos; perdonad a los enemigos; socorred a los débiles; sed justos en las ventas y en las compras; aun teniendo el derecho de vuestra parte, sed magnánimos, no aprovechándoos de poder calcar sobre los caí-

* *está escrito*, en *Isaías 42, 1-9.*
* *El mundo dice*, como en *Sabiduría 2, 10-12.*

dos. No os venguéis. Dejad a Dios el cuidado de tutelaros. Sed morigerados en todas las tendencias, porque la templanza es prueba de fuerza moral, mientras que la concupiscencia lo es de debilidad. Sed hombres y no brutos, y no temáis haber caído demasiado y no poder alzaros de nuevo.

En verdad os digo que de la misma manera que el lodo puede volver a ser agua pura —evaporándose al sol, purificándose dejándose consumir y elevándose al cielo para después volver a caer en forma de lluvia o de rocío no inficionado y beneficioso—, con tal de que sepa soportar el sol, así los espíritus que se acerquen a la gran Luz que es Dios y le eleven a Él su grito: "He pecado, soy lodo, pero aspiro a ti, Luz", se transformarán en espíritus que ascenderán purificados a su Creador. Quitad a la muerte su horror, haciendo de vuestra vida una moneda para adquirir la Vida. Despojaos del pasado, cual de un vestido sucio, y revestíos de virtud. Yo soy la Palabra de Dios y, en su Nombre, os digo que quien tenga fe en Él y buena voluntad, quien se arrepienta del pasado y tenga propósito recto para el porvenir, sea hebreo o gentil, vendrá a ser hijo de Dios y posesor del Reino de los Cielos.

Os he dicho al principio: "¿Quién es el Mesías?". Ahora os digo: Soy Yo, el que os habla, y mi Reino está en vuestros corazones, si lo acogéis, y luego estará en el Cielo que os abriré, si sabéis perseverar en mi Doctrina. Esto es el Mesías y nada más: Rey de un reino espiritual, cuyas puertas abrirá con su sacrificio a todos los hombres de buena voluntad».

463.7 [7]Jesús ha terminado de hablar y ahora hace ademán de encaminarse hacia una pequeña escalera que desde el dique lleva a la orilla. Quizás quiere ir a la barca de Pedro, que arfa junto a un rudimentario embarcadero. Pero se vuelve de golpe y escruta a la multitud y grita: «¿Quién me ha invocado para el espíritu y para la carne?».

Nadie responde. Él repite la pregunta y va repasando con sus espléndidos ojos a la multitud, que se agolpa detrás de Él, no sólo en el camino sino también abajo, en la arena. Todavía silencio.

Mateo hace esta observación: «Maestro, quién sabe cuántos, en este momento, habrán elevado su corazón a ti con la emoción de tus palabras...».

«No. Un alma ha gritado: "Piedad" y la he oído. Y para deciros que es verdad respondo: "Hágase en ti según lo que pides, porque el movimiento de tu corazón es justo"». Y, enhiesto, espléndido, extiende imperiosamente la mano hacia la playa.

Trata de encaminarse de nuevo hacia la pequeña escalera, pero

se pone enfrente de Él Cusa, que ha bajado —está claro— de alguna barca, y le saluda con reverencia. «Te estoy buscando desde hace muchos días. He dado la vuelta al lago tras de ti, Maestro. Es urgente que te hable. Acepta mi invitación a mi casa. Tengo a muchos amigos conmigo».

«Ayer estaba en Tiberíades».

«Me lo han dicho. Pero no estoy solo. ¿Ves aquellas barcas que se dirigen a la otra orilla? Allí hay muchos que quieren verte. Entre ellos también discípulos tuyos. Ven a mi casa, allende el Jordán; te lo ruego».

«Es inútil, Cusa. Sé lo que quieres decirme».

«Ven, Señor».

«Enfermos y pecadores me esperan; déjame...».

«También nosotros te esperamos, enfermos de inquietud por tu bien. Y hay también enfermos de la carne, también...».

«¿Has oído mis palabras? ¿Y entonces para qué insistes?».

«Señor, no nos rechaces, nosotros...».

463.8 [8]Una mujer se ha abierto paso entre la multitud. Conozco ya lo suficiente los vestidos hebreos como para comprender que no es hebrea, y los vestidos... honestos como para comprender que ésta es una deshonesta. Pero para celar sus rasgos y sus gracias, quizás demasiado procaces, se ha envuelto toda en un velo, cerúleo como su amplio vestido, que es de todos modos provocativo por la forma, que le deja destapados los bellísimos brazos. Se arroja al suelo y se arrastra por él hasta que llega a tocar la túnica de Jesús, y la toma entre sus dedos y besa su extremo, y llora, convulsa toda por los sollozos.

Jesús, que iba a responder a Cusa diciendo: «Erráis y...» baja la mirada y dice: «¿Eras tú la que me invocaba?».

«Sí... y no soy digna de la gracia que me has concedido. No habría debido siquiera llamarte con el espíritu. Pero tu palabra... Señor... yo soy pecadora. Si me destapara la cara, muchos te dirían mi nombre. Soy... una prostituta... y una infanticida... y el vicio me había enfermado... Estaba en Emaús, te di una joya... me la devolviste... y una mirada tuya... me entró en el corazón... Te he seguido... Has hablado. He dicho dentro de mí tus palabras: "Soy lodo, pero aspiro a ti, Luz". He dicho: "Cúrame el alma, y luego, si quieres, la carne". Señor, mi carne está curada... ¿y mi alma?...».

«Tu alma ha quedado curada por el arrepentimiento. Ve y no vuelvas a pecar nunca. Te son perdonados tus pecados».

La mujer besa de nuevo el extremo de la túnica y se alza. Al hacerlo, se le desliza el velo.

«¡La Galacia! ¡La Galacia!» gritan muchos y lanzan contumelias,

y también cogen grava y arena y se la arrojan a la mujer, que se agacha, quedándose atemorizada.

[9]Jesús, severo, alza la mano. Impone silencio. «¿Por qué la insultáis? No lo hacíais cuando era pecadora. ¿Por qué ahora que se redime?». 463.9

«Lo hace porque está vieja y enferma» gritan muchos, y profieren burlas.

Verdaderamente, la mujer, aunque ya no sea muy joven, todavía está muy lejos de ser vieja y fea como dicen. Pero la masa es así.

«Pasa delante de mí y baja a aquella barca. Te acompañaré a casa por otro camino» ordena Jesús, y dice a los suyos: «Ponedla en medio de vosotros y acompañadla».

La ira de la gente, azuzada por algún intransigente israelita, se vuelca enteramente contra Jesús. Y entre gritos de: «¡Anatema! ¡Falso Cristo! ¡Protector de prostitutas! Quien las protege las aprueba. ¡Más aún! Las aprueba porque las goza» y frases similares gritadas, mejor: ladradas y rabiosamente ladradas, sobre todo por un grupito de energúmenos hebreos de no sé qué casta... entre esos gritos, unos puñados bien lanzados de arena húmeda alcanzan el rostro de Jesús y lo ensucian.

Él levanta el brazo y se limpia el carrillo sin protestar. No sólo esto, sino que detiene con un gesto a Cusa y a algún otro que querría reaccionar en defensa de Él, y dice: «Dejadlos. ¡Por la salvación de un alma sufriría mucho más! ¡Yo perdono!».

Zenón, el de Antioquía, que no se había apartado del Maestro en todo este tiempo, exclama: «¡Ahora verdaderamente sé quién eres! ¡Un verdadero dios y no un orador falaz! ¡La griega dijo la verdad! Tus palabras en las termas me habían dejado desilusionado, éstas me han conquistado. El milagro me ha asombrado, tu perdón a los ofensores me ha conquistado. ¡Adiós, Señor! Pensaré en ti y en tus palabras».

«Adiós, hombre. Que la Luz te ilumine el corazón».

[10]Cusa insiste de nuevo mientras van hacia el embarcadero, mientras en el dique se enciende una gresca entre romanos y griegos por una parte e israelitas por la otra. 463.10

«¡Ven! Unas horas sólo. Es necesario. Luego te acompañaré yo mismo. ¿Eres benigno con las meretrices y quieres ser intransigente con nosotros?».

«Bien. Voy. Efectivamente, es necesario...». Y dice a los apóstoles que ya están en las barcas: «Id adelante. Os alcanzaré...».

«¿Vas solo?» pregunta Pedro poco contento.

«Estoy con Cusa...».

«¡Mmm! ¿Y nosotros no podemos ir? ¿Para qué te quiere con sus amigos? ¿Por qué no ha venido a Cafarnaúm?».

«Hemos ido. No estabais».

«¡Nos hubierais esperado y nada más!».

«Pues hemos venido siguiendo vuestra pista».

«Venid ahora a Cafarnaúm. ¿Tiene que ser el Maestro el que vaya donde vosotros?».

«Simón tiene razón» dicen los otros apóstoles.

«¿Pero por qué no queréis que venga conmigo? ¿Es, acaso, la primera vez que viene a mi casa? ¿Acaso no me conocéis?».

«Sí que te conocemos. Pero... no conocemos a los otros».

«¿Y a qué tenéis miedo? ¿A que yo sea amigo de los enemigos del Maestro?».

«¡Yo no sé nada! ¡De lo que sí me acuerdo es de cómo acabó Juan el profeta!».

«¡Simón! Me ofendes. Yo soy un hombre de honor. Te juro que antes de que le tocaran un pelo al Maestro me dejaría ensartar. ¡Créeme! Mi espada está a su servicio...».

«¡¿Y de qué serviría que te ensartaran a ti?! Después... Sí, lo creo, te creo... Pero, una vez muerto tú, le tocaría a Él. Prefiero mi remo a tu espada, mi pobre barca y, sobre todo, nuestros sencillos corazones puestos a su servicio».

«Pero conmigo está Manahén. ¿Crees en Manahén? Y está también el fariseo Eleazar, ese que conoces tú, y el arquisinagogo Timoneo, y Natanael ben Fada. A éste no le conoces. Pero es un jefe importante y quiere hablar con el Maestro. Y está Juan, conocido por el Antipas de Antipátrida, favorito de Herodes el Grande, ahora viejo y poderoso, amo de todo el valle del Gahas, y...».

«¡Basta, basta! Estás diciendo nombres grandes, pero a mí no me dicen nada, excepto dos... Voy también yo...».

«No. Quieren hablar con el Maestro...».

«¡Quieren! ¿Y quiénes son ellos? ¡¿Quieren?! Y yo no quiero. Sube aquí, Maestro, y vamos. No quiero saber nada de ninguno, me fío sólo de mí. Arriba, Maestro. Y tú ve en paz a decir a ésos que no somos errantes. Saben dónde encontrarnos» y empuja a Jesús sin muchos miramientos, mientras Cusa protesta alzando la voz.

463.11 [11]Jesús interviene definitivamente: «No temas, Simón. No me va a pasar nada malo. Lo sé. Y conviene que vaya. Me conviene. Entiéndeme...» y le mira fijamente con sus ojos espléndidos, como para decirle: «No insistas. Compréndeme. Hay razones que aconsejan que vaya».

Simón cede; a regañadientes, pero cede, como dominado... De to-

das formas, masculla disgustado unas palabras entre dientes.

«Ve tranquilo, Simón. Yo mismo te acompañaré a tu Señor, y mío» promete Cusa.

«¿Cuándo?».

«Mañana».

«¡¿Mañana?! ¿Tanto tiempo hace falta para decir dos palabras? Estamos entre la tercera y la sexta... Antes del anochecer, si no está con nosotros, vamos a tu casa. Recuerda esto, y no nosotros solos...» y lo dice con un tono que no deja dudas acerca de la intención.

Jesús pone la mano en el hombro de Pedro: «Te digo, Simón, que no me harán daño. Muestra que crees en mi verdadera naturaleza. Te lo digo Yo. Yo sé las cosas. *No me van a hacer nada.* Quieren solamente explicarme algo... Ve... Lleva a Tiberíades a la mujer, estáte si quieres donde Juana, podrás ver que no me raptan con barcas y soldados...».

«Ya, pero conozco *su* casa (y señala a Cusa). Sé que detrás hay tierra, no es una isla, detrás están Guilgal y Gamala, Aera, Arbela, Gerasa, Bosrá, y Pel.la y Ramot, ¡y muchas más!...».

«¡Te digo que no temas! Obedece. Dame un beso, Simón. ¡Ve! También a vosotros» los besa y los bendice. Cuando ve que la barca se separa del embarcadero, les dice gritando: «No es mi hora, y, mientras no lo sea, ni nada ni nadie podrá levantar su mano contra mí. Adiós, amigos».

Se vuelve hacia Juana, que está visiblemente turbada y pensativa, y le dice: «No temas. Está bien que suceda esto. Ve en paz». Y a Cusa: «Vamos. Para que veas que no tengo miedo. Y para curarte...».

«No estoy enfermo, Señor...».

«Lo estás. Yo te lo digo. Y muchos como tú. Vamos».

Sube a la barca ligera y rica y se sienta. Los remadores empiezan la boga en las aguas quietas, dibujando un arco para evitar la corriente, perceptible hacia donde termina el lago, cabe su desagüe en el río.

464. En la casa de campo de Cusa, intento de elegir rey a Jesús. El testimonio del Predilecto.

30 de julio de 1946.

[1]En la otra orilla, junto al paso constituido por el puente, espera ya un carro cubierto. 464.1

«Sube, Maestro. No te cansarás, a pesar de que el trayecto sea largo, y no tanto por razón de la distancia como por el hecho de que

he ordenado que tengan siempre aquí parejas de bueyes... para no causar molestias a los invitados más cumplidores de la Ley... Debemos ser compasivos con ellos...».

«Pero, ¿y dónde están ésos?».

«Delante de nosotros, en otros carros. ¡Tobiolo!».

«¿Señor?» dice el carretero, que está enyugando a los bueyes.

«¿Dónde están los otros invitados?».

«¡Muy adelante! Estarán ya muy cerca de la casa».

«¿Has oído, Maestro?».

«¿Y si Yo no hubiera venido?».

«Estábamos seguros de que vendrías. ¿Por qué no ibas a haber venido?».

«¡¿Que por qué?! Cusa, Yo vengo para que veas que no soy un cobarde. Sólo son cobardes los malos, los que tienen culpas que les hacen temer la justicia... la justicia de los hombres, por desgracia, mientras que deberían temer en primer lugar, en *único* lugar, la de Dios. Mas Yo no tengo culpas y no tengo miedo de los hombres».

«¡Pero Señor! ¡Todos los que están conmigo te veneran! Como yo también. ¡No deberíamos causarte miedo por nada! ¡Nuestro deseo es honrarte, no atacarte!». Cusa está apenado y casi indignado.

Jesús, sentado enfrente de él, mientras el carro avanza lentamente, chirriando, entre los verdes campos, responde: «Más que a la guerra abierta de los enemigos, debo temer a la subrepticia de los falsos amigos, o al errado celo de amigos verdaderos que todavía no me han entendido. Y tú eres de éstos. ¿No te acuerdas de lo que dije * en Béter?».

«Yo te he entendido, Señor» susurra Cusa, aunque no muy seguro y sin responder directamente a la pregunta.

«Sí, me has entendido. Con la ventada del dolor y la alegría, tu corazón se había vuelto límpido, como aparece límpido el horizonte después de una tormenta y un arco iris. Y veías lo correcto. Luego... Vuélvete, Cusa, a mirar nuestro Mar de Galilea. ¡Parecía tan terso con la aurora! Durante la noche el aguazo había limpiado el aire, y el fresco nocturno había calmado la evaporación del agua: cielo y lago eran dos espejos de zafiro claro que mutuamente se reflejaban sus bellezas; y las colinas de alrededor estaban frescas y limpias como si las hubiera creado Dios durante la noche. Mira ahora. El polvo de los caminos costeños, recorridos por personas y animales, el fuego del sol, que hace a los bosques y jardines vaporear, como calderas al fuego, e incendia el lago y evapora sus aguas, mira cómo han turba-

* *lo que dije en Béter*, en 402.2/7.

do el horizonte. Primero las riberas, nítidas por la gran tersura del aire, parecían cercanas; ahora, mira... parecen temblar empañadas, confusas, semejantes a cosas vistas a través de un velo de impuras aguas. Eso ha sucedido en ti. Polvo: humanidad. Sol: orgullo. Cusa, no te perturbes a ti mismo...».

Cusa agacha la cabeza y juguetea mecánicamente con los adornos de su túnica y con la hebilla del rico cinturón que sujeta la espada.

Jesús calla. Permanece con los ojos casi cerrados, como bajo efecto de un momento de sopor. Cusa respeta su descanso, o lo que cree que es descanso.

[2]El carro avanza lentamente en dirección Sudeste, hacia las leves 464.2
ondulaciones que constituyen —eso creo al menos— el primer escalón de la meseta que limita el valle del Jordán por este lado, el oriental. Sin duda por riqueza de aguas subterráneas o de algún curso de agua, los campos son fertilísimos y hermosos; por todas partes se ven racimos y frutos.

El carro cambia de dirección, deja el camino de primer orden y toma uno particular; se adentra en un paseo frondosísimo en el que hay sombra y frescor, al menos relativo, respecto al horno que es el soleado camino principal. En el fondo del paseo hay una casa blanca, baja, de aspecto señorial. Y, acá o allá, por los campos y los viñedos, están diseminadas casas pequeñas. El carro atraviesa un puente y un mojón, a partir del cual el pomar se transforma en un jardín con un paseo recubierto de guijo. Al sonar de forma distinta las ruedas sobre la grava, Jesús abre los ojos.

«Hemos llegado, Maestro. Ahí están los invitados que nos han oído y vienen hacia nosotros» dice Cusa.

Efectivamente, muchos, todos de rica condición, se agolpan donde comienza el paseo, y saludan con pomposas reverencias al Maestro, que está llegando. Veo y reconozco a Manahén, a Timoneo, a Eleazar, y me parece ver a otros no nuevos pero cuyo nombre no sé decir. Y luego muchos, muchos, jamás vistos, o por lo menos que nunca he advertido concretamente. Hay muchos que llevan espada; otros, en vez de las espadas, ostentan abundantes perifollos farisaicos y sacerdotales o rabínicos.

El carro se detiene. Jesús es el primero en bajar. Se inclina, como saludo de conjunto para los presentes. Los discípulos Manahén y Timoneo se acercan y le saludan en particular; luego también se acerca Eleazar (el fariseo bueno del convite en casa de Ismael), y, junto con éste, se abren paso dos escribas que tienen interés en ser reconocidos. Éstos son: aquel al que en Tariquea le fue curado su hijito el día de la primera multiplicación de los panes, y aquel que al pie del

monte de las bienaventuranzas dio comida para todos. Otro más se abre paso: el fariseo que en casa de José, en el tiempo de la siega, fue instruido por Jesús acerca del verdadero móvil de sus injustos celos.

Cusa procede a las presentaciones. Se las ahorro a todos. Porque es para volverse mico entre tanto Simón, tanto Juan, tanto Leví, tanto Eleazar, entre tanto Natanael y tanto José y tanto Felipe, etc. etc.; saduceos, escribas, sacerdotes, herodianos —y debería decir que estos últimos constituyen la mayoría—, algún que otro prosélito y fariseo, dos miembros del Sanedrín, cuatro arquisinagogos, y, perdido no sé cómo aquí dentro, un esenio.

Jesús se inclina al oír cada uno de los nombres, mirando penetrantemente a cada uno de los rostros, algunas veces sonriendo levemente (como cuando, para aclarar más su identidad, alguno especifica algún hecho que le puso en relación con Jesús).

Así, un cierto Joaquín de Bosra dice: «Curaste de la lepra a mi mujer, María. ¡Bendito seas!».

Y el esenio: «Te oí cuando hablaste cerca de Jericó y un hermano nuestro dejó las orillas del Mar Salado para seguirte. Y volví a saber de ti por el milagro de Eliseo de Engadí. En aquellas tierras nosotros los puros vivimos esperando...».

¿Qué es lo que esperarán?... No lo sé. Sí sé que, al decirlo, éste mira con un aire de superioridad un poco exaltada a los otros, que ciertamente no muestran apariencia de místicos, sino que, en su mayor parte, parecen disfrutar alegremente de las comodidades que su posición les concede.

464.3 [3]Cusa libera a su Invitado de las ceremonias de los saludos y le conduce a una cómoda estancia de baño, donde le deja para las abluciones usuales, sin duda gratas con ese calor. Vuelve con sus invitados. Habla animadamente con ellos. Y llegan casi a una disputa porque los presentes tienen dispares opiniones: unos quisieran abrir inmediatamente la conversación —¿cuál?—; otros, por el contrario, proponen no asaltar en seguida al Maestro, sino convencerle antes de que le guardan un profundo respeto. Triunfa esta última parte, que es la más numerosa; así que Cusa, como amo de la casa, llama a los criados para ordenar la preparación de un banquete que habrá de celebrarse hacia el atardecer, dejando tiempo a Jesús, "que está cansado y se ve, de descansar", cosa que es aceptada por todos, tanto que, cuando Jesús aparece de nuevo, los invitados se despiden con grandes reverencias y le dejan con Cusa, que le conduce a una habitación umbría donde hay un lecho bajo recubierto de ricas alfombrillas.

Pero Jesús, cuando se queda solo, tras haber dado a un doméstico

las sandalias y la túnica para que les limpien el polvo y las señales de la peregrinación del día anterior, no duerme. Sentado en la orilla del lecho, descalzos sus pies apoyados en la estera del suelo, cubierto su cuerpo hasta los codos y las rodillas con la túnica corta (la prenda de debajo), piensa intensamente. Y si, por una parte, el indumento tan reducido, con la espléndida y perfecta armonía de su cuerpo varonil, le da un aspecto más joven, por otra parte, la intensidad del pensamiento, que ciertamente no es dichoso, le incide arrugas y le carga el rostro con una expresión de doloroso cansancio que le avejenta.

Ningún ruido en la casa, ninguno en el campo, donde maduran los racimos con el calor adusto. Las cortinas obscuras que cuelgan en las puertas y ventanas no ondean mínimamente.

[4]Pasan así las horas... Merma el sol y la penumbra va creciendo, 464.4
pero el calor persiste, y también la meditación de Jesús.

En fin, la casa da señales de revivir. Se oyen voces, pisadas, indicaciones.

Cusa mueve cuidadosamente la cortina para ver sin molestar.

«¡Entra! No estoy durmiendo» dice Jesús.

Cusa entra: lleva ya la túnica engalanada del banquete. Mira y ve que el lecho no presenta signos de haber recibido un cuerpo. «¿No has dormido? ¿Por qué? Estás cansado...».

«He descansado en el silencio y en la sombra. Me basta».

«Mandaré que te traigan una túnica...».

«No. La mía seguro que ya esta seca. La prefiero. Tengo intención de ponerme en camino en cuanto termine el banquete. Te ruego que te ocupes del carro y de la barca para mí».

«Como quieras, Señor... Hubiera deseado tenerte aquí hasta mañana al rayar el alba...».

«No puedo. Tengo que irme...».

Cusa hace una reverencia y sale... Se oye un abundante cuchicheo...

Pasa más tiempo. Vuelve el doméstico con la túnica de lino fresca de lavado, fragante de sol; y con las sandalias, que ya no tienen polvo y han sido suavizadas con aceite o lardo, que les dan brillo y flexibilidad. Otro le sigue con un barreño, una ánfora y unas toallas, y deposita todo encima de una mesa baja. Salen...

[5]...Jesús va a donde los invitados, al atrio que divide la casa de 464.5
Norte a Sur creando un lugar ventilado y agradable en que están diseminados unos asientos, adornado con cortinas ligeras, de coloridas franjas, que modifican la luz sin poner obstáculo al aire; ahora, recogidas, permiten ver la verde cornisa que rodea la casa.

Jesús está majestuoso. A pesar de no haber dormido, parece haberse nutrido de fuerza y su andadura es regia. El lino de la túnica —acaba de ponérsela— aparece blanquísimo. Sus cabellos, brillantes por el baño de la mañana, relucen suavemente encuadrando el rostro con su color dorado.

«Ven, Maestro. Te esperábamos sólo a ti» dice Cusa; y, con prioridad sobre los demás, le conduce a la estancia donde están las mesas.

Tras la oración y una suplementaria ablución de las manos, se sientan. Empieza el banquete, pomposo como siempre, y silencioso al principio. Luego se vence la reserva.

Jesús está al lado de Cusa. Manahén está a su otro lado y tiene por compañero a Timoneo. A los demás los distribuye Cusa, con experiencia de cortesano, a ambos lados de la mesa de forma de U. El esenio —sólo él— se niega obstinadamente a participar en el banquete y a sentarse a la mesa con los demás, y sólo cuando un criado, por orden de Cusa, le ofrece un cestillo precioso colmado de fruta, acepta sentarse detrás de una mesa baja, después de no sé cuántas abluciones, tras remangarse las amplias mangas de su cándida túnica por miedo a mancharlas, o por rito, no lo sé.

Es un banquete original, donde son más protagonistas las miradas que las palabras. Solamente algunas breves frases de cortesía y un recíproco examinarse, o sea: Jesús escruta a los presentes y éstos a Jesús.

464.6 [6]Finalmente, Cusa hace una señal a los criados para que se retiren, tras haber dejado grandes bandejas de fruta, fresca porque quizás la han tenido en el pozo, hermosísima; diría: casi helada, pues claramente muestran esa capa escarchada que es típica de la fruta guardada en lugar friísimo. Los criados salen, tras encender también las lámparas, por ahora inútiles porque todavía el día está luminoso con su largo ocaso estival.

«Maestro» comienza Cusa «debes haberte preguntado la razón de este encuentro y de este silencio nuestro. Pero es que lo que te tenemos que decir es muy grave y no deben escucharlo oídos imprudentes. Ahora estamos solos y podemos hablar. Ya ves que todos los presentes te tienen el máximo respeto. Estás entre hombres que te veneran como Hombre y como Mesías. Tu justicia, tu sabiduría, los dones que Dios te ha otorgado son conocidos y admirados entre nosotros. Tú para nosotros eres el Mesías de Israel. Mesías según la idea espiritual y según la idea política. Eres el Esperado para poner fin al dolor, a la postración de todo un pueblo. Y no solamente de este pueblo comprendido en los confines de Israel —mejor: de Palestina— sino del pueblo de *todo* Israel, de las numerosísimas colonias de la

Diáspora esparcidas por toda la Tierra, que hacen resonar el Nombre de Yeohveh bajo los cielos todos y hacen conocer las promesas y esperanzas, que ahora se cumplen, de un Mesías restaurador, de un Vengador, de un Libertador y creador de la verdadera independencia y de la Patria de Israel, o sea, de la Patria más grande que hay en el mundo, la Patria, *reina y dominadora*, canceladora de todo pasado recuerdo y de todo signo vivo de servidumbre, el Hebraísmo triunfante sobre todo y sobre todos, y para siempre, porque así fue dicho y así se cumple. Señor, aquí, ante ti, tienes a todo Israel en los representantes de las distintas clases de este pueblo eterno, castigado pero estimado por el Altísimo, que lo proclama "suyo". Tienes ante ti el corazón pulsante y sagrado de Israel: los miembros del Sanedrín y los sacerdotes; tienes el poder y la santidad: fariseos y saduceos; tienes la sabiduría: escribas y rabíes; tienes la política y el valor: los herodianos; tienes el patrimonio: los ricos; el pueblo: mercaderes y hacendados; tienes la Diáspora: los prosélitos; tienes incluso a los separados, que ahora se sienten dispuestos a unirse de nuevo, porque ven en ti al Esperado: los esenios, los inasequibles esenios. Mira, Señor, este primer prodigio, este gran signo de tu misión, de tu verdad. Tú, sin violencia, sin medios, sin ministros, sin soldados, sin espadas, reúnes a todo tu pueblo como un depósito reúne las aguas de mil fuentes. Tú, casi sin palabras, sin ninguna imposición en absoluto, nos reúnes, a nosotros, pueblo dividido por desventuras, por odios, por ideas políticas y religiosas, y nos pacificas. ¡Oh, Príncipe de la paz, exulta por haber redimido y restaurado aun antes de tomar el cetro y la corona! Tu Reino, el esperado Reino de Israel ha surgido. Nuestras riquezas, nuestro poder, nuestras espadas, están a tus pies. ¡Habla! ¡Ordena! La hora ha llegado».

[7]Todos aprueban el discurso de Cusa. Jesús, con los brazos cruzados, guarda silencio. 464.7

«¿No hablas? ¿No respondes, Señor? Quizás es que esto te ha sorprendido... Quizás es que no te sientes preparado y, sobre todo, dudas de que esté preparado Israel... No, no es así. Escucha nuestras palabras. Yo hablo, y conmigo Manahén, por el Palacio, que ya no merece existir, que es el oprobio purulento de Israel, la tiranía vergonzosa que oprime al pueblo y se inclina, servil, a adular al usurpador. Su hora ha llegado. Álzate, Estrella de Jacob, y pon en fuga las tinieblas de ese coro de delitos y vergüenzas. Aquí están los que, conocidos como herodianos, son los enemigos de los profanadores del nombre para ellos sagrado de la dinastía Herodiana. Hablad, vosotros».

«Maestro. Yo soy viejo, y recuerdo lo que fue el esplendor pasado. Como nombre de héroe puesto a una hedionda carroña, tal es el

nombre de Herodes sobre los degenerados descendientes que envilecen a nuestro pueblo. Es la hora de repetir el gesto que otras veces hiciera Israel, cuando indignos monarcas se sentaron sobre los dolores del pueblo. Tú sólo eres digno de llevar a cabo este gesto».

Jesús calla.

«Maestro, ¿crees que podemos dudar? Hemos escudriñado las Escrituras. Eres Tú. Tú debes reinar» dice un escriba.

«Debes ser Rey y Sacerdote. Nuevo Nehemías, más grande que él *debes* venir y purificar. El altar está profanado. Que te sea acicate el celo del Altísimo» dice un sacerdote.

«Muchos de nosotros te han presentado batalla, los que temen tu reinado sabio. Pero el pueblo está contigo, y los mejores de nosotros con el pueblo. Necesitamos un sabio».

«Necesitamos un hombre puro».

«Un verdadero rey».

«Un santo».

«Un redentor. Cada vez somos más esclavos, de todo y de todos. ¡Defiéndenos, Señor!».

«Nos pisotean en este mundo porque, a pesar del número y la riqueza, somos como ovejas sin pastor. Llámanos a formar con el antiguo grito: "¡A tus tiendas, Israel!", y de todas las partes de la Diáspora, como un reclutamiento, se alzarán tus súbditos y volcarán los inseguros tronos de los poderosos a los que Dios no ama».

Jesús sigue en silencio. Es el único que está sentado, sereno, como si no se tratase de Él, en medio de esta cuarentena —pocos más, pocos menos— de exaltados, de cuyas razones apenas si recojo la décima parte, porque hablan todos al mismo tiempo con algarabía de mercado; y conserva su postura y su silencio.

Todos gritan: «¡Di una palabra! ¡Responde!».

Jesús se pone lentamente en pie, apoyándose en las manos sobre el borde de la mesa. Se crea un profundo silencio. Quemado por el fuego de ochenta pupilas, abre sus labios (los otros los abren como para aspirar su respuesta). Y la respuesta es breve pero neta: «No».

«¿Pero cómo es eso? ¿Pero por qué? ¿Nos traicionas? ¡Traicionas a tu pueblo! ¡Reniega de su misión! ¡Rechaza la orden de Dios!...». ¡Qué marimorena!... ¡Qué alboroto! Caras que se ponen de color carmesí, ojos que se encienden, manos que casi amenazan... Más que fieles parecen enemigos. Pero es así: cuando una idea política domina los corazones, hasta los mansos se vuelven fieras contra quien impugna esa idea suya.

464.8 [8]Al alboroto le sigue un silencio extraño. Parece como si, agotadas las fuerzas, todos se sintieran exhaustos, vencidos. Se miran interro-

gativamente, la mayor parte desolados... algunos inquietos...

Jesús mira en torno a sí y dice: «Sabía que queríais que viniera para esto. Y conocía la inutilidad de este paso vuestro. Cusa puede decir que lo he dicho en Tariquea. He venido para que vierais que no temo insidia alguna, porque no ha llegado la hora. Y tampoco la temeré cuando se cierna sobre mí la hora de la insidia, porque para esto he venido. Y he venido para convenceros. Vosotros, no todos, pero sí muchos de vosotros, actuáis de buena fe. Pero debo corregir el error en que, con buena fe, habéis caído. ¿Veis? No os reprendo. No reprendo a ninguno, ni siquiera a los que, por ser mis discípulos fieles, deberían saber con justicia y regular las propias pasiones con justicia. No te reprendo a ti, justo Timoneo, pero te digo que en el fondo de tu amor, que me quiere honrar, está todavía tu *yo*, que bulle y sueña un tiempo mejor en que puedas ver el daño en los que te dañaron. No te reprendo a ti, Manahén, a pesar de que muestras haber olvidado la sabiduría y el ejemplo enteramente espirituales que recibiste de mí, y de Juan el Bautista antes que de mí; pero te digo que también en ti hay una raíz de humanidad que resurge después de la llamarada de mi amor. No te reprendro a ti, Eleazar, hombre justo aunque sólo fuera por la anciana que te confiaron, justo siempre, pero ahora no justo. Y no te reprendo a ti, Cusa, aunque debería hacerlo porque en ti más que en todos los que queréis con buena fe verme rey está vivo tu *yo*. Rey, sí, quieres verme. No hay insidia en tus palabras. No vienes para cogerme en renuncio, para denunciarme al Sanedrín, al rey, a Roma. Pero más que por el amor —crees que es todo amor y no lo es— más que por el amor actúas para vengarte de ofensas que el palacio te ha infligido. Yo soy tu invitado. Debería mantener celada la verdad de tus sentimientos. Pero Yo soy la Verdad. Y hablo. Por tu bien. Y lo mismo te sucede a ti, Joaquín de Bosra, y a ti, escriba Juan, y a ti también, y a ti, y a ti, y a ti».

Señala a éste, a aquél, sin rencor, pero con tristeza... y prosigue: «No os reprendo. Porque sé que no sois vosotros los que queréis esto, espontáneamente. Es la Insidia, es el Adversario el que actúa, y vosotros... vosotros sois, sin saberlo, títeres en sus manos. Y también del amor, también de vuestro amor, Timoneo, Manahén, Joaquín —vosotros que realmente me amáis—, también de vuestra veneración —vosotros que en mí sentís al Rabí perfecto—, también de esto él, el Maldito, se sirve para perjudicar y perjudicarme. Pero Yo os digo —a vosotros, y también a los que no tienen vuestros sentimientos, sino que con fines cada vez más bajos, hasta constituir traiciones y delitos, quisieran que aceptara ser rey—, os digo: "No. Mi Reino no es de este mundo. Venid a mí, para que instaure mi Reino en vosotros. No

464.9 otra cosa". [9]Y ahora dejad que me vaya».

«No, Señor. Estamos bien decididos. Hemos puesto ya en movimiento riquezas, preparado planes, hemos decidido salir de esta incertidumbre que tiene inquieto a Israel, de la cual, además, se aprovechan los otros para perjudicar a Israel. Te acosan, es verdad. Tienes enemigos en el Templo mismo. Yo, uno de los Ancianos, no lo niego. Pero para acabar con esto hay esto: tu unción. Y estamos dispuestos a dártela. No es la primera vez que en Israel uno es proclamado rey así, para acabar con una serie de desventuras nacionales y discordias. Aquí hay quien en nombre de Dios lo puede hacer. Déjate ungir» dice uno de los sacerdotes.

«No. No os es lícito. No tenéis autoridad para hacerlo».

«El Sumo Sacerdote es el primero que quiere esto, aunque no se dé a ver. No puede seguir permitiendo este estado de dominación romana y escándalo regio».

«No mientas, sacerdote. En tus labios la blasfemia es doblemente impura. Quizás no sabes, y te engañan. Pero en el Templo *eso no se quiere*».

«¿Crees entonces que nuestra aserción es falaz?».

«Sí. Si no de todos vosotros, *de muchos de vosotros*. No mintáis. Yo soy la Luz e ilumino los corazones...».

«A nosotros nos puedes creer» gritan los herodianos. «Nosotros no amamos a Herodes Antipas ni a ningún otro».

«No. Vosotros os amáis sólo a vosotros mismos. Es verdad. Y no podéis amarme a mí. Yo sería la palanca para derribar el trono para abriros el camino a un poder más fuerte y para gravar al pueblo con una opresión peor. Un engaño a mí, al pueblo y a vosotros mismos. Roma aplastaría a todos, después de que vosotros hubierais hecho lo mismo».

«Señor, en las colonias de la Diáspora hay hombres dispuestos a amotinarse... nosotros empeñamos nuestros bienes» dicen los prosélitos.

«Y los míos y todo el apoyo de la Auranítida y la Traconítida» grita el de Bosra. «Sé lo que me digo. Nuestros montes pueden preparar un ejercito, y sin ser hostigado, para lanzarle luego, como cohorte de águilas, a tu servicio».

«También la Perea».

«Y la Gaulanítida».

«¡El valle del Gahas está contigo!».

«Y también las riberas del Mar Salado con los nómadas que nos creen dioses, si aceptas unirte a nosotros» grita el esenio, y prosigue con un vaniloquio de exaltado que se pierde en el clamor.

«Los montañeses de Judea son de la raza de los reyes fuertes».

«Y los de la Alta Galilea son héroes del temple de Débora. ¡Y son héroes también las mujeres y los niños!».

«¿Nos consideras pocos? Somos huestes numerosas. Todo el pueblo está contigo. ¡Tú eres el rey de la estirpe de David, el Mesías! Éste es el grito que sale de los labios de sabios e ignorantes, porque es el grito de los corazones... Tus milagros... tus palabras... Los signos...».

Un alboroto en que me pierdo. Jesús, como roca bien firme rodeada por una vorágine, no se mueve. Ni siquiera reacciona. Está impasible. Y el torbellino de súplicas, imposiciones, razones, continúa.

«¡Nos defraudas! ¿Por qué quieres nuestra destrucción? ¿Quieres actuar solo? No puedes. Matatías Macabeo no rechazó la ayuda de los Asideos y Judas liberó a Israel con su ayuda... ¡¡¡Acepta!!!».

Cada cierto tiempo el grito se anuda en esta palabra. Jesús no cede.

[10]Uno de los Ancianos —anciano, y mucho, también de edad— cu- 464.10
chichea con un sacerdote y un escriba más viejos que él. Pasan adelante. Imponen silencio. Habla el escriba anciano, que ha llamado a Eleazar y a los dos escribas de nombre Juan: «Señor, ¿por qué no quieres ceñir la corona de Israel?».

«Porque no es mía. No soy hijo de príncipe hebreo».

«Señor. Quizás Tú no lo sabes, pero yo y éste y éste fuimos requeridos un día porque tres Sabios vinieron preguntando dónde estaba el que había nacido rey de los hebreos. ¿Comprendes? "Nacido rey". Herodes el Grande nos reunió, para la respuesta, a los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo. Con nosotros estaba Hil.lel el Justo. Nuestra respuesta fue: "En Belén de Judá". Tú, nos consta, naciste allí, y tu nacimiento estuvo acompañado de grandes signos. Algunos de tus discípulos son testigos de tu nacimiento. ¿Puedes negar que los tres Sabios te adoraron Rey?».

«No niego».

«¿Puedes negar que los milagros te preceden y te acompañan y te siguen, como signo del Cielo?».

«No niego».

«¿Puedes negar que eres el Mesías prometido?».

«No niego».

«Entonces, en nombre del Dios vivo, ¿por qué quieres defraudar las esperanzas de un pueblo?».

«Yo vengo a cumplir las esperanzas de Dios».

«¿Cuáles?».

«Las de la redención del mundo, de la formación del Reino de

Dios. Mi Reino no es de este mundo. Devolved a su lugar vuestros bienes y vuestras armas. Abrid los ojos y el espíritu para leer las Escrituras y los Profetas y para acoger mi Verdad, y tendréis en vosotros el Reino de Dios».

«No. Las Escrituras hablan de un Rey libertador».

«De la esclavitud satánica, del pecado, del error, de la carne, del
464.11 gentilismo, de la idolatría. [11]¡¿Qué ha hecho en vosotros Satanás, oh hebreos, pueblo sabio, para induciros a error acerca de las verdades proféticas?! ¿Qué os hace, oh hebreos, hermanos míos, para cegaros de esta forma? ¿Qué, qué os hace, oh discípulos míos, para que ya tampoco comprendáis vosotros? La mayor desventura de un pueblo y de un creyente es caer en una falsa interpretación de los signos. Y aquí se cumple esta desventura. Intereses personales, prejuicios, exaltaciones, pernicioso amor patrio, todo contribuye a crear esta vorágine... la vorágine del error en que un pueblo perecerá considerando a su Rey como lo que no es».

«Tú te consideras en modo erróneo».

«Vosotros os consideráis erradamente, y también a mí. Yo no soy el rey humano. Y vosotros... Vosotros, tres cuartas partes de los que estáis aquí reunidos, lo sabéis y queréis mi mal, no mi bien. Actuáis por encono, no por amor. Yo os perdono. Digo a los rectos de corazón: "Volved en vosotros mismos, no seáis los inconscientes esclavos del mal". Dejadme irme. No hay nada más que decir».

Un silencio lleno de estupor...

Eleazar dice: «Yo no soy enemigo tuyo. Creía que obraba bien. Y no soy el único... Otros amigos buenos piensan como yo».

«Lo sé. Pero dime, y sé sincero: ¿Qué dice Gamaliel?».

¿El rabí?... Dice... Sí, dice: "El Altísimo dará el signo si éste es su Cristo"».

«Bien dice. ¿Y qué, José el Anciano?».

«Que Tú eres el Hijo de Dios y reinarás como Dios».

«José es un justo. ¿Y Lázaro de Betania?».

«Sufre... Habla poco... Pero dice... que reinarás solamente cuando te acojan nuestros espíritus».

«Lázaro es sabio. Cuando vuestros espíritus me acojan. Por ahora vosotros —incluso aquellos a quienes juzgaba espíritus abiertos—, no acogéis ni al Rey ni el Reino, y en ello está mi dolor».

464.12 [12]«En definitiva, ¿te niegas?» gritan muchos.

«Lo habéis dicho».

«Nos has hecho comprometernos, nos perjudicas, nos...» gritan otros: herodianos, escribas, fariseos, saduceos, sacerdotes...

Jesús deja la mesa y va hacia este grupo, asaeteándolo con sus

miradas. ¡Qué ojos! Ellos, involuntariamente, enmudecen, se aprietan contra la pared... Jesús va justamente cara a cara. Dice, lentamente pero con una incisividad que corta como un golpe de sable: * «Está escrito: "Maldito el que encubiertamente descarga su mano contra su prójimo y acepta regalos para condenar a muerte a un inocente". Yo os digo: os perdono. Pero el Hijo del hombre conoce vuestro pecado. Si no os perdonara Yo... Por mucho menos, Jeohveh redujo a cenizas a muchos de Israel». Y se muestra tan terrible al decir esto, que ninguno se atreve a moverse. Jesús levanta la doble cortina y sale al atrio, y ninguno osa hacer un solo gesto.

Hay que esperar a que la cortina deje de moverse, es decir: unos momentos después, para verlos reaccionar.

«Hay que alcanzarle... Hay que retenerle...» dicen los más enfurecidos.

«Tenemos que ganarnos el perdón» suspiran los mejores, o sea, Manahén, Timoneo, algunos prosélitos, el de Bosra; en definitiva, los rectos de corazón.

Se arremolinan fuera de la sala. Buscan, preguntan a los criados: «¿El Maestro? ¿Dónde está?».

¿El Maestro? Ninguno le ha visto, ni siquiera los que estaban en las dos puertas del atrio. No está... Con antorchas y faroles le buscan entre las sombras del jardín, en la habitación donde había descansado. No está, y tampoco está el manto, que había dejado en el lecho, ni su bolsa, que había dejado en el atrio...

«¡Se nos ha escapado! ¡Es un Satanás! No. Es Dios. Hace lo que quiere. ¡Nos traicionará! No. Nos conocerá en nuestra verdadera realidad». Un clamor de pareceres y de recíprocos insultos. Los buenos gritan: «Vosotros nos habéis seducido. ¡Traidores! ¡Debíamos haberlo imaginado!». Los malos, o sea, la mayoría, amenazan, y la riña, perdido el chivo expiatorio en que centrarse, revierte sus dos partes sobre sí misma...

[13]¿Y Jesús, dónde está? Yo le veo, por voluntad suya. Está muy le- 464.13
jos, hacia el puente de la embocadura del Jordán. Va raudo como llevado por el viento. Sus cabellos enmarcan ondeantes el pálido rostro; su manto, con esta marcha veloz, se entrechoca como una vela. Luego, cuando está seguro de haberse distanciado, se adentra entre los juncos de la orilla y toma la margen oriental. En cuanto encuentra los primeros escollos del alto arrecife, se encarama a ellos, y no se preocupa de que la poca luz haga peligrosa la subida por la pronunciada ladera. Sube, sube hasta un peñasco que se asoma hacia el la-

---

* *Está escrito*, en *Deuteronomio 27, 24-25.*

go, velado por una encina solitaria; y allí se sienta, pone un codo en la rodilla, apoya el mentón en la palma de la mano, y, con la mirada fija en el espacio anchuroso que va entenebreciéndose, apenas visible aún por el claror del manto y la palidez del rostro, así permanece...

464.14 [14]Pero alguien le ha seguido. Juan. Un Juan semidesnudo, o sea, vestido sólo con la corta prenda de los pescadores, tiesos los cabellos, como cuando uno ha estado en el agua, jadeante (pero pálido). Se acerca despacio hacia su Jesús. Parece una sombra deslizándose por el arrecife escabroso. Se detiene a poca distancia. Observa a Jesús... No se mueve. Parece una peña añadida al peñasco. La túnica obscura le anula aún más; sólo la cara y las piernas y los brazos desnudos son un poco visibles en la sombra nocturna.

Pero cuando, más que verle le oye llorar a Jesús, entonces no resiste más, y se acerca, hasta llamarle: «¡Maestro!».

Jesús oye el susurro y alza la cabeza; con ademán de huir, se recoge el manto.

Pero Juan grita: «¿Qué te han hecho, Maestro, para que ya no conozcas a Juan?».

Y Jesús reconoce a su Predilecto. Tiende sus brazos hacia él y Juan se arroja a ellos. Los dos lloran, por dos dolores distintos y un único amor.

Pero luego el llanto se calma y Jesús es el primero que recupera la neta percepción visual de las cosas. Oye y ve a Juan semidesnudo, con la túnica húmeda, las carnes heladas, descalzo. «¿Cómo estás aquí, en este estado? ¿Por qué no estás con los demás?».

«¡No me reprendas, Maestro. No podía estar... No podía dejarte irte... Me he quitado la ropa, todo menos esto, y me he echado a nadar; he regresado a Tariquea nadando; de allí, por la orilla, corriendo, hasta el puente; y luego más, más, detrás de ti; y me he quedado escondido en el foso que hay junto a la casa, preparado para auxiliarte, atento, al menos, para saber si te raptaban, si te hacían algún mal. Y he oído muchas voces que disputaban y luego te he visto a ti pasando veloz por delante de mí. Parecías un ángel. Por seguirte sin perderte de vista, me he caído en hoyos y aguazales y estoy lleno de barro. Te habré manchado el vestido... Desde que has llegado aquí

464.15 estaba mirándote... ¿Llorabas?... [15]¿Qué te han hecho, mi Señor? ¿Te han insultado? ¿Te han pegado?».

«No. Me querían hacer rey. ¡Un pobre rey, Juan! Y muchos querían hacerlo con buena fe, por verdadero amor, con finalidad buena... La mayoría... para poderme denunciar y deshacerse de mí...».

«¿Quiénes son éstos?».

«No lo preguntes».

«¿Y los otros?».

«Ni siquiera preguntes el nombre de éstos. No debes odiar ni criticar... Yo perdono...».

«Maestro... ¿había discípulos?... Dime sólo esto».

«Sí».

«¿Y apóstoles?».

«No, Juan. Ningún apóstol».

«¿Verdaderamente, Señor?».

«Verdaderamente, Juan».

«¡Ah, alabado sea Dios por ello!... Pero, ¿por qué lloras todavía, Señor? Yo estoy contigo. Te amo por todos. Y también Pedro, y Andrés y los otros... Cuando han visto que me echaba al lago me han dicho que estaba loco, y Pedro estaba furioso, y mi hermano decía que quería morir en los remolinos. Pero luego han comprendido y me han gritado: "Que Dios te acompañe. Ve. Ve...". Nosotros te amamos. Pero ninguno como este pobre niño que soy yo».

«Sí. Ninguno como tú. ¡Tienes frío, Juan! Ven aquí, debajo de mi manto...».

«No, a tus pies, así... ¡Maestro mío! ¿Por qué no te aman todos como este pobre niño que soy yo?».

Jesús se sienta a su lado y le arrima contra su corazón. «Porque no tienen tu corazón de niño...».

«¿Te querían hacer rey? ¿Pero no han comprendido todavía que tu Reino no es de esta Tierra?».

«¡No han comprendido!».

[16]«Sin decir nombres, cuenta, Señor...». 464.16

«¿Pero no vas a decir lo que te diga?».

«Si no quieres, Señor, no lo diré...».

«Lo dirás solamente cuando los hombres quieran mostrarme como un común líder del pueblo. Un día esto llegará. Y tú estarás. Habrás de decir: "Él no fue rey de la Tierra porque no quiso. Porque su Reino no era de este mundo. Era el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, y no podía aceptar lo que es terreno. Quiso venir al mundo y vestirse de carne para redimir los cuerpos y las almas y al mundo, mas no se sometió a las pompas del mundo y a los fomes del pecado, y en Él no hubo nada carnal ni mundano. La Luz no se recubrió de Tinieblas, el Infinito no aceptó cosas finitas; sino que de las criaturas limitadas por la carne y el pecado hizo criaturas que fueran más iguales a Él. Llevó a los que creyeron en Él a la regalidad verdadera e instauró su Reino en los corazones, antes de instaurarlo en los Cielos, donde será completo y eterno con todos los salvados". Dirás esto, Juan, a quien pretenda verme enteramente humano, a quien pretenda ver-

me enteramente espíritu, a quien niegue que Yo haya padecido la tentación... y el dolor... Dirás a los hombres que el Redentor lloró... y que ellos, los hombres, han sido redimidos también por mi llanto...».

«Sí, Señor. ¡Cómo sufres, Jesús!...».

«¡Cómo redimo! Pero tú me eres consuelo en mi sufrimiento. Al rayar el día nos marcharemos de aquí. Encontraremos una barca. ¿Crees, si digo que podremos ir sin remos?».

«Creería aunque dijeras que iremos sin barca...».

Permanecen abrazados, envueltos en el único manto de Jesús. Y Juan, con el calorcito, acaba durmiéndose, cansado, como un niño entre los brazos de su mamá.

31 de julio de 1946.

464.17 [17]Dice Jesús:

«Esta página evangélica, desconocida y tan ilustrativa, tan ilustrativa, ha sido dada para los rectos de corazón. Juan, al escribir después de muchos lustros su Evangelio, hace una breve alusión a * este hecho. Obediente al deseo de su Maestro, cuya naturaleza divina ilustra más que ningún otro evangelista, descubre a los hombres este detalle ignorado, y lo descubre con esa discreción virginal suya que envolvía todas sus acciones y palabras con pudor humilde y reservado.

Juan, mi confidente de los hechos más graves de mi vida, nunca se engalanó pomposamente con estos beneficios míos. Antes al contrario —leed bien—, parece sufrir cuando los revela, y parece decir: "Debo decir esto porque es una verdad que exalta a mi Señor, pero os pido perdón de tenerme que mostrar como el único que la sabe", y con palabras concisas alude al detalle que sólo él conoce.

464.18 [18]Leed el primer capítulo de su Evangelio, donde narra su encuentro conmigo: "Juan el Bautista se hallaba de nuevo con dos discípulos suyos... Los dos discípulos, oídas estas palabras... Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído las palabras de Juan y habían seguido a Jesús. El primero con que se topó Andrés...". Él no se nombra; es más, se cela tras Andrés, al que pone de relieve.

---

* *una breve alusión a este hecho* es la de *Juan 6, 14-15*, puesta al final del episodio de la primera multiplicación de los panes, que ocupa los precedentes versículos *1-13*. La multiplicación de los panes no fue contemporánea del intento de proclamar a Jesús rey, pero sirvió para suscitar la idea; tanto, que el evangelista une en la narración esos dos hechos, distantes en el tiempo, como se dirá después, en 464.20. La obra valtortiana reseña la primera multiplicación de los panes en el capítulo 273, con la que hacemos corresponder la narración de los tres sinópticos (*Mateo 14, 15-23; Marcos 6, 35-46; Lucas 9, 12-17*), mientras que ponemos en relación con el presente capítulo 464 todo el texto del cuarto evangelista (*Juan 6, 1-15*). De la cronología de los Evangelios se hablará también en 468.1.

En Caná estaba conmigo, y dice: "Jesús estaba con sus discípulos... y sus discípulos creyeron en Él". Eran los otros los que tenían necesidad de creer. Él ya creía. Pero se unifica con los otros, cual criatura que necesitara ver milagros para creer.

Testigo de la primera expulsión de los mercaderes del Templo, y del coloquio con Nicodemo, del episodio de la Samaritana, nunca dice: "Yo estaba allí", sino que conserva la línea de conducta que había tomado en Caná, y dice: "Sus discípulos" incluso cuando estaba él sólo o él y otro más. Y así continúa, no nombrándose nunca, antes al contrario, poniendo siempre delante a sus compañeros, cual si él no hubiera sido el más fiel, el siempre fiel, el perfectamente fiel.

Recordad la delicadeza con que alude al episodio de la Cena, del cual resulta que él era el predilecto, reconocido como tal también por los demás, que a él recurren cuando quieren saber los secretos del Maestro: "Así pues, empezaron los discípulos a mirarse unos a otros, no sabiendo a quién aludía el Maestro. Estaba uno de ellos, el predilecto de Jesús, recostado en el pecho de Jesús. A éste le hizo una señal Simón Pedro y le preguntó: '¿De quién habla?'. Y aquél, estando recostado en el pecho de Jesús, le preguntó a Él: '¿Y quién es, Señor?'".

Ni siquiera se nombra como llamado en el Getsemaní con Pedro y Santiago. Ni siquiera dice: "Yo seguí al Señor". Dice: "Le siguió Simón Pedro y otro discípulo; y este otro, siendo conocido por el Pontífice, entró con Jesús en el atrio del Pontífice." Sin Juan Yo no habría tenido el consuelo de verlos a él y a Pedro en las primeras horas de la captura. Pero Juan no se jacta de ello.

Fue uno de los personajes principales en las horas de la Pasión, el único apóstol que en ella estuvo siempre presente, amorosamente, compasivamente, heroicamente presente junto a Cristo, junto a la Madre, frente a una Jerusalén desatada... y calla su nombre incluso en ese episodio especialmente importante de la Crucifixión y de las palabras del Moribundo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", "Ahí tienes a tu madre". Es el "discípulo", el sin nombre, sin otro nombre aparte del que, tras haber constituido su vocación, constituye su gloria: "el discípulo".

No se exalta siquiera después de haber recibido el honor de ser el "hijo" de la Madre de Dios, y en la Resurrección dice todavía: "Pedro y el otro discípulo (a los que María de Lázaro había hablado del sepulcro vacío) salieron y fueron... Corrían... pero aquel otro discípulo corrió más que Pedro y llegó antes y, agachándose, vio... pero no entró...". ¡Hechura de delicada humildad! Él, el predilecto, el fiel, deja que Pedro —pecador por cobardía, pero cabeza— entre antes. No le

juzga. Es su Pontífice. Antes al contrario, le socorre con su santidad, porque también los que son "cabeza" pueden ser apoyados por sus súbditos; es más, tienen necesidad de ellos como apoyo.

¡Cuántos súbditos son mejores que sus "jefes"! ¡No neguéis nunca vuestra piedad, oh súbditos santos, a los "jefes" que se pliegan bajo el peso que no saben llevar, o a aquellos a los que el humo del honor produce ceguera y embriaguez! ¡Sed, oh súbditos santos, los cirineos de vuestros Superiores; sed —sé, mi pequeño Juan, porque te hablo a ti para todos— esos "Juanes" que se adelantan corriendo y guían a los "Pedros", y luego se detienen dejándolos entrar, por respeto a su cargo, y que —¡oh obra maestra de humildad!—, y que, para no humillar a los "Pedros" que no saben comprender y creer, llegan al punto de dar de sí una imagen, y dejar creerlo, de que también ellos como los "Pedros" son tardos e incrédulos!

Leed el último episodio del lago de Tiberíades. Es también Juan el que, repitiendo el acto de otras veces, reconoce al Señor en el Hombre que está en pie en la orilla y, después de haber compartido juntos el alimento, ante la pregunta de Pedro: "¿Y de éste que será?", es siempre "el discípulo", nada más.

Por lo que a él respecta, se anonada. Mas cuando debe decirse algo que haga resplandecer con luz cada vez más divina al Verbo de Dios Encarnado, ¡ah! entonces Juan alza los velos y revela un secreto.

464.19 [19]En el sexto capítulo del Evangelio dice: "Dándose cuenta de que querían apoderarse de Él para hacerle rey, huyó de nuevo solo al monte". Y esta hora del Cristo es comunicada a los creyentes para que sepan que múltiples y complejas fueron las tentaciones y las luchas intentadas contra Él en sus distintas características de Hombre, Maestro, Mesías, Redentor, Rey, y que los hombres y Satanás —el eterno instigador de los hombres— no le evitaron ninguna insidia a Cristo, para rebajarle, abatirle, destruirle. Contra el Hombre, contra el eterno Sacerdote, contra el Maestro, contra el Señor arremetieron las malicias satánicas y humanas, enmascaradas bajo los pretextos más aceptables como buenos; y todas las pasiones del ciudadano, del patriota, del hijo, del hombre, fueron hurgadas o tentadas para descubrir un punto débil que sirviera de fulcro.

¡Oh, hijos míos que no reflexionáis más que en la tentación inicial y en la última, y que de mis fatigas de Redentor os parecen "fatigas" sólo las últimas, y dolorosas sólo las últimas horas, y amargas y desengañadoras sólo las últimas experiencias, poneos sólo una hora en mi lugar, pensad que es a vosotros a quienes se os propone la paz con los coterráneos, su ayuda, la posibilidad de llevar a cabo el necesario acrisolamiento para hacer santo al País amado, las posibilidades de

restaurar, de reunir a los diseminados miembros de Israel, de acabar con el dolor, con la servidumbre, con el sacrilegio! Y no digo: poneos en mi lugar pensando en vosotros como destinatarios de una corona que se os ofrece. Digo sólo que tengáis mi Corazón de Hombre durante una hora, y que penséis en cómo habríais salido de esta seductora propuesta. ¿Como triunfadores fieles a la divina Idea, o, más bien, como vencidos? ¿Habríais salido de ella más santos y espirituales que nunca, u os habríais destruido a vosotros mismos adhiriéndoos a la tentación o cediendo a las amenazas? ¿Y con qué corazón habríais salido de ella, tras haber constatado hasta qué punto Satanás usaba sus armas para herirme en la misión y en los sentimientos, llevándome a los discípulos buenos por un camino desviado, poniéndome en estado de lucha abierta con los enemigos, en ese momento ya desenmascarados, agresivos ahora por haber sido descubiertas sus arterías?

[20]No estéis ahí con el compás y la medida pequeña, con el microscopio y la ciencia humana; no andéis ahí midiendo, comparando, refutando, con pedantes razonamientos de escriba, sobre si Juan habló con exactitud y hasta qué punto es verdad esto o aquello. No superpongáis la frase de Juan y el episodio dado ayer, para ver si los contornos coinciden. Ni erró Juan por debilidad senil, ni ha errado el pequeño Juan por debilidad de enferma. Éste ha dicho lo que ha visto. Juan, el grande, pasados muchos lustros después del episodio, narró lo que sabía y, con fina concatenación de lugares y hechos, reveló el secreto que sólo él conocía de cuando intentaron, no sin malicia, coronar a Cristo. 464.20

En Tariquea, después de la primera multiplicación de los panes, surge en el pueblo la idea de hacer del Rabí nazareno el rey de Israel. Están presentes Manahén, el escriba y otros muchos que, aún imperfectos en el espíritu pero honestos de corazón, recogen la idea y la apoyan para dar honor al Maestro, para acabar con la lucha injusta contra Él, por error en la interpretación de las Escrituras, un error difundido por todo Israel cegado por sueños de humana regalidad y por esperanzas de santificar a la Patria contaminada por muchas cosas.

Muchos, como era natural, se adhieren simplemente a la idea. Muchos fingen subrepticiamente su adhesión para perjudicarme. Unidos estos últimos por el odio contra mí, olvidan sus odios de casta, que los habían mantenido siempre separados, y se alían para tentarme, para poder dar después una apariencia legal al delito que ya sus corazones habían decidido. Esperan en una debilidad mía, en un orgullo mío. El orgullo y la debilidad, con consiguiente aceptación de la corona que me ofrecían, darían una justificación a las acusaciones

que querían lanzar contra mí. Y después... después ello serviría para dar la paz a su espíritu engañoso atrapado por los remordimientos, porque se dirían a sí mismos, esperando poder creerlo: "Roma, no nosotros, ha castigado al Nazareno revoltoso". La eliminación *legal* de su Enemigo (enemigo era para ellos su Salvador)...

Aquí están las razones de la proclamación que intentaron. Aquí está la clave de los odios, más fuertes, que siguieron. Aquí tenéis, en fin, la alta lección de Cristo. ¿La comprendéis? Es lección de humildad, de justicia, de obediencia, de fortaleza, de prudencia, de fidelidad, de perdón, de paciencia, de vigilancia, de saber soportar, respecto a Dios, respecto a la propia misión, respecto a los amigos, respecto a los ingenuos, respecto a los enemigos, respecto a Satanás, respecto a los hombres que de éste son instrumentos de tentación, respecto a las cosas, respecto a las ideas. Todo debe ser contemplado, aceptado, rechazado, amado o no, mirando al fin santo del hombre: el Cielo, la voluntad de Dios.

464,21 [21]Pequeño Juan. Ésta fue una de las horas de Satanás para mí. Y como las tuvo el Cristo las tienen los pequeños Cristos. Es necesario sufrirlas y superarlas, sin soberbias ni desconfianzas. No carecen de finalidad, de finalidad buena. Pero no temas, porque Dios, durante estas horas, no abandona, sino que sujeta al que es fiel. Y, luego, desciende el Amor para hacer reyes a los fieles. Y, posteriormente, acabada la hora de la Tierra, suben los fieles al Reino, en paz para siempre, victoriosos para siempre...

Mi paz, pequeño Juan coronado de espinas. Mi paz...».

465. En Betsaida para un encargo secreto a Porfiria. Apresurada partida de Cafarnaúm.

1 de agosto de 1946.

465.1 [1]«Dirige la barca a Betsaida» ordena Jesús, que está con Juan en una pequeña barca, verdaderamente una cáscara de nuez, en medio del lago, que lentamente va aclarándose con el clarear del día.

Juan obedece sin decir nada. Un vientecillo más bien enérgico pone tirante la pequeña vela y da veloz movimiento a la barca, que hasta se inclina hacia uno de los lados, de tan veloz como es su marcha. La costa oriental va pasando rápidamente y la curva del lado septentrional se va acercando cada vez más.

«Aborda antes del pueblo. Quiero ir donde Porfiria sin que me vean otros, y luego ve al lugar de siempre y me esperas en la barca».

«Sí, Maestro. ¿Y si me ve alguien?».

«Reténlos a todos, pero no les digas dónde estoy. Tardaré poco».

Juan observa si en la playa hay un lugar bueno para abordar. Lo encuentra: es un recuerdo, sólo un recuerdo, de torrente arenoso al que los hombres le han extraído tierra para alguna necesidad que tuvieran; de manera que forma un golfito de pocos metros, pero suficiente para que una barca se arrime a la orilla, elevada unos cincuenta centímetros por encima del agua. Va allí. La barca roza un poco en el guijo pero logra abordar, y Juan la mantiene arrimada a la orilla agarrando una raíz que sobresale de la tierra.

Jesús salta a la orilla. Juan dirige el remo contra ella y hace fuerza para impulsar a la barca de nuevo al lago. Lo consigue. Levanta la cara, iluminada con su sonrisa buena, y dice: «Adiós, Maestro».

«Adiós, Juan» y Jesús se encamina por entre los árboles, mientras Juan da bordadas con su barquita.

[2]Jesús tuerce hacia el interior, pasa entre unas huertas situadas 465.2
a espaldas de Betsaida. Va raudo para evitar entrar en el pueblo cuando éste se anima. Llega, sin toparse con nadie en el camino, a la casa de Pedro. Llama a la puerta de la cocina. Pasados unos segundos, la cabeza de Porfiria se asoma cauta por encima del pretil de la azotea. Ve y emite una exclamación de estupor. Recoge con una mano sus espléndidos cabellos —su única belleza— que le caen sueltos por la espalda, y baja corriendo por la pequeña escalera, descalza (así está en este momento del apresurado aseo de la mañana).

«¡Señor, Tú! ¿Solo?».

«Sí, Porfiria. ¿Margziam dónde está?».

«Está durmiendo. Todavía duerme. El muchacho se ha quedado un poco triste, un poco lánguido... así que le descargo un poco. Es también la edad... el desarrollo... Mientras duerme ni piensa ni llora...».

«¿Llora a menudo?».

«Sí, Maestro. Creo que es su debilidad actual. Y trato de fortalecerle... y consolarle... Pero dice: "Me quedo solo. Todas las personas a las que quiero se marchan. Cuando no esté ya Jesús...", y lo dice como si estuvieras para dejarnos... Es verdad que ha sufrido mucho en su vida... Pero yo y Simón le queremos... Mucho. Créelo, Maestro».

«Lo sé. Pero su alma siente... Porfiria, necesito hablarte precisamente de estas cosas. Por este motivo he venido, sin Simón, a esta hora. ¿Dónde podemos ir para hablar, de forma que Margziam no nos oiga y que nadie moleste?».

«Señor... Sólo tengo... mi habitación nupcial, o el cuarto de las redes... Arriba está Margziam. Yo también estaba, porque, para huir del calor nos hemos ido a dormir ahí arriba...».

«Vamos al cuarto de las redes. Está más lejos. Margziam no nos oirá aunque se despierte».

«Ven, Señor», y Porfiria le guía hasta el rústico y amplio cuarto, ocupado por un poco de todo: redes, remos, comestibles, heno para las ovejas, un telar...

Porfiria se apresura a liberar una especie de tabla adosada a la pared, y a desempolvarla con un ovillo de estopa, para que el Maestro se siente.

«No importa, mujer. No estoy cansado».

Porfiria alza sus mansos ojos para mirar el rostro ajado, fatigado de Jesús, y parecer querer decir: «Sí que lo estás». Pero, acostumbrada a callar, no habla.

465.3 [3]«Escucha, Porfiria. Tú eres una mujer buena y una buena discípula. Te he querido mucho desde que te conocí, y con mucha alegría te he recibido como discípula y he puesto en tus manos al niño. Sé que eres prudente y virtuosa como pocas. Y sé que sabes guardar silencio, virtud rarísima en las mujeres. Por todo esto he venido a hablarte en secreto y a confiarte una cosa que ninguno sabe, ni siquiera los apóstoles, ni siquiera Simón. Te la confío porque debo decirte cómo te debes comportar en el futuro con Margziam... y con todos... Estoy seguro de que complacerás a tu Maestro en lo que te pide y que serás prudente como siempre...».

Porfiria, que se ha puesto como la púrpura al oír de su Señor este encomio, no hace más que asentir con la cabeza, estando, como está, demasiado conmovida —ella que es tan tímida y que está acostumbrada a sufrir siempre la presión de voluntades dominantes que imponen sin saber si ella está dispuesta a asentir...—, demasiado conmovida para poder decir con las palabras que acepta.

«Porfiria... Yo no volveré nunca más por aquí. Nunca más hasta que todo esté consumado... ¿Sabes, no es verdad, lo que debo consumar?...».

Porfiria, al oír estas palabras, ha dejado sueltos sus cabellos, que tenía recogidos todavía en la nuca con la izquierda, y emite, más que un grito, un sollozo, un sollozo que sofoca llevándose las dos manos a la cara, mientras lentamente cae de rodillas gimiendo: «Lo sé, Señor, mi Dios...», y llora con silencioso llanto, que no se acusa sino por las lágrimas, que gotean contra el suelo a través de los dedos que comprimen la cara.

«No llores, Porfiria. Para esto he venido. Yo estoy preparado... y también lo están los que, sirviendo al Mal, servirán al Bien, en verdad, porque harán surgir la hora de la Redención. Podría cumplirse incluso ahora, porque tanto Yo como ellos estamos preparados... y

cada hora que pase o cada hecho que suceda no serán sino... perfeccionamiento para su delito... y para mi Sacrificio. Y serán útiles, también, estas horas, todavía numerosas, que transcurrirán antes de *esa hora*... Hay todavía algunas cosas que cumplir y que decir, para que todo lo que debía cumplirse para conocimiento de mí quede realizado... Pero Yo no volveré a venir aquí... Miro por última vez este lugar... y entro por última vez en esta casa honrada... No llores... No he querido irme sin darte el adiós y la bendición de tu Maestro. Me llevaré conmigo a Margziam. Le llevaré conmigo ahora, yendo hacia los confines fenicios, y luego, cuando baje a Judea para los Tabernáculos. No me faltará el modo de mandarle para acá antes del pleno invierno. ¡Pobre niño! Gozará de mí durante un tiempo. [4]Y además... Porfiria, no es indicado que Margziam esté presente en *mi* hora. Por tanto, no le dejarás partir para la Pascua...». 465.4

«El precepto, Señor...».

«Yo le libero del precepto. Soy el Maestro, Porfiria, y soy Dios, tú lo sabes. Como Dios puedo absolver anticipadamente de una omisión, que ni siquiera lo es porque la ordeno Yo por un motivo de justicia. La obediencia a mi orden es ya de por sí absolución a la omisión del precepto, porque la obediencia a Dios —y ésta es también un sacrificio para Margziam— es siempre superior a cualquier otra cosa. Y soy Maestro. No es buen Maestro el que no sabe medir las cualidades y las reacciones de un discípulo suyo, y no sabe meditar sobre las consecuencias que un esfuerzo superior a lo que el discípulo puede soportar puede producir en él. También cuando se impone la virtud hay que ser prudentes y no pretender un máximo que la formación espiritual o las fuerzas generales del ser no pueden dar. Exigiendo una virtud o un dominio espiritual demasiado fuertes respecto al grado de fuerzas espirituales, morales e incluso físicas alcanzado por la criatura, se puede producir una dispersión de las fuerzas ya acumuladas y un quebrantamiento del ser en sus tres grados: espiritual, moral, físico. Margziam, un pobre niño, ha sufrido demasiado ya, y ha conocido demasiado la brutalidad de sus semejantes, hasta rozar el odio hacia ellos. No podría soportar lo que será mi Pasión: mar de amor doloroso en que lavaré los pecados del mundo, y mar de odio satánico que tratará de sumergir a todos aquellos que Yo he amado y de anular todo mi trabajo de Maestro. En verdad te digo que hasta los más fuertes se plegarán bajo la marea de Satanás, al menos durante un breve tiempo... Pero no quiero que Margziam se pliegue y que beba esa ola desoladora... Es un inocente... y le quiero... Yo siento piedad, mucha, por quien ya ha sufrido más que lo que sus fuerzas consienten... He llamado al más allá al espíritu de

Juan de Endor...».

«¿Ha muerto Juan? ¡Oh! Margziam había escrito muchos rollos para él... Otro dolor para el niño...».

«Le hablaré Yo de la muerte de Juan... Decía que le he arrebatado a esta vida para preservarle también a él del choque de esa hora. También Juan había sufrido demasiado por parte de los hombres. ¿Por qué despertar los sentimientos adormecidos? Dios es bueno. Prueba a sus hijos. Pero no es un incauto experimentador... ¡Oh, si los hombres supieran hacer lo mismo! ¡Cuántas menos destrucciones de corazones, o simplemente cuántas menos borrascas peligrosas en los corazones!... Pero, volviendo a Margziam, él *no debe* venir a la Pascua próxima. Por ahora tú no hablarás. Cuando llegue el momento, le dirás esto: "El Maestro me ha dado la orden de no mandarte a Jerusalén. Y te promete un premio singular si le obedeces". Marg-
465.5 ziam es bueno y obedecerá... [5]Porfiria, esto es lo que quiero de ti, tu silencio, tu fidelidad, tu amor».

«Todo lo que quieras, mi Señor. Honras demasiado a tu pobre sierva... No merezco tanto... Ve tranquilo, Maestro y Dios. Haré lo que quieres...». Pero el dolor la vence y cae rostro en tierra —antes había permanecido siempre arrodillada, relajada sobre los talones, con los ojos fijos en la cara de Jesús—; cae al suelo, cubierta toda por el manto de sus cabellos de azabache, y solloza fuertemente: «¡Qué dolor, Maestro! ¡Oh, qué dolor! ¡Qué termina! ¡Qué termina para el mundo! ¡Qué, para nosotros que te amamos! ¡Qué, para tu sierva! ¡El Único! ¡El Único que realmente me ha amado, que no me ha despreciado nunca, que no ha sido dominante conmigo, que me ha tratado como a las otras, a mí que soy tan ignorante, tan poca cosa, tan torpe! ¡Oh, y yo y Margziam, porque primero me lo dijo Margziam a mí, nos habíamos serenado...! Todos decían que no podía ser cierto... Todos: Simón, Natanael, Felipe... sus mujeres... y ellos saben, son hombres sabios... y Simón... ¡hombre, mi Simón... si Tú le has elegido debe valer algo!... ¡y todos... todos decían que no podía ser!... Pero ahora lo dices Tú, Tú lo dices... y no se puede dudar de tu palabra...». Está verdaderamente desolada, y conmueve por su dolor.

Jesús se curva hasta ponerle una mano en la cabeza. No llores así... Va a oír Margziam... Ya sé que ninguno lo cree, ninguno quiere llegar a creer... y su propia sabiduría y su propio amor causa en ellos el no creer... Y, no obstante, así es... Porfiria, Yo me marcho. Antes de dejarte, te bendigo para este momento y para siempre. Piensa siempre que te he amado y que he estado contento de tu amor por mí. No te digo: persevera en él. Sé que lo harás, porque el recuerdo de tu Maestro será siempre tu dulzura, en la que te refu-

giarás. Tu dulzura y tu paz, incluso en la hora de la muerte. Piensa entonces que tu Maestro murió para abrirte el Paraíso, y que te espera allí... ¡Hala, levántate! Voy a despertar a Margziam y a entretenerle un poco. Tú, mientras, borra las huellas de tu llanto, y luego ven donde nosotros. Juan me espera para llevarme a Cafarnaúm. Si tienes algo que mandar a Simón, prepáralo. Recuerda que tendrá necesidad de su ropa gruesa...».

Porfiria, verdadera criatura de sumisión y solícita obediencia, besa los pies de Jesús y hace ademán de levantarse, pero una ola de amor le hace perder el control y, ruborizándose vivamente, toma las dos manos de Jesús y las besa: una, dos, diez veces. Luego se levanta y deja que se marche...

[6]Jesús sale, sube a la terraza, entra en una especie de pabellón 465.6
hecho de velas extendidas y sujetas por cuerdas, bajo el cual están los dos lechos. Margziam duerme todavía, con la cara casi hacia abajo, comprimida contra la pequeña almohada. Se ve solamente un pómulo de su cara morenita, y un brazo, largo y delgado, fuera de la sábana que le cubre. Jesús se sienta en el suelo, al lado del lecho, y acaricia levemente los cabellos desordenados que caen sobre el pálido carrillo del durmiente, el cual se mueve un poco pero sin despertarse todavía. Jesús repite el gesto, y luego se inclina a besar en la frente el rostro, que ahora está descubierto. Margziam abre los ojos y ve a Jesús a su lado, inclinado hacia él. Casi no da crédito a lo que ve, quizás piensa que está soñando; pero Jesús le llama, y entonces el jovencito se incorpora, y se echa en los brazos de Jesús, se refugia en sus brazos...

«¿Tú aquí, Maestro?».

«He venido a recogerte, para llevarte conmigo durante unos meses. ¿Te gusta?».

«¡Oh! ¿Y Simón?».

«Está en Cafarnaúm. Hemos venido Yo y Juan...».

«¿Ha vuelto también él? ¡Se va a alegrar! Le daré lo que he escrito».

«No hablo de Juan de Endor, sino de Juan de Zebedeo. ¿No estás contento?».

«Sí. Le quiero. Pero también al otro... casi más...».

«¿Por qué, Margziam? Juan de Zebedeo es muy bueno».

«Sí, pero el otro es muy infeliz, y yo también he sido infeliz, y un poco infeliz me siento todavía... Entre los que sufrimos nos comprendemos y nos queremos...».

«¿Te alegraría el saber que ya no sufre y que es muy feliz?».

«Claro que me alegraría. Pero el sólo puede ser feliz si está conti-

go... O es que... ¿es que ha muerto, Señor?».

«Está en la paz, y hay que alegrarse de ello, sin egoísmos, porque ha muerto como un justo y porque ahora ya no hay separación entre su espíritu y el nuestro. Tenemos un amigo más que ora por nosotros».

Margziam tiene dos lagrimones en la cara, verdaderamente muy enflaquecida y pálida; pero susurra: «Es verdad».

Jesús no dice nada más al respecto, ni hace observaciones sobre el estado físico y moral de Margziam, que está visiblemente debilitado. Antes al contrario, dice: «¡Hala, vamos! He hablado ya con Porfiria. Ya seguro que ha preparado tu ropa. Arréglate tú también, que Juan nos espera. Le daremos una sorpresa a Simón. ¿No es aquélla su barca, de vuelta para Cafarnaúm? Quizás ha pescado al regresar...».

«Es aquélla, sí. ¿A dónde vamos, Señor?».

«A septentrión y luego a Judea».

«¿Tanto?».

«Tanto».

Margziam, animado por la idea de estar con Jesús, se alza rápidamente y baja corriendo al lago, a lavarse. Vuelve, todavía con el pelo húmedo, gritando: «He visto a Juan. Me ha hecho una señal de saludo. Está en la desembocadura, en el cañizar...».

«Vamos».

465.7 [7]Bajan. Porfiria está terminando de cerrar dos sacas y explica: «He pensado mandar después la ropa gruesa. Al Getsemaní con mi hermano para los Tabernáculos. Así caminaréis más rápido tanto tú como tu padre», y, mientras termina de atar las correas, alude a lo que ha preparado: leche, pan, fruta...

«Tomamos todo. Comeremos en la barca. Quiero marcharme antes de que la orilla se llene de gente. Adiós, Porfiria. Que Dios te bendiga siempre y que la paz de los justos esté siempre en ti. Ven, Margziam»...

Recorren pronto el pequeño tramo de camino y, mientras Margziam va donde Juan, Jesús va a la barca. Enseguida se reúnen con Él los dos, corriendo entre las cañas y saltando luego a la barca. Empujan en seguida con el remo contra la orilla para meterse en aguas profundas.

Pronto el pequeño trayecto queda recorrido. Se detienen en la playa de Cafarnaúm, en espera de la barca de Pedro, que está llegando. La hora los salva del asedio de la gente, así que pueden comer en paz su pan y su fruta, echados en la arena a la sombra de la barca.

Simón no conoce la barquita, y, por tanto, sólo cuando pone pie en la orilla y ve levantarse detrás de la barca a Jesús, se da cuenta de que está Él allí.

«¡Maestro! ¡Y tú, Margziam! ¿Pero, desde cuándo?».

«Desde ahora. He pasado por Betsaida. Date prisa. Hay que partir inmediatamente...».

Pedro le mira y no dice nada. Él y los compañeros descargan de la barca los peces pescados, y las sacas de la ropa, incluida la de Juan, que por fin puede volverse a vestir. Y Simón dice algo a su compañero, el cual le hace un gesto como diciendo: «Espera...».

Van a la casa. Entran. Los apóstoles que se habían quedado vienen.

«Daos prisa. Nos marchamos en seguida. Coged todo porque no volvemos aquí» ordena Jesús.

Los apóstoles se miran un momento unos a otros, y tiene lugar una serie de gestos entre uno y otro grupo. Pero obedecen. Es más, yo creo que lo hacen con solicitud para poder hablar entre sí en las otras habitaciones...

[8]Jesús se queda en la cocina con Margziam y se despide de los 465.8
dueños de la casa. Pero no les dice "no voy a volver", y tampoco dice esto, pasando por la calle, a quienes, de Cafarnaúm, le ven y le saludan. Simplemente los saluda, como hace todas las veces que se marcha. Se para sólo en la casa de Jairo. Pero Jairo no ha vuelto todavía...

Encuentra junto a la fuente a la viejecita que vive cerca de la casa de la madre del pequeño Alfeo, y le dice: «Dentro de poco vendrá aquí una viuda. Te buscará. Viene a vivir aquí. Sé amiga suya y quered mucho al niño y a sus hermanos... Hacedlo santamente, en nombre mío...».

Reanuda la marcha y dice: «Hubiera querido saludar a todos los niños...».

«Puedes hacerlo, Maestro. ¿Por qué no has descansado? Estás muy cansado. Tu cara está pálida y tienes la mirada cansada. Te va a dañar... Hace calor todavía y seguro que no has dormido ni en Tiberíades ni allí donde Cusa...».

«No puedo, Simón. Debo ir a algunos lugares y hay poco tiempo...».

Están junto a la orilla. Jesús llama a los mozos de Pedro y los saluda, y les da órdenes de que la pequeña barca sea llevada al pueblo que está antes de Ippo y que se le restituya a Saúl de Zacarías.

Toma el camino umbrío que orilla al río. Lo sigue hasta una bifurcación y se adentra por esta parte.

«¿A dónde vamos, Señor?» pregunta Simón, que hasta ahora ha-

bía hablado en voz baja con los compañeros.

«A casa de Judas y Ana, y luego a Corazín. Quiero saludar a mis buenos amigos...».

Otra ojeada de los apóstoles entre sí y otro cuchicheo.

465.9 [9]En fin, Santiago de Alfeo se adelanta y alcanza a Jesús, que va por delante de todos con Margziam. «Hermano, dices que quieres saludar a los amigos, ¿es que no vamos a volver por estos lugares? Deseamos saberlo».

«Volveréis, ciertamente, pero dentro de muchos meses».

«¿Y Tú?».

Jesús hace un gesto evasivo... Margziam se retira, discretamente, para reunirse con los demás, o sea, con todos los demás excepto Santiago de Alfeo, que está con Jesús, y Judas Iscariote, que va solo, en la cola, más bien taciturno, como apático.

«Hermano, ¿qué te ha sucedido?» dice Santiago mientras pone una mano en el hombro de Jesús.

«¿Por qué lo preguntas?».

«Porque... No sé. Todos nos lo preguntamos. Nos pareces distinto... Has venido sólo con Juan... Simón ha dicho que habías estado como invitado en casa de Cusa... No descansas... Saludas sólo a pocas personas... Da la impresión de que no quieres volver aquí... Y tu cara... ¿Ya no merecemos saber? Yo tampoco... Tú me querías... Me has dicho cosas que sólo yo sé...».

«Te sigo queriendo. Pero no tengo nada que decir. He perdido un día más de lo previsto. Lo estoy recuperando».

«¿Era necesario ir al septentrión?».

«Sí, hermano».

«Entonces... ¡Has sufrido! Lo percibo...».

Jesús le abraza, pasándole un brazo por detrás de la espalda a su primo: «Ha muerto Juan de Endor, ¿lo sabes?».

«Me lo ha dicho Simón mientras preparaba yo la ropa. ¿Y otras cosas?...».

«Un nuevo adiós a mi Madre».

«¿Y más cosas?». Santiago, más bajo que Jesús, le mira de abajo arriba, insistente, indagador.

«Pues que estoy contento de estar contigo, con vosotros, con Margziam. Le voy a tener conmigo algunos meses. Lo necesita. Está triste y sufre. ¿Le has visto?».

«Sí. Pero no es nada de esto... No quieres decirlo. No importa. Te quiero aun no tratándome como amigo».

«Santiago, tú para mí eres más que un amigo. Pero mi corazón necesita descansar...».

«Y, por tanto, no hablar de lo que para ti constituye dolor. Comprendo. ¿Es Judas el que te aflige?».

«¿Judas? ¿Tu hermano?».

«No. El otro».

«¿Por qué esta pregunta?».

«No sé. Mientras estabas fuera, uno, enviado no sabemos por quién, ha venido a buscar varias veces a Judas. Él le ha rechazado siempre, pero...».

«En vosotros toda acción de Judas es siempre un delito. ¿Por qué faltar a la caridad?...».

«Porque siempre está tan torvo, tan turbado. Evita a los compañeros. Es apático...».

«Déjale. Hace más de dos años que está con nosotros y siempre ha sido así... Piensa en lo felices que se van a sentir los dos ancianos. ¿Y sabes por qué voy allí? Quiero confiarles el pequeño carpintero de Corazín...».

Se alejan hablando. Detrás de ellos, en grupo, van los apóstoles, que han esperado a Judas para no dejarle atrás solo, a pesar de que esté tan visiblemente hastiado, que no despierta ningún interés de tenerle al lado.

466. Un alto en la casa de los ancianos cónyuges Judas y Ana.

3 de agosto de 1946.

[1]Llegan sudorosos, a pesar de que hayan andado entre tupidos ár- 466.1
boles frutales, que se pliegan bajo el peso de la fruta madura. De los viñedos, numerosos y hermosísimos, viene el típico olor de las vides cuando los racimos están ya maduros y las hojas empiezan a acusar su marchitamiento otoñal.

A los primeros a los que se ve llegar es a dos campesinos que regresan de los árboles frutales cargados de cestas de hermosísimas manzanas, y que avisan a un doméstico, el cual a su vez avisa. Entretanto, los dos campesinos saludan a Jesús y anuncian que «muchos discípulos, provenientes de los montes de la Gaulanítida y de Iturea, dirigidos a Jerusalén, están alojados en la casa» y que «sus señores han decidido ir con ellos a los Tabernáculos por la Decápolis y la Perea». Pero apenas si han terminado de dar sus informaciones cuando ya aquéllos, precedidos y seguidos por muchos discípulos, salen fuera de la casa al encuentro del Maestro.

Entre los discípulos está casi todo el grupo de los pastores de Be-

lén, y con ellos otros, como el primer leproso curado y el baldado restablecido, su amigo y otros más, o sea, los de la Transjordania, excepto Timoneo. No veo a Isaac, ni a Esteban ni a Hermas; no veo a Hermasteo ni a José de Emaús, ni a Abel de Belén ni a Nicolás de Antioquía, y tampoco a Juan de Éfeso. Mezclados con ellos, hay domésticos y campesinos, entre los cuales el niño curado milagrosamente de la parálisis durante la otra vendimia, y su madre.

466.2 [2]«La paz sea con todos vosotros. Paz a esta casa» dice Jesús, alzando la mano para bendecir.

«Entra, Maestro, y descansa bajo nuestro techo. La época es todavía calurosa para caminar a esta hora. Pero te procuraremos alivio. Y las habitaciones son frescas para la noche».

«Voy a estar aquí sólo unas pocas horas. Al anochecer me marcho. Falta poco para los Tabernáculos y debo ir todavía a otros lugares».

Los dueños de la casa se quedan desilusionados, pero no insisten. Sólo dicen: «Esperábamos que nos aguardases. Mañana es la vendimia. La recolección de la fruta ha empezado ya. Después de la pisa íbamos a partir todos, con estos discípulos tuyos. Somos viejos, y los caminos, desde cuando han venido, no sabemos de dónde, bandas de salteadores a infestar esta orilla del Jordán, son inseguros. Se guarecen en los montes de Rabat-Ammón y de Galaad, a lo largo del valle del Yabboq, y se abaten sobre los caminos de caravanas. Los legionarios de Roma los persiguen... Pero... ¿Es, acaso, bueno encontrarse con ellos? Preferimos estar con éstos. Son tus discípulos y Dios ciertamente los protege».

Jesús sonríe —una sonrisa perspicaz— pero no dice nada al respecto. Entra en la casa. Agradece los refrigerios que los huéspedes ofrecen a los miembros y a las gargantas sedientas, y después escucha a los discípulos, que refieren lo que ha sido su trabajo en los montes: «Pero con poco fruto, Maestro. Poco también en Cesarea de Filipo, donde, de todas formas, no fuimos molestados. Pero volveremos allá contigo. ¡Y entonces!».

Jesús los mira. No los desengaña. Responde: «Perseverando, ciertamente los convertiréis. Dios ayuda siempre a sus siervos».

466.3 [3]Y luego Jesús los deja. Va donde la dueña de la casa, que está preparando personalmente las mesas, y la invita a salir con Él porque debe decirle algo. La buena viejecita no se lo deja decir dos veces y, para no ir con el calor fuera de casa, lleva a Jesús a una habitación larga, fresca, orientada al Norte.

«Ana, siempre dices que quisieras servirme en todos los modos...».

«Sí, mi Señor. Yo y Judas. Pero no recurres nunca a nosotros. Ahora es una gran fiesta para nosotros, porque en tus discípulos hay un poco de ti, y teniéndolos en casa nos parece como servirte a ti».

«Efectivamente, lo es, porque lo que se hace a un discípulo se hace al Maestro, y un vaso de agua, incluso uno solo, o un pan, dados en ayuda de quien por mí se fatiga recibirá compensación de Dios mismo. Los discípulos cuidan el espíritu de los fieles, y los fieles deben tener amor por los discípulos, y ayudarlos, pensando que éstos han renunciado a todo, dispuestos incluso a renunciar a la vida con tal de dar a los fieles el Camino, la Vida y la Verdad, que su Maestro les ha dado a ellos con el mandamiento de dárselo a los fieles».

«¡Oh, Señor, deja que llame a mi Judas! ¡Son tan santas tus palabras!».

«Llama a tu Judas» consiente, sonriendo, Jesús. Y la mujer sale, para volver con su marido, al cual le está repitiendo las palabras del Maestro.

«Nosotros, créelo, lo haríamos con gusto. Estamos apartados y, sin duda por eso, tus discípulos vienen poco aquí» dice el anciano, y se percibe un pesar por este hecho de ser dejado de lado.

«Les diré que vengan frecuentemente. [4]Entretanto, os pido una 466.4
gracia...».

«¿Tú? ¡Pero si es gracia para nosotros servirte! Ordena, Señor. Somos viejos y no podemos seguirte como muchos hacen. Pero de servirte sí que tenemos deseo. ¿Qué quieres? Si quieres incluso estos viñedos y esta casa, tan amados porque eran de mi padre y porque aquí nacieron nuestros hijos, te los damos. Prométenos sólo la misericordia divina para nuestros espíritus».

«No dudéis de que os pueda faltar. Pero no pido tanto sacrificio. Escuchad. Voy a Judea y el invierno viene. En Corazín hay una viuda con muchos hijos. El mayor es poco más que un niño. Su padre era carpintero...».

«¡Ah, el carpintero! ¡Todos hablaron de tu gesto! Pero Corazín no se ha convertido, a pesar de que, más que la palabra, tu acción debía conseguirlo. La madre ha trabajado en las mieses... Pero es de salud débil... Sí, sabemos».

«Bueno, pues no os pido que hagáis de ellos personas ociosas, sino que los ayudéis. No os faltará alguna necesidad de arreglar una u otra cosa. Pensad en José y que la paga debida sea completada por la piedad amorosa».

«¡Oh, Maestro! ¡Tan poco! Yo diría... ¿qué dices mujer?... yo diría que tomamos a las dos niñitas que vinieron a espigar aquí. La casa es grande, y tú eres anciana, y son ancianas María y Noemí... Para

las pequeñas cosas...».

«Eso haremos, Judas. En recuerdo de nuestra pequeña... de la única hija, Señor... Floreció tres primaveras... y luego... Han pasado muchos años... pero el dolor está aquí... Si hubieras estado ya entre nosotros, no habría muerto... Yo no la habría perdido... Una hija es siempre una sonrisa...». La anciana está emocionada y el anciano suspira.

«No está perdida... Os espera... Es un espíritu inocente y debéis estar seguros de encontrarlo de nuevo. Más hay que temer por los hijos adultos que no están completamente en los caminos del Señor...».

«¡Es verdad! ¡Es verdad!... Tú sabes las cosas, Señor... Tú lo sabes todo. En esta casa tan serena existe este dolor... Maestro, ¿el sacrificio puede obtener gracia alguna vez?».

«No alguna vez, *siempre*».

«¡Ah, dulce es oírse decir esto! Ve tranquilo, Maestro. La viuda de Corazín recibirá ayuda y Tú los encontrarás felices en primavera. Porque, si los confías para el invierno es señal de que no vuelves hasta la primavera».

«No vuelvo... Bajo a Judea y no vuelvo».

466.5 [5]«¿Y va a Judea también el pequeño discípulo?».

«Sí, Margziam viene también a Judea...».

«Largo viaje, Maestro. Está muy ajado...».

«Ha perdido a su último pariente. Vosotros conocéis su historia... y este nuevo dolor le ha debilitado».

«Es también la edad y el desarrollo... Pero, sí, sabemos... y también conocemos el bien que hace. Un pequeño maestro, verdaderamente un pequeño maestro... El pariente estaba en la llanura de Esdrelón, ¿no es verdad? ¿Y ha muerto allí? ¿Y él allí sufrió?».

«Sí, mujer. ¿Por qué lo preguntas?».

«Porque... Maestro, no debería decirte esto a ti, que eres Maestro; pero soy madre y he llorado... Te digo: ¿por qué quieres llevarle a esos lugares. Déjamele a mí hasta Jerusalén... Me parecerá bajar a la Ciudad Santa todavía con mis hijos jovencitos... y él no seguirá cansándose y sufriendo. Vienen también los otros discípulos...».

Jesús piensa. Objeta: «Margziam se siente feliz de estar conmigo y Yo con él».

«Sí. Pero, si se lo dices Tú, obedecerá contento. Serán solamente pocos días de separación. ¿Qué son poco más de dos semanas para uno tan joven? Tiempo tiene de gozar de ti...».

Jesús la mira, mira al anciano, tan ajenos a la realidad de que no es mucho el tiempo que queda de gozar del Salvador. Pero no dice nada. Abre los brazos como queriendo decir "hágase como queréis" y

dice solamente: «Llamad, entonces, a Margziam y a Simón».

El viejo sale y vuelve con los dos. Simón tiene mirada indagadora. Parece sospechar algo, quién sabe qué. Pero cuando oye el motivo se calma y dice: «¡Que Dios os beneficie! Este hijo está muy ajado y, digo la verdad, me parecía imprudencia el hacerle andar tanto...».

«¡Pero yo iba de buena gana! Estaba con el Maestro, y, si el Maestro me llevaba consigo, señal era de que podía ir... Él lo hace todo bien...» y casi le vienen a la voz las lágrimas a Margziam.

«Es verdad, Margziam. Pero también hay que ser condescendientes. Éstos son dos buenos amigos. Para mí y para todos mis amigos. Yo asiento a este deseo suyo y tú...».

«Como Tú quieras, Maestro mío. Pero a Jerusalén...».

«A Jerusalén vienes conmigo» promete Jesús. Y Margziam, dócil, no replica nada.

[6]Salen de la habitación y Jesús se reúne con sus discípulos, que 466.6
se muestran contentos de este encuentro imprevisto.

El anciano dueño de la casa ronda en torno al grupo. Jesús se da cuenta. Le pregunta.

«Bueno, es que querría unas palabras tuyas. Estás cansado. Lo veo. Pero ¿antes de comer, antes del descanso —porque, al menos, hasta el atardecer, descansarás—, no vas a decir nada?

«Hablaré antes de partir. Así también los domésticos y los trabajadores de los campos podrán oírme. Ahora tu mujer nos llama. ¿Lo ves?...».

Y Jesús se alza y entra en la habitación, donde están preparadas las mesas para los benditos huéspedes.

467. Parábola de la distribución de las aguas. Perdón condicionado para el campesino Jacob. Advertencias a los apóstoles camino de Corazín.

5 de agosto de 1946.

[1]Sin duda, se ha difundido la noticia de que está el Maestro y de 467.1
que hablará antes del anochecer; de forma que la gente bulle en las cercanías de la casa, hablando en voz baja, porque saben que el Maestro está descansando y no quieren despertarle. Esperan, pacientes, debajo de los árboles, protegidos del sol pero no del calor, que es fuerte todavía. No hay enfermos, al menos eso me parece; pero, como siempre, hay niños, y Ana, para tenerlos tranquilos, manda distribuir fruta.

Pero Jesús no tiene un sueño largo. Todavía está alto el Sol cuan-

do, descorriendo la cortina y sonriendo a la multitud, aparece. Está solo. Los apóstoles, probablemente, siguen durmiendo. Jesús se encamina hacia la gente, para ir a ponerse en el bajo brocal de un pozo, que ciertamente sirve para regar los árboles de este huerto, porque del pozo salen en disposición radial una serie de canalillos de riego, que se prolongan luego de uno a otro tronco. Se sienta en el bajo borde y empieza inmediatamente a hablar.

467.2 [2]«Escuchad esta parábola.

Un rico señor tenía muchos subordinados esparcidos por muchos lugares de sus propiedades, que no eran todas ricas ni en aguas ni en fecundidad del suelo. Había, en efecto, lugares que sufrían la falta de agua; y más que los lugares sufrían las personas, porque, si bien se cultivaba la tierra con plantas resistentes a la sequedad, la gente sufría mucho por la escasez de agua. El señor rico, sin embargo, tenía, justo en el lugar donde vivía, un lago de abundantes aguas procedentes de fuentes subterráneas.

Un día, el señor quiso realizar un viaje por todas sus propiedades. Vio que algunas, las más cercanas al lago, tenían abundante agua; las otras, lejanas, carecían de ella: sólo la poca agua que Dios mandaba con las lluvias. Y vio también que los que tenían agua abundante no eran buenos para con sus hermanos que de ella carecían, y regateaban hasta un cubo de agua con la disculpa de que temían quedarse sin ella. El señor pensó... y decidió esto: "Mandaré desviar las aguas de mi lago hacia los más cercanos, y les daré la orden de no negar ya más el agua a mis siervos lejanos que sufren por la sequedad del suelo".

E inmediatamente dio comienzo a las obras. Hizo cavar canales que llevaran el agua buena del lago a las propiedades más cercanas, donde mandó excavar grandes cisternas, de forma que el agua se acumulara con abundancia, aumentando así la riqueza de agua que ya había en el lugar, y de estas cisternas hizo que salieran canales menores para alimentar otras cisternas más lejanas. Y luego llamó a los que vivían en estos lugares y dijo: "Recordad que lo que he hecho no lo he hecho para daros algo superfluo, sino para favorecer a través de vosotros a los que carecen incluso de lo necesario. Sed, por tanto, misericordiosos como yo lo soy", y se despidió de ellos.

467.3 [3]Pasó un tiempo. El señor rico quiso realizar un nuevo viaje por todas sus propiedades. Vio que las más cercanas se habían embellecido y que no sólo eran ricas en plantas útiles, sino que también lo eran en plantas ornamentales, y en pilas, piscinas y fuentes puestas por todas partes, en las casas y cerca de éstas.

"Habéis hecho de estas moradas casas de ricos" observó el señor.

"Ni siquiera yo tengo tantas cosas bellas superfluas". Y preguntó: "¿Pero los otros vienen? ¿Les habéis dado con abundancia? ¿Los canales menores están alimentados?".

"Sí. Han recibido todo lo que han pedido. Y hay que decir que son exigentes. Nunca están satisfechos. No tienen prudencia ni medida. Vienen a todas horas a pedir, como si nosotros fuéramos sus siervos, y tenemos que defendernos para tutelar nuestras cosas. No les bastaban ya los canales y las cisternas pequeñas; venían hasta las grandes".

"¿Es éste el motivo por el que habéis cercado los lugares y habéis puesto en cada uno estos perros feroces?".

"Es por eso, señor. Entraban sin miramientos, pretendían quitarnos todo, y luego desperdiciaban...".

"¿Pero vosotros realmente habéis dado? ¿Sabéis que por ellos hice esto y que a vosotros os he hecho intermediarios entre el lago y sus tierras áridas? No entiendo... Había dicho que se cogiese del lago lo que hiciera falta para que todos tuvieran, pero sin desperdicio".

"Pues, créenos, nunca hemos negado el agua".

El señor se dirigió hacia las propiedades lejanas. Los árboles altos, adecuados para un suelo árido, estaban verdes y frondosos. "Han dicho la verdad" dijo el señor, viéndolos desde lejos agitarse con el viento. Pero, en cuanto se acercó a ellos y luego se adentró por entre ellos, vio el terreno quemado, muerta casi toda la hierba, que ovejas jadeantes fatigosamente rozaban, y vio arenosas las huertas cercanas a las casas; y luego vio a los primeros labriegos: ajados, febriles los ojos, descorazonados... Le miraban y bajaban la cabeza, y se retiraban como por miedo.

Él, asombrado de esa actitud, los llamó. Se acercaron temblorosos. "¿De qué tenéis miedo? ¿No soy ya vuestro señor bueno que se ha tomado cuidado de vosotros y que con trabajo próvido os ha aliviado de la poquedad de agua? ¿Por qué esos rostros de enfermos? ¿Por qué estas tierras áridas? ¿Por qué los rebaños están tan escuálidos? Y vosotros ¿por qué parecéis tener miedo de mí? Hablad sin temor. Decid a vuestro señor qué es lo que os hace sufrir".

Un hombre habló por todos. "Señor, hemos sufrido una gran desilusión y mucha pena. Nos habías prometido ayuda, y nosotros hemos perdido hasta lo que teníamos antes y también la esperanza en ti".

"¿Cómo? ¿Por qué? ¿No he hecho llevar el agua en abundancia a los más cercanos dándoles la orden de que la abundancia fuera para vosotros?".

"¿Eso dijiste? ¿Exactamente así?".

"Así. Sin duda. No podía, por razones del terreno, hacer llegar el agua aquí directamente. Pero, con buena voluntad, podíais ir a los

pequeños canales de las cisternas, ir con odres y asnos a tomar toda la que quisierais. ¿No teníais suficientes asnos y odres? ¿No estaba yo para cedéroslos?".

"¡Ah, ya lo había dicho yo! Dije: 'No puede haber sido el señor el que haya dado la orden de negarnos el agua'. ¡Si hubiéramos ido!".

"Hemos tenido miedo. Nos decían que el agua era un premio para ellos y que nosotros estábamos castigados".

Y contaron al buen amo que los encargados de las propiedades beneficiadas les habían dicho que el señor, para castigar a los siervos de las tierras áridas que no sabían producir más, había dado la orden de poner medida no sólo al agua de las cisternas, sino también a la de los antiguos pozos, de forma que, si antes disponían incluso de doscientos bates al día para ellos y para las tierras —tomados éstos con una gran fatiga de camino y de peso—, ahora ya ni siquiera tenían cincuenta, y que, para disponer de estos cincuenta bates para los hombres y los animales, debían ir a los regatos lindantes con los lugares bendecidos, donde revertían las aguas de los jardines y baños, y coger esa agua limosa... y morían. Morían de enfermedad y de sed, y morían las hortalizas y las ovejas...

"¡Oh, esto es demasiado! Y debe terminar. Tomad todas vuestras cosas y vuestros animales y seguidme. Os será un poco fatigoso, porque estáis exhaustos, pero luego vendrá la paz. Iré despacio para permitir a vuestra debilidad seguirme. Yo soy un patrón bueno, un padre para vosotros, y soy providente para con mis hijos". Y se puso en camino lentamente, seguido de la triste turba de sus siervos y de los animales; mas aquéllos ya exultaban por el alivio del amor de su buen señor.

467.4 [4]Llegaron a las tierras riquísimas en agua, a las lindes de éstas. El señor tomó a alguno de entre los más fuertes y dijo: "Id en mi nombre a pedir ayuda".

"¿Y si nos enviscan los perros?".

"Yo voy detrás de vosotros. No temáis. Decid que os envío yo y que no cierren el corazón a la justicia, porque las aguas son de Dios y todos los hombres son hermanos. Que abran inmediatamente los canales".

Fueron. Y el amo detrás. Se presentaron delante de una cancilla. Y el amo se quedó escondido detrás de la tapia. Llamaron. Acudieron los encargados de las tierras.

"¿Qué queréis?".

"Tened misericordia de nosotros. Morimos. Nos envía el amo con la orden de tomar las aguas que ha hecho venir para nosotros. Dice que las aguas se las ha dado Dios, y él a vosotros para nosotros, por-

que somos hermanos, y que abráis inmediatamente los canales".

"¡Ja, ja!" se echaron a reír los crueles. "¿Hermanos esta turba de harapientos? ¿Que morís? Pues mucho mejor. Así nos quedaremos con vuestros terrenos y llevaremos allí el agua. ¡Entonces sí que la llevaremos! Y haremos buenos esos lugares. ¿Agua para vosotros? ¡Estáis locos! El agua es nuestra".

"Piedad. Morimos. Abrid. Lo ordena el amo".

Los malos encargados deliberaron entre sí y dijeron: "Esperad un momento" y se marcharon deprisa. Luego volvieron y abrieron. Pero tenían los perros y gruesos garrotes... Los pobres tuvieron miedo. "Entrad, entrad... ¿No entráis ahora que os hemos abierto? Luego diréis que no hemos sido generosos...". Un incauto entró, y le llovió una granizada de palos, mientras los perros, liberados de la cadena, se lanzaron contra los otros.

El amo salió de detrás de la tapia. "¿Qué hacéis, crueles? Ahora os conozco, a vosotros y a vuestros animales, y os voy a castigar" y con dardos flechó a los perros, y entró luego, severo y airado. "¿Es así como ejecutáis mis órdenes? ¿Para esto os he dado estas riquezas? Llamad a todos los vuestros. Quiero hablaros. Y vosotros" dijo a los siervos sedientos, "entrad con vuestras mujeres e hijos, ovejas y asnos, palomas y todos los demás animales, y bebed y refrescaos, y coged estas frutas jugosas, y vosotros, pequeños inocentes, corred entre las flores. Gozad. Justicia hay en el corazón del amo bueno y justicia habrá para todos". Y, mientras los sedientos corrían a las cisternas y se zambullían en las piscinas, y el ganado corría a las pilas, y todo era alborozo para ellos, los otros acudían temerosos de todas partes.

[5]El señor subió al borde de una cisterna y dijo: "Había hecho es- 467.5
tas obras y os había hecho depositarios de mi mandato y de este tesoro, porque os había designado ministros míos. En la prueba habéis fallado. Parecíais buenos. Debíais serlo, porque el bienestar debería hacer buenas a las personas, agradecidas hacia su benefactor, y yo os había hecho siempre el bien, dándoos la administración de estas tierras bien regadas. La abundancia y la elección os han hechos duros de corazón, más áridos que las tierras que habéis hecho áridas del todo, más enfermos que éstos, que tienen sed ardiente. Porque ellos pueden sanar con el agua, mientras que vosotros con el egoísmo habéis quemado vuestro espíritu y difícilmente sanará, y con mucha fatiga volverá a vosotros el agua de la caridad. Ahora yo os castigo: id a las tierras de éstos y sufrid lo que ellos han sufrido".

"¡Piedad, señor! ¡Piedad de nosotros! ¿Es que quieres que muramos? ¿Menos compasivo tú hacia nosotros, hombres, que nosotros

hacia los animales?".

"¿Y éstos qué son? ¿No son hombres hermanos vuestros? ¿Qué compasión habéis tenido vosotros? Os pedían agua, les habéis propinado palos y burlas. Os pedían lo que es mío y que yo había dado, y vosotros lo habéis negado, diciendo que era vuestro. ¿De quién son las aguas? Ni siquiera yo digo que el agua del lago sea mía aunque sea mío el lago. El agua es de Dios. ¿Quién de vosotros ha creado una sola gota de rocío? ¡Id!... Y a vosotros os digo, a vosotros que habéis sufrido: sed buenos. Haced con ellos lo que hubierais querido que se hiciera con vosotros. Abrid los canales que ellos han cerrado y dejad que fluyan las aguas hacia ellos en cuanto podáis. Os hago mis distribuidores para estos hermanos culpables; a ellos les dejo la manera y el tiempo para redimirse. Y el Señor Altísimo, más que yo, os confía la riqueza de sus aguas, para que vosotros seáis providencia para quien de ellas carece. Si sabéis hacer esto con amor y justicia, contentándoos con lo necesario, dando lo superfluo a los indigentes, siendo justos, no considerando *vuestro* aquello que es un don recibido, y más que don depósito, entonces grande será vuestra paz, y el amor de Dios y el mío estarán siempre con vosotros".

467.6 [6]La parábola ha terminado. Todos pueden entenderla. Os digo sólo que quien es rico es el depositario de esta riqueza que Dios le concede con el mandato de ser distribuidor de ella para quien sufre. Pensad en la magnitud del honor que os otorga Dios llamándoos a ser cooperadores en la obra de la Providencia en favor de los pobres, enfermos, viudas, huérfanos. Dios podría hacer llover dinero, vestidos, alimentos sobre los pasos del pobre. Pero entonces quitaría al hombre rico grandes méritos: los de la caridad hacia los hermanos. No todos los ricos pueden ser doctos, pero sí todos pueden ser buenos. No todos los ricos pueden atender a los enfermos, sepultar a los muertos, visitar a los enfermos y a los que están en la cárcel. Pero todos los ricos, o incluso simplemente los no pobres, pueden dar un pan, un sorbo de agua, un vestido usado, o acoger en torno al fuego a quien tiembla, o bajo su techo a quien no tiene casa y sufre la lluvia o el sol abrasador. El pobre es el que no tiene lo necesario para vivir. Los otros no son pobres. Tienen escasos medios, pero son siempre ricos respecto a quien muere de hambre, de privaciones, de frío.

Yo me marcho. No puedo ya practicar la beneficencia con los pobres de estos lugares. Mi corazón sufre pensando que pierden un amigo... Pues bien, Yo que os hablo —y vosotros sabéis quién soy— os pido que seáis la providencia de los pobres que se quedan sin su Amigo misericordioso. Dad limosna y amadlos en mi nombre, por recuerdo de mí... Sed mis continuadores. Confortad con una promesa

mi corazón abatido: que en los pobres me veréis siempre a mí, y que los acogeréis como a los más verdaderos representantes de Cristo, que es pobre, que quiso ser pobre por amor a los más infelices de la Tierra y para expiar con sus penurias y febril amor las injustas prodigalidades y los egoísmos de los hombres.

Recordad que la caridad, la misericordia, reciben premio eterno. Recordad que la caridad, la misericordia, son absolución de las culpas. Dios mucho perdona a quien mucho ama. Y el amor a los indigentes que no pueden corresponder es el más meritorio ante los ojos de Dios. Recordad estas palabras mías hasta el final de la vida, y os salvaréis y seréis bienaventurados en el Reino de Dios.

Descienda mi bendición sobre quienes aceptan la palabra del Señor y la ponen en práctica».

467.7 [7]Los apóstoles y Margziam con los discípulos han ido saliendo de casa mientras Él hablaba, y ahora forman un grupo compacto detrás de la gente. Pero se abren paso cuando Jesús termina de hablar, y recogen al pasar las limosnas que muchos ofrecen. Llevan este dinero a Jesús.

Detrás de ellos se introduce un hombre ajado y de bien pobre aspecto. Camina tan cabizbajo, que no puedo verle la cara. Va a los pies de Jesús y, dándose golpes de pecho, gime: «He pecado, Señor, y Tú me has castigado. Me lo he merecido. Pero, al menos, dame tu perdón antes de marcharte. ¡Ten piedad del pecador Jacob!». Levanta la cara y reconozco, más porque se ha nombrado que por el aspecto —muy * ajado—, al campesino una vez favorecido y castigado otra por su dureza con los dos huerfanitos.

* «¡Mi perdón! Tú querías el perdón para la curación. Y te angustiabas porque las mieses estaban echadas a perder. Éstos sembraron para ti. ¿Acaso no tienes pan?».

«Tengo lo suficiente».

«¿Y no es esto acaso perdón?». Jesús se muestra muy severo.

«No. Quisiera morir de hambre pero sentir que el espíritu está en paz. He tratado, dentro de mis pocas posibilidades, de expiar... He orado y llorado... Pero sólo Tú puedes perdonar y dar paz a mi espíritu. Señor sólo te pido perdón...».

Jesús le mira fijamente... Le hace levantar la cara, que el hombre tiene reclinada, y le perfora con sus ojos resplandecientes, mien-

---

* *una vez favorecido*, en 110.5/6; *castigado otra*, en 298.2/6 y en 338.1.

* *Tú querías el perdón para la curación*. Traduce la expresión original italiana *Tu volevi guarigione da questo* a la luz de la nota explicativa de la página 261, volumen VII, del texto italiano, que interpreta la mencionada frase en el sentido siguiente: pedías perdón para obtener por él la curación (NdT).

tras está un poco curvado hacia él... Luego dice: «Ve. Tendrás o no tendrás el perdón dependiendo de cómo vivas en el tiempo que te queda».

«¡Oh! ¡Señor mío! ¡No así! Has concedido el perdón a culpas mayores...».

«No eran personas favorecidas, como tú lo habías sido, y no habían pecado contra los inocentes. Siempre es sagrado el pobre, pero los más sagrados son el huérfano y las viudas. ¿No conoces la Ley?...».

El hombre llora. Quería un perdón inmediato.

Jesús resiste: «Has descendido dos veces y no has tenido prisa de alzarte de nuevo... Acuérdate. Lo que tú, hombre, te has permitido, Dios puede permitírselo. Y muy bueno sigue siendo Dios, pues que te dice que no te niega el perdón del todo, sino que lo condiciona a tu modo de vivir hasta la muerte. Ve».

«Bendíceme al menos... Para que tenga más fuerza para ser justo».

«Ya he bendecido».

«No, así no. A mí en particular. Mira mi corazón...».

Jesús le pone la mano en la cabeza y dice: «He dicho. Pero que esta caricia te persuada de que, si bien soy severo, no te odio. Mi amor severo es para salvarte, es para tratarte como a un amigo infeliz, no porque eres pobre, sino porque has sido malo. Recuerda que te amé, que tuve compasión de tu espíritu; y que este recuerdo te infunda deseos de tenerme como amigo que no sea ya severo».

«¿Cuándo, Señor? ¿Dónde te encontraré, si dices que te marchas?».

«En mi Reino».

«¿Cuál? ¿Dónde lo fundas? Yo voy...».

«Mi Reino estará en tu corazón si le haces bueno, y luego estará en el Cielo. Adiós. Tengo que marcharme, porque atardece y debo bendecir a los que dejo», y Jesús se despide de él. Luego se dirige hacia los discípulos y los dueños de la casa y los bendice uno a uno.

467.8 [8]Luego reprende la marcha, después de haber dado a Judas el dinero... El verde de la campiña se traga a Jesús mientras va andando hacia el suroeste, en dirección a Cafarnaúm...

«¡Caminas demasiado, Maestro!» exclama Pedro. «Estamos cansados. Hemos recorrido ya muchos estadios...».

«Calma, Simón. Pronto estaremos a la vista de Corazín. Vosotros entraréis en ella e iréis a las pocas casas amigas que tenemos, especialmente a la casa de la viuda. Y diréis al pequeño José que quiero saludarle al amanecer. Le llevaréis a mí al camino que sube hacia Yiscala...».

«¿Pero Tú no entras en Corazín?».

«No. Voy al monte a orar».

«Estás agotado. Estás pálido. ¿Por qué no te prestas cuidado? ¿Por qué no vienes con nosotros? ¿Por qué no entras en la ciudad?». Le colman de preguntas. Su afecto a veces es pesado.

Pero Jesús es paciente... y pacientemente responde: «Ya lo sabéis. Para mí la oración es descanso. Fatiga es estar entre la gente cuando no estoy para curar o evangelizar. Así que iré al monte. Al mismo lugar a donde he ido otras veces. Conocéis el lugar».

«¿En el sendero que va a casa de Joaquín?».

«Sí. Sabéis dónde encontrarme. Al amanecer iré a vuestro encuentro...».

«¿Y... vamos a ir hacia Yiscala?».

«Es el camino adecuado para ir hacia los confines sirofenicios. Dije en Afeq que iba a ir, e iré».

«Es porque... ¿no te acuerdas de la otra vez?».

«No temas, Simón. Han cambiado el sistema. Actualmente me ensalzan...».

«¡Entonces te aman?».

«No. Me odian más que antes. Pero, no pudiendo echarme a tierra con sus fuerzas, tratan de hacerlo con sus engaños. Tratan de seducir al Hombre... Y para seducir se usan los honores, aunque sean falsos. Es más... [9]Acercaos todos aquí» dice luego a los otros, que caminaban en grupo al ver que Jesús hablaba privadamente con Pedro. 467.9

Se reagrupan todos. Jesús dice: «Estaba diciendo a Simón —y lo digo a todos porque no tengo secretos para mis amigos—, decía a Simón que los enemigos míos han cambiado de sistema para perjudicarme, pero no han cambiado su idea respecto a mí. Por tanto, de la misma manera que antes usaban el insulto y la amenaza, ahora usan los honores. Para mí y, sin duda, también para vosotros. Sed fuertes y sabios. No os dejéis engañar por palabras falaces, ni por regalos, ni por seducciones. Recordad lo que dice el Deuteronomio: "Los donativos ciegan los ojos de los sabios y corrompen las palabras de los justos". Tened presente a Sansón. Era nazir de Dios desde el nacimiento, desde el seno de su madre, que le concibió y le formó en abstinencia por orden del ángel, para que fuera un justo juez de Israel. Pero, ¿tanto bien dónde terminó? ¿Y cómo? ¿Y por quién? ¿Y no es verdad que otras veces, con honores y monedas y con mujeres asoldadas, fue abatida la virtud para hacer el juego a los enemigos? Ahora estad despiertos y vigilad para que no os engañen y para no

* *lo que dice*: siguen una cita tomada del Deuteronomio (*Dt 16, 19*) y una referencia al libro de los Jueces (*Jc 13-16*), como anota MV en una copia mecanografiada.

servir, aun inconscientemente, a los enemigos. Sabed manteneos libres como los pájaros, que prefieren el alimento parco y la rama para su descanso, antes que las doradas jaulas, donde hay mucha comida, y cómodo es el lugar para el descanso, pero están prisioneros del capricho de los hombres. Pensad que sois mis apóstoles, siervos, por tanto, sólo de Dios, de la misma forma que Yo soy siervo sólo de la voluntad del Padre. Tratarán de seduciros, quizás ya lo han hecho, tomándoos a cada uno por el punto más débil, porque los siervos del Mal son astutos, pues son instruidos por el Maligno. No creáis en sus palabras. No son sinceras. Si lo fueran, Yo sería el primero en deciros: "Saludemos a éstos cual buenos hermanos nuestros". Sin embargo, hay que desconfiar de sus acciones y orar por ellos, para que se hagan buenos. Yo lo hago. Oro por vosotros, para que la nueva guerra no os haga caer en el engaño, y oro por ellos, para que terminen de urdir engaños al Hijo del hombre y ofensas a Dios su Padre. Y vosotros imitadme. Orad mucho al Espíritu Santo. Que os dé la luz para ver. Y sed puros si queréis tenerle por amigo. Yo, antes de dejaros, quiero fortaleceros. Os absuelvo si habéis pecado hasta el momento. De todo os absuelvo. Sed buenos en el futuro. Buenos, sabios, castos, humildes, fieles. Que la gracia de mi absolución os fortalez-
467.10 ca... [10]¿Por qué lloras, Andrés? ¿Y por qué te turbas tú, hermano mío?».

«Porque esto me parece un adiós...» dice Andrés.

«¿Y piensas que me despediría de vosotros con tan pocas palabras? Es sólo un consejo para estos tiempos. Veo que estáis todos turbados. Eso no os debe suceder. La turbación turba la paz. Siempre debe haber paz en vosotros. Estáis al servicio de la Paz, y Ella os ama tanto, que os ha elegido como a los primeros siervos suyos. Os ama. Debéis, pues, pensar que os ayudará siempre, aun cuando os quedéis solos. La Paz es Dios. Si sois fieles a Dios, Él estará en vosotros. Y, con Él en vosotros, ¿a qué vais a tenerle miedo? ¿Quién os podrá separar de Dios, si no os ponéis en condiciones de perderle? Sólo el pecado separa de Dios. Pero el resto: tentaciones, persecuciones, muerte, ni siquiera la muerte, separan de Dios. Es más, unen más a Él, porque toda tentación vencida eleva en un escalón hacia el Cielo; porque las persecuciones os obtienen un redoblado amor protector de Dios; y la muerte del santo o del mártir no son sino fusión con el Señor Dios. En verdad os digo que, menos los hijos de la perdición, ninguno de mis grandes discípulos morirá antes de que Yo haya abierto las puertas de los Cielos. Por tanto, ninguno de mis dicípulos fieles deberá esperar al abrazo de Dios tras haber pasado de este destierro caliginoso a las luces de la otra vida. No os diría esto si no fuera verdad. Vosotros mismos veis. Hoy mismo habéis visto a un hombre que,

después de un descarrío, ha vuelto a los caminos de la justicia. No habría que pecar. Pero Dios es misericordioso y perdona a quien se arrepiente. Y el que se arrepiente puede incluso superar al que no ha pecado, si su arrepentimiento es absoluto y es heroica su virtud subsiguiente. ¡Será tan dulce encontrarnos allá arriba! ¡Veros subir hacia mí, y correr Yo a vuestro encuentro para abrazaros, y llevaros al Padre mío y decir: "Aquí tienes a un amado mío. Él me amó siempre, y, por tanto, te amó siempre, desde que le hablé de ti. Ahora ha venido. Bendícele, Padre mío, y que tu bendición sea su corona resplandeciente"! Amigos míos... Amigos aquí y amigos en el Cielo. ¿No os parece que todo sacrificio es ligero para obtener esta eterna alegría?
[11]Ya habéis recobrado la serenidad. Separémonos aquí. Yo subo allá; 467.11
vosotros estad calmos... Démonos un beso...». Y los besa uno a uno.

Judas, al besarle, llora. Ha esperado a ser el último, él que busca siempre ser el primero. Y está fuertemente abrazado a Jesús, besándole repetidamente y susurrándole al oído, entre el pelo: «Pide, pide, pide por mí...».

Se separan: Jesús va hacia el monte; los otros prosiguen hacia Corazín, que ya albea entre el verdor de los árboles.

[12]Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión del 23 de septiembre de 467.12
1944: No tengo descanso mejor que el decir: "He salvado a uno que perecía", y el dictado que sigue».

468. Un episodio de enmendamiento de Judas Iscariote, y otros que ilustran su figura.

23 de septiembre de 1944.

[1]Dice Jesús: 468.1

«Entretanto te digo que el episodio del miércoles (20 - 9), si hacéis una obra ordenada, debéis colocarlo un año antes de mi muerte, porque sucedió durante el tiempo de la siega en mi trigésimo segundo año. Necesidades de consuelo e instrucción para ti, amada, y para otros, me han obligado a dar las visiones y los correspondientes dictados siguiendo un orden especial. Pero, a su debido tiempo, os indicaré cómo distribuir los episodios de los tres años de vida pública.

El orden de los Evangelios es bueno, pero no perfecto desde el punto de vista cronológico. Un observador atento lo nota. Aquel que habría podido dar el exacto orden de los hechos, por haber estado conmigo desde el principio de la evangelización hasta la ascensión, no lo hizo; porque Juan, hijo verdadero de la Luz, se ocupó y preocu-

pó de hacer refulgir la Luz a través de su exterioridad de Carne ante los ojos de los heréticos, que impugnaban la verdad de la Divinidad dentro de una carne humana. El Evangelio sublime de Juan ha alcanzado su finalidad sobrenatural, pero no ha ayudado a la crónica de mi vida pública. Los otros tres evangelistas muestran igualdades entre sí, en cuanto a los hechos; pero alteran el orden temporal de éstos, porque de tres sólo uno estuvo presente en casi toda mi vida pública: Mateo, que la escribió quince años después. Los otros escribieron más tarde, habiendo oído la narración de labios de mi Madre, de Pedro, de otros apóstoles y discípulos.

Quiero ofreceros una guía para cuando reunáis los hechos del trienio, año por año. Y ahora ve y escribe. El episodio sigue al del * miércoles (20-9)».

468.2 [2]Veo a Jesús paseando lentamente, yendo y viniendo, por un senderillo campestre luminoso de luna. Hay Luna llena, que resplandece con su carota sonriente en un cielo serenísimo; pero, por su posición en el cielo, en el que empieza a ponerse, deduzco que debe ser más tarde de la media noche.

Jesús camina pensando, y, sin duda, orando, a pesar de que yo no oiga ninguna palabra. Pero no pierde de vista las cosas de su alrededor. En un momento se detiene a escuchar, sonriendo, el gran canto de un ruiseñor enamorado, que hace toda una melodía de arpegios y trinos y notas de solo, bien sostenidas; tan fuertes y largas, que parece imposible que salgan de ese pequeño ser todo pluma. Para no molestarle ni siquiera con el crujido de las sandalias contra los pequeños cantos del sendero y de la túnica al rozar la hierba, Jesús se ha detenido, con los brazos cruzados y el rostro alzado y sonriente. Entorna incluso los ojos para concentrarse mejor en oír, y, cuando el ruiseñor termina con un agudo que sube, sube, sube por la escala tercera (no sé si es así como digo, recordando) y termina con una nota agudísima, sostenida mientras resiste la espiración, Él aprueba y aplaude silenciosamente, agachando dos o tres veces la cabeza con una sonrisa contenta.

Y ahora se inclina hacia una mata de madreselva en flor, que a través de sus abundantísimos cálices blancos emana intenso perfume; cálices semejantes a bocas de serpientes bostezando, en que tembletea la lengua —los pistilos amarillentos— y brilla el trazo dactilado de oro en el pétalo inferior. Las flores, bajo la luna, parecen aún más blancas, casi argénteas. Jesús las admira y las huele y las

* *El episodio sigue al del miércoles (20-9)*, reseñado en el capítulo 406: lo sigue en cuanto a los episodios que quieren ilustrar la figura de Judas Iscariote, pero no lo sigue inmediatamente en la narración completa de los hechos de la vida pública de Jesús.

acaricia con la mano.

Vuelve sobre sus pasos. Debe ser un lugar ligeramente elevado, porque el claro de Luna muestra al Sur algo que brilla como vidrio bañado de luna, un trocito de lago, sin duda, porque río no es, ni tampoco mar, pues a éste se le ve, en el lado opuesto al en que está Jesús, bordeado por una serie de colinas. Jesús observa este plácido titileo de aguas serenas en la calma de la noche estiva. Luego da media vuelta sobre sí mismo, de Sur a Oeste, y observa la albura de un pueblo, distante unos dos kilómetros al máximo, más menos que más. Todo un señor pueblo. Se para a mirarlo, y menea la cabeza, siguiendo un pensamiento que le aflige mucho.

Luego reanuda su lento paseo, y su oración. Hasta que se sienta en una voluminosa piedra, al pie de un árbol muy alto, y toma su postura habitual: los codos apoyados en las rodillas y los antebrazos hacia afuera con las manos unidas en oración.

[3]Está así un tiempo, y seguiría más tiempo... pero, un hombre, 468.3
una sombra, desde la espesura, se está acercando a Él, y le llama: «¿Maestro?».

Jesús se vuelve, puesto que el que está viniendo lo hace por detrás de Él, y dice: «¿Judas? ¿Qué quieres?».

«¿Dónde estás, Maestro?».

«Al pie del nogal. Acércate». Y Jesús se pone en pie y junto al sendero, bajo el claro de Luna, para que Judas pueda verle. «¿Has venido, Judas, a hacer un poco de compañía a tu Maestro?». Ahora están el uno junto al otro, y Jesús pone con afecto un brazo en el hombro del discípulo. «¿O es que tienen necesidad de mí en Corazín?».

«No, Maestro. Ninguna necesidad. Ha sido un deseo mío de venir a ti».

«Ven, pues. Hay sitio para los dos en esta piedra».

Se sientan bien cerca. Silencio. Judas no habla. Mira a Jesús. Lucha. Jesús quiere ayudarle. Le mira dulcemente, pero profundamente.

«¡Qué hermosa noche, Judas! ¡Mira qué puro es todo! Yo creo que no fue más pura la primera noche que sonrió sobre la Tierra y sobre el sueño de Adán en el Paraíso terrenal. Fíjate cómo huelen esas flores. Huélelas. Pero no las arranques. ¡Son tan bellas y puras! Yo también me he abstenido de hacerlo, porque arrancarlas es profanarlas. Siempre está mal usar la violencia. Tanto contra la planta como contra el animal; contra el animal como contra el hombre. ¿Por qué quitar la vida? ¡Es tan bella la vida cuando se emplea bien!... Y esas flores la emplean bien, porque perfuman, alegran con su aspecto y sus aromas, dan néctar a las abejas y a las mariposas, y ceden a éstas el oro de sus pistilos para poner gotitas de topacio en la perla de sus

alas, y hacen de lecho a los nidos... Si hubieras estado aquí hace poco, hubieras oído a un ruiseñor cantar con gran dulzura su alegría de vivir y de alabar al Señor. ¡Amados pajarillos! ¡Cuánto sirven de ejemplo para los hombres! Con poco se contentan, y sólo con aquello que es lícito y santo. Un granito y un gusanillo, porque el Padre Creador se lo da; y si no hay no sienten ira o desdén, sino que engañan al hambre de la carne con el impulso del corazón, que les hace cantar las alabanzas del Señor y las alegrías de la esperanza. Se sienten felices de estar cansados por haber volado desde el alba hasta el anochecer para hacerse un nido calentito, blando, seguro; no por egoísmo, sino por el amor a la prole. Y cantan por la alegría de amarse honestamente. El ruiseñor hacia su hembra, y ambos hacia los hijos. Los animales son siempre felices, porque no tienen remordimientos ni acusaciones en su corazón. Nosotros los hacemos infelices, porque el hombre es malo, desconsiderado, subyuga a los demás, es cruel. Y no le basta serlo con sus semejantes. Hace rebosar su maldad sobre los inferiores. Y cuantos más remordimientos internos tiene más le punza su conciencia y más cruel se muestra hacia los demás. Estoy seguro, por ejemplo, de que aquel que iba a caballo y que hoy lo espoleaba —tan sudado y cansado como estaba— hasta hacerle sangrar, y que lo azotaba hasta hacerle erizar en franjas el pelo en el cuello y en los lomos, y que le pegaba hasta en los ollares, tan delicados, y en los oscuros párpados que se cerraban dolientes sobre los ojos, tan dulces y resignados, no tenía el alma tranquila: o iba a un delito contra la honestidad o venía de él». Jesús calla y piensa.

468.4 [4]Judas guarda silencio. Piensa también él. Luego habla: «¡Qué hermoso, Maestro, es oírte hablar así! Todo se ilumina ante los ojos, ante la mente, ante el corazón... y todo vuelve a ser fácil. También el decir: "¡Quiero ser bueno!". Incluso el decirte... incluso el decirte... decirte: "¡Maestro, yo también tengo turbada el alma! No sientas repulsa por mí, Maestro, Tú que amas tanto a los puros"».

«¡Oh, mi Judas! ¿Yo repulsa? Amigo, hijo, ¿qué es lo que te turba?».

«Tenme junto a ti, Maestro. Estréchame a tu lado... Tras tan dulces palabras tuyas, he jurado ser bueno; he jurado volver a ser el Judas de los primeros días, que te seguía y te quería como el esposo ama a su esposa, y sólo suspiraba por ti, hallando en ti todo contento. Te quería así, Jesús...».

«Lo sé... y te quise por eso... Pero todavía te quiero, mi pobre amigo herido...».

«¿Cómo sabes que lo estoy? ¿Sabes de qué?...».

Silencio. ¡Jesús mira a Judas con una mirada tan dulce!... Atisbos de llanto parecen hacerla más abierta y dulce, mitigando su fulgor. Es

una mirada de niño inocente e inerme que se dona entero en el amor.

Judas cae a sus pies, con la cara sobre las rodillas y abrazado a sus caderas, y gime: «Tenme junto a ti, Maestro... tenme... Mi carne grita como un demonio... y, si cedo, entonces sobreviene todo el mal... Sé que Tú sabes, pero que esperas a que yo diga... Pero es duro, Maestro, decir: "He pecado"».

«Lo sé, amigo. Por eso habría que obrar bien. Para no tener luego que humillarse diciendo: "He pecado". De todas formas, Judas, hay en esto también una gran medicina. El tener que hacer el esfuerzo al manifestar la culpa retiene respecto a ella; y, si ya se ha verificado, la pena de acusarse es ya penitencia que redime. Y si luego uno sufre no tanto por orgullo propio y por miedo al castigo, sino porque sabe que faltando ha causado dolor, entonces, Yo te lo digo, la culpa se anula. El amor es lo que salva».

«Yo te amo, Maestro. Pero soy muy débil... ¡Oh! ¡Tú no puedes amarme! Eres puro y amas a los puros... No puedes amarme, porque yo soy... yo soy... [5]¡Oh! ¡Jesús, quítame el hambre de la carne! ¿Sabes qué demonio es?». 468.5

«Lo sé. No la he seguido, pero sé qué voz tiene».

«¿Lo ves? ¿Lo ves? Sientes tanta repulsa que por sólo decirlo tu cara se turba... ¡Oh, no puedes perdonarme!».

«Judas, ¿y no te acuerdas de María?, ¿no de Mateo?, ¿no de aquel publicano que cogió la lepra? ¿Y no te acuerdas de aquella mujer, meretriz romana, a la que profeticé celeste destino porque tras mi perdón tendría fuerza para una vida santa?».

«Maestro... Maestro... Maestro... ¡Oh, qué mal tengo en el corazón!... Esta noche he huido... huido de Corazín... porque si me quedaba... si me quedaba... estaba perdido. Mira... es como uno que bebe y se pone enfermo... El médico le quita el vino y cualquier otra bebida embriagadora. Y se cura y está sano mientras no vuelve a sentir ese sabor... Pero si cede, una sola vez, y vuelve a sentir su sabor... le viene una sed... una sed de beber eso... que ya no resiste... y bebe y bebe... y se pone enfermo de nuevo... enfermo para siempre... pierde la razón... queda poseído... poseído por ese demonio suyo... por ese demonio suyo... ¡Oh, Jesús, Jesús, Jesús!... No se lo digas a los otros... No lo digas... Siento vergüenza ante todos...».

«Pero no ante mí».

Judas comprende mal. «¡Es verdad! ¡Perdón! Debería sentir más vergüenza ante ti que ante ningún otro, porque eres perfecto...».

«No, hijo. No decía esto. No te pongan un velo tu dolor, tu angustia, tu postración. He dicho que ante todos puedes avergonzarte, pero no ante mí. Un hijo no tiene miedo y vergüenza ante el padre bueno,

ni un enfermo ante un médico de valía. Y a ambos se confiesa uno sin temor, porque el uno ama y perdona y el otro comprende y sana. Yo te quiero y te comprendo. Por tanto, te perdono y te curo. Pero dime, Judas. ¿Qué es lo que te pone en las manos de tu demonio? ¿Yo? ¿Los hermanos? ¿Las mujeres de vicio? No. *Es tu voluntad.* Ahora yo te perdono y te sano... ¡Oh, qué alegría me has dado, mi Judas! Ya de por sí mi gozo era grande por esta noche serena, perfumada, alegre de cantos, y por ello alababa al Señor. Pero ahora la alegría que me das supera a este claro de Luna y a estos perfumes, a esta paz y a estos cantos. ¿Oyes? El ruiseñor parece unirse para decirte conmigo que se siente feliz de tu buena voluntad, él, el pequeño cantarín, tan lleno de buena voluntad para hacer aquello para lo que fue creado. Y también este primer viento del alba, que pasa sobre las flores y las despierta, haciendo caer en la cavidad del cáliz un diamante de rocío, para que, poco después, lo encuentren la mariposa y el rayo de sol, y aquélla se refresque y el Sol se proporcione exiguo espejo para su gran fulgor. Mira: la Luna se pone. El alba se anuncia con este canto lejano de gallo. Las tinieblas de la noche y sus fantasmas se disipan. ¿Ves lo rápido y dulce que ha pasado este tiempo que, si no hubieras venido a mí, habría pasado envuelto en el sinsabor y el remordimiento? Ven siempre que tengas miedo de ti. ¡¡¡El propio *yo*!!! ¡Gran amigo, gran tentador, gran enemigo y gran juez, Judas! Y, ¿ves?, mientras que es amigo sincero y fiel si has sido bueno, sabe ser amigo insincero si no eres bueno, y, después de haber sido cómplice tuyo, se yergue como juez implacable y te tortura con sus reproches... Él es despiadado cuando
468.6 reprocha... ¡No Yo! [6]Bien, pues vamos. La noche ha pasado...».

«Maestro, no te he dejado descansar... y hoy vas a tener que hablar mucho...».

«He descansado con la alegría que me has dado. No tengo descanso mejor que el de decir: "Hoy he salvado a uno que estaba pereciendo". Ven, ven... ¡Vamos a bajar a Corazín! ¡Oh, si esta ciudad supiera imitarte, Judas!».

«Maestro... ¿qué les vas a decir a mis compañeros?».

«Nada si no preguntan... Si preguntan, diré que hemos hablado de las misericordias de Dios... Es tema verdadero; y *tan ilimitado*, que la más larga de las vidas no basta para desarrollarlo. Vamos...».

Y bajan, altos, distinta la hermosura pero igual la juventud, el Uno junto al otro, y desaparecen tras un grupo de árboles...

468.7 [7]Dice Jesús:

«Es episodio de misericordia como los de la Magdalena. Pero, si hacéis un libro, mejor será que pongáis ordenadamente en serie más que

las categorías las épocas, y os limitéis a decir, como encabezamiento o a pie de página para cada episodio, a qué categoría pertenece.

¿Por qué ilustro la figura de Judas? Muchos se lo preguntarán. Respondo.

La figura de Judas ha sido demasiado alterada durante los siglos; y, últimamente, del todo desfigurada. Ciertas escuelas han hecho de él casi una apoteosis: la del segundo e indispensable artífice de la Redención.

Y otros muchos piensan que cedió ante un improviso, feroz asalto del Tentador. No. Toda caída tiene premisas en el tiempo. Cuanto más grave es la caída, más preparación tiene. Los preliminares explican el hecho. Uno no se hunde, ni asciende, al improviso. Ni en el bien ni en el mal. Largos e insidiosos son los factores que cooperan a los descensos; pacientes y santos, los que cooperan a subir. Y el desventurado drama de Judas os puede proporcionar *muchas* enseñanzas para salvaros y conocer el método de Dios y sus misericordias, para salvar y perdonar a aquellos que bajan hacia el Abismo. No se llega al delirio satánico, en que has visto que se debatía Judas después del Delito, si uno no está enteramente corrompido por hálitos infernales, interiorizados voluptuosamente durante años. Cuando uno lleva a cabo incluso un delito, pero ha sido arrastrado a él por un imprevisto acontecimiento que obnuvila la razón, sufre pero sabe expiar; porque aún algunas partes del corazón están inmunes de veneno infernal.

Al mundo que niega a Satanás porque le tiene tan dentro de sí que ya ni se da cuenta de su presencia, que le ha interiorizado de forma que ha venido a ser parte del *yo*, a ese mundo le muestro que Satanás existe. Eterno e inmutable en el método usado para hacer de vosotros sus víctimas.

Basta ahora. Tú estáte con mi paz».

469. Despidiéndose de los pocos fieles de Corazín.

6 de agosto de 1946.

[1]No ha llegado todavía la aurora, cuando Jesús se encuentra con 469.1
los once, que tienen en medio al pequeño carpintero José, el cual, en cuanto ve a Jesús, sale como una flecha, y se abraza a sus rodillas con la sencillez de quien es todavía niño. Jesús se agacha para besarle en la frente, y luego, llevándole de la mano, va a donde están Pedro y los demás.

«La paz a vosotros. No creía encontraros tan pronto aquí».

«El niño se ha despertado todavía de noche y ha querido venir

por miedo a llegar con retraso» explica Pedro.

«La madre estará aquí dentro de poco con los otros hijos. Quiere saludarte» añade Judas de Alfeo.

«Y lo mismo la mujer que estuvo tullida, y la hija de Isaac y la madre de Elías y otros que has curado. Nos han hospedado...».

«¿Y los otros?».

«Señor...».

469.2 «Corazín conserva su espíritu duro. Comprendo. No importa. [2]La buena semilla está echada y un día germinará... por mérito de éstos...» y mira al niño.

«¿Será discípulo y convertirá?».

«Discípulo es, ¿no es verdad, José?».

«Sí. Pero no sé hablar, y por lo que yo sé no me escuchan».

«No importa. Hablarás con tu bondad».

Jesús toma entre sus largas manos la carita del niño y le habla estando un poco inclinado hacia la carita levantada.

«Yo me marcho, José. Sé bueno. Sé trabajador. Perdona a quien no os quiere. Sé agradecido con quien te favorece. Piensa siempre esto: que en quien te favorece está presente Dios. Por tanto, recibe con respeto cualquier beneficio, pero sin pretenderlo, sin decir: "Voy a estar ocioso, porque hay quien se preocupa de mí", y sin malgastar la ayuda recibida. Trabaja, porque el trabajo es santo, y tú, niño, eres el único hombre de la familia. Recuerda que ayudar a la madre es honrarla. Recuerda que dar buen ejemplo a los hermanitos y velar por el honor de las hermanas es un deber. Desea tener lo que es justo y trabaja para tenerlo, pero no envidies al rico, ni tengas deseos de riquezas para poder gozar mucho. Recuerda que tu Maestro te enseñó no sólo la palabra de Dios, sino también el amor al trabajo, la humildad y el perdón. Sé siempre bueno, José, y un día volveremos a estar juntos».

«¿Pero es que no vas a volver? ¿A dónde vas, Señor?».

«Voy a donde quiere la voluntad del Padre de los Cielos. Su voluntad debe *siempre* ser más fuerte que la nuestra, y debemos amarla más que a la nuestra, porque es siempre voluntad perfecta. Y tú tampoco, en la vida, pongas tu voluntad delante de la de Dios. Todos los obedientes se reunirán en el Cielo, y habrá entonces gran fiesta.

469.3 [3]Dame un beso, niño».

¡Un beso? Muchos besos y lágrimas le da el niño, 2y así, enroscado al cuello de Jesús, le encuentra su madre cuando aparece acompañada por la nidada de sus hijos y por los otros, poquísimos, siete en total, de Corazín.

«¿Por qué llora mi hijo?» pregunta la mujer, tras haber saludado al Maestro.

«Porque todo adiós significa dolor. Pero, aunque estemos separados, siempre estaremos unidos si vuestro corazón sigue queriéndome. Vosotros sabéis cómo es el amor a mí y en qué consiste. En hacer lo que os he enseñado, porque el que hace lo que uno le ha enseñado demuestra que tiene estima —y estima es siempre amor— por esa persona. Haced, pues, lo que os he enseñado con la palabra y el ejemplo, y haced lo que os enseñen mis discípulos en mi Nombre. No lloréis. El tiempo es breve, y pronto estaremos unidos de nuevo y en un modo mejor. Y no lloréis tampoco por egoísmo. Pensad en los que todavía me esperan, en los que habrán de morir sin haberme visto, en cuantos habrán de amarme sin haberme conocido nunca. Vosotros me habéis tenido más de una vez, y podéis ver facilitada vuestra fe y la esperanza por la caridad que hay entre vosotros. Ellos, sin embargo, tendrán que tener una grande, una ciega fe para poder llegar a decir: "Él es verdaderamente el Hijo de Dios, el Salvador, y su palabra es veraz". Una gran fe para poder tener la gran esperanza de la vida eterna y de la inmediata posesión de Dios después de una vida de justicia. Deberán amar a quien no han conocido, a quien no han oído, a quien no han visto obrar prodigios. Y, no obstante, sólo si aman así, tendrán la vida eterna. Vosotros bendecid al Señor, que os ha favorecido dándoos el conocimiento de mí. Ahora marchad. Sed fieles a la Ley del Sinaí y a mi mandamiento nuevo de amaros todos como hermanos, porque en el amor está Dios. Amar también a quien os odie, porque Dios, primero, os ha dado el ejemplo de amar a los hombres que con el pecado muestran odio a Dios. Perdonad siempre, como Dios ha perdonado a los hombres mandando a su Verbo Redentor a borrar la Culpa, motivo de resentimiento y separación. Adiós. Mi paz esté en vosotros. Recordad mis obras, en vuestros corazones, para fortificarlos contra las palabras de aquellos que quieran persuadiros de que Yo no soy vuestro Salvador. Conservad mi bendición para fuerza vuestra en las pruebas del tiempo futuro».

Jesús extiende las manos mientras recita la bendición mosaica sobre el pequeño rebaño postrado a sus pies. Luego da media vuelta y se marcha...

470. Lección a una suegra sobre los deberes del matrimonio.

7 de agosto de 1946.

[1]Los montes boscosos y fértiles donde se halla Yiscala ofrecen alivio de verde, de brisas, de aguas, y hermosísimos horizontes nunca 470.1

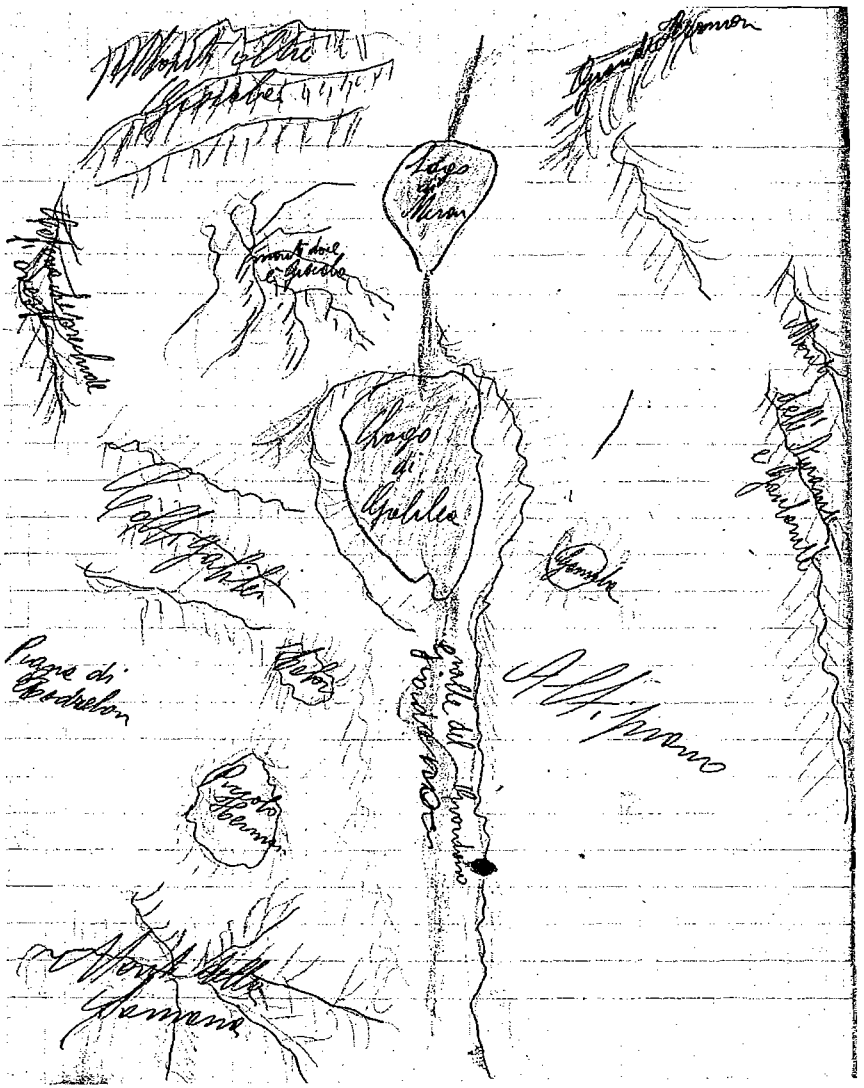
iguales, distintos según que el camino se oriente a uno u otro de los puntos cardinales. Al Norte vese sucesión de cimas selvosas de los más variados verdes, yo diría que es una ascensión de la Tierra hacia el azul firmamento, al que parece ofrecer como don —agradecimiento por las aguas y los rayos que éste le regala— todas sus bellezas vegetales. Al nordeste la vista desciende, tras haberse detenido, hechizada, en esa joya de variante color —según las horas y la luz— que es el gran Hermón, que alza su cono más alto cual gigantesco obelisco de diamante, o de ópalo, o de palidísimo zafiro, o tenuísimo rubí, o de acero recién templado, según que el Sol le bese o le deje y en la medida de los juegos de luz sobre las nieves perennes que hacen las deshilachadas nubes transportadas por los vientos; desciende la vista por las pendientes esmeraldinas de sus mesetas, y crestas, y hoces y picos, que están al pie del gigante regio. Y luego, mirando progresivamente hacia el Este, se extiende el vasto altiplano verde de la Gaulanítida y la Auranítida, limitado en su extremo oriental por los montes que se difuminan entre las brumas de las lejanías; al Oeste, por el distinto verde que al Jordán orilla y su valle señala. Y, más cercanos, espléndidos como dos zafiros, vense los dos lagos de Merón, comprendido dentro de su bajo círculo de bien regada llanura, y de Tiberíades, gracioso cual delicada pintura al pastel, comprendido entre las colinas que lo ciñen, distintas en aspecto y tonos, y sus riberas perennemente floridas: sueño de oriente por las matas de palmas que cimbrean la cima con la brisa de los cercanos montes, poesía de nuestros más bellos lagos por la paz de las aguas y los cultivos de las riberas. Y luego, al Sur, el Tabor con su peculiar cúspide, y el pequeño Hermón, todo verde vigilando la llanura de Esdrelón, cuya amplitud se intuye por una vastedad de horizonte no interrumpido por elevaciones montanas; y, aún más abajo, a mediodía, los altos, poderosos montes de Samaria, que se extienden más allá de la vista del hombre hacia Judea. El único que no aparece es el lado oeste, donde deben estar el Carmelo y la llanura que sube hacia Tolemaida, escondidos ambos por una cadena más alta que ésta, de forma que su visión queda impedida.

Me esfuerzo en dar la imagen topográfica, porque creo que nunca he dado esta de los montes donde está Yiscala. *

Una de las vistas más bellas de Palestina (y que ninguno se ría a

---

* *montes donde está Yiscala* (*"Monti dove è Giscala"*) está escrito también (al suroeste del "Lago di Meron") en el bosquejo que MV coloca inmediatamente después, pero que reproducimos en la página siguiente por exigencias de paginación. La descripción que precede, partiendo de ese punto, puede ayudar a descifrar los otros nombres reseñados en la "visión topografica".



espaldas de la pobre dibujante, si ha hecho un bosquejo horrendo del lugar...).

[2]Jesús marcha por el camino que va entre los montes, unas veces solo, otras acompañado de uno u otro apóstol suyo que se ha adelantado hasta Él. 470.2

Se para una vez a acariciar a los hijos pequeños de un pastor, que juegan cerca del rebaño; y acepta la leche que el pastor —que le ha reconocido como el Rabí descrito por otros que le han visto— quiere

darle «para ti y para los tuyos».

470.3 [3]Otra vez escucha a una ancianita que, no sabiendo quién es Él, le cuenta sus penas familiares, causadas por una nuera que es una mujer gruñona y sin respeto.

Aunque se muestre compasivo con la viejecita, Jesús la exhorta a ser paciente y a convencer con la bondad en orden a la bondad: «Debes ser madre, aunque ella no se comporte contigo como hija. Sé sincera: si en vez de tu nuera fuera tu hija, ¿te parecerían tan graves sus defectos?».

La viejecita piensa... y luego confiesa: «No... Pero una hija es siempre una hija...».

«¿Y si una hija tuya te dijera que en casa de su esposo la madre de él la maltrata, qué dirías?».

«Que es mala. Porque debería enseñar los usos de la casa —y cada casa tiene los suyos— con bondad, especialmente si la esposa es joven. Yo diría que debería acordarse de cuando ella llevaba casada poco tiempo, y de la satisfacción que le daba el amor de su suegra, si había tenido tanta merced de encontrarla buena, y de lo que había sufrido si había tenido una suegra mala. Y no hacer sufrir lo que no había sufrido, o no hacer sufrir porque sabe lo que es sufrir. ¡Yo, está claro que defendería a mi hija!».

«¿Cuántos años tiene tu nuera?».

«Dieciocho, Rabí. Casada con Jacob desde hace tres».

«Muy joven. ¿Es fiel a su marido?».

«¡Hombre, claro! Siempre en casa y todo amor por él y el pequeño Leví y la pequeña, pequeñísima, Ana, como yo. Ha nacido en Pascua... ¡Es preciosa!...».

«¿Quién ha querido que se llamara Ana?».

«María. Leví era el nombre del suegro y Jacob le ha puesto Leví al primogénito; así que María, cuando ha tenido a la niña, ha dicho: "A ésta el nombre de la madre"».

«¿Y no te parece amor y respeto esto?».

La anciana piensa... Jesús insta: «Es honesta, toda ella para la casa, amorosa esposa y madre, solícita para darte una alegría... Habría podido poner a la niña el nombre de su madre, pero le ha puesto el tuyo... honra tu casa con su conducta...».

«¡Eso sí! No es como la infame de Yisabel».

«¿Y entonces? ¿Por qué te quejas y levantas protestas contra ella? ¿No te parece que estás haciendo dos medidas juzgando a tu nuera de forma distinta de como juzgarías a una hija?...».

«Es que... es que... ella me ha arrebatado el amor de mi hijo. Antes era todo él para mí, ahora la quiere a ella más que a mí...». La

eterna verdadera razón de los prejuicios de las suegras rebosa por fin del corazón de la ancianita, junto con las lágrimas que rebosan de los ojos.

«¿Tu hijo permite que te falte algo? ¿Te desatiende desde que está casado?».

«No. No puedo decir eso. Pero, en definitiva, ahora es de su mujer...», y el llanto gime más fuerte.

[4]Jesús sonríe serenamente, compasivo hacia la celosa viejecita. Y, 470.4
dulce como siempre, no regaña. Se muestra compasivo hacia el sufrimiento de la madre, e intenta medicarla. Apoya su mano en el hombro de la anciana, como para guiarla porque las lágrimas la ciegan, quizás para hacerle sentir con su contacto tanto amor, que ella quede consolada y curada; y le dice:

«Madre, ¿y no es bueno que sea así? Tu marido lo hizo contigo, y su madre le... no le perdió como tu dices y piensas... le tuvo menos para sí, porque tu marido repartía su amor entre su madre y tú. Y el padre de tu marido, a su vez, dejó de ser todo de su madre, para amar a la madre de sus hijos. Y así sucesivamente, de generación en generación, retrocediendo en los siglos hasta Eva, la primera madre que vio a sus hijos compartir con sus esposas el amor que tenían primero dedicado exclusivamente a sus padres.

* ¿Pero no dice el Génesis: "He aquí por fin el hueso de mis huesos y la carne de mi carne... El hombre dejará por ella a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne"? Tú dirás: "Fue palabra de hombre". Sí. Pero ¿de qué hombre? Estaba en estado de inocencia y de gracia. Reflejaba, por tanto, sin sombras, la Sabiduría que le había creado, y conocía las verdades de la Sabiduría. Por la Gracia y la inocencia poseía también los otros dones de Dios en medida plena. Sometido el sentido a la razón, su mente no estaba ofuscada por emanaciones concupiscentes. Por la ciencia proporcionada a su estado, decía palabras de verdad. Era, pues, profeta. Porque tú sabes que profeta quiere decir "aquel que habla en nombre de otro". Y los profetas *verdaderos* hablan siempre de cosas relativas al espíritu y al futuro, aunque parezcan relacionadas con el tiempo presente y con la carne —y es que en los pecados de la carne y en los hechos del tiempo presente están los gérmenes de los futuros castigos, o los hechos del futuro tienen su raíz en un acontecimiento antiguo (por ejemplo, la venida del Salvador toma origen en la culpa de Adán, y los castigos de Israel, predichos por los profetas, tienen su germen en la conducta de Israel)—; así es que quien mueve sus la-

* *dice el Génesis,* en *Génesis 2, 23-24.*

bios a hablar de cosas del espíritu no puede ser sino el Espíritu eterno, que todo lo ve en un eterno presente. Y el Espíritu eterno habla en los santos, pues que no puede habitar en los pecadores.

Adán era santo, o sea, la justicia era plena en él, y en él estaban presentes todas las virtudes, porque Dios a su criatura le había infundido la plenitud de sus dones. Ahora, para llegar a la justicia y a la posesión de las virtudes, mucho debe esforzarse el hombre, porque en él están presentes los fómites del mal. Pero en Adán no estaban esos fómites; antes al contrario, la Gracia le hacía inferior en poco a Dios su Creador. Por tanto, sus labios pronunciaban palabras de gracia. Palabra veraz es, pues, ésta: "El hombre dejará por la mujer al padre y a la madre, y se unirá a su mujer y serán una carne sola".

Tan absoluto y verdadero es esto, que el Bonísimo, para consuelo de las madres y los padres, puso luego en la Ley el cuarto mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre". mandamiento que no termina con las nupcias del hombre, sino que continúa después de ellas. Primero, instintivamente, los buenos honraban a sus padres incluso después de haberlos dejado para crear una nueva familia. A partir de Moisés es obligación de Ley. Y ello para mitigar los dolores de los padres, de quienes demasiadas veces se olvidaban sus hijos después de las nupcias. Pero la Ley no ha anulado la palabra profética de Adán: "El hombre dejará por la mujer al padre y a la madre". Era palabra justa, y vive. Reflejaba el pensamiento de Dios. Y el pensamiento de Dios es inmutable, porque es perfecto.

470.5 [5]Tú, madre, debes aceptar, pues, sin egoísmos, el amor de tu hijo por su mujer. Y serás santa tu también. Por lo demás, todo sacrificio recibe compensación ya en la Tierra. ¿No te es dulce besar a los nietos, hijos de tu hijo? ¿Y no te serán plácidas las altas horas y tu último sueño con un delicado, cercano amor de hija que tome el relevo de las que ya no tienes en casa?...».

«¿Cómo sabes que mis hijas, todas mayores que el varón, están casadas o viven lejos?... ¿Eres Tú también profeta? Eres Rabí. Lo dicen los caireles de tu túnica, y, aunque no los tuvieras, lo dice tu palabra. Porque hablas como lo haría un gran doctor. ¿Eres, acaso, amigo de Gamaliel? Ha estado aquí hace sólo dos días, anteayer. Ahora no sé... Y con él estaban muchos rabíes, y muchos de sus discípulos predilectos. Pero Tú quizás es que llegas tarde».

«Conozco a Gamaliel. Pero no voy donde él. En Yiscala no entro siquiera...».

«¿Pero quién eres? Cierto que un rabí. Y hablas mejor incluso que Gamaliel...».

«Pues entonces haz lo que te he dicho. Y tendrás paz. Adiós, madre. Yo continúo. Tú entras, claro, en la ciudad».

«Sí... ¡Madre!... Los otros rabíes no son tan humildes hacia una pobre mujer... Sin duda la que te llevó es más santa que Judit, si te ha dado este corazón dulce para todas las criaturas».

«Santa es, en verdad».

«Dime su nombre».

«María».

«¿Y el tuyo?».

«Jesús».

«¡Jesús!...». El estupor ha dejado pasmada a la ancianita. La noticia la paraliza y la deja clavada en donde la ha oído.

«Adiós, mujer. La paz sea contigo», y Jesús se marcha raudo, casi corriendo, antes de que ella vuelva en sí de su reflexión.

[6]Los apóstoles le siguen al mismo paso, con un intenso batir de 470.6
túnicas, seguidos en vano por los gritos de la mujer, que suplica: «¡Deteneos! ¡Rabí Jesús! ¡Párate! Quiero decirte una cosa...».

Aminoran el paso sólo cuando la espesura de los montes boscosos los ha ocultado de nuevo; y ya no se ve el camino que, a partir de este de herradura, conduce a Yiscala.

«¡Qué bien le has hablado a la mujer!» dice Bartolomé.

«¡Una lección de doctor! Lo malo es que sólo estaba ella...» observa Santiago de Alfeo.

«Quisiera no olvidar estas palabras...» exclama Pedro.

«La mujer ha comprendido, o casi, después de tu Nombre... Ahora va a hablar de ti en la ciudad...» dice Tomás.

«¡Con tal de que no pinche a las avispas y nos las lance!» chismorrea Judas de Keriot.

«¡Estamos lejos ya!... Y en estos bosques no se dejan huellas. No nos molestarán» dice con optimismo Andrés.

«¡Aunque nos molestaran!... Es la paz lo que he reconstruido en una familia» responde Jesús a todos.

«¡Pero cómo son, eh! ¡Las suegras son todas iguales!» dice Pedro.

* «No. Hemos conocido suegras buenas. ¿Te acuerdas de la suegra de Jerusa de Doco? ¿Y la suegra de Dorca de Cesarea de Filipo?».

«¡Bueno sí, Santiago!... Hay alguna buena...» consiente Pedro (pero, sin duda, piensa que la suya es un tormento).

«Vamos a pararnos a comer. Después descansamos. Y llegaremos al pueblo del valle por la noche» indica Jesús.

Y se detienen en una verde y pequeña hondonada (parece el inte-

* *la suegra de Jerusa*, en 131.6 y en 134; *la suegra de Dorca*, en 345.3/5, en 368.6/11 y en 370.11.

rior de una gran concha esmeraldina incrustada en el monte y abierta para ofrecer su paz a los peregrinos). La luz es suave, a pesar de la hora, debido a los árboles, que, altos y robustos, forman sobre el prado una bóveda susurrante. La temperatura es también suave, por la brisa que corre en los montes. Un pequeño manantial pone un hilo de plata entre dos rocas obscuras, y canta en voz baja, para perderse luego entre las tupidas hierbas, en un minúsculo lecho que se ha excavado, de la anchura de un palmo, cubierto por entero por los tallitos, ondeantes por la brisa, de sus márgenes; y luego baja, formando una cascada de muñeca, al escalón de abajo. El horizonte, entre dos troncos robustos, presenta una maravillosa vaporosidad de confín lejano, hacia los montes del Líbano...

471. Encuentro con el levita José, llamado Bernabé, y lección sobre Dios-Amor.

10 de agosto de 1946.

471.1 [1]Dulce es el alto en la pequeña meseta. Mas es prudente bajar hacia el valle mientras es de día, porque la noche vendría precoz y sería obscura bajo esta espesura de árboles que recubre el monte.

Jesús es el primero en ponerse en pie. Va a refrescarse la cara, las manos y los pies en el minúsculo regato creado por el pequeño manantial. Luego llama a sus apóstoles, que duermen entre la hierba, y los invita a prepararse para irse. Y, mientras ellos hacen lo mismo que Él había hecho, uno tras otro, lavándose en el fresco regatillo y llenando las cantimploras en el hilo de agua que mana de la roca, Él va a esperarlos al extremo del pradito, junto a los dos árboles seculares que lo limitan al Este, y observa el lejano horizonte.

El primero en llegar donde Él es Felipe, el cual, mirando hacia el mismo lugar al que su Maestro mira, dice: «¡Es bonita esta vista! Estás admirándola...».

«Sí. Pero no miraba solamente su belleza».

«¿Qué mirabas entonces? ¿Pensabas, quizás, en cuando Israel se agrande con esos lugares de allende el Líbano y el Orontes, que durante los pasados siglos han sido aflicción para nosotros, y que aún ahora lo son, porque allí está asentado el corazón del poder que nos subyuga con el Legado? Efectivamente, es tremenda la profecía de varios profetas sobre ellos: "Aplastaré al asirio en mi tierra, le hollaré en mis montañas... Ésta es la mano que se extiende sobre las naciones... ¿Quién podrá detenerla?... Y Damasco dejará de existir, quedará como montón de piedras de un derrumbamiento... Ésta será

* la suerte de nuestros saqueadores". ¡Habla Isaías! Y también Jeremías: "Prenderé fuego a las murallas de Damasco y devorará los muros de Ben Hadad". Y ello sucederá cuando el Rey de Israel, el Prometido, tome su cetro, y Dios haya perdonado a su pueblo dándole al Rey Mesías... ¡Lo dice Ezequiel!: "Vosotros, montes de Israel, echad vuestras ramas, producid vuestros frutos para mi pueblo de Israel, porque volverá pronto... Conduciré de nuevo a mi pueblo a vosotros y ellos te recibirán como heredad... No dejaré que vuelvas a oír los ultrajes de las naciones...". Y los salmos cantan con Etán Esraíta: "He encontrado a mi siervo David y le he ungido con mi óleo santo. Mi mano le asistirá... Nada podrá contra él el enemigo... En mi nombre crecerá su poder... Extenderá sobre el mar su mano, sobre los ríos su diestra... Y Yo le haré primogénito, soberano entre los reyes de la Tierra". Y Salomón canta: "Durará tanto como el Sol y la Luna... Dominará de mar a mar, desde el río hasta los confines de la Tierra... Le adorarán todos los reyes de la Tierra, todos los pueblos estarán a él sujetos...". Tú, Mesías, porque en ti están todos los signos del espíritu y de la carne, todos los signos dados por los profetas. ¡Aleluya a ti, Hijo de David, Rey Mesías, Rey santo!».

«¡Aleluya!» gritan en coro los otros, que han llegado donde Jesús y Felipe y han oído las palabras de éste. Y el aleluya se refleja, por eco, de garganta en garganta, de colina en colina...

Jesús los mira, tristísimo... Y, como respuesta, dice: «Pero no recordáis lo que del Cristo dice David, y lo que de Él dice Isaías... Tomáis la dulce miel, el embriagador vino de los profetas... pero no pensáis que para ser Rey de reyes el Hijo del hombre habrá de beber la hiel y el vinagre y vestirse con la púrpura de su Sangre... Pero no es culpa vuestra si no entendéis... Y vuestro error de comprensión es amor. Quisiera en vosotros *otro amor*. Pero por ahora no podéis... Siglos de pecado están contra los hombres, para impedir en ellos la Luz. Pero la Luz echará abajo las paredes y entrará en vosotros... [2]Vamos». 471.2

Regresan al camino de herradura —lo habían dejado para subir a la lejana meseta—, y bajan ligeros hacia el valle. Los apóstoles hablan entre sí en tono bajo...

Luego Felipe se echa a correr, alcanza al Maestro y pregunta: «¿Te he contrariado, Señor? No quería... ¿Estás disgustado conmigo?».

---

* *Habla Isaías*, en *Isaías 14, 25-27; 17*; *también Jeremías*, en *Jeremías 49, 27*; *lo dice Ezequiel*, en *Ezequiel 36, 8 y 12 y 15*; estas tres citas están anotadas por MV en una copia mecanografiada. Siguen, por orden, citas de: *Salmo 89, 21-28; Salmo 72, 5-11* (por boca de Felipe); *Salmo 69, 22; Isaías 63, 1-3* (por boca de Jesús).

«No, Felipe. Pero quisiera que al menos vosotros comprendierais».

«Mirabas allá con mucho anhelo...».

«Porque pensaba en todos los lugares que no me han tenido todavía. Y que no me tendrán... porque mi tiempo huye... ¡Qué breve es el tiempo del hombre! ¡Y qué lento es el hombre en la acción! ...¡Cómo siente el espíritu estas limitaciones de la Tierra!... Pero... ¡Padre, hágase tu voluntad!».

«Pero has recorrido todas las regiones de las antiguas tribus, Maestro mío. Al menos una vez las has santificado, de forma que puede decirse que has recogido en tu puño a las doce tribus...».

«Esto es verdad. Vosotros haréis después lo que el tiempo no me dejó hacer».

«¿Tú, que detienes el curso de los ríos y calmas los mares, no podrías moderar el paso del tiempo?».

«Podría. Pero el Padre en el Cielo, el Hijo en la Tierra, el Amor en el Cielo y en la Tierra desean ardientemente llevar a cabo el Perdón...», y Jesús se sumerge en una meditación profunda, que Felipe respeta dejándole sólo y yendo a reunirse con sus compañeros. Y a éstos les refiere su diálogo.

471.3 [3]...Ya está cercano el valle, ya se ve un camino, un verdadero camino de primer orden, que, viniendo del Sur, continúa hacia el Oeste, haciendo una curva justamente al pie del monte, para orillar su base y proseguir luego recto hacia un bonito pueblo asentado en el verde junto a un riachuelo que al presente es sólo un cantizal que entre canto y canto mantiene erguida alguna caña resistente, especialmente en el centro, donde un hilo, verdaderamente un hilo de agua, se obstina en correr hacia el mar.

Se reagrupan todos antes de tomar este camino de primer orden, pero aún no han recorrido algunos metros cuando dos hombres vienen a su encuentro con gestos de saludo.

«Dos discípulos de los rabíes, y uno es levita. ¿Qué quieren?» comentan entre sí los apóstoles, que no están mínimamente contentos del encuentro. Yo no sé de qué deducen que son discípulos y que uno es levita. No entiendo todavía bien el lenguaje de los flecos y los galones y otros secretos del vestuario israelita.

Jesús, cuando llega a dos metros aproximadamente y no es posible ningún equívoco —el camino está ya libre de transeúntes que a pie o en caballerías se apresuraban hacia el pueblo—, responde al saludo repetido y espera parado.

«La paz a ti, Rabí» dice, ahora oralmente, el levita, que antes se había limitado a profundas reverencias.

«La paz a ti. Y a ti» dice Jesús dirigiéndose al otro.

«¿Eres Tú el Rabí de nombre Jesús?».

«Lo soy».

«Una mujer ha entrado antes de la hora sexta en la ciudad y ha dicho que había hablado por el camino con un rabí más grande que Gamaliel, porque además de sabio era bueno. La cosa ha llegado a nosotros, y los maestros, suspendiendo la partida para Jerusalén, nos han enviado a todos a buscarte, a todos los que estábamos; dos a cada camino que de Yiscala baja a los caminos del llano. En su nombre y por medio de nosotros te dicen: "Ven a la ciudad, que queremos hacerte unas preguntas"».

«¿Y por qué motivo?».

«Para que des tu dictamen sobre un hecho sucedido en Yiscala y que todavía tiene repercusiones».

«¿Y no tenéis a los grandes doctores para dictaminar? ¿Por qué dirigirse al Rabí desconocido?».

«Si eres el que dicen los rabíes, no eres desconocido. ¿No eres Jesús de Nazaret?».

«Lo soy».

«Los rabíes conocen tu sabiduría».

«Y Yo conozco su odio hacia mí».

«No todos, Maestro. El más grande y justo no te odia».

«Lo sé. Tampoco me ama. Me estudia. ¿Pero el rabí Gamaliel está en Yiscala?».

«No. Se ha marchado ya, para estar en Seforí antes del sábado. Se marchó inmediatamente después del juicio».

«¿Y entonces por qué me buscáis? Yo también debo respetar el sábado y llegar a aquel lugar, para lo que casi no me queda tiempo. No me entretengáis más».

«¿Tienes miedo, Maestro?».

«No tengo miedo porque sé que ningún poder ha sido dado por ahora a mis enemigos. Dejo a los sabios la satisfacción de juzgar».

«¿Qué quieres decir?».

«Que Yo no juzgo, sino que perdono».

«Tú sabes juzgar mejor que ningún otro. Gamaliel lo ha dicho. Dijo: "Sólo Jesús de Nazaret juzgaría con justicia aquí"».

«Bien. Pero ya habéis juzgado. Y la cosa ya no tiene arreglo. Mi juicio habría sido calmar las pasiones antes de castigar. Si había culpa, el culpable podía arrepentirse y redimirse; si no la había, no se habría producido la ejecución, que, para alguno, ante los ojos de Dios, es igual que un homicidio premeditado».

«¡Maestro! ¿Cómo lo sabes? La mujer ha jurado que hablaste con

ella sólo de sus cosas... y Tú sabes... ¿Eres entonces realmente profeta?».

«Yo soy quien soy. Adiós. Paz a ti. El Sol se comba hacia occidente» y le vuelve las espaldas. Se echa a caminar en dirección al pueblo.

«¡Has hecho bien, Maestro! ¡Sin duda te estaban tendiendo una trampa!». Los apóstoles se muestran solidarios con el Maestro.

471.4 [4]Pero sus alabanzas y razonamientos se ven truncados por los dos de antes, que los alcanzan y suplican a Jesús que suba a Yiscala.

«No. El ocaso me pillaría por el camino. Decid a quien os envía que observo la Ley, siempre, cuando observarla no va en detrimento del mandamiento que es mayor que el sabático: el del amor».

«Maestro, Maestro. Te lo suplicamos. Este caso es verdaderamente de amor y justicia. Ven con nosotros, Maestro».

«No puedo. Y ni siquiera vosotros podéis subir a tiempo».

«Tenemos licencia para hacerlo para este caso».

«¿Y qué? He curado a un enfermo y le he absuelto en día de sábado y se ha alzado la voz, ¿y a vosotros se os concede violar el sábado por una ociosa disputa? ¿Es que hay dos medidas en Israel? ¡Marchaos! ¡Marchaos! Y dejadme a mí también marcharme».

«Maestro, Tú eres profeta. Por tanto, conoces las cosas. Yo esto lo creo, y éste también. ¿Por qué nos rechazas?».

«Porque...». Jesús se detiene y los mira muy fijamente. Sus ojos severos, que traspasan y penetran más allá de los velos de la carne para leer los corazones, miran, dominadores, a los dos que tiene delante. Y luego sus ojos, tan insostenibles en el rigor, tan dulces en el amor, cambian de mirada para adquirir una expresión tan amorosa, tan misericordiosa que, si antes el corazón temblaba de miedo por la mirada poderosa, ahora tiembla de emoción ante el brillo del amor de Cristo. «Porque —repite— no Yo, sino que son los hombres los que rechazan al Hijo del hombre, que debe desconfiar de sus hermanos. Pero a quienes no tienen malicia en el corazón les digo: "Venid", y digo también: "Amadme" a los que me odian...».

«Y entonces, Maestro...».

«Y entonces voy al pueblo para el sábado».

«Espéranos, al menos».

«Con el ocaso del sábado me marcho. No puedo esperar».

471.5 [5]Los dos se miran, se consultan mientras se quedan rezagados; luego uno, el del rostro más abierto y que ha hablado casi siempre, vuelve corriendo. «Maestro, yo me quedo contigo hasta después del sábado».

Pedro le tira a Jesús de la túnica —está a su lado—, de forma que

le obliga a volverse hacia él, y le susurra: «No. Un espía». Judas Tadeo, a espaldas de su primo, musita: «Desconfía». Natanael, que se ha adelantado con Simón y Felipe, se vuelve con una mirada avisadora que dice "no". Hasta los dos más confiados, Andrés y Juan, indican que no con la cabeza por detrás de la espalda del importuno.

Pero Jesús no toma en consideración sus miedos sospechosos y responde brevemente: «Quédate», y ellos se deben resignar.

El hombre está contento y se siente menos ajeno al grupo. Siente la necesidad de decir su nombre, decir quién es, por qué está en Palestina —él, que nació en la Diáspora pero que fue consagrado a Dios desde su nacimiento, porque fue «consolación de sus padres», los cuales, agradecidos al Señor por haberle tenido, le confiaron a los parientes de Jerusalén para que fuera del Templo—; y cómo en Jerusalén, sirviendo a la Casa de Dios, conoció al rabí Gamaliel y vino a
* ser discípulo suyo, discípulo atento y amado: «Me llamaron José porque, como el antiguo, quité a mi madre la pena de ser estéril. Pero mi madre, mientras me nutría, siempre me llamaba "mi consolación", y vine a ser Bernabé para todos. También me llama así el gran rabí, porque él se consuela en los mejores discípulos».

«Haz que te llame así también Dios; es más, que sea Dios, sobre todo, el que te llame así» dice Jesús.

[6]Entran en el pueblo. 471.6

«¿Lo conoces?» pregunta Jesús.

«No. No he estado nunca aquí. Es la primera vez que vengo a Neftalí. Me tomó consigo, y con otros, el rabí, porque me he quedado sólo...».

«¿Tienes a Dios como amigo?».

«Eso espero. Trato de servirle como mejor puedo».

«Entonces no estás solo. El pecador es el que está solo».

«Puedo pecar yo también...».

«Tú, discípulo de un gran rabí, ciertamente sabes las condiciones por las que una acción se hace pecado».

«Todo, Señor, es pecado. El hombre peca continuamente. Porque son más los preceptos que los momentos del día. Y no siempre el pensamiento, ni las circunstancias, nos ayudan a no pecar».

«Sobre todo las circunstancias, en verdad sobre todo ellas a menudo nos inducen a pecar. ¿Pero tienes claro el concepto del principal atributo de Dios?».

«Justicia».

---

* *José... como el antiguo*, en *Génesis 30, 22-24*; *vine a ser Bernabé*, como se verá en *Hechos 4, 36*.

«No».

«Potencia».

«Tampoco».

«...Rigor».

«Mucho menos».

«Y, a pesar de todo... eso es lo que fue en el Sinaí, y después otras veces...».

«En aquel entonces fue visto el Altísimo entre rayos, que ceñían con terribles aureolas el rostro del Padre y Creador. En verdad, no conocéis el verdadero rostro de Dios. Si lo conocierais, y si conocierais su Espíritu, sabríais que el principal atributo de Dios es el Amor, y además Amor misericordioso».

«Sé que el Altísimo nos ha amado. Somos el pueblo elegido. ¡Pero servirle es terrible!».

«Si sabes que Dios es Amor, ¿cómo puedes llamarle terrible?».

«Porque pecando perdemos su amor».

«Te he preguntado antes si conoces las condiciones por las que una acción se hace pecado».

«Cuando no es una acción de los seiscientos trece preceptos, de las tradiciones, decisiones, costumbres, bendiciones y oraciones, además de las diez imposiciones de la Ley, o bien no es como los escribas enseñan estas cosas, entonces es pecado».

«¿Aunque el hombre no lo haga con plena advertencia y perfecto consentimiento de la voluntad?».

«Incluso así. Por tanto, ¿quién puede decir: "No peco"? ¿Quién puede esperar la paz en Abraham al morir?».

471.7 [7]«¿Son perfectos los hombres en el espíritu?».

«No. Porque Adán pecó y nosotros tenemos aquella culpa en nosotros. Esa culpa nos hace débiles. El hombre ha perdido la Gracia del Señor, única fuerza para sostenernos...».

«¿Y el Señor lo sabe?».

«Él sabe todo».

«¿Y entonces tú crees que no tiene misericordia considerando lo que debilita al hombre? ¿Crees que exige de los que han sido heridos lo mismo que podía exigir del primer Adán? Aquí está la diferencia que vosotros no consideráis. Dios es Justicia, sí. Es Potencia, sí. Puede ser también Rigor para el impenitente que persiste en pecar. Pero cuando ve que un niño suyo —todos son niños sobre la faz de la Tierra, que es *una hora* de eternidad para el espíritu, que se hace adulto en su examen espiritual de mayoría de edad eterna en el juicio particular—, cuando Él ve que un niño suyo falta porque es un distraído, o por lentitud en saber discernir, o por estar poco intruido, o

porque es muy débil en una o en varias cosas, ¿tú piensas que el Padre Stmo. le podrá juzgar con intransigente rigor? Tú lo has dicho. El hombre ha perdido la Gracia, fuerza para reaccionar contra la Tentación y los apetitos. Y Dios lo sabe. Y no hay que temblar por temor a Dios y huir de Él como Adán después de la culpa, sino que hay que recordar que Él es Amor. Su rostro resplandece ante los hombres, pero no para reducirlos a cenizas; antes bien, para confortarlos como hace el Sol con sus rayos. El amor, no el rigor, irradia de Dios. Rayos de sol, no un saetear de dardos. Y además... ¿Qué ha impuesto de por sí el Amor? ¿Una carga que no se puede llevar? ¿Un código de innumerables capítulos que pueden olvidarse? No. Sólo diez mandamientos. Para tener al animal hombre embridado como a un potro, que sin la brida va al desastre. Pero cuando sea salvado el hombre, cuando se le dé de nuevo la Gracia, cuando llegue el Reino de Dios, o sea, el Reino del amor, se dará, a los hijos de Dios y súbditos del Rey, un solo mandamiento, en que todo estará comprendido: "Ama a tu Dios con todo tu ser y al prójimo como a ti mismo". Porque has de creer, hombre, que Dios-Amor no puede sino aligerar el yugo y hacerle suave, y el amor hará suave el servicio a Dios, no temido ya, sino amado. Amado sólo, amado por sí mismo y amado en nuestros hermanos. ¡Cuán simple será la Ley última! Como es Dios: perfecto en su simplicidad. Escucha: ama a Dios con todo tu ser, ama al prójimo como a ti mismo. Medita. ¿Los gravosos seiscientos trece preceptos y todas las oraciones y bendiciones no están ya —despojándose de sutilezas inútiles que no son religiosas, sino esclavitud hacia Dios— enumerados en estas dos frases? Si amas a Dios, ciertamente le honras a todas horas. Si amas al prójimo, ciertamente no haces algo que le cause dolor: no mientes, no robas, no matas o hieres, no eres adúltero. ¿No es así?».

[8]«Así es... Maestro justo, yo quisiera estar contigo. Pero Gamaliel 471.8
ha perdido ya por ti a los mejores discípulos Yo...».

«No es todavía la hora de que vengas a mí. Cuando llegue, tu propio maestro te lo dirá, porque es un justo».

«¿Lo es, verdad? ¿Lo dices Tú?».

«Lo digo porque es verdad. No soy uno que derribe para alzarse pisando al derribado. Reconozco a cada uno lo suyo... Pero... nos están llamando... Sin duda, han encontrado los alojamientos para nosotros. Vamos...».

472. Solicitud insidiosa de un juicio acerca de un hecho ocurrido en Yiscala.

12 de agosto de 1946.

472.1 [1]«No me gusta nada esta parada con ese hombre que se ha unido a nosotros...» rezonga Pedro, que está con Jesús en un tupido huerto con árboles frutales.

Debe ser ya la tarde del sábado, porque el Sol está todavía alto, siendo así que llegaron al pueblo con el crepúsculo.

«Después de las oraciones nos marchamos. Es sábado. No se podía andar. Y nos ha sentado bien este descanso. No haremos ya ningún alto hasta el próximo sábado».

«Pero Tú has descansado poco. ¡Todos esos enfermos!...».

«Muchos que ahora alaban al Señor. Para ahorraros mucho camino me habría quedado aquí dos días, para dar tiempo a los curados a llevar la noticia al otro lado del confín. Pero no habéis querido».

«¡No! ¡No! Quisiera estar lejos ya. Y... no te fíes demasiado, Maestro. ¡Tú hablas! ¡Tú hablas! Pero ¿sabes que todas tus palabras en ciertas bocas se transforman en veneno para ti? ¿Por qué nos lo han mandado?».

«Lo sabes».

«Sí. Pero ¿por qué se ha quedado?».

«No es el primero que se queda después de acercarse a mí».

Pedro menea la cabeza. No está convencido. Y masculla: «¡Un espía!... ¡Un espía!...».

«No juzgues, Simón. Podrías arrepentirte un día de tu juicio actual...».

«No juzgo. Tengo miedo. Por ti. Y esto es amor. Y el Altísimo no me puede castigar por amarte».

«No digo que te arrepentirías de esto, sino de haber pensado mal de tu hermano».

«Él es hermano de los que te odian. Por tanto, no es mi hermano».

472.2 La lógica, humanamente, es justa, [2]pero Jesús observa: «Es discípulo de Gamaliel. Gamaliel no está contra mí».

«Pero tampoco está contigo».

«Quien no está en contra está conmigo, aunque no lo parezca. No se puede pretender que un Gamaliel, el mayor doctor que tiene Israel hoy, un pozo de saber rabínico, una verdadera mina en la que están todas las... substancias de la ciencia rabínica, pueda diligentemente repudiar todo por optar... por mí. Simón, también a vosotros os es difícil optar por mí dejando todo el pasado...».

«¡Pero nosotros hemos optado por ti!».

«No. ¿Sabes lo que es optar por mí? No es quererme y seguirme solamente. Estas cosas son, en mucho, mérito del Hombre que soy y que atrae vuestras simpatías. Optar por mí es optar por mi doctrina, que es igual que la antigua en la Ley divina, pero que es completamente distinta de esa ley, de esa aglutinación de leyes humanas que han venido acumulándose durante los siglos, formando todo un código y un formulario que de divino no tiene nada. Vosotros, todos los humildes de Israel, y también algún grande muy justo, os quejáis, y criticáis las sutilezas formalistas de los escribas y fariseos, sus intransigencias y dureza... pero vosotros tampoco estáis de ello inmunes. No es culpa vuestra. Durante siglos y siglos, habéis —vosotros hebreos— asimilado lentamente las... emanaciones humanas de los manipuladores de la pura y sobrehumana Ley de Dios. Ya sabes, cuando uno sigue durante años y años viviendo de una determinada manera distinta de la propia de su país, por vivir en un país extranjero, y viven en él sus hijos y los hijos de sus hijos, sucede que su descendencia acaba por ser como la del lugar en que se halla. Se aclimata tanto, que pierde incluso el aspecto físico de su nación, además de las costumbres morales; y, por desgracia, tanto, que pierde la religión de sus padres... [3]Pero... ahí están los otros. Vamos a la sinago- 472.3
ga...».

«¿Hablas Tú?».

«No. Soy un simple fiel. He hablado con los milagros esta mañana...».

«Con tal de que no haya sido perjudicial...». Pedro está realmente descontento y preocupado, pero sigue al Maestro, que se ha reunido con los otros apóstoles. Por el camino, dan alcance a Jesús el hombre de Yiscala y otros, quizás del pueblo.

En la sinagoga el arquisinagogo, con deferencia, se dirige a Jesús diciendo: «¿Quieres explicar, Rabí, la Ley?».

Pero Jesús lo rehúsa, y, como un simple fiel, sigue todas las ceremonias. Besa, como los demás, el rollo que alarga el vicearquisinagogo (digo esta palabra porque no sé cómo se llama este ayudante del arquisinagogo). Escucha la explicación del punto elegido por el arquisinagogo. De todas formas, aunque no hable, su aspecto ciertamente es ya predicación por el modo en que ora... Muchos le miran. El discípulo de Gamaliel no le pierde de vista ni un minuto. Y los apóstoles, recelosos como están, no pierden de vista al discípulo.

Jesús ni siquiera se vuelve cuando, en una puerta de la sinagoga, se produce un murmullo que hace que muchos se distraigan. Pero el rito termina y la gente sale a la plaza donde está la sinagoga. Jesús,

a pesar de que estaba más hacia el fondo que hacia la cabeza de la sinagoga, es uno de los últimos en salir, y se dirige hacia la casa para tomar el morral y ponerse en camino.

472.4 [4]Muchos del lugar le siguen; entre ellos, el discípulo de Gamaliel, al cual, en un momento dado, le llaman tres que están contra la pared de una casa. Habla con ellos y con ellos se abre paso hacia Jesús.

«Maestro, éstos quieren decirte algo» dice, llamando la atención de Jesús, que estaba hablando con Pedro y con su primo Judas.

«¡Escribas! ¡Ya lo había dicho yo!» exclama Pedro ya agitado.

Jesús saluda con una reverencia a los tres que le saludan, y pregunta: «¿Qué queréis?».

Habla el más viejo: «No has venido. Venimos nosotros. Y para que nadie piense que hemos pecado en el sábado, decimos a todos que hemos dividido el camino en tres tiempos. El primero hasta que la última luz del ocaso ha tenido vida. El segundo, de seis estadios, mientras la Luna iluminaba los senderos. El tercero termina ahora y no ha superado la medida legal. Esto por nuestras almas y las vuestras. Pero para nuestro intelecto te pedimos sabiduría. ¿Estás al corriente de lo que ha sucedido en la ciudad de Yiscala?».

«Vengo de Cafarnaúm. Nada sé».

«Escucha. Un hombre, que se había ausentado de su casa por prolongados negocios, al regresar, supo que en su ausencia su mujer le había traicionado, hasta el punto de dar a luz a un hijo que no podía ser de su marido, porque él había estado fuera de casa catorce meses. El hombre mató ocultamente a su mujer. Pero, denunciado por uno que lo supo por la sierva, según la ley de Israel ha sido ejecutado. El amante, que según la Ley debería ser lapidado, se ha refugiado en Quedes, y, sin duda, tratará de ir desde allí a otros lugares. El hijo ilegítimo —el marido quería tenerle también para matarle— no fue entregado por la mujer que le amamantaba, que ha ido a Quedes para conmover al verdadero padre del lactante para que se ocupe de su hijo, porque el marido de la nodriza se niega a tenerle en casa. Pero el hombre la ha rechazado, junto con su hijo, diciendo que éste significaría un obstáculo para su fuga. ¿Según Tú, cómo juzgas el hecho?». *

«No veo que sea ya susceptible de juicio. Todo juicio, justo o injusto, ha sido ya dado».

«¿Cuál, según Tú, ha sido el juicio justo y cuál el injusto? Surgió divergencia entre nosotros acerca de la muerte del homicida».

---

* *la ley de Israel*, aquí frecuentemente invocada por un hecho de adulterio (de la misma forma que en 494.1) y de homicidio, es la de: *Éxodo 21, 12-14; Levítico 20, 10; 24, 17; Números 35, 16-34; Deuteronomio 19, 11-13; 22, 22.*

[5]Jesús los mira a uno tras otro de hito en hito. Luego dice: «Voy a 472.5
hablar. Pero antes responded a mis preguntas, sea cual fuere su peso. Y sed sinceros. ¿El hombre homicida de su esposa era del lugar?».

«No. Se había establecido allí desde su matrimonio con la mujer, que era del lugar».

«¿El adúltero era del lugar?».

«Sí».

«¿Cómo el hombre traicionado supo que lo había sido? ¿Era pública la culpa?».

«No, ciertamente. Y no se comprende cómo pudo saberlo el hombre. La mujer se había ausentado unos meses antes, diciendo que para no estar sola iba a Tolemaida donde unos parientes suyos, y volvió diciendo que había tomado consigo al hijito de una pariente que había muerto».

«¿Cuando estaba en Yiscala, su conducta era desvergonzada?».

«No. Es más, a todos nos sorprendió el que Marcos estuviera en relaciones con ella».

«Mi pariente no es un pecador. Es un acusado inocente» dice uno de los tres, que no ha hablado todavía.

«¿Era pariente tuyo? ¿Quién eres?» pregunta Jesús.

«El primero de los Ancianos de Yiscala. Por esto he querido la muerte del homicida, porque no sólo mató, sino que mató a persona inocente» y dirige una mirada torva al tercero, que tiene unos cuarenta años y que, rebatiendo, dice: «La Ley impone la muerte del homicida».

«Tú querías la muerte de la mujer y del adúltero».

«Así es la ley».

«Si no hubiera habido ningún otro motivo, ninguno habría hablado».

Se enciende la disputa entre los dos antagonistas, que casi se olvidan de Jesús. Pero el que ha hablado el primero, el más mayor, impone silencio, diciendo con imparcialidad: «No se puede negar que el homicidio haya sido consumado, como tampoco se puede negar que haya habido culpa. La mujer la confesó a su marido. Pero dejemos hablar al Maestro».

«Yo digo: ¿cómo lo supo el marido? No me habéis respondido».

El que defiende a la mujer dice: «Porque alguien habló en cuanto el marido regresó».

«Y entonces Yo digo que ése no tenía el corazón puro» dice Jesús, bajando los párpados para celar su mirada y que ésta no acuse.

Pero el de cuarenta años, que quería la muerte de la mujer y del adúltero, salta: «Yo no tenía ninguna hambre de ella».

«¡Ah! ¡Ahora está claro! ¡Fuiste tú el que habló! ¡Lo sospechaba, pero ahora te has traicionado! ¡Asesino!».

«Y tú, favorecedor del adúltero. Si no le hubieras avisado, no se nos habría escapado. ¡Pero es tu pariente! ¡Así se hace la justicia en Israel! Por eso defiendes también la memoria de la mujer: para defender a tu pariente. De ella sola no te preocuparías».

«¿Y tú, entonces?, ¿tú, que has lanzado al hombre contra la mujer para vengarte de sus negativas?».

«¿Y tú, que has sido el único que ha testificado contra el hombre? ¿Tú que pagabas a una criada en aquella casa para que te ayudara? No es válido el testimonio único. Lo dice la Ley».

¡Un jaleo de mercado! Jesús y el añoso anciano tratan de calmar a los dos, que representan dos intereses y dos corrientes opuestas, y que revelan un odio incurable entre dos familias. Lo logran a duras
472.6 penas. [6]Ahora habla Jesús, sereno, solemne; y lo primero que hace es defenderse de la acusación salida de los labios de uno de los contendientes: «Tú que proteges a las prostitutas...».

«Yo no sólo digo que el adulterio consumado es delito contra Dios y contra el prójimo, sino que digo: aquel que tiene deseos impuros hacia la mujer de otro es adúltero en su corazón y comete pecado. ¡Ay si cada hombre que ha deseado a la mujer de otros hubiera de ser muerto! Los lapidadores deberían tener siempre las piedras en la mano. Pero, aunque el pecado, muchas veces, quede impune por parte de los hombres en la Tierra, será expiado en la otra vida, porque el Altísimo ha dicho: "No fornicarás y no desearás a la mujer de otros", y a la palabra de Dios hay que prestarle obediencia. Pero también digo: "¡Ay de aquel por quien se comete un escándalo!, y ¡ay del delator de su prójimo!". Aquí todos han faltado. El marido. ¿Tenía realmente necesidad de abandonar a su esposa durante tanto tiempo? ¿La había tratado siempre con ese amor que conquista el corazón de la compañera? ¿Se examinó a sí mismo para ver si, antes que él por parte de la mujer, no había sido ofendida por él la mujer? La ley del talión dice: "Ojo por ojo, diente por diente". Pero, si lo dice para exigir reparación, ¿debe ésta provenir de uno sólo? No defiendo a la adúltera, pero digo: "¿Cuántas veces habría podido acusar ella de este pecado a su consorte?"».

La gente susurra: «¡Es verdad! ¡Es verdad!» y asienten también el viejo de Yiscala y el discípulo de Gamaliel.

Jesús prosigue: «...Yo digo: ¿cómo no ha temido a Dios el que por venganza ha causado tanta tragedia? ¿La habría querido en el seno de su familia? Yo digo: ¿el hombre que ha huido y que, después de gozar y destruir, repudia ahora al inocente, cree que, huyendo, se

salvará del Vengador eterno? Esto es lo que digo Yo. 7Y digo todavía 472.7
otras cosas. La Ley exigía la lapidación de los adúlteros y la ejecución del homicida. Pero llegará un día en que la Ley, necesaria para poner freno a la violencia y la lujuria de los hombres no fortalecidos por la Gracia del Señor, será modificada, y, si bien quedarán los mandamientos: "No matar y no cometer adulterio", las sanciones contra estos pecados serán transferidos a una justicia más alta que la del odio y la sangre. Una justicia respecto a la cual la supérstite y siempre falaz e inmeritoria justicia de los jueces humanos —todos, y quizás varias veces, adúlteros, si es que no han sido también homicidas— será menos que nada. Hablo de la justicia de Dios, que pedirá explicación a los hombres incluso de los deseos impuros, de los cuales nacen las venganzas, las delaciones, los homicidios; y, sobre todo, pedirá explicación de por qué se niega a los culpables las horas para redimirse, y por qué a los inocentes se les impone cargar con el peso de las culpas ajenas. Aquí todos culpables. *Todos*. Y también los jueces impulsados por opuestos movimientos de venganza personal. Uno sólo es inocente. A él va mi piedad. Yo no puedo volver atrás. Pero, ¿quién de vosotros será caritativo con el pequeñuelo, y conmigo que sufro por él?».

Jesús mira a la multitud con ojos de triste súplica.

Muchos dicen: «¿Qué quieres? Pero recuerda que es un hijo ilegítimo».

«En Cafarnaúm hay una mujer de nombre Sara. Es de Afeq. Una discípula mía. Llevadle el niño y decidle: "Jesús de Nazaret te le confía". Cuando el Mesías que esperáis funde su Reino y ponga sus leyes —que no anulan la Palabra del Sinaí, sino que dan cumplimiento a ésta con la caridad—, los hijos ilegítimos ya no estarán sin madre, porque Yo seré el Padre de los que no tienen padre y diré a mis fieles: "Amad a éstos por amor a mí". Y cambiarán otras cosas, porque la violencia será substituida con el amor.

8Creíais, quizás, que ante vuestras preguntas Yo iba a negar la 472.8
Ley; y por esto me habéis buscado. Decíos a vosotros mismos y a quien os ha enviado que he venido a perfeccionar la Ley y nunca a negarla. Decíos a vosotros y a los otros que Aquel que predica el Reino de Dios, ciertamente, no puede enseñar aquello que en el Reino de Dios sería horror y no podría, por tanto, tener en él cabida. Decid-
* les también —y decíos— que recuerden lo que dice el Deuteronomio: "El Señor tu Dios suscitará para ti, de tu nación, de entre tus hermanos, un profeta. Escúchale. Eso pediste al Señor tu Dios en el Horeb;

---

* *que recuerden... el Deuteronomio: 18, 15-19*, como anota MV en una copia mecanografiada.

dijiste: 'No vuelva yo a oír la voz del Señor mi Dios, no vuelva a ver este grandísimo fuego, y no muera'. Y el Señor me dijo: 'Está bien lo que han dicho; suscitaré para ellos, de en medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti; *pondré mis palabras* en su boca, y les dirá todo lo que Yo le mande. Y si alguno no quisiere escuchar las palabras que en mi nombre dirá, tomaré cuentas de ello'".

Dios os ha mandado a su Verbo para que hablara sin que su voz os causara la muerte. Muchas cosas había dicho ya Dios al hombre, ya más de las que el hombre mereciera oír de Dios. Mucho, con la Ley del Sinaí y con los Profetas. Pero todavía muchas cosas debían decirse, y Dios lo ha guardado para su profeta del tiempo de Gracia, para el que había sido prometido a su pueblo, en quien mora la Palabra de Dios y en el cual se cumplirá el perdón. Fundador del Reino de Dios, codificará la Ley con los nuevos preceptos de amor, porque el tiempo del amor ha llegado. Y no pedirá venganza al Altísimo contra quien no le escuche; solamente, que el fuego de Dios deshaga el granito de los corazones y la Palabra de Dios pueda penetrar en ellos y fundar en ellos el Reino, que es Reino del espíritu, como espiritual es su Rey. Al que —quienquiera que sea— ame al Hijo del hombre, el Hijo del hombre le dará Camino, Verdad, Vida: para ir a Dios, para conocerle y para vivir la Vida eterna. En aquel —quienquiera que sea— que acepte mi palabra surgirán fuentes de luz, por lo cual conocerá el sentido oculto de las palabras de la Ley y verá que las prohibiciones no son amenazas sino invitaciones de Dios, que quiere que los hombres sean beatos, no réprobos; benditos, no malditos.

472.9 [9]Una vez más, de una cosa ya resuelta, como no la habría resuelto la santidad, habéis hecho un instrumento inquisidor para sorprenderme en pecado. Pero Yo sé que no peco. Y no temo al decir mi pensamiento, que es éste: el hombre homicida ha sufrido, con el deshonor primero y con la muerte después, las consecuencias de haber hecho de la ganancia la meta de su vida. La mujer ha sufrido las consecuencias de su pecado con la muerte, y —os asombrará, pero es así— y su confesión, intentando mover a piedad a su marido hacia el inocente, ha disminuido su culpa ante Dios. Los demás —tú y tú y el que ha huido sin piedad ni siquiera hacia su pequeñuelo— tenéis mayor culpa que los dos primeros. ¿Murmuráis? Vosotros no habéis sufrido con la muerte las consecuencias, y en vosotros no estaban los atenuantes del marido traicionado ni están los atenuantes de la mujer: estar desatendida y haber confesado. Y todos tenéis un pecado, todos menos la nodriza del inocente. El pecado de rechazar a este inocente como a un mal vergonzoso. Habéis sabido matar al homicida. Habríais sabido matar también a los adúlteros. Habéis sabido

hacer lo que constituye justicia severa y lo habríais sabido hacer. Pero ni siquiera uno ha sabido, ni sabe, abrir los brazos a la piedad hacia el inocente. De todas formas, vuestra responsabilidad no es completa. No sabéis... Nunca sabéis exactamente lo que hacéis y lo que se debería hacer. Y en esto está vuestro atenuante.

Cuando este discípulo de Gamaliel ha venido a mí, me ha dicho: "Ven. Quieren hacerte unas preguntas sobre un hecho que todavía tiene repercusiones". Las consecuencias son el inocente. Bueno, ¿y ahora que sabéis lo que pienso, cambiaréis vuestro juicio donde todavía puede cambiarse? A éste le he dicho: "Yo no juzgo. Yo perdono". Gamaliel dijo: "Solamente Jesús de Nazaret juzgaría con justicia aquí". Yo, como le he dicho a éste, habría aconsejado a *todos* —digo a *todos*— prorrogar la sentencia hasta después de un atento examen y hasta que se hubieran calmado las pasiones. Muchas cosas hubieran podido cambiarse sin agraviar a la Ley. [10]La cosa ya está consumada. 472.10
Y que Dios perdone a quien se haya arrepentido o se vaya a arrepentir de ello. No tengo más que decir. Bueno, todavía una cosa: que Dios os perdone una vez más el haber tentado al Hijo del hombre».

«¡Yo no, Maestro! ¡Yo no! Yo... amo al rabí Gamaliel como un discípulo debe amar a su maestro: más que a un padre. Más, porque un rabí forma el intelecto, que es más grande que la carne. Y... no puedo dejar a mi rabí por ti. Pero para despedirme de ti no encuentro si-
* no las palabras del cántico de Judit. Florecen en el fondo de mi corazón, porque he percibido justicia y sabiduría en *todas* tus palabras. "Adonái, Señor, grande y magnífico es tu señorío. Nadie puede superarte. Nadie puede oponer resistencia a tu voz. ¡Los que te temen estarán en tu presencia en todo!"... Señor, yo bajaré a Cafarnaúm, donde la mujer que has mencionado. Y Tú ora por mí, porque mi granito se disuelva y penetre la Palabra que funda el Reino de Dios en nosotros... Ahora entiendo. Nosotros nos engañamos. Y nosotros, discípulos, somos los menos culpables...».

«¿Qué dices, necio?» interviene violentamente el Anciano de Yiscala volviéndose hacia el discípulo de Gamaliel.

«¿Que qué digo? Digo que tiene razón mi maestro. Y quien tienta a Éste para el reino temporal es un satanás, porque Éste es un verdadero Profeta del Altísimo y la Sabiduría habla por sus labios. Dime, Maestro, ¿qué tengo que hacer?».

«Meditar».

«Pero...».

«Meditar. Eres un fruto no maduro. Y debes ser injertado. Oraré

---

* *las palabras del cántico de Judit* están en *Judit 16, 1-17.*

por ti. Venid vosotros...».

Y, con los apóstoles cargados con los fardos, se echa a andar, dejando tras sí los comentarios.

472.11 [11]Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión del 15 de agosto de 1944: Jesús cura al niño de Sidón ciego de nacimiento».

473. Curación de un niño ciego de Sidón y una lección para las familias.

15 de agosto de 1944.

473.1 [1]Veo a Jesús saliendo de una sinagoga, rodeado de los apóstoles y de gente. Comprendo que es una sinagoga porque por la puerta abierta de par en par veo el mismo mobiliario que vi en la de Nazaret, en una de las visiones preparadoras de la Pasión.

La sinagoga está en la plaza central del pueblo. Una plaza desnuda, sólo con casas alrededor y, en el centro, un pilón alimentado por una fuente que echa un agua bonita, cristalina, por su única boca, formada por una piedra ahuecada en forma de teja. El pilón sirve para dar de beber a los cuadrúpedos y a las muchas palomas que se lanzan en vuelo de una a otra casa; la fuente, para llenar las ánforas de las mujeres, bonitas ánforas de cobre —muchas, trabajadas a golpe de martillo; otras, lisas— que resplandecen al sol (porque hace sol y calor). La tierra de la plaza está seca y amarillenta, como está cuando un intenso sol la seca. No hay un solo árbol en la plaza. Pero penachos de higueras y sarmientos de uva rebosan por las tapias de los huertos que orillan las cuatro calles que desembocan en la plaza. Debe ser un final de verano (en las pérgolas hay uva madura) y un final de día (el sol no cae a plomada, sino que sus rayos son oblicuos como en el ocaso).

En la plaza, una serie de enfermos esperan a Jesús. Pero no veo en éstos ningún milagro. Él pasa, se inclina hacia ellos, los bendice y consuela, pero no los cura, al menos por el momento. Hay también mujeres con niños, y hombres de todas las edades. Parece que el Salvador los conoce, porque los saluda por el nombre y ellos se arremolinan en torno a Él con familiaridad. Jesús acaricia a los niños, agachándose amoroso hacia ellos.

473.2 [2]En un ángulo de la plaza hay una mujer con un niño o niña (van todos vestidos con una misma tuniquita de colores claros). No parece del lugar. Yo diría que es de condición social más elevada que los demás. La túnica está más trabajada, con galones y pliegues; no es la

simple túnica de las aldeanas, que lleva como único adorno y modelado un cordón a la cintura. Esta mujer lleva, por el contrario, vestiduras más complicadas, las cuales, sin llegar a ser aquella obra maestra de vestuario que eran los vestidos de la Magdalena, tienen ya mucha galanura. En la cabeza lleva un velo ligero, mucho más que el que llevan las otras, que no es más que una tela de lino sutil, mientras que éste es casi muselina, pues es muy liviano. Está prendido en el centro de la cabeza, con gracia, y deja ver y entrever los cabellos castaños bien peinados, con trenzas sencillas, pero hechas con más experto cuidado que no las otras mujeres, que llevan trenzas recogidas en moño en la nuca o pasadas por la cabeza circularmente. Cubre sus espaldas un verdadero manto, o sea, una pieza de tela —no sé si cosida o continua— que tiene en torno al cuello un galón terminado en un broche de plata. La tela del manto cae amplia hasta el tobillo formando bellos pliegues.

La mujer tiene de la mano al niño o niña que he dicho. Un bonito niño de unos siete años. Y es robusto, pero de vivaracho no tiene nada. Está muy quieto, cabizbajo, de la mano de su mamá, sin prestar atención a lo que sucede a su alrededor.

La mujer mira, pero no se atreve a acercarse al grupo que se ha arremolinado en torno a Jesús. Parece indecisa, debatiéndose entre las ganas de ir y el miedo a acercarse... Decide una cosa intermedia: atraer la atención de Jesús. Ve que Él ha tomado en brazos a un angelote todo rosado y sonriente, que una madre le ha ofrecido. Y ve que, mientras habla con un viejecillo, aprieta contra su pecho al niño, meciéndole. Entonces se agacha hacia su niño y le dice algo.

El niño levanta la cabeza. Veo entonces una carita triste, con los ojos cerrados. Es ciego. «¡Piedad de mí, Jesús!» dice. La vocecita infantil hiende el aire quieto de la plaza y llega con su lamento hasta el grupo.

[3]Jesús se vuelve. Ve. Se mueve inmediatamente, con amorosa so- 473.3
licitud. Ni siquiera devuelve a su madre al niño que tiene en brazos. Va, alto y guapísimo, hacia el pobre cieguito, que tras su grito ha bajado de nuevo la cabeza, inútilmente instado por la madre a que repita el grito.

Jesús está frente a la mujer. La mira. También ella le mira; luego, tímidamente, baja la mirada. Jesús la ayuda. Ha devuelto, a la mujer que se lo había ofrecido, el niño que llevaba en brazos.

«Mujer, ¿es tuyo este hijo?».

«Sí, Maestro, es mi primogénito».

Jesús acaricia la cabecita —agachada— del niño. Jesús *parece* no haber visto la ceguera del pequeño. Pero creo que lo hace consciente-

mente, para dar pie a la madre a formular su petición.

«Así pues, el Altísimo ha bendecido tu casa con numerosa prole, y dándote en primer lugar el varón consagrado al Señor».

«Tengo sólo un varón, éste; y otras tres niñas. Y no voy a tener otros...». Un sollozo.

«¿Por qué lloras, mujer?».

«¡Porque mi hijo es ciego, Maestro!».

«Y querrías que viera. ¿Puedes creer?».

«Creo, Maestro. Me han dicho que abriste ojos que estaban cerrados. Pero mi niño ha nacido con los ojos secos. Mírale, Jesús. Debajo de los párpados no hay nada...».

Jesús alza hacia sí esta carita precozmente seria y, alzando con el pulgar los párpados, mira. Debajo hay un vacío. Vuelve a hablar, teniendo levantada con una mano hacia sí la carita.

«¿Por qué has venido, entonces, mujer?».

«Porque... sé que para mi niño es más difícil... pero si es verdad que eres el Esperado, lo puedes hacer. Tu Padre ha hecho los mundos... ¿No ibas a poder hacerle Tú dos pupilas a mi criatura?».

«¿Crees que vengo del Padre, Señor altísimo?».

«Creo esto y que Tú todo lo puedes».

473.4 [4]Jesús la mira como para discernir cuánta fe hay en ella y de qué pureza es esa fe. Sonríe. Luego dice: «Niño, ven a mí» y le lleva de la mano a un murete de aproximadamente medio metro de altura, y le pone encima. El murete se alza desde el camino hacia una casa: una especie de parapeto para proteger a ésta del camino, que tuerce en ese punto.

Cuando el niño está bien seguro encima de ese realce, Jesús adquiere aspecto serio, imponente. La gente se agolpa en torno a Él, al niño y a la madre temblorosa. Yo veo a Jesús de lado, de perfil. Solemnemente cubierto con su manto azul obscurísimo encima de la túnica apenas un poco más clara, muestra un rostro inspirado. Parece más alto, y hasta más fuerte, como siempre cuando emana potencia de milagro. Y esta vez es una de las que me parece más imponente. Pone las manos encima de la cabeza del niño, las manos abiertas, pero apoyando los dos pulgares en las órbitas vacías. Levanta la cabeza y ora intensamente, pero sin mover los labios. Ciertamente, un coloquio con su Padre. Luego dice: «¡Ve! ¡Lo quiero! ¡Y alaba al Señor!», y a la mujer: «Sea premiada tu fe. Aquí tienes al hijo que será tu honor y tu paz. Muéstrasele a tu marido. Él volverá a tu amor y nuevos días felices conocerá tu casa».

473.5 [5]La mujer —que ya ha lanzado un grito agudísimo de alegría al ver que, quitados los pulgares divinos, en las órbitas vacías dos es-

pléndidos ojos azul oscuro como los del Maestro la miran, fijamente, asombrados y felices bajo el flequillo de los cabellos morenos obscuros— lanza otro grito, y, a pesar de tener a su hijo apretado contra su corazón, se arrodilla a los pies de Jesús diciendo: «¿También sabes esto? ¡Ah! Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios» y le besa la túnica y las sandalias, y luego se levanta transfigurada de alegría y dice: «Oíd todos. Vengo de la lejana tierra de Sidón. He venido porque otra madre me habló del Rabí de Nazaret. Mi marido, judío y mercader, tiene en esa ciudad sus almacenes para el comercio con Roma. Rico y fiel a la Ley, me dejó de amar desde que, después de haberle dado un varón desdichado, le di tres niñas y luego me quedé estéril. Él se alejó de su casa; yo, aunque no había sido repudiada, vivía en las condiciones de una repudiada, y ya sabía que quería desembarazarse de mí para tener de otra mujer un heredero capaz de continuar el comercio y gozar de las riquezas paternas. Antes de salir fui donde mi esposo y le dije: "Espera, señor. Espera a que vuelva. Si vuelvo con el hijo todavía ciego, repúdiame. Pero si no, no hieras a muerte mi corazón y no niegues un padre a tus hijos". Y él me juró: "Por la gloria del Señor, mujer, te juro que si me traes a mi hijo sano —no sé cómo vas a poder hacerlo, porque tu vientre no supo darle ojos— volveré a ti como en los días del primer amor". El Maestro no podía saber nada de mi dolor de esposa, y a pesar de ello me ha consolado también en esto. Gloria a Dios y a ti, Maestro y Rey». La mujer está de nuevo arrodillada y llora de alegría.

[6]«Ve. Dile a Daniel, tu marido, que el que creó los mundos, ha dado dos claras estrellas por pupilas al pequeño consagrado al Señor. Porque Dios es fiel a sus promesas y ha jurado que quien crea en Él verá todo tipo de prodigios. Sea ahora fiel él al juramento que hizo y no cometa pecado de adulterio. Dile esto a Daniel. Ve. Sé feliz. Os bendigo a ti y a este niño, y contigo a los que tú amas». 473.6

Un coro de alabanzas y felicitaciones se eleva de la multitud, y Jesús entra en una casa cercana como para descansar.

La visión termina aquí. Y le aseguro que me ha impresionado profundamente.

17 de agosto de 1944.

[7]Dice Jesús: 473.7

«Dios, para los que tienen fe en Él, supera siempre las peticiones de sus hijos y da más todavía. Cree esto. Creedlo todos. A la mujer que de Sidón había venido a mí con las dos espadas clavadas en lo secreto del corazón y se atreve sólo a decirme el nombre de una de ellas —revelar ciertas íntimas desdichas es más penoso que decir:

"Estoy enfermo"—, le doy también este segundo milagro.

A los ojos del mundo habrá parecido, y parecerá todavía, que es mucho más fácil rehacer la concordia entre dos cónyuges separados por un motivo que ya está superado, y además felizmente, que no dar dos pupilas a dos ojos que nacieron sin ellas. Pero no, no es así. Hacer dos pupilas, para el Señor y Creador, es una cosa sencillísima, como devolver a un cadáver el soplo de la vida. El Amo de la Vida y de la Muerte, el Amo de todo lo que hay en la creación, no carece, ciertamente, de un soplo vital que infundir de nuevo en los muertos, ni de dos gotas de humor para un ojo seco. *Le basta querer para poder.* Porque ello depende *sólo* de su deseo. Pero, cuando se trata de concordia entre seres humanos, hace falta, juntamente con el deseo de Dios, la "voluntad" de los hombres. Dios sólo raramente violenta la libertad humana. En general os deja libres de actuar como queráis.

Aquella mujer, que vivía en tierra de idólatras y seguía creyendo, como su esposo, en el Dios de sus padres, ya por ello merece la benignidad de Dios. Llevando luego su fe más allá del límite de las medidas humanas, superando las dudas y la oposición de la mayoría de los creyentes judíos —esto lo prueban sus palabras a su esposo: "Espera a que regrese", segura de que volvería con su hijo curado— merece un doble milagro. Merece también este difícil milagro de abrir los ojos del espíritu a su consorte, ojos que se habían apagado para el amor y el dolor de su esposa, y le echaban la culpa a ella de algo que no es culpa.

473.8 [8]Quiero también —y esto es para las esposas— que se reflexione en la humildad respetuosa de esta hermana suya. "Fui donde mi esposo y le dije: 'Espera, señor'".

La razón estaba de su parte, porque echar la culpa a una madre de un defecto de nacimiento es necedad y cosa cruel. Ya su corazón está quebrantado ante la vista de su criatura desdichada. Doblemente la razón está de su parte, porque su marido la había marginado desde que había sabido que era estéril, y además tiene noticia de la intención de divorcio de su marido, y, a pesar de ello, sigue siendo la "esposa". O sea, la compañera fiel y sujeta a su compañero, como Dios quiere que sea y la Escritura enseña. No hay rebelión ni sed de venganza o intención de hallar otro hombre para no ser la "mujer sola".

"Si no regreso con el hijo curado, repúdiame. Pero, si sí, no hieras mortalmente mi corazón ni niegues un padre a tus hijos". ¿No parece estar oyendo hablar a Sara y a las antiguas mujeres hebreas? ¡Qué distinto es, mujeres, vuestro lenguaje de ahora! Mas también: ¡qué distinto es lo que obtenéis de Dios y de vuestro esposo! Y las familias se destruyen cada vez más.

[9]Como siempre, cumpliendo el milagro, he tenido que poner un 473.9
signo que lo hiciera aún más incisivo. Tenía ante mí todo un mundo para persuadirlo, un mundo cerrado en las barreras de toda una secular manera de pensar, y guiado por una secta enemiga mía. Se ve, pues, la necesidad de hacer resplandecer claramente mi poder sobrenatural. Mas la enseñanza de la visión no está aquí. Está en la fe, en la humildad y, no obstante, fidelidad al cónyuge, en la elección del camino adecuado —oh esposas y madres que habéis encontrado espinas donde esperabais rosas— para ver nacer donde os hirieron las espinas nuevas ramas florecidas.

Volveos hacia el Señor Dios vuestro, que ha creado la unión matrimonial para que el hombre y la mujer no estuvieran solos y se amaran formando una carne sola e indisoluble, puesto que fue unida junta, y que os ha dado el Sacramento para que sobre las nupcias descendiera su bendición y por mis méritos tuvierais todo lo que necesitáis en el nuevo camino de cónyuges y procreadores. Y, para volveros hacia Él con rostro y corazón seguros, sed honestas, buenas, respetuosas, fieles, *verdaderas* compañeras de vuestro esposo, no simples huéspedes de su casa o, peor todavía, advenedizas que una coincidencia reúne bajo un mismo techo, como dos que coinciden en una posada de peregrinos.

Esto sucede ahora demasiadas veces. ¿El hombre falta? Hace mal. Pero esto *no justifica* la manera de actuar de demasiadas esposas. Y todavía menos la justifica cuando a un buen compañero no sabéis corresponderle con bien el bien y con amor el amor. Y no quiero ni detenerme en el caso, demasiado común, de vuestras infidelidades carnales, que no os hacen distintas de las meretrices, con el agravante de practicar hipócritamente el vicio y de manchar el altar de la familia, a cuyo alrededor están las almas angélicas de vuestros inocentes. Pero estoy hablando de vuestra infidelidad moral al pacto de amor jurado ante *mi* altar.

Pues bien, Yo dije: "El que mira a una mujer con deseo comete adulterio en su corazón"; dije: "El que despide a su mujer con libelo de divorcio la expone al adulterio". Pero ahora, ahora que demasiadas mujeres son advenedizas para su marido, digo: "Las que no aman en *alma*, *mente* y *carne* a su compañero, le impulsan al adulterio, y, si bien le pediré a él explicación de su pecado, no menos lo haré con aquella que no fue la ejecutora del pecado pero sí su creadora". Hay que saber comprender en toda su extensión y profundidad la Ley de Dios, y hay que saber vivirla en plena verdad.

Tú, que no tienes relación con esto, quédate con mi paz y ten tu corazón fijo en mí».

474. Una visión que se pierde en un arrobo de amor.

15 de agosto de 1946.

474.1 [1]Como hacen a menudo mientras andan, quizás para aligerar con esa distracción la monotonía de la marcha continua, los apóstoles hablan entre sí, recapitulando y comentando los últimos acontecimientos, preguntándole algo de vez en cuando al Maestro, que generalmente habla poco —lo necesario para no ser descortés— y reserva este esfuerzo sólo para cuando llega la ocasión de adoctrinar a la gente o a sus apóstoles, corrigiendo ideas equivocadas, consolando a personas infelices.

¡Jesús era la "Palabra", pero no era la "charla"! Está claro. Era paciente y amable como nadie. Nunca mostraba fastidio por tener que repetir un concepto una, dos, diez, cien veces, para hacerlo entrar en las cabezas acorazadas con los preceptos farisaicos y rabínicos. Se despreocupaba de *su* cansancio, que a veces era tanto que constituía ya sufrimiento, con tal de quitar a una criatura el sufrimiento moral o físico. Pero es evidente que prefiere callar, aislarse en un silencio de meditación capaz de durar muchas horas, si es que alguien no le saca de él preguntándole algo. Generalmente, y siempre un poco adelantado respecto a sus apóstoles, va entonces con la cabeza un poco agachada, alzándola de vez en cuando para mirar al cielo, a los campos, a las personas, a los animales. Mirar he dicho, pero he dicho mal; debo decir: amar. Porque es sonrisa, sonrisa de Dios, lo que de esas pupilas emana para acariciar el mundo y las criaturas, sonrisa-amor. Porque es amor que se transparenta, que se difunde, que bendice, que purifica la luz de su mirada, siempre intensa, pero intensísima cuando sale de ese recogimiento...

474.2 [2]¿Qué serán esos recogimientos suyos? Yo pienso —y estoy segura de que no me equivoco, porque basta con observar su cara para ver lo que son—, yo pienso que son mucho más que nuestros éxtasis, en los cuales la criatura ya vive en el Cielo. Son el "encuentro sensible de Dios con Dios". Siempre presente y unida la Divinidad a Cristo, que era Dios como el Padre. En la Tierra como en el Cielo, el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre, que se aman y amándose generan a la Tercera Persona. La potencia del Padre es la generación del Hijo, y el acto de generar y de ser generado crea el Fuego, o sea, el Espíritu del Espíritu de Dios. La Potencia se vuelve hacia la Sabiduría a la que ha generado, y ésta se vuelve hacia la Potencia en el júbilo de ser el Uno para el Otro y de conocerse por lo que son. Y, dado que todo buen conocimiento recíproco crea amor —pasa también con nuestros im-

perfectos conocimientos—, henos al Espíritu Santo... Aquel que, si fuera posible poner una perfección en las perfecciones divinas, habría de llamarse la Perfección de la Perfección. ¡El Espíritu Santo! Aquel que con sólo pensar en Él ya llena de luz, alegría, paz...

En los éxtasis de Cristo, cuando el incomprensible misterio de la Unidad y Trinidad de Dios se renovaba en el Stmo. Corazón de Jesús, ¡qué producción de amor completa, perfecta, incandescente, santificante, jubilosa, pacífica debía generarse y difundirse, como de horno ardiente el calor, como de ardiente turíbulo el incienso, para besar con el beso de Dios las cosas creadas por el Padre, hechas por medio del Hijo-Verbo, hechas por el amor, sólo por el Amor, pues que todas las operaciones de Dios son Amor! Y ésta es la mirada del Hombre-Dios cuando, como Hombre y como Dios, alza los ojos —que han contemplado dentro del Cristo al Padre, a Él mismo y al Amor— para mirar el Universo: admirando la potencia creadora de Dios, como Hombre; exultando por poder salvarla en las criaturas regias de esa creación, los hombres, como Dios.

474.3 [3]No, no se puede, nadie podrá, ni poeta ni artista ni pintor, hacer visible a las gentes esa mirada de Jesús saliendo del abrazo, del encuentro sensible con la Divinidad, unida hipostáticamente al Hombre siempre, pero no siempre tan profundamente sensible para el Hombre que era Redentor y que, por tanto, a sus muchos dolores, a sus muchos anonadamientos, debía añadir éste, *grandísimo*, de no poder estar siempre en el Padre, en el gran torbellino del Amor como estaba en el Cielo: omnipotente... libre... jubiloso. Espléndida la potencia de su mirada de milagro, dulcísima la expresión de su mirada de hombre, tristísimo el brillo de dolor en las horas de dolor... Pero son miradas aún *humanas*, aunque de expresión perfecta. Ésta, ésta mirada de Dios que se ha contemplado y amado en la Triniforme Unidad no es susceptible de parangón, no hay adjetivo para ella...

Y el alma se postra delante de Él, adorando, anonadada en el conocimiento de Dios, beatificada por la contemplación de su infinito amor. Los torrentes de delicias inundan mi alma... ¡Estoy beata! ¡Todo dolor, todo recuerdo, quedan anulados bajo las olas del amor de Jesús Dios... y estas olas me suben al Cielo, a Ti!...

474.4 [4]¡Gracias, mi adorable Amor!... ¡Gracias!... Ahora sigo sirviéndote... La criatura es otra vez mujer, es otra vez "el portavoz" tras haber sido un instante "serafín". Vuelve a ser mujer, vuelve a ser criatura-mártir, quizás otro tormento está ya a sus espaldas... Pero en mi espíritu brilla la luz que me has dado, la beatífica luz de haberte contemplado; y no podrán apagarla ni torrentes de lágrimas ni crueles torturas. ¡Gracias, mi Bendito! ¡Sólo Tú me amas!

¡Comprendo a Pablo como nunca hasta ahora! "¿Quién podrá se * ararnos del amor de Cristo?... En todo esto salimos vencedores en virtud de Aquel que nos ha amado... Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes ni las futuras, ni la potencia, ni la altura, ni la profundidad, *ni ninguna otra cosa creada* podrán separarnos de la caridad de Dios que está en Jesucristo Señor nuestro". Es el peán victorioso, exultante, cantado por el conjunto de los victoriosos, de los amantes, de los salvados por el amor, porque ésta es la santidad: *la salvación recibida por haber sido amados y por haber amado.* ¡Y ya se oye! Y el espíritu, todavía aquí, prisionero en la Tierra, lo oye y *canta* su alegría, su confianza, su certidumbre... Y luz, más luz aún viene, y las palabras luminosas del Apóstol se iluminan más aún, aún más... "...la caridad de Dios que está en Jesucristo Señor nuestro".

Ahora comprendo también las palabras de Azarías, de este invierno: "Jesús es el compendio del amor de los Tres". ¡Eso es! Todo el Amor está en Él. Nosotros podemos encontrar este amor de Dios, nosotros hombres, sin esperar al regreso de Dios, sin esperar al Cielo, amando a Jesús. ¡Eso es! A quien cree le brotan dentro fuentes de agua viva, fuentes de luz, fuentes de amor, porque el que cree va a Jesús; porque quien cree cree que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma, Divinidad, como estaba en la Tierra, como está en el Cielo, con su Corazón, con su Corazón. Y en el Corazón de Jesús está la caridad de Dios. Y cuando el hombre recibe el Cuerpo Stmo. de Jesús acoge en sí al Corazón de Jesús. Tiene, por tanto, en sí, no sólo a Jesús; sino que tiene la Caridad de Dios, o sea, tiene a Dios Padre; Hijo, Espíritu Santo, porque la Caridad de Dios es la Stma. Trinidad, que es una única cosa: el Amor. El Amor que se divide en tres llamas para hacernos ternariamente felices. Felices de tener un Padre, un Hermano, un Amigo. Felices de tener a quien provee, a quien enseña, a quien ama. ¡Felices de tener a Dios!

474.5 [5]¡Oh, no puedo más!... ¡Señor, demasiado grande es tu don! ¿Quién me lo alcanza desde los Cielos? ¿Eres tú, Beatísima Madre, contemplada en tu fulgor de Asunta Reina del Cielo? ¿Eres tú, el enamorado de Cristo, dulce Juan de Betsaida, amigo mío? ¿Eres tú, Patriarca digno de amor, protector de los perseguidos, solícito provisor de consuelos, José veneradísimo? ¿Eres tú, mi gran hermanita Teresa del N. J., la que me alcanza lo que desde hace 21 años pido: que rebosen en mi alma las olas del Amor? ¡Oh, si eres tú, cumple la obra! Alcánzame el

---

* *Comprendo a Pablo*, en el texto de *Romanos 8, 35-39*; *comprendo... las palabras de Azarías*, escritas el 20 de enero de 1946 y reseñadas en el volumen "Los cuadernos. Del 1945 al 1950".

que muera no en uno de estos asaltos de amor —yo también soy una pequeña alma y no deseo cosas extraordinarias—, sino *después de uno* de estos asaltos de amor, cuando soy otra vez "pequeña alma pequeñísima", empequeñecida aún más por el conocimiento de lo que es el Infinito Amor, después de uno de estos asaltos, porque *después* estamos como bautizados de nuevo por el amor y no quedan sombras de manchas en nosotros. El amor quema... ¿O eres tu, Azarías, buen amigo, el que, por todas las lágrimas que has recogido de mis pestañas y llevado al Cielo, me has alcanzado esta hora de beatitud?

Pero a ti, a Teresa, a José, a Juan y María Stma., no os pido que este éxtasis vuelva, para llenarme de gozo y fuego. Lo que os pido, os suplico, es que vaya a otros corazones, y especialmente a los que vosotros sabéis, a esos corazones que torturan el mío y desagradan a Dios, que no saben escuchar ni obedecer. Si esos corazones tienen un solo instante de estos asaltos de amor, se convertirán al Amor, al verdadero Amor. Amarán. Con todo su ser. Con el intelecto, sobre todo, del cual caerán los muros del racionalismo, de la ciencia humana, que niegan y obstaculizan la fe sencilla y buena y ponen fronteras al poder de Dios. Y con el corazón, donde se fundirán, como cera al fuego, las costras del egoísmo, de la envidia, del odio...

Hacedlo, amadísimos míos. Yo acepto el no volver a poner jamás mis labios en el cáliz confortador del amor; acepto el beber siempre, hasta el regreso a Dios, del cáliz amargo de todas las renuncias; pero que ellos vuelvan al sendero radioso, que se santifiquen en todas sus acciones para merecer la mirada de Jesús-Dios, de la misma forma que hoy me fue concedido gozarla. Merecerla aquí, poseerla para siempre en el Cielo, de la misma forma que, esperando en mi Señor, confío poseerla yo también...

A las 12 del mismo día.

[6]Lo leo. Pienso en los teólogos que lean estas páginas. Quizás en- 474.6
cuentren errores en cómo hablo del éxtasis, de los recogimientos de Jesús. Recuerden que soy una pobre ignorante que no sabe de teología ni de términos teológicos, y que me esfuerzo en decir como puedo lo que veo, y con las frases que mi pobre mente puede formar...

16 de agosto de 1946.

[7]Digo a Jesús: «Señor, ayer me has arrollado y todo se ha perdido 474.7
en ti. La visión...».

Sonríe con dulce y divina alegría y, acariciándome, responde: «En vez de narrar, has cantado. Has cantado. Todo el Paraíso cantaba ayer las glorias de mi Madre, y tú has cantado junto con el Paraíso, y

el Paraíso en un determinado momento ha escuchado tu "solo". ¿Sabes cuándo? *Cuando has pedido no gozar, sino que el amor los invadiera a "ellos" para ser salvados.* El Cielo amante te ha escuchado, porque renunciar a la beatitud para que otros tengan la Vida sólo le es concedido a quien vive en la Tierra siendo ya ciudadano de los Cielos. Los Santos por tu canto han recordado cuando eran cantores en la Tierra; los Ángeles han escuchado mirando con fraterna complacencia a tu Azarías. María ha sonreído ofreciendo tu canto al Amor. Y el Amor, ¡oh, mi María!, y el Amor te ha besado... y vuelve a besarte. Exulta. Tú has comprendido al Amor. Yo estoy en ti, y en mí está Dios Uno y Trino como has comprendido. Recorre hoy los caminos de la alegría sobrenatural, en vez de los caminos de Palestina al encuentro del dolor de Jesús... María, ¿no te sientes feliz de estar en las mismas condiciones del último año mío? También esto es un don, y una luz para comprenderme. Sin una experiencia propia, y proporcionada, la criatura no podría comprender lo que fue mi larga Pasión. Pero hoy, como ayer, recorre los caminos de la alegría celeste. Dios está contigo. Queda en paz».

474.8 [8]Y así lo que iban comentando los apóstoles, sobre el episodio de Yiscala, sobre el milagro del niño ciego, sobre Tolemaida, adonde están yendo, sobre el camino de escalones tallados en la roca —se han alargado hasta allí, para llegar al último pueblo fronterizo entre Siro-Fenicia y Galilea, y debe ser el camino que vi cuando iban a Alejandrocena—, sobre Gamaliel, etc. ha pasado; bueno, ha quedado, en la medida en que lo he oído, en mi corazón. *

Digo sólo que quería decir esto: que los apóstoles, que en los primeros tiempos, menos formados espiritualmente, interrumpían con facilidad al Maestro, ahora, más desarrollados espiritualmente, respetan sus aislamientos y prefieren hablar entre sí, retrasados dos o tres metros. Sólo se acercan a Él cuando les es necesaria una información o un juicio, o cuando se hace imperioso su amor por el Maestro.

475. Abel de Belén de Galilea pide el perdón para sus enemigos.

17 de agosto de 1946.

475.1 [1]«Levantaos y vámonos» ordena Jesús a los suyos, que duermen profundamente sobre unos montones de heno —más espadaña que

* *el camino que vi cuando...*, en 328.1.

heno— que hay en un campo cercano a un arroyo que espera las lluvias de otoño para nutrir de aguas su lecho.

Los apóstoles, todavía medio dormidos, obedecen sin decir nada. Recogen los talegos, se ponen los mantos que habían usado como mantas durante la noche y se echan a andar con Jesús.

«¿Vamos por el Carmelo?» pregunta Santiago de Alfeo.

«No. Por Seforí. Y luego tomaremos el camino de Meguiddó. Apenas tenemos tiempo...» responde Jesús.

«Sí. Y las noches van siendo demasiado húmedas y frías como para dormir en las tierras, cuando por algún motivo no nos acoge una casa» observa Mateo.

«¡Los hombres! ¡Con cuánta facilidad olvidan!... ¿Señor, será siempre así?» pregunta Andrés.

«Siempre».

«¡Y entonces! Si así es contigo, cuando seamos nosotros, apenas vueltas las espaldas todo quedará cancelado» dice, desalentado, Tomás.

[2]«Yo digo, de todas formas, que aquí hay alguno que hace olvidar. 475.2
Porque los hombres, sí, olvidan con facilidad, pero no siempre olvidan. Yo veo que entre nosotros, entre los hombres, nos acordamos de las cosas recibidas y dadas. Sin embargo, para ti... No, son siempre ésos, son ellos los que trabajan para borrar tu recuerdo» dice Pedro.

«No hagas juicios sin una base segura» dice Jesús.

«¡Maestro, es que tengo la base!».

«¿La tienes? ¿Qué has descubierto?» pregunta Judas Iscariote, muy interesado; y con él también otros preguntan lo mismo. Pero el interés de Judas es el más vivo, yo diría ansioso.

Pedro, que estaba mirando a Jesús, se vuelve y mira a Judas... una mirada atenta, despierta, sospechosa, y, mirándole unos momentos, calla. Luego dice: «¡Bueno, nada... y *todo*!, si no te molesta saberlo. Tanto como para —si fuera uno que tuviera ganas de usar todos los medios para subir— tanto como para correr a denunciar muchas cosas a quien nos gobierna; y estoy seguro de que alguno se vería en apuros. Pero prefiero no subir, antes que recibir ayudas de esa parte. En las cosas de Dios meto sólo la ayuda de Dios, y me parecería profanar las cosas de Dios metiéndolos a ellos a... a ellos como... ayuda para aplastar a los reptiles. También ellos son reptiles... y... no me fiaría... Capaces de aplastar juntos a los denunciados y a los que denuncian... Así que... me las arreglo yo solo. Eso es».

«¿Pero no te das cuenta de que ofendes al Maestro?».

«¿Yo? ¿Por qué?».

«Porque Él tiene contacto con ellos».

«Él es Él, y, si tiene contacto con ellos, no lo hace con interés utilitario, sino para llevarlos a Dios. Él tiene capacidad para hacerlo... y lo hace. Pero no va corriendo detrás de ellos... Ya ves que... son ellos los que deben venir a Él, para oír al "filósofo", como dicen. Pero ahora me parece que ya no tienen tantas ganas. Y yo no me pongo a llorar».

«¡Parecías contento tú también en Pascua!».

«Eso es lo que parecía. El hombre es estúpido muchas veces. Ahora ya no lo parece, y *no lo es*. Y tengo razón».

«Como criatura que no mezcla el beneficio humano con las cosas espirituales, tienes razón, Simón. Pero como apóstol que se alegra de que otros se alejen de la Luz, no. No tienes razón. Si pensaras que cada alma conquistada para la Luz es una gloria para tu Maestro, no hablarías así» dice Jesús.

Judas Iscariote mira a Pedro con una sonrisa sarcástica. Y Pedro lo ve... pero se domina y no dice nada.

Jesús también lo ve y, refiriéndose a Pedro, pero como hablando a todos, dice: «Pero habéis de saber que se justifica más fácilmente un exceso de escrúpulo religioso, *con buena finalidad*, que no el pasar con indiferencia por encima de todo con tal de alcanzar un fin humano. Os lo he dicho varias veces: es la buena voluntad, o no buena, la que da peso a la acción. Y en este caso es buena voluntad, aunque imperfecta en cuanto a la forma, el oponerse a llevar lo humano a lo sobrehumano, y llevar ante Dios lo que uno considera impuro. No es justa su intransigencia porque Yo he venido para todos. Pero está muy cercano a la perfección su juicio de que en las cosas de Dios se debe recurrir sólo a su ayuda sobrenatural, sin mendigar ayudas humanas interesadas o utilitarias». Y con esta sentencia ecuánime, Jesús pone fin a la discusión.

475.3 [3]Han vadeado a pies enjutos otro lecho fluvial reseco por el verano, y han llegado al camino de primer orden que va de Sicaminón hacia Samaria (creo, si recuerdo bien el lugar visto otra vez). El camino está muy concurrido ante la inminencia de la fiesta y ya tiene el aspecto típico de los caminos palestinos en las épocas de peregrinaciones obligatorias al Templo. Viandantes, asnos, carros con personas dentro, con tiendas, enseres para los altos entre una y otra etapa y en la propia Jerusalén, donde siempre se apiña la gente en las solemnidades, tanto que —basta que la estación lo permita— es aconsejable acampar en las colinas que la rodean. Y además en esta de los Tabernáculos es aún más sensible la emigración de enteras familias, no porque sean más numerosos que en Pascua y Pentecostés los peregrinos, sino porque, debiendo obligatoriamente vivir bajo las tiendas durante unos días, tienen los enseres que en las otras solem-

nidades todos tratan de no llevarse consigo. Es verdaderamente el éxodo de un pueblo que afluye por todos los caminos hacia la capital, lo mismo que la sangre afluye desde todas las venas al corazón.

[4]Para comprender *también ahora* la obstinada religión de Israel, 475.4
tan tenaz, tan compacta —por lo cual los correligionarios se ayudan entre sí en cualquier lugar en que, impulsados por la suerte, se hallen; y, sea cual sea la nación en que nacieron, ello no es obstáculo para que otro hebreo de otra nación se sienta siempre hermano y compatriota del correligionario con que se encuentra—, hay que tener presente que los hebreos, aun estando dispersos o perseguidos, o siendo vilipendiados, y aparentemente sin una verdadera patria, no se sienten ninguna de estas cosas. Tienen *su* Patria, la que su Yeohveh les ha dado; tienen *su* capital, Jerusalén, y en ella, de todas las partes del mundo, converge lo mejor de sus seres: el espíritu, el corazón. ¿Han pecado? ¿Dios los ha castigado? ¿Las profecías se han cumplido? Sí, es verdad. Pero queda aquélla, luminosa, causa para ellos de luminosa esperanza: la de la reconstrucción del reino de Israel... la de este Mesías que debe venir... Y tratan —con la experiencia de un dolor que teme el ser merecedores de la reprobación de Dios, y en un perpetuo interrogante: "¿Pero era Jesús de Nazaret el verdadero Mesías?"—, tratan de reconstituirse como Nación para tener a este Mesías; tratan de conservar esta perseverante fidelidad a su religión para merecer el perdón de Dios y ver el cumplimiento de la promesa.

Yo soy una pobre mujer, no sé de problemas políticos, no me he interesado nunca por los hebreos actuales y por sus adversidades; alguna vez incluso me han hecho reír esperando todavía a quien ya ha venido y han crucificado; su llanto me ha parecido muy cocodrilesco; sus acciones no me han parecido ni me parecen merecedoras de lo que esperan de Dios: no el Cristo, que ya vendrá solamente en el Último Día, sino tampoco la reconstrucción de la dispersa raza hebrea en Nación independiente. Pero, ahora que *veo*, espiritualmente, a los padres de los hebreos actuales, comprendo su drama secular y su tenacidad, comprendo la fuente de esta tenacidad suya. Sigue siendo el Pueblo de Dios que por voluntad de Dios converge hacia la Tierra prometida a los Padres, a los Patriarcas; el pueblo que desde hace centenares de siglos cumple el rito mosaico, pensando en Jerusalén, en su Templo resplandeciente en el Moira. ¿Impedidos para ir? Sí. Pero va el espíritu.

Las bayonetas, los cañones, las mazmorras sirven contra el hombre, no contra el espíritu. Israel no puede perecer *porque ha permanecido en su religión*. ¿Teórica, farisaica, ritual y carente de lo que es verdadera vida en una religión: la adhesión del espíritu al rito mate-

rial? Todo lo que queráis. Pero las vendas de ideas, ritos, preceptos seculares, emanados de profetas y rabíes, ciñen el cuerpo trizado que fue Nación y ahora es infinitud de fragmentos esparcidos por toda la Tierra, y lo mantienen recogido; y, como faro visible desde todas las partes del mundo, resplandece un lugar, Jerusalén: su nombre es como un grito para reunirse, como un estandarte agitado al viento, que convoca, recuerda y promete. No. No puede ninguna fuerza humana acallar a este pueblo. En él hay una fuerza más grande que la fuerza humana.

Todo esto se comprende cuando se observa cómo este pueblo va por caminos difícilmente transitables, en estaciones del año incómodas, sin preocuparse de todo lo que signifique pena; gozoso con la alegría de ir a la Ciudad Santa. Todo esto se comprende viéndolos ir conjuntamente, ricos y pobres, niños y viejos, desde Palestina o desde la Diáspora, hacia *su* corazón: Jerusalén. Todo esto se comprende oyéndoles cantar sus cantos... Y —lo confieso— y ya quisiera yo que nosotros, los cristianos y católicos, fuéramos como ellos, que tuviéramos para el corazón del catolicismo, Roma, la Iglesia, y para quien en él vive, el Pedro actual, el sentimiento de estos que veo que caminan, caminan, caminan; quisiera que todos tuviéramos lo que ellos tienen, más nuestra Fe perfecta por ser cristiana.

Me dirán: «Están llenos de defectos». ¿Y nosotros? ¿No los tenemos? ¿No los tenemos nosotros que estamos fortalecidos por la Gracia y los Sacramentos, nosotros que deberíamos ser "perfectos como lo es el Padre que está en los Cielos"?

475.5 [5]He hecho una digresión. Pero, siguiendo la marcha de los apóstoles mezclados con las turbas de Israel, el pensamiento trabaja...

Y trabaja hasta que, en un cruce del camino, un grupo de discípulos ve al Maestro y se arremolina en torno a Él. Entre ellos está Abel de Belén, que se arroja inmediatamente a los pies de Jesús y dice: «Maestro, he orado mucho al Altísimo para que hiciera que me encontrara contigo. Y ya no lo esperaba. Pero me ha escuchado. Ahora Tú sé propicio a tu discípulo».

«¿Qué quieres, Abel? Vamos allí, al lindero del campo. Aquí hay demasiada gente y causamos empacho».

Van en masa al lugar indicado por Jesús, y allí Abel dice lo que desea. «Maestro, Tú me salvaste de la muerte y la calumnia y has * hecho de mí un discípulo tuyo. ¿Me quieres, entonces, mucho?».

«¿Lo preguntas?».

«Lo pregunto para estar seguro de que escuchas propicio mi peti-

---

* *me salvaste...*, en 248.5/11.

ción. Cuando me salvaste, castigaste a mis enemigos con horrible castigo. Si lo has dado Tú, ciertamente es justo. Pero, ¡oh, Señor, es muy horrible! He buscado a esos tres. Cada vez que venía a donde mi madre los buscaba. En los montes, en las cavernas cercanas a mi ciudad. Y no los encontraba nunca».

«¿Por qué los buscabas?».

«Para hablarles de ti, Señor. Para que, creyendo en ti, te invocaran y obtuvieran perdón y curación. Hasta el verano no los he encontrado, y no juntos. Uno, el que me odiaba por causa de mi madre, se ha separado de los otros, que han ido más arriba, hacia los montes más altos de Yiftael. Ellos me dijeron dónde estaba... Y de ellos me dieron la pista unos pastores de Belén, los que te recibieron en su casa aquella noche. Los pastores con sus rebaños se mueven por muchos lugares y saben muchas cosas. Sabían que en el monte de la Fuente Hermosa estaban los dos leprosos que yo buscaba. Fui. ¡Oh!...». El horror se dibuja en el rostro de este hombre joven, casi todavía un jovencito.

«Continúa».

«Me reconocieron. Yo no podía reconocer a mis paisanos en esos dos montruos... Me llamaron... y me suplicaron, como si yo fuera un dios... El siervo, más que los otros, me ha conmovido. Por su arrepentimiento puro. Sólo quiere tu perdón, Señor... Aser quiere también la curación. Tiene una madre anciana, Señor, una madre anciana que se muere de dolor en la ciudad...».

«¿Y el otro? ¿Por qué se ha separado?».

«Porque es un demonio. Principal culpable, homicida y antes adúltero, incitador de Aser, corruptor del siervo de Joel —que es un poco estúpido y fácilmente dominable—, sigue siendo un demonio. De su boca, odio y blasfemias; de su corazón, odio y crueldad. También le he visto a él... Quería hacerle bueno. Se abatió sobre mí como un buitre, y sólo en la fuga —en mí rápida y resistente, porque soy joven y estoy sano— encontré salvación. Pero no desespero de salvarle. Volveré... Una, dos, muchas veces con ayudas, con amor. Haré que me ame. Él cree que voy para reírme de su ruina. No, voy para reconstruir esta ruina. Si logra amarme, me escuchará; si me escucha, acabará creyendo en ti. Esto es lo que deseo. ¿Los otros? Fue fácil, porque por sí mismos han meditado y comprendido. Y el siervo ha venido a ser el sencillo maestro del otro, porque en el siervo hay mucha fe, mucho deseo de perdón. [6]¡Ven, Señor! Les he prometido 475.6
que te llevaría a ellos cuando te encontrara».

«Abel, su delito era grande, muchos delitos en uno. Poco tiempo han expiado...».

«Grande ha sido su tormento y su arrepentimiento. Ven».

«Abel, querían tu muerte».

«No importa, Señor. Yo quiero su vida».

«¿Qué vida?».

«La que Tú das, la del espíritu, el perdón, la redención».

«Abel, eran tus Caínes y te odiaron como más no se puede. Querían quitarte todo: vida, honor y madre...».

«Han sido mis benefactores, porque por ellos te tengo a ti. Yo los amo por este don suyo y te pido que estén donde estoy yo, siguiéndote a ti. Quiero su salvación como la mía, más que la mía, porque mayor es su pecado».

«¿Qué ofrecerías a Dios a cambio de su salvación, si te pidiera una ofrenda?».

Abel piensa un momento... luego dice con seguridad: «Hasta a mí mismo. Mi vida. Perdería un puñado de fango por poseer el Cielo. Feliz pérdida; grande ganancia, infinita: Dios, el Cielo. Y dos pecadores salvados: los primogénitos del rebaño que espero conducir a ti y ofrecerte, Señor».

Jesús cumple un acto que no hace nunca tan en público. Se agacha, porque es mucho más alto que Abel, y, tomándole la cabeza entre las manos, le besa en la boca y dice: «Así sea», al menos creo que eso quiere decir su «Maran Athá». Y añade: «Por tus sentimientos, te sea concedido lo que piden tus palabras. Ven conmigo. Me conducirás. Juan, ven conmigo. Y vosotros seguid adelante. Por el camino de Meguiddó a Engannim. Allí me esperaréis, si es que todavía no me habéis visto».

«Y te predicaremos a ti y también tu doctrina» dice Judas Iscariote.

«No. Me esperaréis. Simplemente. Comportándoos como justos y humildes peregrinos y nada más. *Siendo entre vosotros como hermanos*. Y por el camino pasaréis por donde los campesinos de Jocanán; les daréis lo que tenéis y les diréis que el Maestro, si puede, pasará por Yizreel al amanecer de dentro de dos días. Id. La paz sea con vosotros».

476. Lección sobre el cuidado de las almas y perdón a los dos pecadores castigados con la lepra.

19 de agosto de 1946.

476.1 [1]El abrupto nudo de Yiftael domina al Norte, impidiendo la visión del horizonte. Pero, en los lugares en que las laderas escarpadas de este grupo montañoso comienzan y se muestran, casi a pico, al cami-

no de caravanas que de Tolemaida va hacia Seforí y Nazaret, se ven muchas cavernas entre peñas saledizas, suspendidas sobre el abismo, que cumplen la función de techo y base de estos antros.

Como siempre, cerca de los caminos más importantes, aislados pero, al mismo tiempo, lo suficientemente cercanos como para ser vistos y socorridos por los viandantes, hay leprosos. Una pequeña colonia de leprosos, que lanzan su grito de aviso e invocación al ver pasar a Jesús con Juan y Abel. Y Abel alza la cara hacia ellos diciendo: «Éste es aquel de que os hablé. Estoy llevándole a donde los dos que ya sabéis. ¿No tenéis nada que pedir al Hijo de David?».

«Lo que pedimos todos: pan, agua, para saciarnos mientras los peregrinos pasan. Después, en invierno, el hambre...».

«No tengo comida, hoy. Pero tengo conmigo la Salud...».

Pero la sugestiva invitación a recurrir a la Salud no halla eco. Los leprosos se retiran del risco, volviendo las espaldas y dando la vuelta al espolón del monte para ver si otros peregrinos vienen por el otro camino.

[2]Creo que son marineros gentiles o completamente idólatras. Han 476.2
venido hace poco, expulsados de Tolemaida. Venían de África. No sé cómo se han enfermado. Sé que salieron sanos de sus países y, después de un viaje largo por las costas africanas para hacerse con marfil y también creo que con perlas para venderlas a los mercaderes latinos, han llegado aquí enfermos. Los magistrados del puerto los han aislado y han quemado hasta la nave. Unos han ido hacia los caminos de Siro-Fenicia y otros han venido aquí. Los más enfermos son éstos, porque ya casi no andan. Pero tienen el alma más enferma todavía. He tratado de dar un poco de fe... No piden otra cosa que no sea comida...».

«En las conversiones hay que tener constancia. Lo que no sale en un año sale en dos o más. Insistir en hablar de Dios, aunque parezcan como las rocas que los cobijan».

«¿Hago mal, entonces, en pensar en su comida?... Me había puesto a traer antes del sábado siempre comida, porque los sábados los hebreos no viajan y ninguno piensa en ellos...».

«Has hecho bien. Tú lo has dicho. Son paganos. Por tanto, más cuidadosos de la carne y de la sangre que del alma. La amorosa diligencia que tienes por su hambre despierta su afecto hacia el desconocido que piensa en ellos. Y, cuando te quieran, te escucharán, aunque hables de cosas distintas de la comida. El amor preludia siempre el seguimiento de aquel a quien se ha aprendido a amar. Ellos te seguirán un día en los caminos del espíritu. Las obras de misericordia corporal alisan el camino a las espirituales; las cuales lo hacen tan

libre y llano, que la entrada de Dios en un hombre preparado en tal manera al divino encuentro se produce sin el conocimiento del propio individuo. Éste se encuentra a Dios dentro de sí y no sabe por dónde ha entrado. ¡Por dónde? Algunas veces tras una sonrisa, tras una palabra de piedad, tras un pan, ha empezado la apertura de la puerta de un corazón cerrado a la Gracia y ha empezado el camino de Dios para entrar en ese corazón.

476.3 [3]¡Las almas! Son la cosa más variada que existe. Ninguna materia —y son muchas las materias que hay en la Tierra– es tan variada en sus aspectos como lo son las almas en sus tendencias y reacciones.

¿Veis este corpulento terebinto? Está en medio de un entero bosque de terebintos, semejantes a él en la especie. ¿Cuántos son? Centenares, mil quizás, quizás más. Cubren esta abrupta ladera de monte, dominando con su aroma áspero y saludable de resinas todos los demás olores del valle y del monte. Pero, fijaos. Mil y más, pero no hay siquiera uno que en grosor, altura, corpulencia, inclinación, disposición, sea igual a otro, si se observa bien. Uno, derecho como hoja de cuchillo. Otro, vuelto hacia septentrión o mediodía, oriente u occidente. Uno, nacido todo en tierra; otro, allá, en un risco, que no se sabe ni cómo éste puede sostenerle ni cómo el árbol puede sostenerse tan pendiente en el vacío, casi haciendo de puente con la otra ladera que se alza sobre aquel torrente, ahora seco, pero muy turbulento en las épocas de lluvia. Uno retorcido, como si un cruel lo hubiera forzado cuando era todavía tierna planta; otro, sin defectos. Uno, acopado casi hasta el pie; otro, sin frondas, apenas con un penacho en su cima. Aquél, con ramas sólo en la derecha; aquel otro, frondoso abajo y reseco arriba, en la cima quemada por un rayo. Éste, muerto, que sobrevive en una obstinada rama, única, nacido casi en la raíz recogiendo un resto de savia que en lo alto había muerto. Y éste, el primero que os he señalado, hermoso a más no poder, ¿tiene, acaso, una rama, una ramita, una hoja —¿qué digo diciendo *una* hoja, respecto a los miles que tiene?— igual a otra? Parecen iguales, pero no lo son. Mirad esta rama, la más baja. Observad la parte alta de ella, sólo la cima de la rama. ¿Cuántas hojas habrá en ese extremo? Quizás doscientas agujas verdes y finas. Y, no obstante, mirad: ¿hay una igual a otra, en color, vigor, lozanía, flexibilidad, aspecto, edad? No la hay.

Así las almas. Hay tantas diversidades de tendencias y reacciones como almas existen. 476.4 [4]Y no es buen maestro y médico de almas el que no sabe conocerlas y trabajarlas según sus distintas tendencias y reacciones. No es trabajo fácil, amigos míos. Se requiere estudio continuo, costumbre de meditar, que ilumina más que cualquier lar-

ga lectura de textos fijos. El libro que debe estudiar un maestro y médico de almas es las almas mismas. Tantas hojas como almas, y en cada hoja muchos sentimientos y pasiones pasados, presentes y en embrión. Por tanto, estudio continuo, atento, meditativo. Paciencia constante, aguante. Fortaleza en saber curar las llagas más pútridas para curarlas sin dar muestras de asco, cosa que humillaría al llagado, y sin falsa piedad, que, por no hacer sufrir descubriendo la podredumbre y no limpiar por temor a hacer sufrir la parte corrompida, deja que el mal se haga gangrena y corrompa todo el ser. Prudencia, al mismo tiempo, para no profundizar con modos demasiado rudos las heridas de los corazones, y para no infectarse con su contacto por alarde de seguridad de que no se teme la infección al tratar con los pecadores.

Y todas estas virtudes, necesarias para el maestro y médico de almas, ¿dónde hallan su luz para ver y entender; su paciencia, a veces heroica, para perseverar recibiendo frialdad, alguna vez ofensas; su fortaleza para curar sabiamente; su prudencia para no perjudicar al enfermo ni perjudicarse a sí mismo? En el amor. Siempre en el amor. El amor da luz a todo, da sabiduría, da fortaleza y prudencia; preserva de las curiosidades, que son vía de asunción de las culpas curadas. Cuando uno es todo amor, no pueden entrar en él ningún deseo ni ninguna ciencia sino los del amor.

¿Veis? Los médicos dicen que, cuando uno estuvo agonizando por una enfermedad, difícilmente vuelve a enfermar de ella, porque ya su sangre la ha recibido y la ha vencido. El concepto no es perfecto, pero tampoco yerra en todo. Pero el amor, que es salud en vez de enfermedad, produce eso que dicen los médicos, y para todas las pasiones no buenas. El que ama fuertemente a Dios y a los hermanos, no hace nada que pueda causar dolor a Dios y a los hermanos; por eso, incluso acercándose a enfermos del espíritu y viniendo a saber cosas que el amor hasta entonces había velado, no se corrompe con ellas, porque permanece fiel al amor y el pecado no entra. ¿Qué fuerza puede tener la sensualidad para quien ha vencido la sensualidad con la caridad? ¿Qué fuerza, las riquezas para quien en el amor a Dios y a las almas encuentra todo tesoro? ¿Qué, la gula; qué, la avaricia; qué, la incredulidad; qué, la acidia; qué, la soberbia: para quien sólo siente apetito de Dios; para quien se da él mismo, incluso él mismo, para servir a Dios; para quien en su Fe encuentra todo su bien; para quien se siente aguijado por la llama incansable de la caridad y obra incansablemente para dar alegría a Dios; para quien conoce a Dios —amarle es conocerle— y ya no puede ensoberbecerse, porque se ve cual es respecto a Dios?

476.5 [5]Un día seréis sacerdotes de mi Iglesia. Seréis, por tanto, los médicos y maestros de los espíritus. Recordad estas palabras mías. No seréis sacerdotes, o sea, ministros de Cristo, maestros y médicos de almas, por el nombre que llevéis, ni por el indumento, ni por las funciones que ejerzáis, sino que lo seréis por el amor que poseáis. El amor os dará todo lo que se necesita para serlo; y las almas, todas distintas entre sí, alcanzarán una única semejanza: la del Padre, si sabéis trabajarlas con el amor».

«¡Qué hermosa lección, Maestro!» dice Juan.

«¿Pero lograremos algún día nosotros ser así?» añade Abel.

Jesús mira al uno y al otro, y luego pasa el brazo sobre los hombros de ambos y los estrecha contra sí, el uno a la derecha, el otro a la izquierda, y los besa en el pelo; y dice: «Vosotros lo lograréis, porque habéis comprendido el amor».

476.6 [6]Siguen andando todavía un tiempo, cada vez con más dificultad por la escabrosidad del sendero tallado casi en el borde del monte. Abajo, lejos, hay un camino, y se ve a la gente en camino por él.

«Detengámonos, Maestro. Allí, ¿ves?, desde aquella plataforma de roca, los dos están descolgando hasta los viandantes un cesto con una soga, y tras la plataforma está su gruta. Ahora los llamo». Y, adelantándose, lanza un grito, mientras Jesús y Juan se quedan retrasados, ocultos tras tupidos arbustos.

Pocos instantes y luego una cara... —llamémosla cara porque está encima de un cuerpo, pero podría llamarse también morro, monstruo, pesadilla...— se asoma por encima de unos arbustos de zarzamora.

«¿Tú? ¿Pero no te habías marchado para los Tabernáculos?».

«He encontrado al Maestro y he vuelto atrás. ¡Él está aquí!».

Si Abel hubiera dicho "Yeohveh aletea sobre vuestra cabeza", muy probablemente habría sido menos repentino y reverente el grito, el acto, el impulso de los dos leprosos —porque mientras Abel hablaba se había asomado también el otro— para echarse afuera, a la plataforma, en pleno sol, y para postrarse rostro en tierra gritando: «¡Señor, hemos pecado! ¡Pero tu misericordia es más grande que nuestro pecado!». Lo gritan sin siquiera asegurarse si Jesús está verdaderamente allí, o si está todavía lejos, en camino hacia ellos. Su fe es tal, que hace ver hasta lo que los ojos, por las llagas de los párpados y la rapidez con que ellos se han arrojado al suelo, sin duda, no han visto.

Jesús avanza mientras ellos repiten: «¡Señor, nuestro pecado no merece perdón, pero Tú eres la Misericordia! Señor Jesús, por tu Nombre sálvanos. Tú eres el Amor que puede vencer sobre la Justicia».

«Yo soy el Amor. Es verdad. Pero sobre mí está el Padre. Y Él es la Justicia» dice severo Jesús, avanzando con Juan por el sendero.

476.7 [7]Los dos alzan los desfigurados rostros entre las lágrimas que corren juntamente con substancias purulentas. ¡Son rostros horribles de ver! ¿Viejos? ¿Jóvenes? ¿Quién es el siervo? ¿Quién es Aser? Imposible decirlo. La enfermedad los ha igualado, haciendo de ellos dos formas de horror y náusea.

¿Cuál debe ser el aspecto de Jesús para ellos, erguido en medio del sendero, envuelto de rayos de sol que encienden el color rubio de sus cabellos? No lo sé. Sé que le miran y se cubren el rostro gimiendo: «¡Yeohveh! ¡La Luz!». Pero luego vuelven a gritar: «El Padre te ha mandado para salvar. Te llama su amor predilecto. En ti se complace. No te negará que nos des el perdón».

«¿El perdón o la salud?».

«El perdón» grita uno. Y el otro: «...y luego la salud. Mi madre muere de dolor por mí».

«Aunque Yo os perdone, queda todavía la justicia de los hombres; para ti sobre todo. ¿Qué valor tiene entonces mi perdón para hacer feliz a tu madre?» prueba Jesús, para provocar las palabras que espera para obrar el milagro.

«Tiene valor. Ella es una verdadera israelita. Quiere para mí el seno de Abraham. Y para mí no existe ese lugar en espera del Cielo, porque he pecado demasiado».

«Demasiado. Tú lo has dicho».

«¡Demasiado!... Es verdad... Pero Tú... ¡Oh, aquel día estaba tu Madre... ¿Dónde está tu Madre ahora? Ella tenía compasión de la madre de Abel. Lo vi. Y si ahora oyera tendría compasión de la mía. ¡Jesús, Hijo de Dios, piedad en nombre de tu Madre!...».

«¿Y qué haríais después?».

«¿Después?». Se miran consternados. El "después" es la condena de los hombres, el desprecio, o la fuga, el destierro. Ante la perspectiva de la curación, tiemblan como por una incolumidad perdida. ¡Cuánto le importa al hombre la vida! Los dos, sorprendidos en el dilema de curarse y ser condenados por la ley de los hombres, o vivir leprosos, casi prefieren vivir leprosos. Lo dice, lo confiesan con estas palabras: «¡El suplicio es horrendo!». Lo dice, sobre todo, el que comprendo que es Aser, uno de los dos homicidas...

«Es horrendo. Pero al menos es justicia. Vosotros ibais a aplicárselo a éste, inocente; tú, por sucios fines; tú, por un puñado de monedas».

«¡Es verdad! ¡Oh, Dios mío! Pero él nos ha perdonado. Perdona Tú también. Significa que moriremos, pero el alma se salvará».

«La mujer de Joel fue lapidada por adúltera. Sus cuatro hijos viven en continuas privaciones con la madre de ella, porque los hermanos de Joel los han echado como a espurios, apoderándose de los bienes de su hermano. ¿Lo sabéis?».

«Nos lo dijo Abel...».

«¿Y quién los satisface por su desventura?».

La voz de Jesús es un trueno, verdaderamente es voz de Dios Juez, y da miedo. Solo bajo el sol, erguido y rígido, es figura de espanto. Los dos le miran con miedo. A pesar de que el sol debe sulfurar sus heridas, no se mueven; como tampoco se mueve Jesús, envuelto todo por el sol. Los elementos pierden valor en esta hora de almas...

Pasa un rato y Aser dice: «Que Abel vaya donde mi madre, si quiere amarme del todo, y le diga que Dios me ha perdonado y...».

«Yo no te he perdonado todavía».

«Pero lo harás porque ves mi corazón... Y que le diga que todos mis bienes vayan a los hijos de Joel, por voluntad mía. Sea que muera, sea que viva, renuncio a la riqueza que me ha hecho vicioso».

476.8 [8]Jesús sonríe. Se transfigura en la sonrisa, pasando del rostro severo al rostro compasivo, y, con mudada voz, dice: «Veo vuestro corazón. Levantaos. Y alzad vuestro espíritu a Dios bendiciéndole. Separados como estáis del mundo, podéis iros sin que el mundo sepa de vosotros. Y el mundo os espera para procuraros la manera de sufrir y expiar».

«¡¿Nos salvas, Señor?! ¡¿Nos perdonas?! ¡¿Nos curas?!».

«Sí. Os dejo la vida, porque la vida es sufrimiento especialmente para quien tiene recuerdos como los vuestros. Pero ahora no podéis salir de aquí. Abel debe venir conmigo, debe ir como todos los hebreos a Jerusalén. Aguardad a que regrese, lo cual coincidirá con vuestra curación. Él se ocupará de llevaros al sacerdote y de avisar a tu madre. Yo le diré a Abel lo que debe hacer y cómo lo debe hacer. ¿Podéis creer en mis palabras, aunque me marche sin curaros?».

«Sí, Señor. Pero repítenos que perdonas a nuestro espíritu. Esto sí. Luego todo vendrá cuando quieras Tú».

«Yo os perdono. Renaced con un espíritu nuevo y no queráis volver a pecar. Recordad que, además de absteneros de pecar, debéis llevar a cabo actos de justicia encaminados a anular completamente vuestra deuda ante los ojos de Dios, y que, por tanto, vuestra penitencia debe ser continua, porque grande es vuestra deuda, ¡muy grande! La tuya, en particular, toca todos los mandamientos del Señor. Piensa y verás que ni uno queda excluido. Te olvidaste de Dios, pusiste a la carne como ídolo tuyo, transformaste las fiestas en días de delirios ociosos, ofendiste e infamaste a tu madre, contribuiste a

matar y a querer matar, robaste la existencia y querías robar un hijo a una madre, privaste de padre y madre a cuatro niños, fuiste lujurioso, levantaste falsos testimonios, deseabas impúdicamente a una mujer que era fiel a su difunto esposo, deseaste los bienes de Abel, tanto que quisiste eliminar a Abel para apoderarte de ellos».

Aser, ante cada una de estas proposiciones, gime: «¡Es verdad, es verdad!».

«Como ves, Dios habría podido reducirte a cenizas sin recurrir al castigo de los hombres. Te ha preservado para que Yo pudiera salvar a uno más. Pero el ojo de Dios te vigila y su inteligencia recuerda. Podéis marcharos» y se vuelve y regresa a la espesura, junto a Abel y Juan, que habían buscado refugio bajo los árboles de la ladera.

[9]Y los dos, todavía desfigurados, quizás sonrientes —pero ¿quién 476.9
puede decir cuándo sonríe un leproso?— con la voz típica de los leprosos, estridente, metálica, carente de continuidad, con bruscas disonancias, entonan, mientras Él baja el monte por el sendero pavo-
* roso, el salmo 114...

«¡Se sienten felices!» dice Juan.

«Yo también» dice Abel.

«Pensaba que los ibas a curar inmediatamente» dice Juan.

«Yo también, como haces siempre».

«Han sido grandes pecadores. Esta espera es justa para quien ha pecado tanto. Ahora escucha, Ananías...».

«Me llamo Abel, Señor» dice sorprendido el joven, y mira a Jesús como para preguntarse: «¿Por qué se equivoca?».

Jesús sonríe: «Para mí eres Ananías, porque verdaderamente pareces nacido de la bondad del Señor. Sélo cada vez más. Y, escucha. Al regreso de los Tabernáculos irás a tu ciudad y le dirás a la madre de Aser que haga lo que el hijo desea, y que ello sea llevado a cabo de la manera más solícita, dando *todo* como reparación, *menos un décimo*. Esto es por compasión hacia la madre anciana. Que ella, junto contigo, deje Belén de Galilea y vaya a Tolemaida, a esperar a su hijo, que, contigo, irá donde ella con su compañero. Tú, una vez alojada la mujer en casa de algún discípulo de la ciudad, irás por todo lo necesario para la purificación de los leprosos, y no los dejarás hasta que esté todo hecho. Que el sacerdote no sea de los que saben del pasado, sino de otros lugares».

«¿Y después?».

«Después vuelves a tu casa o te unes a los discípulos. Y ellos, los curados, tomarán el camino de la expiación. Yo digo lo indispensable.

* *el salmo 114*, citado aquí según la vulgata, en la neovulgata pasó a constituir la primera parte del salmo 116: *Amo el Señor porque escucha el grito de mi oración...*

Y dejo al hombre libre de actuar después...».

476.10 [10]Bajan, bajan, incansables, a pesar de las asperezas del camino y el calor del sol... Incansables, y silenciosos durante mucho tiempo.

Luego Abel rompe el silencio diciendo: «¿Señor, te puedo pedir una gracia?».

«¿Cuál?».

«Que me dejes ir a mi ciudad. Me desagrada dejarte, pero aquella madre...».

«Ve. Pero no te demores. Apenas vas a tener tiempo de llegar a Jerusalén».

«¡Gracias, Señor! La veré sólo a ella: una pobre anciana avergonzada de todo desde que Aser pecó. Pero ahora volverà a sonreír. ¿Qué debo decirle en tu nombre?».

«Que sus lágrimas y oraciones han obtenido gracia y que Dios la anima a aumentar su esperanza, y que la bendice. Pero antes de separarnos vamos a detenernos una hora. No más. No es tiempo de altos en el camino. Luego tú irás por tu parte; Yo y Juan, por la mía, y por atajos. Y tú, Juan, te adelantarás. A donde mi Madre. Le llevarás esta saca con la ropa de lino y vendrás con la de lana. Irás a decirle que quiero verla y que la espero en el bosque de Matatías, el de la mujer. Ya sabes. Habla a solas con Ella y ven pronto».

«Sé dónde está el bosque. ¿Y Tú? ¿Solo? ¿Te quedas solo?».

«Me quedo con mi Padre. No temas» dice Jesús alzando la mano y poniéndola sobre la cabeza del discípulo predilecto, que está a su lado sentado en la hierba. Y le sonríe mientras dice: «Pero deberíamos estar allí al caer de la tarde...».

«Maestro, cuando debo darte una satisfacción no siento cansancio, ya lo sabes. ¡Y además, donde la Madre!... Es como ir llevado por los ángeles. Y, bueno, no está muy lejos».

«Nunca está lejos lo que se hace con alegría... Pero tú pasarás la noche en Nazaret».

«¿Y Tú?».

«Y Yo... Estaré con el Padre mío después de haber estado con mi Madre un poco. Y luego, al alba, me pondré en camino, tomando el camino del Tabor sin entrar en Nazaret. Ya sabes que tengo que estar en Yizreel a la aurora de pasado mañana».

«Te vas a cansar mucho, Maestro; y ya lo estás».

«Tendremos tiempo de descansar en invierno. No temas. Y no esperes poder ir evangelizando siempre con paz como aquí. Haremos muchas paradas...».

Jesús agacha la cabeza, pensativo, dando mordiscos a su pan más para hacer compañía a los dos —los cuales, jovenes y contentos de es-

tar con el Maestro, comen con gusto— que por ganas de comida. Tanto es así que deja de comer y se sume en uno de sus silencios, respetado por los dos, que callan y descansan a la sombra fresca del monte, descalzos los pies para buscar frescura en la hierba nacida a los pies de los robustos troncos. Y se adormilarían incluso, pero Jesús alza la cabeza y dice: «Vamos. En la bifurcación nos separaremos».

Atadas las sandalias, se ponen en camino. La sombra del bosque y el viento que viene de septentrión los ayuda a soportar la pesantez de esta hora todavía caliente, aunque ya no tórrida como en los meses de pleno verano.

477. Coloquio de Jesús con su Madre en el bosque de Matatías. Los sufrimientos morales de Jesús y María.

21 de agosto de 1946.

[1]Jesús está solo; solo, en un rellano un poco cóncavo que con leve 477.1
pero continua ondulación asciende por la vertiente de los collados que ciñen el lago de Galilea. Es ciertamente éste, porque le veo abajo, a la derecha, obscureciéndose su bellísimo azul por la llegada del ocaso, que retira de mucha de la superficie del lago las fulgurantes saetadas de los rayos solares. Detrás de la concavidad, al Norte, las montañas de Arbela; más allá, más altas, las de allende el lago, donde se alzan Meirón y Yiscala; al nordeste, lejano, pero poderoso y regio siempre, desde cualquier parte que se vea, el gran Hermón, cuyo pico mayor el Sol hiere caprichosamente en esta hora del ocaso, poniéndolo de un color topacio rosa en la parte occidental, y dejándole su aspecto opalino, tendente a esa indefinible, leve tonalidad nívea azulina que he visto algunas veces en las cúspides de nuestros Alpes fronterizos.

Yo miro al Norte, y veo esto, como también veo sin esfuerzo, a la derecha, abajo, el lago, y a la izquierda los collados, que impiden ver la llanura de la costa. Pero, si me vuelvo hacia el mediodía, veo el Tabor, más allá de unas suaves colinas (sin duda, las que ciñen Nazaret). Abajo hay una pequeña ciudad, al pie de un camino de mucho tránsito por donde la gente va deprisa para llegar a los lugares señalados como etapas.

Jesús no mira nada de lo que miro yo. Busca sólo un sitio para sentarse, y lo elige al pie de una corpulentísima encina que con su follaje ha resguardado del sol tórrido a la hierba del suelo, por lo cual está todavía fresca y tupida, como si el verano no hubiera pasado agostando. Así, Jesús tiene frente a sí el lago; a su lado el sendero

entre árboles por el que ha subido; al otro lado las ondulaciones que ciñen al Norte la hondonada pradeña y boscosa en que se encuentra, y toda verde, porque los árboles son en su mayoría encinas y otros —o sea, árboles de hoja perenne— a los que el otoño no toca. Sólo acá o allá muestran un punto rojo-sangre debido a una hoja que cambia de color antes de caer, cediendo el puesto a esa otra, embrional, que ya nace al lado de la que muere.

Jesús, muy cansado, se apoya en el tronco robusto y está un tiempo con los ojos cerrados, como para descansar. Pero luego toma su postura habitual, separándose del tronco, echándose un poco hacia adelante, los codos en las rodillas, los antebrazos sobresaliendo hacia adelante, las manos unidas con los dedos entrelazados. Y piensa. Y, sin duda, ora. De vez en cuando, por algún ruido que se produce cerca de Él —pájaros que pelean buscando un sitio para la noche, algún animal entre la hierba que hace rodar un canto por la pendiente, una rama que choca contra otra por un solitario soplo de viento—, alza los ojos y, con una mirada absorta que ciertamente no ve, los vuelve en la dirección del ruido, especialmente si éste está en la dirección del caminito que sube entre las encinas. Luego vuelve a bajarlos y se concentra de nuevo en sí mismo. Dos veces mira con atención al lago, ahora ya en sombra, y luego vuelve la cabeza para mirar a occidente, donde el Sol ha desaparecido tras los collados boscosos; y la segunda vez se levanta y va al sendero y mira si sube alguno, luego vuelve a su sitio.

477.2 [2]En fin, se oye un ruido de pasos y se dejan ver dos figuras: María, vestida de azul obscuro; Juan, cargado de sacas. Y Juan llama dos veces: «¡Maestro!», y, en cuanto Jesús se vuelve, dice: «Aquí tienes a tu Madre» y la ayuda a salvar un regatillo y algunas piedras grandes, puestas en el sendero con intención de darle solidez y hacerle cómodo para quien sube o baja, pero que en realidad su resultado ha sido el transformarse en verdaderas trampas para el pie semidescalzo.

Jesús se alza inmediatamente para ir al encuentro de su Madre. La ayuda, con Juan, a subir el cúmulo de piedras desprendidas, que debían sujetar el rellano. En realidad, sólo las gruesas raíces de las encinas hacen este oficio. Ahora Jesús sujeta a María, y la observa y le pregunta: «¿Estás cansada?».

«No, Jesús», y le sonríe.

«Sin embargo, me parece que lo estás. Siento haberte hecho venir. Pero no podía ir Yo...».

«¡No es nada, Hijo mío! Estoy un poco sudorosa. Pero aquí se está bien... Más bien, Tú eres el que está muy cansado, y también el pobre Juan...».

Pero Juan menea la cabeza sonriendo; y deja la saca nueva y bien hinchada de Jesús, y la suya, en la hierba, al pie de la encina, para retirarse mientras dice: «Voy a bajar. He visto una fuentecita. Voy a refrescarme un poco en esa agua. Pero, si me llamáis, oigo» se retira y deja libres a los Dos.

[3]María se afloja el manto y se quita el velo. Se seca el sudor que 477.3
aljofara su frente. Mira a Jesús. Le sonríe y bebe su sonrisa, porque Él también le sonríe mientras le acaricia la mano y la apoya en su mejilla, para recibir a su vez de ésta la caricia. ¡Tan "hijo" en este gesto que le he visto hacer otras veces!... María libera la mano y le ordena los cabellos; le quita un trocito de corteza de árbol que se le había quedado entre el pelo (y cada movimiento de los dedos está hecho con tanto amor, que es una caricia). Y habla: «Estás todo sudado, Jesús. El manto en la espalda está húmedo como si te hubiera llovido encima. Bueno, ahora podrás ponerte otro. Éste le retiro yo. Está descolorido por el sol y el polvo. Tenía todo preparado, y... ¡Espera! Sé que hace poco has comido una corteza de pan ya viejo con un puñado de aceitunas tan saladas que te mordían la garganta. Me lo ha dicho Juan, que desde el momento que llegó no hacía más que beber. Pero te he traído pan reciente. Le acababa de sacar del horno. Y un panal de miel que había quitado ayer de la colmena para dárselo a los niños de Simón. Para ellos tengo otros panales. Tómalo, Hijo mío. Es de nuestra casa...» y se agacha a abrir la saca, que tiene, encima de todas las cosas que contiene, una cesta baja de mimbre con fruta dentro y —encima de la fruta— un panal envuelto en hojas de vid; ofrece todo a su Hijo, con pan reciente y crujiente.

Y, mientras Jesús come, saca del talego los vestidos que ha preparado para los meses invernales, fuertes, calientes, adecuados para proteger del frío y del agua, y se los enseña a Jesús, que le dice: «¡Cuánto trabajo, Mamá! Tenía todavía los del pasado invierno...».

«Los hombres, cuando están lejos de las mujeres, deben tener todo nuevo para no tener necesidad de arreglar nada para estar en orden. Pero no he desperdiciado nada. Este manto mío es el tuyo, acortado y vuelto a teñir. Para mí está bien todavía. Pero para ti ya no estaba bien. Tú eres Jesús...».

Es imposible expresar lo que hay en esta frase. «Tú eres Jesús». Una frase sencilla. Pero en estas pocas palabras está todo el amor de la Madre, de la discípula, de la antigua hebrea hacia el Prometido Mesías, y de la hebrea del tiempo bendito que tiene a Jesús. Si la Madre se hubiera postrado adorando a su Hijo como Dios, no habría expresado sino una forma limitada, a pesar de rebosar veneración. Pero en estas palabras hay más que una adoración formal de unas

rodillas que se doblan, una espalda que se pliega, una frente que toca el suelo: aquí está todo el ser de María, su carne, su sangre, su mente, su corazón, su espíritu, su amor, adorando totalmente, perfectamente, al Dios-Hombre.

Nunca he visto una cosa más grande, más absoluta, que estas adoraciones de María al Verbo de Dios, que es su Hijo, pero que Ella siempre recuerda que es su Dios. Ninguna de las criaturas que, curadas o convertidas por Jesús, veo que adoran a su Salvador (ni siquiera las más ardientes, ni siquiera las que sin darse cuenta se manifiestan teatrales bajo el ímpetu del amor), ninguna tiene "algo" que asemeje a esto. Aman totalmente, pero siempre como criaturas, a las que les falta constantemente algo para ser perfectas. María ama, me atrevo a decirlo, divinamente. Ama más que como criatura. ¡Oh, es realmente la hija de Dios inmune de culpa! ¡Por eso puede amar así!... Y pienso en lo que perdió el hombre con el pecado original... Pienso en lo que nos robó Satanás abatiendo a nuestros Progenitores. Nos quitó esta potencia de amar a Dios como le ha amado María... Nos ha quitado la potencia de amar bien.

477.4 [4]Mientras considero estas cosas mirando a la Pareja perfecta, Jesús, acabada su comida, se ha sentado en la hierba a los pies de su Madre y ha puesto su cabeza sobre las rodillas de Ella, como un niño cansado y triste que busca refugio en la única que le puede confortar. Y María le acaricia los cabellos, y toca levemente la frente lisa de su Jesús. Parece como querer alejar con esa caricia todos los cansancios y las penas que hay en ese Hijo suyo. Jesús cierra los ojos y María suspende la caricia, permaneciendo con la mano sobre los cabellos, mirando de frente, pensativa, inmóvil. Quizás cree que Jesús se está durmiendo. Está muy cansado...

Pero Jesús casi enseguida abre de nuevo los ojos, ve que se viene la noche, ve que no es dable prolongar esa hora de confortación, y alza la cabeza; permanece sentado donde estaba y habla: «Mamá, ¿sabes de dónde vengo?».

«Lo sé. Me lo ha dicho Juan. Dos almas que vuelven a Dios. Una alegría para ti y para mí».

«Sí. Bajo a Jerusalén con esta alegría».

«Como consuelo de la desilusión que recibiste el mismo día que nos despedimos».

«¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho Juan? Sólo él sabe...».

«No. Yo le he preguntado acerca de ello, pero Juan me ha respondido: "Madre, dentro de poco vas a verle. Pregúntaselo a Él"».

477.5 Jesús sonríe y dice: «Juan es fiel hasta el escrúpulo». [5]Una pausa. Luego Jesús pregunta: «¿Quién te ha hablado de ello entonces?».

«No a mí. Fueron unos... unos hombres a casa de José, tu hermano. Y... él vino a mi casa. Estaba todavía un poco... Sí, Hijo mío. Siempre es mejor decir la verdad. Un poco inquieto después de tu encuentro con él en Cafarnaúm, y especialmente después de la conversación que tuvieron José, Judas y Santiago. Se vieron en tu ausencia, y también Santiago... Bueno, sobre todo Santiago fue severo... Mucho... Yo diría que demasiado. Pero el Eterno, que siempre es bueno, ha sacado de esta desavenencia un bien. Sin duda porque ha sido una desavenencia que venía de dos fuentes de amor. Distintas, sí, pero amor en todo caso. Imperfectas, sí; porque si hubieran sido perfectas, si al menos una hubiera sido perfecta, no se habría manifestado la ira... decir ira quizás es demasiado fuerte para dar un nombre al estado de ánimo de Santiago, pero lo que sí es cierto es que estuvo muy, muy severo... Tú, sin duda, le habrías corregido en orden a la caridad. Yo... no aprobé, pero fui indulgente porque comprendía lo que ponía tan inquieto al siempre paciente Santiago. No se puede pretender que sea perfecto... Es un hombre. Es *mucha* la humanidad también en él todavía. ¡Y queda largo camino que recorrer todavía para que Santiago llegue a ser un justo como era mi José! Él... sabía dominarse siempre... y ser siempre bueno...

¡Pero... estoy divagando! Decía que el amor imperfecto de los dos por ti —¡porque te quieren mucho, mucho, sí! También José, aunque a primera vista no lo parezca. Y realmente es amor por ti todas sus atenciones para con esta pobre mujer, y amor por ti es su modo de pensar, como viejo israelita fijo en sus ideas como su padre. ¡Qué no daría por verte amado por todos! A su manera... eso sí...—. Pero, yendo al hecho, debo decirte que José —al cual no le ha venido mal la actitud firme de Santiago— ha tomado la costumbre de venir todos los días a casa. ¿Y sabes para qué? Para que le explique las Escrituras, "como tú y tu Hijo las comprendéis", ha dicho. ¡Explicar las Escrituras a la luz de la Verdad!... Es difícil cuando quien nos escucha es un José de Alfeo, o sea, uno que cree firmemente en el reino temporal del Mesías, en su nacimiento regio y en tantas otras cosas.

Pero, para hacerle aceptar la idea de que el Rey de Israel debe ser de estirpe real, de David, sí, pero que no es necesario que haya nacido en un palacio, me ha servido su propio orgullo. Él... ¡cuánto celo por ser de la estirpe de David! Le he dicho dulcemente muchas cosas... y he enderezado esta idea en él. José admite, ahora, por concordancia con las profecías, que Tú eres el profetizado. Pero no habría logrado, no, no habría logrado, convencerle de que Tú, de que tu grandeza verdadera está justamente en el hecho de ser Rey en el espíritu, que es lo único que te puede hacer Rey universal y eterno, si

no hubiera venido en dos momentos gente a buscarle... Los primeros, otra vez los de Cafarnaúm y otros con ellos, después de haberle halagado de nuevo con deslumbrantes promesas de grandeza para toda la casa, viéndole menos propenso a ceder a su favor —pretendían que él te forzara a ti a aceptar una corona, y a mí a hacértela aceptar—, se descubrieron pasando a las amenazas... Las consabidas, veladas amenazas que usan: cuchillos afilados envueltos en blanda lana para que parezcan inocuos... Y José reaccionó diciendo: "Yo soy el mayor, pero Él es mayor de edad, y en mi familia no tengo noticia de que haya habido nunca estúpidos o locos. Como es mayor de edad desde hace cuatro lustros, sabe lo que se trae entre manos. Id a Él, pues, y preguntadle. Y, si se niega, dejadle en paz. Es responsable de sus acciones".

Pero luego, precisamente en la vigilia del sábado, vinieron unos discípulos tuyos... ¿Me miras, Hijo? Deja que no te diga sus nombres, y deja que te diga que los perdones... Un hijo que hubiera alzado su mano contra la canicie de su padre, un levita que hubiera profanado el altar y temiera la ira de Yeohveh no estarían como estaban ellos... Venían de Cafarnaúm, donde te habían buscado... Habían recorrido los caminos del lago desde Cafarnaúm hasta Magdala, y luego hasta Tiberíades, esperando encontrarte. Y se habían encontrado con Hermas y Esteban, que bajaban con otros a Jerusalén después de haberse hospedado en casa de Gamaliel unos días. No quiero decirte lo que dijeron, lo que desean ardientemente decirte. Pero sus palabras habían aumentado el dolor de los discípulos que se descarriaron hasta el punto de unirse a quienes querían traicionarte con una falaz unción. Cuando vinieron, estaba conmigo José. Y fue una cosa buena. ¡Oh, José no ha llegado todavía a la Luz, pero está ya en el crepúsculo de su aurora! José ha entendido la insidia y... nuestro José te quiere mucho ahora. Te ama, no me atrevo a decir justamente, pero sí al menos como pariente mayor que sufre con tu sufrimiento, que vela por su incolumidad, que *conoce* a tus enemigos...

Por esto sé lo que te han hecho, Hijo mío. Un dolor... y una alegría, porque más de uno te ha *reconocido* por lo que eres. Para ti y para mí, este dolor y esta alegría. ¿Y perdonamos a todos, no es verdad? Yo ya he perdonado a los arrepentidos, hasta donde me era concedido».

«Mamá, podías haber concedido todo el perdón, también por mí. Porque Yo ya había perdonado viendo su corazón. Son hombres...
477.6 ¡Tú lo has dicho!... [6]Y Yo también tengo la alegría de ver a José caminando hacia la aurora de la verdadera Luz...».

«Sí. Él esperaba verte. Hubiera sido bueno que le hubieras visto.

Hoy estaba fuera hasta la puesta del Sol. Le dolerá no verte. Pero podrá hacerlo en Jerusalén».

«No, Madre. No estaré en Jerusalén de forma que me vean. Necesito evangelizar la Ciudad y sus aledaños; si me descubrieran, me expulsarían inmediatamente. Tendré que actuar, pues, como uno que hace el mal, si bien quiero hacer únicamente el bien... Pero es así».

«¿Entonces no vas a ver a José? Parte mañana para los Tabernáculos. Podíais hacer el viaje juntos...».

«No puedo...».

«¿Tanto te persiguen ya, Hijo mío?». ¡Qué congoja hay en la voz de la Madre!

«No, Madre. No. No más que antes. Tranquilízate. Es más... Vienen a mí espíritus buenos. Otros, no buenos, se detienen meditando, mientras que antes asestaban el golpe sin razonar. Los discípulos aumentan, los antiguos se forman cada vez más, los apóstoles se perfeccionan. No hablo de Juan, él ha sido siempre una gracia que me ha dado el Padre; hablo de Simón de Jonás y de los otros. Simón, que puedo decir que día tras día va dejando de ser el hombre que era para hacerse apóstol, y tú sabes lo que quiero decir. Y me causa mucha alegría. Y Natanael y Felipe que se desatan del vínculo de sus ideas. Y Tomás y... Bueno, qué digo, ¡todos! Sí, créelo. Todos en esta hora son buenos: son mi alegría. Debes estar tranquila sabiendo que estoy con ellos: amigos, consoladores, defensores de tu Hijo. ¡Si tú estuvieras tan defendida y fueras tan amada!».

«¡Oh, yo tengo a María, tengo a las mujeres de José y Simón y a ellos mismos y a los niños. Tengo al buen Alfeo. Y, bueno, ¿quién no quiere a María de Nazaret en Nazaret? Estáte tranquilo... Un entero pueblo ama a tu Mamá».

«Pero no a mí todavía, excepto unos pocos. Esto lo sé, y sé que su amor a ti está empapado de la compasión que se siente por la madre de un demente y de un vagabundo. Pero tú sabes que no lo soy y que te quiero. [7]Tú sabes que el separarme de ti es la obediencia, no digo 477.7
más grande, pero sí más amorosamente dolorosa que el Padre me pide...».

«¡Sí, Hijo mío! Sí. Lo sé. Yo no me quejo de nada. La verdad es que querría estar, preferiría estar contigo, en medio del fango, con el viento, a la intemperie, perseguida, cansada, sin techo ni fuego, sin pan, como Tú muchas veces... antes que en mi casa, mientras Tú estás lejos y *no sé* cómo estás mientras pienso en ti. Tú conmigo y yo contigo, sufrirías menos y yo menos sufriría... Porque eres mi Hijo y te podría tener siempre entre mis brazos y defenderte del frío, de la dureza de las piedras y, sobre todo, de la dureza de los corazones, con mi amor,

con mi pecho, con mis brazos. Eres mi Hijo. Te tuve mucho sobre mi corazón en la gruta, en el viaje a Egipto, y al regreso, siempre, cuando las inclemencias del tiempo y las insidias de los hombres podían dañarte. ¿Por qué no iba a poder hacerlo ahora? ¿He dejado de ser, acaso, tu Madre, porque Tú seas ahora el Hombre? ¿Es que ya no puede una madre ser todo para el hijo por el hecho de que él ya no sea pequeño? Yo creo que si estoy contigo no podrán causarte daño... porque ninguno... No. Soy una ilusa... Tú eres el Redentor... y los hombres, lo he visto, no tienen piedad ni siquiera de la propia madre... Pero, déjame ir contigo. Todo es mejor para mí que estar lejos de ti».

«Si los hombres fueran mejores, habría vuelto a Nazaret todavía. Pero también Nazaret... No importa. Vendrán a mí. Por ahora, voy a otros...Y no puedo llevarte conmigo. Sólo volveré aquí cuando sepan
477.8 quién soy. [8]Ahora voy a Judea... Subo al Templo... Luego estaré por aquellas comarcas... Recorreré una vez más Samaria. Trabajaré en los lugares donde más trabajo hay. Por ello, Madre, te aconsejo que te prepares para venir a mí al principio de la primavera y para establecerte cerca de Jerusalén. Nos veremos con más facilidad. Volveré a subir alguna vez todavía hasta la Decápolis y nos veremos todavía... Lo espero. Pero normalmente estaré en Judea. Jerusalén es la oveja más necesitada de cuidado, porque, en verdad, es más testaruda que un carnero viejo y más pendenciera que una cabra enrudecida. Voy a esparcir la Palabra como rocío que no se cansa de caer sobre su aridez...».

Jesús se levanta, se queda parado, mira a su Madre, que a su vez le mira fija y atentamente. Abre la boca, luego menea la cabeza y dice: «Queda todavía por decir esto, antes de la última cosa... Madre, si José quiere hablar conmigo, que esté hacia el alba de pasado mañana en el camino que de Nazaret por el Tabor va a Yizreel. Estaré solo o con Juan».

«Lo diré, Hijo mío».

477.9 [9]Silencio, un profundo silencio, porque los pájaros han terminado de pelear entre las frondas y también el viento calla, mientras el crepúsculo se adensa. Luego Jesús, que parece haber buscado con dificultad las últimas palabras, dice: «Mamá, este alto aquí ha terminado... Un beso, Mamá. Y tu bendición».

Se besan y bendicen mutuamente.

Luego Jesús, agachándose a recoger el velo de su Madre y llamando a Juan como para quitar gravedad a las palabras, dice: «Cuando vayas a Judea, llévame mi túnica más bonita. La que me tejiste para las fiestas solemnes. En Jerusalén debo ser "Maestro" en el sentido más amplio, y más sensiblemente humano, porque esos espíritus ce-

rrados e hipócritas miran más lo externo, la túnica, que lo interno, la doctrina. Y así también Judas de Keriot se sentirá contento... y también José, que me verá regiamente vestido. ¡Será un triunfo! Y la túnica que tejiste contribuirá a ello...», y sonríe, meneando la cabeza,
* para suavizar la verdad cortante que celan esas palabras.

Pero María no se engaña. Se levanta y, apoyándose en el brazo de Jesús, exclama: «¡Hijo!» y, con una congoja que me hace sufrir, Jesús la recoge en su corazón, donde Ella llora...

«Mamá, he querido hablar contigo en esta hora de paz por esto... Te confío mi secreto y todo lo que amo aquí abajo. Ninguno de los discípulos sabe que no volveremos a estos lugares sino cuando todo haya sido cumplido. Pero tú... Para ti no hay secretos... Te lo había prometido, Mamá. No llores. Todavía muchas horas hemos de estar juntos. Por esto te digo: "Ve a Judea". Tenerte al lado me compensará la fatiga de la más difícil evangelización a esos duros de corazón que ponen obstáculos a la Palabra de Dios. Ve con las discípulas galileas. Me seréis muy útiles. Juan se ocupará del alojamiento tuyo y de ellas. Ahora, antes de que él regrese, vamos a orar juntos. Luego tú volverás al pueblo. Yo también me acercaré durante la noche...».

[10]Oran juntos, y están en las últimas palabras del Pater cuando 477.10
aparece Juan, que, en la penumbra, cuando está cerca, ve la señal del llanto en el rostro de María, y se asombra; pero no dice nada al respecto. Se despide del Maestro y le dice: «Estaré a la aurora fuera de Nazaret, en el camino... Ven, Madre. Fuera del bosque hay todavía luz, y abajo el camino está todo iluminado por los faroles de los carros que van de camino...».

María besa de nuevo a Jesús, llorando en su velo. Luego, sujetada por Juan, que la lleva del codo, baja al sendero, y sigue hacia abajo, hacia el valle.

Jesús se queda solo, orando, pensando, llorando. Porque Jesús llora mientras ve bajar a su Madre. Luego vuelve a donde estaba antes y se pone en la postura que tenía, mientras la sombra y el silencio se adensan cada vez más en torno a Él.

14 de febrero de 1944.

* [11]Dice Jesús: 477.11

«No he olvidado tampoco este dolor de María, mi Madre. Haber tenido que lacerarla con la expectativa de mi sufrimiento, haber de-

---

* *la verdad cortante*, en 455.4 y en 460.10.
* *Dice Jesús*, come comentario a una "visión" del 14 de febrero de 1944, repetida más extensamente el 21 de agosto de 1946. Esta última es la que aquí precede; la primera, sin embargo, está reseñada en el volumen "Los cuadernos. 1944".

bido verla llorar. Por eso no le niego nada. Ella me dio todo. Yo le doy todo. Sufrió todo el dolor, le doy toda la alegría.

Quisiera que, cuando pensáis en María, meditarais en esta agonía suya que duró treinta y tres años y culminó al pie de la Cruz. La sufrió por vosotros: por vosotros, las burlas de la gente, que la juzgaba madre de un loco; por vosotros, las críticas de los parientes y de las personas de importancia; por vosotros, mi aparente desaprobación: "Mi Madre y mis hermanos son aquellos que hacen la voluntad de Dios". ¿Y quién más que Ella la hacía? Y una Voluntad tremenda, que le imponía la tortura de ver martirizar al Hijo. Por vosotros, la fatiga de ir acá o allá, a donde Yo estaba; por vosotros, los sacrificios: desde el de dejar su casita y mezclarse con las muchedumbres, al de dejar su pequeña patria por el tumulto de Jerusalén; por vosotros, el deber estar en contacto con aquel que guardaba dentro de su corazón la traición; por vosotros, el dolor de oír que me acusaban de posesión diabólica, de herejía. Todo, todo por vosotros. *

477.12 [12]No sabéis cuánto he amado a mi Madre. No reflexionáis en cuán sensible a los afectos era el corazón del Hijo de María. Y creéis que mi tortura fue puramente física, al máximo añadís la tortura espiritual del abandono final del Padre.

No, hijos. También experimenté los afectos del hombre: sufrí por ver sufrir a mi Madre, por tener que llevarla como mansa cordera al suplicio, por tener que lacerarla con una cadena de despedidas (en Nazaret, antes de la evangelización; ésta que os he mostrado y que precede a mi Pasión, ya inminente; aquélla, antes de la Cena, cuando ya la Pasión está desarrollándose con la traición de Judas Iscariote; aquélla, atroz, en el Calvario).

Sufrí por verme escarnecido, odiado, calumniado, rodeado de malsanas curiosidades que no evolucionaban hacia el bien sino hacia el mal. Sufrí por todas las falsedades que tuve que oír o ver activas a mi lado: las de los fariseos hipócritas, que me llamaban Maestro y me hacían preguntas no por fe en mi inteligencia sino para tenderme trampas; las de aquellos a quienes había favorecido y se volvieron acusadores míos en el Sanedrín y en el Pretorio; aquélla, premeditada, larga, sutil de Judas, que me había vendido y continuaba fingiéndose discípulo; que me señaló a los verdugos con el signo del amor. Sufrí por la falsedad de Pedro, atrapado por el miedo humano.

¡Cuánta falsedad, y cuán repelente para mí que soy Verdad! ¡Cuánta, también ahora, respecto a mí! Decís que me amáis, pero no me amáis. Tenéis mi Nombre en los labios, y en el corazón adoráis a

---

* *mi aparente desaprobación*, en 269.12.

Satanás y seguís una ley contraria a la mía.

Sufrí al pensar que en relación al valor infinito de mi Sacrificio —el Sacrificio de un Dios— demasiados pocos se salvarían. A *todos* —digo: *a todos— los que a lo largo de los siglos de la Tierra preferirían la muerte a la vida eterna, haciendo vano mi Sacrificio, los tuve presentes*. Y con esta cognición fui a afrontar la muerte.

[13]Ya ves, pequeño Juan, que tu Jesús y la Madre suya sufrieron 477.13
agudamente en su *yo* moral. Y largamente. Paciencia, pues, si es que debes sufrir. "Ningún discípulo es más que el Maestro", lo dije.

Mañana hablaré de los dolores del espíritu. Ahora descansa. La paz sea contigo».

478. Coloquio de Jesús con José y Simón de Alfeo, que van a la fiesta de los Tabernáculos.

22 de agosto de 1946.

[1]Apenas despunta el Sol sobre la naturaleza rociada de breve y 478.1
reciente lluvia. Sin duda es así, porque el polvo del camino está todavía mojado pero no se ha transformado en barro; por eso digo que ha llovido poco antes y que la lluvia ha sido breve. Una primera agua de otoño, un anuncio de las lluvias de noviembre, que transformarán los caminos palestinos en legamosas cintas de lodo. Pero ésta, ligera, propicia para los viandantes, sólo ha mojado el polvo —el otro flagelo de Palestina, reservado a los meses estivales, como el lodo a los invernales— y ha lavado el ambiente, las hojas y las hierbas, que brillan todas, tersas, con el primer rayo del Sol. Un vientecillo suave, puro, corre por los olivares que cubren los collados nazarenos, y el frufrú de las frondas tiene tanto rumor de grandes plumas agitadas al compás del vuelo, que parece que corriera por entre los árboles quietos un vuelo de ángeles; y brillan con su plata sembrada de brillantes, plegándose todas a un lado, como si al angélico vuelo le siguiera una estela de paradisíaca luz.

Ya la ciudad ha quedado unos cuantos estadios atrás, cuando Jesús, que ha caminado por atajos entre las colinas, entra en el camino de primer orden que de Nazaret va hacia la llanura de Esdrelón, el camino de caravanas que de minuto en minuto se va animando de peregrinos. Recorre otros pocos estadios por este camino, cuando —llegado a una bifurcación, donde el camino se divide en dos junto a un mojón que en sus dos lados opuestos tiene escrito: "Jafia Simonia - Belén Carmelo" al Oeste, y "Xalot - Naím Scitópolis - Engannim" al Este—, ve a sus primos José y Simón, parados en el borde del camino, los cua-

les, junto con Juan de Zebedeo, le saludan inmediatamente.

«¡Paz a vosotros! ¿Ya estáis aquí? Pensaba que sería el primero y que debería pararme aquí a esperaros... y ya os encuentro», y los besa, visiblemente contento de verlos.

«No podías llegar antes. Por temor a que pasaras antes de que llegásemos nosotros, nos hemos puesto en camino a la luz de las estrellas, en seguida veladas por las nubes».

«Os había dicho que me veríais. Entonces tú, Juan, no has dormido».

«Poco, Maestro. Pero, en todo caso, más que Tú, sin duda» y el sereno rostro de Juan sonríe, verdadero espejo de su bondadoso carácter siempre contento de todo.

478.2 [2]«Entonces, hermano mío, ¿querías hablar conmigo?» dice Jesús a José.

«Sí... Ven, vamos un poco dentro de esa viña. Estaremos más tranquilos» y José es el primero que se mete entre dos hileras de vides ya despojadas de su fruto. Sólo algún que otro pequeño racimo, para el hambre del pobre y del peregrino, según las prescripciones mosaicas, queda en los sarmientos, entre las hojas que, próximas a caer, ya amarillecen.

Jesús le sigue con Simón. Juan se queda en el camino. Pero Jesús le llama diciendo: «Puedes venir, Juan. Tú eres mi testigo».

«Pero...» dice el apóstol, mirando vacilante a los dos hijos de Alfeo.

«No, no. Ven, sí. Es más, queremos que oigas nuestras palabras» dice José, y entonces Juan baja también a la viña, donde todos se adentran tanto, siguiendo la curva de las hileras, que ya no se los ve desde el camino.

478.3 [3]«Jesús, me siento alegre de ver que me quieres» dice José.

«¿Y podías dudarlo? ¿No te he querido siempre?».

«Yo también te he querido siempre. Pero... en nuestro amor, desde hace un tiempo ya no nos comprendíamos. Yo... no podía aprobar lo que hacías, porque me parecía tu destrucción, la de tu Madre y la nuestra. Ya sabes... Todos los galileos de una cierta edad recordamos cómo fue castigado Judas el galileo y cómo fueron desbaratados sus parientes y seguidores, y confiscados sus bienes. A los que no mataron los mandaron a las galeras y les confiscaron los bienes. No quería esto para nosotros. Porque... Sí, no daba crédito a que precisamente de nosotros, que somos de la estirpe de David, sí, pero tan... Bueno, no nos falta el pan, y alabado sea el Altísimo por ello. Pero, ¿dónde está la grandeza regia que todas las profecías atribuyen al que será el Mesías? ¿Eres Tú la verga que golpea para dominar? No

fuiste luz al nacer. ¡Ni siquiera naciste en tu casa!... ¡Yo conozco bien las profecías! Nosotros ya somos rama seca. Y nada hacía entender que el Señor la hubiera revestido de follaje. ¿Y Tú qué eres sino un justo? Por estos pensamientos te hacía frente, gimiendo por nuestra destrucción. Y en medio de esta compunción mía vinieron los tentadores, para avivar aún más el fuego de mis ideas de grandeza, de realeza... Jesús, tu hermano fue un necio. Creí en ellos y te causé pesar. Es duro confesarlo, pero lo debo decir. Y piensa que todo Israel estaba en mí: necio como yo; como yo, seguro de que la forma del Mesías no era la que Tú nos ofreces... Es duro decir: "Me he equivocado. Nos hemos equivocado y seguimos equivocándonos. Desde hace siglos". Pero tu Madre me ha explicado las palabras de los profetas. ¡Oh, sí! Tiene razón Santiago. Y tiene razón Judas. De labios de María —como ellos oyeron, de niños, esas palabras—, se ve que eres el Mesías. En fin, ya no soy un niño, y mis cabellos encanecen; ni lo era cuando María volvió del Templo esposa de José. Y recuerdo esos días. Y la desaprobación de mi padre, una desaprobación cargada de asombro, cuando vio que su hermano no cumplía las nupcias en breve plazo. Asombro suyo, asombro de Nazaret. Y también murmuración. Porque no es usual dejar pasar tantos meses antes de las nupcias, poniéndose en condiciones de pecar y de... Jesús, yo siento estima por María y honro la memoria de mi pariente. Pero el mundo... Para el mundo no fue un buen momento... Tú... ¡Oh, ahora sé! Tu Madre me ha explicado las profecías. Y Dios quiso que se retrasaran las nupcias para que tu nacimiento coincidiera con el gran Edicto y nacieras en Belén de Judá. Y... todo, sí, María me lo ha explicado todo, y ha sido como una luz para comprender lo que Ella por humildad ha callado. Y digo: eres el Mesías. Esto he dicho y esto diré. Pero decirlo no significa todavía cambiar de mente... porque mi mente piensa en el Mesías como *rey*. Las profecías hablan... y es difícil poder comprender otro carácter en el Mesías sino el de rey... [4]¿Sigues 478.4
mi razonamiento? ¿Estás cansado?».

«No, te escucho».

«Bueno, pues, los que seducían mi corazón volvieron y querían que te coaccionara... Y, al no querer hacerlo, cayó de su rostro el velo y aparecieron como en realidad son: los falsos amigos, los verdaderos enemigos... Y vinieron otros, plañendo como pecadores. Escuché lo que me dijeron. Relataron tus palabras en casa de Cusa... Ahora sé que Tú reinarás sobre los espíritus, o sea, serás Aquel en quien toda la sabiduría de Israel se centrará para dar leyes nuevas y universales. En ti está la sabiduría de los patriarcas y la de los jueces, y la de los profetas, y la de nuestros antepasados David y Salomón; en ti la

sabiduría que guió a los reyes, a Nehemías y a Esdras; en ti, la que sostuvo a los Macabeos. Toda la sabiduría de un pueblo, de *nuestro* pueblo, del Pueblo de Dios. Comprendo que darás al mundo, enteramente sujeto a tu poder, tus sapientísimas leyes. Y verdaderamente
478.5 pueblo de santos será tu pueblo. [5]Pero, hermano mío, no puedes hacer esto solo. Moisés, para mucho menos, eligió ayudantes. ¡Y era sólo *un* pueblo! ¡Tú... todo el mundo! ¡Todo a tus pies!... ¡Ah, pero para hacer esto debes darte a conocer!... ¿Por qué sonríes con los labios teniendo cerrados los ojos?».

«Porque escucho y me pregunto: "¿Olvida mi hermano que, diciendo que iba a perjudicar a toda la familia, me dirigió un reproche por el hecho de darme a conocer?". Por esto sonrío. Y también pienso que desde hace dos años y seis meses no hago más que darme a conocer».

«Es verdad. Pero... ¿Quién te conoce? Una serie de pobres, de campesinos, de pescadores, de pecadores, ¡y de mujeres! Bastan los dedos de la mano para contar, entre los que te conocen, a los de valor. Lo que yo digo es que debes darte a conocer a los *grandes* de Israel. A los sacerdotes, a los ancianos, a los escribas, a los grandes rabíes de Israel, a todos aquellos que aun siendo pocos valen por una multitud. ¡Ésos son los que te tienen que conocer! Ellos, los que no te aman, tienen entre sus acusaciones —las cuales, ahora lo comprendo, son falsas— una verdadera, justa: la de que los marginas. ¿Por qué no vas como lo que eres y los conquistas con tu sabiduría? Sube al Templo y asienta los reales en el Pórtico de Salomón —eres de la estirpe de David, y profeta; ese lugar te pertenece, a ninguno como a ti le pertenece, por derecho— y habla».

«He hablado y por ello me han odiado».

«Insiste. Habla como rey. ¿No recuerdas la potencia, la majestad de los actos de Salomón? Si (¡espléndido este "si"!) eres el anunciado por los profetas, como ilustran las profecías vistas con los ojos del espíritu, Tú eres más que Hombre. Él, Salomón, era sólo hombre. Muéstrate, pues, como lo que eres, y te adorarán».

«¿Me adorarán los judíos, los príncipes, y los jefes de las familias y tribus de Israel? No todos, pero alguno que no me adora me adorará en espíritu y verdad. Mas no será ahora. Antes debo ceñir la corona y tomar el cetro y vestir de púrpura».

«¡Ah, entonces eres rey, lo serás pronto! ¡Lo estás diciendo! ¡Es como pensaba yo! ¡Es como muchos piensan!».

«En verdad, no sabes cómo reinaré. Sólo Yo y el Altísimo, y pocas almas a las que el Espíritu del Señor ha querido revelárselo, ahora y en los tiempos pasados, sabemos cómo reinará el Rey de Israel, el

Ungido de Dios».

[6]«Escúchame también a mí, hermano. José tiene razón. ¿Cómo 478.6
quieres que te amen o que te teman, si siempre evitas maravillarlos? ¿No quieres llamar a Israel a las armas? ¿No quieres lanzar el viejo grito de guerra y de victoria? Bien. Pero, al menos —y no es la primera vez que se producen así las aclamaciones para el trono de Israel—, al menos por aclamación popular, al menos por haber sabido arrancar esta aclamación con tu poder de Rabí y Profeta, hazte rey» dice Simón de Alfeo.

«Ya lo soy. Desde siempre».

«Sí. Nos lo ha dicho un jefe del Templo. Has nacido rey de los judíos. Pero Tú no amas a Judea. Eres un rey desertor, porque no vas a ella. Eres un rey no santo, si no amas el Templo donde la voluntad de un pueblo te ungirá rey. Sin la voluntad de un pueblo, si no quieres imponerte a él con violencia, no puedes reinar» replica Simón.

«Sin la voluntad de Dios, quieres decir, Simón. ¿Qué es la voluntad del pueblo? ¿Qué es el pueblo? ¿Por quién es pueblo? ¿Quién lo mantiene como tal? Dios. No olvides esto, Simón. Y Yo seré lo que Dios quiere que sea. Por su voluntad seré lo que debo ser. Y nada podrá impedir que lo sea. No habré de lanzar *Yo* el grito de convocatoria, todo Israel estará presente en mi proclamación; no habré de subir *Yo* al Templo para ser aclamado, me llevarán. Un pueblo entero me llevará al Templo, para que suba a mi trono. Me acusáis de que no amo a Judea... En su corazón, en Jerusalén, seré proclamado "Rey de los Judíos". Saúl no fue proclamado rey en Jerusalén, y David tampoco, y tampoco Salomón. Pero Yo seré ungido Rey en Jerusalén. Pero ahora no iré públicamente al Templo, ni sentaré en él los reales porque no es mi hora».

[7]José toma de nuevo la palabra. «Te digo que estás dejando pasar 478.7
tu hora. El pueblo está cansado de los opresores extranjeros y de nuestros jefes. Te digo que ésta es la hora. Toda Palestina, menos Judea, y no toda, te sigue como Rabí y más. Eres como un estandarte alzado sobre una cima. Todos te miran. Eres como un águila y todos siguen tu vuelo. Eres como un vengador y todos esperan que lances la flecha. Ve. Deja Galilea, la Decápolis, Perea, las otras regiones, y ve al corazón de Israel, a la ciudadela en que todo el mal está contenido y de donde todo el bien debe venir, y conquístala. Allí también tienes discípulos, aunque tibios, porque te conocen poco; pocos, porque no te quedas allí; vacilantes, porque no has hecho allí las obras que has hecho en otros lugares. Ve a Judea, para que también aquéllos vean, a través de tus obras, lo que eres. Reprochas a los judíos el que no te aman. Pero, ¿cómo puedes pretender que te amen,

si te mantienes oculto a ellos? Nadie, si busca y desea ser aclamado en público, hace a hurtadillas sus obras; no, las hace de forma que el público las vea. Si Tú, pues, puedes hacer prodigios en los corazones, en los cuerpos y en las cosas, ve allá y date a conocer al mundo».

«Os lo he dicho: no es mi hora. No ha llegado aún mi tiempo. A vosotros os parece siempre el momento adecuado, pero no es así. Yo debo asir mi momento. Ni antes ni después. Antes sería inútil. Provocaría mi desaparición del mundo y de los corazones antes de haber cumplido mi obra. Y el trabajo ya hecho no daría fruto, porque ni sería cabal ni gozaría de la ayuda de Dios, que quiere que Yo le cumpla sin dejar pasar una palabra o acción. Yo debo obedecer al Padre mío. Y nunca haré lo que esperáis, porque ello perjudicaría al plan del Padre mío.

Yo os comprendo y os disculpo. No os guardo resentimiento. No siento siquiera cansancio, tedio por vuestra ceguera... No sabéis. Pero Yo sí que sé. Vosotros no sabéis. Vosotros veis lo externo de la cara del mundo, Yo veo lo profundo. El mundo os muestra una cara todavía buena. No os odia, no porque os ame, sino porque no os habéis ganado su odio. Sois demasiado poco. Pero a mí me odia, porque soy un peligro para el mundo. Un peligro para la falsedad, la avaricia, la violencia que hay en el mundo.

478.8 [8]Yo soy la Luz, y la luz ilumina. El mundo no ama la luz, porque la luz pone al descubierto las acciones del mundo. El mundo no me ama, no me puede amar, porque sabe que he venido a vencerle en el corazón de los hombres y en el rey tenebroso que le domina y desvía. El mundo no se quiere convencer de que Yo soy su Médico y su Medicina, y, como un demente, querría derribarme para no ser curado. El mundo todavía no quiere convencerse de que soy el Maestro, porque lo que Yo digo es contrario a lo que él dice. Y entonces trata de ahogar la Voz que habla al mundo para adoctrinarle en orden a Dios, para mostrarle la verdadera naturaleza de sus malas acciones.

Entre Yo y el mundo hay un abismo. Y no por mi culpa. He venido para dar al mundo la Luz, el Camino, la Verdad, la Vida. Pero el mundo no me quiere acoger, y mi luz para él se hace tinieblas, porque será la causa de la condena de aquellos que no me recibieron. En el Cristo está toda la Luz para aquellos de entre los hombres que quieren recibirle; mas en el Cristo también están todas las tinieblas para aquellos que me odian y me rechazan. Por ello, al principio de mis días mortales, fui proféticamente señalado como "signo de contradicción". Porque según sea acogido habrá salvación o condena, muerte o vida, luz o tinieblas. Pero, en verdad en verdad os digo que los que me acogen vendrán a ser hijos de la Luz, o sea, de Dios, naci-

dos a Dios por haber acogido a Dios.

[9]Por ello, si he venido para hacer de los hombres hijos de Dios, 478.9
¿cómo puedo hacer de mí un rey, como, por amor o por odio, por ingenuidad o malicia, muchos en Israel queréis hacer? ¿No comprendéis que me destruiría a mí mismo, a mi verdadero Yo mismo, o sea al Mesías, no al Jesús de María y José de Nazaret? ¿No comprendéis que destruiría al Rey de los reyes, al Redentor, al Nacido de una Virgen y llamado Emmanuel, llamado el Admirable, el Consejero, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la Paz, Dios, Aquel cuyo imperio y paz no tendrán confines, sentado en el trono de David por la descendencia humana, pero teniendo al mundo como escabel de sus pies, como escabel de sus pies a todos sus enemigos y al Padre
* a su lado, como está escrito en el libro de los Salmos, por derecho sobrehumano de origen divino? ¿No comprendéis que Dios no puede ser Hombre sino por perfección de bondad, para salvar al hombre, pero que no puede, no debe, rebajarse a sí mismo a pobres cosas humanas? ¿No comprendéis que si aceptara la corona, este reino como vosotros lo concebís, confesaría que soy un falso Cristo, mentiría a Dios, renegaría de mí mismo y del Padre y sería peor que Lucifer, porque privaría a Dios de la alegría de teneros, sería peor que Caín para vosotros, porque os condenaría a un perpetuo exilio de Dios en un Limbo sin esperanza de Paraíso?

¿Todo esto no comprendéis? ¿No comprendéis la trampa de los hombres para hacerme caer? ¿No comprendéis la trampa de Satanás para agredir al Eterno en su Amado y en sus criaturas: los hombres? ¿No comprendéis que este signo, esta *aspiración mía sólo a cosas espirituales* para daros el Reino espiritual de Dios, es el signo de que Yo soy más que hombre, que soy el Hombre-Dios? ¿No comprendéis que la señal de que...».

«¡Las palabras de Gamaliel!» exclama Simón.

«...de que no soy un rey, *sino el Rey*, es este odio de todo el infierno y de todo el mundo hacia mí? Debo enseñar, sufrir, salvaros. Esto es lo que debo hacer. Y Satanás no quiere esto, ni tampoco los diablos. [10]Uno de vosotros ha dicho: "Las palabras de Gamaliel". Eso... 478.10
él no es discípulo mío, ni lo será nunca mientras Yo esté en este mundo. Pero él es un justo. Bien, ¿y, acaso, entre los que me tientan y os tientan al pobre reino humano está Gamaliel?».

«¡No! Esteban ha dicho que el rabí, cuando supo lo que sucedió en casa de Cusa, exclamó: "Mi espíritu vibra preguntándose si será ver-

---

* *está escrito en el libro de los Salmos*, o sea, en *Salmo 110, 1* (aunque, según la vulgata, es *109, 1*), come anota MV en una copia mecanografiada donde también pone, para las precedentes definiciones del Mesías, la reseña *Isaías 7, 14; 9, 5-6* (según la vulgata: *9, 6-7*).

daderamente lo que dice. Pero cualquier pregunta quedaría muerta antes de formarse en la mente, y para siempre, si Él hubiera consentido a esto. El Niño al que escuché dijo que tanto la esclavitud como la realeza no serán como, comprendiendo mal a los profetas, las creíamos, o sea, materiales, sino del espíritu, por obra del Cristo, Redentor de la culpa y fundador del Reino de Dios en los espíritus. Recuerdo estas palabras. Y por ellas le mido al Rabí. Si, midiéndole, Él fuera inferior a esa altura, le rechazaría como a pecador y embustero. Y he temido ver esfumarse la esperanza que aquel Niño puso"» dice Simón.

«Sí, pero... él no le llama Mesías» rebate José.

«Espera un signo, dice» responde Simón.

«¡Pues entonces dáselo! Y potente».

478.11 «Le daré lo que le prometí. Pero no ahora. [11]Vosotros id a esta fiesta. Yo no voy públicamente, como rabí, como profeta, para imponerme, porque todavía no ha llegado mi tiempo».

«¿Pero, al menos, irás a Judea? ¿Vas a darles a los judíos pruebas que los convenzan? Para que no puedan decir...».

«Sí. ¿Pero tú crees que contribuirán a mi paz? Hermano, cuanto más haga, más me odiarán. Pero te daré esta satisfacción. Les daré pruebas como no podrá haberlas mayores... y les diré palabras capaces de transformar en corderos los lobos, las piedras en blanda cera. Pero no servirán...». Jesús está triste.

«¿Te he afligido? Hablaba por tu bien».

«No me afliges tú... Pero quisiera que me comprendieras. Hermano mío, quisiera que me vieras como lo que soy... Quisiera irme con la alegría de saber que eres amigo mío. El amigo comprende y tutela los intereses del amigo...».

«Y yo te digo que lo haré. Sé que te odian. Ahora ya lo sé. Por este motivo he venido. Pero Tú sabes que velaré por ti. Soy el mayor. Repeleré las calumnias. Y me preocuparé de tu Madre» promete José.

«Gracias, José. Grande es mi peso. Tú lo aligeras. El dolor, un mar, avanza con sus olas para sumergirme, y con él el odio... Pero, si tengo vuestro amor, nada es. Porque el Hijo del hombre tiene un corazón... y este corazón tiene necesidad de amor...».

«Yo te doy amor. Sí. Por el ojo de Dios que me ve, te digo que te lo doy. Ve en paz, Jesús, a tu trabajo. Yo te ayudaré. Nos queríamos. Luego... Pero ahora volvemos a lo que éramos en el pasado. Uno para el otro. Tú: el Santo, yo: el hombre; pero unidos para la gloria de Dios. Adiós, hermano».

«Adiós, José».

Se besan. Luego es el turno de Simón, que solicita: «Bendícenos

para que se abran nuestros corazones a toda la luz».

Jesús los bendice y, antes de dejarlos, dice: «Os confío mi Madre...».

«Ve en paz. Tendrá dos hijos en nosotros».

Se dejan.

[12]Jesús vuelve al camino, y se pone a andar muy raudo con Juan 478.12
al lado.

Pasado bastante rato, Juan rompe el silencio para preguntar: «¿Pero José de Alfeo está o no está convencido ya?».

«Todavía no».

«¿Y entonces qué eres para él? ¿Mesías? ¿Hombre? ¿Rey? ¿Dios? No he comprendido bien. Me parece que él...».

«José está como en uno de esos sueños de la mañana en que la mente ya se acerca a la realidad aligerándose del sueño pesado, que producía irreales sueños, a veces pesadillas. Los fantasmas de la noche retroceden, pero todavía la mente fluctúa en un sueño que, por ser hermoso, no se querría que tuviera fin... Lo mismo él. Se acerca al despertar. Pero, por ahora, sigue acariciando el sueño; casi lo detiene, porque para él es hermoso... Mas hay que saber tomar lo que el hombre puede dar. Y alabar al Altísimo por la transformación que se ha producido hasta ahora. ¡Bienaventurados los niños! ¡Es tan fácil para ellos creer!», y Jesús pasa un brazo por la cintura de Juan —que sabe ser niño y creer— para hacerle sentir su amor.

479. Con Juan al pie de la torre de Yizreel en espera de los campesinos de Jocanán.

24 de agosto de 1946.

[1]«Estás muy cansado, Juan. Y, no obstante, habría que llegar a 479.1
Engannim antes de la puesta del Sol de mañana».

«Llegaremos, Señor» dice Juan, y sonríe, a pesar de estar —él que ha andado más que todos— hasta pálido por el cansancio. Y trata de tomar un paso más rápido para convencer al Maestro de que no está muy cansado. Pero pronto vuelve a los andares de quien no puede más: espalda curvada, cabeza pendiendo hacia adelante como oprimida por un yugo, pies que rozan el suelo y frecuentemente tropiezan.

«Dame, al menos, las sacas. La mía pesa».

«No, Maestro. Tú no estás menos cansado que yo».

«Tú lo estás más, porque fuiste desde Nazaret al bosque de Matatías y luego volviste a Nazaret».

«Y dormí en una cama. Tú no. Estuviste en vela en el bosque y pronto te pusiste en camino de nuevo».

«También tú. Lo dijo José. Salisteis con las estrellas».

479.2 «¡Pero las estrellas duran hasta el alba!...» sonríe Juan. [2]Luego, poniéndose serio, añade: «Y no es el poco sueño lo que da dolor...».

«¿Qué otra cosa, Juan? ¿Qué te ha causado dolor? ¿Quizás que mis hermanos...?».

«¡No, Señor! Ellos también... Pero lo que me pone lastre... no, no lo que me pone lastre... lo que me envejece es haber visto llorar a tu Madre... No me dijo por qué lloraba, y yo tampoco se lo pregunté, a pesar de mis ganas de preguntárselo. Pero la miraba tanto, que me dijo: "En casa te diré. Ahora no, porque lloraría más fuerte". Y en casa me habló, tan dulce y tristemente, que también lloré yo».

«¿Qué te dijo?».

«Me dijo que te quisiera mucho, que no te causara nunca el más mínimo dolor, porque luego tendría mucho remordimiento. Me dijo: "Hagamos todo nuestro deber en los meses que nos quedan, y más que el deber". Porque para ti, que eres Dios, sólo el deber es poco. Y también me dijo —y esto me hizo sufrir mucho y, si no lo hubiera dicho ella, no podría creerlo—, me dijo: "Y es incluso poco hacer sólo el deber hacia quien se marcha y no podremos luego servirle... Para poder estar resignados después, cuando ya no esté entre nosotros, es necesario haber hecho más que el deber. Hay que haber dado todo, todo el amor, los cuidados, la obediencia, todo, todo. Entonces, en medio del desgarro de la separación, se dice: '¡Puedo decir que, mientras Dios ha querido que le tuviera, no he descuidado ni un instante de amarle y servirle!'". Y yo dije: "¿Pero se va realmente el Maestro? ¡Muchas cosas tiene que hacer todavía! Habrá tiempo...". Y ella meneó la cabeza diciendo (y dos grandes lágrimas bajaban de sus ojos): "El Maná verdadero, el vivo Pan, volverá al Padre cuando el hombre se esté felicitando de saborear el trigo nuevo... Y nosotros estaremos solos, entonces, Juan". Yo, para consolarla, dije: "Un gran dolor. Pero, si vuelve al Padre, debemos alegrarnos. Ninguno podrá ya dañar-

479.3 le". Y ella gimió: "¡Oh, pero antes!", y yo creí entender. [3]Pero ¿va a ser exactamente así, Señor? ¿Así, así? Mira, no es que no creamos en tus palabras. Lo que pasa es que te queremos y... Yo no te voy a decir como Simón un día: esto no te puede suceder. Yo creo, todos creemos... Pero te queremos y... ¡Oh, Señor mío! ¿Los pecados del amor son realmente pecados?».

«El amor no peca nunca, Juan».

---

* *como Simón un día*, en 346.6.

«Pues entonces nosotros, que te queremos, estamos dispuestos a combatir y a matar por defenderte. Los galileos no son estimados por los otros. Precisamente porque nos llaman pendencieros. Bueno, pues, defendiéndote, justificaremos la fama que tenemos. Estamos * en los lugares donde, en tiempos de Débora, Baraq destruyó el ejército de Sísara, con sus diez mil. Y esos diez mil eran de Neftalí y Zabulón. Y nosotros venimos de aquéllos. El nombre era distinto, pero el corazón es igual».

«Eran diez mil... Pero ahora, aunque fuerais diez veces diez mil, ¿qué podríais?».

«¿Qué! ¿Temes a las cohortes? No son tantas, y además... Ellos no te odian. No molestas. No piensas en el reino, en un reino que arrebate una presa a las águilas romanas. No intervendrán entre nosotros y tus enemigos, y éstos estarán pronto vencidos».

«Mil, diez mil, cien mil que fuerais... ¿Qué sería eso contra la voluntad del Padre? Yo debo cumplirla...».

Juan, desalentado, deja de hablar. Es extraña esta testarudez, esta incapacidad mental, incluso en los mejores seguidores de Jesús, para comprender la más alta misión de Él. Le aceptan como Maestro, como Mesías. Creen en su facultad de salvar y redimir. Pero, cuando se encuentran frente al *modo* como redimirá... pues su intelecto se cierra. Parece, incluso, que para ellos pierdan valor las profecías. Y decir esto respecto a los israelitas, que se puede decir que respiran y caminan y se nutren y viven por medio de las profecías, es decir todo. Todo lo que traen los Libros sagrados es verdadero, menos esto: que el Mesías debe padecer y morir, ser vencido por los hombres. Esto no lo pueden aceptar. Cristo se afana en mostrar cuadros de su futura Pasión, para que puedan leer lo que ésta será, y ellos me parecen ciegos y sordos. Cierran los ojos. No ven y, por tanto, no comprenden.

[4]La noche ya se va acercando, un poco fosca, cuando llegan a la 479.4
vista de Yizreel.

Jesús da ánimos a Juan —que ya no ha vuelto a hablar y que va como un sonámbulo, de tan cansado como está— diciéndole: «Pronto llegaremos. Y tú entrarás a buscar un alojamiento para ti».

«Y para ti».

«No, Juan. Yo me quedaré junto al camino que viene de la llanura. Pienso que vendrán de noche, y quiero consolarlos y despedirlos antes del alba».

«¡Estás tan cansado...! y quizás llueva, como la noche pasada.

---

* *en los lugares donde...*, en *Jueces 4, 1-16*, como anota MV en una copia mecanografiada.

Ven, al menos, hasta la mitad de la vigilia del gallo».

«No, Juan».

«Entonces me quedo contigo. Estamos cerca de las tierras de los fariseos y... Y además se lo prometí a tu Madre, y a mí mismo. No quiero tener motivo de autoacusarme...».

En los cuatro ángulos de Yizreel hay torres, destinadas no sé para qué uso. Deben ser antiguas, ya cuando las veo yo. Parecen cuatro ceñudos gigantes puestos allí para hacer de carceleros de la pequeña ciudad, construida en un alto que domina a la llanura, la cual, en la sombra precoz de un atardecer nublado, va desapareciendo.

«Vamos a subir a ese talud que hay al pie de la torre. Veremos todo el camino sin ser vistos. Hay hierba para echarse, y el escalón que hay delante de la puerta nos resguardará si viene agua» dice Jesús.

Suben. Se sientan en un bajísimo murete, semiderruido, situado a unos diez metros de la torre. Parece una protección puesta antigüamente alrededor de este torreón. Ahora está casi enteramente caído, y la tupida hierba recubre sus restos con grandes cascadas de convólvulos silvestres y con otras hierbas que se alzan y cuyo nombre desconozco, propias de las ruinas, con anchas hojas peludas.

Dan unos mordiscos a un poco de pan —no tienen otra cosa— bajo los últimos rayos de luz. Juan, a pesar de estar cansadísimo, da una ojeada por entre las ramas de una higuera nacida entre las piedras, retorcida toda y enmarañada, y, entre las hojas que tienden a amarillecer, descubre algún higuito respetado por los pajaros y los muchachos. Los comen, completando así la comida. El agua la tienen en los zaques. Pronto termina la comida.

479.5 [5]«¿Estará habitada la torre?» pregunta Juan soñoliento.

«No creo. No se filtran a través de ella ni luz ni voz. ¿Querías pedir alojamiento? Ya no puedes más...».

«¡No! No era por un motivo concreto... Aquí se está bien...».

«Túmbate, al menos, Juan. La hierba es tupida, y aquí no debe haber llovido todavía: el suelo está seco».

«...No... No... Señor. No tengo sueño... Hablemos. Dime algo... Una parábola... Me siento aquí a tus pies. Me basta con poner la cabeza sobre tus rodillas...» y se sienta y apoya la cabeza, la cara hacia el cielo, en las rodillas de Jesús.

Hace esfuerzos heroicos para no dormirse. Trata de hablar para vencer el sueño... Trata de interesarse en lo que ve... estrellas en el cielo, luces en el camino. Cada vez más numerosas las primeras, porque el viento, soplando, ha alejado las nubes; cada vez más escasas las segundas, porque la noche ha suspendido la marcha de los peregrinos. Sólo algún obstinado persiste en continuar con su carro pro-

visto de farol, un farol que se bambolea atado al techo (hecho de esteras o mantas extendidas sobre los arcos del carro). Pero el propio silencio, cada vez más profundo, ayuda a conciliar el sueño...

Juan, con una voz cada vez más lejana, dice: «¡Cuántas luces en el cielo! Y, mira: parece que alguna ha bajado a la Tierra y titila y palpita como arriba... Pero son más pequeñas y feas... Nosotros no podemos ser estrellas... En las nuestras hay humo, hay olor de pabilo... y todo las puede apagar... Una vez dijiste que para apagar la luz en nosotros basta una mariposa, y comparabas las mariposas a las seducciones del mundo... Y luego decías que... mientras las mariposas pueden apagar una lámpara, el ala de los ángeles, y llamabas ángeles a las cosas espirituales, avivan la luz que hay en nosotros... Yo... el ángel... la luz».

Juan se va sumiendo lentamente en el sueño, y se extiende, abatido sin querer por el cansancio.

Jesús espera a que esté recostado del todo, y luego le coloca la saca debajo de la cabeza, y le extiende el manto encima con ademanes paternos. En un último destello de lucidez, Juan susurra todavía: «¡No estoy dormido, eh, Maestro!... Lo único es que así veo más estrellas y te veo mejor...», y pasa a ver mejor a Jesús y el cielo estrellado soñándolos profundamente dormido. Jesús se sienta de nuevo en su verde asiento. Apoya el codo derecho en la rodilla, apoya el carrillo en la palma de la mano y piensa, ora, mirando el camino, ya desierto, mientras a sus pies el Predilecto, doblado un brazo debajo de la cabeza, duerme con la placidez de un niño.

480. Parten de Yizreel tras la visita nocturna de los campesinos de Jocanán.

26 de agosto de 1946.

[1]«Juan, ya ha llegado la aurora. Álzate y vamos» dice Jesús, me- 480.1
neando al apóstol para que se despierte.

«¡Maestro! ¡Ya ha salido el Sol! ¡Cuánto he dormido! ¿Y Tú?».

«Yo también, a tu lado, debajo de nuestros mantos».

«¡Ah! ¡Te convenciste de que los campesinos no venían y te acostaste! Lo había previsto...».

Jesús sonríe y responde: «Han venido cuando la posición de las estrellas de la Osa decía que empezaba el galicinio».

«¡No he oído nada!...». Juan está afligido. «¿Por qué no me has tenido despierto?».

«Estabas muy cansado. Parecías un niño durmiendo en una cu-

na. ¿Para qué despertarte?».

«¡Pues para hacerte compañía!».

«Me hacías compañía con tu sueño sereno. Te dormiste hablando de ángeles, estrellas, almas, luz... y ciertamente seguiste viendo en el sueño ángeles y estrellas, y a tu Jesús... ¿Por qué traerte de nuevo a las maldades del mundo cuando estabas tan lejos de ellas?».

«¿Y si... si en vez de los campesinos hubieran subido aquí maleantes?».

«Entonces te habría llamado. Pero ¿quién iba a venir?».

«Pues... No sé... Jocanán, por ejemplo... Te odia...».

«Lo sé. Pero han venido sólo sus siervos. Nadie ha traicionado... porque tú sospechas también que alguno haya hablado para perjudicarme a mí y a ellos. Pero ninguno ha traicionado. Y he hecho bien esperándolos aquí. El nuevo administrador es digno de su jefe y ha recibido órdenes severísimas; no falto a la caridad calificándolas de crueles; otro nombre sería falsedad... Salieron en cuanto la noche se adensó, rogando al Señor que les hiciera encontrarse conmigo. Dios premia siempre la fe y consuela a sus hijos infelices. Si no me hubieran encontrado, habrían estado aquí hasta los primeros albores y luego habrían regresado para que los vieran a la aurora en las tie-
480.2 rras... [2]Así, los he visto y bendecido...».

«Y estás triste por haberlos visto tan oprimidos».

«Es verdad. Muchas tristezas... Por eso que dices, por no haber tenido nada que dar a sus cuerpos extenuados, por el pensamiento de que no los volveré a ver...».

«¿Se lo has dicho?».

«No. ¿Por qué poner un dolor donde ya todo es dolor?».

«Los habría saludado yo también con gusto por última vez».

«Para ti no es la última vez. Es más, tú, junto con los condiscípulos, te ocuparás mucho de ellos cuando Yo me haya marchado. Os confío mis seguidores a todos vosotros, especialmente aquellos que son los más infelices y que tienen en la fe su único apoyo y en la esperanza del Cielo su única alegría».

«¡Oh, Maestro mío! Digo también yo como tu hermano José: ve en paz, Maestro. Yo, créeme, como sepa hacerlo, te continuaré».

480.3 «Estoy seguro de ello. [3]Vamos... El camino se anima de gente. Las nubes se encabalgan en el cielo, y la luz, en vez de aumentar, disminuye. Hoy va a llover y todos se apresuran para acabar la etapa. Pero las nubes se han portado bien con nosotros. La noche ha sido tibia y no ha habido lluvia, por nosotros que estábamos al raso. El Padre siempre vela por sus hijos entrañablemente amados».

«Entrañablemente amado Tú, Maestro. Yo...».

«Tú lo eres para Él, porque me amas...».
«¡Oh, eso sí! Hasta la muerte...».
Y, mezclados entre la gente, se alejan hacia el Sur...

481. Llegada a Engannim. Maquinaciones de Judas Iscariote para impedir una trama de los fariseos.

27 de agosto de 1946.

[1]El tiempo ha mantenido exactamente sus promesas y se ha re- 481.1
suelto en un agua fastidiosa, menuda, persistente. Quien va en carro se defiende bien. Pero quien va a pie o en burro se moja y siente la molestia, sobre todo los que soportan no sólo el fastidio del agua, que les moja la cabeza y los hombros, sino también el del fanguillo, cada vez más suelto, que entra en las sandalias, se pega en los tobillos y salpica los vestidos. Los peregrinos se han puesto sobre la cabeza, quizás hechas dos dobleces, los mantos o mantas y parecen todos frailes encapuchados.

Jesús y Juan, a pie, están bien mojados. Pero se preocupan más de proteger las sacas, donde están los vestidos de recambio, que de sí mismos. Así llegan a Engannim, y se ponen a buscar a los apóstoles, separándose para encontrarlos antes.

[2]Es Juan el que los encuentra; bueno, encuentra a Santiago de 481.2
Zebedeo, que ha comprado las provisiones para el sábado.

«Estábamos preocupados. Y, si no os hubiéramos visto, hubiéramos vuelto para atrás a pesar del sábado... ¿Dónde está el Maestro?».

«Ha ido a buscaros. Aquel al que encuentre antes irá donde el fabro».

«Entonces... Mira, nosotros estamos en aquella casa. Una buena mujer con tres hijas. Ve enseguida donde el Maestro y ven...». Santiago baja la voz y, mirando a su alrededor, bisbisea: «Hay muchos fariseos... seguro que con malas intenciones. Nos preguntaron por qué no estaba con nosotros. Querían saber si ha seguido adelante o si se ha quedado atrás. Primero dijimos: "No sabemos". No nos han creído. Y es normal, porque ¿cómo podemos decir nosotros que no sabemos dónde está Él? Entonces Judas Iscariote —él no tiene tantos escrúpulos— dijo: "Ha ido por delante", y, dado que no estaban convencidos y hacían preguntas sobre con quién, con qué, sobre cuándo se había marchado, sobre si se sabía que el otro viernes estaba en la zona de Yiscala, pues dijo: "En Tolemaida subió a una nave; por tanto, nos ha precedido. Bajará en Joppe y entrará en Jerusalén por la Puerta de Damasco, para ir inmediatamente a la casa de Beceta de

José de Arimatea"».

«¿Pero por qué tantas mentiras?» pregunta Juan escandalizado.

«¡Qué sé yo? Se lo dijimos también nosotros. Pero se rió y dijo: "Ojo por ojo, diente por diente, y mentira por mentira. Basta con que el Maestro se encuentre a salvo. Le buscan para hacerle algún daño. Lo sé". Pedro le hizo la observación de que nombrar a José podía crearle a éste problemas. Pero Judas respondió: "Irán rápidamente allí y, al ver el estupor de José, comprenderán que no era verdad". "Te odiarán, entonces, por haberte burlado de ellos..." objetamos. Pero él, riéndose, dijo: "¡Me río yo de su odio! Sé cómo mantenerle inocuo...". Pero, ve, Juan. Trata de encontrar al Maestro y vuelve con Él. El agua nos viene bien. Los fariseos están en las casas para no mojarse sus amplísimos ropajes...».

Juan da a su hermano la saca y hace ademán de marcharse veloz. Pero Santiago le retiene para decirte: «Y no refieras al Maestro las mentiras de Judas. Aunque hayan sido dichas con buena finalidad, no dejan de ser mentiras. Y el Maestro odia la mentira...».

«No se lo diré» y Juan se marcha raudo.

Santiago ha atinado en lo que ha dicho: los ricos están ya en las casas. Por las calles circula, en busca de un alojamiento, solamente la gente modesta...

481.3 [3]Jesús está debajo de un atrio, junto al taller del herrador. Juan se llega a Él y le dice: «Ven en seguida. Los he encontrado. Podremos vestirnos con ropa seca». No dice ninguna otra cosa para explicar su prisa.

Pronto llegan a la casa. Entran por la puerta que han dejado entornada. Allí, inmediatamente detrás, están los once apóstoles; ellos se arremolinan en torno a Jesús, como si no le vieran desde muchos meses atrás. La dueña de la casa, una mujercita ajada, carniseca, echa alguna ojeada desde detrás de una puerta entornada.

«La paz a vosotros» dice Jesús con una sonrisa, y los abraza sin diferencias en el afecto.

Todos hablan al mismo tiempo, queriendo decir muchas cosas. Pero Pedro grita: «¡Callaos! Y no le retengáis. ¿No veis lo mojado y cansado que está?», y al Maestro: «He dicho que te preparen un baño caliente y... trae acá ese manto mojado... y también que te calienten la ropa. La he sacado de tu saca...». Luego se vuelve hacia el interior de la casa y grita: «¡Eh! ¡Mujer! El Huésped ha llegado. Trae el agua, que de lo demás me preocupo yo».

Y la mujer, tímida como todos los que han sufrido —y su cara dice que ha sufrido— cruza silenciosa el pasillo, seguida de tres jovencitas que la asemejan en la delgadez y en la expresión, para ir a la co-

cina a tomar los calderos llenos de agua hirviendo.

«Ven, Maestro. Y también tú, Juan. Estáis más fríos que un ahogado. Pero he dicho que cocieran enebro con vinagre para meterlo en el agua. Es bueno». Efectivamente, los calderos, al pasar, han emanado olor de vinagre y otros aromas.

Jesús, al entrar en un cuartito donde hay dos anchos artesones (o sea, dos tinas de madera, quizás destinadas a las coladas), mira a la mujer que sale con sus hijas y la saluda: «La paz a ti y a tus hijas. Que el Señor te recompense».

«Gracias, Señor...» dice ella, y desaparece.

Pedro entra con Jesús y Juan. Cierra la puerta y susurra: «Ten en cuenta que no sabe quién eres... Somos peregrinos todos, y Tú eres *un* rabí; nosotros, tus amigos. Es verdad, en el fondo... Es... ¡mmm! ¡bueno!, es una verdad, sólo que velada... Demasiados fariseos y... demasiados interesados en ti. Hazte tu composición de lugar... Después hablaremos» y se marcha; los deja solos y regresa donde los compañeros, que están sentados en un cuartito.

[4]«¿Y ahora? ¿Qué le vamos a decir al Maestro? Si decimos que he- 481.4
mos mentido, se va a apenar. Pero... no podemos no decírselo» dice Pedro.

«¡No te sacrifiques, hombre! Yo he mentido, yo se lo diré».

«Y le vas a poner más triste todavía. ¿No has visto lo afligido que está?».

«Lo he visto. Pero es porque está cansado... Y además... sé también decir a los fariseos: "Os mentí". Esto son pequeñeces. Lo importante es que Él no deba sufrir».

«Yo no diría nada. A nadie. Si se lo dices a Él, no vas a conseguir tenerle oculto; si a ellos, no vas a conseguir salvarle de las insidias...» observa Felipe.

«Eso lo veremos» dice Judas seguro.

[5]Pasa poco tiempo y Jesús vuelve con la ropa seca, reconfortado 481.5
por el baño. Juan le sigue.

Hablan de todo lo que ha sucedido al grupo apostólico y al Maestro y a Juan. Pero ninguno habla de los fariseos, hasta que Judas dice: «Maestro, sé seguro que los que te odian te buscan. Y, para salvarte, he esparcido la voz de que no vas a Jerusalén por los caminos normales, sino por mar hasta Joppe... Ellos se van a abalanzar hacia allá, ¡ja! ¡ja!».

«¿Pero por qué mentir?».

«¿Y ellos por qué mienten?».

«Pero ellos son ellos, y tú no eres, *no deberías ser* como ellos...».

«Maestro, yo soy una cosa sólo: soy uno que los conoce y que te

quiere. ¿Quieres destruirte? Yo estoy dispuesto a impedirlo. Escúchame bien, y percibe mi corazón en mis palabras. Tú mañana no sales de aquí...».

«Mañana es sábado...».

«De acuerdo. Pero no sales de aquí. Descansas...».

«Todo menos el pecado, Judas. Ninguna consideración me hará aceptar faltar a la santificación del sábado».

«Ellos...».

«Que hagan lo que quieran. Yo no pecaré. Si lo hiciera, además de mi pecado que pesaría sobre mí, pondría en sus manos un arma para destruirme. ¿No recuerdas que ya me llaman profanador del sábado?».

«El Maestro tiene razón» dicen los otros.

«De acuerdo... Harás lo que quieras para el sábado. Pero no por el camino. No vayamos por el camino de todos, Maestro. Escúchame. Desoriéntalos...».

481.6 [6]«¡Pero bueno! ¿Qué es lo que sabes con precisión, tú que hablas?» grita Simón, agitando sus cortos brazos. «¡Maestro, ordénale que hable!».

«Calma, Simón. Si tu hermano ha venido a saber de la existencia de un peligro, quizás con peligro para sí mismo, y nos advierte de él, no debemos tratarle como a un enemigo, sino agradecérselo. Si él no puede decir todo, porque podría comprometer a terceras personas no suficientemente valientes como para tomar la iniciativa de hablar, pero todavía suficientemente honestas como para no permitir un delito, ¿por qué queréis forzarle a hablar? Dejadle, pues, expresarse. Aceptaré lo que de bueno haya en su proyecto y rechazaré lo que podría ser no bueno. Habla, Judas».

«Gracias, Maestro. Sólo Tú me conoces verdaderamente como lo que soy. Estaba diciendo que dentro de los confines de Samaria podríamos ir seguros. Porque en Samaria manda Roma más que en Galilea y Judea, y ellos, los que te odian, no quieren problemas con Roma. Pero —esto también para desorientar a los espías— lo que yo digo es que no sigamos el camino directo, sino que, saliendo de aquí, nos dirijamos a Dotán, y luego, sin llegar a Samaria, atravesar la región y pasar por Siquem; luego abajo hasta Efraím, hacia el Adomín y el Carit, y llegar por esa parte a Betania».

«Camino largo y difícil, especialmente si llueve»; «¡Peligrosa! El Adomín...»; «Parece que buscas el peligro...». No hay entusiasmo en los apóstoles.

Pero Jesús dice: «Judas tiene razón. Iremos por este camino. Después tendremos tiempo de descansar. Tengo que hacer todavía otras

cosas antes de que la hora llegue y sea perfecta, y no debo neciamente ponerme en sus manos hasta que todo esté cumplido. Pasaremos, así, por casa de Lázaro, que está, ciertamente, muy enfermo y me espera... Comed vosotros. Yo me retiro. Estoy cansado...».

«¡Pero ni siquiera un poco de comida? ¿No estarás enfermo, eh?».

«No, Simón. Pero hace siete días que no toco una cama. Adiós, amigos. La paz sea con vosotros...» Y se retira.

[7]Judas, exultante, dice: «¿Habéis visto? Es humilde y justo y no 481.7
rechaza lo que siente que es bueno...».

«Sí... pero... ¿Tú crees que está contento? ¿Verdaderamente contento?».

«No lo creo... Pero comprende que tengo razón...».

«Yo quisiera saber cómo te las has agenciado para saber tantas cosas. ¡Y habiendo estado siempre con nosotros!...».

«Sí, estando con vosotros. Y vosotros me vigiláis como a un animal peligroso. Ya lo sé. Pero no importa. Recordad esto: un mendigo incluso, e incluso un bandolero, pueden servir para saber; e incluso una mujer. Hablé con un mendigo y le favorecí. Con un bandolero y descubrí... Con una... mujer y... ¡cuántas cosas puede saber una mujer!».

Los apóstoles se miran estupefactos. Con las miradas se preguntan. ¿Cuándo? ¿Dónde ha sabido y entablado relación Judas?...

Él se ríe y dice: «¡Y con un soldado! Sí. Porque la mujer había dicho tantas cosas que me mandó a un soldado. Y tuve la confirmación. Y yo también dije... Todo es lícito cuando es necesario. ¡Incluso las cortesanas y los soldados!».

«¡Eres... tú eres...!» dice Bartolomé, y frena lo que iba a decir.

«Sí. Soy yo. Nada más que yo. Para vosotros un pecador. Pero yo, con mis pecados, sirvo mejor al Maestro que vosotros. Y además... Si una cortesana sabe lo que quieren hacer los enemigos de Jesús, señal es de que ellos también van con las cortesanas y las tienen consigo, a bailarinas y mimos, para divertirse... Y si ellos tienen cerca a estas mujeres... puedo tenerlas también yo. Me ha servido, ¿veis? Tened en cuenta que en los confines de Judea Él podía haber sido atrapado. Decid, pues, que he sido sabio por haberlo evitado...».

[8]Todos están pensativos y comen su comida sin ganas. Luego Bar- 481.8
tolomé se levanta.

«¿A dónde vas?».

«Voy donde Él... No estoy convencido de que esté durmiendo. Voy a llevarle leche caliente... y veo».

Sale. Está fuera un rato. Vuelve.

«Estaba sentado en la cama... y lloraba... Tú, Judas, le has ape-

nado. Yo lo pensaba».

«¿Lo ha dicho Él? Voy a dar explicaciones».

«No. No lo ha dicho. Es más, ha dicho que tú también tienes tus méritos. Pero yo lo he comprendido. Y no vayas. Déjale en paz».

«Sois todos unos necios. Sufre porque se ve perseguido, impedido en su misión. Eso es» se rebela Judas.

Y Juan confirma: «Es verdad. Ha llorado también antes de reunirse con vosotros. Sufre mucho. Por su Madre también. Y por sus hermanos, por los campesinos infelices. ¡Mucho dolor!...».

«Cuenta, cuenta...».

«Dejar a su Madre es dolor. Ver que no le comprenden, que nadie le comprende, es dolor. Ver que los siervos de Jocanán...».

«¡Sí, sí! ¡Verlos a ellos es verdaderamente un dolor!... Me alegro de que Margziam no los haya visto. Habría sufrido y odiado al fariseo...» dice Pedro.

«¿Pero mis hermanos han hecho sufrir otra vez a Jesús?» pregunta severo Judas Tadeo.

«¡No! Es más, se vieron y hablaron con amor y se dejaron pacíficamente, con buenas promesas. Pero Él querría que fueran... como nosotros... y más que todos nosotros... Querría vernos a todos convencidos de su Reino y de la naturaleza de su Reino. Y nosotros...».

Juan no dice nada más... El silencio desciende sobre el cuartito alumbrado por una lámpara de dos boquillas que ilumina doce rostros distintamente pensativos.

482. En camino con un pastor samaritano que ve premiada su fe.

28 de agosto de 1946.

482.1 [1]No sé decir en qué lugar de Samaria nos encontramos. Ciertamente en plenos montes samaritanos (aunque no son los más altos, porque los más altos están más al Sur, con sus cimas bien erguidas hacia el cielo, que de nuevo está sereno).

Los apóstoles caminan lo más que pueden cerca de Jesús. Pero el sendero, un atajo, no lo permite frecuentemente, así que el grupo se forma y se deshace continuamente.

Hay muchos pastores con sus hatos en los montes; a ellos se dirigen los apóstoles para preguntar si sigue siendo el sendero que conduce al camino de caravanas que del mar va a Pel.la. A pesar de ser

482.2 samaritanos, responden siempre a las preguntas sin desaires. [2]Es más, uno, en un nudo de caminos estrechos que van en todas las di-

recciones, para bifurcarse luego aún en otros nudos, dice: «Dentro de poco bajo. Descansad bien. Recorreremos el camino juntos. Si os perdierais en estos montes... no sería cosa buena...». Baja la voz y añade: «¡Los bandoleros!...», y mira a su alrededor como temiendo tenerlos cerca amenazadores. Luego, tranquilizado, sigue diciendo: «De las laderas del Garizim y del Ebal bajan, y se esparcen, en esta época de peregrinajes. Y siempre encuentran trabajo, a pesar de que los romanos refuercen la guardia en los caminos... porque siempre hay gente que evita los caminos transitados, para llegar antes, o por otros motivos».

«Tenéis muchos bandoleros, ¿eh?» dice Felipe con una sonrisita significativa.

«¿Crees que son samaritanos, tú, galileo?» dice en seguida, resentido, el pastor.

Interviene Judas Iscariote, el cual, habiendo sido el promotor de esta desviación del itinerario, se siente en el deber de eliminar todo incidente desagradable. «¡No, no! Es porque, sabiendo que sois hospitalarios, los que hacen el mal en otro lugar vienen a refugiarse aquí. Es como si... si fuerais un lugar enteramente de refugio. Los malhechores saben bien que nadie, ni galileo ni judío, los perseguiría aquí, y se aprovechan de ello. Y también se pone de su parte la naturaleza. Estos montes...».

«¡Ah, creía que pensarais!... Los montes, sí, ayudan mucho. Bueno y los dos más altos... Sí... ¡pero... cuántos bandoleros nos traen el Adomín y el paso de Efraím! ¡De todas las razas, je, je! Y los soldados de Roma son astutos... No van a desalojarlos. Ya de por sí sólo las serpientes y las águilas pueden conocer y penetrar en sus madrigueras. Y se cuentan cosas tremendas. Pero sentaos. Os doy leche... Samaritano, sí, ¡pero yo también sé el Pentateuco! Y con quien no ofende no ofendo. Vosotros... a pesar de ser galileos y judíos, no ofendéis. [3]Pero se dice que os ha surgido un profeta que enseña a amarnos. Si 482.3
no pensara que según los escribas y fariseos de Israel somos malditos —así dicen—, diría que los grandes profetas que nos han amado, a pesar de ser samaritanos, han vuelto, en Él, como dicen algunos, para vivir de nuevo. Pero yo no creo estas cosas... Aquí tenéis la leche... De todas formas, me gustaría encontrar a ese profeta. Dicen que el otro profeta, el que se había refugiado en nuestras fronteras y al cual no traicionamos —los que nos insultan deberían recordarlo—, dijo que este profeta surgido en Israel es más grande que Elías. Le llamó Cordero de Dios, Cristo. Y samaritanos de Siquem han hablado con Él, y dicen de Él grandes cosas, y muchos se han puesto en los caminos grandes, porque se piensa que pasará. Es más —es la pri-

mera vez que sucede—, también judíos, fariseos y doctores nos han preguntado en todas las ciudades, diciéndonos que si le vemos corramos adelante para decir que llega, porque quieren festejarle mucho».

Los apóstoles se miran de reojo, pero, prudentemente, no hablan. Judas, con sus brillantes ojos negros, llenos de una luz de triunfo, parece decir: «¿Habéis oído? ¿Convencidos ahora de que tengo razón?».

El pastor sigue hablando: «Vosotros le conocéis, claro. ¿De dónde venís?».

«De la alta Galilea» responde rápidamente Judas.

«¡Ah! sois... No. Tú no eres galileo».

«Somos de todos los lugares. Hemos hecho una peregrinación a las tumbas de los doctores».

«¡Ah, sois discípulos, quizás?... ¿Pero este hombre no es un rabí?» dice señalando a Jesús.

«Somos discípulos. Bien has dicho. Sí, es un rabí este hombre. Pero tú sabes que de rabí a rabí hay diferencia...».

«Lo sé. Claro que éste es joven y tendrá que aprender todavía de los grandes doctores del Templo *vuestro*», y va una evidente pulla de desprecio en el adjetivo posesivo.

Pero Judas, siempre tan dispuesto a rebatir, se comporta con una docilidad maravillosa. Los otros no hablan. Jesús está como absorto y, por tanto, el alfilerazo no suscita réplicas. Judas, incluso, dice sonriendo: «Es muy joven, efectivamente. Pero es el más sabio de nosotros» [4]y, para poner fin a la conversación, que podría hacerse peligrosa, dice: «¿Tienes que estar todavía mucho aquí? Porque para la noche querríamos estar abajo».

482.4

«No. Voy. Reúno a las ovejas y voy».

«De acuerdo. Nosotros, mientras, nos adelantamos...» y se alza con los demás, y toman inmediatamente el sendero.

Y, cuando un bosquecillo espeso se interpone entre él y el pastor, se ríe, se ríe, diciendo: «¡Pero qué fácil es torear a la gente! ¿Os habéis convencido ahora de que yo no mentía ni era un estúpido?».

«No, no mentías... pero has mentido ahora».

«¿Mentido? No. ¿En virtud de qué dices eso, Felipe? *He sabido decir la verdad sin que se transforme en daño* ¿No venimos, acaso, de la alta Galilea? ¿No somos, acaso, de todos los lugares? ¿No fuimos, acaso, un día a recibir pedradas por venerar las tumbas de los doctores? ¿Y no hemos pasado cerca también en el último viaje hacia Yiscala? ¿He negado, acaso, que Jesús es un rabí? ¿He dicho, acaso, que no es más sabio que todos nosotros?... Al decir estas cosas yo pensa-

ba —y reía en mi corazón— que diciendo "nosotros" asestaba un golpe a los rabíes, todos inferiores al Maestro, aunque crean no serlo, y toreaba al pastor... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Hay que saber decir las cosas... y se dice todo sin pecar ni causar daño».

Judas de Alfeo hace una mueca de desagrado y dice: «Para mí, en todo caso, es mentir».

«¡Ya, claro! ¡Lo he hecho yo! Pero, has oído, ¿no? Han depuesto los prejuicios, las repulsas y la altanería, para decir a los samaritanos que señalen el paso del Maestro para festejarle en la frontera. ¡Ja! ¡Ja! ¡Menuda fiesta!».

«¡La fiesta! También ellos han sabido decir y pensar, hablando con falsedad, una verdad... Judas de Keriot tiene razón» dice Tomás.

Jesús se vuelve y dice: «Sí. El suyo, un engaño, y odioso. Pero también decir una cosa por otra con buen fin es siempre censurable. ¿Crees tú que el Señor tiene necesidad de esto para proteger a su Mesías? No vuelvas a mentir, ni siquiera con buen fin. El ánimo se acostumbra a imaginar la mentira, y los labios a proferirla. No, Judas. Evita la insinceridad».

«Lo haré, Maestro. [5]Pero ahora callemos. El pastor está llegando 482.5
corriendo».

Efectivamente, las ovejas, que ya sienten cercano el aprisco, se echan a correr con esa carrera suya hecha de saltos desgarbados, y balan y se chocan unas con otras, avanzan y pasan inevitablemente por entre los apóstoles, de forma que casi los arrollan. Así que llega el pastor, seguido del zagal y del perro. Y no se para sino cuando logra, con la ayuda del muchacho y del perro, frenar a las ovejas, reunirlas, para que no se esparzan o bajen solas.

«Son los animales más necios que hay en la Tierra. ¡Pero son muy útiles!» dice secándose el sudor, y suspira: «¡Si estuviera todavía Rubén! ¡Pero con este muchacho sólo!...». Menea la cabeza bajando tras sus ovejas, a las que el perro y el muchacho, a la cabeza del rebaño, tienen recogidas. Y monologa: «Si supiera encontrar a ese profeta, samaritano y todo, hablaría con Él...».

«¿Y qué le dirías?» pregunta Jesús.

«Diría: "Tenía una mujer buena como agua de monte para un sediento, y el Altísimo me la arrebató. Tenía una hija buena como su madre; un romano me la vio y la quiso como esposa, y se la llevó lejos. Tenía al hijo varón, que era todo para mí... patinó en el monte un día que llovía y se rompió la columna y está inmóvil y ahora está además mal, porque se ha enfermado por dentro, y los médicos dicen que morirá. No te pregunto por qué el Eterno me ha castigado. Pero

te ruego que me cures al hijo"».

«¿Y crees que podría curártele?».

«¡Sí, cierto que lo creo! Pero no le veré nunca...».

«¿Por qué esa certeza? No es samaritano».

«Es un justo. Es el Hijo de Dios, se dice».

«Vosotros, en los padres, habéis ofendido a Dios». *

«Es verdad. Pero también está escrito que Dios concederá el perdón de la Culpa del hombre enviando al Redentor. En el Pentateuco, al lado de la condena contra Adán y Eva, se lee esta promesa. Y el Libro la cita más veces. Si perdona *aquella* culpa, ¿puede no tener misericordia de mí, que no tengo culpa de haber nacido samaritano? Yo creo que si el Mesías conociera mi dolor se compadecería».

Jesús sonríe, pero no dice nada. Y los apóstoles se entienden con recíprocas sonrisas. Pero el pastor no lo nota.

482.6 [6]«¿Ese muchacho, entonces, no es tu hijo?» pregunta Jesús.

«No. Es hijo de una viuda que tiene ocho hijos varones y que pasa hambre. Yo le he tomado como ayuda... y como hijo... para no estar solo después... cuando Rubén esté en la tumba...» y suspira.

«Pero si tu hijo se curara, ¿qué harías de éste?».

«Le seguiría teniendo. Es bueno y siento compasión de él...» baja la voz diciendo: «Él no lo sabe... pero su padre murió en las galeras».

«¿Qué había hecho para merecerlo?».

«Nada voluntario. Pero su carro arrolló a un soldado borracho y fue acusado de haber *querido* hacerlo...».

«¿Cómo sabéis que ha muerto?».

«¡No se sobrevive mucho en el remo! Pero la noticia cierta nos llegó a través de un mercader de Samaria, que vio que le sacaban muerto de los grilletes y le arrojaban al mar más allá de las Columnas».

«¿Y le tendrías contigo realmente?».

«Estoy dispuesto a jurarlo. Él, infeliz; yo, infeliz. Y no soy el único. Otros han tomado consigo a los hijos de la viuda y ella se ha quedado con las tres niñas. Siguen siendo demasiadas. Pero mejor ser cuatro que doce... ¡De todas formas, no hace falta que jure!... Rubén morirá...».

482.7 [7]Ya se ve el camino, muy transitado por peregrinos que se dirigen hacia los lugares de parada: el crepúsculo se acerca.

«¿Tienes dónde dormir?» pregunta el pastor.

«No, la verdad es que no».

---

* *en los padres, habéis ofendido a Dios*, a causa del cisma referido en *1 Reyes 12-13; 2 Reyes 17, 24-41; 2 Crónicas 10*; *se lee esta promesa*, en el llamado "protoevangelio" de *Génesis 3, 15.*

«Te diría: "ven", pero la casa es pequeña para todos. De todas formas, el aprisco es grande».

«Dios te recompense como si me hubieras dado posada, aunque voy a proseguir hasta que se ponga la Luna».

«Como quieras. ¿No temes perderte?, ¿y tener encuentros desagradables?».

«Respecto a los salteadores, me protege mi pobreza y la de mis compañeros. Respecto al camino, me pongo en las manos del ángel de los peregrinos».

«Tengo que ir delante del rebaño. El muchacho no sabe todavía... Y el camino está lleno de carros...» y se adelanta presuroso para guiar a las ovejas y salvaguardarlas.

«Maestro, ahora viene lo malo. Hay que recorrer un tramo de camino entre la gente...» susurran los apóstoles.

Ya están en el camino, detrás de las ovejas, que van en fila, ajustadas entre el monte y el cayado del pastor y la vigilancia del perro. El niño está ahora al lado de Jesús, que le acaricia.

Llegan a una bifurcación. El pastor ha parado el rebaño y ahora dice: «Aquí tienes el camino para ti y éste es el mío. Pero, si vas hacia el pueblo, vas a encontrar un tercero, más corto, para llegar al pueblo vecino. Mira: ¿ves aquel sicómoro gigante? Ve hasta allá y luego tuerces a la derecha. Verás una placita con una fuente y, después de ella, una casa, negra de humo. Es el herrero. Pasada su casa está el camino. No tiene pérdida. Adiós».

«Adiós. Has sido bueno. Dios te consolará».

El pastor se marcha por su camino, Jesús por el suyo: con el primero, las ovejas; con el segundo, los apóstoles: dos pastores en medio de su rebaño...

[8]Ya están separados, ocultos por un grupo de casas que se intro- 482.8
duce entre el camino de primer orden, seguido por el pastor, y este caminito que entra en una pobre barriada del pueblo, el más pobre, creo... silencioso, solitario... Esta pobre gente está ya en las casas. Las puertas entornadas muestran los fuegos en las cocinas... Cae la tarde con las calígines del crepúsculo.

«Nos detenemos en cuanto atravesemos el pueblo» dice Judas. «Veo allí casas en los campos».

«No. Mejor proseguir».

Las opiniones son distintas. Llegan a la fuente. Se acercan a ella para lavarse y llenar los zaques. Y está el herrero. Está cerrando su negro taller. Y se ve el camino que va hacia los campos... Se adentran.

Pero un grito viene de lejos, del pueblo. «¡Rabí! ¡Rabí! ¡Mi hijo!

¡Vecinos! ¡Venid! ¿Dónde está el Peregrino?».

«¡Nos buscan a nosotros, Señor! ¿Qué has hecho?».

«Corred. Si llegamos a aquel bosque ya no nos verá nadie».

Corren por un prado cubierto con el último heno segado; llegan a un promontorio, trepan, desaparecen, perseguidos por las voces, que ahora son numerosas, y por las personas que se diseminan fuera del pueblo, llamando más que mirando, porque ya la penumbra borra muchas cosas. Se detienen al pie del promontorio.

«Os digo que era el Rabí que fue a Siquem. No podía ser otro. Y * me ha curado a Rubén. Y yo no le he reconocido. ¡Rabí! ¡Rabí! ¡Deja que te venere! ¡Dime dónde te ocultas!».

Sólo el eco responde y parece decir: «¡Abí! ¡Abí! ¡Abí!» y cambiar * la última palabra en «cielos».

«Pero no puede estar lejos» dice el herrero. «Ha pasado delante de mí poco antes de que vinieras tú...».

«Pues no está. Ya ves. El camino está vacío de gente. Tenía que seguir éste».

«¿No estará en el bosque?».

«No. Tenía prisa...». Luego busca ayuda en su perro. Le incita: «¡Busca! ¡Busca!» y por un momento parece que el perro podrá descubrir el escondite, porque se dirige hacia el bosque después de haber olido el prado. Pero luego el animal se para vacilante, con una pata levantada y el morro también alzado... Luego, engañado por no sé qué cosa, se echa a correr ladrando en dirección completamente contraria; y la gente detrás, también corriendo...

482.9 [9]«¡Oh, alabado sea el Señor!» exclaman los apóstoles soltando un suspiro de alivio; y no pueden contenerse de decir al Maestro: «¡Pero qué has hecho, Señor?» y casi le reconvienen por haberlo hecho. «Ya sabes que conviene que no seas señalado, y Tú...».

«¿Y no debía premiar una fe? ¿No conviene que crean que estoy en el camino que va de Dotán a Pel.la? ¿No queréis, acaso, confundirlos del todo?».

«Es verdad. ¡Tienes razón! Pero ¿si te hubiera descubierto el animal?».

«¡Simón! ¿Y piensas que quien impone su voluntad, incluso a distancia, sobre las enfermedades y los elementos, y arroja los demonios, no puede imponérsela a un animal? Ahora vamos a tratar de ir

---

* *fue a Siquem*, y a Sicar, que quizás era un suburbio de Siquem, en 142.4, 143-146, 193.3/5.

* En italiano, el pastor dice "Rabbi" (=Rabí), el eco responde "Abbi", que es también imperativo del verbo "avere" (=haber o tener), por lo cual no debe excluirse el sentido"¡Ten! ¡Ten! ¡Ten!" aunque no puede escribirse en el texto español. Además, en italiano se lee "celi" (=ocultas) y el eco responde "cieli" (=cielos) (NdT).

al camino después de la curva que hace. Ya no vemos. Vamos».

Y, casi a tientas, continúan por el bosquecillo del cerro, hasta que regresan al camino, pequeño, blanco bajo la Luna que surge, lejano del pueblo al que el cerro completamente oculta...

483. Polémica de los apóstoles sobre el odio de los judíos. Los diez leprosos curados en Samaria.

29 de agosto de 1946.

[1]Siguen entre montes —y montes bien escabrosos—, por unas ve- 483.1
redas por donde no pasan, ciertamente, carros; sólo, transeúntes a pie o personas montadas en fuertes asnos de montaña, más altos y robustos que los habituales burritos de las zonas menos accidentadas (una observación que a muchos podrá parecer inútil, pero que la hago de todas formas).

En Samaria hay diferencias respecto a los usos de los otros lugares, tanto en el vestido como en muchas otras cosas. Y una es la abundancia de perros, no común en otros lugares, que me choca, como me chocó la presencia de puercos en la Decápolis. Muchos perros, quizás porque Samaria tiene muchos pastores y tendrá muchos lobos en esos montes tan agrestes; muchos, también, porque en Samaria veo a los pastores generalmente solos —al máximo con un muchacho— apacentando el rebaño *propio*, mientras que en otras partes, por lo general, un grupo de pastores custodia rebaños compuestos por numerosas cabezas, propiedad de algún rico. Bueno, de hecho aquí cada pastor tiene su perro, o más de un perro, según el número de ovejas de su rebaño.

Otra característica son precisamente estos asnos casi tan altos como un caballo, robustos, capaces de escalar estos montes con cargas pesadas en la albarda, a menudo cargados de gruesa leña que se encuentra en estos magníficos montes cubiertos de bosques seculares.

Otra particularidad: la soltura de comportamiento de los habitantes, los cuales no son unos "pecadores", como los juzgaban judíos y galileos, sino que son abiertos y francos y están exentos de beaterías, exentos de todas esas historias que tienen los otros. Y son hospitalarios. Esta constatación me hace pensar que en la parábola del
* buen samaritano no hubiera sólo intención consciente de hacer resaltar que bueno y malo hay en todas partes, en todos los lugares y razas, y que entre los heréticos también puede haber rectos de cora-

* *parábola del buen samaritano*, que está en 281.10.

zón, sino también, justamente, una real descripción de las costumbres samaritanas hacia quien necesitaba ayuda. Se habrán detenido en el Pentateuco —oigo que hablan de él y no de otra cosa— pero lo practican, al menos hacia el prójimo, con más rectitud que los otros con sus seiscientas trece cláusulas de preceptos, etc. etc.

483.2 [2]Los apóstoles hablan con el Maestro y, a pesar de ser incorregiblemente israelitas, deben reconocer y alabar el espíritu que han encontrado en los habitantes de Siquem, que —lo comprendo por las cosas que oigo— han invitado a Jesús a detenerse y estar con ellos.

«¿Has oído, no?» dice Pedro «¿cómo han dicho claramente que conocen el odio judío? Han dicho: "Hacia ti y contra ti hay más odio que contra todos nosotros juntos, los samaritanos de ahora y del pasado. Te odian sin límite"».

«¿Y aquel viejo? ¡Qué acertadamente lo ha dicho!: "En el fondo es natural que sea así, porque Tú no eres un hombre sino que eres el Cristo, el Salvador del mundo, y por eso eres el Hijo de Dios, porque sólo un Dios puede salvar al mundo corrompido. Por eso, no teniendo Tú límites como Dios, no teniendo límites tu poder ni tu santidad ni tu amor, como tampoco tendrá límites tu victoria sobre el Mal, es natural que el Mal y el Odio —una cosa sola con el Mal— no tengan límites contra ti". ¡Verdaderamente ha hablado con acierto! ¡Y este razonamiento explica muchas cosas!» dice el Zelote.

«¿Qué explica, según tú? Yo... yo digo que explica sólo que son unos estúpidos» dice Tomás expeditivo.

«No. La estupidez podría ser incluso una justificación. Pero no son estúpidos».

«Ebrios entonces, ebrios de odio» replica Tomás.

«Tampoco. El enajenamiento cede cuando estalla. Este livor no cede».

«¡Sí, porque más estallado que así!... ¡Hace tanto tiempo que ha estallado... que ya habría tenido que caer!».

«Amigos, el livor no ha tocado todavía la meta» dice Jesús, tranquilo, como si la meta del odio no fuera su suplicio.

«¡¿No?! ¡¿Pero si no nos dejan en paz nunca?!».

«Maestro, todavía éstos no se convencen de que es verdad lo que he dicho. Pero lo es. ¡Vaya que si lo es! Y digo también que, si hubiera sido por vosotros, habríais caído todos en la trampa como cayó Juan Bautista. Pero no lo lograrán, porque yo vigilo...» dice Judas Iscariote.

Y Jesús le mira. Y yo también le miro, preguntándome —y me lo pregunto desde hace algunos días— si la conducta de Judas obedece a un retorno bueno y real al camino del bien y del amor hacia su Ma-

estro, obedece a una liberación de las fuerzas humanas y extrahumanas que le sujetaban, o si se trata de un trabajo más refinado de preparación al golpe final, de una servidumbre mayor a los enemigos de Cristo y a Satanás. Pero Judas es un ser tan especial, que no es descifrable. Sólo Dios puede entenderle. Y Dios, Jesús, corre un velo de misericordia y de prudencia sobre todas las acciones y sobre la personalidad de su apóstol... un velo que se rasgará, iluminando completamente muchos *porqués*, ahora misteriosos, sólo cuando se abran los libros de los Cielos.

[3]Los apóstoles están tan preocupados por la idea de que el odio de 483.3
los enemigos no ha alcanzado todavía su culmen, que guardan silencio durante un tiempo. Luego Tomás se dirige otra vez al Zelote y dice: «Entonces, si ni están ebrios ni son estúpidos, si su odio explica muchas cosas pero no ésta, ¿qué explica entonces? ¿Qué son? No lo has dicho...».

«¿Que qué son? Posesos. Son eso mismo que dicen de Él. Esto explica su ensañamiento, que no conoce interrupción, es más, que crece cada vez más cuanto más evidente se hace su poder. Acertado lo que ha dicho ese samaritano. En Él, Hijo del Padre y de María, Hombre y Dios, está la infinitud de Dios, e infinito es el Odio que a esta Infinitud perfecta se opone, aunque en su no tener límite el Odio no es perfecto, porque sólo Dios es perfecto en sus acciones. Pero, si el Odio pudiera tocar el abismo de la perfección bajaría a tocarlo, es más, se arrojaría a tocarlo, para resurtir luego, por la misma vehemencia de la caída en el abismo de infierno, contra el Cristo, para herirle con todas las armas arrancadas al abismo infernal. El firmamento, reglado por Dios, tiene un solo Sol, que surge y resplandece y desaparece y deja el sitio al sol más pequeño que es la Luna; y ésta, después de haber alumbrado a su vez, se pone para ceder el sitio al Sol. Los astros enseñan mucho a los hombres, porque se sujetan a la voluntad del Creador. Pero los hombres no. Y un ejemplo es éste: este querer oponerse al Maestro. ¿Qué sucedería si la Luna en una aurora dijera: "No quiero desaparecer, vuelvo por el camino recorrido"? Sin duda, chocaría violentamente contra el Sol, con horror y daño de toda la Creación. Esto es lo que quieren hacer ellos, creyendo que pueden hacer pedazos al Sol...».

«Es la lucha de las Tinieblas contra la Luz. La vemos todos los días en los amaneceres y en los crepúsculos. Las dos fuerzas que se contraponen, que adquieren recíprocamente el dominio sobre la Tierra. Pero las tinieblas siempre pierden, porque nunca son absolutas. Siempre emana un poco de luz, aun en la noche más privada de astros. Parece como si el aire por sí mismo la creara en los infinitos es-

pacios del firmamento y la diseminara, si bien limitadísima, para convencer a los hombres de que los astros no están apagados. Y yo digo que, igualmente, en estas especiales tinieblas del Mal contra la Luz que es Jesús, siempre, a pesar de todos los esfuerzos de las Tinieblas, la Luz estará ahí para confortar a quien en Ella cree» dice Juan, sonriendo ante este pensamiento suyo, recogido dentro de sí como si monologara.

Santiago de Alfeo recoge su pensamiento: «Los Libros llaman al * Cristo "Estrella de la mañana". Él, por tanto, también conocerá una noche, y —¡oh, espanto mío!— también nosotros la conoceremos; conoceremos una noche, un tiempo en que no parecerá fuerte la Luz, sino victoriosas las Tinieblas. Pero, dado que Él es llamado Estrella de la mañana excluyendo un límite en el tiempo, yo digo que tras la momentánea noche Él será Luz matutina, pura, fresca, virginal, renovadora del mundo, semejante a la que siguió al Caos en el día primero. ¡Oh!, sí. El mundo será creado de nuevo en su Luz».

«Y la maldición caerá sobre los réprobos que hayan querido alzar las manos contra la Luz, repitiendo los errores ya cometidos, desde Lucifer hasta los profanadores del pueblo santo. Yeohveh deja libre al hombre en sus acciones. Pero, por amor del propio hombre, no permitirá que el Infierno prevalezca».

483.4 [4]«¡Oh, menos mal que, después de tanto sopor de espíritu, por el que todos parecíamos como obtusos y entorpecidos por vejez precoz, la sabiduría vuelve a florecer en nuestros labios! ¡Ya no parecíamos nosotros! ¡Ahora reconozco de nuevo al Zelote y a Juan y a los dos * hermanos de otros tiempos!» dice Judas Iscariote felicitándose.

«No me parece que hubiéramos cambiado tanto, que no pareciéramos nosotros» dice Pedro.

«¡Que si habíamos cambiado! Todos. Tú el primero. Y luego Simón y los otros, incluido yo. Si había uno que era más o menos el de siempre, era Juan».

«¡Mmm! Verdaderamente no sé en qué...».

«¿En qué! Taciturnos, como cansados, indiferentes, pensativos... Ya no se oía nunca una de estas conversaciones, semejantes a muchas de otros tiempos, semejantes a la de ahora, que son tan útiles...».

«Para discutir» dice Judas Tadeo, recordando cómo, efectivamente, con frecuencia degeneraban en disputas.

«No. Para formarse. Porque no todos somos como Natanael, ni co-

* *Los Libros...* Agrupamos y ordenamos las citas bíblicas de todo el capítulo, tomando incluso las que anota MV en el manuscrito original y en una copia mecanografiada: *Génesis 1, 2-3; Números 11, 26-29; 22, 20-35; 23, 4-30; 24; 1 Reyes 13, 1-5; 2 Reyes 1, 15-16; Isaías 11-12.*
* *a los dos hermanos*, porque el último que ha hablado ha sido Judas de Alfeo, como señala MV en una copia mecanografiada.

mo Simón, ni como vosotros de Alfeo, por nacimiento o sabiduría. Y quien lo es menos aprende siempre de quien lo es más» rebate Judas Iscariote.

[5]«Verdaderamente... yo diría que más que nada es necesario for- 483.5
marse en la justicia. Y de ésta nos ha dado magníficas lecciones Simón» dice Tomás.

«¿Yo? ¡Tú ves mal! Soy el más necio de todos» dice Pedro.

«No. Tú eres el que más ha cambiado. En esto tiene razón Judas de Keriot. Bien poco queda en ti del Simón que conocí yo cuando vine con vosotros, y que, perdona, siguió siendo igual durante mucho tiempo. Desde que estoy de nuevo contigo después de la separación para las Encenias, no has hecho otra cosa que transformarte. Ahora eres... sí, lo digo: eres más paterno y, al mismo tiempo, más austero. Tienes conmiseración de todos tus pobres hermanos, mientras que antes... Y se ve, yo al menos lo veo, que esto te cuesta. Pero te vences a ti mismo. Y nunca nos has impuesto tanto respeto como ahora, que hablas poco y regañas poco...».

«¡Pero, amigo mío, tú eres muy bueno viéndome así!... Yo, aparte de en el amor hacia el Maestro, que me crece continuamente, no he cambiado en nada de nada».

«No. Tomás tiene razón. Estás muy cambiado» confirman bastantes.

«¡Bueno, bueno!, lo decís vosotros...» dice Pedro encogiéndose de hombros. Y añade: «Sólo el juicio del Maestro sería seguro. Pero me guardo bien de pedírselo. Él conoce mi debilidad y sabe que incluso una alabanza mal dada podría perjudicar a mi espíritu. Por tanto, no me alabaría, y haría bien en no hacerlo. Comprendo cada vez mejor su corazón y su sistema, y ahí veo toda la justicia».

«Porque tienes ánimo recto y porque amas cada vez más. Lo que te hace ver y comprender es tu amor por mí. Maestro tuyo, el verdadero y más grande Maestro que te hace comprender, es el Amor» dice Jesús, que hasta ese momento ha escuchado y guardado silencio.

«Yo creo que... es también el dolor que llevo dentro...».

«¿Dolor? ¿Por qué?» preguntan algunos.

«¡Bueno, pues por muchas cosas!, que en el fondo son una sola cosa: todo lo que sufre el Maestro... y el pensamiento de lo que sufrirá. [6]No podemos seguir pensando en las musarañas como en los prime- 483.6
ros tiempos, pensando en las nubes como críos que no saben, ahora que sabemos de qué son capaces los hombres y cómo se debe sufrir para salvarlos. ¡Venga, hombre! ¡Creíamos todo fácil en los primeros tiempos! ¡Creíamos que bastaba presentarse para que los otros vinieran a nuestra parte! Creíamos que conquistar Israel y el mundo

era como... echar una red en un fondo abundante en pesca. ¡Pobres de nosotros! Pienso que si no consigue Él una buena presa, nosotros no conseguiremos ninguna. ¡Pero esto no es nada todavía! Pienso que ésos son malos y le hacen sufrir, y creo que éste es el motivo de nuestro cambio en general...».

«Es verdad. Por mi parte, es verdad» confirma el Zelote.

«También en mi caso. También yo» dicen los otros.

«Yo hace mucho que estaba inquieto por esto y he tratado de... disponer de buenas ayudas. Pero me han traicionado... y vosotros no me habéis comprendido... Y yo no os he comprendido a vosotros. Creía que erais como sois por cansancio del espíritu, por falta de confianza, por desilusión...» confiesa Judas Iscariote.

«Yo nunca he esperado humanas alegrías y, por tanto, no estoy desilusionado» dice el Zelote.

«Yo y mi hermano querríamos verle victorioso, pero para alegría suya. Le hemos seguido por amor de parientes antes que de discípulos. Le hemos seguido siempre, desde niños. Él, el más pequeño en edad de nosotros, hermanos, pero siempre mucho más grande que nosotros...» dice Santiago con su admiración ilimitada por su Jesús.

«Si tenemos un dolor es el que no todos nosotros, los de la parentela, le amamos en espíritu y sólo con el espíritu. Pero no somos los únicos en Israel que le aman mal» dice Judas Tadeo.

483.7 [7]Judas Iscariote le mira, y quizás hablaría, pero le distrae un grito que llega hasta ellos desde un cerro que se alza por encima del pueblecito que están orillando, buscando el camino para entrar en él.

«¡Jesús! ¡Rabí Jesús! Hijo de David y Señor nuestro, ten piedad de nosotros».

«¡Leprosos! Vámonos, Maestro. Si no, va a venir el pueblo y nos van a retener en sus casas» dicen los apóstoles.

Pero los leprosos tienen la ventaja de estar más adelante que ellos, arriba, en el camino, aunque al menos a unos quinientos metros del pueblo, y bajan cojeando por el camino, y corren hacia Jesús repitiendo su grito.

«Entremos en el pueblo, Maestro. Ellos no pueden hacerlo» dicen algunos apóstoles. Pero otros rebaten: «Ya algunas mujeres se han asomado a mirar. Si entramos nos libraremos de los leprosos, pero no de ser reconocidos y retenidos».

Y mientras titubean sobre la postura a tomar, los leprosos se van acercando a Jesús, quien, no haciendo caso de los *pero* y de los *si* de sus apóstoles, ha proseguido por su camino. Y los apóstoles se resignan a seguirle, mientras mujeres con los niños agarrados a las faldas, y algún hombre viejo que se ha quedado en el pueblo, vienen a

ver, dejando una prudente distancia entre ellos y los leprosos, los cuales se detienen a algunos metros de Jesús y suplican una vez más: «¡Jesús, ten piedad de nosotros!».

Jesús los contempla un instante; luego, sin arrimarse a este grupo de dolor, pregunta: «¿Sois de este pueblo?».

«No, Maestro, de diversos lugares. Pero ese monte donde estamos, por la otra parte, mira al camino que va a Jericó, y es bueno para nosotros ese lugar...».

«Id entonces al pueblo cercano a vuestro monte y mostraos a los sacerdotes».

Y Jesús reanuda la marcha, apartándose hacia el borde del camino para no rozar a los leprosos, los cuales, sin otra cosa sino una mirada de esperanza en los pobres ojos enfermos, le miran mientras se acerca; y Jesús, llegado a su altura, alza la mano para bendecir.

La gente del pueblo, desilusionada, vuelve a las casas... Los lebrosos ganan de nuevo el monte, para ir hacia su gruta o hacia el camino de Jericó.

«Has hecho bien no curándolos. Los del pueblo ya no nos habrían dejado marcharnos...».

«Sí, y sería necesario llegar a Efraím antes de la noche».

[8]Jesús camina y calla. El pueblo ya está escondido a la vista, por las curvas del camino, que es muy sinuoso porque sigue los caprichos del monte en cuyo pie está hendido. 483.8

Pero una voz los alcanza: «Alabado sea el Dios Altísimo y su verdadero Mesías. ¡En Él, todo poder, toda sabiduría y piedad! Alabado sea el Dios Altísimo, que en Él nos ha concedido la paz. Alabadle todos vosotros, hombres de las ciudades de Judea y Samaria, de Galilea y Transjordania. Hasta las nieves del altísimo Hermón, hasta los resecos pedregales de Idumea, hasta las arenas bañadas por las olas del Mar Grande, cántese con poderosa voz la alabanza al Altísimo y a su Cristo. Se ha cumplido la profecía de Balaam. La Estrella de Jacob resplandece en el cielo rehecho de la patria que el verdadero Pastor ha vuelto a unir. ¡Se han cumplido también las promesas hechas a los patriarcas! Oíd la palabra de Elías, que nos amó, oídla, pueblos de Palestina, y comprendedla. Ya no se debe cojear de las dos partes, sino que se debe elegir por luz de espíritu, y si el espíritu es recto elegirá bien. ¡Éste es el Señor! ¡Seguidle! ¡Ah, que hasta ahora hemos sido castigados porque no nos hemos esforzado en comprender! El hombre de Dios maldijo el falso altar profetizando: "Sí, nacerá de la casa de David un hijo llamado Josías, que sacrificará en el altar y quemará huesos de Adán. Y el altar entonces se romperá y se hundirá en las entrañas de la Tierra, y las cenizas de la inmolación se es-

parcirán a septentrión y a mediodía, hacia oriente y hacia donde el Sol de pone". No queráis hacer como el necio Ococías, que mandaba a consultar al dios de Ecrón cuando el Altísimo estaba en Israel. No queráis ser inferiores a la burra de Balaam, la cual, por su reverencia al espíritu de luz, mientras que habría caído muerto el profeta que no veía, habría merecido la vida. He aquí la Luz, que pasa entre nosotros. Abrid los ojos, ciegos de espíritu, y ved» y uno de los leprosos los sigue, cada vez más cerca —incluso en el camino de primer orden en que ya están—, señalando a Jesús a los peregrinos.

Los apóstoles, desazonados, se vuelven dos o tres veces, intimando al leproso, perfectamente curado, a callarse. Y la última vez casi le amenazan.

Pero él, dejando por un momento de alzar así la voz para hablar a todos, responde: «¿Y qué queréis, que no glorifique las grandes cosas que Dios me ha hecho? ¿Queréis que no le bendiga?».

«Bendícele en tu corazón y calla» le responden inquietos.

«No, no puedo callar. Dios pone las palabras en mi boca», y, otra vez con voz fuerte: «Gentes de los dos lugares de frontera, gentes que pasáis fortuitamente, deteneos a adorar a Aquel que reinará en el nombre del Señor. Yo rechazaba muchas palabras. Pero ahora las repito porque las veo cumplidas. Y todas las gentes se ponen en movimiento y vienen exultantes hacia el Señor por las vías del mar y de los desiertos, por las colinas y los montes. Y también nosotros, pueblo que hemos caminado en las tinieblas, iremos hacia la gran Luz que ha surgido, hacia la Vida, saliendo de la región de la muerte. Lobos, leopardos y leones como éramos, renaceremos en el Espíritu del Señor y nos amaremos en Él, a la sombra del Retoño de Jesé que ya es cedro, bajo el cual acampan las naciones por Él recogidas desde los cuatro puntos de la Tierra. He aquí que llega el día en que los celos de Efraím tendrán fin, porque ya no existen Israel y Judá, sino un solo Reino: el del Cristo del Señor. Oíd, yo canto las alabanzas del Señor, que me ha salvado y consolado. Oíd, yo digo: alabadle y venid a beber la salvación a la fuente del Salvador. ¡Hosanna! ¡Hosanna a las grandes cosas que Él hace! ¡Hosanna al Altísimo que ha puesto en medio de los hombres a su Espíritu revistiéndole de carne, para que fuera el Redentor!».

483.9 Es inagotable. [9]La gente aumenta, se agolpa, ocupa el camino; quien estaba atrás se acerca, quien estaba delante regresa. Los habitantes de un pequeño pueblo —en cuyos aledaños están ya— se unen a los viandantes.

«Pero mándale que se calle, Señor. Es el samaritano. Esto dice la gente. ¡No debe hablar de ti, si ya no permites siquiera que nosotros

te precedamos predicándote!» dicen inquietos los apóstoles.

«Amigos míos, repito las palabras de Moisés a Josué, hijo de Nun, que se quejaba porque Eldad y Medad profetizaban en el campamento: "¿Estás celoso por mí, en vez de mí? ¡Ojalá profetizara así todo el pueblo y el Señor diera a todos su Espíritu!". De todas formas, me detengo y le despido para complaceros».

Y se para. Se vuelve y llama al leproso curado, el cual se acerca presuroso, se postra ante Jesús y besa la tierra.

«Álzate. ¿Y los otros dónde están? ¿No erais diez? Los otros nueve no han sentido la necesidad de dar gracias al Señor. ¿Entonces? ¿De diez leprosos, de los cuales sólo uno era samaritano, no se ha encontrado ninguno, aparte de este extranjero, que sintiera el deber de regresar para dar gloria a Dios, antes de restituirse a sí mismo a la vida y a la familia? Y se le conoce como "samaritano". ¿Ya no están ebrios los samaritanos, puesto que ven sin equivocaciones y acuden al camino de la Salvación sin paso vacilante? ¿Es que habla la Palabra un lenguaje extranjero, pues que lo entienden los extranjeros y no los de su pueblo?».

Extiende la mirada de sus espléndidos ojos sobre la multitud que se encuentra allí procedente de todas partes de la Palestina. Y esos ojos, con su centelleo, son irresistibles... Muchos agachan la cabeza y azuzan a las cabalgaduras o se echan a caminar y se alejan...

[10]Jesús baja los ojos hacia el samaritano que está arrodillado a 483.10
sus pies. La mirada se hace dulcísima. Alza la mano —la tenía relajada— haciendo un gesto de bendición, y dice: «Álzate y márchate. Tu fe ha salvado en ti más que tu carne. Camina en la Luz de Dios. Ve».

El hombre besa nuevamente la tierra y, antes de levantarse, pide: «Un nombre, Señor. Un nombre nuevo, porque todo es nuevo en mí, y para siempre».

«¿En qué tierra nos encontramos?».

«En la de Efraím».

* «Pues llámate Efrén de ahora en adelante, porque dos veces la Vida te ha dado vida. Ve».

Y el hombre se alza y se marcha.

La gente del lugar y algún peregrino quisieran retener a Jesús. Pero Él subyuga con su mirada, que no es severa —antes al contrario, es muy dulce al mirarlos— pero que debe despedir poder, porque ninguno hace un gesto para retenerle.

Y Jesús deja el camino sin entrar en el pueblecito. Cruza un cam-

---

* *dos veces...*, porque el significado literal de Efrén es "doble fruto".

po, luego un regato y un sendero, y sube al cerro oriental, todo lleno de bosques, donde se adentra con los suyos. Dice: «Para no extraviarnos, seguiremos el camino, pero por el bosque. Después de aquella curva, el camino se pega a este monte. Encontraremos alguna gruta para dormir y al alba rebasaremos Efraím...».

484. Alto obligado en las cercanías de Efraím y parábola de la granada.

31 de agosto de 1946.

484.1 [1]Y Jesús cree, efectivamente, que con las primeras luces del alba podrá rebasar Efraím, todavía toda silenciosa y con las calles desiertas, sin que nadie le vea. Por prudencia orilla la ciudad sin entrar en ella, a pesar de que la hora sea más que matutina.

Pero cuando, de la callecita que han recorrido, a espaldas del pueblo, salen al camino de primer orden, se encuentran en frente a todo el pueblo —podría decir esto— y, con el pueblo, a otros que han venido de los otros lugares ya rebasados, y que señalan a los de Efraím al Señor en cuanto le ven aparecer. Por suerte, faltan totalmente fariseos, escribas y otros semejantes.

Los notables, por voluntad de la gente de Efraím, se adelantan. Uno de ellos, después de un solemne saludo, dice por todos: «Hemos sabido que estabas entre nosotros y que no te habías desdeñado de compadecerte de ninguno. Sabíamos ya que habías sido compasivo con los de Siquem. Y hemos deseado tu presencia. Ahora Aquel que ve los pensamientos de los hombres te ha guiado a nosotros. Quédate y habla, porque también nosotros somos hijos de Abraham».

484.2 [2]«No me es dado quedarme...».

«¡Oh, sabemos que te buscan! Pero no por aquí. Esta ciudad está en el límite del desierto y de las Montañas de la sangre. Ellos no pasan con gusto por aquí. Y esta vez, además, después de los primeros no hemos vuelto a ver a ninguno».

«No puedo quedarme...».

«Te espera el Templo. Lo sabemos. Pero, créenos. Nos consideráis gente proscrita porque no inclinamos la frente ante los pontífices de Israel. ¿Pero es que el pontífice es Dios? Estamos lejos, pero no tanto como para no saber que vuestros sacerdotes no son menos indignos que los nuestros. Y nosotros pensamos que Dios no puede ya estar con ellos. No. Tras la nube del incienso ya no se cela el Altísimo. Podrían dejar de quemarlo, y podrían entrar en el Santo de los Santos sin miedo a quedar reducidos a cenizas por el fulgor de Dios asentado

en su gloria. Y nosotros adoramos a Dios sintiéndole fuera de las piedras deshabitadas de los templos vacíos. Y para nosotros no está más vacío nuestro templo que el vuestro, si queréis acusarnos de tener un templo ídolo. Como ves, somos ecuánimes. Escúchanos, pues».

Adquiere un tono solemne: «Mejor sería que te quedaras a adorar al Padre entre aquellos que, al menos, reconocen que tienen un espíritu de religión vacío de verdad como los demás, que no quieren reconocer esto y nos ofenden. Solos, evitados como leprosos, sin profetas y sin doctores, nosotros hemos sabido, al menos, estar unidos sintiéndonos hermanos. Y nuestra ley es no traicionar, porque está escrito: "No sigas a la turba para hacer el mal; en el juicio no te apartes de la verdad por adecuarte al parecer de la mayoría". Está escrito: "No quites la vida al inocente y al justo, porque yo aborrezco al impío. No aceptes dones, que ciegan incluso a los sabios y subvierten las palabras de los justos. No hostigues al extranjero, porque vosotros sabéis lo que quiere decir ser extranjeros en la tierra de otros". Y en las bendiciones dichas precisamente en el Garizim —monte amado del Señor, si lo eligió como monte de bendición— se promete toda bendición a quien se atiene a la verdadera Ley que está en el Pentateuco. Ahora bien, si rechazamos como ídolos las palabras de los hombres, pero conservamos las de Dios, ¿podemos, acaso, ser llamados idólatras? La maldición de Dios cae sobre el que ataca escondidamente a su prójimo y acepta dones para condenar a muerte a un inocente. Nosotros no queremos ser maldecidos por Dios por nuestras acciones. Porque por ser samaritanos no seremos maldecidos, siendo Dios el Justo que premia el bien donde se halla. Ésta es nuestra confianza en el Señor».

Se recoge un instante, luego continúa: «Por todo esto, te decimos: sería mejor para ti quedarte con nosotros. El Templo te odia y te busca para causarte dolor. Y no sólo eso. Siempre estarás demasiado con aquellos que te rechazan como a un oprobio. No de los judíos te vendrá el amor».

[3]«No puedo quedarme. Pero recordaré vuestras palabras. Entretanto, os digo que perseveréis en la observancia de las leyes de justicia que habéis recordado y que brotan del precepto del amor al prójimo, el precepto que, con el del amor a Dios, forma el mandamiento principal de la Religión antigua y de la mía. Para el que vive como justo no está lejos el camino del Cielo. A los que están en el sendero cercano, separados ya sólo por puntillo, más que por una convicción, 484.3

* *está escrito*, en *Éxodo 22, 20; 23, 2-3; Deuteronomio 16, 19*, agrupando y ordenando las citas bíblicas de MV en una copia mecanografiada; *bendiciones*, en *Deuteronomio 28, 1-14*; *maldiciones*, en *Deuteronomio 27, 24-25*.

un solo paso los llevará al camino del Reino de Dios».

«¡Tu Reino!».

«El mío. Pero no el Reino como lo imaginan los hombres, reino de poder temporal, justo y, a lo mejor, violento para ser poderoso, sino el Reino que empieza dentro del corazón de los hombres, a quienes el Rey espiritual da un código espiritual y dará un premio espiritual. Dará el Reino. Este Reino que no estará habitado exclusivamente por judíos o galileos o samaritanos, sino por todos aquellos que en la Tierra tuvieron una única fe: la mía, y en el Cielo llevarán un único nombre: santos. Las razas, y las divisiones entre raza y raza, se quedan en la Tierra, limitadas a ella. En mi Reino no habrá razas distintas, sino únicamente la de los hijos de Dios. Los hijos de Uno Solo
484.4 pueden ser sólo de una única estirpe. [4]Ahora dejadme continuar. Todavía es largo el camino que debo recorrer antes de la noche».

«¿Vas a Jerusalén?».

«A Ensemes».

«Entonces te vamos a indicar un camino que sólo nosotros conocemos para ir al vado sin sufrir demora ni hostilidad. No llevas cargas ni carros, así que puedes ir por él. Para nona estarás en el lugar. Y conocer ese sendero será bueno para ti. Pero descansa entre nosotros una hora y acepta el pan y la sal y danos a cambio tu palabra».

«Hágase como queréis. Pero vamos a quedarnos aquí donde estamos. El día está muy plácido y este lugar es muy hermoso».

En efecto, están en una depresión cubierta de árboles frutales, y por su centro fluye un pequeño torrente alimentado por las primeras lluvias, que corre hacia el Jordán, cantarín y luciente bajo el sol, bajando por entre piedras grandes que le fragmentan en espumas anacaradas. En las dos orillas, los arbustos, que han resistido el verano, parecen gozar del agua rota en espuma y diminutamente polvorizada; y brillan intensamente, dulcemente trémulos por un viento templado con sabor a manzanas maduras y a mostos en fermentación.

Jesús va justamente hasta el torrente y se sienta en una peña. Sobre su cabeza, la leve sombra de un sauce; al lado, las risueñas aguas que descienden. La gente se sienta en la hierba nueva de las dos orillas.

Entretanto, han traído del pueblo pan, leche recién ordeñada, quesos, fruta y miel, y se lo ofrecen a Jesús para que coma de ello con los suyos. Y le miran comer, después de la ofrenda y bendición de los alimentos: como un mortal (¡qué sencillo!), como un dios (¡qué soberanamente hermoso y espiritualmente imponente!). Lleva una túnica de lana blanca (un blanco levemente marfileño, como es el color de la lana hilada en casa), y el manto azul oscuro echado a la espalda. El

sol, filtrándose a través del sauce, enciende sus cabellos con chispas de oro en continuo movimiento que reproduce el de las livianas hojitas del sauce. Y un rayo logra acariciarle la mejilla izquierda, haciendo del esponjoso rizo en que termina la guedeja caediza sobre el carrillo una madeja de oro en hilos que repite más pálidamente su color en la blanda y no excesiva barba que cubre el mentón y la parte baja de la cara. La piel, de un color marfil antiguo, a la luz del sol muestra el delicado bordado de las venas en los carrillos y en las sienes, y una de ellas atraviesa de la nariz al pelo la frente lisa y alta...

Pienso que precisamente de esa vena vi caer mucha sangre por una espina que la traspasaba durante la Pasión... Siempre, cuando veo a Jesús tan hermoso y compuesto en su varonil cuidado, recuerdo cómo quedó después de los sufrimientos y las agresiones de los hombres...

[5]Jesús come, y sonríe a unos niños que están arrimados a sus ro- 484.5
dillas, relajada la cabeza sobre ellas, o que le miran comer como si vieran quién sabe qué. Y Jesús, cuando llega a la fruta y la miel, les ofrece a ellos; y a los más pequeños, cual si fueran pajarillos, les pone en la boca granos de uva o migas untadas en la miel filamentosa.

Un niño —sin duda le gustan y espera encontrarlas— se marcha corriendo por entre la gente en dirección a un árbol. Vuelve con los brazos cruzados sobre su pequeño pecho, haciendo de éste un cesto vivo en que descansan tres granadas de un volumen y belleza maravillosos, y se las ofrece a Jesús, insistiendo.

Jesús toma los frutos y abre dos de ellos; los divide en tantas partes como pequeños amigos tiene, y las reparte. Luego, tomando en la mano la tercera, se pone en pie y empieza a hablar, teniendo en la palma izquierda, bien a la vista, la espléndida granada.

[6]«¿Con qué compararé el mundo en general, y en particular Pa- 484.6
lestina, que estuvo unida —y lo está en el pensamiento de Dios— en una única nación, y que luego se escindió por un error y por un obstinado odio entre hermanos? ¿Con qué compararé a Israel, así como está, en el estado en que, por su voluntad, se halla? Lo compararé con esta granada. Y os digo, en verdad, que las desavenencias que hay entre judíos y samaritanos se repiten, en forma y medida distinta pero con una única substancia de odio, entre todas las naciones del mundo, y en ocasiones entre provincias de una misma nación. Y se consideran insalvables como si fueran cosas creadas por Dios mismo. No. El Creador no ha hecho tantos Adanes y tantas Evas como razas hay recíprocamente adversas, como tribus hay, como familias hay constituidas en enemigas la una de la otra. Hizo *a un solo Adán y a una sola Eva, y de ellos han venido los hombres todos*, que se es-

parcieron luego para poblar la Tierra, como si fuera una sola casa que va enriqueciéndose en el número de habitaciones a medida que aumentan los hijos y se casan y procrean a los nietos para sus padres. ¿Por qué, entonces, tanto odio entre los hombres, tantas barreras, tantas incomprensiones? Habéis dicho: "Sabemos estar unidos sintiéndonos hermanos". No es suficiente. Debéis amar también a los que no son samaritanos.

Mirad este fruto. Ya conocéis su sabor, además de su belleza. Está cerrado aún, como ahora, y ya os prometéis el jugo dulce de su interior; abierto, alegra también la vista con sus filas apretadas de granos, semejantes a rubíes dentro de un cofre. Pero ¡ay del incauto que lo mordiera sin haberle quitado las separaciones amarguísimas puestas entre una y otra familia de granos! Se intoxicaría los labios y las entrañas, y rechazaría el fruto diciendo: "Es veneno". Igualmente, las separaciones y los odios entre un pueblo y otro, una tribu y otra, transforman en veneno aquello que había sido creado para ser dulzura. Son inútiles. Lo único que hacen es, como en este fruto, crear límites que comen espacio y producen compresión y dolor. Son amargos y, a quien clava sus dientes, o sea, a quien muerde a su prójimo a quien no ama, para producirle daño y dolor, le dan una amargura que envenena el espíritu.

¿No se pueden hacer desaparecer? Se puede. La buena voluntad los elimina, de la misma forma que la mano de un niño quita las paredes de amargura en el dulce fruto que el Creador hizo para deleite de sus hijos. Y el primero que tiene buena voluntad es el mismo, único Señor, Dios tanto de los judíos como de los galileos, de los samaritanos como de los batenos. Y esto lo demuestra enviando al único Salvador, que salvará a éstos y a aquéllos pidiendo sólo la fe en su Naturaleza y Doctrina. El Salvador que os habla pasará derribando las inútiles barreras, borrando el pasado que os ha dividido, para substituirlo por un presente que os hermane en su Nombre. Vosotros todos, de aquí y de allende los confines, lo único que tenéis que hacer es secundarle, y el odio caerá, y desaparecerá la postración que suscita rencor, y desaparecerá el orgullo que suscita injusticia.

Mi mandamiento es éste: que los hombres se amen como hermanos que son. Que se amen como el Padre de los Cielos los ama y como los ama el Hijo del hombre, que por la naturaleza humana que ha asumido se siente hermano de los hombres, y que por su Paternidad se sabe dueño de vencer al Mal con todas sus consecuencias. Habéis dicho: "Es nuestra ley no traicionar". Entonces, lo primero, no traicionéis a vuestras almas privándolas del Cielo. Amaos los unos a los otros, amaos en mí, y la paz descenderá sobre los espíritus de los

hombres, como ha sido prometido. Y vendrá el Reino de Dios, que es Reino de paz y de amor para todos aquellos que tienen recta voluntad de servir al Señor su Dios.

[7]Os dejo. Que la Luz de Dios ilumine vuestros corazones... Va- 484.7
mos...».

Se envuelve en su manto, se pone en bandolera su saca y abre la marcha; junto a Él, a uno de los lados, Pedro, y al otro el notable que ha hablado al principio. Detrás, los apóstoles. Más atrás —puesto que en grupo no es posible caminar por el sendero que sigue el torrente— jóvenes de Efraím...

485. Jesús llega con los apóstoles a Betania, donde ya están algunos discípulos con Margziam.

2 de septiembre de 1946.

[1]Los variados verdes de los campos que están en torno a Betania 485.1
aparecen a la vista apenas salvado un picacho de monte, apenas puesto el pie en la vertiente sur del monte, que desciende con un camino en zigzag hacia Betania. El verde plata de los olivos, el verde fuerte de los manzanos, salpicado acá o allá de las primeras amarilluras de las hojas, el desordenado y más amarillento verde de las vides, el obscuro y compacto verde de los algarrobos y las encinas, mezclados con el marrón de los campos, ya arados y a la espera de la semilla, mezclados con el verde fresco de los prados, que echan la nueva hierba, y de los fértiles huertos, forman como una alfombra multicolor para quien desde lo alto domina Betania y sus alrededores; y, descollando sobre el verde más bajo, los pinceles de las palmas de dátiles, siempre elegantes, siempre rememorativas del Oriente.

La pequeña ciudad de Ensemes, acoclada en medio del verde y toda encendida de sol (de un Sol que empieza su ocaso), pronto queda atrás; y después queda atrás la fuente amplia, rica en agua, situada un poco al norte donde empieza Betania, para ver después las primeras casas entre el verde... Han llegado después de mucho camino, y camino fatigoso. Y, a pesar de estar cansadísimos, parecen recuperar sus fuerzas por el simple hecho de estar cerca de la casa amiga de Betania.

La pequeña ciudad está calma, casi vacía. Muchos habitantes deben haberse trasladado ya a Jerusalén para la fiesta. Por eso, Jesús pasa inadvertido hasta los alrededores de la casa de Lázaro. Sólo cuando está ya junto al jardín ensilvecido de la casa donde estaban todas aquellas zancudas, encuentra a dos hombres que le reconocen

y le saludan, y que preguntan: «¿Vas donde Lazaro, Maestro? Haces bien. Está muy mal. Nosotros venimos de su casa. Le hemos llevado la leche de nuestras burritas, el único alimento que su estómago tolera todavía, junto con un poco de miel y jugo de fruta. Las hermanas no hacen más que llorar. Están agotadas de vela y de dolor... Y él no hace más que desear tu presencia. Creo que ya habría muerto, pero el ansia de volverte a ver le ha hecho vivir hasta aquí».

«Voy enseguida. Dios esté con vosotros».

«¿Y... le vas a curar?» preguntan curiosos.

«La voluntad de Dios se manifestará en él, y con ella la potencia del Señor» responde Jesús, dejando perplejos a los dos; y se apresura a ir a la cancilla del jardín.

485.2 [2]Le ve un doméstico y corre a abrir, pero sin ninguna exclamación de alegría. Apenas abierta la cancilla, se arrodilla para venerar a Jesús y dice con voz afligida: «¡Bien vienes, Señor! Quiera ser tu venida signo de alegría para esta casa en llanto. Lázaro, mi señor...».

«Lo sé. Resignaos todos a la voluntad del Señor, que premiará el sacrificio de vuestra voluntad a la suya. Ve y llama a Marta y María. Las espero en el jardín».

El doméstico se marcha corriendo. Jesús le sigue, despacio, después de haber dicho a los apóstoles: «Voy donde Lázaro. Descansad, que lo necesitáis...».

Y, efectivamente, mientras se asoman a la puerta las dos hermanas —tienen dificultad en reconocer al Señor, pues muy cansados están sus ojos de vela y lágrimas, y el sol, dándoles precisamente en los ojos, aumenta la dificultad de ver—, otros criados, por una puerta secundaria, salen al encuentro de los apóstoles y los acompañan.

«¡Marta! ¡María! Soy Yo. ¿No me reconocéis?».

«¡Oh, el Maestro!» exclaman las dos hermanas, y se echan a correr hacia Él, y se arrojan a sus pies, a duras penas ahogando los sollozos. Besos y lágrimas descienden sobre los pies de Jesús, como ya * en la casa de Simón el fariseo.

Pero esta vez Jesús no se queda inmóvil como entonces, recibiendo el lavatorio del llanto de Marta y María; esta vez se inclina y las toca en la cabeza —las acaricia y bendice con ese gesto— y las obliga a alzarse, mientras dice: «Venid. Vamos a la pérgola de los jazmines. ¿Podéis dejar a Lázaro?».

Más con gestos que con palabras, entre sollozos, dicen que sí. Y van al quiosco umbrío, entre cuyo follaje tupido y obscuro alguna tenaz estrellita de jazmín albea y perfuma.

---

* *como ya...*, en 236.2.

[3]«Hablad, pues...». 485.3

«¡Oh, Maestro! ¡Vienes a una casa bien triste! El dolor nos ha entontecido. Cuando el criado nos ha dicho: "Un hombre os busca", no hemos pensado en ti. Al verte, no te hemos reconocido. Pero, ¿ves? Nuestros ojos están abrasados por el llanto. ¡Lázaro está muriendo!...», y el llanto vuelve, e interrumpe las palabras de las dos hermanas, que han hablado alternativamente.

«Y Yo he venido...».

«¡¿A curarle?! ¡Oh, mi Señor!» dice María, radiante de esperanza tras los hilos de lágrimas.

«¡Ah, yo lo decía! Si Él viene...» dice Marta, juntando las manos con gesto de alegría.

«¡Marta, Marta! ¿Qué sabes tú de las operaciones y decretos de Dios?».

«¡Ay, Maestro! ¡¿No le vas a curar?!» exclaman juntas, y vuelven a sumirse en el dolor.

«Yo os digo: tened una fe ilimitada en el Señor. Seguid teniéndola, a pesar de toda insinuación y hecho, y veréis grandes cosas cuando vuestro corazón ya no tenga motivo para esperar verlas. ¿Qué dice Lázaro?».

«En sus palabras hay un eco de las tuyas. Nos dice: "No dudéis de la bondad y poder de Dios. Suceda lo que suceda, intervendrá para vuestro bien y el mío, y para el bien de muchos, de todos los que como yo y como vosotros sepan permanecer fieles al Señor". Y, cuando está en condiciones de hacerlo, nos explica las Escrituras —ya es lo único que lee— y nos habla de ti, y dice que muere en un tiempo feliz, porque la era de la paz y el perdón ha comenzado. Pero, le oirás... Es que dice también otras cosas que nos hacen llorar incluso más que por él...» dice Marta.

«Ven, Señor. Cada minuto que pasa es un minuto robado a la esperanza de Lázaro. Contaba las horas... Decía: "Pues, para la fiesta estará en Jerusalén y vendrá...". Nosotras, nosotras que sabemos muchas cosas, que no se las decimos a Lázaro para no causarle dolor, teníamos menos esperanza, porque pensábamos que no venías para escabullirte de los que te buscan... Marta sí pensaba mucho esto. Yo menos, porque... yo, si estuviera en tu lugar, desafiaría a los enemigos. Yo no soy de esas que tienen miedo de los hombres. Y *ahora* ya no tengo miedo tampoco de Dios. Sé cuán bueno es para con las almas arrepentidas...» dice María, y le mira con su mirada de amor.

«¿De nada tienes miedo, María?» pregunta Jesús.

«Del pecado... y de mí misma... Tengo siempre miedo de volver a caer en el mal. Creo que Satanás me debe odiar mucho».

«Tienes razón. Eres una de las almas más odiadas por Satanás. Pero eres también una de las más amadas por Dios. Recuerda esto».

«¡Lo recuerdo! ¡Es mi fuerza este recuerdo! Recuerdo lo que dijiste en casa de Simón. Dijiste: "Mucho se le perdona porque mucho ha amado", y a mí: "Te son perdonados los pecados. Tu fe te ha salvado. Ve en paz". Dijiste "los pecados". No muchos. *Todos*. Y entonces pienso, Dios mío, en tu amor a mí, sin medida. Pues bien, si mi pobre fe de entonces, como la que podía haber nacido en un alma gravada de culpas, obtuvo tanto de ti, ¿mi fe de ahora no podrá defenderme del Mal?».

«Sí, María. Vela por ti misma y vigílate. Es humildad y prudencia. Pero ten fe en el Señor. Él está contigo».

485.4 [4]Entran en casa. Marta va a ver a su hermano. María quisiera servir a Jesús. Pero Jesús quiere antes ir donde Lázaro. Y entran en la habitación en penumbra en que se consuma el sacrificio.

«¡Maestro!».

«¡Amigo mío!».

Los brazos esqueletados de Lázaro se extienden hacia arriba; los de Jesús, hacia abajo para abrazar el cuerpo del amigo que languidece: un largo abrazo. Luego Jesús coloca de nuevo al enfermo sobre las almohadas y le contempla con piedad. Pero Lázaro sonríe. Está feliz. En su rostro deshecho sólo resplandecen vivaces los ojos hundidos, iluminados con la alegría de tener allí a Jesús.

«¿Lo ves? He venido. Y para estar mucho contigo».

«¡No puedes, Señor! A mí no me dicen todo. Pero sé lo suficiente como para decirte que no puedes. Al dolor que te causan, añaden el mío, mi parte, no concediéndome expirar entre tus brazos. Pero yo, que te quiero, no puedo por egoísmo tenerte a mi lado, en el peligro. Tú... ya he dado disposiciones... debes cambiar siempre de lugar. Todas mis casas están abiertas para ti. Los custodios han recibido órdenes, como también los encargados de mis campos. Pero no vayas al Getsemaní para estar allí un tiempo. Está muy vigilado. Me refiero a la casa. Porque a los olivos, especialmente a los de arriba, puedes ir, y por muchos caminos, sin que lo sepan. ¿Sabes que Margziam está ya aquí? Algunos le hicieron preguntas mientras estaba en la almazara con Marcos. Querían saber dónde estabas, y si venías. El muchacho respondió muy bien: "Es Israelita y vendrá. Por dónde, no lo sé, porque le dejé en el Merón". Así ha impedido que te tachasen de pecador y no ha mentido».

«Te lo agradezco, Lázaro. Seguiré tu consejo. Pero, de todas formas, nos veremos con frecuencia». Le sigue contemplando.

«¿Me miras, Maestro? ¿Ves cómo me he quedado? Como un árbol

que se despoja de hojas en otoño, yo, cada hora que pasa, me despojo de carne, de fuerza y de horas de vida. Pero digo la verdad diciendo que, si siento el no vivir lo suficiente para ver tu triunfo, exulto por marcharme para no ver —impotente, como soy, para frenarlo— el odio que aumenta en torno a ti».

«No eres impotente; nunca lo eres. Eres providente para con tu Amigo aun antes de que Él llegue. Tengo dos casas de paz, y, podría decir: igualmente queridas: la de Nazaret y ésta. Si allí está mi Madre, el amor celeste casi cuanto el Cielo por el Hijo de Dios, aquí tengo el amor de los hombres por el Hijo del hombre. El amor amigo, creyente, venerante... ¡Gracias, amigos míos!».

«¿Es que tu Madre no va a venir?».

«Al principio de la primavera».

«¡Oh, entonces yo ya no la volveré a ver!...».

«No. Tú la verás. Yo te lo digo. Me debes creer».

«En todo, Señor. Hasta en las cosas desmentidas por los hechos».

«¿Margziam dónde está?».

«En Jerusalén con los discípulos. Pero viene aquí al atardecer. Dentro de poco. ¿Y tus apóstoles? ¿No están contigo?».

«Están allá, con Maximino, que está atendiendo su cansancio y extenuación».

«¿Habéis andado mucho?».

«Mucho. Sin tregua. Ya te contaré... Ahora descansa. Entretanto, te bendigo». Y Jesús le bendice y se retira.

[5]Los apóstoles están ahora con Margziam y con casi todos los pastores, y refieren las insistencias de los fariseos en saber acerca de Jesús, y dicen que eso los ha escamado; tanto que ellos, los discípulos, han pensado en ponerse de guardia en todos los caminos que conducen hacia el interior de Jerusalén, para avisar al Maestro. 485.5

«Efectivamente» refiere Isaac «estamos diseminados, a algunos estadios de las Puertas, en todos los accesos».

«Maestro —Judas se ríe— ellos dicen que en la Puerta de Jaffa, había hoy medio Sanedrín, y discutían unos con otros porque algunos recordaban mis palabras de Engannim, otros juraban que habían sabido que habías estado en Dotán, otros, por el contrario, decían que te habían visto en los aledaños de Efraím, y eso los ponía furiosos, al no saber ya donde estabas...» y se ríe de la burla jugada a los enemigos de Jesús.

«Mañana me verán».

«No. Mañana vamos nosotros. Ya lo hemos concertado. Todos en grupo y haciéndonos ver bien».

«No quiero. Tú mentirías».

«Te juro que no mentiré. Si no me dicen nada, no digo nada. Si nos preguntan si estás con nosotros, diré: "¿Y no veis que no está?", y si quieren saber dónde estás, responderé: "Buscadle vosotros. ¿Cómo queréis que sepa yo dónde está el Maestro en *este* momento?". Ciertamente, no podré saber si estás en casa, aquí o por los huertos, o no sé dónde».

«Judas, Judas, te he dicho...».

«Y yo te digo que tienes razón. Pero esto mío no será sencillez de paloma, sino prudencia de serpiente. Tú, la paloma; yo, la serpiente. Y juntos formaremos esa perfección que has enseñado». Toma el tono que tiene Jesús cuando enseña y dice, imitando a la perfección al Maestro: «"Yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas... No os preocupéis de qué responder, porque en ese momento se os pondrán en los labios las palabras, siendo así que no habláis vosotros, sino que habla en vosotros el Espíritu... Cuando os persigan en una ciudad huid a otra, hasta que venga el Reino del Hijo del hombre...". Las recuerdo y es la hora de aplicarlas».

«No las he dicho así, *ni dije estas solas*» objeta Jesús.

«Por ahora, sólo es necesario recordar éstas, y decirlas así. Sé lo que quieres decir. Pero, si no está confirmada la fe en ti, que es piedra en tu Reino, no está bien el ponerse en manos de los enemigos. Después... diremos y haremos lo demás...». Y la expresión de Judas es tan brillante de inteligencia y picardía, que conquista a todos, menos a Jesús, que suspira. Es verdaderamente el hombre seductor al que nada le falta para triunfar sobre los hombres.

Jesús suspira y piensa... Pero, sintiendo que no es del todo mala la medida propuesta por Judas, cede. Y éste, triunfante, formula todo su plan.

«Nosotros, pues, iremos mañana, y pasado mañana, hasta el día siguiente del sábado. Y estaremos en una cabaña hecha de ramas, en el valle del Cedrón, como perfectos israelitas. Ellos se cansarán de esperarte... y entonces irás. Entretanto, estarás aquí, en paz, descansando. Estás exhausto, Maestro mío. Y nosotros esto no lo queremos. Después de cerradas las puertas, uno de nosotros vendrá a decirte lo que hacen ellos. ¡Oh, será bonito verlos chasqueados!».

Todos asienten y Jesús no opone resistencia. Quizás el cansancio, verdaderamente grande, quizás el deseo de confortar a Lázaro, de darle todo el conforte antes de la lucha final, contribuyen a que ceda. Quizás también la necesidad real de mantenerse libre, hasta que no

---

* *esa perfección que has enseñado*, en 265.7/9.

se cumplan todas las obras que son necesarias para que Israel no dude de su Naturaleza antes de juzgarle como reo... Lo cierto es que dice: «Pues así sea. Pero no busquéis disputas, y evitad los embustes. Mejor callad, pero no mintáis. Ahora vámonos, que Marta nos llama. Ven, Margziam. Te encuentro con mejor aspecto...». Se aleja, hablando, pasado un brazo en torno a los hombros del discípulo jovencito.

486. En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Discurso sobre la naturaleza del Reino.

3 de septiembre de 1946.

[1]Jesús entra en el Templo. Viene con sus apóstoles y con numerosísimos discípulos que conozco al menos de cara. Y, al final de todos, pero ya unidos al grupo como queriendo mostrar que quieren ser considerados seguidores del Maestro, caras nuevas, desconocidas todas, menos la sagaz del griego venido de Antioquía, que habla con otros —quizás gentiles como él— y que se detiene, con los que con él hablan, en el patio de los Paganos, mientras Jesús y los suyos prosiguen para entrar en el patio de los Israelitas. 486.1

Naturalmente, la entrada de Jesús en el Templo, que está de bote en bote, no pasa desapercibida. Un susurro nuevo se alza, como de una colmena disturbada, un susurro que cubre las voces de los doctores que dan sus lecciones bajo el pórtico de los Paganos. Lecciones que, por lo demás, se suspenden, como por ensalmo; y alumnos de los escribas corren en todas las direcciones a llevar la noticia de la llegada de Jesús; de forma que cuando Él entra en el segundo recinto, donde está el atrio de los Israelitas, ya bastantes fariseos, escribas y sacerdotes están atropados observándole. Pero, mientras ora, no le dicen nada, y ni siquiera se le acercan, únicamente le vigilan.

Jesús vuelve al pórtico de los Paganos. Y ellos detrás. Y la comitiva de los malintencionados aumenta, como también aumenta la de los curiosos o de los bienintencionados. Y susurros en voz baja se mueven entre la gente. De vez en cuando, alguna voz más fuerte: «¿Veis como ha venido? Es un justo. No podía faltar a la fiesta». O: «¿Qué ha venido a hacer?, ¿a extraviar más aún al pueblo?». O también: «¿Estáis contentos ahora?, ¿ahora veis dónde está?, ¡mucho lo habéis preguntado!». Voces aisladas y apagadas en seguida, ahogadas en las gargantas por miradas significativas de discípulos y seguidores que amenazan, con su propio amor, a los rencorosos enemigos. Voces irónicas, venenosas, de enemigos que arrojan una chorretada de veneno y después se detienen, porque tienen miedo de la

muchedumbre. Y silencio de la muchedumbre después de una manifestación significativa en favor del Maestro, porque tiene miedo a las represalias de los poderosos. El reino del miedo recíproco...

El único que no tiene miedo es Jesús. Anda despacio, con majestad, hacia el lugar a donde quiere ir, un poco absorto, pero pronto para salir de su absorbimiento para acariciar a un niño que una madre le presenta, o sonreír a un anciano que le saluda bendiciéndole.

486.2 [2]En el pórtico de los Paganos, de pie, erguido, entre un grupo de alumnos, está Gamaliel: con los brazos cruzados, con su esplendorosa vestidura blanquísima y amplísima —que parece aún más blanca en contraste con la gruesa alfombra roja oscura extendida en el suelo en el punto donde esta Gamaliel—, parece estar pensando —la cabeza un poco inclinada— y no interesarse de lo que ocurre. Entre sus discípulos, por el contrario, hay agitación, la agitación de la más grande curiosidad. Uno, pequeñito, incluso se sube a un alto escabel para ver mejor.

Pero, cuando Jesús está a la altura de Gamaliel, el rabí alza el rostro; y sus ojos profundos, bajo su frente de pensador, se clavan un instante en el rostro sereno de Jesús. Es una mirada escrutadora, mortificante y mortificada. Jesús la siente y se vuelve. Le mira. Los dos fulgores, el de los ojos negrísimos y el de los ojos de zafiro, se entrelazan: el de Jesús, abierto, manso, que se deja escrutar; el de Gamaliel, impenetrable, tendente a conocer y deseoso de rasgar el misterio de la verdad —porque para él es un misterio el Rabí galileo—, pero farisaicamente celoso de su pensamiento, de modo que se cierra a toda indagación que no sea de Dios. Un instante. Luego Jesús prosigue y el rabí Gamaliel vuelve a reclinar la cabeza sobre el pecho, sordo a toda pregunta recta, ansiosa, de algunos que están en torno a él, o subrepticia y cargada de aborrecimiento de otros: «¿Es Él, maestro? ¿Qué opinas tú?»; «¡Bien! ¿Cuál es tu juicio? ¿Quién es Éste?».

Jesús va al lugar que ha elegido para sí. ¡Oh!, ¡no tiene alfombras bajo los pies! Ni siquiera está bajo el pórtico; simplemente, junto a una columna, en pie, erguido, en el escalón más alto, en el fondo del pórtico. El lugar más modesto. En torno a Él, apóstoles, discípulos, seguidores, curiosos; más allá, fariseos, escribas, sacerdotes, rabíes. Gamaliel no deja el sitio donde está.

486.3 [3]Jesús se pone a predicar por la centésima vez la venida del Reino de Dios y la preparación de este Reino. Y yo podría decir que, ampliados en potencia, repite los mismos conceptos tratados, casi en el mismo lugar, veinte años antes. Habla de la profecía de Daniel, del *

* *veinte años antes*, es decir, en la disputa con los doctores, en 41.1/9.

Precursor anunciado por los profetas; recuerda la estrella de los Magos, la matanza de los Inocentes. Y, sentadas estas premisas para mostrar los signos de la venida del Cristo a la Tierra, cita, como corroboración de su venida, los signos actuales que acompañan al Cristo docente, como antes los otros acompañaban al adviento del Cristo encarnado, o sea, recuerda la contradicción que le acompaña, la muerte del Precursor, y los milagros que continuamente se producen, confirmando que Dios está con su Cristo. No ataca nunca a sus antagonistas. Parece no verlos siquiera. Habla para confirmar en la fe a sus seguidores, para iluminar acerca de la verdad a aquellos que, sin culpa, están todavía en tinieblas respecto a ella...

Una voz áspera se deja oír desde el extremo de la gente: «¿Cómo puede Dios estar en tus milagros, si se producen en día prohibido? Incluso ayer has curado a un leproso en el camino de Betfagé».

Jesús mira al que le ha interrumpido, pero no responde. Sigue hablando de la liberación del dominio que oprime a los hombres, y de la instauración del Reino de Cristo, eterno, invencible, glorioso, perfecto.

«Y esto, ¿cuándo?» dice un escriba haciendo risitas. Y añade: «Ya sabemos que quieres hacerte rey. Pero un rey como Tú sería la ruina de Israel. ¿Dónde está tu potencia de rey?; ¿dónde, los soldados?; ¿dónde, los tesoros?; ¿dónde, las alianzas? ¡Estás desquiciado!». Y muchos como él menean la cabeza riéndose con menosprecio.

[4]Un fariseo dice: «Así no. De esta forma nunca sabremos qué en- 486.4
tiende Él por reino, cuáles leyes y cuáles manifestaciones tendrá este reino. ¿Qué? ¿Acaso el reino antiguo de Israel fue de repente perfecto como en los tiempos de David y Salomón? ¿No recordáis cuántas incertidumbres y horas obscuras antes del esplendor regio del rey perfecto? Para disponer del primer rey fue necesario, antes, formar al hombre de Dios que le ungiera, y, por tanto, quitar la esterilidad a Ana de Elcaná e inspirarle que ofreciera el fruto de su vientre. Meditad el cántico de Ana. Es lección para nuestra dureza y ceguera: "Nadie es santo como el Señor... No queráis multiplicar, jactándoos, las palabras soberbias... El Señor hace morir y vivir... exalta al pobre... Hace seguros los pasos de sus santos, y los impíos callarán porque el hombre no es fuerte por su fuerza, sino por la que le viene de Dios". ¡Recordad! "El Señor juzgará los confines de la Tierra
* y dará el imperio a su rey y exaltará la potencia de su Cristo". ¿El Cris-

* *de su Cristo".* En este punto del manuscrito original, MV añade *1 Reyes cap. II,* que en la neovulgata corresponde a *1 Samuel 2.* De la misma forma, MV añade en una copia mecanografiada otras dos citas bíblicas, que transcribimos según la neovulgata: *1 Samuel 1, 10-11 y 20; 2, 1-11.*

to de las profecías no debía, acaso, venir de David? ¿Y es que todas las premisas, desde el nacimiento de Samuel en adelante, no son premisas para el reino del Cristo? ¿Tú, Maestro, no eres acaso de David, nacido en Belén?» pregunta, para finalizar, directamente a Jesús.

«Tú lo has dicho» responde Jesús brevemente.

«¡Oh! Entonces satisface nuestras mentes. Ya ves que el callar no es buena cosa, porque fomenta las nubes de la duda en los corazones».

«No de la duda. De la soberbia. Es más grave aún».

«¿Cómo? ¿Dudar de ti es menos grave que ser soberbios?».

«Sí. Porque la soberbia es la lujuria de la mente. Y es el pecado más grande, siendo el mismo pecado de Lucifer. Dios perdona muchas cosas, y su Luz resplandece amorosa para alumbrar las ignorancias y alejar las dudas. Pero no concede su perdón a la soberbia que le escarnece afirmando ser mayor que Él».

«¿Quién de nosotros dice que Dios es más pequeño que nosotros? Nosotros no blasfemamos...» gritan varios.

«No lo decís con los labios, pero lo confirmáis con las obras. Queréis decir a Dios: "No es posible que el Cristo sea un galileo, uno del pueblo. No es posible que sea éste". ¿Qué es imposible para Dios?».

La voz de Jesús es un trueno. Si antes presentaba un aspecto un poco modesto, apoyado como un mendigo en su columna, ahora Jesús se endereza, se separa del pilar, yergue majestuosamente la cabeza y asaetea a la gente con sus fúlgidos ojos. Está todavía en el escalón, pero tan regio es su aspecto, que es como si estuviera sobre un trono. La gente retrocede, casi con miedo, y ninguno responde a la última pregunta.

486.5 [5]Luego un rabí, pequeño, lleno de arrugas, feo de aspecto como ciertamente lo es de alma, pregunta, haciendo preceder la pregunta de una risita disonante y cascada: «La lujuria se cumple siendo dos. ¿La mente con quién la cumple? No es corpórea. ¿Cómo puede, entonces, pecar lujuriosamente? ¿A qué, siendo incorpórea, se une para pecar?» y ríe, estirando las palabras y la risita.

«¿A quién? A Satanás. La mente del soberbio fornica con Satanás contra Dios y contra el amor».

«¿Y Lucifer con quién fornicó para hacerse Satanás, si todavía no era Satanás?».

«Consigo mismo. Con su propio pensamiento inteligente y desordenado. ¿Qué es la lujuria, escriba?».

«¡Pero... te lo he dicho! ¿Y quién no sabe qué es la lujuria? Todos la hemos experimentado...».

«No eres un rabí sabio, porque no conoces la esencia verdadera de este pecado universal, trino fruto del Mal; así como el Padre, el

Hijo y el Espíritu Santo son la trina forma del Amor. La lujuria es desorden, escriba. Desorden guiado por una inteligencia libre y consciente, que sabe que su apetito está mal, pero de todas formas quiere saciarlo. La lujuria es desorden y violencia contra las leyes naturales, contra la justicia y el amor hacia Dios, hacia nosotros mismos, hacia nuestros hermanos. Toda lujuria. Tanto la carnal como la que tiende a las riquezas y poderes de la Tierra, como la de aquellos que quisieran impedirle al Cristo su misión, porque mantienen contubernio con la inmoderada ambición que teme ser quebrantada por mí».

Un gran murmullo se extiende por la aglomeración de gente. Gamaliel, que se ha quedado solo en su alfombra, alza la cabeza y lanza una mirada penetrante a Jesús.

[6]«Pero ¿cuándo vendrá, entonces, el Reino de Dios? No has respondido...» insta de nuevo el fariseo de antes. 486.6

«Cuando el Cristo esté en el trono que Israel le prepara, más alto que todos los demás tronos, más alto que este mismo Templo».

«¿Pero, donde lo están aparejando, pues que no se ve aparato de nada? ¿Podrá ser verdad que Roma deje resurgir a Israel? ¿Es que las águilas se han quedado ciegas para no ver lo que se prepara?».

«El Reino de Dios no viene con aparato. Sólo el ojo de Dios lo ve formarse, porque el ojo de Dios lee dentro de los hombres. Por tanto, no vayáis buscando dónde está este Reino, dónde se prepara. Y no creáis a quien diga: "Se conjura en Batena, se conjura en las cavernas del desierto de Engadí, se conjura en las orillas del mar". El Reino de Dios está en vosotros, dentro de vosotros, en vuestro espíritu que acoge la Ley venida de los Cielos como ley de la verdadera Patria, ley que, practicándola, hace a uno ciudadano del Reino. Por esto, antes de mí ha venido Juan a preparar los caminos de los corazones, por los cuales debía penetrar en ellos mi Doctrina. Con la penitencia se han preparado los caminos, con el amor el Reino surgirá, y caerá la esclavitud del pecado que impide a los hombres el Reino de los Cielos».

«¡Pero, verdaderamente este hombre es grande! ¿Y vosotros decís que es un artesano?» dice fuerte uno que escuchaba atentamente. Y otros, judíos por su vestimenta, y quizás instigados por los enemigos de Jesús, se miran confundidos, y miran a sus instigadores preguntando: «¿Pero qué nos habéis imbuido? ¿Quién puede decir que este hombre extravía al pueblo?», y otros: «Nos preguntamos y os preguntamos estas cosas: si es verdad que ninguno de vosotros le ha instruido, ¿cómo tiene tantos conocimientos? ¿Dónde los ha aprendido, si no ha estudiado nunca con ningún maestro?», y, dirigiéndose a Jesús: «Di, pues, ¿dónde has encontrado esta doctrina tuya?».

[7]Jesús alza un rostro inspirado y dice: «En verdad, en verdad os 486.7

digo que esta doctrina no es mía, sino que es de Aquel que me ha enviado a vosotros. En verdad, en verdad os digo que ningún maestro me la ha enseñado, ni la he encontrado en ningún libro viviente, o en ningún rollo o monumento de piedra. En verdad, en verdad os digo que me he preparado para esta hora oyendo al Viviente hablarle a mi espíritu. Ahora la hora ha llegado para que Yo dé al pueblo de Dios la Palabra venida de los Cielos. Y lo hago, y lo haré hasta el último respiro, y, tras haberlo exhalado, las piedras que me oyeron y no ablandecieron, conocerán un temor a Dios más fuerte que el que experimentó Moisés en el Sinaí; y en el temor, con voz de verdad, para bendecir o maldecir, las palabras de mi doctrina rechazada se grabarán en las piedras. Y esas palabras ya no se borrarán nunca. El signo permanecerá. Luz para quien lo acoja, al menos entonces, con amor; absolutas tinieblas para quien ni siquiera entonces comprenda que ha sido la voluntad de Dios la que me ha enviado para fundar su Reino. Al principio de la creación fue dicho: "Hágase la luz". Y la luz apareció en el caos. Al principio de mi vida fue dicho: "Paz a los hombres de buena voluntad". La buena voluntad es aquella que hace la voluntad de Dios y no combate contra ella. Ahora bien, aquel que hace la voluntad de Dios y no combate contra ella siente que no puede combatir contra mí, porque siente que mi doctrina viene de Dios y no de mí mismo. ¿Acaso busco Yo mi gloria? ¿Digo, acaso, que soy el Autor de la Ley de gracia y de la era de perdón? No. Yo no tomo la gloria que no es mía, sino que doy gloria a la gloria de Dios, Autor de todo lo que es bueno. Ahora bien, mi gloria es hacer lo que el Padre quiere que haga, porque esto le da gloria a Él. El que habla en favor propio para recibir alabanza busca su propia gloria. Mas aquel que pudiendo —incluso sin buscarla— recibir gloria de los hombres por lo que hace o dice y la rechaza diciendo: "No es mía, creada por mí, sino que procede de la del Padre, de la misma manera que Yo de Él procedo" está en la verdad y en él no hay injusticia, pues da a cada uno lo suyo sin quedarse con nada de lo que no le pertenece. Yo soy * porque Él ha querido que fuera».

486.8 [8]Jesús se detiene un momento. Recorre con sus ojos la aglomeración de gente. Escudriña las conciencias. Las lee. Las sopesa. Abre de nuevo sus labios: «Vosotros calláis: la mitad admirados, la otra mitad pensativos, pensando en cómo podéis hacerme callar. ¿De quién son los diez mandamientos? ¿De dónde vienen? ¿Quién os los ha dado?».

---

* *Yo soy porque Él ha querido que fuera*: el contexto presenta a Cristo en su humanidad ("Aquel que me ha enviado entre vosotros", "me ha preparado para esta hora", "hasta el último respiro", "Al principio de mi vida"...), por tanto hay que entender esta frase en el sentido de la Encarnación por voluntad del Padre (NdT).

«¡Moisés!» grita la gente.

«No. El Altísimo. Moisés, su siervo, os los trajo. Pero son de Dios. Vosotros los que tenéis las fórmulas pero no tenéis la fe, en vuestro corazón decís: "Nosotros a Dios no le hemos visto. Y tampoco le vieron los hebreos que estaban al pie del Sinaí". ¡Oh!, no os son suficientes para creer que Dios estaba presente ni siquiera los rayos, que incendiaban el monte mientras Dios resplandecía tronando delante de Moisés. No os valen ni siquiera los rayos y los terremotos para creer que Dios está sobre vosotros para escribir el Pacto eterno de salvación y de condena. Una epifanía nueva, tremenda veréis, y pronto, entre estos muros. Y las latebras sagradas ya no estarán en tinieblas, porque habrá comenzado el Reino de la Luz, y el Santo de los Santos, no celado ya tras la ternaria cortina, será elevado ante la presencia de todos. Y todavía no creeréis. Entonces, ¿qué se necesitará para haceros creer? ¿Que los rayos de la Justicia incidan en vuestras carnes? Mas entonces la Justicia estará apaciguada, y descenderán los rayos del Amor. Y, a pesar de todo, ni siquiera éstos escribirán en vuestros corazones, en todos vuestros corazones, la Verdad y suscitarán el arrepentimiento y luego el amor...».

Los ojos de Gamaliel, en un rostro tenso, están ahora fijos en el rostro de Jesús...

«Pero, Moisés sabéis que era hombre entre los hombres; de él os han dejado descripción los cronistas de su tiempo. Y, a pesar de todo, sabiendo incluso quién era, de Quién y cómo recibió la Ley, ¿observáis, acaso, esta Ley? No. Ninguno de vosotros la observa».

Un grito de protesta entre la gente.

Jesús impone silencio: «¿Decís que no es verdad? ¿Que la observáis? ¿Y entonces por qué tratáis de matarme? ¿No prohíbe el quinto mandamiento matar al hombre? ¿Vosotros no admitís en mí al Cristo? Pero no podéis negar que Yo sea hombre. Entonces ¿por qué tratáis de matarme?».

«¡Pero Tú estás loco! ¡Eres un endemoniado! ¡Un demonio habla en ti y te hace delirar y decir embustes! ¡Ninguno de nosotros piensa en matarte! ¿Quién quiere matarte?» gritan, precisamente aquellos que lo quieren hacer.

«¿Que quién? Vosotros. Y buscáis las disculpas para hacerlo. Y me echáis en cara culpas no verdaderas. Me echáis en cara —y no es la primera vez— el que haya curado a un hombre en sábado. ¿Y no
* dice Moisés que tengamos piedad incluso del asno y del buey caídos, porque representan un bien para el hermano? ¿Y Yo no debería tener

* *dice Moisés*, en *Deuteronomio 22, 4*, como anota MV en una copia mecanografiada.

compasión del cuerpo enfermo de un hermano, para el cual la salud recuperada es un bien material y un medio espiritual para bendecir a Dios y amarle por su bondad? ¿Y la circuncisión que Moisés os dio, por haberla recibido de los patriarcas, acaso no la practicáis también en día de sábado? Si circuncidando a un hombre en día de sábado no se viola la Ley mosaica del sábado, porque la circuncisión sirve para hacer de un varón un hijo de la Ley, ¿por qué os enojáis contra mí si en día de sábado he curado a un hombre enteramente, en el cuerpo y en el espíritu, y he hecho de él un hijo de Dios? No juzguéis según la apariencia y la letra, sino juzgad con recto juicio y con el espíritu, porque la letra, las fórmulas, las apariencias, son cosas muertas, escenarios pintados, pero no verdadera vida, mientras que el espíritu de las palabras y apariencias es vida real y fuente de eternidad. Pero
486.9 vosotros no entendéis estas cosas porque no las queréis entender. [9]Vamos».

Y vuelve las espaldas a todos y se dirige hacia la salida, seguido y circundado por sus apóstoles y discípulos, que le miran: con pena por Él, con enojo contra los enemigos.

Él, pálido, les sonríe y les dice: «No estéis tristes. Vosotros sois amigos míos. Y hacéis bien siéndolo, porque mi tiempo se acerca a su fin. Pronto llegará el tiempo en que desearéis ver *uno* de estos días del Hijo del hombre, mas no podréis ya verlo. Entonces hallaréis confortación en deciros: "Nosotros le amamos y le fuimos fieles mientras estuvo entre nosotros". Y para burlarse de vosotros y haceros aparecer como locos os dirán: "Cristo ha vuelto. ¡Está aquí! ¡Está allá!". No creáis en esas voces. No vayáis, no os pongáis a seguir a estos falaces burladores. El Hijo del hombre, una vez que se haya marchado, no volverá sino cuando llegue su Día. Y entonces su manifestación será semejante al relámpago, que resplandeciendo surca el cielo de una parte a otra, tan rápidamente, que el ojo apenas puede seguirle. Vosotros, y no sólo vosotros, sino ningún hombre, podría seguirme en mi aparición final para recoger a todos aquellos que fueron, son y serán. Pero antes de que esto suceda es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho. Sufra *todo*. Todo el dolor de la Humanidad, y, además, sea repudiado por esta generación».

«Pero entonces, mi Señor, sufrirás todo el mal que será capaz de descargar sobre ti esta generación» observa el pastor Matías.

«No. He dicho: "Todo el dolor de la Humanidad". Ella existía antes de esta generación, y existirá, por generaciones y generaciones, después de ésta. Y siempre pecará. Y el Hijo del hombre gustará toda la amargura de los pecados pasados, presentes y futuros, hasta el último pecado, en su espíritu, antes de ser el Redentor. Y, ya en su

gloria, todavía sufrirá, en su espíritu de amor, al ver que la Humanidad pisotea su amor. Vosotros no podéis entender por ahora... Vamos ahora a esta casa que me es amiga».

Y llama a una puerta, que se abre y le deja entrar, sin que el custodio muestre estupor por el número de personas que entran detrás de Jesús.

487. En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Discurso sobre la naturaleza del Cristo.

4 de septiembre de 1946.

[1]El Templo está aún más lleno de gente que el día anterior. Y, entre el gentío que llena el primer patio y en él hormiguea, veo a muchos gentiles, muchos más que ayer. Todos esperan con gran interés, tanto los israelitas como los gentiles. Y hablan gentiles con gentiles y hebreos con hebreos, formando corrillos esparcidos acá o allá, sin perder de vista las puertas. 487.1

Los doctores, debajo de los pórticos, se esfuerzan en alzar la voz como reclamo y para hacer alarde de elocuencia. Pero la gente está distraída y predican a pocos alumnos.

Está Gamaliel. En su sitio. Pero no habla. Pasea atrás y adelante sobre su suntuosa alfombra, con los brazos cruzados, la cabeza baja, meditando. La larga túnica y el manto aún más largo —que está suelto y pende sujeto a los hombros por dos broches de plata, en forma de rosetones— forman por detrás una cola que él aparta con el pie cuando vuelve sobre sus pasos. Sus discípulos, los más fieles, bien juntos al muro, le miran en silencio, con temor, y respetan la meditación de su maestro.

Algunos fariseos y algunos sacerdotes dan muestra de tener muchas cosas que hacer, y van y vienen... La gente, que comprende sus verdaderas intenciones, los señala —unos a otros se los señalan—, y algún comentario surge, como un cohete abrasador, para abrasar su hipocresía. Pero ellos fingen no oír. Ven prudente no reaccionar, porque son pocos respecto a los muchos que no odian a Jesús y que, por el contrario, los odian a ellos.

[2]«¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Hoy viene por la puerta Dorada!». 487.2

«¡Corramos!».

«Yo me quedo. Vendrá aquí a hablar. No pierdo el sitio».

«Yo tampoco. Además, los que se marchan dejan el sitio a los que nos quedamos».

«Pero ¿le dejarán hablar?».

«¡Si le han dejado entrar!...».

«Sí, pero es distinto. Como hijo de la Ley, no pueden impedirle entrar. Pero como rabí pueden echarle si quieren».

«¡Cuántas distinciones! Si le dejan ir a hablar al Dios, ¿por qué no tienen que dejarle hablar a hombres?» (el que habla es un gentil).

«Es verdad» dice otro gentil. «A nosotros, porque somos impuros, no nos dejáis ir allá, pero venir aquí sí, esperando que nos hagamos circuncisos...».

«Calla, Quinto. Por esto le dejan que nos hable a nosotros. Esperando podarnos como si fuéramos árboles. Pero no, nosotros venimos para poner sus ideas como ramas de injerto en nosotros, silvestres».

«Así es. ¡Es el único que no nos desprecia!».

«¡Respecto a esto! Cuando vamos con una bolsa de monedas a comprar no nos desprecian tampoco los otros».

«¡Mira! Los gentiles nos hemos quedado como dueños y señores de este sitio. ¡Oiremos bien! ¡Y vamos a ver mejor! Me gusta ver las caras de sus enemigos ¡Por Júpiter! Un combate de caras...».

«¡Calla! Que no te oigan nombrar a Júpiter. Está prohibido aquí».

«¡Bueno, entre Júpiter y Yeohveh hay poca diferencia! Y entre dioses no se ofenderán... Yo he venido movido por un buen deseo de escuchar; no para burlarme. ¡Se habla mucho, por todas partes, de este Nazareno! Me dije: en esta época hace bueno y voy a oírle hablar. Hay quien va más lejos para oír los oráculos...».

«¿De dónde vienes?».

«De Perge. ¿Y tú?».

«De Tarso».

«Yo soy casi hebreo. Mi padre era un helenista de Iconio. Pero se casó en Antioquía de Cilicia con una romana, y luego murió antes de que yo naciera. Pero la progenie es hebrea».

«Tarda en venir... ¿Será que le han detenido?».

«No temas. Nos lo dirían los gritos del gentío. Estos hebreos chillan como urracas, siempre...».

«¡Ahí está! ¡Es Él! ¿Va a venir justamente aquí?».

«¿No ves que, arteramente, han ocupado todos los sitios menos este rincón? ¿Oyes cuántas ranas croan fingiéndose maestros?».

«Pero aquel de allí está callado. ¿Es verdad que es el mayor doctor de Israel?».

«Sí, pero... ¡Qué pedante! Un día le escuché y, para digerir su ciencia, tuve que beber muchas copas de falerno en casa de Tito, en Beceta». Se ríen.

487.3 [3]Jesús se acerca lentamente. Pasa por delante de Gamaliel —que ni siquiera alza la cabeza—, y va al sitio de ayer.

La gente, mezcla, ahora, de israelitas, prosélitos y gentiles, comprende que va a empezar a hablar y susurra: «Fijaos que habla públicamente y no le dicen nada».

«Quizás los príncipes y los jefes han reconocido en Él al Cristo. Ayer Gamaliel, cuando se marchó el Galileo, habló mucho con unos Ancianos».

«¿Pero es posible! ¿Cómo han hecho para reconocerle de repente, si sólo un poco antes le consideraban hombre merecedor de la muerte?».

«Quizás Gamaliel tenía pruebas...».

«¿Y qué pruebas? ¿Qué pruebas queréis que tenga en favor de ese hombre?» arremete uno.

«Cállate, ventajista. No eres más que el último de los escribanos. ¿Quién te ha preguntado?» y le abuchean. Él se marcha.

Pero, en su lugar, aparecen otros, que no pertenecen al Templo, sino —ciertamente— a los incrédulos judíos: «Nosotros tenemos las pruebas. Nosotros sabemos de dónde es éste. Pero, cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es. No sabremos su origen. ¡¡¡Pero de éste!!! Es hijo de un carpintero de Nazaret, y todo su pueblo puede traer aquí su testimonio contra nosotros si mentimos...».

Entretanto, se oye la voz de un gentil, que dice: «Maestro, háblanos un poco a nosotros hoy. Nos ha sido dicho que afirmas que todos los hombres provienen de un solo Dios, el tuyo. Tanto que los llamas hijos del Padre. Algunos poetas nuestros estoicos tuvieron también una idea semejante a ésta. Dijeron: "Somos estirpe de Dios". Tus connacionales dicen que somos más impuros que animales. ¿Cómo concilias las dos tendencias?».

Se plantea la cuestión según las costumbres de las disputas filosóficas, al menos eso creo. Y, cuando Jesús está para responder, aumenta de tono la disputa entre los judíos incrédulos y los creyentes, y una voz estridente repite: «Es un simple hombre. El Cristo no será eso. Todo en Él tendrá carácter excepcional: forma, naturaleza, origen...».

487.4 [4]Jesús se vuelve en esa dirección y dice fuerte: «¿Entonces me conocéis y sabéis de dónde vengo? ¿Estáis bien seguros de ello? ¿Y lo poco que sabéis no os dice nada? ¿No os resulta confirmación de las profecías? Pero no, vosotros no sabéis todo de mí. En verdad, en verdad os digo que Yo no he venido por mí mismo, ni tampoco de donde vosotros creéis que he venido. Es la misma Verdad la que me ha enviado, y vosotros no la conocéis».

Prorrumpen los enemigos en un grito de enfado.

«La misma Verdad. Vosotros no conocéis sus obras. No conocéis sus caminos, los caminos por los que Yo he venido. El odio no puede

conocer ni los caminos ni las obras del Amor. Las tinieblas no pueden aguantar la vista de la Luz. Mas Yo conozco a Aquel que me ha enviado, porque Yo soy suyo, parte suya y un Todo con Él. Y Él me ha enviado para que cumpla lo que su Pensamiento quiere».

Nace un tumulto. Los enemigos se lanzan contra Él para ponerle las manos encima, para capturarle y pegarle. Apóstoles, discípulos, pueblo, gentiles, prosélitos reaccionan para defenderle. Acuden otros a ayudar a los primeros, y quizás hubieran logrado su objetivo, pero Gamaliel, que hasta ese momento parecía ajeno a todo, deja su alfombra y va hacia Jesús —apartado hacia el pórtico por quienes le quieren defender— y grita: «Dejadle. *Quiero* oír lo que dice». Más que el pelotón de legionarios que, de la Antonia, acude para calmar el tumulto, hace la voz de Gamaliel. El tumulto cesa cual torbellino que se deshace, y el clamor se calma transformándose en rumor. Los legionarios, por prudencia, se quedan cerca del muro externo, pero ya sin función alguna.

«Habla» ordena Gamaliel a Jesús. «Responde a los que te acusan». El tono es imperioso, pero no burlón.

487.5 [5]Jesús da unos pasos hacia delante, hacia el patio. Tranquilo, reanuda el discurso. Gamaliel permanece donde está, y sus discípulos se apresuran a llevarle alfombra y escabel para que esté cómodo. Pero él se queda de pie: los brazos cruzados, la cabeza baja, los ojos cerrados; concentrado en escuchar.

«Me habéis acusado sin motivo, como si hubiera blasfemado en lugar de decir la verdad. Yo, no para defenderme, sino para daros la luz con el fin de que podáis conocer la Verdad, hablo. Y no hablo por mí mismo, sino que hablo recordando las palabras en que creéis y por las que juráis. Ellas me dan testimonio. Vosotros, lo sé, no veis en mí sino a un hombre semejante a vosotros, inferior a vosotros. Y os parece imposible que un hombre pueda ser el Mesías. Como mínimo pensáis que tendría que ser un ángel este Mesías, el cual debe tener un origen tan misterioso como para poder ser rey por la simple autoridad que el misterio de su origen suscita. Pero, ¿acaso alguna vez en la historia de nuestro pueblo, en los libros que forman esta historia —y que serán libros tan eternos cuanto el mundo, porque a ellos los doctores de todas las naciones y de todos los tiempos irán a beber, para corroborar su ciencia y sus investigaciones sobre el pasado con las luces de la verdad—, acaso alguna vez se dice en estos libros que Dios haya hablado a un ángel suyo para decirle: "Tú serás *

* *para decirle*, en el *Salmo 2, 7*, como anota MV en una copia mecanografiada, donde, a su vez, más abajo, cita la referencia del *Salmo 110* (vulgata: *109*), *1 y 4*.

para mí, de ahora en adelante, Hijo, porque Yo te he engendrado"?».

Veo que Gamaliel pide una tablilla y pergaminos, se sienta y escribe...

[6]«Los ángeles, criaturas espirituales siervas del Altísimo y mensajeras suyas, han sido creados por Él como el hombre, como los animales, como todo lo que fue creado. Pero no han sido engendrados por Él. Porque Dios engendra únicamente a otro Sí mismo, pues no puede el Perfecto engendrar sino a un Perfecto, a otro Ser parejo a Sí mismo, para no rebajar su perfección engendrando a una criatura * inferior a Él. Ahora bien, si Dios no puede engendrar a los ángeles, y ni siquiera elevarlos a la dignidad de hijos suyos, ¿cómo será el Hijo al que dice: "Tú eres mi Hijo. Hoy te he engendrado"? ¿Y de qué naturaleza será si, engendrándolo, y señalándoselo a sus ángeles, dice: "Y le adoren todos los ángeles de Dios"? ¿Y cómo será este Hijo, para merecer oír que el Padre —Aquel a cuya gracia se debe el que los hombres le puedan nombrar con el corazón anonadado en adoración— le dice: "Siéntate a mi derecha hasta que haga de tus enemigos escabel para tus pies"? Ese Hijo no podrá ser sino Dios como el Padre, con quien comparte atributos y poderes y con quien goza de la Caridad que los letifica en los inefables e incognoscibles amores de la Perfección hacia sí misma. 487.6

Pero, si Dios no ha juzgado conveniente elevar al grado de Hijo a un ángel, ¿habría podido decir de un hombre lo que, al final de éste hará tres años, dijo de quien aquí os habla en el vado de Betabara? (y muchos de vosotros que os oponéis a mí estabais presentes cuando lo dijo). Vosotros lo oísteis y temblasteis. Porque la voz de Dios es inconfundible, y sin una especial gracia suya abate a quien la oye, y estremece su corazón.

¿Qué es, entonces, el Hombre que os habla? ¿Es, acaso, uno que ha nacido de principio y de voluntad de hombre, como todos vosotros? ¿Habría podido poner el Altísimo a su Espíritu a vivir en una carne carente de gracia, como es la de los hombres nacidos por voluntad carnal? ¿Y podría el Altísimo, como satisfacción de la gran Culpa, aplacarse con el sacrificio de un hombre? Pensad. Él no designa a un ángel para ser Mesías y Redentor. ¿Podrá, entonces, designar a un hombre para serlo? ¿Y podía el Redentor ser sólo Hijo del Padre, sin asumir naturaleza humana; ser el Redentor con medios y poderes que superaran las humanas deducciones? ¿Y el Primogénito

---

* *Dios no puede... ni siquiera elevarlos a la dignidad de hijos suyos*: Debe leerse a la luz de la frase *Pero, si Dios no ha juzgado conveniente elevar al grado de Hijo a un ángel*, de unos renglones más abajo, donde se aduce un motivo de conveniencia, no de imposibilidad divina (NdT).

de Dios podía, acaso, tener padres, si es el Primogénito eterno? ¿No se os trastoca el soberbio pensamiento ante estos interrogantes, que suben hacia los reinos de la Verdad, acercándose cada vez más a ella, y que hallan respuesta sólo en un corazón humilde y lleno de fe?

¿Quién debe ser el Cristo? ¿Un ángel? Más que un ángel. ¿Un hombre? Más que un hombre. ¿Un Dios? Sí, un Dios. Pero con una carne unida a Él, para que ésta pueda cumplir la expiación de la carne culpable. Todas las cosas deben ser redimidas a través de la materia con que pecaron. Dios, por tanto, habría debido enviar a un ángel para expiar las culpas de los ángeles caídos, y que expiara por Lucifer y sus seguidores angélicos. Porque ya sabéis que Lucifer también pecó. Pero Dios no envía a un espíritu angélico a redimir a los ángeles tenebrosos. Ellos no han adorado al Hijo de Dios, y Dios no perdona el pecado contra su Verbo engendrado por su Amor. Pero Dios ama al hombre y envía al Hombre, al Único perfecto, a redimir al hombre y a obtener paz con Dios. Y es justo que sólo un Hombre-Dios pueda cumplir la redención del hombre y aplacar a Dios.

487.7 [7]El Padre y el Hijo se han amado y se han comprendido. Y el Padre ha dicho: "Quiero". Y el Hijo ha dicho: "Quiero". Y luego el Hijo ha dicho: "Dame". Y el Padre ha dicho: "Toma", y el Verbo tuvo una carne, cuya formación es misteriosa, y esta carne se llamó Jesucristo, Mesías, Aquel que debe redimir a los hombres, llevarlos al Reino, vencer al demonio, quebrar las esclavitudes.

¡Vencer al demonio! No podía un ángel, no puede cumplir lo que el Hijo del hombre puede. Y, por esto, Dios no llama a los ángeles a la gran obra, sino al Hombre. Aquí tenéis al Hombre cuyo origen se os presenta incierto, o es negado por vosotros u os pone pensativos. Aquí tenéis al Hombre. Al Hombre aceptable para Dios. Al Hombre representante de todos sus hermanos. Al Hombre que es como vosotros en la semejanza; al Hombre superior y distinto de vosotros por la proveniencia; el cual —que no por un hombre sino por Dios ha sido engendrado y consagrado para su ministerio— está ante el excelso altar para ser Sacerdote y Víctima por los pecados del mundo, eterno y supremo Pontífice, Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec.

¡No temáis! No tiendo mis manos hacia la tiara pontifical. Otra corona me espera. ¡No temáis! No os voy a quitar el racional. Otro está ya preparado para mí. Temed sólo, más bien, el que para vosotros no sirva el sacrificio del Hombre y la misericordia del Cristo. Os he amado tanto, tanto os amo, que he obtenido del Padre mi anonadamiento. Os he amado tanto, tanto os amo, que he pedido asimilar todo el dolor del mundo para daros la salud eterna.

487.8 [8]¿Por qué no me queréis creer? ¿No podéis creer todavía? ¿No está

escrito del Cristo: "Tú eres Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec"? ¿Y cuándo comenzó el sacerdocio? ¿Quizás en tiempos * de Abraham? No. Y vosotros lo sabéis. El rey de justicia y de paz que viene a anunciarme, con figura profética, en la aurora de nuestro pueblo, ¿no os apercibe acerca de la existencia de un sacerdocio más perfecto, que viene directamente de Dios?; como Melquisedec, de quien nadie pudo jamás señalar sus orígenes y que es llamado "el sacerdote" y sacerdote será para siempre. ¿No creéis ya en las palabras inspiradas? Y, si creéis, ¿cómo es que vosotros, doctores, no sabéis dar una explicación aceptable a las palabras que dicen —y de mí hablan— : "Tú eres Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec"? Hay, pues, otro sacerdocio, más allá, antes del de Aarón. Y de éste está escrito "*eres*"; no, "fuiste"; no, "serás". Eres sacerdote para siempre. He aquí, pues, que esta frase anticipa que el eterno Sacerdote no será de la estirpe, conocida, de Aarón, no será de ninguna estirpe sacerdotal. No; será de proveniencia nueva, misteriosa, como Melquisedec. Es de esta proveniencia. Y si la Potencia de Dios le manda, señal es de que quiere renovar el Sacerdocio y el rito para que sea provechoso para la Humanidad.

¿Conocéis vosotros mi origen? No. ¿Conocéis mis obras? No. ¿Intuís sus frutos? No. Nada sabéis de mí. Podéis ver, pues, que también en esto soy el "Cristo", cuyo origen y naturaleza y misión deben permanecer desconocidos hasta que a Dios le plazca revelarlos a los hombres. Bienaventurados los que sepan, los que saben creer antes de que la revelación tremenda de Dios los aplaste contra el suelo con su peso y ahí los clave y triture bajo la fulgurante, poderosa verdad pronunciada: como trueno desde los Cielos; como grito desde la Tierra: "Éste era el Cristo de Dios".

Vosotros decís: "Es de Nazaret. Su padre era José. Su Madre es María". No. Yo no tengo padre que me haya engendrado hombre; no tengo madre que me haya engendrado Dios. Y, no obstante, tengo una carne, y la he asumido por misteriosa obra del Espíritu, y he venido a vosotros pasando por un tabernáculo santo. Y os salvaré después de haberme formado a mí mismo por voluntad de Dios; os salvaré haciendo salir a mi verdadero Yo mismo del tabernáculo de mi Cuerpo para consumar el gran Sacrificio de un Dios que se inmola por la salvación del hombre.

[9]¡Padre! ¡Padre mío! Te lo dije al principio de los días: "Aquí estoy, 487.9
para hacer tu voluntad". Te lo dije en la hora de gracia antes de de-

---

* *El rey de justicia y de paz* es *Milquisedec*, como anota MV en una copia mecanografiada, donde añade la cita de *Génesis 14, 18-20*.

jarte para revestirme de carne, y así padecer: "Aquí estoy, para hacer tu voluntad". Te lo digo una vez más para santificar a aquellos por quienes he venido: "Aquí estoy, para hacer tu voluntad". Y volveré a decírtelo, siempre te lo diré, hasta que tu voluntad sea cumplida...».

Jesús baja los brazos —los tenía levantados hacia el cielo, orando—, los recoge en su pecho y agacha la cabeza, cierra los ojos y se sume en una oración secreta.

La gente bisbisea. No todos han comprendido; es más, la mayoría (y yo con ellos) no ha comprendido. Somos demasiado ignorantes. Pero intuimos que ha enunciado cosas grandes. Y, admirados, guardamos silencio.

Los maliciosos, que no han comprendido o no han querido comprender, sonriendo malévolamente dicen: «¡Éste delira!». Pero no se atreven a decir más y se apartan o se encaminan hacia las puertas meneando la cabeza. Tanta prudencia creo que es el fruto de las lanzas y dagas romanas que brillan al sol contra la muralla externa.

487.10 [10]Gamaliel se abre paso entre los que quedan. Llega hasta Jesús, que sigue en oración, absorto, lejanos la gente y el lugar, y le llama: «¡Rabí Jesús!».

«¿Qué quieres, rabí Gamaliel?» pregunta Jesús alzando la cabeza, todavía absortos sus ojos en una interna visión.

«Que me des una explicación».

«Habla».

«¡Apartaos todos!» ordena Gamaliel, y lo hace con un tono tal, que apóstoles, discípulos, seguidores, curiosos, y los propios discípulos de Gamaliel se apartan rápidamente.

Se quedan solos, uno frente al otro. Y se miran. Jesús siempre manso y dulce; el otro, autoritario sin querer e involuntariamente soberbio de aspecto (expresión que ciertamente le ha venido de los años de deferencia exagerada).

«Maestro... Me han sido referidas unas palabras tuyas dichas en un banquete... que yo desaprobé porque era insincero. Yo contradigo o no contradigo, pero siempre abiertamente... He meditado en esas palabras. Las he cotejado con las que tengo en mi recuerdo... Y te he esperado, *aquí*, para preguntarte acerca de ellas... Y primero he querido oírte hablar... Ellos no han comprendido. Yo espero poder comprender. He escrito tus palabras mientras las pronunciabas. Para meditarlas. Y no para perjudicarte. ¿Me crees?».

«Te creo. Y quiera el Altísimo hacerlas llamear ante tu espíritu».

«Que así sea. Escúchame. Las piedras que deben estremecerse ¿no serán las de nuestros corazones?».

«No, rabí. Éstas (y señala a las murallas del Templo con gesto

circular). ¿Por qué lo preguntas?».

«Porque mi corazón se estremeció cuando me fueron referidas tus palabras del banquete, y tus respuestas a los tentadores. Creía que ese estremecimiento era el signo...».

«No, rabí. Es demasiado poco el estremecimiento de tu corazón y el de pocos otros para ser el signo que no deja dudas... Aunque tú, con raro juicio de humilde conocimiento de ti, defines tu corazón como piedra. ¡Oh, rabí Gamaliel, ¿te es imposible hacer de tu corazón petrificado un luminoso altar que acoja a Dios?! No por interés mío, rabí, sino para que tu justicia sea completa...».

Y Jesús mira dulcemente al anciano maestro, que zalea su barba e introduce los dedos por debajo de la prenda que cubre su cabeza y corruga su frente; susurra, bajando la cabeza para decirlo: «No puedo... No puedo todavía... De todas formas, espero... ¿Sigue en pie ese signo que vas a dar?».

«Lo daré».

«Adiós, Rabí Jesús».

«El Señor venga a ti, rabí Gamaliel».

Se separan. Jesús hace una señal a los suyos y con ellos se encamina hacia fuera del Templo.

[11]Escribas, fariseos, sacerdotes, discípulos de rabíes, como buitres, circundan velozmente a Gamaliel, que está metiéndose en el ancho cinturón los folios que ha escrito. «¿Entonces? ¿Qué te parece? ¿Un loco? Has hecho bien en escribir esos delirios. Nos serán útiles. ¿Has decidido? ¿Estás convencido? Ayer... hoy... Más que suficiente para convencerte». Hablan tumultuariamente, y Gamaliel calla, y, mientras, se coloca el cinturón, cierra el tintero que lleva colgado a éste, devuelve a su discípulo la tablilla en que se ha apoyado para escribir en los pergaminos. 487.11

«¿No respondes? Desde ayer no hablas...» insta un colega suyo.

«Escucho. No a vosotros. A Él. Y trato de reconocer en las palabras de ahora la palabra que me habló un día. Aquí».

«¿Y... la encuentras?» ríen muchos.

«Como un trueno, que tiene voz distinta según esté más cercano o más lejano. Pero siempre es ruido de trueno».

«Sonido sin significado, entonces» dice uno, burlón.

«No te rías, Leví. En el trueno puede estar también la voz de Dios; y nosotros ser tan necios que la tomemos por rumor de nubes laceradas... No te rías tú tampoco, Elquías, ni tú, Simón; no sea que el trueno se transforme en rayo y os reduzca a cenizas...».

«Entonces... tú... casi estás diciendo que el Galileo es aquel niño que con Hil.lel creíste profeta; y que aquel niño y ese hombre son el

Mesías...» inquieren, con mordacidad (aunque velada, porque Gamaliel se hace respetar).

«No digo *nada*. Digo que el ruido del trueno es siempre ruido de trueno».

«¿Más cercano o más lejano?».

«¡Ay! Las palabras son más fuertes, producto de la edad. Pero los veinte años pasados han hecho veinte veces más cerrado mi intelecto ante el tesoro que posee. Y el sonido penetra más débilmente...». Y Gamaliel deja caer la cabeza sobre el pecho, meditabundo.

«¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Te haces viejo y te haces necio, Gamaliel! Tomas por realidad los fantasmas. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!», todos ríen.

Gamaliel se encoge de hombros con desdén. Luego recoge su manto, que le pendía de los hombros; se envuelve con más de una vuelta —es muy amplio— y da las espaldas a todos sin replicar nada, despreciativo en su silencio.

488. En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Partida secreta hacia Nob después de la oración.

5 de septiembre de 1946.

488.1 [1]Sin preocuparse lo más mínimo de la malevolencia ajena, Jesús vuelve al Templo el tercer día. No debe haber dormido en Jerusalén, porque sus sandalias muestran abundante polvo del camino. Quizás ha pasado la noche en las colinas que hay alrededor de la ciudad. Y con Él deben haber estado sus hermanos Santiago y Judas, junto con José (pastor) y Salomón. Se encuentra con los otros apóstoles y discípulos al pie de la muralla oriental del Templo.

«Han venido, ¿sabes? Tanto a nosotros como a los discípulos más conocidos. ¡Buena cosa ha sido que no estuvieras!».

«Siempre tenemos que hacerlo así».

«Está bien. Pero hablaremos de ello después. Vamos».

«Una gran turba te ha, y nos ha, precedido exaltando tus milagros. ¡Cuántos se han persuadido y creen en ti! Tenían razón tus hermanos, en esto» dice Juan apóstol.

«Han ido a buscar incluso a casa de Analía, ¿sabes?».

«Y al palacio de Juana. Pero han encontrado sólo a Cusa... ¡y con un humor! Los ha echado como a perros, diciendo que en su casa no quiere espías y que ya está aburrido de ellos. Nos lo ha dicho Jonatán, que está aquí con su jefe» dice Daniel (pastor).

«¿Sabes? Los escribas querían dispersar a los que te esperaban, convenciéndolos de que no eres el Cristo. Pero ellos respondieron:

"¿No es el Cristo? Y entonces, según vosotros, ¿quién lo es? ¿Podrá, acaso, otro hombre hacer los milagros que hace Él? ¿Acaso los han hecho los otros que se presentaban como el Cristo? No, no. Podrán surgir cien, mil impostores —a lo mejor, incluso, creados por vosotros—, y que digan que son el Cristo. Pero ninguno de los que puedan venir hará jamás milagros como los que Él hace, ni tantos como hace". Y, dado que los escribas y fariseos sostenían que los haces porque eres un Belcebú, ellos respondieron: ¡Entonces vosotros debíais hacer milagros estrepitosos, porque está claro que sois unos Belcebúes respecto al Santo"» cuenta Pedro, y se ríe, y se ríen todos recordando la salida de la gente y el escándalo de los escribas y fariseos, que se habían marchado enojados.

[2]Ya están dentro del Templo. En seguida los rodea una multitud, 488.2
aún más numerosa de la de los días precedentes.

«¡Paz a ti, Señor!» saludan los gentiles.

«La paz y la luz vengan a vosotros» responde Jesús con un único saludo.

«Temíamos que te hubieran apresado, o que no vinieras por prudencia o por desagrado. Y nos hubiéramos desparramado buscándote por todas partes» dicen muchos.

Jesús sonríe levemente, y pregunta: «¿Entonces no queréis perderme?».

«Y si te perdemos, Maestro, ¿quién nos va a dar las lecciones y gracias que Tú nos das?».

«Mis lecciones permanecerán en vosotros, y las comprenderéis aún más cuando Yo me haya ido... Y no cesarán, a pesar de mi ausencia entre los hombres, de descender las gracias a aquellos que oren con fe».

«¡Oh! ¡Maestro! ¿Pero estás decidido a marcharte? Di a dónde vas y nosotros te seguiremos. ¡Tenemos mucha necesidad de ti!».

«El Maestro lo dice para experimentar si le amamos. Pero, ¿a dónde pensáis que puede ir el Rabí de Israel, sino quedarse aquí, en Israel?».

«En verdad os digo que todavía un poco estaré con vosotros, y que voy donde aquellos a quienes el Padre me ha enviado. Después me buscaréis y no me encontraréis. Y a donde Yo estoy vosotros no podréis ir. [3]Pero ahora dejadme irme. Hoy no voy a hablar aquí den- 488.3
tro. Tengo unos pobres que me esperan en otro lugar y no pueden venir, porque están muy enfermos. Después de la oración iré donde ellos».

Y, con la ayuda de los discípulos se abre paso, para ir al patio de los Israelitas. Los que se quedan se miran unos a otros.

«¿Y a dónde irá?».

«Sin duda, a casa de su amigo Lázaro. Está muy enfermo».

«Yo decía: dónde irá no hoy, sino cuando nos deje para siempre. ¿No habéis oído que ha dicho que no podremos encontrarle?».

«Quizá vaya a reunir a Israel, evangelizando a los dispersos de nosotros en las naciones. La Diáspora espera como nosotros al Mesías».

«O quizás vaya a enseñar a los paganos, para atraerlos hacia su Reino».

«No. No debe ser así. Siempre podríamos encontrarle, aunque estuviera en la Asia lejana, a en el centro de África, o en Roma, o en Galia, o en Iberia, o en Tracia o entre los Sármatas. Si dice que no le encontraremos ni siquiera buscándole, es señal de que no estará en ninguno de estos lugares».

«¡Claro! ¿Qué querrán decir estas palabras suyas: "Me buscaréis y no me encontraréis, y a donde Yo estoy vosotros no podréis ir"? "*Yo estoy...*". No: "*Yo estaré...*". ¿Dónde está, pues? ¿No está aquí entre nosotros?».

«¡Te lo voy a decir yo, Judas! ¡Parece un hombre, pero es un espíritu!».

«¡No, hombre, no! Entre los discípulos hay algunos que le vieron recién nacido. ¡Más todavía! Vieron a su Madre cuando le llevaba en su seno pocas horas antes de nacer».

«¿Pero y será el mismo aquel niño que ahora se ha hecho hombre? ¿Quién nos asegura que no es otro ser?».

«¡No, eh! Podría ser otro. Podrían equivocarse los pastores. ¡Pero la Madre? ¡Y los hermanos? ¡Y todo el pueblo?».

«¿Los pastores han reconocido a la Madre?».

«Por supuesto...».

«Entonces... Pero ¿por qué dice entonces: "A dónde Yo estoy vosotros no podréis ir"? Para nosotros, el futuro: podréis. Para Él queda el presente: estoy. ¿Es que no tiene un mañana este Hombre?».

«No sé qué decirte. Es así».

«Yo os digo que es un loco».

«Loco lo serás tú, espía del Sanedrín».

«¿Yo espía? Yo soy un judío que le admira. ¿Y habéis dicho que va a casa de Lázaro?».

«Nada hemos dicho, viejo soplón. No sabemos nada. Y si lo supiéramos no te lo diríamos. Ve a decir a los que te mandan que le busquen por sí mismos. ¡Espía! ¡Espía! ¡Pagado!...».

El hombre ve el peligro que corre y pone tierra por medio.

«¡Y nosotros estamos aquí? Si hubiéramos salido, le habríamos

visto. ¡Corre por esa parte! ¡Corre por esta otra!... Decidnos qué camino ha tomado. Decidle que no vaya donde Lázaro».

Los que tienen piernas ligeras se marchan a todo correr... Y vuelven... «Ya no está... Se ha mezclado entre la multitud. Ninguno sabe dar razón de Él...».

Desilusionada, la aglomeración se disuelve lentamente...

[4]...Pero Jesús está mucho más cerca de lo que creen. Habiendo 488.4
salido por alguna puerta, ha dado la vuelta a la torre Antonia y ha salido de la ciudad por la puerta del Rebaño, para bajar luego al valle del Cedrón, que en el centro de su lecho lleva poquísima agua. Jesús lo atraviesa saltando por las piedras que sobresalen del agua, y entra en el Monte de los Olivos, denso en ese lugar e incluso mezclado con espesuras que hacen tétrica —yo diría: fúnebre— esta parte de Jerusalén, comprendida entre las sombrías murallas del Templo —que, con todo su monte, domina por ese lado— y el Monte de los Olivos. Más al Sur, el valle se aclara y se ensancha; pero aquí es verdaderamente estrecho, una uñada de gigantesca garfa que ha excavado un surco profundo entre los dos montes: el Moria y el de los Olivos.

Jesús no va hacia el Getsemaní. Es más, va en dirección opuesta, hacia el Norte. Sigue caminando por el monte, que luego se ensancha formando un valle agreste, por donde —más pegado a otra hilera corva de colinas bajas, aunque agrestes y pedregosas— fluye el torrente, que dibuja un arco al norte de la ciudad. En vez de olivos, ahí hay arbolillos estériles, espinosos, retorcidos, de enmarañadas frondas, mezclados con zarzas que, hacia todas las partes, lanzan sus tentáculos. Un lugar muy triste, muy solitario. Tiene algo de lugar infernal, apocalíptico. Algún sepulcro, y nada más; ni siquiera leprosos. Y es extraña esta soledad que contrasta con el gentío de la ciudad, tan cercana y tan llena de gente y ruido. Aquí, aparte del gorgoteo del agua entre los cantos y el frufrú del viento entre las plantas nacidas entre las piedras, no se oye ningún ruido. Falta, incluso, la nota alegre de los pájaros, tan numerosos entre los olivos del Getsemaní y del Monte de los Olivos. El viento, más bien fuerte, que viene del nordeste y levanta pequeños remolinos de tierra, rechaza el ruido de la ciudad; y el silencio, un silencio de lugar de muerte, reina en el paraje, oprimente, casi aterrador.

[5]«¿Pero se va exactamente por aquí?» pregunta Pedro a Isaac. 488.5

«Sí, sí. Se va también por otros caminos, saliendo por la puerta de Herodes, y mejor por la de Damasco. Pero os conviene saber los senderos menos conocidos. Nosotros hemos recorrido todos los alrededores para conocerlos y para enseñároslos. Así podréis ir a donde

queráis, en las cercanías, sin pasar por los caminos habituales».

«Y... ¿se puede uno fiar de los de Nob?» dice Pedro.

«Como de tu misma casa. Tomás el año pasado, Nicodemo siempre, el sacerdote Juan, discípulo de Él, y otros, han hecho de ese pueblecito un lugar suyo».

«Y tú has hecho más que todos» dice Benjamín (pastor).

«¡¡Yo?? Entonces todos hemos hecho, si yo he hecho. Pero, créeme, Maestro: ahora todo alrededor de la ciudad tienes lugares seguros...».

«También Rama...» dice Tomás, que tiene amor a su ciudad. «Mi padre y mi cuñado, con Nicodemo, han pensado en ti».

«Entonces también Emaús» dice un hombre que no me resulta nuevo, aunque no sé decir exactamente quién es... bueno, incluso porque he encontrado más de una Emaús en Judea, sin hablar de aquel lugar cercano a Tariquea.

«Está lejos para ir y venir, como hago ahora. Pero no dejaré de ir alguna vez».

«Y a mi casa» dice Salomón.

«Allí, sin duda, al menos una vez, para saludar al anciano».

«También está Béter».

«Y Betsur».

«No iré a casa de las discípulas. Pero, cuando llegue la necesidad, las llamaré».

«Yo tengo un amigo sincero en En Royel. Su casa está abierta para ti. Y nadie pensará, de los que te odian, que estás tan cerca de ellos» dice Esteban.

«El jardinero de los jardines reales te puede hospedar. Manahén —que le consiguió ese puesto— y él son una misma cosa... Y además... le curaste un día...».

«¿Yo? No le conozco...».

«Estaba, durante la Pascua, entre los pobres que curaste en casa de Cusa. Un golpe de hoz sucia de estiércol le estaba descomponiendo una pierna, y su primer jefe le había echado por esto. Mendigaba para sus hijos. Y Tú le curaste. Manahén, luego, obteniéndole el puesto en un momento bueno de Antipas, le puso en los Jardines. Ahora ese hombre hace todo lo que Manahén dice. Y si además es por ti...» dice Matías (pastor). *

488.6 [6]«No he visto nunca a Manahén con vosotros...» dice Jesús mirando fijamente a Matías, que cambia de color y se turba. «Ven adelante conmigo». El discípulo le sigue. «¡Habla!».

«Señor... Manahén ha cometido un error... y sufre mucho, y con

---

* *de Cusa*, en 370.24.

él Timoneo y algún otro más. No tienen paz porque Tú...».

«No creerán que los aborrezco...».

«¡Nooo! Pero... tienen miedo de tus palabras y de tu rostro».

«¡Oh! ¡Qué error! Precisamente por haber errado deben venir a la Medicina. ¿Sabes dónde están?».

«Sí, Maestro».

«Entonces ve a ellos y diles que los espero en Nob».

Matías se va sin perder tiempo.

El sendero del monte sube, de forma que es visible toda Jerusalén vista desde el Norte... Jesús con los suyos, yendo justo en dirección contraria a la ciudad, le vuelve las espaldas.

489. En Nob. Parábola del rey no comprendido por sus súbditos. Jesús calma el viento.

6 de septiembre de 1946.

[1]Es un pueblo recogido, bastante cuidado. Los habitantes están 489.1
en las casas porque hace mucho viento. Pero, cuando los discípulos van a advertir que está Jesús, todas las mujeres y niños y viejos (a quienes la edad ha obligado a quedarse en el pueblo) se arremolinan en torno a Jesús, que se ha detenido en la placita principal. El pueblo, al estar en un alto, tiene aire y luz incluso en este día lóbrego; y la vista se extiende: al Sur hacia Jerusalén; al Norte hacia Rama (digo Rama porque está escrito en un mojón, con la indicación de las millas).

La gente está muy emocionada. ¡Haber pasado a ser los que dan hospedaje al Señor es para ellos una cosa tan nueva y conmovedora!... Un viejo, un verdadero patriarca, lo dice por todos, y las mujeres, con la cabeza, asienten, asienten.

Acostumbrados a ser aplastados por la soberbia sacerdotal y farisaica, se muestran temerosos... Pero Jesús los pone en seguida a sus anchas tomando en brazos a una niñita que da sus primeros pasitos, acariciando al anciano, diciendo: «¿No me habíais visto todavía?»

«Desde lejos... Pasar por el camino... Algún hombre, en el Templo. Pero para nosotros, que estamos tan cerca de la ciudad, es aún más difícil obtener lo que otros consiguen viniendo de lejos» dice el anciano.

«Es siempre así, padre. Lo que parece facilitar las cosas las hace difíciles, porque todos se apoyan en la idea de que es fácil. Pero ahora nos conoceremos. [2]Retírate, padre. El otoño desata sus vientos, 489.2
que no son propicios a los patriarcas».

«¡Si me he quedado sólo! Los días ya no tienen valor para mí...»

«Su hija se ha casado lejos, y la mujer se le murió en las Encenias» explica una mujer.

«Juan, no debes hablar así, hoy que tienes al Rabí contigo. ¡Lo deseabas mucho!» le dice una viejecita.

«Es verdad. Pero... Tú eres el Mesías, ¿no es verdad?».

«Sí, padre».

«Y entonces, ¿qué más puedo desear, ahora que le he visto y veo cumplida la promesa hecha a Abraham? Un anciano —entonces el anciano era él— profirió un canto un día en el Templo —yo estaba porque ese día mi Lía se purificaba de su único parto, y yo estaba al lado de ella, y antes de nosotros había cumplido el rito Una poco más que niña...—, un anciano profirió este canto, besando al Hijo de la Muchacha: "Ahora deja, oh Señor, que tu siervo se marche en paz, porque mis ojos han visto al Salvador". Aquel Recién Nacido eras Tú, entonces. ¡Oh, dichoso yo! En aquel momento oré al Señor diciendo: "Haz que yo también pueda morir después de haberle conocido". Ahora te conozco. Estás aquí. La mano del Señor está apoyada en mi cabeza. Su voz me ha hablado. El Eterno me ha exaudido. ¿Y qué diré, sino las palabras del anciano Simeón, docto y justo? Las digo: "¡Deja, oh Señor, que tu siervo se marche en paz, porque los ojos míos han conocido a tu Cristo!"».

«¿No quieres esperar a ver su Reino?» dice una mujer.

«No, María. Las fiestas no son para los viejos. Y yo no creo lo que la mayoría dice. Recuerdo las palabras de Simeón... Prometió una espada en el corazón de aquella Muchacha, porque no todo el mundo amará al Salvador... Dijo que ruina o resurrección vendrían a muchos por Él... Y tenemos a Isaías... y a David... No. Prefiero morir y esperar su gracia desde allá... y desde allá, a su Reino...».

«Padre, tú ves mejor que los jóvenes. Mi Reino es el de los Cielos. Pero para ti mi venida no significa ruina, porque sabes creer en mí.

489.3 [3]Vamos a tu casa. Yo permanezco contigo» y, guiado por el viejo, va a una casita blanca situada en un caminito entre huertos, que se desnudan de hojas por la violencia del viento, y entra con Pedro, los dos hijos de Alfeo y Juan.

Los demás se distribuyen por las otras casas... para, pasado un rato, regresar y abarrotar la casita, el huerto, la terraza del tejado, hasta el punto de que se suben a una albarrada baja que separa de la calle un lado del huerto, y a un robusto nogal y a un manzano robusto cuanto el primero, sin preocuparse del viento, que sigue aumentando y levanta mucho polvo. Quieren oír a Jesús. Y Jesús hace un poco de tiempo. Hasta que empieza a hablar, permaneciendo en el

umbral de la cocina (de forma que la voz se esparza dentro y fuera de la casa).

4«Un rey poderoso, cuyo reino era muy vasto, quiso ir un día a visitar a sus súbditos. Vivía en un excelso palacio desde el que, por medio de sus servidores y mensajeros, enviaba sus órdenes y mercedes a los súbditos, los cuales, por eso, sabían que existía y conocían el amor que tenía por ellos y conocían sus propósitos; pero, de ninguna manera, conocían su persona, su voz ni su lenguaje. En una palabra, sabían que existía y que era su Señor, pero nada más. Y, como a menudo sucede, por este hecho, muchas de sus leyes y mercedes sufrían variación, o por mala voluntad o por incapacidad de comprenderlas; tanto que esto perjudicaba los intereses de los súbditos y los deseos del rey, que quería que fueran felices. Él se veía obligado a castigarlos alguna vez, y, al hacerlo, sufría más que ellos. Mas los castigos no producían mejora. Dijo entonces: "Iré yo. Les hablaré directamente. Me daré a conocer. Me amarán y me seguirán mejor y serán felices". Y dejó su excelsa morada para ir con su pueblo. 489.4

Mucho estupor causó su llegada. El pueblo sufrió una fuerte impresión, se agitó: quién con júbilo, quién con terror, quién con ira, quién con desconfianza, quién con odio. El rey, paciente, sin cansarse nunca, se puso a tratar tanto con los que le querían como con los que le temían y con los que le odiaban. Se puso a explicar su ley, escuchó a sus súbditos, los favoreció, los soportó. Y muchos acabaron queriéndole, no evitándole por su excesiva grandeza; algunos, pocos, dejaron también de desconfiar y de odiar. Eran los mejores. Pero muchos siguieron siendo lo que eran, pues no tenían en sí buena voluntad. Mas el rey, que era muy sabio, soportó también esto, refugiándose en el amor de los mejores como premio a sus fatigas.

Pero, ¿qué es lo que sucedió? Pues sucedió que incluso entre los mejores no todos le comprendieron. ¡Venía de tan lejos! ¡Su lenguaje era tan nuevo! ¡Lo que quería era tan distinto de lo que querían los súbditos! Y no fue comprendido por todos... Es más, algunos le causaron dolor, y con el dolor perjuicio, o al menos corrieron el riesgo de procurárselo, por comprenderle mal. Y, cuando se dieron cuenta de que le habían causado dolor y perjuicio, huyeron de su presencia desolados, y, temiendo su palabra, no volvieron a acercarse a él.

Pero el rey había leído en sus corazones, y todos los días los llamaba con su amor, oraba al Eterno que le concediera encontrarlos de nuevo para decirles: "¿Por qué me teméis? Es verdad. Vuestra incomprensión me ha causado dolor; pero la he visto sin malicia, fruto solamente de una incapacidad para comprender mi lenguaje, tan distinto del vuestro. Lo que me causa dolor es vuestro temor hacia mí.

Ello me dice que no sólo no me habéis comprendido como rey, sino que tampoco como amigo. ¿Por qué no venís? Volved, pues. Lo que la alegría de amarme no os había hecho comprender, os lo ha esclarecido el dolor de haberme causado dolor. ¡Oh, venid, venid amigos míos! No aumentéis vuestro desconocimiento estando lejos de mí, vuestras brumas escondiéndoos, vuestras amarguras impidiéndoos a vosotros mismos mi amor. ¿Veis? Sufrimos tanto yo como vosotros estando separados. Yo más que vosotros todavía. Venid, pues, y alegrad mi corazón".

Así quería hablar el rey. Y así habla. Y Dios también habla así a aquellos que pecan. Y así habla el Salvador a aquellos que hayan podido cometer errores. Y así habla el Rey de Israel a sus súbditos. El verdadero Rey de Israel, el que quiere llevar a sus súbditos desde el pequeño reino de la Tierra al grande de los Cielos. En éste no pueden entrar aquellos que no siguen al Rey, aquellos que no aprenden a comprender sus palabras y su pensamiento. Mas, ¿cómo aprender si al primer error se elude al Maestro?

Que ninguno se deprima si ha pecado y está arrepentido, si ha errado y reconoce su error. Venga a la Fuente que borra los errores y da luz y sabiduría; y en ella apague su sed; en ella, que ardientemente desea donarse y ha venido del Cielo para donarse a los hombres».

489.5 [5]Jesús termina de hablar. Solamente el viento hace oír su voz, cada vez más fuerte (en el copete del montecito en que está Nob se ensaña tanto, que los árboles crujen temiblemente).

La gente se ve obligada a retirarse a las casas. Pero, cuando ya se han dispersado y Jesús entra de nuevo en la casa y cierra la puerta, Matías, seguido por Manahén y Timoneo, aparece de detrás de la albarrada, entra en el huertecillo y llama a la puerta cerrada. Jesús mismo sale a abrir.

«¡Maestro, aquí los tienes!...» dice Matías señalando a los dos, que, acobardados, se han quedado en el límen del huerto y no se atreven a alzar la cara para mirar a Jesús.

«¡Manahén! ¡Timoneo! ¡Amigos míos!» dice Jesús mientras cierra la puerta — para dar a entender a los de dentro que no salgan a curiosear— y sale al huerto. Y va hacia los dos, con los brazos abiertos, ya abiertos para el abrazo.

Los dos alzan la cara, tocados por el amor, trémulo en la voz del Maestro; le ven la cara y los ojos, henchidos de amor, y su miedo cae; se echan a correr hacia Él con un grito ronco de llanto: «¡Maestro!» y caen a sus pies, le abrazan los tobillos y besan sus pies desnudos, bañándolos de lágrimas.

«¡Amigos míos! No ahí. Aquí, en mi corazón. ¡Os he esperado mucho! ¡Y os he comprendido mucho! ¡Venga!...», y trata de ponerlos de pie.

«¡Perdón! ¡perdón!... No nos lo niegues, Maestro. ¡Hemos sufrido mucho!».

«Lo sé. Pero, si hubierais venido antes, antes os hubiera dicho: "Os quiero"».

«¿Nos quieres? ¡¿Maestro?! ¡¿Como antes?!», es Timoneo el primero que habla, alzando un rostro interrogativo.

«Más que antes, porque ahora estáis curados de todo lo humano en vuestro amor por mí».

«¡Es verdad! ¡Oh, Maestro mío!» y Manahén, como movido por un resorte, se pone en pie. Ya no resiste, se arroja al pecho de Jesús. Timoneo hace lo mismo...

«¿Veis lo bien que se está aquí? ¿No es mejor aquí que en un pobre palacio? ¿Dónde se me podrá tener más, y más poderoso, dulce, rico de tesoros sin fin, sino allí donde se me tiene como Salvador, Redentor, Rey espiritual, Amigo amoroso?».

«¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Oh! ¡Nos habían seducido! ¡Y nos parecía que te honrábamos, y que era justa su idea!».

«No penséis ya más en ello. Ha pasado. Pertenece al pasado. Dejad que el tiempo, fluyendo veloz como el torbellino que nos choca, lo lleve lejos, lo disuelva para siempre... [6]Pero, vamos a entrar en casa. 489.6
No es posible seguir aquí...»

Es verdaderamente un torbellino lo que arremete contra el pueblo desde el Norte. Ramas que se tronchan, tejas que vuelan, algún antepecho inseguro de las terrazas de los techos que cae con fragor. El nogal y el manzano se tuercen como si quisieran descuajarse del suelo.

Entran en casa y los cuatro apóstoles miran sorprendidos el rostro aún húmedo de lágrimas de los dos discípulos, que contrasta con la sonrisa que también muestran. Pero no dicen nada.

«Alguna catástrofe se está preparando» dice el anciano Juan.

«Sí. No sé qué van a hacer los que están todavía en las cabañas...» dice Pedro.

El viento es tan fuerte, que las llamitas de una lámpara de tres boquillas, encendida para iluminar la habitación cerrada, vacilan, a pesar de que las puertas estén bien cerradas.

Con el estrépito del viento, que continuamente aumenta y golpea la casa con tierra y detritos —tanto que parece que cayera un granizo menudo—, se mezclan gritos de mujeres, cada vez más cercanos; son esposas asustadas, madres angustiadas: «¡Nuestros maridos! ¡Nuestros hijos! Están en camino. Tenemos miedo. Se ha derrumba-

do una pared de la casa abandonada... ¡Señor! ¡Jesús! ¡Piedad!».

489.7 [7]Jesús se pone en pie, apenas puede abrir la puerta que el viento comprime con toda su violencia. Algunas mujeres, curvadas para resistir el viento —una verdadera tromba de aire bajo un cielo terrorífico— gimen echando hacia delante los brazos.

«Entrad. ¡No temáis!» dice Jesús. Y mira al cielo y a los árboles ya próximos a quebrarse.

«¡Entra, Jesús! ¿Ves cómo se rompen las ramas y caen tejas? No es prudente estar afuera» grita Judas de Alfeo.

«¡Pobres olivos! Esto es granizo. Donde cajga se pueden despedir de recoger» sentencia Pedro.

Jesús no entra. Es más, sale del todo, en medio del torbellino, que le retuerce la túnica y le alza los cabellos. Abre los brazos, ora, y luego ordena: «¡Basta! ¡Lo quiero!» y vuelve a la casa.

El viento, después de un último mugido, cesa de golpe. Es impresionante el silencio que reina, después de tanto fragor. Es tal, que a las puertas o ventanas de las casas se asoman caras asombradas. Quedan las señales del huracán: hojas, ramas quebradas, telas hechas jirones. Pero todo está calmo. El firmamento responde a la tierra, que ya no está agitada, aligerándose de nubes que de negras pasan a ser claras y se esparcen sin causar daño. Antes al contrario, dejan éstas caer una salpicadura de agua que termina de purificar el aire enturbiado por tanta tierra.

«¿Pero que ha sucedido?».

«¿Así ha terminado?».

«¿Parecía el fin, y ahora viene la calma?».

Voces que preguntan, de una casa a otra.

Las mujeres que habían corrido hacia Jesús ahora corren hacia afuera. «¡El Señor! ¡El Señor está con nosotros! ¡Ha hecho el milagro! ¡Ha detenido el viento! ¡Ha roto las nubes! ¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Alabanza al Hijo de David! ¡Paz! ¡Bendición! ¡Cristo está con nosotros! ¡Con nosotros está el Bendito! ¡El Santo! ¡El Santo! ¡El Santo! ¡El Mesías está con nosotros! ¡Aleluya!».

Todos los habitantes del pueblo se echan a la calle, los reales y los ocasionales (o sea, apóstoles y discípulos, que acuden todos, a la casita donde está Jesús). Todos quieren besarle, tocarle, ensalzarle.

«¡Alabad al Señor Altísimo. Él es el Amo de los vientos y las aguas. Si ha escuchado a su Hijo, ha sido para premiar vuestra fe y amor para con Él».

Y querría despedirlos. Pero ¿quién calma a un pueblo que está de fiesta, agitado por un milagro manifiesto? Especialmente, si es un pueblo lleno de mujeres. Los esfuerzos de Jesús son vanos. Él sonríe,

paciente, mientras el anciano que le da hospedaje le lava con sus lágrimas la mano izquierda y se la llena de besos.

[8]Llegan los primeros hombres de regreso de Jerusalén, jadeantes, asustados. Temen quién sabe qué catástrofe. Ven al pueblo de fiesta. «¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? ¿Pero no habéis tenido una borrasca? Desde el monte se veía desaparecer a la ciudad tras nubes de polvo. Creíamos que se hubiera venido abajo. ¡Y aquí todo está en pie!». 489.8

«¡El Señor! ¡El Señor! Ha venido a tiempo de salvarnos de la destrucción. Sólo la casa maldita se ha derrumbado, y alguna teja y alguna rama. ¿Y vosotros? ¿Qué ha sucedido en Jerusalén?».

Las preguntas y las respuestas se cruzan. Pero los hombres se abren paso para ir a venerar al Salvador. No antes de venerarle, explican que había miedo en la ciudad por la borrasca inminente, y que todos huían de las cabañas hacia las casas, y los dueños de los olivos lloraban ya su recolección... cuando, de repente, el viento se ha calmado, el cielo se ha aclarado con poca lluvia... de modo que toda la ciudad se ha quedado asombrada. Y, dado que la fantasía trabaja inmediatamente en ciertos casos, los hombres refieren que, mientras la gente huía, muchos que habían estado en el Templo los días antes, viendo que el Moria era el más embestido por las ráfagas, tanto que el viento había volcado los bancos de los cambistas y había habido daños en la casa del Pontífice, decían que era el castigo de Dios por los insultos contra su Mesías. Y más y más y más... Llegan otros hombres y la narración toma más colorido. Casi que se hace más apocalíptica que la narración del Viernes Santo...

490. En el campo de los Galileos con los primos apóstoles y encuentro con el levita Zacarías.

10 de septiembre de 1946.

[1]«Judas y Santiago, venid conmigo». 490.1

A los dos hijos de Alfeo no hay que repetírselo. Se levantan inmediatamente y salen con Jesús de una casita de un arrabal situado al sur de Jerusalén, donde los hospedan hoy.

«¿A dónde vamos, Jesús?» pregunta Santiago.

«Al Monte de los Olivos, a saludar a los galileos».

Caminan un rato hacia Jerusalén. Pasan muy cerca de unas pequeñas colinas donde hay casas —sin duda, solariegas— entre el verde. Cortan el camino que va a Betania y a Jericó, y el que está más al Sur, que termina entre Tofet y Siloán. Dan la vuelta, por detrás, a otra colina, que ya es estribación del Monte de los Olivos.

Cortan el otro camino que lleva directamente a Betania desde el Monte de los Olivos. Y, por un camino secundario que va entre olivos, suben al campo de los Galileos, donde las tiendas son mucho menos numerosas, y quedan, como recuerdo del agolpamiento, ramajes arrojados al suelo y ya deslucidos, restos de hogares rudimentarios —que han dejado hierba chamuscada y cenizas y palos carbonizados—, morralla: lo que siempre queda donde hubo gente acampada. La temporada fría y precozmente lluviosa ha acelerado la partida de los peregrinos. También ahora se están poniendo en camino caravanas de mujeres y niños. Los hombres, especialmente los vigorosos, se han quedado todavía para terminar la fiesta.

490.2 [2]Los galileos que creen en el Señor han debido ser avisados, quizás por algun discípulo, porque los veo a todos, y procedentes de todos aquellos lugares que más conozco. Nazaret está presente con los dos discípulos, con Alfeo —aquel a quien Jesús perdonó después de la muerte de su madre— y con algún otro. De todas formas, no veo ni a José ni a Simón de Alfeo. Pero, como contrapartida, no faltan otros, entre los cuales el arquisinagogo, que se muestra visiblemente apurado al saludar con deferencia a Jesús después de haberle puesto tantos obstáculos. Pero se ayuda diciendo que los parientes de Jesús están hospedados en casa de «ese amigo que sabes», por razón de los niños, que sufrían con el viento de la noche. Y Caná está presente, con el marido de Susana, su padre y otros; y así Naím, con su resucitado y otros; y Belén de Galilea, con muchos vecinos; y las ciudades occidentales del lago, con sus moradores...

«¡La paz a vosotros! ¡La paz a vosotros!» saluda Jesús, pasando entre ellos, acariciando a los niños que todavía están ahí —sus pequeños amigos de los lugares galileos—; y escucha a Jairo, que le refiere lo mucho que sintió el no haber estado la última vez.

Jesús se informa sobre si la viuda de Afeq se ha establecido en Cafarnaúm y si ha aceptado al huérfano de Yiscala. «No sé, Maestro. Quizás yo ya me había marchado...» dice Jairo.

«Sí, sí, ha venido una mujer que da mucha miel y muchas caricias a los niños. Y, fíjate, hace tortas. Y aquellos niños que iban a donde estabas Tú van siempre donde ella a comer. Y el último día nos mostró un niñito muy pequeño. Ha comprado dos cabras para la leche. Y nos ha dicho que es el hijo del Cielo y del Señor. No vino a la fiesta, como quería, porque no podía llevar consigo a un niño tan pequeno. Y nos dijo, *a nosotros*, que te dijéramos que le querrá con justicia y que te bendice».

Los niños de Cafarnaúm gorjean como gorrioncillos alrededor de Jesús, orgullosos de saber, *ellos*, lo que ni siquiera el arquisinagogo

sabe, y de verse, *ellos*, haciendo de embajadores ante el Maestro bueno, que los escucha con la atención con que escucharía a los adultos, y que responde: «Y vosotros le diréis que Yo también la bendigo y que quiera a los niños por mí. Y vosotros queredla; no os aprovechéis porque sea buena; no la queráis sólo por la miel y las tortas, sino porque es buena. Tan buena, que ha comprendido que quien ama en mi nombre a un niño me hace feliz. E imitadla todos, ya seáis pequeños, ya seáis adultos, pensando siempre que aquel que recibe a un niño en mi nombre tiene su sitio señalado en el Cielo. Porque, si la misericordia siempre recibe premio —aunque fuere un solo vaso de agua dado en mi nombre—, la que se practica con los niños —salvándolos no sólo del hambre, de la sed, del frío, sino también de la corrupción del mundo— es infinitamente premiada... [3]He venido a 490.3
bendeciros antes de que os marchéis. Llevaréis mi bendición a vuestras mujeres, a vuestras casas...».

«Pero, ¿no vas a volver donde nosotros, Maestro?».

«Volveré... Pero no ahora. Después de Pascua...».

«¡Si estás tanto, seguro que te olvidas de la promesa!...».

«No temáis. Antes podrá dejar de resplandecer el Sol que Jesús olvidarse de quien espera en Él».

«¡Será un tiempo largo!...».

«¡Y triste!».

«Si enfermamos...».

«Si desciende la muerte a nuestras casas...».

«¿Quién nos ayudará?» dicen no pocas personas de no pocos lugares.

«Dios. Él está con vosotros, si permanecéis en mí con vuestra voluntad».

«¿Y nosotros? Hace poco que creemos en ti. Lo confesamos. ¿No tendremos ayuda, entonces? Pero ahora que te hemos visto hacer milagros y te hemos oído hablar en el Templo, ¡te creemos...!».

«Esto me es motivo de gran gozo, porque el que mis coterráneos vayan por el camino de la Salud es mi más ardiente deseo».

«¿Nos amas así? ¡Pero nosotros durante mucho tiempo te hemos escarnecido!...».

«Es pasado. Ya no existe. Sed fieles en el futuro, y en verdad os digo que tanto en la Tierra como en el Cielo está borrado vuestro pasado».

«¿Vas a estar con nosotros? Compartiremos el pan como muchas veces en Nazaret, cuando éramos todos iguales y los sábados descansábamos en los olivares, o cuando Tú eras sólo Jesús y venías con nosotros y como nosotros a Jerusalén para las fiestas...». Hay añoran-

za y deseo de los tiempos pasados en la voz de los nazarenos que se han convencido.

«Quería ir donde José y Simón. Pero iré después. Todos sois para mí hermanos en Dios, y para mí tiene más valor el espíritu y la fe que la carne y la sangre, porque estos últimos perecen, mientras que los otros son inmortales».

490.4 [4]Y, mientras algunos se apresuran a preparar los fuegos para asar las carnes y a limpiar algunos lugares del olivar para hacerlos aptos para las mesas, los más ancianos y altos de grado, de todos los lugares de Galilea, se arriman a Jesús en círculo y le preguntan que cómo esa mañana y el día anterior no estaba en el Templo, y que si va a volver al día siguiente, último día de la fiesta.

«Estaba en otro lugar... Mañana seguro que estaré».

«¿Y vas a hablar?».

«Si puedo...».

Alfeo de Sara baja la voz y, mirando a su alrededor, susurra al Maestro: «Tus hermanos han ido a la ciudad para asegurarte ayudas... Ese hombre sabe muchas cosas, porque es pariente de uno del Templo por línea femenina... José se preocupa de ti, ¿eh! En el fondo... es bueno».

«Lo sé. Y será cada vez mejor, cuando sea espiritualmente bueno».

Llegan de la ciudad otros galileos. El número de los que están alrededor de Jesús aumenta, con gran desagrado de los niños, que se ven apartados por los adultos y no logran abrirse paso hasta Jesús; hasta que Él se apercibe del tropel inocente y enfurruñado y, sonriendo, dice: «Dejad venir a mí a mis niños».

¡Ah, entonces, mientras el círculo se rompe, alegres otra vez como una bandada de pájaros, corren hacia Jesús! Y Él los acaricia, mientras sigue hablando con los adultos. Y su mano, larga y todavía morenita por el mucho sol tomado en el verano, pasa una y otra vez sobre las cabecitas negras y castañas, con alguna cabezita de oro diseminada entre las cabezas morenas, que están lo más que pueden pegadas a Él, con la carita escondida entre sus indumentos, bajo el manto, abrazados a las rodillas, a la cadera, ávidos de su caricia, dichosos si la obtienen.

490.5 [5]Comen en círculo —después de bendecir Jesús los alimentos, y repartirlos—, con una serena y amigable unión de corazones. Los otros, los que no son seguidores de Jesús, miran desde lejos, sarcásticos e incrédulos. Pero ninguno les presta atención...

La comida termina. El primero en levantarse es Jesús. Llama a Jairo, a Alfeo, a Daniel de Naím, a Elías de Corazín, a Samuel (el ex tullido de no sé dónde), también a un cierto Urías, a uno de los tan-

tos Juanes, a uno de los tantos Simones, a un Leví, a un Isaac, a Abel de Belén, etc. etc.; en definitiva, a uno por pueblo. Ayudado por sus primos, hace de dos bolsas bien llenas tantas partes iguales cuantos son los llamados, y da una parte a cada uno de ellos, para que la usen para los pobres de cada uno de los pueblos.

Luego, cuando ya no tiene ni una moneda, bendice a todos y se despide de ellos. Y querría despedirse para dirigirse hacia el Getsemaní y así volver a la ciudad por la puerta de las Ovejas. Pero casi todos le siguen, especialmente los niños, que no le sueltan la túnica ni los bordes del manto, y, sin duda, le causan molestia, pero Él no se lo impide...

* [6]Y aquel niño de Magdala, Benjamín, que un día dijo claramente 490.6
su juicio a Judas de Keriot, le tira de la túnica hasta que Jesús se inclina para escucharle particularmente. «¿Sigues teniendo contigo a ese malo?».

«¿Qué malo? Conmigo no hay malos...» dice Jesús sonriéndole.

«¡Sí que los hay! Aquel hombre alto y moreno que se reía... ¿no sabes?, aquel al que le dije que era guapo por fuera y feo por dentro... Ése es malo».

«Habla de Judas» dice Judas Tadeo, que está detrás de Jesús y oye.

«Lo sé» le responde Jesús volviéndose; y luego, al niño: «Sí que está conmigo ese hombre. Es un apóstol mío. Pero ahora es muy bueno... ¿Por qué meneas la cabeza? No se debe pensar mal del prójimo, especialmente de aquel al que no se conoce».

El niño agacha la cabeza y calla.

«¿No me respondes?».

«Tú no quieres que diga mentiras... y te prometí no decirlas y lo he hecho. Pero, si ahora te digo que sí, que creo que es bueno, digo algo no verdadero, porque pienso que es malo. Puedo tener cerrada la boca, por agradarte, pero no puedo tener cerrada la cabeza para no pensar».

La salida es tan espontánea y lógica, dentro de su sencillez aún infantil, que todos los que la oyen se echan a reír. Todos menos Jesús, que suspira y dice: «Bien, pues debes hacer una cosa. Orar para que se haga bueno, si es que realmente te parece malo. Debes ser su ángel. ¿Lo vas a hacer? Si se hace mejor, mayor será mi alegría; así que tú, rezando por esto, rezas porque Yo me sienta feliz».

«Lo haré. Pero si es malo y no se hace bueno contigo, el que yo rece no va a hacer nada».

---

* *un día dijo...*, en 184.7.

Jesús zanja esta confrontación de criterios parándose y agachándose a besar a los niños. Luego ordena a todos que regresen...

490.7 [7]Cuando están solos Jesús y sus dos primos, Judas de Alfeo, pasado un rato de silencio, como si antes hubiera razonado dentro de sí, dice a manera de conclusión: «¡Tiene razón! ¡En todo tiene razón! Yo soy de su misma opinión».

«¿Pero de qué hablas?» le pregunta su hermano Santiago, que caminaba absorto un poco adelantado por el senderillo que permite el paso de uno en uno solamente.

«De Benjamín hablo. Y de lo que ha dicho. Y... bueno, pero Tú no lo quieres oír, y te digo también yo que Judas es... No es un verdadero apóstol... No es sincero, no te quiere, no...».

«¡Judas! ¡Judas! ¿Por qué apenarme?».

«Hermano mío, porque te quiero. Y tengo miedo de Judas Iscariote; más miedo a él que a una serpiente...».

«Eres injusto. Sin él, quizás Yo habría sido ya capturado».

«Jesús tiene razón. Judas ha hecho mucho. Ha atraído hacia sí, sin poner límites, odios y burlas... pero ha trabajado y trabaja para Jesús» dice Santiago.

«No puedo pensar ni que Tú seas necio ni que mientas... Y me pregunto por qué entonces defiendes a Judas. No hablo por celos ni por odio... Hablo porque siento dentro que es malo, que es insincero... Todo lo más que, por tu amor, puedo admitir es que esté loco. Un pobre loco que hoy delira en un sentido y mañana en otro. Pero bueno no, no lo es. ¡Desconfía, Jesús! Desconfía... Ninguno de nosotros es bueno. Pero, míranos bien. Nuestra mirada es transparente. Obsérvanos bien. Nuestra conducta es igual. Pero... ¿no te dice nada el hecho de que los fariseos no le hagan pagar las burlas contra ellos?; ¿nada, el que los del Templo no reaccionen contra sus palabras?; ¿nada, el que tenga siempre amigos precisamente entre aquellos a quienes aparentemente ofende?; ¿nada, el que tenga siempre dinero? No digo nosotros dos, pero incluso Natanael, que es rico, y Tomás, que no tiene escasez de medios, tienen sólo lo necesario. Él... ¡Oh!...».

Jesús calla...

Santiago observa: «En parte mi hermano tiene razón. Cierto es que Judas encuentra siempre la manera de... estar solo, de ir solo... de... Bueno, no quiero ni murmurar ni juzgar. Tú ya sabes...».

«Sí, sé. Y por eso digo que no quiero juicios. Cuando estéis en el mundo substituyéndome, trataréis con criaturas bastante más extrañas que Judas. ¿Qué apóstoles seríais si los eliminarais por ser extraños? Es más, precisamente por serlo, habréis de amarlos con

490.8 paciente amor para transformarlos en corderos del Señor. [8]Ahora va-

mos donde José y Simón. Habéis oído, ¿no? Ellos trabajaban en secreto para beneficiarme a mí. Diréis: amor de familia. Sí. Es verdad. Pero, en todo caso, es amor. Os habéis dejado mal la última vez. Echad los pelillos a la mar, ahora. Ellos y vosotros tenéis, y no tenéis, razón. Que cada uno reconozca *su* error, y no alce la voz en la parte que tiene de razón».

«Él me ha ofendido mucho ofendiéndote muchísimo a ti» dice Santiago.

«Tú te asemejas en mucho a José, mi padre. Y José, tu hermano, se asemeja en mucho a Alfeo, tu padre. Pues bien, José fue a menudo criticado por su hermano mayor, pero José fue siempre indulgente con él y le perdonó siempre. ¡Porque mi padre era un gran justo! Sélo tú igual».

«¿Y si me regaña como si fuera todavía un niño? Ya sabes que cuando está nervioso no atiende a razones...».

«Pues calla. Es la única medicina para calmar las iras. Calla con humildad y paciencia; y, si sientes que no puedes callar sin desaires, te marchas. ¡Saber callar! ¡Saber marcharse! No por vileza, no por falta de palabras, sino por virtud, por prudencia, por caridad, por humildad. ¡Es tan difícil conservar la justicia en las disputas! Y la paz del espíritu. Alguna cosa baja siempre a perturbar en las profundidades, a enturbiar, a hacer bullicio. Y la imagen de Dios que se refleja en todo espíritu bueno queda empañada, desaparece, y ya no se pueden oír las palabras de Dios. ¡Paz! Paz entre hermanos. Paz también con los enemigos. Si son enemigos nuestros, son amigos de Satanás. Pero, ¿querríamos hacernos nosotros también amigos de Satanás, odiando a quien nos odia? ¿Cómo podríamos conducirlos al amor si estuviéramos fuera del amor? Me diréis: "Jesús, lo has dicho ya muchas veces, y lo haces; pero te siguen odiando siempre". Siempre lo diré. Cuando ya no esté entre vosotros, os lo inspiraré desde el Cielo. Y también os digo que no contéis las derrotas, sino las victorias. ¡Alabemos por éstas al Señor! No pasa una luna sin la nota de alguna conquista. Esto debe constatar el obrero de Dios, y por ello exultar en el Señor, sin la rabia que tienen los del mundo cuando pierden una de sus pobres victorias. Si lo hacéis así...».

[9]«La paz a ti, Maestro. ¿No me conoces?» dice un joven que subía 490.9
hacia el Getsemaní de regreso de la ciudad.

* «¿Tú?... Tú eres el levita que el año pasado estuviste con nosotros junto con el sacerdote».

«Soy yo. ¿Cómo me has reconocido, Tú que ves a todo un mundo

---

* *estuviste con nosotros...*, en 281.11 y 281.14/16.

alrededor de ti?».

«No olvido los rostros ni los espíritus en sus características».

«¿Qué característica tiene mi espíritu?».

«Buena. E insatisfecha. Estás cansado de lo que te rodea. Tu espíritu tiende a cosas mejores. Sientes que existen. Sientes que es la hora de decidirte por un Bien eterno. Sientes que tras las brumas hay un Sol, la Luz. Tú quieres la Luz».

El joven se arroja al suelo de rodillas: «¡Maestro, Tú lo has dicho! Es verdad. Tengo estas cosas en el corazón. Y no sabía decidirme. El viejo sacerdote Jonatán ha creído, y después ha muerto. Era viejo. Yo soy joven. Pero te he oído hablar en el Templo... No me rechaces, Señor, porque no todos te odian allí, y yo soy de los que te quieren. Dime qué debo hacer, siendo levita...».

«Tu deber hasta el tiempo nuevo. Reflexionar, porque, viniendo a mí, no vas al encuentro de la gloria terrena, sino del dolor. Si perseveras, tendrás gloria en el Cielo. Instruirte en mi doctrina. Confirmarte en ella...».

«¿Con qué?».

«El Cielo mismo te confirmará con sus signos. Reconfirmarte con la ayuda de mis discípulos y conocer y practicar cada vez más lo que he enseñado. Haz esto y tendrás la vida eterna».

«Lo haré, Señor. Pero... ¿puedo seguir sirviendo en el Templo?».

«Te lo he dicho: hasta el tiempo nuevo».

«Bendíceme, Maestro. Será mi nueva consagración».

Jesús le bendice y le besa. Se separan.

490.10 [10]«¿Veis? Así es la vida de los obreros del Señor. Hace un año, en ese corazón cayó la semilla. Y no pareció una victoria, porque no vino inmediatamente a nosotros. Pasado un año, como confirmación de mis palabras de poco antes, he aquí que viene. Una victoria. ¿Y no hace, éste, hermoso el día para nosotros?».

«Tienes siempre razón, Jesús mío... ¡Pero ten cuidado con Judas! Soy un necio al decírtelo. Lo sé. Tú sabes... Pero en el corazón está este tormento... y no lo manifiesto a los otros, pero está... y estoy seguro de que también los otros lo tienen».

Jesús no rebate. Dice: «Estoy contento de que José y Nicodemo me dieran ese dinero. Así puedo enviar una ayuda a mis pobrecitos de Galilea...».

Han llegado a la puerta. Entran por ella. Se confunden con el gentío.

491. En el Templo el último día de la fiesta de los Tabernáculos. Sermón sobre el Agua viva.

13 de septiembre de 1946.

[1]El Templo rebosa de gente. De todas formas, falta mucho el elemento femenino, y los niños. La persistencia de una temporada ventosa y con precoces chaparrones, breves pero violentos, debe haber persuadido a las mujeres de ponerse en camino junto con los niños. Pero los hombres de todos los lugares de Palestina y los prosélitos de la Diáspora atestan —ésta es la palabra— el Templo para hacer las últimas oraciones, las últimas ofrendas, y escuchar las últimas lecciones de los escribas. 491.1

Los galileos seguidores de Jesús están en su totalidad: los jefes más importantes en primera fila; en el centro, muy identificado con su condición de pariente, está José de Alfeo con su hermano Simón. Otro grupo, apiñado, que espera, es el de los setenta y dos discípulos. Con esta expresión me refiero a los discípulos elegidos por Jesús para evangelizar, y que han cambiado de número y de caras, porque algunos de los antiguos, después de la defección que siguió al discurso del Pan del Cielo, ya no están, y se han agregado otros nuevos, como Nicolái de Antioquía. El tercer grupo, también muy apiñado y numeroso, es el de los judíos; entre ellos, veo a los arquisinagogos de Emaús, de Hebrón, de Keriot; de Yuttá está presente el marido de Sara; de Betsur los parientes de Elisa.

Están junto a la puerta Hermosa, y es clara su intención de circundar al Maestro en cuanto aparezca. Efectivamente, Jesús no puede dar un paso dentro del recinto amurallado sin que estos tres grupos le circunden, casi como aislándole de los malévolos, o también de los que, simplemente, están allí por curiosidad.

Jesús se dirige al atrio de los Israelitas para las oraciones; los otros le siguen, compactos —en la medida en que lo permite la gran densidad de gente—, sordos a las expresiones de desagrado de quienes tienen que apartarse y dejar paso al gran número de personas que va con Jesús. Él va entre sus hermanos. Y no es dulce como la de Jesús la mirada, ni humilde como la de Jesús la actitud de José de Alfeo, que, expresivamente, fija sus ojos en algunos fariseos...

Oran. Luego regresan al patio de los Paganos. Jesús se sienta humildemente en el suelo, apoyando la espalda en la pared del pórtico. Le circunda un semicírculo que cada vez se va haciendo más compacto, debido a la sucesión de filas de personas que se van poniendo a espaldas de las filas más cercanas a Él, sentándose o apoyándose y permaneciendo de pie: rostros y miradas que convergen en el único

Rostro. Los curiosos, los que han venido de lejos y no están al corriente, y los malévolos, están detrás de esta barrera de fieles, esforzándose por ver, alargando los cuellos, levantándose sobre las puntas de los pies.

Jesús, entretanto, está escuchando a éste y a aquél, que piden consejos o refieren noticias. Hablan así los parientes de Elisa, dando noticias de ella y preguntando si puede venir a servir al Maestro. Y Él responde: «No me quedo aquí. Más tarde vendrá». Y habla el pariente de María de Simón, madre de Judas de Keriot, diciendo que se ha quedado, él, custodiando las propiedades, pero que María está casi siempre con la madre de Yoana. A Judas, que está atónito, se le salen los ojos de las órbitas, pero no habla. Y habla el marido de Sara, diciendo que pronto le nacerá a él otro hijo, y pregunta que cómo puede llamarle. Jesús responde: «Si es varón, Juan; si es mujer, Ana». Y el anciano arquisinagogo de Emaús le susurra, bajo, algún caso de conciencia, y Jesús, en voz baja, le responde. Y así sucesivamente.

491.2 [2]Mientras, la gente va aumentando. Jesús alza la cabeza y mira. Estando el pórtico elevado unos cuantos escalones, Él, a pesar de estar sentado en el suelo, domina buena parte del patio, por ese lado, y ve muchas caras.

Se pone en pie y dice con fuerte voz, con *toda* su entonada y fuerte voz: «¡El que tenga sed que venga a mí y beba! Del interior de los que crean en mí brotarán ríos de agua viva».

Su voz llena el vasto patio, los espléndidos pórticos. Ciertamente, atraviesa los de este lado, y se propaga a otros lugares, y sobrepuja todas las demás voces, cual armónico trueno lleno de promesas. Dice esto, y luego calla unos instantes, como habiendo querido enunciar el tema y dar tiempo a quienes no tienen interés en oírle de marcharse sin causar molestias. Los escribas y doctores callan, o sea, bajan sus voces (ahora son un susurro, aunque, ciertamente, malévolo). No veo a Gamaliel.

Jesús camina de frente, entre el semicírculo, que se abre según va llegando y se va cerrando a sus espaldas, transformándose de semicírculo en anillo. Camina despacio, majestuosamente. Parece deslizarse sobre los mármoles policromos del suelo, con el manto un poco suelto, que le forma por detrás una incipiente cola. Va al ángulo del pórtico, al extremo del escalón que penetra hacia el patio; allí se detiene. Domina, así, dos lados de la primera muralla. Alza el brazo derecho, con su gesto habitual de cuando empieza a hablar, mientras con la mano izquierda apretada contra el pecho tiene sujeto el manto.

Repite las palabras iniciales:

«¡El que tenga sed que venga a mí y beba! ¡Del interior de los que crean en mí manarán ríos de agua viva!

* [3]Aquel que vio la teofanía del Señor, el gran Ezequiel, sacerdote y 491.3
profeta, después de ver proféticamente los actos impuros en la profanada casa del Señor, después de ver, también proféticamente, que sólo los signados con el Tau vivirán en la Jerusalén verdadera, mientras que los demás conocerán más de un exterminio, más de una condena, más de un castigo —y el tiempo está cercano, oh vosotros que me escucháis, está cercano, está más cercano de lo que pensáis; por lo cual, os exhorto, como Maestro y Salvador, a no tardar más en signaros con el signo que salva; a no tardar más en poner en vosotros la Luz y la Sabiduría, a no tardar más en arrepentiros y llorar, por vosotros y por los demás, para poderos salvar—, Ezequiel, después de ver todo esto y más, habla de una terrible visión: la de los huesos secos.

Día llegará en que en un mundo muerto, bajo un firmamento apagado, aparecerán al sonido angélico numerosísimos huesos de muertos. Como un vientre que se abre para dar a luz, así la Tierra arrojará de sus entrañas todo hueso de hombre que sobre ella murió y en su fango fue sepultado, desde Adán al último hombre. Y se producirá entonces la resurrección de los muertos para el grande y supremo juicio, después del cual, como un pomo de Sodoma, el mundo se vaciará para transformarse en una nada, y terminará el firmamento con sus astros. Todo tendrá fin, menos dos cosas eternas, lejanas, en los extremos de dos abismos de una profundidad incalculable, totalmente antitéticos en la forma y en el aspecto y en el modo con que en ellos proseguirá eternamente la potencia de Dios: el Paraíso: luz, alegría, paz, amor; el Infierno: tinieblas, dolor, horror, odio.

[4]¿Pero creéis que por el hecho de que el mundo no esté todavía 491.4
muerto y no suenen, convocadoras, las trompetas angélicas, el inmenso campo de la Tierra no está cubierto de huesos sin vida, requetesecos, inertes, separados, muertos, muertos, muertos? En verdad os digo que es así. Entre los que viven, porque respiran todavía, innumerables son los que son como cadáveres, como los huesos secos vistos por Ezequiel. ¿Quiénes son? Aquellos que no tienen en sí la vida del espíritu.

Hay en Israel de éstos, como en todo el mundo. Y el que entre los gentiles y los idólatras no haya sino muertos que esperan ser vitalizados por la Vida es una cosa natural, y causa dolor sólo a aquellos que poseen la verdadera Sabiduría, porque Ella les hace comprender

* *el gran Ezequiel*, a cuyo libro MV remite en el texto del discurso de Jesús con las siguientes citas reseñadas en una copia mecanografiada: *Ezequiel 1; 8-10; 37, 1-14; 47, 1-19.*

que el Eterno ha creado a las criaturas para Él y no para la idolatría, y se aflige viendo a tantas criaturas en la muerte. Pero, si el Altísimo tiene este dolor, y es ya grande, ¿cuál será su dolor por aquellos que, de su Pueblo, son huesos que albean, sin vida, sin espíritu?

Los elegidos, los predilectos, los protegidos, los nutridos, los instruidos por Él directamente o por sus siervos y profetas, ¿por qué tienen que ser, culpablemente, huesos secos, siendo así que para ellos siempre ha descendido un hilo de agua vital del Cielo y les ha dado a beber Vida y Verdad? ¿Por qué, plantados en la tierra del Señor, se han secado? ¿Por qué su espíritu ha muerto, si el Espíritu Eterno puso a su disposición todo un tesoro sapiencial para que de él bebieran y *vivieran*? ¿Quién?, ¿con qué prodigio podrán volver a la Vida, si han dejado las fuentes, los pastos, las luces que Dios les ha dado, y caminan a tientas entre las calígines, y beben fuentes no puras, y se nutren de alimentos no santos?

¿No volverán, pues, a vivir? Sí. En nombre del Altísimo Yo lo juro. Muchos resucitarán. Dios tiene ya preparado el milagro; es más, el milagro ya está activo, ya ha actuado en algunos, y algunos huesos secos se han revestido de vida, porque el Altísimo —al cual nada le está prohibido— ha mantenido la promesa y la mantiene, y cada vez la completa más. Él, desde lo alto de los Cielos, grita a estos huesos que están esperando la Vida: "Ved que Yo infundiré en vosotros el espíritu y viviréis". Y ha tomado su Espíritu, a sí mismo se ha tomado, y ha formado una Carne para revestir su Palabra, y la ha enviado a estos muertos para que, hablándoles, se infundiera de nuevo en ellos la Vida.

¡Cuántas veces, en el transcurso de los siglos, Israel ha gritado: "Están secos nuestros huesos, nuestra esperanza ha muerto, estamos separados"! Pero, toda promesa es sagrada, toda profecía es verdadera. Y ha llegado el tiempo en que el Enviado de Dios abre las tumbas para sacar de ellas a los muertos y vivificarlos para conducirlos consigo a la verdadera Israel, al Reino del Señor, al Reino del Padre mío y vuestro.

491.5 [5]¡Yo soy la Resurrección y la Vida! ¡Yo soy la Luz que ha venido a iluminar a quien yacía en las tinieblas! ¡Soy la Fuente de la que, impetuosa, brota Vida eterna! El que venga a mí no conocerá la Muerte. El que tenga sed de Vida venga y beba. Quien quiera poseer la Vida, o sea, a Dios, crea en mí, y de su interior brotarán no gotas, sino ríos de agua viva. Porque el que crea en mí formará conmigo el nuevo Templo del que manan las aguas saludables de que habla Ezequiel.

¡Venid a mí, pueblos! ¡Venid a mí, criaturas! Venid a formar un

único Templo; pues que no rechazo a ninguno, sino que, por amor, os quiero conmigo, en mi trabajo, en mis méritos, en mi gloria.

"Y vi aguas que brotaban de debajo de la puerta de la casa, a * oriente... y las aguas bajaban al lado derecho, al sur del altar".

Aquel Templo son los que creen en el Mesías del Señor, en el Cristo, en la Nueva Ley, en la Doctrina del tiempo de Salud y de Paz. Así como de piedras están formados los muros de este templo, de espíritus vivos estarán formados los místicos muros del Templo, que no morirá por los siglos de los siglos y que desde la Tierra ascenderá hasta el Cielo, como su Fundador, después de la lucha y la prueba.

Aquel altar del que brotan las aguas, aquel altar situado a levante soy Yo. Y mis aguas brotan de la derecha porque la derecha es el lugar de los elegidos para el Reino de Dios. Brotan de mí para verterse sobre mis elegidos y hacerlos ricos en aguas vitales, portadores de ellas, distribuidores de ellas hacia el Septentrión, hacia el Mediodía, hacia Oriente, hacia Occidente, para dar Vida a los pueblos de la Tierra que esperan la hora de la Luz, la hora que llegará, que sin falta llegará a todos los lugares antes de que la Tierra deje de existir.

Brotan y se esparcen mis aguas, mezcladas con las que Yo mismo he dado y daré a mis seguidores; y, a pesar de estar esparcidas para hacer apta la Tierra, formarán un único río de Gracia, cada vez más profundo, cada vez más grande, que irá creciendo día tras día, paso a paso, con las aguas de los nuevos seguidores, hasta que forme como un mar; un mar que, con sus aguas, tocará todos los lugares para santificar toda la Tierra.

[6]Dios quiere esto. Dios hace esto. Un diluvio lavó el mundo dando 491.6
muerte a los pecadores. Un nuevo diluvio, de otro líquido, que no será lluvia, lavará el mundo y dará Vida. Y, por un misterioso acto de gracia, los hombres podrán formar parte de ese diluvio santificador, uniendo sus voluntades a la mía, sus fatigas a la mía, sus sufrimientos al mío. Y el mundo conocerá la Verdad y la Vida. Y el que quiera participar podrá hacerlo. Sólo el que no quiera ser nutrido por las aguas de Vida se transformará en lugar palúdico y pestífero, o seguirá siéndolo, y no conocerá las pingües cosechas de los frutos de gracia, sabiduría, salvación, que conocerán los que vivan en mí.

En verdad os digo, otra vez, que el que tenga sed y venga a mí beberá y no volverá a tener sed, porque mi Gracia abrirá en él fuentes y ríos de agua viva. Y quien no crea en mí perecerá, como salina donde la vida no puede subsistir.

En verdad os digo que después de mí no se interrumpirá la Fuen-

---

* *del altar.* En el manuscrito original, MV añade: *(Ezequiel cap. 47).*

te, porque Yo no moriré, sino viviré, y, cuando me haya ido, *ido y no muerto*, para abrir las puertas de los Cielos, Otro, que es igual que Yo, vendrá y completará mi obra haciéndoos comprender las cosas que Yo os he dicho, y encendiéndoos para haceros "luces", ya que habéis acogido la Luz».

Jesús calla.

491.7 [7]La muchedumbre, que ha estado en silencio bajo el imperio del discurso, ahora musita y hace distintos comentarios:

Quién dice: «¡Qué palabras! ¡Es un verdadero profeta!».

Quién: «Es el Cristo. Os lo digo. Ni siquiera Juan hablaba así. Y ningún profeta tiene su fuerza».

«Y además nos hace comprender a los profetas; incluso a Ezequiel, que es tan obscuro en sus símbolos».

«¡¿Habéis oído, no?! ¡Las aguas! ¡El altar! ¡Está claro!».

«¡¿Y los huesos secos?! ¿Has visto cómo se han turbado escribas, fariseos y sacerdotes? ¡Han comprendido la alusión!».

«Sí. Y han mandado a la guardia. Pero ellos... se han olvidado de prenderle y se han quedado como niños que ven a los ángeles. ¡Miradlos allí! Están como apapanatados».

«¡Mira! ¡Mira! Un magistrado los llama y los reprende. ¡Vamos a oír!».

Mientras tanto, Jesús está curando a unos enfermos que le están siendo acercados y no se ocupa de nada más, hasta que, abriéndose paso entre la gente, un grupo de sacerdotes y fariseos, capitaneados por un hombre de unos treinta o treinta y cinco años —veo que todos le evitan, con un temor que es casi terror— llega hasta Él.

«¿Todavía estás aquí? ¡Vete! ¡En nombre del Sumo Sacerdote!».

Jesús se alza —estaba agachado hacia un paralítico— y le mira con calma y mansedumbre. Luego vuelve a agacharse para imponer las manos al enfermo.

«¡Vete! ¿Has entendido? Seductor de muchedumbres. O haremos que te prendan».

«Ve y alaba al Señor con una vida santa» dice Jesús al enfermo, que se alza curado; y ésta es su única respuesta. Los que amenazan, por su parte, echan espuma venenosa, y la muchedumbre les intima, con sus voces de hosanna, que no causen daño a Jesús.

Pero, si Jesús se muestra manso, no así se muestra José de Alfeo, el cual, irguiéndose engallado, echando hacia atrás la cabeza para parecer más alto, grita: «¡Eleazar, tú que con los que te asemejan querrías abatir el cetro del Hijo escogido de Dios y de David, has de saber que estás cortando todas las plantas, la tuya la primera, esa de que tanto te jactas. Porque tu maldad hace pender sobre tu cabe-

za la espada del Señor!» y diría más cosas; pero Jesús le pone la mano en el hombro y dice: «¡Paz, paz, hermano mío!» y José, lívido de indignación, calla.

[8]Se encaminan hacia la salida. Ya fuera de la muralla, refieren a 491.8
Jesús que los jefes de los sacerdotes y los fariseos han reprendido a la guardia por no haberle arrestado, y que ellos se habían justificado diciendo que nunca nadie había hablado como Él. Respuesta que había enfurecido a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos, entre los cuales había muchos del Sanedrín. Tanto que, para probar a los soldados que sólo los necios podían ser seducidos por un loco, querían ir a arrestarle, como blasfemo. Y también para enseñar a la gente a comprender la verdad. Pero Nicodemo, que estaba presente, se había opuesto diciendo: «No podéis actuar contra Él. Nuestra Ley prohíbe condenar a un hombre antes de haberle escuchado y haber visto lo que hace. Y nosotros de su boca hemos oído, y de Él hemos visto, cosas no condenables». Y ante estas palabras la ira de los enemigos de Jesús se había volcado contra Nicodemo, con amenazas e insultos y burlas, como contra un necio y un pecador. Y Eleazar ben Anás se había puesto en movimiento, personalmente, con los más enfurecidos, para ir a echar a Jesús, pues a más no se atrevía por la muchedumbre.

José de Alfeo está furioso. Jesús le mira y dice: «¿Lo ves, hermano?». No dice nada más... ¡pero hay mucho en esas palabras! Contienen la advertencia de que Él, ya hable, ya calle, tiene razón, contienen el recuerdo de sus palabras, contienen el índice de lo que son las castas más importantes de Judea, de lo que es el Templo, etc.

José agacha la cabeza y dice: «Tienes razón...». Guarda silencio, pensativo. Luego, al improviso, echa sus brazos en torno a la espalda de Jesús y llora sobre el pecho de Él, mientras dice: «¡Pobre hermano mío! ¡Pobre María! ¡Pobre Madre!». Creo que José intuye claramente, en este momento, la suerte de Jesús...

«¡No llores! Haz tú también, como Yo hago, la voluntad de nuestro Padre» le conforta Jesús, y le besa para consolarle.

[9]Cuando José está un poco calmado, se ponen en marcha en direc- 491.9
ción a la casa en que se hospeda, y allí se saludan besándose. Y José, muy emocionado, mucho, dice como últimas palabras: «¡Ve en paz, Jesús! Respecto a todo. Lo que te dije cerca de Nazaret te lo repito, y con más fuerza todavía. Ve en paz. Ten sólo las preocupaciones de tu trabajo. De lo demás me ocuparé yo. Ve y que Dios te conforte». Y le besa una vez más, paternal en el rostro, y en la caricia que, como bendición de jefe de familia, le deposita en la cabeza.

Luego José saluda a sus hermanos. Se saludan también éstos y

Simón. Pero noto que Santiago, no sé por qué motivo, se muestra más bien distante con José, y viceversa. Sin embargo, con Simón, hay más afectuosidad. Lo último que José dice a Santiago es: «¿Entonces tengo que pensar que te he perdido?».

«No, hermano. Debes pensar que *tú* sabes dónde estoy y que, por tanto, de ti depende el encontrarme. Sin rencor. Es más, con muchas oraciones por ti. Pero en las cosas del espíritu no hay que tomar dos senderos juntos. Tú sabes lo que quiero decir...».

«Ya ves que le defiendo...».

«Defiendes al hombre y al pariente. No es suficiente para darte esos ríos de Gracia de que Él hablaba. Defiende al Hijo de Dios, sin miedo al mundo, sin cálculo de intereses, y serás perfecto. Adiós. Cuida de nuestra madre, cuida a María de José...».

Jesús —no sé si ha oído, porque está centrado en saludar a los otros nazarenos y galileos—, terminados los saludos, ordena: «Subamos al Monte de los Olivos. Desde allí nos dirigiremos a algún lugar...».

492. En Betania se evoca la memoria de Juan de Endor.

14 de septiembre de 1946.

492.1 [1]Una casa de Betania cada vez más triste, pero siempre acogedora... La presencia de amigos y discípulos no le quita a la casa la tristeza. Están José, Nicodemo, Manahén, Elisa y Anastática. Éstas, por lo que entiendo, no han sabido resistir estar lejos de Jesús, y se disculpan de ello como de una desobediencia, aunque estando bien decididas a no marcharse. Y Elisa explica las válidas razones que existen: la imposibilidad para las hermanas de Lázaro de seguir al Maestro, para darles a Él y a los apóstoles aquellos cuidados femeninos que son necesarios para un grupo de hombres solos y, además, perseguidos.

«Sólo nosotras podemos. Porque Marta y María no pueden dejar a su hermano. Juana no está. Analía es demasiado joven para ir con vosotros. Nique conviene que esté donde está, para recibiros allí. Mis canas evitan las murmuraciones. Yo te precederé a donde vayas, o estaré donde me digas, y tendrás siempre a tu lado a una madre, y yo creeré que tengo todavía un hijo. Haré lo que Tú quieras, pero déjame servirte».

Jesús, sintiendo que todos consideran justa la cosa, accede. Quizás también, en medio de las grandes amarguras que ciertamente tiene en su corazón, desea tener cerca un corazón en que hallar un reflejo de la dulzura materna... Elisa exulta en su triunfo.

Jesús dice: «Estaré frecuentemente en Nob. Irás a la casa del anciano Juan. Me la ha ofrecido para mis estadías. Te encontraré cada vez que regresemos...».

[2]«¿Tienes pensado irte, a pesar de las lluvias?» pregunta José de 492.2
Arimatea.

«Sí. Quiero ir todavía hacia la Perea y detenerme en la casa de Salomón. Luego hacia Jericó y Samaria. «¡Oh, quisiera ir todavía a muchos lugares!...».

«No te alejes demasiado, Maestro, de los caminos presidiados y de las ciudades presidiadas por un centurión. *Ellos* están vacilantes. Y también lo están los otros. Dos miedos. Dos vigilancias. A ti y recíprocamente. Pero, créelo, para ti son menos peligrosos los romanos...».

«¡Nos han abandonado!...» prorrumpe Judas de Keriot.

«¿Lo crees? No. ¿Entre los gentiles que escuchan al Maestro, puedes distinguir, acaso, los enviados por Claudia o por Poncio? Entre los libertos de la primera y de sus amigas, no son pocos los que po-
* drían hablar en el Bel Nidrás, si fueran israelitas. No olvides nunca que en todas partes hay doctos; que Roma somete al mundo, que a sus patricios les gusta tomar el mejor botín para ornato de sus casas. Si cada uno de los gimnasiarcas y de los que presiden los Circos eligen lo que puede proporcionarles ganancia y gloria, los patricios eligen a aquellos que por cultura o belleza son decoro y satisfacción de las casas y de sí mismos... [3]Maestro, este tema me suscita un recuer- 492.3
do... ¿Se me concede una pregunta?».

«Habla».

«Aquella mujer, aquella griega que estaba aquí el año pasado... y que era un elemento de acusación contra ti, ¿dónde está? Muchos han tratado de saberlo... no con buena finalidad. Pero yo no tengo en mí un deseo malo... Sólo... El que haya vuelto al error no me parece posible. Había en ella una gran inteligencia y una justicia sincera. Pero, el no verla ya...».

«En un lugar de la Tierra, ella, la pagana, ha sabido ejercitar, para un israelita perseguido, la caridad que los israelitas no tenían».

«¿Te refieres a Juan de Endor? ¿Está con ella?».

«Ha muerto».

«¿Muerto?».

«Sí. Y se le podía haber dejado morir cerca de mí... No había que esperar mucho... Aquellos que trabajaron para provocar su separación, y son muchos, cometieron un homicidio como si hubieran alza-

---

* *Bel Nidrás*, aquí y en otros lugares (como, por ejemplo, en 67.6 y en 111.3), podría ser el sitio del Templo en que los doctores enseñaban, porque ciertos escritos rabínicos que comentan las sagradas Escrituras reciben el nombre de *Midrash*.

do la mano, armada de cuchillo, contra él. Le quebrantaron el corazón. Y, aun sabiendo que ha muerto de esto, no piensan que son unos homicidas. No sienten remordimiento de haberlo sido. *Se puede matar de muchas maneras a los hermanos. Con un arma y con la palabra, o con una acción malvada.* Como el hecho de referir, a quien persigue, los lugares del perseguido; el hecho de quitar a un desdichado un cobijo que le sirva de conforto... ¡Oh, de cuántas formas se mata!... Pero el hombre no siente remordimiento. *El hombre, y éste es el signo de su decadencia espiritual, ha matado el remordimiento*».

Se muestra tan severo Jesús al decir estas palabras, que ninguno encuentra la fuerza para hablar. Se miran de reojo, cabizbajos, confundidos, incluso los más inocentes y buenos.

Jesús, después de un momento de silencio, dice: «No hace falta que ninguno lleve a los enemigos del muerto y a los míos las palabras que he dicho, para que exulten satánicamente. Pero, si os preguntan, podéeis responder que Juan está en paz, con el cuerpo en un sepulcro lejano y el espíritu en espera de mí».

«Señor, ¿esto te ha producido mucho dolor?» pregunta Nicodemo.

«¿El qué? ¿Su muerte?».

«Sí».

«No. Su muerte me ha producido paz, porque ha significado su paz. Dolor, un gran dolor me han producido aquellos que, por un bajo sentimiento humano, han denunciado al Sanedrín su presencia entre los discípulos y han provocado su partida. Mas, cada uno tiene su sistema, y sólo una gran voluntad buena puede cambiar los instintos y los sistemas. Y os digo: "Quien denunció denunciará. Quien hizo morir hará morir". Pero, ¡ay de él! Cree vencer y pierde. Y le espera el juicio de Dios».

«¿Por qué me miras así, Maestro?» pregunta Juan de Zebedeo, turbándose y ruborizándose como si fuera culpable.

«Porque, si te miro a ti, ninguno pensará, ni siquiera el más malvado, que hayas podido odiar a un hermano tuyo».

«Habrá sido algún fariseo o algún romano... Él los proveía de huevos...» dice Judas de Keriot.

«Un demonio ha sido. Pero le ha hecho un bien queriéndole perjudicar. Ha acelerado su completa purificación y su paz».

492.4 [4]«¿Cómo lo supiste? ¿Quién te trajo la noticia?» pregunta José.

«¿Acaso el Maestro necesita tener a alguien que le traiga las noticias? ¿No ve, acaso, las acciones de los hombres? ¿No fue a llamar a * Juana para que viniera donde Él y se curase? ¿Qué es imposible pa-

---

* *fue a llamar a Juana*, como se narra en 102.4.

ra Dios?» dice, vehemente, María de Magdala.

«Es verdad, mujer. Pero pocos poseen tu fe... Y por este motivo he hecho una pregunta necia».

«Bien. Pero, ahora, Maestro, ven. Lázaro se ha despertado y te espera...».

Y se le lleva, cortante y decidida, atajando cualquier otro posible tema de conversación y cualquier otra posible pregunta.

493. Jesús habla cabe la fuente de En Royel, lugar en que hicieron un alto los tres Sabios.

16 de septiembre de 1946.

[1]Jesús regresa de Betania por el camino bajo (empleo esta palabra para referirme al más largo, que no pasa por el Monte de los Olivos y que entra en la ciudad pasando por el barrio de Tofet). 493.1

Primero se detiene para ofrecer unas ayudas a los leprosos que no han sabido pedirle más que pan. Luego va derecho a un amplio receptáculo cuadrangular, cubierto, cerrado por todos los lados menos por uno. Un pozo, un pozo grande cubierto, el más grande que he visto. Es más grande que el de la Samaritana, y debe ser también más rico en aguas, porque el suelo de alrededor acusa su nutrición y muestra mucha fertilidad, en contraste con el árido y sepulcral valle de Hinnón, que se vislumbra de refilón al noroeste. Sólo una construcción de sólida piedra, como es la del pozo y su cubierta, habría podido resistir a la humedad del suelo. Y las piedras —no hace falta ser expertos para considerarlas antiguas— resisten, obscuras y robustas, como protección del agua preciosa.

A pesar del aspecto tétrico del día, y a pesar de la proximidad de los sepulcros de los leprosos, que infunden siempre en las cercanías una gran tristeza, el lugar es sereno, sea por su gran fertilidad, sea porque tiene detrás, al Norte, vastos jardines, ricos en árboles de todo tipo, que alzan sus tupidas copas contra el fondo del cielo pardo que se abate sobre la ciudad; y, delante, al Sur, el valle del Cedrón, que ensancha su lecho y se hace más nutrido de aguas, de la misma forma que el valle se hace más alegre y rico en luz, siguiendo el camino que va a Betania y a Jericó por un buen trecho.

Mucha gente (mujeres con ánforas, asnerizos con cubos, caravanas que van a salir o que están llegando) se paran junto al pozo y sacan agua. Un largo trecho de suelo está húmedo por los cubos que gotean cuando se vierte su contenido en los recipientes. Tranquilidad y dulces voces de mujeres, gorjeantes vocecitas de niños, voces

graves, roncas, fuertes de hombres, rebuznos de burros y estridentes gritos de camellos que, acoclados bajo su carga, esperan a que el camellero vuelva con el agua.

Una escena muy típica, en un ocaso fosco, en que el cielo tiene extrañas pinceladas de un amarillo innatural, improviso, que esparce una luz extraña sobre todas las cosas; mientras, más arriba, nubes densas y plúmbeas se encabalgan corriendo hacia Occidente. Las partes más altas de la ciudad, con esa luz extraña contra el fondo del horizonte plúmbeo estriado con pinceladas sulfúreas, son espectrales.

493.2 [2]«Esto es todo agua, y viento...» sentencia Pedro, y pregunta: «A dónde vamos esta noche?».

«A casa del hombre de los jardines. Mañana subo al Templo y...».

«¿Todavía? ¡Mira bien lo que haces! Sería mejor que aceptaras la invitación de los libertos a su sinagoga» aconseja Simón Zelote.

«Entonces, sinagoga por sinagoga; hay otras, ¡y que han dado muestras de desear su presencia! ¿Por qué tienen que ser ellos?» dice Judas de Keriot.

«Porque son los más seguros. Y la razón se comprende sin que yo la diga» rebate el Zelote.

«¡¡Seguros!! ¿Qué es lo que te da esa certeza?».

«El hecho de que han sabido permanecer fieles, a pesar de lo que han pasado».

«No discutáis entre vosotros. Mañana voy a subir al Templo. Ya
493.3 lo he dicho. [3]Ahora, quedémonos aquí un poco. Siempre es un lugar de buena evangelización».

«No más que otro. No sé por qué le prefieres».

«¿Que por qué, Judas? Por muchas razones que diré a los que se están congregando, y por una que os digo a vosotros en particular. En este pozo de la fuente de Royel se detuvieron, inseguros y contrariados los tres Sabios de Oriente, pues que había desaparecido la estrella que los había guiado desde tan lejos. Cualquier otro hombre habría dudado de Dios y de sí mismo. Ellos estuvieron en oración hasta el alba, junto a sus cansados camellos (los únicos que estaban despiertos, entre los servidores que dormían). Y luego, al alba, se alzaron y se dirigieron a las puertas, desafiando el peligro de ser tomados por locos y agitadores, desafiando también el peligro de morir. Recordad que reinaba Herodes, el sanguinario. Y bastaba mucho menos de la frase que los Sabios querían decirle para que les decretara su muerte. Pero ellos me buscaban a mí. No buscaban gloria, riquezas, honores. Me buscaban a mí, sólo a mí. A un niño: a su Mesías, a su Dios. La búsqueda de Dios, siendo buena, proporciona siempre todas las ayudas y todo el coraje. Los miedos, las cosas bajas, son

la herencia de los que sueñan cosas bajas. Ellos aspiraban a adorar a Dios. Este amor suyo los hacía fuertes. Y, pocas horas después, el amor tuvo un premio, porque aquí, en la noche lunar, reapareció la estrella ante sus ojos. Nunca le falta la estrella de Dios a quien con justicia y amor le busca. ¡Los tres Sabios! Hubieran podido quedarse entre los falsos honores que Herodes les daba, después de la respuesta de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas y doctores. Y estaban muy cansados... Pero no se quedaron ni siquiera una noche, y, antes de que se cerraran las puertas, salieron para esperar aquí al alba. Luego... no el alba solar, sino el alba de Dios apareció de nuevo para hacer de plata el camino. La estrella los llamó con sus luces y ellos fueron a la Luz. ¡Bienaventurados! ¡Bienaventurados ellos y quien sabe imitarlos!».

Los apóstoles y Margziam con Isaac están centrados en escuchar, con ese rostro feliz que tienen siempre que Jesús evoca su nacimiento; e Isaac, absorto, suspira, sonríe ante este recuerdo... con un rostro extático, lejano del lugar y del tiempo, regresando a más de treinta años antes, a aquella noche, a aquella estrella que ciertamente vio entre su rebaño...

[4]Más gente se ha acercado, porque el camino es de mucho tránsito, y está escuchando; y alguno recuerda la fantástica caravana, y la noticia que trajo... y las consecuencias de ella. 493.4

«Éste siempre es lugar de consejo. La historia siempre se repite. Éste siempre es lugar de prueba. Para los buenos, para los malos. Pero *toda la vida es una prueba de la fe y justicia del hombre.*

* Os recuerdo la fidelidad de Jusay, de Sadoq y Abiatar, de Jonatán y Ajimaas, que de este lugar partieron para salvar a su rey y fueron protegidos por Dios porque obraban con justicia.

Os recuerdo un hecho relacionado con este mismo lugar y que no tuvo buenas consecuencias por tratarse de un abuso y, por tanto, no estar bendecido por Dios. Junto a la piedra de Zojélet, cerca de la fuente de Royel, Adonías conspiró contra la voluntad de su padre y se hizo proclamar rey por los de su partido. Pero el abuso no le favoreció, porque, antes del final del banquete, los gritos de hosanna que resonaban en Guijón le notificaron —aún antes de que Jonatán de Abiatar hablara—, que Salomón era rey, y él, que había querido usurpar el trono, debía confiar sólo en la misericordia de Salomón.

Demasiados repiten el gesto de Adonías y se oponen al verdadero Rey, o conjuran contra Él siguiendo el partido aparentemente más

---

* *Os recuerdo...* los episodios reseñados en *2 Samuel 17* y en *1 Reyes 1*, como anota MV en una copia mecanografiada.

fuerte. Y demasiado pocos, actuando así, sabrán luego abrazarse al altar pidiendo perdón y confiando en la misericordia de Dios.

¿Podremos, nosotros que hemos considerado tres sucesos de este pozo, decir que el lugar está sujeto a influjos buenos o no buenos? No. No el lugar. No el tiempo. No los sucesos, sino la voluntad del hombre es la que turba las acciones del hombre. En Royel ha visto la fidelidad de los súbditos de David y el pecado de Adonías, de la misma forma que ha visto la fe de los tres Sabios. Es el mismo pozo. En sus piedras se han apoyado y en sus aguas han apagado su sed Jonatán y Ajimaas, como Adonías y los suyos, como los tres Sabios. Pero el agua y las piedras han visto tres cosas distintas: la fidelidad al rey David, la traición al rey David, la fidelidad a Dios y al Rey de los reyes. Es siempre la voluntad del hombre la que hace cumplir el bien o el mal. Y sobre la voluntad del hombre proyecta sus luces la voluntad de Dios, y sus vapores venenosos la voluntad de Satanás. Del hombre depende el acoger la luz o el veneno y venir a ser justo o pecador.

En este pozo está colocado un guardián para que nadie corrompa las aguas. Y, además del guardián, le han sido dados unas paredes y un techo, para que el viento no meta dentro de él hojas y cosas sucias que contaminen las preciosas aguas. También ha puesto Dios un guardián al hombre: la voluntad inteligente y consciente del hombre; y protecciones: los mandamientos y los consejos angélicos, para que el espíritu del hombre no fuera corrompido consciente o inconscientemente. Pero cuando el hombre corrompe su conciencia, su intelecto, no escucha las inspiraciones del Cielo, pisotea la Ley, es como si fuera un guardián que dejara sin custodia el pozo, o como un demente que desmantelara sus defensas. Deja libre el campo a los enemigos satánicos, a las concupiscencias del mundo y de la carne, y a las tentaciones que, aunque no sean secundadas después, siempre es prudente tenerlas vigiladas y rechazarlas.

493.5 [5]Hijos de Jerusalén, hebreos, prosélitos, viandantes que el destino ha reunido aquí a escuchar la voz de Dios, sed sabios, con la verdadera sabiduría, que es saber defender el propio yo de las acciones que deshonran al hombre.

Veo aquí a muchos gentiles. A ellos les digo que no existen sólo las riquezas y las mercancías como únicas cosas que conquistar, sino que hay otra cosa que hay que conquistar: la vida para la propia alma. Porque el hombre tiene un alma dentro de sí, una cosa impalpable, pero que es la que le hace vivir, una cosa que no muere ni siquiera cuando la carne ha muerto, una cosa que tiene derecho a vivir su verdadera, eterna vida, y no la puede vivir si el hombre mata su verdadero yo con sus malas acciones.

La idolatría y el gentilismo no son insuperables. El sabio medita y dice: "¿Por qué tengo que seguir a unos ídolos y vivir sin esperanza de una vida más buena, mientras que, yendo al verdadero Dios, puedo conquistar la alegría para toda la eternidad?". El hombre es avaro de sus días y la muerte le causa horror. Cuanto más envuelto está en las tinieblas de falsas religiones o en la no fe, más teme a la muerte. Pero el que viene a la verdadera Fe pierde el terror a la muerte, porque sabe que más allá de la muerte hay una vida eterna, donde los espíritus se volverán a encontrar y no habrá ya ni dolores ni separaciones. No es difícil seguir el camino de la Vida. Basta creer en el único verdadero Dios, amar al prójimo y amar la honestidad en todas las acciones.

Vosotros, de Israel, sabéis cuáles son las cosas mandadas y cuáles las prohibidas. Pero Yo digo a estos que escuchan y que llevarán lejos, consigo, mis palabras, cuáles son estas cosas... (y dice el Decálogo). La verdadera religión está en esto, no en los sacrificios vanos y pomposos. Obedecer a los preceptos de una moral perfecta, de una virtud sin defecto, usar misericordia, eludir lo que deshonra al hombre, dejar las vanidades, las adivinaciones del error, los augurios fa-
* laces, los sueños de los malvados, como dice el libro sapiencial; usar con justicia los dones de Dios, o sea, la salud, la prosperidad, las riquezas, la inteligencia, el poder; no tener soberbia, que es signo de necedad, porque el hombre vive, está sano, es rico o sabio o poderoso mientras Dios se lo concede; no tener deseos inmoderados que algunas veces llevan incluso al delito; vivir, en una palabra, como hombres y no como los animales, por dignidad incluso hacia uno mismo.

Bajar es fácil; subir de nuevo, difícil. Pero, ¿quién querría vivir en un abismo fétido sólo por el hecho de haber caído en él, y no trataría de dejarlo subiendo hasta su sumidad florida y llena de sol? En verdad os digo que la vida del pecador está situada en un abismo, y también la vida que vive en el error. Pero aquellos que acogen la Palabra de la verdad y van a la Verdad suben a la sumidad, a la Luz.

Id ahora todos a vuestro lugar de destino. Y recordad que, junto a la fuente de Enroyel, la Fuente de la Sabiduría os ha dado de beber sus aguas para que tengáis otra vez sed y a Ella volváis».

Jesús se abre paso y se encamina hacia la ciudad, dejando a la gente comentando, preguntando, respondiendo.

[6]Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión de la adúltera, del 20 de marzo de 1944». 493.6

---

* *como dice el libro sapiencial*, es decir, *Eclesiástico 34, 1-8.*

494. La mujer adúltera y la hipocresía de sus acusadores.

20 de marzo de 1944.

494.1 [1]Veo el interior del recinto del Templo, o sea, uno de los muchos patios rodeados de pórticos. Y veo también a Jesús, el cual, muy arropado en su manto, que le envuelve encima de la túnica —no blanca, sino roja obscura (parece un tejido de lana gruesa)— habla a un grupo de gente que está en torno a Él.

Yo diría que es un día invernal, porque veo que todos están muy arropados en sus mantos; y que hace más bien frío, porque en vez de estar parados, todos caminan deprisa como para entrar en calor. Hace viento, un viento que agita los mantos y levanta el polvo de los patios.

El grupo que se apiña en torno a Jesús —único grupo parado, mientras que todos los otros grupos, en torno a éste o a aquel maestro, van y vienen— se abre para dejar pasar a un pelotón de escribas y fariseos, gesticulantes y más venenosos que nunca. Lanzan veneno a través de la mirada, a través del color de la cara, por la boca. ¡Qué víboras! Más que conducir, arrastran a una mujer de unos treinta años, despeinada, que lleva desordenados sus vestidos como persona maltratada. La mujer llora. La arrojan a los pies de Jesús como si fuera un montón de andrajos o despojos muertos. Y ella se queda ahí, acurrucada, apoyado el rostro en los dos brazos, oculto por éstos, que le hacen de almohada entre la cara y el suelo.

«Maestro, ésta ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Su marido la amaba y no permitía que nada le faltara. Ella era reina en su casa. Y ha traicionado a su marido porque es una pecadora, una viciosa, una ingrata, una profanadora. Adúltera es, y como tal debe ser lapidada. Moisés lo dijo. En su ley manda que las que son como ésta sean lapidadas como animales inmundos. Y son inmundas. Porque traicionan la fidelidad y al hombre que las ama y las cuida, porque como tierra nunca saciada siempre están hambrientas de lujuria. Son peores que las meretrices, porque sin el aguijón de la necesidad se dan para dar alimento a su impudicia. Están corrompidas. Son contaminadoras. Deben ser condenadas a muerte. Moisés lo dijo. Y Tú, Maestro, ¿qué dices?».

494.2 [2]Jesús —que había dejado de hablar al llegar tumultuosos los fariseos, y que había mirado a la jauría aviesa con mirada penetrante y luego había bajado su mirada hacia la mujer humillada, arrojada a sus pies— calla. Se ha agachado, quedando en posición de sentado, y escribe con un dedo en las piedras del pórtico, que el polvo levantado

por el viento cubre de tierrilla. Ellos hablan y Él escribe.

«¿Maestro! Hablamos contigo. Escúchanos. Respóndenos. ¿No has comprendido? Esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. En su casa. En el lecho de su marido. Ella lo ha manchado con su libídine».

Jesús escribe.

«¡Pero este hombre es un deficiente! ¿No veis que no entiende nada y que está trazando signos en la tierra como un pobre demente?».

«Maestro, por tu buena reputación, habla. Que tu sabiduría responda a nuestra pregunta. Te repetimos: a esta mujer no le faltaba nada; tenía vestidos, comida, amor; y ha traicionado».

Jesús escribe.

«Ha mentido al hombre que confiaba en ella. Con boca mendaz lo ha saludado y con la sonrisa lo ha acompañado a la puerta, y luego ha abierto la puerta secreta y ha admitido a su amante. Y, mientras su marido estaba ausente para trabajar para ella, ella, como un animal inmundo, se ha revolcado en su lujuria».

«Maestro, es una profanadora, no sólo del tálamo sino también de la Ley; una rebelde, una sacrílega, una blasfema».

Jesús escribe. Escribe, y borra, con el pie calzado con sandalia, lo escrito; y escribe más allá, volviéndose despacio en torno a sí buscando espacio nuevo. Parece un niño jugando. Pero lo que escribe no son palabras de juego; ha ido escribiendo: «Usurero», «Falso», «Hijo irreverente», «Fornicador», «Asesino», «Profanador de la Ley», «Ladrón», «Lujurioso», «Usurpador», «Marido y padre indigno», «Blasfemo», «Rebelde contra Dios», «Adúltero». Escrito una y otra vez, mientras nuevos acusadores siguen hablando.

«¡Pero, en fin, Maestro! Tu juicio. Esta mujer debe ser juzgada. No puede con su peso contaminar la Tierra. Su aliento es veneno que turba los corazones».

[3]Jesús se alza. ¡Misericordia! ¡Qué rostro! Es todo un fulgir de 494.3
lampos lanzados contra los acusadores. Tiene tan erguida la cabeza, que parece aún más alto. Tan severo y solemne se manifiesta, que parece un rey en su trono. El manto se le ha descolgado de un hombro y forma una ligera cola tras Él; pero Él no se preocupa de ello. Serio[8]el rostro, sin la más lejana huella de sonrisa en la boca y en los ojos, planta éstos en la cara de la gente, que retrocede como frente a dos puñales puntiagudos. Mira fijamente a cada uno. Con una intensidad de escudriñamiento que produce miedo. Los mirados tratan de retroceder entre la gente y de esconderse entre ella. El círculo, así, se ensancha y se disgrega como minado por una fuerza oculta.

Hasta que habla: «Quien de vosotros esté sin pecado que tire con-

tra la mujer la primera piedra». Y la voz es un trueno, acompañado de un aún más vivo centelleo de la mirada. Jesús ha recogido los brazos sobre el pecho, y está así, erguido como un juez, esperando. Su mirada no da paz; hurga, penetra, acusa.

Primero uno, luego dos, luego cinco, luego en grupos, los presentes se alejan cabizcaídos. No sólo los escribas y los fariseos, sino también los que estaban antes en torno a Jesús y otros que se habían acercado para oír el juicio y la condena y que, tanto aquéllos como éstos, se habían unido para injuriar a la culpable y pedir la lapidación.

Se queda sólo con Pedro y Juan. No veo a los otros apóstoles.

Jesús se ha vuelto a poner a escribir, mientras se produce la fuga de los acusadores; ahora escribe: «Fariseos», «Víboras», «Sepulcros de podredumbre», «Embusteros», «Traidores», «Enemigos de Dios», «Insultadores de su Verbo»...

494.4 [4]Una vez que todo el patio se ha vaciado y se ha hecho un gran silencio —no quedando sino el frufrú del viento y el susurro de una pequeña fuente en un ángulo—, Jesús alza la cabeza y mira. Ahora su rostro se ha calmado. Es un rostro triste, pero ya no está airado. Mira un momento a Pedro, que se ha alejado ligeramente y se ha apoyado en una columna; y también a Juan, que, casi detrás de Jesús, le mira con su mirada enamorada. Hay en Jesús un asomo de sonrisa al mirar a Pedro, y una sonrisa más marcada al mirar a Juan. Dos sonrisas distintas.

Luego mira a la mujer, todavía postrada y llorosa, a sus pies. La observa. Se alza, se coloca el manto, como si fuera a ponerse en camino. Hace una señal a los dos apóstoles para que se encaminen hacia la salida.

Cuando está solo, llama a la mujer. «Mujer, escúchame. Mírame». Repite la orden, porque ella no se atreve a alzar la cara. «Mujer, estamos solos; mírame».

La desdichada alza la cara, en que el llanto y la tierra han creado una máscara de abatimiento.

«¿Dónde están, mujer, los que te acusaban?». Jesús habla en tono bajo, con seriedad compasiva; tiene el rostro y el cuerpo levemente inclinados hacia el suelo, hacia esa miseria. Una expresión indulgente y sanadora llena su mirada. «¿Ninguno te ha condenado?».

La mujer, entre un sollozo y otro, responde: «Ninguno, Maestro».

«Y tampoco Yo te condenaré. Ve. Y no peques más. Ve a tu casa. Y gánate el perdón. El de Dios y el del ofendido. No abuses de la benignidad del Señor. Ve».

Y la ayuda a levantarse tomándola de una mano. Pero no la bendice ni le da la paz. La mira mientras se pone en camino, cabizbaja,

levemente tambaleante bajo el peso de su vergüenza; y luego, cuando ya no se la ve, se pone a su vez en camino con sus discípulos.

[5]Dice Jesús: 494.5

«Lo que me hería era la falta de caridad y de sinceridad en los acusadores. No que acusaran con falsedad. La mujer era realmente culpable. Pero eran insinceros al escandalizarse de algo que ellos habían cometido mil veces y que sólo una mayor astucia y una mayor suerte habían permitido que quedase oculto. La mujer, en su primer pecado, había sido menos astuta y había tenido menos suerte. Pero ninguno de sus acusadores y acusadoras —porque también las mujeres la acusaban en el fondo del corazón, aunque no alzaran su palabra— estaba libre de culpa.

Adúltero es el que pasa al acto y el que a él se inclina y lo desea con todas sus fuerzas. La lujuria está tanto en quien peca como en * quien desea pecar. Recuerda, María, la primera palabra de tu Maestro, cuando te llamé desde el borde del precipicio en que estabas: "No basta no hacer el mal, también hay que no desear hacerlo". El que acaricia pensamientos de sensualidad y suscita con lecturas y espectáculos buscados de propósito y con hábitos malsanos sensaciones de la carne es tan impuro como el que comete materialmente la culpa. Digo incluso: es mayormente culpable. Porque va con el pensamiento contra la naturaleza, además de contra la moral. Y no hablo siquiera de aquel que pasa a verdaderos actos contrarios a la naturaleza. El único atenuante de éste es una enfermedad orgánica o psíquica. El que no tiene este atenuante es diez veces inferior al animal más sucio.

Para condenar con justicia se requeriría la ausencia de toda culpa. Os remito a dictados anteriores, cuando hablo de las condiciones esenciales para ser juez. No me eran desconocidos los corazones de aquellos fariseos y de aquellos escribas; ni los de los que se habían unido a ellos en el ataque contra la culpable. Pecadores contra Dios y contra el prójimo, había en ellos culpas contra el culto, culpas contra los padres, culpas contra el prójimo, culpas, especialmente numerosas, contra sus esposas. Si, por un milagro, hubiera ordenado a su sangre escribir en su frente su pecado, entre las muchas acusaciones habría imperado la de "adúlteros" de hecho o de deseo.

* [6]Yo dije: "Lo que contamina al hombre es lo que viene del cora- 494.6
zón". Y, aparte de mi corazón, no había ninguno entre los jueces que

* *la primera palabra de tu Maestro*, referida en la *Autobiografía* (primer capítulo de la tercera parte).
* *Yo dije...*, en 300.9 y en 301.5/6.

tuviera el corazón incontaminado. Sin sinceridad ni caridad. Ni siquiera el hecho de ser semejantes a ella en el hambre concupiscente los inducía a la caridad. Yo era el que tenía caridad con la humillada. Yo, el Único que habría debido sentir asco. Pero, recordad esto: que *cuanto más bueno es uno, más compasivo es para con los culpables.* No es indulgente con la culpa en sí misma. Eso no. Pero se compadece de los débiles que a la culpa no han sabido resistir.

¡El hombre! ¡Oh!, fácil de ser plegado —más que una frágil caña y que un delgado convólvulo— por la tentación y ser movido a abrazarse a aquello en que espera hallar confortación. Porque muchas veces la culpa se produce, especialmente en el sexo más débil, por esta búsqueda de confortación. Por eso Yo digo que el que carece de afecto hacia su mujer, y también hacia la propia hija, es en noventa de cien partes responsable de la culpa de su mujer o de su hija, por quienes responderá. Tanto el afecto estúpido —que es sólo estúpida esclavitud de un hombre para con una mujer o de un padre para con una hija—, como el desatender los afectos —o, peor, una culpa de propia libídine que lleva a un marido a otros amores y a unos padres a otros cuidados que no son los hijos— son fómite para adulterio y prostitución. Y, como tales, Yo los condeno.

Sois seres dotados de razón y guiados por una ley divina y por una ley moral. Rebajarse, por tanto, a una conducta de salvajes o de animales debería causar horror a vuestra gran soberbia. Pero la soberbia, que, en este caso, sería incluso útil, vosotros la tenéis para cosas muy distintas.

494.7 [7]Miré a Pedro y a Juan de forma distinta, porque al primero, hombre, quise decirle: "Pedro, no carezcas tú también de caridad y de sinceridad", y decirle también, como a futuro Pontífice mío: "Recuerda esta hora y juzga, en el futuro, como tu Maestro"; mientras que al segundo, joven de alma de niño, quise decirle: "Tú puedes juzgar y no juzgas, porque tienes mi mismo corazón. Gracias, amado, porque eres tan mío que eres un segundo Yo".

Alejé a los dos antes de llamar a la mujer para no aumentar su mortificación con la presencia de dos testigos. Aprended, hombres sin piedad. Aunque uno sea culpable, ha de ser tratado con respeto y caridad. No alegrarse de su aniquilamiento. No ensañarse contra él, ni siquiera con miradas curiosas. ¡Piedad, piedad para el que cae!

A la culpable le indico el camino que debe seguir para redimirse. Volver a su casa, humildemente pedir perdón y obtenerlo con una vida recta, no volver a ceder a la carne, no abusar de la bondad divina y de la bondad humana, para no pagar más duramente que entonces la dúplice o múltiple culpa. Dios perdona, y perdona porque es la

* Bondad. Pero el hombre, a pesar de haber dicho Yo: "Perdona a tu hermano setenta veces siete", no sabe perdonar dos veces.

No le di paz y bendición porque no había en ella aquella completa separación de su pecado, y ello se requiere para ser perdonados. En su carne, y, por desgracia, en su corazón, no había náusea por el pecado. María de Magdala, saboreado mi Verbo, había sentido repulsa por el pecado y había venido a mí con la voluntad total de ser otra. En ésta había todavía vacilación entre las voces de la carne y las del espíritu. Y, además, en la turbación del momento, no había podido poner todavía la segur contra el tronco de la carne y cortarlo para ir, mutilado su peso de avidez, al Reino de Dios; mutilado lo que significaba destrucción, pero crecido en ella lo que significaba salvación.

¿Quieres saber si luego se salvó? No para todos fui Salvador. Para todos lo quise ser, pero no lo fui, porque no todos tuvieron la voluntad de ser salvados. Y éste fue uno de los más penetrantes dardos de mi agonía del Getsemaní.

Ve en paz tú, María de María, y no quieras ya pecar ni siquiera en las cosas insignificantes. Bajo el manto de María está sólo lo puro; recuérdalo».

495. Jesús instruye acerca del perdón de los pecadores, y se despide de sus discípulos en el camino de Betania.

17 de septiembre de 1946.

[1]Jesús ha dado alcance a los diez apóstoles y a los principales discípulos en las faldas del Monte de los Olivos, cerca de la fuente de Siloán. Cuando ellos ven venir, a paso expedito, a Jesús entre Pedro y Juan, van a su encuentro, y se juntan al pie de la fuente. 495.1

«Subimos al camino de Betania. Dejo la ciudad por un tiempo. Yendo, os diré lo que debéis hacer» ordena Jesús.

Entre los discípulos están también Manahén y Timoneo, que, tranquilizados, han vuelto a ocupar su lugar. Y están Esteban y Hermas, Nicolái, Juan de Éfeso, el sacerdote Juan y, en definitiva, todos los más destacables por sabiduría, además de los otros, sencillos pero muy activos por gracia de Dios y voluntad propia.

«¿Dejas la ciudad? ¿Te ha sucedido algo?» preguntan muchos.

«No. Pero hay lugares que esperan...».

[2]«¿Qué has hecho esta mañana?». 495.2

«He hablado... Los profetas... Una vez más. Pero no entienden...».

---

* *dicho...*, en 278.3 y en 423.8.

«¿Ningún milagro, Maestro?» pregunta Mateo.

«Ninguno. Un perdón. Y una defensa».

«¿Quién era? ¿Quién ofendía?».

«Los que se creen libres de pecado acusaban a una pecadora. La he salvado».

«Pero, si era pecadora, tenían razón ellos».

«Su carne era ciertamente pecadora. Su alma... Mucho podría decir sobre las almas. Y no llamaría pecadoras sólo a aquellas cuya culpa es visible. Son pecadoras también aquellas que empujan a otros a pecar. Y con un pecado más astuto. Cumplen al mismo tiempo la función de la serpiente y del pecador».

«Pero ¿qué había hecho la mujer?».

«Adulterio».

«¡¿Adulterio?! ¡¿Y Tú la has salvado?! ¡¡No debías haberlo hecho!!» exclama Judas Iscariote.

Jesús le mira fijamente, luego pregunta: «¿Por qué no debía?».

«Pues porque... Te puede perjudicar. ¡No sabes cómo te odian y cómo buscan de qué acusarte! Es cierto... Salvar a una adúltera es ir contra la Ley».

«Yo no he dicho que la salvaba. Les he dicho que sólo quien estuviera libre de pecado lanzase la piedra contra ella. Y ninguno lo ha hecho, porque ninguno estaba libre de pecado. Así que he confirmado la Ley, que conmina con la lapidación a los adúlteros; pero también he salvado a la mujer, porque no se encontraba ya un lapidador».

«Pero Tú...».

«¿Querías que la lapidara Yo? Habría sido justicia, porque Yo la habría podido lapidar. Pero no habría sido misericordia».

«¡Ah! ¡Estaba arrepentida! Te ha suplicado y Tú...».

«No. No estaba siquiera arrepentida. Estaba sólo humillada y con miedo».

«¡Pero entonces!... ¿Por qué?... ¡Yo ya no te comprendo! Antes lograba todavía comprender tus perdones a María de Magdala, a Juan de Endor, a... en definitiva, a muchos peca...».

«Dilo: a Mateo. No me lo tomo a mal. Es más, te quedo agradecido si me ayudas a recordar mi deuda de gratitud a mi Maestro» dice Mateo, calmo y digno.

«Sí, pues también a Mateo... Pero eran personas arrepentidas de su pecado, de su vida licenciosa. ¡Pero ésta!... ¡Yo ya no te comprendo! Y no soy el único que no te comprende...».

«Lo sé. No me entiendes... Siempre me has comprendido poco. Y no sólo tú. Pero eso no cambia mi modo de actuar».

«El perdón se da a quien lo pide».

«¡Si Dios debiera dar el perdón sólo a quien lo pide! ¡Si debiera castigar inmediatamente a quien a la culpa no hace seguir el arrepentimiento! ¿Tú no te has sentido nunca perdonado antes de haberte arrepentido? ¿Puedes decir con certeza que te has arrepentido y que por eso has sido perdonado?».

«Maestro, yo...».

[3]«Escuchadme todos, puesto que muchos de entre vosotros consi- 495.3
deran que he errado y que Judas tiene razón. Aquí están Pedro y Juan. Ellos han oído lo que he dicho a la mujer y os lo pueden referir. No he sido un insensato en el perdón. No he dicho lo que dije a otras almas, a las que perdonaba porque estaban completamente arrepentidas. Pero he dado modo y tiempo a esa alma de llegar al arrepentimiento y a la santidad, si quiere alcanzar estas cosas. Recordadlo para cuando seáis maestros de las almas.

Dos cosas es esencial tener para poder ser verdaderos maestros y dignos de ser maestros. Primera cosa: una vida austera respecto a nosotros mismos, de forma que podamos juzgar sin las hipocresías de condenar en los otros lo que a nosotros nos perdonamos. Segunda: una paciente misericordia para dar a las almas la forma de sanar y fortalecerse.

No todas las almas se curan instantáneamente de sus heridas. Algunas lo hacen por fases sucesivas, y a veces lentas y con el riesgo de recaídas. Alejarlas, condenarlas, atemorizarlas, no es arte de médico espiritual. Si las alejáis de vosotros, volverán, resurtiendo, a arrojarse a los brazos de los falsos amigos y maestros. Abrid vuestros brazos y vuestro corazón, siempre, a las pobres almas. Que sientan en vosotros un verdadero y santo confidente, sobre cuyas rodillas no se avergüencen de llorar. Si las condenáis y las priváis de las ayudas espirituales, cada vez más las haréis enfermas y débiles. Si les infundís temor en vosotros y en Dios, ¿cómo podrán alzar los ojos a vosotros y a Dios?

El hombre encuentra como primer juez al hombre. Sólo el ser que vive espiritualmente sabe encontrar primero a Dios. Pero la criatura que ha llegado ya a vivir espiritualmente no cae en culpa grave. Su parte humana puede todavía tener debilidades, pero el espíritu fuerte vela y las debilidades no pasan a ser culpas graves. Mientras que el que todavía es mucho carne y sangre peca, y encuentra al hombre. Ahora bien, si el hombre que le debe indicar a Dios y formar el espíritu le infunde miedo, ¿cómo podrá el culpable abandonarse en él? ¿Y cómo puede decir: "Me humillo porque creo que Dios es bueno y que perdona", si ve que uno que es como él no es bueno?

Vosotros debéis ser el término de parangón, la medida de lo que

es Dios, de la misma forma que una moneda pequeñísima es la parte que hace comprender la riqueza de un talento. Pero si vosotros —pequeños que sois una parte del Infinito y lo representáis— sois crueles con las almas, ¿qué creerán ellas, entonces, que es Dios? ¿Qué dureza intransigente pensarán que tiene Él?

495.4 [4]Judas, tú que juzgas con severidad, si en este momento te dijera: "Te denunciaré ante el Sanedrín por prácticas mágicas..."».

«¡Señor! ¡No lo harás! Sería... sería... Tú sabes que eso...».

«Sé y no sé. Pero, como puedes ver, inmediatamente invocas piedad para ti... *y sabes que no serías condenado por ellos* porque...».

«¿Qué quieres decir, Maestro? ¿Por qué dices esto?» dice, muy agitado, Judas, interrumpiendo a Jesús.

El cual, muy calmo, pero con una mirada que barrena el corazón a Judas, y al mismo tiempo frena a su turbado apóstol, en quien convergen las miradas de los otros once apóstoles y de muchos discípulos, dice: «Pues porque te estiman. Tienes buenos amigos tú allí dentro. Lo has dicho varias veces».

Judas suelta un suspiro de alivio, se seca el sudor, un sudor extraño en este día frío y ventoso, y dice: «Es verdad. Viejos amigos. Pero no creo que si pecara...».

«¿Y entonces pides piedad?».

«Ciertamente. Soy todavía imperfecto y quiero llegar a ser perfecto».

«Tú lo has dicho. También aquella criatura es muy imperfecta. Le he dado tiempo para ser buena, si quiere».

Judas deja de rebatir.

495.5 [5]Están ya en el camino que va a Betania, lejos ya de Jerusalén. Jesús se detiene y dice: «¿Y vosotros habéis entregado a los pobres lo que os he dado? ¿Habéis hecho todo lo que os había dicho?».

«Todo, Maestro» dicen apóstoles y discípulos.

«Entonces escuchad. Ahora os voy a bendecir y nos vamos a despedir. Os diseminaréis, como siempre, por Palestina. Os reuniréis de nuevo aquí para la Pascua. No faltéis para entonces... y en estos meses fortaleced vuestro corazón y los de quienes creen en mí. Sed cada vez más justos, desinteresados, pacientes. Sed lo que os he enseñado que debéis ser. Recorred las ciudades, los pueblos, las casas situadas en lugares recónditos. No evitéis a nadie. Soportad todo. No servís a vuestro yo, de la misma forma que Yo no sirvo al *yo* de Jesús de Nazaret, sino que sirvo al Padre mío. Vosotros también servid al Padre vuestro. Por tanto no vuestros intereses, sino los suyos, deben ser sagrados para vosotros, aunque procurasen dolor o lesión a *vuestros* intereses humanos. Tened espíritu de abnegación y de obediencia. Po-

drá suceder que Yo os llame, u os ordene permanecer donde estéis. No juzguéis mi orden. Sea cual fuere, obedeced, creyendo firmemente que es buena y es dada para vuestro bien. Y no tengáis envidia, si a algunos los llamo y a otros no. Ya veis... algunos se han separado de mí... y he sufrido por ello. Eran personas que todavía querían guiarse según su mente. *La soberbia es la palanca que derriba a los espíritus y la calamita que me los arrebata.* No maldigáis a quien me ha dejado. Orad para que vuelva... Mis pastores estarán, de dos en dos, en los aledaños de Jerusalén. Isaac por ahora viene conmigo junto con Margziam. Amaos mucho entre vosotros. Ayudaos los unos a los otros. Amigos míos, que todo lo demás os lo diga vuestro espíritu, recordándoos lo que he enseñado, y que os lo digan vuestros ángeles. Yo os bendigo».

Todos se arrodillan, mientras Jesús pronuncia la bendición mosaica. Luego se aglomeran para saludarle. En fin, se separan de Él, que, con los doce, Isaac y Margziam, prosigue por el camino de Betania.

«Ahora nos detendremos, el tiempo necesario para saludar a Lázaro; luego continuaremos hacia el Jordán».

«¿Vamos a Jericó?» pregunta, interesado, Judas de Keriot.

«No. A Betabara».

«Pero... la noche...».

«No faltan casas y pueblos de aquí al río...».

Ya ninguno habla, y, aparte del frufrú de los olivos y el rumor de las pisaduras, no se oye ningún otro ruido.

496. Un alto en la casita de Salomón. Improvisa turbación de Judas Iscariote.

18 de septiembre de 1946.

[1]Para no ser vistos por la gente, entran en el pueblecillo donde está la casita de Salomón subiendo por el ribazo del río. Precaución que me parece inútil, porque cae el precoz atardecer de noviembre o de finales de octubre y la gente está ya en las casas. La calle se ve vacía, completamente vacía, y, si no fuera por algún balido, se diría que es un lugar desierto. 496.1

Mueven la cancela. Está cerrada: bien cerrada a la entrada del huertecillo, que en la penumbra vese todo ordenado.

«¡Llamad! Está en la cocina. Un hilo de luz se filtra por los cuarterones» dice Jesús.

Tomás, con su voz potente, se encarga de llamar al anciano, el

cual abre en seguida la puerta y mira hacia la calle. Se muestra incierto a causa de la poca luz externa, él que viene de la cocina, donde resplandece el fuego y hay una lámpara encendida. Pero cuando Jesús dice: «Somos nosotros», el anciano reconoce inmediatamente la voz y grita: «¡El Maestro!». Luego baja el tosco escalón y se apresura a abrir.

«¡Mi Señor! Entra, entra en tu casa. ¡Bendito sea este día que concluye con tu venida!» dice mientras se afana en abrir los cierres de la cancilla, y explica: «Estoy solo y cierro muy bien... Los bandidos son capaces de todo. Hay algunos que hacen daño, ora aquí ora allá, bajando de los montes de Galaad. No es que tema por mi vida, pero tenía cosas preparadas para ti y... Mira, Maestro, ven. Este anochecer es húmedo. Tienes el pelo mojado por el relente...».

«Y tú eres más solícito que la esposa del Cántico, padre. No te pesa incomodarte para acoger al Peregrino» dice Jesús sonriendo.

«¿Incomodarme? ¡Qué largo era este tiempo! Un día y otro, y otro y otro. Había sembrado vuestras semillas y veía crecer bien las verduras. Decía: "Si viniera, esto seguro que le gustaría". Pero han madurado y no has venido... Y veía que tomaban color las frutas en los árboles, y las comía con dolor porque Tú no las comías. Aquella oveja me ha dado un cordero, todo blanco. Lo reservé, por tanto, para comerlo contigo. Esperaba verte antes de los Tabernáculos. Luego... un cordero todo para mí... ¡Demasiado! Le cambié por una ovejita, y fueron buenos conmigo no queriendo ninguna diferencia. Pero de frutas y quesos he reservado lo más que he podido para ti, y pescado seco y legumbres, y todavía tengo algún melón; y un poco de vino... Yo no bebo vino, pero lo he preparado para ti, para el invierno».

496.2 [2]Habla mientras limpia la mesa, pone encima la loza, atiza el fuego, aumenta el agua del caldero. Trajina contento. Ya no parece el mismo pobre viejo de pocos meses antes.

Sale, vuelve con leche, pide disculpas: «Es poca, porque una es la oveja que da leche. Pero dentro de poco serán dos. De todas formas, para ti es suficiente».

Se muestra paternal, devoto y paternal al mismo tiempo. Ha tomado los mantos húmedos, las sandalias embarradas, y los ha llevado a otro lugar. Ha vuelto con unas manzanas y unas granadas y uvas y todavía algunos higos medio pasos, y explica: «Los he secado así, al menos para que los probaras. Pensaba... pensaba que a mi Ananías le gustaban mucho preparados así...». La voz, antes serena, se baja, adquiriendo un tono triste, mientras dice estas palabras, y termina: «y... y pensaba que te gustarían, y, preparándolos, me parecía prepararlos todavía para el hijo de mi hijo». Menea la cabeza,

se esfuerza en sonreír con un brillo de llanto en los ojos.

Jesús, que se había sentado a la mesa, se levanta y le pasa un brazo por los hombros y estrecha contra sí al viejecito: «Me gustan mucho. Es una cosa que me recuerda mi infancia... Y a mi padre. Pero no debías privarte de tantas cosas por mí. A los ancianos les vienen bien. Tienes que estar sano y fuerte, para acogerme así siempre. ¡Es tan dulce encontrar una casa así, con un padre que nos espera! ¿No es verdad, vosotros, amigos míos?».

«¡Cierto, es verdad! Tan bonito, que uno se empereza sin ayudar a Ananías» dice Pedro, y se levanta diciendo: «Venga, vamos a preparar nuestras camas mientras Jesús habla con el hombre».

«¡No hace falta! Siempre están preparadas. Y todo está limpio allí... La única cosa es que... No son suficientes. Sois más de doce. Pero duermo en el heno y...».

«Eso no, padre. Voy yo al heno, entonces» dice Juan.

«No, yo» dicen Andrés y otros.

«No es necesario. Yo me amodorro aquí, encima de esta mesa. Seguro que no es más dura que el fondo de mi barca, y Margziam...» dice Pedro.

«Duerme conmigo» le interrumpe Jesús.

«O conmigo, si quieres... como hacía el pequeño Ananías» dice el anciano, y sus ojos suplican.

«Sí, Maestro. Tú me tienes todavía. Él... Voy con él» dice Margziam.

Jesús le acaricia, comprendiendo su gesto.

[3]«Han venido varias veces a buscarte después de Pentecostés. 496.3
Más no han vuelto a venir» dice luego el viejecillo.

«¿Quién le buscaba?».

«¡Pues fariseos! Y otros como ellos. Querían hacerte preguntas. Pero yo les he dicho: "Id a su ciudad. No está aquí, ni sé cuándo vendrá...". Era verdad. Y se cansaron de venir. Y buscaban a otro, a un cierto Juan, que decían que estaba contigo y que pensaban que quizás se escondía aquí. Yo dije: "Pero si es su apóstol. Está con Él". Dijeron: "¿Acaso es tuerto su apóstol? ¿Es viejo?, ¿está enfermo?, ¿moribundo?". Comprendí que no eras tú y respondí: "Conozco sólo al apóstol Juan, un joven más bueno que un niño y sano de corazón y de carne". Me amenazaron. Pero ¿qué podía decir sino eso? Ésta es la verdad...».

«Sí. Esto es verdad. Sé siempre veraz; aunque tuvieras que perjudicarme, no mientas nunca, padre».

«Señor, mi pelo ha encanecido tratando siempre de obedecer al Señor. Y entre las obediencias está también la de no decir cosas fal-

sas. Pero... ¿por qué te buscan así, Señor? Yo estaba ciego. Por tanto, no iba a Jerusalén. Ahora he vuelto... Por el puro rito. Porque quería estar aquí esperándote... Y he percibido odio y amor respecto a ti... Y he juzgado que hay más odio que amor entre los jefes del pueblo. Estaba en el Templo aquella mañana que te querían agredir... y huí desolado a esperarte y llorar aquí. ¿Por qué el hombre es tan malo?».

«Porque ha matado su espíritu, y con el espíritu su capacidad de sentir el remordimiento de ser injusto».

«¡Es verdad!... ¿Y te buscan para hacerte algún daño?».

«Sí».

«¿¡Sí!? ¿Israel quiere dañar a su Rey? ¡Qué horror! ¡Israel se condena a los castigos proféticos!... ¡Oh, me siento contento, ahora, de que mi hijo haya muerto... y quisiera morir también yo para no ver el pecado de Israel...».

496.4 [4]Se produce un gran silencio. Sólo tiene voz la leña en el hogar.

«¡Hablemos de otra cosa! ¡Siempre voces de muerte, de odio, de traición! ¡Basta! ¡Basta! ¡No tolero oírlas!» dice Judas Iscariote, profundamente alterado, torvo, agitado y agitándose por la cocina con las piernas, con los brazos, con todo su ser.

«Judas tiene razón» dicen muchos.

«Pero, no querer oír no es útil. Lo útil es no consentir» dice Jesús con su gesto de resignación de abrir las manos, con las palmas hacia arriba, sobre la tosca mesa.

«¿Qué quieres decir? ¡Consentir! ¿Quién consiente con esto?». Judas le agita las manos casi delante de la cara, estando curvado, casi echado a lo largo de la mesa para acercarse al Maestro.

«¿Que quién? Todos los que ya sueñan verme perecer en mi sangre. ¡Sangre! ¡Sangre de tu Mesías! ¡Sangre sobre ti, Tierra que no quieres a tu Señor! ¡Sangre más resplandeciente que esas llamas! ¡Sangre, fuego en el hielo y en las tinieblas de un mundo de delito! Esperan matar la Luz quitándole la sangre. Pero Luz es el espíritu; la sangre es todavía materia. La materia grava al espíritu. La sangre arrojada a una lámina de mica debilita la luz, ¿no es, acaso, verdad? Pues bien, en verdad, en verdad os digo que, de la misma forma que aquella leña no ha lucido hasta que no se ha hecho llama y hasta que sus resinas, encendiéndose, no se han transformado en esplendor —de forma que ahora es un resplandor incandescente—, cuando todo esté cumplido y la sangre y la carne hayan sido consumidos por el sacrificio, entonces, como aquel fuego, que ahora ha transformado todo en luz, el espíritu mío más que nunca resplandecerá sobre el mundo, y seré Luz más que nunca. Una Luz de tal naturaleza, que cegará para siempre a los que odian la Luz, a sus ase-

sinos. Una Luz de tal naturaleza, que se fundirán las áureas puertas de los Cielos, cerradas para la Humanidad desde hace tantos siglos, y el Cielo se abrirá para los justos. Una Luz de tal naturaleza, que perforará las rocas que son bóveda del Abismo, y el atroz fuego del Infierno se hará atrocísimo bajo los resplandores de mis rayos. Y ¡ay, ay, ay de aquellos que hayan atentado contra la Luz! ¡Sangre y Luz! Estas dos cosas estarán ante ellos hasta convertirlos en locos y desesperados. ¡Demonios!».

Jesús —que se había puesto en pie cuando decía «en verdad» y que había infundido miedo, de tan majestuoso como estaba, en esta baja cocina, de paredes obscuras, aureolado por las llamas del hogar— ahora se sienta y calla.

[5]Se miran todos unos a otros. Todos, menos Judas, que parece 496.5
hipnotizado mirando la leña que arde... Hipnotizado y espantado. Un espanto que le pone una máscara atroz de una palidez lívido-verdastra en que el fuego de la leña traza dedadas rojizas. Me recuerda su espantosa cara del Viernes Santo. Luego se vuelve repentinamente y grita: «¡Calla! ¡Calla! ¡¿Por qué nos atormentas?!» y sale, dando un violento portazo...

«A su manera. Es verdad. Pero te quiere mucho... y sufre al oír ciertas palabras» dice Tomás. Y termina: «¡Nos hacen tanto daño a nosotros también...! Pero nosotros somos menos... extraños, digamos: extraños...».

Ningún otro habla. El mismo Jesús calla...

«Las verduras están cocidas, la leche está caliente...» dice en tono bajo el viejecito, que se ha quedado atemorizado y casi no se atreve a decir ni estas comunes palabras, después de un incidente como el que se ha producido...

«Llamad a Judas. Vamos a cenar» ordena Jesús.

Juan sale a llamar a su compañero. Entran... Judas tiene un rostro atormentado. Pero el suyo es un tormento sin paz... De todas formas, se sienta a la mesa y se alza junto con los otros cuando Jesús ofrece y bendice, y mira a Jesús de reojo, cuando hace las partes y reserva para sí la última.

Todos quisieran romper la tristeza que reina en el lugar. Ninguno lo logra, hasta que el mismo Jesús habla al viejecito preguntándole si el pueblecillo y los lugares cercanos han acogido la palabra del Señor.

«Sí, sí, Maestro. Y muy muy bien. Yo diría que aquí mejor que en la otra orilla. Ya sabes... está muy viva aquí la memoria de Juan el Bautista; y sus discípulos, que ahora son tuyos, la mantienen viva, y sobre la base de sus palabras te explican a ti. Además... aquí... pocos fariseos hay en Perea y en la Decápolis, así que...».

497. Simón Pedro atraviesa una hora de abatimiento.

20 de septiembre de 1946.

497.1 [1]No sé dónde están. Sin duda, ya no en el valle del Jordán, sino en los montes que lo orillan, porque veo abajo el verde valle y el hermoso río azul, mientras que cimas de montes bien altos emergen sobre la meseta extendida al oriente del Jordán.

Veo a Pedro que, solitario en una pequeña elevación, está mirando atentamente al nordeste y suspira muy triste. A sus pies hay leña (sin duda, recogida en los bosques que cubren esta pequeña altura). Un pueblecito anida entre el verde. Pedro está verdaderamente muy abatido. Acaba sentándose en su haz y metiendo su cabeza entre las manos, todo acurrucado. Está así, perdida la noción del tiempo y de todas las cosas; tan absorto, que no le hacen reaccionar ni siquiera algunos niños que pasan detrás de algunas cabritas caprichosas. Los niños le observan y luego se marchan corriendo detrás de las cabras, hacia el pueblecillo. El Sol declina lentamente y Pedro no se mueve.

497.2 [2]Por el sendero que sube desde el pueblecillo a esta elevación, se está aproximando Jesús. Camina despacio, evitando hacer ruido. Llega así al lugar donde está Pedro. Y, erguido delante él, le llama: «¡Simón!».

«¡Maestro!». Pedro se sobresalta y alza un rostro turbado, al decir esa palabra.

«¿Qué estabas haciendo, Simón? Tus compañeros, todos, han regresado. El único que no volvías eras tú. Estábamos preocupados. Tanto, que tu hermano y los hijos de Zebedeo, con Toma y Judas, han ido en distintas direcciones por los montes, y mis hermanos, con Isaac y Margziam, han bajado hacia la llanura».

«Lo siento... Siento haber causado aflicción y molestias...».

«Tus compañeros te quieren... Ha sido precisamente Judas el primero que se ha preocupado, y ha regañado a Margziam por haberte dejado marcharte solo».

«¡Mmm!...».

«Simón, ¿qué te pasa?».

«Nada, Maestro».

«¿Qué hacías aquí, en este risco, solo, al caer de la tarde?».

«Estaba mirando...».

«Habrás mirado, Simón. Pero *ahora* no estabas mirando... Han pasado cerca de ti unos niños, y estabas tan acurrucado, que han tenido casi miedo de que estuvieras muerto. Han venido corriendo al aprisco que nos ha acogido y me lo han dicho. He venido... ¿Qué estabas mirando, Simón?».

«Estaba mirando... miraba hacia Ramot Galaad, hacia Gerasa, Bosra, Arbela... Nuestro viaje del año pasado, tan bonito, tan... ¡La Madre con nosotros! Las discípulas... Juan de Endor... Esto es lo que miraba: el pasado».

«Y el futuro, Simón mío». Y Jesús se sienta sobre el haz, al lado de Pedro, y le pasa un brazo por los hombros mientras le habla: «Mirabas al horizonte... y la tristeza te lo ha anublado. El presente, como un remolino ha levantado nubes temibles y te ha celado el sereno recuerdo lleno de promesas y esperanzas, y te ha atemorizado. Simón, te oprime una de esas horas de tristeza y tedio que nuestra naturaleza humana encuentra en su camino. Ninguno está exento de ello. Porque estas horas las suscita quien odia al hombre. Y cuanto más sirve a Dios el hombre, más trata Satanás de atemorizarle y cansarle para apartarle de su ministerio. Tú también atraviesas una hora de cansancio... El continuo martillear de la persecución contra tu Maestro te cansa. Y, en fin —y no sabes que no eres tú, sino que es el Tentador—, escuchas una voz que te susurra: "¿Y mañana? ¿Qué sucederá mañana?..."».

497.3 [3]«Señor, es verdad. Lees en mi corazón. Pero también ves que si pregunto esto no es por miedo por mí. Es porque... No. Jamás podría verte atormentado... A menudo, hablas de delito, de traición. Yo... ¡oh, no sólo yo!... ¿Cuántos, especialmente entre los viejos, te han pedido morir antes de ver agredido a su Rey? ¡Y yo!... Yo, Tú lo sabes, Tú eres todo para mí. Nada más que no seas Tú me interesa. No es como dice Judas, nostalgia de mi barca y de mi esposa... Mira, ves que digo la verdad. Insistí mucho para tener a Margziam. Mi humanidad quería al menos un hijo adoptivo en lugar de los hijos que mi mujer no me ha dado, mortificando mi virilidad, que quería perpetuarse. Pero ahora, pero hoy, yo... Le quiero, sí; pero, si Tú me le quitaras, no reaccionaría. Sólo te diría... ¡No, no diría nada!».

«¿Sólo me dirías? Termina».

«Es inútil, Maestro».

«¡Di!».

«Diría: "Dásele a quien le haga, más que yo, crecer como justo". ¡Nada más! O sea... y esto te lo digo, llorando, por él, por mí, por mi hermano, y también por Juan y Santiago... y también por los demás... nosotros... nosotros somos tus primeros...». Pedro cae de rodillas y se apoya en las rodillas de Jesús, las manos altas, con las palmas hacia arriba, suplicantes, y con lágrimas en las mejillas que van a perderse entre la barba... «...Lo digo por nosotros: danos la muerte, llévanos de aquí antes de que nosotros... ¡Oh! Yo pensaba, sigo pensando, desde hace meses —y Tú ves que es un pensamiento que

me corroe y me avejenta, es un continuo temor que no me deja libre ni siquiera en el sueño—, pienso que, si va a ser justamente como dices, podría ser yo también el traidor, o serlo Andrés, o Juan, o Santiago, o Margziam... Y, si no se llega a esto, ser uno de esos que decías también hace tres noches donde Ananías, uno de esos que llegan a querer ver derramada tu Sangre, o uno, incluso uno de esos que, por vileza, no saben oponerse a esto y condescienden con el mal por miedo al mal... Yo... si se diera el caso, aunque sólo fuera eso, de que consintiera no reaccionando, por miedo... Maestro, ¡oh, Maestro mío!, yo me mataría para castigarme, o... mataría, si los encontrara, a tus asesinos. Yo... si no quieres esto, haz que muera antes, en seguida, aquí... La vida no es nada, pero faltar al amor a ti... Ser uno de ésos... ser... ver y no...». Está tan inquieto, que hasta le faltan las palabras. Baja su cara hasta las rodillas de Jesús, llorando con un llanto áspero de hombre rudo, viejo, poco acostumbrado al llanto, y profundamente agitado por demasiados sentimientos.

497.4 [4]Jesús le pone las manos en la cabeza, como para calmar ese dolor y alejar los pensamientos intranquilizadores, y habla: «Amigo mío, ¿y crees que, aun cuando... no fueras perfecto en aquella hora, el Señor, que es justo, no pesaría tu error con el contrapeso de tu amor y deseo presentes? ¿Y temes que este áureo amor y este áureo deseo puedan pesar menos que tu momentánea imperfección, y ser insuficientes para obtenerte de Dios indulgencia, y con la indulgencia todas las ayudas para volver a ser tú, mi Simón amado?».

«¡Haz que muera! ¡Sálvame! ¡Tengo miedo!».

«Tú eres mi Piedra, Simón. ¿Podré desmenuzar la Piedra sobre la cual fundaré a Aquella que debe perpetuarme en la Tierra?».

«Yo soy indigno de ello. Lo percibo. Soy un pobre hombre, ignorante, pecador. Todas las malas tendencias están en mí. ¡No soy digno, no soy digno! Me haré perverso, homicida, todo lo peor... Haz que muera. Comprende que si viniera a descubrir a quien te odia...».

«Todo un mundo me odia, Simón. Hay que perdonar...».

«Hablo del principal culpable. Habrá uno que sea el principal, y...».

«Habrá muchos *uno*, y todos tendrán su papel principal...».

«¿Qué papel? El de... ¡Oh, no dejes que lo diga! Pero yo...».

«Pero tú debes perdonar, como Yo y conmigo. ¿Por qué te inquietas de esa forma, Simón, pensando en lo que podrías hacer para castigar? Deja esa tarea al Señor. Tú ama y perdona, sé compasivo y perdona. Ellos, todos los que serán culpables para con tu Jesús, tienen *mucha* necesidad de ser ayudados para obtener perdón».

«No hay perdón para ellos».

«¡Qué severo eres con tus hermanos, Simón! Sí que hay perdón; también para ellos lo hay, si se enmiendan. ¡Ay si ninguno de mis ofensores fuera a ser perdonado! [5]Venga, levántate, Simón. Seguro 497.5
que la congoja de tus compañeros ha aumentado, al ver que ahora tampoco Yo estoy en el aprisco. Pero, aun a costa de hacerles sufrir todavía un rato, antes de ir donde ellos, vamos a orar. Vamos a orar juntos. No ha de hacerse nada más para recuperar la paz, la fuerza espiritual, el amor, la compasión... incluso hacia nosotros mismos. La oración aleja los fantasmas de Satanás, nos hace sentir cercano a Dios. Y, con Dios cerca, todo se puede afrontar y soportar con justicia y mérito. Vamos a orar así, Yo y tú juntos, aquí, en este monte desde el que se abre tanta parte de nuestra Patria, como a Moisés se le abrió desde el Nebo la vista de la Tierra Prometida. Nosotros, más afortunados que él, a esta Tierra que será del Cristo, le llevamos la Palabra y la Salud. Yo el primero, y luego tú. ¡Mira! Al claror de las últimas luces se ven todavía los montes de Judea. Pero más allá está la llanura, el mar, luego otras tierras, el mundo... Ellas, él, te esperan, Pedro. Te esperan a ti para saber que hay un Dios verdadero. Un Dios que dará verdadera luz a las almas que caminan a tientas en la obscuridad del gentilismo y la idolatría. Mira, la luz terrena se entenebrece. ¿Cómo podrían los viandantes no perder la dirección en una noche sin luz? Mas allá se ve la estrella de la Polar, que ya surge para guiar a los viandantes. Mi Religión será la estrella que guíe a los viandantes espirituales por el camino del Cielo. Y tú estarás tan unido a ella que serás una sola luz conmigo y con mi Doctrina, ¡oh Pedro mío, oh Piedra mía bendita! Oremos por aquella hora en que los hombres se salvarán por mi Nombre. "Padre nuestro que estás en el Cielo"...».

Dice lentamente el *Pater*, teniendo de la mano a Pedro; y parece como si, alzando así los brazos y las manos —en su derecha la izquierda del apóstol—, le estuviera presentando al Padre.

[6]«Ahora vamos a bajar. Y dejemos aquí las tristezas inútiles y las 497.6
inútiles congojas por el mañana. Junto con el pan cotidiano, el Padre nos dará mañana, todos los mañanas, sus ayudas. ¿Estás persuadido de esto, Simón?».

«Sí, Maestro, lo creo» dice con firmeza Pedro, cuyo rostro ya no está turbado, sino que tiene aspecto austero, como siempre desde hace unos pocos meses; un rostro que le hace aparecer muy cambiado respecto al pescador rudo y jocoso de los primeros dos años.

Bajan: Jesús delante, detrás Pedro con su haz; y, casi a la altura de la primera casa del pueblo, encuentran a los inquietos apóstoles.

«¿Pero a dónde habías ido?» gritan a Pedro.

«Habríamos estado aquí desde hace mucho, pero me he parado con él a hablar mirando hacia Gerasa...» responde por él Jesús.

Tuercen hacia la derecha, hacia unas ruinas (de un aprisco semiderrumbado). Dentro de un valladar —mitad caído, el resto enmohecido y vacilante— hay un cobertizo de toscos muros, mal cubierto, mal cerrado con paredes por tres lados y con tablas en el cuarto. Dentro, nada, aparte de un poco de paja en el suelo y un hogar primitivo en un rincón. Pienso que en el pueblo no los han recibido y que se han refugiado ahí...

498. Exhortación a Judas Tadeo y a Santiago de Zebedeo después de una discusión con Judas Iscariote.

21 de septiembre de 1946.

498.1 [1]«¿Pero quieres ir por este camino?, ¿precisamente por éste? No me parece prudente por muchas razones...» objeta Judas Iscariote.

«¿Cuáles? ¿No han venido, acaso, a mí, hasta Cafarnaúm, hombres de estos pueblos, buscando salud y sabiduría? ¿No son ellos también criaturas de Dios?».

«Sí... Pero... No es prudente para ti acercarte demasiado a Maqueronte... Es lugar infausto para los enemigos de Herodes».

«Maqueronte está lejos. Y no tengo tiempo de ir hasta allá. Quisiera ir hasta Petra, e incluso más allá... Pero llegaré sólo a mitad de camino, y ni siquiera. De todas formas, vamos...».

«José te ha aconsejado...».

«Que estuviera por caminos vigilados. Éste es precisamente el camino de Transjordania, intensamente vigilado por los romanos. No soy un cobarde, Judas, y tampoco un imprudente».

«Yo no me fiaría. No me alejaría de Jerusalén. Yo...».

«Pero déjale al Maestro. Él es el Maestro y nosotros sus discípulos. ¿Pero cuándo se ha visto que el discípulo sea el que aconseje al Maestro?» dice Santiago de Zebedeo.

«¿Cuándo? No hace años que tu hermano dijo al Maestro que no * fuera a Acor y Él le escuchó. Ahora que me escuche a mí».

«Eres celoso y prepotente. Si mi hermano habló y fue escuchado, señal es de que eran palabras justas y había que atenderlas. ¡Bastaba mirarle a Juan aquel día para comprender que era justo darle oídos!».

«Con toda su sabiduría, nunca ha sabido defenderle, y nunca sa-

---

* *tu hermano dijo*, en 379.2 (episodio ya recordado por el mismo Judas Iscariote en 422.6).

brá hacerlo. Sin embargo, está reciente aún lo que hice yo yendo a Jerusalén».

«Cumpliste con tu deber. Mi hermano también lo habría hecho en esas circunstancias; con otras maneras, porque no sabe mentir ni siquiera para cosas buenas, lo cual me alegra...».

«Me estás ofendiendo. Me estás llamando embustero...».

«¿Y quieres que te llame sincero, si mentiste con tanta habilidad sin cambiar de color!».

«Lo hacía...».

«Sí. Lo sé. ¡Lo sé! Para salvar al Maestro. Pero eso no va conmigo, ni con ninguno de nosotros. Preferimos la sencilla respuesta del * anciano. Preferimos guardar silencio y que nos llamen tontos, e incluso que nos maltraten, pero no mentir. Se empieza por una cosa buena y se acaba con una cosa no buena».

«El malo, no yo; el necio, no yo».

[2]«¡Basta! Teniendo razón, acabáis en el yerro, un yerro distinto 498.2 del que os impugnáis, porque es un yerro contra la caridad. *Todos* sabéis lo que pienso sobre la sinceridad. Y también lo que exijo en la caridad. Vamos. Estas disputas vuestras me son más penosas que los insultos de los enemigos».

Y Jesús, visiblemente enojado, se pone a andar rápidamente, Él solo, por una calzada que, sin necesidad de ser arqueólogo, se comprende que ha sido hecha por los romanos, y que va hacia el Sur, casi recta hasta donde alcanza la vista, entre dos cadenas de montes respetables. Calzada monótona, obscura a causa de las laderas boscosas que la cierran e impiden a la vista desplegarse hasta el horizonte; pero bien cuidada. De tanto en tanto, algún puente romano construido sobre torrentes y pequeños ríos, que, sin duda, bajan al Jordán o al Mar Muerto. No lo sé con exactitud, porque los montes me impiden ver hacia Occidente, donde deben estar el río y el mar. Y alguna caravana por la calzada, caravana que quizás sube desde el Mar Rojo para ir quién sabe a dónde, con muchos camellos y camelleros y mercaderes de raza visiblemente distinta de la hebrea.

Jesús continúa delante, solo. Detrás, divididos en dos grupos, los apóstoles, cuchicheando unos con otros: los galileos, delante; detrás, los judíos, más Andrés, Juan y los dos discípulos que se han unido a ellos. Los dos grupos tratan, uno, de consolar a Santiago, que se ha quedado deprimido por la severa corrección del Maestro, otro, de convencer a Judas de no ser siempre tan obstinado y agresivo. Y los dos grupos están de acuerdo en aconsejar a los dos corregidos a ir

* *la sencilla respuesta del anciano*, es decir, de Ananías, en 496.3.

donde el Maestro y hacer la paz con Él.

«¿Yo? Hombre, pues voy enseguida. Sé que tengo razón. Conozco mis acciones. No he sido yo el que ha metido cizaña; así que voy» dice Judas Iscariote. Se muestra atrevido, yo diría descarado. Acelera el paso para alcanzar a Jesús. Me pregunto una vez más si en esos días estaba ya dispuesto a traicionar y conspiraba ya con los enemigos de Cristo...

Santiago, por el contrario, que en el fondo es el menos culpable, está tan abatido por haber causado dolor al Maestro, que no se atreve a ir adelante. Mira a su Maestro, que ahora está hablando con Judas... Le mira, y es vivo en su rostro el deseo de las palabras de perdón de Jesús. Pero su mismo amor, sincero, constante, fuerte, le hace parecer imperdonable su yerro.

498.3 [3]Ahora los dos grupos se han reunido, y también Simón Zelote, Andrés, Tomás y Juan dicen: «¡Venga, hombre! ¡Si no le conocieras! ¡Ya te ha perdonado!» y, con mucha agudeza de juicio, Bartolomé, anciano y sabio, dice, poniendo la mano en el hombro de Santiago: «Yo te lo digo: por no suscitar otras disputas, os ha corregido imparcialmente a vosotros dos. Pero su corazón lo decía sólo a Judas».

«¡Así es, Tolmái! Mi hermano se consume en soportar a ese hombre, al cual se empeña en querer convertirlo; y se cansa en tratar de mostrárnoslo... como nosotros somos. Él es el Maestro, y yo... soy yo... Pero, si yo fuera Él, ciertamente el hombre de Keriot no estaría con nosotros» dice Judas Tadeo con centellas en esos hermosísimos ojos suyos que recuerdan a los de Cristo.

«¿Tú piensas?, ¿sospechas? ¿Qué?» dicen varios.

«Nada. Nada concretamente. Pero ese hombre no me gusta».

«No te ha gustado nunca, hermano. Es una repulsa irracional, porque surgió con el primer encuentro. Tú me lo has confesado. Es contraria al amor. Deberías vencerla, aunque sólo fuera por dar una alegría a Jesús» dice, calmo y persuasivo, Santiago de Alfeo.

498.4 «Tienes razón, pero... no soy capaz. [4]Ven, Santiago, vamos juntos donde mi hermano» y Judas de Alfeo toma resueltamente el brazo de Santiago de Zebedeo y se le lleva consigo.

Judas los oye venir y se vuelve, y luego dice a Jesús algo. Jesús se para y los espera. Judas, con mirada maliciosa, observa al compungido apóstol.

«Perdona, apártate un poco. Necesito hablar con mi Hermano» dice Judas Tadeo. La frase es amable, pero el tono con que la dice es muy seco.

Una risita de Judas Iscariote, que luego se encoge de hombros y vuelve sobre sus pasos y se une a los otros.

«Jesús, somos pecadores...» dice Judas Tadeo.

«Yo soy pecador, no tú» susurra Santiago, cabizbajo.

«Nosotros somos pecadores, Santiago, porque lo que tú has dicho yo lo he pensado, lo he aprobado, lo tengo en el corazón. Por tanto, yo también estoy en pecado. Porque de mi corazón sale —y ello contamina mi caridad— el juicio sobre Judas... Jesús, ¿no dices nada a tus discípulos que reconocen su pecado?».

«¿Qué debo decir que no sepáis ya? ¿Cambiáis, acaso, respecto a vuestro compañero, por mis palabras?».

«No. No más de lo que él cambie por las que Tú le dices» le responde, sincero, por sí y por los otros, su primo.

«¡Deja, Judas, deja! Yo he errado. De mí se trata y debo ocuparme de mí, no de otros. Maestro, no estés enojado conmigo...».

[5]«Santiago, Yo quisiera de ti, de todos, una cosa. Mucho dolor me causan las muchas incomprensiones que encuentro... las muchas resistencias obstinadas. Ya lo veis vosotros... Por cada lugar que me da alegría, tres no me la dan, y me expulsan como a un malhechor. Pero, esa comprensión, esa adhesión que los otros no me dan quisiera recibirla al menos de vosotros. Que el mundo no me ame, que me sienta asfixiado por todo este odio, por esta antipatía, enemistad, sospecha, que me rodea, y por todo tipo de indignidades, por los egoísmos, por todo lo que sólo mi amor infinito hacia el hombre me hace soportar... todo esto es penoso. Pero, bueno, pues lo sufro con paciencia. He venido para sufrir esto por parte de los que odian la Salud. ¡Pero vosotros! ¡No, esto no lo soporto! Esto, es decir, el que no seáis capaces de amaros entre vosotros, y, por tanto, de comprenderme; esto, es decir, el que no prestéis adhesión a mi espíritu, esforzándoos en hacer lo que Yo hago. 498.5

¿Creéis, podéis creer todos vosotros, que no veo los errores de Judas?, ¿que ignoro cosa alguna de él? Convenceos de que no es así. Pero, si Yo hubiera querido tener personas perfectas en el espíritu, habría hecho que se encarnaran los ángeles y me habría rodeado de ellos. Habría podido hacerlo. ¿Habría sido un verdadero bien? No. Por mi parte, hubiera sido egoísmo y desprecio. Habría evitado el dolor que me viene de vuestras imperfecciones, pero habría despreciado a los hombres a quienes el Padre mío ha creado y a los que ama tanto, que me ha enviado para que los salve. Y, por parte del hombre, habría sido un perjuicio para el futuro. Una vez terminada mi misión, una vez que hubiera subido de nuevo al Cielo con mis ángeles, ¿qué cosa apta para continuar mi misión habría quedado, y quién? ¿Qué hombre hubiera podido esforzarse en hacer lo que digo, si sólo un Dios y unos ángeles hubieran dado el ejemplo de una vida

nueva reglada por el espíritu? Ha sido necesario que Yo me revistiera de carne para convencer al hombre de que, si quiere, puede ser casto y santo en todos los modos. Y ha sido necesario que tomara conmigo unos hombres... así... aquellos que con su espíritu respondieron a la llamada de mi espíritu, sin mirar si eran ricos o pobres, doctos o ignorantes, de ciudad o de pueblo. Que los tomara así, como los iba encontrando, y que mi voluntad y la suya los transformara lentamente en maestros de otros hombres.

El hombre puede creer en el hombre, en el hombre al que ve. Le es difícil al hombre, tan postrado, creer en Dios a quien no ve. No habían terminado todavía los rayos en el Sinaí, y ya al pie del monte había surgido la idolatría... No había muerto Moisés todavía, cuyo rostro no se podía mirar, y ya se pecaba contra la Ley. Pero, cuando vosotros, transformados en maestros, estéis como ejemplo, como testimonio, como levadura, entre los hombres, ya no podrán decir: "Son seres que han descendido a estar entre los hombres y no podemos imitarlos". Deberán decir: "Son hombres como nosotros. Ciertamente tienen los mismos instintos y estímulos nuestros, las mismas reacciones; y, a pesar de todo, saben resistir contra los estímulos e instintos, y saben tener otras reacciones bien distintas de las nuestras, que son viles". Y se convencerán de que el hombre puede divinizarse, con sólo querer entrar en los caminos de Dios.

Observad a los gentiles y a los idólatras. ¿Todo su Olimpo, todos sus ídolos, acaso los hacen mejores? No. Porque ellos, si son incrédulos, dicen que sus dioses son una patraña; si son creyentes, piensan: "Son dioses y yo hombre" y no se esfuerzan en imitarlos. Vosotros, pues, tratad de haceros como Yo. Y no tengáis prisas. El hombre evoluciona lentamente de animal racional a ser espiritual. ¡Sed compasivos, sed compasivos los unos para con los otros! Nadie, excepto Dios, es perfecto.

498.6 [6]Y ahora, todo ha pasado, ¿no es verdad? Transformaos con firme voluntad imitando a Simón de Jonás, que en menos de un año ha dado pasos de gigante. Y... ¿Quién, de entre vosotros, era hombre, más hombre que Simón con todas las imperfecciones de una humanidad muy material?».

«Es verdad, Jesús. Es mi objeto de estudio continuo ese hombre. Y mi admiración» confiesa Judas Tadeo.

«Sí. Yo estoy con él desde la niñez. Le conozco como si fuera hermano mío. Pero ahora tengo ante mí a un Simón nuevo. Te confieso que cuando dijiste que era nuestro jefe, yo —y no sólo yo— me quedé desorientado. Me parecía el menos indicado de todos. ¡Simón respecto al otro Simón y a Natanael! ¡Simón respecto a mi hermano y a tus

hermanos! Sobre todo, respecto a estos cinco. Me parecía un completo error... Ahora digo que tenías razón».

«¡Y vosotros no veis más que la superficie de Simón! Pero Yo veo su profundidad. Para ser perfecto, aún tiene que hacer mucho y mucho que padecer. Pero quisiera en todos vosotros su buena voluntad, su sencillez, su humildad y su amor...».

Jesús mira hacia delante, y parece que viera... ¡quién sabe qué? Está absorto en un pensamiento suyo y sonríe a lo que ve; luego baja los ojos hacia Santiago y le sonríe.

«¡¿Entonces... estoy perdonado?!».

«Quisiera poder perdonar a todos como a ti... Mirad, esa ciudad debe ser Esebón. El hombre dijo que después del puente de tres arcos estaba la ciudad. Vamos a esperar a los otros para entrar en ella juntos».

499. Fuga de Esebón y encuentro con un mercader de Petra.

22 de septiembre de 1946.

[1]No veo la ciudad de Esebón. Jesús con los suyos salen ya de ella. 499.1
Por las caras de los apóstoles, comprendo que ha sido una desilusión. Los sigue o, mejor, los acosa, algunos metros más atrás, una turba vociferante y amenazadora...

«Estos lugares en torno al Mar Salado son malditos como el mismo mar» dice Pedro.

«¡Este lugar! Sigue siendo el mismo que en el tiempo mosaico, y
* Tú eres demasiado bueno como para castigarlo como fue castigado entonces. Es lo que haría falta. Y subyugarlos con las potencias del Cielo y con las de la Tierra. A todos. Hasta el último hombre y hasta el último rincón» dice Natanael inquieto, con un brillo de indignación en sus ojos hundidos. La raza hebrea resalta fuertemente en el apóstol, delgado y viejo, bajo el ímpetu de la indignación, y le hace parecerse mucho a los muchos rabíes y fariseos que se oponen siempre a Jesús.

El cual se vuelve y alza la mano diciendo: «¡Paz! ¡Paz! Ellos también serán atraídos hacia la Verdad. Pero se requiere paz, se requiere conmiseración. Nunca hemos venido aquí. No nos conocen. Otros lugares fueron así la primera vez, pero luego cambiaron».

* «Es que éstos son lugares como Masada. ¡Vendidos! Volvamos al

* *fue castigado*, como se narra en *Génesis 19, 23-29; Deuteronomio 29, 22.*
* *como Masada*, en 392.

Jordán» insiste Pedro.

Pero Jesús va por la vía miliaria, que han vuelto a tomar, en dirección sur. Los más encendidos contra Él le siguen acosando, atrayendo la atención de los viandantes.

499.2 [2]Uno —debe ser un rico mercader, o por lo menos uno que trabaja para un mercader— que guía una larga caravana dirigida hacia el Norte observa estupefacto y para su camello; y con el suyo se paran todos los demás. Mira a Jesús, mira a los apóstoles, de aspecto tan inerme y benigno, y mira a los vociferadores amenazantes que están llegando, y les pregunta con curiosidad. No oigo sus palabras, pero sí las gritadas como respuesta: «Es el Nazareno maldito, loco, endemoniado. ¡No le queremos dentro de nuestros muros!».

El hombre no pregunta más. Vuelve su camello, grita algo a uno de los suyos que le seguía cerca, e incita al animal, que en pocas zancadas alcanza a los apóstoles. «En nombre de vuestro Dios, ¿quién de entre vosotros es Jesús el Nazareno?» pregunta a los apóstoles Mateo, Felipe y Simón Zelote, y a Isaac, que están en el último grupito.

«¿Por qué lo preguntas? ¿Tú también para atormentarle? ¿No bastan sus compatriotas? ¿Tú también te incluyes?» dice muy inquieto Felipe.

«Soy mejor que ésos. Y solicito gracia. No me rechacéis. Lo pido en nombre de vuestro Dios».

Algo que hay en la voz del hombre convence a los cuatro, y Simón dice: «El primero delante de todos, junto con los dos más jóvenes».

El hombre incita de nuevo a su animal, porque Jesús, ya delante, ha ido más adelante todavía durante el breve diálogo que Él ignora.

499.3 [3]«¡Señor!... Escucha a un desdichado...» dice en cuanto le da alcance.

Jesús, Juan y Margziam se vuelven, asombrados.

«¿Qué quieres?».

«Soy de Petra, Señor. En representación de otros paso las mercancías que vienen desde el Mar Rojo hasta Damasco. No soy pobre, pero es como si lo fuera. Tengo dos hijos, Señor, y han contraído una enfermedad en los ojos, y están ciegos; uno, completamente —el primero que ha enfermado—; el otro, casi ciego, y pronto del todo. Los médicos no hacen milagros, pero Tú sí».

«¿Cómo lo sabes?».

«Conozco a un rico mercader que te conoce. Cuando va de camino, hace un alto en mi recinto. Alguna vez incluso le sirvo. Me dijo, al ver a mis hijos: "Sólo Jesús de Nazaret los podría curar. Búscale". Te habría buscado. Pero tengo poco tiempo y debo seguir los caminos más indicados».

«¿Cuándo viste a Alejandro?».

«Entre las dos fiestas vuestras de primavera. Desde entonces he hecho otros dos viajes, pero no te he encontrado nunca. ¡Señor, ten piedad!».

«Hombre, Yo no puedo bajar a Petra, ni tú puedes dejar la caravana...».

«Sí que puedo. Arisa es de fiar. Le mando que prosiga lentamente y yo vuelo a Petra. Tengo un camello más veloz que el viento del desierto y ágil como una gacela. Tomo a los hijos y a otro siervo fiel. Te alcanzo. Tú los curas... ¡Oh! la luz a sus ojos de estrellas negras, ahora cubiertos de densas nubes! Y prosigo mientras ellos vuelven donde su madre. Veo que sigues caminando, Señor. ¿A dónde te diriges?».

«Iba a Debón...».

«No vayas. Está llena de... de los de Maqueronte. Lugares malditos, Señor. No te substraigas a los infelices para darte a los malditos».

«Lo que decía yo» refunfuña entre dientes Bartolomé, y muchos le dan la razón.

499.4 [4]En este momento están ya todos alrededor de Jesús y del hombre de Petra. Los habitantes de Esebón, por el contrario, visto que la caravana parece benigna para con el Perseguido, se vuelven para atrás. La caravana, parada, espera el desenlace y la decisión.

«Hombre, si no voy por las ciudades del Mediodía, vuelvo mis pasos hacia Septentrión. Y no es seguro que te complazca».

«Sé que soy abyecto para vosotros de Israel. Soy incircunciso, no merezco ser exaudido. Pero Tú eres el Rey del mundo, y en el mundo estamos también nosotros...».

«No es eso. Es... ¿Cómo puedes creer que Yo haga lo que no han podido hacer los médicos?».

«Porque Tú eres el Mesías de Dios y ellos son hombres. Tú eres el Hijo de Dios. Me lo ha dicho Misax y yo lo creo. Tú puedes hacer todo, incluso para un pobre como soy yo». La respuesta es segura, y el hombre la completa dejándose deslizar hasta el suelo sin siquiera hacerle arrodillarse a su camello, y se prosterna todo él en el polvo.

«Tu fe es mayor que la de muchos. Ve. ¿Sabes dónde está el Nebo?».

«Sí, Señor. Aquel monte es el Nebo. Nosotros también sabemos acerca de Moisés. ¡Grande! Demasiado grande para no conocerle. Pero Tú, más grande. Como una roca respecto al monte es el parangón entre Moisés y Tú».

«Ve a Petra. Yo te esperaré en el Nebo...».

«Hay un pueblo al pie para los visitantes del monte. Y hay posa-

das... Estaré allí dentro de diez días lo más. Forzaré al animal, y si el que te envía me protege no encontraré tempestades».

«Ve. Y vuelve lo antes que puedas. Debo ir a otro lugar...».

«¡Señor! Yo... no soy circunciso. Mi bendición es para ti un oprobio. Pero la de un padre no es oprobio nunca. Te bendigo y me marcho».

Toma un pequeño silbato de plata y silba tres veces. El hombre que está a la cabeza de la caravana viene al galope. Hablan entre sí. Se saludan. Luego el hombre vuelve a la caravana, la cual reanuda la marcha. El otro sube de nuevo a su camello y se marcha hacia el Sur al galope.

499.5 [5]Jesús y los suyos se ponen en camino otra vez.

«¿Vamos justamente al Nebo?».

«Sí. Dejamos las ciudades y subimos por las laderas de los montes Abarim. Habrá muchos pastores. Por ellos sabremos cuál es el camino para el monte Nebo; y ellos, por nosotros, cuál es el Camino para el monte de Dios. Y luego nos detendremos algunos días, como hicimos en los montes de Arbela y en el Carit».

«¡Qué bonito será! Y nos haremos mejores. De esos lugares siempre hemos bajado más fuertes y mejores» dice Juan.

«Y nos hablarás de todo lo que el Nebo recuerda. Hermano, ¿te * acuerdas, cuando éramos niños, de un día en que hiciste de Moisés bendiciendo, antes de morir, a Israel?» dice Judas de Alfeo.

«Sí. ¿Y de que tu Madre gritó al verte extendido como muerto? Ahora vamos precisamente al Nebo» dice Santiago de Alfeo.

«Y bendecirás a Israel. ¡Eres el verdadero Caudillo del Pueblo de Dios!» exclama Natanael.

«Pero no mueres allí. Tú no mueres nunca, ¿no es verdad, Maestro?» pregunta Judas de Keriot con una extraña risita.

«Yo moriré y resucitaré como está escrito. Muchos hombres morirán, pero no estarán muertos en ese día. Y, mientras que los justos resucitarán, aunque hayan muerto años antes, no resucitarán los que viven en la carne pero tengan el espíritu definitivamente muerto en ese día. Mira que no seas tú uno de éstos».

«Y Tú mira que no te oigan repetir que resucitarás. Lo llaman blasfemia» rebate Judas de Keriot.

«Es verdad. Y lo digo».

«¡Qué fe, ese hombre! ¡Y aquel Misax!» dice el Zelote intentando desviar la conversación.

«¿Pero quién es Misax?» preguntan los que no iban el año pasado * en el viaje de la Transjordania. Y se alejan hablando de estas cosas,

* *¿te acuerdas... un día en que...?*, en 38.3/5.
* *el año pasado en el viaje de la Transjordania*, en los capítulos 286-294.

mientras Jesús reanuda, con Margziam y Juan, el tema interrumpido antes.

500. Reflexiones de Bartolomé y Juan después de un retiro en el monte Nebo.

23 de septiembre de 1946.

[1]«Echaré de menos siempre este monte y este reposo en el Señor» 500.1
dice Pedro mientras se aprestan para bajar al valle por una ladera muy agreste.

Están en una cadena de montes bien altos. A Oriente, al otro lado del valle, otros montes, y montes al Sur y montes aún más altos al Norte. Al noroeste, el verde valle del Jordán en su desembocadura en el Mar Muerto. Al Oeste, primero, el obscuro mar, luego, más allá, la pedregosa, árida extensión desértica, interrumpida sólo por el oasis espléndido de Engadí, y luego los montes judíos. Un panorama imponente, vasto. La mirada puede extenderse hasta donde quiera. Y olvidar, en medio de tanta visión de vida vegetal, que se supone habitada o que de hecho se sabe que lo está, la tétrica vista del lago Asfaltide, sin velas y sin vida, obscuro siempre, incluso bajo el sol, triste incluso en la baja y entrante península que por el lado oriental, casi a mitad del lago, en éste se introduce. ¡Pero qué senderos para bajar al valle! Sólo los animales salvajes se pueden encontrar a gusto en ellos. Si no pudieran agarrarse a tallos y a matas, no sería posible bajar desde la cumbre, lo cual hace proferir alusiones maliciosas a Judas Iscariote.

«A pesar de todo, quisiera volver» rebate Pedro.

«Tienes gustos singulares. Éste es peor todavía que el primer lugar y que el segundo».

«Pero no peor que donde nuestro Maestro se preparó para la predicación» objeta Juan.

«¡Ya, para ti todo siempre es bonito!...».

«Sí. Todo lo que está en torno a mi Maestro es bonito y bueno, y lo amo».

«Mira que en este todo estoy también yo... y, frecuentemente, están también los fariseos, saduceos, escribas, herodianos... ¿También los amas a éstos?».

«Él los ama».

«Y tú, ¡ja! ¡ja!, haces lo que Él, ¿no? Pero Él es Él, y tú eres tú. No sé si podrás amar siempre, tú que palideces cuando oyes hablar de traición y muerte, o ves a alguien que tiene estos deseos».

«Si me turbo por temor por Él o por enojo contra los culpables, es señal de que soy solamente muy imperfecto».

«¡Ah!, ¿te turbas también de enojo? No creía yo... Entonces, si tú, supongamos, vieras un día a uno que realmente causara daño al Maestro, ¿qué harías?».

«¡¿Yo?! ¿Me lo preguntas? La Ley dice: "Ojo por ojo, diente por diente". Mis manos se transformarían en tenazas en torno a su garganta».

«¡Oh! ¡oh! Él dice que se debe perdonar! ¿Tanto bien te ha hecho el meditar?».

«¡Déjame, perturbador! ¿Por qué me tientas y me turbas? ¿Qué tienes en el corazón? Quisiera poder leer en él...».

500.2 [2]«A quien escruta las aguas del Mar Muerto no se le muestra el misterio del fondo. Son, esas aguas, piedra de sepulcro sobre la podredumbre que han acogido» dice a espaldas de ellos Bartolomé, que se había quedado detrás de todos. Los otros, bien o mal, están adelante, y no han oído. Pero Bartolomé sí. Y se introduce en la conversación de los dos, y su mirada es monitoria.

«¡Oh, el sabio Tolmái! ¡Pero no querrás decir que yo soy como el Mar Salado, ¿no?!».

«No te hablaba a ti, sino a Juan. Ven conmigo, hijo de Zebedeo. Yo no te inquietaré» y toma de un brazo a Juan como buscando —él, anciano— apoyo en su ágil y joven compañero.

Judas se queda el último, y a espaldas de ellos hace un feo gesto de ira. Parece jurarse a sí mismo algo, o amenazar...

«¿Qué quería decir Judas? ¿Y tú qué querías decir?» pregunta Juan a Natanael (que ya está entrado en años, aunque bien llevados).

500.3 «No pienses en ello, amigo. [3]Pensemos, más bien, en todo lo que nos ha explicado el Maestro en estos días. ¡Cómo se ha comprendido Israel!»

«Es verdad. ¡No entiendo cómo el mundo no le comprende!».

«Tampoco nosotros le comprendemos completamente, Juan. No queremos comprenderle. ¿Ves qué obstáculos tenemos para aceptar su idea mesiánica?».

«Sí. En todo le creemos ciegamente, pero no en esto. Tú, que eres docto, ¿me sabes decir el porqué? Nosotros, que vemos obtusos a los rabíes respecto al Cristo, ¿por qué, entonces, nosotros tampoco llegamos a la idea perfecta de una regalidad espiritual del Mesías?».

«Me lo he preguntado muchas veces. Porque quisiera llegar a eso que llamas idea perfecta. Y creo poder tranquilizarme diciéndome a mí mismo que lo que lucha dentro de nosotros, que deseamos seguirle no sólo material y doctrinalmente, sino también espiritualmente,

contra esta aceptación, son todos los siglos que tenemos a las espaldas... y dentro. Dentro de nosotros. ¿Ves? Mira a Oriente, a Mediodía y Occidente. Cada piedra tiene un recuerdo y un nombre. Cada piedra, cada fuente, cada sendero, cada pueblo o castillo, cada ciudad, cada río, cada monte, ¿qué nos recuerda?, ¿de qué nos habla a gritos? De la promesa de un Salvador. Las misericordias de Dios para su pueblo. Como gota de aceite del agujero de un odre, el pequeño grupo inicial, el núcleo del futuro pueblo de Israel, se expandió con Abraham por el mundo, hasta el lejano Egipto, y luego, cada vez más numeroso, volvió con Moisés a las tierras del padre Abraham, enriquecido con promesas cada vez más amplias y seguras y con los signos de la paternidad de Dios, y constituido en verdadero Pueblo porque poseía una Ley que es más santa que ninguna otra. Pero ¿qué ha ocurrido después? Lo que ha pasado en aquella cumbre que hasta hace muy poco resplandecía con el sol. Mírala ahora. Está envuelta en nubes que cambian su aspecto. Si no se supiera que es ella misma y tuviéramos que reconocerla para dirigirnos por camino seguro, ¿podríamos hacerlo, así como está, alterada por capas de espesas nubes semejantes a prominencias y yugos? En nosotros ha sucedido lo mismo. El Mesías es lo que Dios dijo a los padres nuestros, a los patriarcas y profetas. Inmutable. Pero lo que hemos metido de lo nuestro, para... explicárnosle según la pobre sabiduría humana, pues nos ha creado un Mesías, una figura moral del Mesías tan falsa, que ya no reconocemos al verdadero Mesías. Y nosotros, con el paso de los siglos y con las generaciones que están a nuestras espaldas, creemos en el Mesías que nos hemos imaginado nosotros, en el Vengador, en el Rey humano, muy humano, y no somos capaces, aunque digamos que sí, que creemos, de concebir al Mesías y Rey como es realmente, como ha sido pensado y querido por Dios. ¡Así es, amigo!».

500.4 [4]«¿Pero entonces no lograremos nunca, nosotros, al menos nosotros, ver, creer, desear al Mesías real?».

«Lo lograremos. Si no fuéramos a lograrlo, Él no nos habría elegido. Y si la Humanidad no fuera a conseguir nunca beneficiarse del Mesías, el Altísimo no lo habría mandado».

«¡Pero Él redimirá la Culpa incluso sin la contribución de la Humanidad! Sólo por su mérito».

«Amigo mío, sería una gran redención la de la Culpa original. Pero no completa. En nosotros hay otras culpas, individuales, además de la original. Y éstas, para ser lavadas, necesitan al Redentor y necesitan la fe de quien recurre a Él como Salvación suya. Yo pienso que la Redención estará actuando hasta el final de los siglos. El Cristo no estará inactivo ni un instante desde cuando sea Redentor y

dé a la Humanidad la Vida que hay en Él, de la misma forma que un manantial se da continuamente a quien tiene sed, día tras día, luna tras luna, año tras año, siglo tras siglo. La Humanidad siempre estará necesitada de Vida. Él no puede dejar de darla a quien espera y cree en Él con sabiduría y justicia».

«Eres docto, Natanael. Yo soy un pobre ignorante».

«Tú haces por instinto espiritual lo que yo llevo a cabo penosamente por reflexión mental: nuestra transformación de israelitas en cristianos. Pero tú llegarás antes al término, porque sabes amar, más que pensar. El amor te transporta y te transforma».

«Eres bueno, Natanael. ¡Ojalá fuéramos todos como tú!» Juan suspira fuerte.

«No pienses en ello, Juan. Oremos por Judas» le dice el anciano apóstol, que ha comprendido el suspiro de Juan...

500.5 [5]«¡Estáis vosotros también aquí! Os mirábamos mientras veníais. ¿Qué os sucedía, que hablabais tanto?» pregunta sonriendo Tomás.

«Hablábamos del antiguo Israel. ¿Dónde está el Maestro?».

«Se ha adelantado, con sus hermanos e Isaac, a casa de un pastor enfermo. Nos ha dicho que prosiguiéramos por este camino hasta el que sube a la cima».

«Vamos pues».

Bajan ahora por un sendero menos escarpado, hasta un verdadero camino de herradura que lleva a lo alto del Nebo. Un puñado de casas, en el bosque. Más abajo, casi en el valle, un pueblo en el sentido propio de la palabra albea en las laderas que ya son casi llanas. Desde el caminito en que se hallan, ven entrar a gente en el pueblo.

«¿Esperamos allí al de Petra?» pregunta Pedro.

«Sí, ése es el pueblo. Esperemos que haya llegado. En ese caso, mañana reanudaremos el camino hacia el Jordán. No sé. No me siento nada tranquilo aquí» dice Mateo.

«El Maestro había dicho que fuéramos mucho más adelante» dice Judas Iscariote.

«Sí, pero espero que se convenza de lo contrario».

«¿Pero de qué tienes miedo? ¿De Herodes? ¿De sus esbirros?».

«Los esbirros no están sólo al lado de Herodes. ¡Oh, ahí está el Maestro! Los pastores son numerosos y se los ve felices. Éstos están conquistados. Son nómadas. Irán esparciendo la buena nueva de que el Mesías está en su Tierra» sigue siendo Mateo el que habla.

Jesús llega donde ellos seguido de pastores y rebaños.

«Vamos. Tenemos el tiempo justo para llegar al pueblo. Éstos nos darán posada. Son conocidos». Jesús está contento de estar entre los sencillos que saben creer en el Señor.

ÍNDICE DEL VOLUMEN SÉPTIMO

Índice del volumen séptimo

Nota del Editor V

Texto unificado de los cuatro Evangelios VII

433. Llegada a Nazaret. Alabanzas a la Virgen. Curación de Áurea. 2

434. Trabajos manuales en Nazaret y parábola de la madera barnizada. 6

435. Comienzo del tercer sábado en Nazaret y llegada de Pedro con otros apóstoles. 13

436. En el huerto de Nazaret, revelado a apóstoles y discípulas el precio de la Redención. 19

437. Coloquio de Jesús con su Madre. 23

438. María Stma. con María de Alfeo en Tiberíades, donde Valeria. Encuentro con Judas Iscariote. 25

439. María Stma. enseña a Áurea a hacer la voluntad de Dios. 32

440. Otro sábado en Nazaret. Obstinación de José de Alfeo. 36

441. Partida de Nazaret. Un incendio de brezos durante el viaje viene a ser el tema de una parábola. 41

442. Judas Iscariote en Nazaret en casa de María. 50

443. La muerte del abuelo de Margziam. 56

444. Las dotes de Margziam. Lección sobre la caridad, sobre la salvación, sobre los méritos del Salvador. 60

445. Dos parábolas durante una tormenta en Tiberíades. Llegada de Maria Stma. e impenitencia de Judas Iscariote. 68

446. Llegada a Cafarnaúm en medio de un cálido recibimiento. 79

447. En Cafarnaúm unas palabras de Jesús sobre la misericordia y el perdón no encuentran eco. 81

448. Encuentro de barcas en el lago y parábola sugerida por Simón Pedro. 88

449. El pequeño Alfeo desamado de su madre. 97

450. Milagros en el arrabal cercano a Ippo y curación del leproso Juan. 102

451. Discurso en el arrabal cercano a Ippo sobre los deberes de los cónyuges y de los hijos. 110

452. El ex leproso Juan se hace discípulo. Parábola de los diez monumentos. 116

453. Llegada a Ippo y discurso en pro de los pobres. Curación de un esclavo paralítico. 126

454. María Stma. y su amor perfecto. Conflicto de Judas Iscariote con el pequeño Alfeo. 134

455. La Iglesia es confiada a la maternidad de María. Discurso, al pie de Gamala, en pro de unos forzados. 139

456. Despedida de Gamala y llegada a Afeq. Advertencia a la viuda Sara y milagro en su casa. 152

457. Discurso en Afeq, tras una disputa entre creyentes y no creyentes. Sara se hace discípula. 159

458. Una curación espiritual en Guerguesa y lección sobre los dones de Dios. 163

459. El perdón a Samuel de Nazaret y lección sobre las malas amistades. 169

460. Fariseos en Cafarnaúm con José y Simón de Alfeo. Jesús y su Madre preparados para el Sacrificio. 174

461. Confabulación en casa de Cusa para elegir a Jesús rey. El griego Zenón y la carta de Síntica con la noticia de la muerte de Juan de Endor. 182

462. Discurso y curaciones en las fuentes termales de Emaús de Tiberíades. 201

463. En Tariquea. Cusa, a pesar del discurso sobre la naturaleza del reino mesiánico, invita a Jesús a su casa. Conversión de una pecadora. 207

464. En la casa de campo de Cusa, intento de elegir rey a Jesús. El testimonio del Predilecto. 217

465. En Betsaida para un encargo secreto a Porfiria. Apresurada partida de Cafarnaúm. 236

466. Un alto en la casa de los ancianos cónyuges Judas y Ana. 245

467. Parábola de la distribución de las aguas. Perdón condicionado para el campesino Jacob. Advertencias a los apóstoles camino de Corazín. 249

468. Un episodio de enmendamiento de Judas Iscariote, y otros que ilustran su figura. 259

469. Despidiéndose de los pocos fieles de Corazín. 265

470. Lección a una suegra sobre los deberes del matrimonio. 267

471. Encuentro con el levita José, llamado Bernabé, y lección sobre Dios-Amor. 274

472. Solicitud insidiosa de un juicio acerca de un hecho ocurrido en Yiscala. 282

473. Curación de un niño ciego de Sidón y una lección para las familias. 290

474. Una visión que se pierde en un arrobo de amor. 296

475. Abel de Belén de Galilea pide el perdón para sus enemigos. 300

476. Lección sobre el cuidado de las almas y perdón a los dos pecadores castigados con la lepra. 306

477. Coloquio de Jesús con su Madre en el bosque de Matatías. Los sufrimientos morales de Jesús y María. 315

478. Coloquio de Jesús con José y Simón de Alfeo, que van a la fiesta de los Tabernáculos. 325

479. Con Juan al pie de la torre de Yizreel en espera de los campesinos de Jocanán. 333

480. Parten de Yizreel tras la visita nocturna de los campesinos de Jocanán. 337

481. Llegada a Engannim. Maquinaciones de Judas Iscariote para impedir una trama de los fariseos. 339

482. En camino con un pastor samaritano que ve premiada su fe. 344

483. Polémica de los apóstoles sobre el odio de los judíos. Los diez leprosos curados en Samaria. 351

484. Alto obligado en las cercanías de Efraím y parábola de la granada. 360

485. Jesús llega con los apóstoles a Betania, donde ya están algunos discípulos con Margziam. 365

486. En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Discurso sobre la naturaleza del Reino. 371

487. En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Discurso sobre la naturaleza del Cristo. 379

488. En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Partida secreta hacia Nob después de la oración. 388

489. En Nob. Parábola del rey no comprendido por sus súbditos. Jesús calma el viento. 393

490. En el campo de los Galileos con los primos apóstoles y encuentro con el levita Zacarías. 399

491. En el Templo el último día de la fiesta de los Tabernáculos. Sermón sobre el Agua viva. 407

492. En Betania se evoca la memoria de Juan de Endor. 414

493. Jesús habla cabe la fuente de En Royel, lugar en que hicieron un alto los tres Sabios. 417

494. La mujer adúltera y la hipocresía de sus acusadores. 422

495. Jesús instruye acerca del perdón de los pecadores, y se despide de sus discípulos en el camino de Betania. 427

496. Un alto en la casita de Salomón. Improvisa turbación de Judas Iscariote. 431

497. Simón Pedro atraviesa una hora de abatimiento. 436

498. Exhortación a Judas Tadeo y a Santiago de Zebedeo después de una discusión con Judas Iscariote. 440

499. Fuga de Esebón y encuentro con un mercader de Petra. 445

500. Reflexiones de Bartolomé y Juan después de un retiro en el monte Nebo. 449

MARIA VALTORTA

Quién es

Nació en Caserta el 14 de marzo de 1897; sus padres eran lombardos.

Giuseppe Valtorta, el padre, había nacido en Mantua en 1862; prestaba servicio en un regimiento de caballería ligera; era suboficial y estaba al frente de la sección destinada a la custodia y manutención de las armas. Era una persona buena y sumisa y fue el afectuoso educador de la única hija.

Iside Fioravanti, la madre, nacida en Cremona en 1861, había sido docente de francés. Su egoismo y su mal genio le llevaron a oprimir al marido y a la hija con una severidad irracional y, a veces, hasta cruel.

Al nacer, Maria corrió el riesgo de morir; luego la confiaron a una nodriza de ligeras costumbres; como su familia tuvo que trasladarse a Faenza para seguir los desplazamientos del regimiento la pequeña, que tenía apenas dieciocho meses, pasó al clima templado de las regiones del norte después de haber conocido el calor abrasador de las del sud. Precisamente al clima meridional y a la leche de su nodriza se atribuye la pasionalidad de su carácter.

Los sucesivos traslados a Milán y a Voghera señalaron las etapas de su desarrollo y de su formación cultural y religiosa, en la cual dio pruebas de temperamento, de indudable capacidad y de profunda sensibilidad espiritual. Culminó sus estudios en el prestigioso Colegio Bianconi de Monza, que fue para ella como un nido de paz por cuatro años, al término de los cuales comprendió cómo continuaría su vida interior según los designios de Dios.

En 1913 su padre se vio obligado a jubilarse por motivos de salud y la familia se estableció en Florencia; allí permanecería por once años y medio. Maria se encontraba bien en esa ciudad, que se adaptaba a su sensibilidad cultural y que le ofreció la posibilidad de poner en práctica su amor hacia el

prójimo durante la primera guerra mundial, en calidad de "enfermera samaritana" del hospital militar. Pero en Florencia también tuvo que soportar durísimas pruebas, debido a aquella madre terrible y al gesto de un sedicioso: la madre quebró por dos veces su legítimo sueño de amor; el sedicioso le asestó un día, en la calle, un terrible golpe en los riñones que propició su invalidez.

Por ese entonces, Maria tuvo la ocasión -¡verdaderamente providencial!- de transcurrir dos años en Reggio Calabria; de 1920 a 1922 estuvo hospedada en casa de unos parientes, dueños de dos hoteles de la ciudad. El afecto que le tributaron, unido a las bellezas naturales de ese lugar, la ayudaron a templar nuevamente su físico y su alma. Durante esas vacaciones, sintió nuevos impulsos hacia una vida radicada en Cristo, pero con el regreso a Florencia, donde habría de transcurrir aún otros dos años, volvió a sumirse en sus amargos recuerdos.

En 1924 sus padres adquirieron una casa en Viareggio y fueron a establecerse allí. Inició para Maria una incontenible elevación espiritual, que se traducía en propósitos firmes y culminaba en heroicas ofrendas de sí por amor de Dios y de la humanidad. Al mismo tiempo estaba ocupada con empeño en la parroquia como delegada cultural para las jóvenes de la Acción Católica y daba conferencias a las que, poco a poco, comenzaron a asistir también personas que no eran practicantes.

Pero por su precaria salud, le era cada vez más difícil moverse. El 4 de enero de 1933 salió de casa por última vez y lo hizo con tremenda dificultad; desde el 1 de abril de 1934 ya no se levantó del lecho.

El 24 de mayo de 1935 se asumió a Marta Diciotti, una joven huérfana sin familia alguna, para que la asistiera. Marta habría de convertirse en su asistente y confidente por el resto de la vida. Sólo un mes más tarde, el 30 de junio, murió el padre, a quien Maria quería tanto que estuvo a punto de morir por el dolor. La madre, a quien siempre amó por deber natural y por sentimiento sobrenatural, murió el 4 de octubre de 1943, sin haber dejado nunca de maltratar a la hija.

Qué hizo

Precisamente a principios de 1943, cuando hacía ya nueve años que Maria estaba paralizada y pensaba que había consumado todos los sacrificios posibles y que el final de su vida estaba cerca, el Padre Migliorini, un sacerdote perteneciente a la orden de los Siervos de María que desde hacía algunos meses era su director espiritual, le pidió que escribiera sus memorias. Tras un momento de vacilación, consintió y con naturalidad, sentada en el lecho, en menos de dos meses llenó siete cuadernos escritos de su propio puño; dio así no sólo prueba de un gran talento de escritora sino de saber revelar su alma, confesándose sin secretos.

Había confiado a las 760 páginas manuscritas que entregó al confesor todo su pasado pero cuando, precisamente por eso, se sentía liberada de él y preparada con mayor confianza para la muerte, una voz que su espíritu ya conocía le dictó una página rebosante de sabiduría divina, que determinó un cambio inesperado. Acaeció de viernes santo, el 23 de abril de 1943.

Maria, desde su habitación, llamó a la fiel Marta y, mostrándole la hoja que tenía en sus manos, le hizo entender que había ocurrido algo extraordinario y le dijo que llamara al Padre Migliorini, que no tardó mucho en llegar. El coloquio fue secreto y nunca se conoció exactamente lo que se dijeron, pero se sabe que el religioso le confirmó el origen sobrenatural del "dictado" y la impulsó a escribir cuanto aún fuera "recibiendo". Y por eso siguió procurándole cuadernos.

Escribió casi diariamente hasta 1947 y con intervalos en los años siguientes, hasta 1951. Los cuadernos llegaron a ser 122 (además de los 7 que componían la *Autobiografía*); las páginas manuscritas, alrededor de quince mil.

Escribía sentada en su lecho, con la estilográfica, apoyando el cuaderno sobre una carpeta que había confeccionado con sus propias manos y que sostenía sobre las rodillas. No preparaba un esquema, ni siquiera sabía lo que iba a escribir día a día, no volvía a leer para corregir. No tenía necesidad de concentrarse ni de consultar libros, excepto la Biblia y el Ca-

tecismo de Pio X. Y si la interrumpían, a veces por motivos fútiles, volvía a escribir sin perder el hilo. No la detenían las crisis de su sufrimiento crónico ni la aguda necesidad de reposo, pues hasta llegaba a tener que escribir de noche. Estaba concentrada con todo su ser en la narración que fluía de su pluma de auténtica escritora, pero si se trataba de temas teológicos podía suceder que no comprendiera el íntimo significado de los mismos. A menudo llamaba a Marta, la obligaba a abandonar sus quehaceres domésticos, y le leía lo que había escrito.

No suspendió su tarea ni siquiera cuando se vio obligada a refugiarse en San Andrés de Cómpito (arrabal del ayuntamiento de Capannori, en la provincia de Lucca), dado que la segunda guerra mundial se iba haciendo cada vez más violenta. Allí trasladó el moblaje de su cuarto de inválida y, desde abril hasta diciembre de 1944, vivió sus nuevos sufrimientos.

Sobre todo en Viareggio, la ocupación de escritora que absorbía todo su tiempo no la alejó del mundo, pues seguía el desarrollo de los acontecimientos a través de la radio y los periódicos. Tampoco dejaba de cumplir con sus deberes cívicos, hasta el punto de que, en ocasión de las elecciones políticas de 1948, se hizo llevar en ambulancia a la mesa electoral. Recibía solamente a personas amigas y, sucesivamente, también a algunos personajes importantes, pero no descuidaba la correspondencia, de especial modo la que mantenía muy asiduamente con una monja carmelita de clausura, a quien consideraba como madre espiritual.

Rezaba pero también sufría, aunque procuraba no demostrarlo. Por lo general sus oraciones eran secretas y sus éxtasis, que están documentados en sus escritos personales, no tuvieron testigos. Su aspecto sano no dejaba traslucir los duros y continuos sufrimientos, que acogía con gozo espiritual por su afán de redimir por medio de ellos. Pidió que se le concediera la gracia de no llevar impresas en su cuerpo las señas evidentes de su participación conjunta en la pasión de Cristo. Y le fue concedida.

Se la veía como a una persona normal a pesar de su invalidez. Se ocupaba en labores femeninas o en los quehaceres do-

ménsticos que podían realizarse aun estando en cama, como bordar, mondar verduras, limpiar la jaula de los pajarillos. Hasta lograba ocuparse por sí misma de su aseo personal: era suficiente que le alcanzaran lo necesario. A veces cantaba, y lo hacía con una hermosa voz.

Sus obras

Su obra principal es la que se intitula: *El Evangelio como me ha sido revelado*, publicada en diez volúmenes.

Narra el nacimiento y la infancia de la Virgen María y de Jesús, su hijo (esta parte fue escrita principalmente durante el periodo en que estuvo refugiada). Narra además los tres años de la vida pública de Jesús (es la parte más extensa de la obra), su pasión, muerte, resurrección y ascensión, los albores de la Iglesia y la asunción de María.

Con indudable validez literaria, la obra describe paisajes, ambientes, personas y acontecimientos con el brío de una representación; delinea caracteres y situaciones con habilidad introspectiva; expone hechos gozosos y dramáticos con el sentimiento de quien toma parte realmente en ellos; da informaciones acerca de características ambientales y culturales, costumbres y ritos, con detalles irreprensibles. A través del fascinante relato de la vida terrena del Redentor, pródiga de discursos y de diálogos, ilustra toda la doctrina del cristianismo según el dogma católico.

El Padre Gabriele M. Allegra, misionario franciscano y estudioso de la Biblia, que ha sido proclamado "venerable" en nuestro tiempo, escribió en 1968 a propósito de esta obra: "Esta obra maestra de la literatura religiosa italiana, o quizás sea más justo decir, de la literatura cristiana mundial, está expresada a través de dones naturales unidos en armónica conjunción a dones místicos".

Maria Valtorta escribió esta obra de 1944 a 1947. Algunos de los últimos episodios fueron escritos en 1951.

No siempre seguía un orden cronológico. A veces, debido a factores espirituales ligados a un determinado momento, te-

nía que escribir uno o más episodios fuera de la trama del relato y luego el mismo Jesús le indicaba dónde debía colocarlos. A pesar de la ocasional discontinuidad en la redacción y, sobre todo, a pesar de la falta de esquemas preparatorios -mentales o escritos- la obra presenta desde el principio hasta el final una estructura perfectamente orgánica.

Por añadidura, Maria Valtorta alternaba este trabajo con la redacción de páginas referidas a varios temas, que comenzó a escribir en 1943 (cuando acababa de poner fin a la *Autobiografía*) y que siguió escribiendo en los años sucesivos hasta 1950. Estas páginas han dado origen a las obras menores, que se publicaron en cinco volúmenes: tres de ellos corresponden a la miscelánea titulada *Los Cuadernos* (correspondientes a los años 1943, 1944 y 1945-1950, respectivamente), que es una colección de escritos referidos a temas ascéticos, bíblicos, doctrinales, autobiográficos, así como de descripciones de escenas evangélicas y del martirio de los primeros cristianos. Los otros dos volúmenes son: el *Libro de Azaria* -que contiene comentarios de los textos del misal festivo, excepto los del Evangelio- y las *Lecciones sobre la Epístola de Pablo a los Romanos*.

Epílogo

Maria Valtorta estaba a punto de terminar *El Evangelio como me ha sido revelado* que, como se ha dicho, es su obra principal en diez volúmenes, cuando se apoderó de ella la nostalgia de su Señor, pues pensaba que no Le vería más. Pero el Señor fue a ella para consolarla con una promesa: "Vendré siempre. Y lo haré para ti sola. Y será algo aún más dulce porque seré solamente para ti... te elevaré aún más a lo alto, a las puras esferas de la pura contemplación... De ahora en adelante, vivirás tan sólo en la contemplación... haré que, en mi amor, te olvides del mundo". Era el 14 de marzo de 1947, el día en que cumplió cincuenta años.

Ya algunos años antes (precisamente el 12 de septiembre de 1944), Jesús le había predicho una muerte estática: "¡Cuán feliz serás cuando comprendas que te encuentras ya en mi

mundo para siempre y que has llegado, desde el mísero mundo, sin darte cuenta siquiera, pasando de una visión a la realidad, como un niño pequeño que sueña con su mamá y que, al despertar, siente que ella le estrecha contra su corazón! Así haré contigo".

Y así fue: cuando en el verano de 1956 llegó de la editorial, después de años de espera, un grueso volumen (era el primero de los cuatro nutridos volúmenes de la primera y atormentada edición de su obra, titulada *El poema de Jesús*, y no llevaba el nombre de la autora porque ésta no quería que se la conociera en vida), Maria Valtorta lo observó con indiferencia y lo depositó sobre su lecho como si no tuviera nada que ver con él. Fue la primera señal de un desapego que fue acentuándose con el tiempo hasta convertirse en incomunicabilidad, en una dulce apatía, en un total abandono, pero que no logró atenuar en su rostro el brillo de la mirada ni alterar la serenidad de la expresión.

En los últimos años ya no hacía nada: comía sólo si alguien la embocaba; hablaba sólo para repetir las últimas palabras de la frase que le habían dirigido. Su única expresión personal era: "¡Cuánto sol hay aquí!"; lo decía cada tanto, y nada más. (Téngase en cuenta que, según uno de los médicos que la asistieron, tendría que haber proferido gritos de dolor a causa de su mal). En algunas ocasiones especiales, muy pocas, pareció como si volviera en sí y dio respuestas lúcidas, justas, proféticas, pero se trató de un solo instante; luego volvió otra vez a olvidarse del mundo.

Dejó de existir en la radiante mañana del jueves 12 de octubre de 1961, casi como si obedeciera a la palabra del sacerdote que le recitaba la oración para los agonizantes: "Parte de este mundo, ¡oh, alma cristiana!". Tenía 64 años y llevaba 27 y medio inmovilizada en el lecho.

Doce años más tarde, el 2 de julio de 1973, los despojos de Maria Valtorta fueron trasladados a Florencia desde el Camposanto de la Misericordia de Viareggio y fueron sepultados en una capilla del Claustro grande de la Basílica de la Santísima Anunciación.